

CLIVE CUSSLER

y JACK DU BRUL

SECTA LETAL



Lectulandia

A bordo del buque Oregon, Cabrillo y su equipo de élite investigan una posible venta de submarinos rusos al gobierno iraní, cuando se topan con un crucero estadounidense. Todos sus ocupantes miembros de una secta que propugna la limitación de la reproducción humana para contrarrestar la superpoblación han muerto de forma rápida y violenta. Cabrillo parte hacia Filipinas en busca del líder de la secta, un exnazi que ha urdido un plan diabólico para exterminar a media humanidad.

Lectulandia

Clive Cussler & Jack B. Du Brul

Secta letal

Archivos Oregon - 5

ePub r1.0

Titivillus 19.02.16

Título original: *Plague ship*
Clive Cussler & Jack B. Du Brul, 2008
Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Se podría decir que la mayor transferencia de riqueza en la historia de la humanidad ocurrió cuando la Peste Negra barrió Europa y mató a una tercera parte de su población. Se consolidó la propiedad de las tierras, lo que permitió un mejor nivel de vida, no solo a sus dueños sino también a quienes trabajaban para ellos. Este acontecimiento fue la principal y mayor contribución al Renacimiento y dio paso a la dominación europea del resto del mundo.

We're Breeding Ourselves to Death:
How Overpopulation Will Destroy Civilization,
Doctor Lydell Cooper, Raptor Press, 1977.

Prólogo

Mar de Barents, norte de Noruega
29 de abril de 1943

La pálida luna llena, apenas por encima del horizonte, creaba con su luz unos reflejos deslumbrantes en la superficie del frío océano. El invierno aún no había dado paso a la primavera, y el sol todavía no había aparecido aquel año. Permanecía oculto detrás de la curvatura de la tierra, como una débil y resplandeciente promesa que se movía a lo largo de la línea donde el cielo se encontraba con el mar mientras el planeta giraba alrededor de su eje. Pasaría otro mes antes de que se mostrase del todo, y, una vez que lo hiciese, no volvería a desaparecer hasta el otoño. Tal era el curioso ciclo del día y la noche por encima del Círculo Ártico.

Debido a su extrema latitud norte, las aguas del mar de Barents deberían estar congeladas y, por tanto, cerradas a la navegación durante la mayor parte del año. Sin embargo, el mar contaba con la bendición de las aguas cálidas que llegaban del trópico con la corriente del Golfo. Era esta poderosa corriente la que convertía en habitable Escocia y las regiones del norte de Noruega, y mantenía el mar de Barents libre de hielo y navegable incluso en los más crudos inviernos. Por esta razón, era la principal ruta para transportar el material bélico que salía de las grandes fábricas estadounidenses con destino a la asediada Unión Soviética. Como era el caso de tantas otras rutas marítimas —el canal de la Mancha o el estrecho de Gibraltar— se había convertido en un cuello de botella y, por consiguiente, en un coto de caza para las flotillas de submarinos de la Kriegsmarine y los Schnellboote, las veloces lanchas torpederas con bases en tierra.

Lejos de determinarse al azar, las posiciones de los submarinos se calculaban de la misma manera que un maestro de ajedrez mueve las piezas después de analizar las posibles jugadas que seguirán. Se recogía hasta la menor información de la potencia, la velocidad y el destino de los barcos que surcaban el Atlántico Norte para así situar a los submarinos que los atacarían.

Desde las bases en Noruega y Dinamarca, los aviones sobrevolaban el mar, atentos a la presencia de convoyes mercantes, y transmitían las posiciones al cuartel general de la flota, para que los submarinos esperasen a sus presas. Durante los primeros años de la guerra, los submarinos habían disfrutado de una casi absoluta supremacía en los mares; innumerables barcos y toneladas de armas y abastecimientos habían sido hundidos sin piedad. A pesar de las nutridas escoltas de cruceros y destructores, los aliados se veían obligados a aceptar que perderían un barco por cada noventa y nueve que llegaban a puerto. Víctimas de este despiadado juego, las bajas entre los marinos de los mercantes eran tan numerosas como las de

las unidades de primera línea.

Aquella noche eso estaba a punto de cambiar.

El cuatrimotor Focke-Wulf Fw 200 Cóndor era un avión enorme de 23,46 metros de longitud y una envergadura de 32,85 metros. Diseñado antes de la guerra para la compañía Lufthansa como avión de pasajeros, el aparato no tardó mucho en ser modificado para misiones de combate, ya fuera para el transporte de tropas como para vuelos de reconocimiento de largo alcance. Una autonomía de vuelo de tres mil quinientos cincuenta kilómetros permitía al Cóndor volar durante muchas horas y localizar a los convoyes aliados muy lejos de la costa.

Durante el año 1941 fue utilizado como bombardero. Llevaba dos mil quinientos kilos de bombas en la góndola ventral y debajo de las alas, pero, debido a las cuantiosas pérdidas que acarreaba, ahora solo realizaba vuelos de reconocimiento, volando muy por encima del alcance de las baterías antiaéreas.

El piloto, Franz Lichtermann, no soportaba las monótonas horas de patrullaje por el mar desierto. Añoraba estar en un escuadrón de combate, participar en la guerra real, en vez de estar vagando a miles de metros de altitud por encima de aquella extensión de agua helada a la espera de descubrir algún convoy aliado para que otro lo hundiese. En la base, Lichtermann se comportaba con absoluto decoro militar y esperaba la misma conducta en sus hombres. Sin embargo, cuando volaban y los minutos se hacían eternos, permitía un trato más relajado entre los cinco miembros de la tripulación.

—Hoy tendremos ayuda —comentó por el intercomunicador y movió la cabeza hacia la resplandeciente luna en el horizonte.

—Quizá, pero el reflejo también podría ocultar la estela de un convoy —opinó el copiloto, Max Ebelhardt, con su pesimismo habitual.

—Con este mar en calma los veríamos aunque se hubiesen detenido para preguntar el rumbo.

—¿Sabemos a ciencia cierta que hay alguien allá abajo? —preguntó Ernst Kessler, el artillero de cola y el miembro más joven de la tripulación. Sentado en la góndola ventral, que ocupaba casi la mitad del fuselaje, solo veía a través del escudo de plexiglás, y por encima de los cañones de la ametralladora MG-15, el mar que el avión ya había dejado atrás.

—El jefe de escuadrón me aseguró que hace dos días un submarino que regresaba de una patrulla avistó un convoy de por lo menos cien barcos al norte de las islas Feroe —informó Lichtermann a la tripulación—. Navegaban con rumbo norte y, por tanto, tienen que estar por aquí.

—Lo más probable es que el capitán del submarino solo informara del convoy para compensar que todos sus torpedos habían fallado —afirmó Ebelhardt, que hizo una mueca de asco después de beber un sorbo de sucedáneo de café frío.

—Pues de haberlos visto yo, los habría hundido —manifestó Kessler. El amable muchacho acababa de cumplir dieciocho años, y había soñado con estudiar medicina

antes de que lo llamasen a filas. Como pertenecía a una pobre familia de campesinos de Baviera, sus posibilidades para acceder a una educación universitaria eran nulas, pero eso no le había impedido dedicar casi todas sus horas de descanso a leer revistas y textos médicos.

—Esa no es la actitud correcta de un guerrero germano —le reprochó Lichtermann en tono amable. Agradecía que nunca hubiesen sufrido un ataque enemigo. Dudaba que Kessler tuviese las agallas para disparar la ametralladora, pero el chico era el único miembro de la tripulación capaz de permanecer sentado durante horas de cara a popa sin acabar incapacitado por las náuseas.

Pensó afligido en los hombres que morían en el frente oriental, y cómo los tanques y aviones enviados a los rusos prolongaban la inevitable caída de Moscú. Lichtermann se habría sentido muy feliz de tener la ocasión de hundir él también unos cuantos barcos.

Pasó otra hora de tedio. Los hombres seguían buscando atentamente el convoy. Ebelhardt tocó a Lichtermann en el hombro y le señaló su cuaderno de bitácora. Si bien el artillero de proa sentado en la parte delantera de la góndola ventral era el navegante, Ebelhardt se encargaba de calcular el rumbo y el tiempo de vuelo, y ahora le indicaba al piloto que debía virar para iniciar una nueva pasada por la cuadrícula de búsqueda.

Lichtermann pisó el pedal del timón y realizó un suave giro a babor, sin apartar ni por un momento la mirada del horizonte, mientras la luna parecía moverse a través del cielo.

Kessler se enorgullecía de tener la mirada más aguda de toda la tripulación. Cuando era un crío, diseccionaba los animales muertos que encontraba en la granja para estudiar su anatomía, y la comparaba con las ilustraciones de los libros de veterinaria. Sabía que su privilegiada visión y sus manos firmes lo convertirían en un cirujano de primera. Pero estas mismas aptitudes también le servían para descubrir a un convoy enemigo.

Dado que miraba a popa, no tendría que haber sido él quien lo avistase, pero lo hizo. En el momento en el que el avión viraba, un brillo llamó su atención, un destello blanco muy lejos de los reflejos de la luna.

—¡Capitán! —llamó Kessler por el intercomunicador—. A estribor, posición aproximada a trescientos grados.

—¿Qué has visto? —El instinto primitivo del cazador se coló en la voz de Lichtermann.

—No estoy seguro, señor. Algo. Un reflejo.

El piloto y su segundo forzaron la mirada para ver en la oscuridad donde el artillero les había señalado, aunque a primera vista no se apreciaba nada.

—¿Estás seguro? —preguntó Lichtermann.

—Sí, señor —respondió Kessler con confianza—. Fue cuando viramos. El ángulo cambió y estoy seguro de que vi algo.

—¿El convoy? —le interrogó Ebelhardt con voz áspera.

—No lo sé —admitió Kessler.

—Josef, conecta la radio —ordenó Lichtermann al navegante.

El piloto dio más potencia a los motores radiales BMW y viró de nuevo. El estruendo de los motores aumentó cuando las hélices giraron a más velocidad.

Ebelhardt observaba el mar oscuro con los prismáticos. Volaban hacia el posible contacto a una velocidad de trescientos veinte kilómetros por hora, por lo que avistarían el convoy en cualquier momento. Al cabo de un minuto sin ver nada, bajó los prismáticos.

—Debía de ser una ola —dijo, sin conectar el micro del intercomunicador, para que solo lo escuchase el capitán.

—Dale otra oportunidad —respondió Lichtermann—. Kessler es de los que ve en la oscuridad como los gatos.

Las fuerzas aliadas habían hecho un trabajo notable camuflando los barcos de carga y los buques cisterna, para impedir que los observadores en superficie viesen las naves, pero nada podía ocultar un convoy durante la noche, porque las estelas dejaban un rastro blanco en el agua.

—Que me cuelguen —murmuró Ebelhardt, y señaló algo a través del parabrisas.

Al principio, solo se distinguía una gran mancha gris en la superficie oscura, pero *después*, a medida que se acercaban, el gris se convirtió en docenas de líneas blancas, tan claras como trazos de tiza en una pizarra. Eran las estelas de una inmensa flota, que navegaban con rumbo este a toda máquina. Desde la altitud del Cóndor, los barcos tenían el aspecto de una manada de elefantes avanzando por una llanura.

El avión continuó acercándose, hasta que la luz de la luna permitió a la tripulación distinguir las anchas estelas de los lentos barcos de carga y los buques cisterna, y las *más* delgadas de los destructores que navegaban a ambos lados del convoy. Vieron que uno de los destructores avanzaba rápidamente por la banda de estribor del convoy mientras las nubes de humo salían de las dos chimeneas. Cuando el destructor se colocara en cabeza reduciría la velocidad para dejar que los mercantes lo adelantasen y otro de los destructores recorrería la milla de longitud de la formación. Se trataba de una maniobra que los aliados llamaban «*Iridian Run*», en la que los destructores, fragatas y corbetas se iban relevando continuamente, lo que permitía la vigilancia y defensa de los convoyes con menos naves de combate.

—Debe de haber casi doscientos barcos allá abajo —calculó Ebelhardt.

—Lo suficiente para permitir que los rojos continúen luchando durante meses —manifestó el piloto—. Josef, ¿qué pasa con la radio?

—Solo recibo estática.

Las descargas estáticas eran un problema habitual en esas latitudes, muy por encima del Círculo Ártico. Las partículas cargadas con electricidad, atraídas por el campo magnético terrestre, llegaban a los polos y provocaban interferencias en las válvulas de las radios.

—Marcaremos nuestra posición —dijo Lichtermann— y la transmitiremos en cuanto nos acerquemos a la base. Ernst, buen trabajo. De no haber sido por ti, habríamos dado la vuelta sin ver el convoy.

—Gracias, señor —el orgullo fue evidente en la voz del muchacho.

—Quiero hacer un recuento más preciso del número de barcos y un cálculo aproximado de su velocidad.

—No nos acerquemos demasiado; los destructores podrían dispararnos —le advirtió Ebelhardt. Tenía experiencia de combate, pero ahora volaba como copiloto debido a un trozo de metralla alojado en uno de sus muslos. Había sufrido esa herida cuando su aparato fue alcanzado por un proyectil de la artillería antiaérea de Londres. Comprendió el significado de la mirada del capitán y captó el entusiasmo en su voz —. No olvides los CAM.

—Confía en mí —replicó el piloto con descarada bravuconería. Llevó al gigantesco aparato más cerca de la flota que navegaba lentamente tres mil trescientos metros por debajo de ellos—. Me acercaré con prudencia; además, nos encontramos demasiado lejos de tierra para que lancen un avión contra nosotros.

Los CAM, o Catapult Aircraft Merchantmen, eran la respuesta de los aliados a los vuelos de reconocimiento alemán. Montaban un largo raíl en la proa de un mercante, y, con la ayuda de un cohete, lanzaban un caza Hawker Sea Hurricane para abatir a los pesados Cónдор o incluso atacar a los submarinos en la superficie. El problema de los CAM era que no podían volver a aterrizar en el barco. Los Hurricane tenían que estar cerca de la costa británica o de algún otro territorio amigo para que los pilotos pudiesen aterrizar con normalidad. De lo contrario, había que hundir el avión y rescatar al piloto del agua.

El convoy que surcaba el mar debajo del Fw 200 estaba a más de mil millas de algún territorio aliado y, a pesar de la luna llena, habría sido imposible rescatar a un piloto en la oscuridad. Esa noche no lanzarían ningún Hurricane. El Cónдор no tenía nada que temer de aquellas naves a menos que se pusiera a tiro de los destructores y de la cortina de fuego antiaéreo que pudieran disparar.

Ernst Kessler estaba contando las filas de barcos cuando de pronto aparecieron destellos en las cubiertas de dos de los destructores.

—¡Capitán! —llamó—. ¡Fuego antiaéreo desde el convoy!

—Lichtermann apenas alcanzaba a ver los destructores por debajo del ala.

—Tranquilo, muchacho. Son las lámparas de señales. Las naves tienen orden de mantener el más estricto silencio radiofónico, así que se comunican por señales.

—Ah. Lo siento, señor.

—No te preocupes. Lo importante es que hagas un recuento lo más exacto posible.

El avión volaba en un lento círculo alrededor del convoy y pasaba por su flanco norte cuando Dietz, el artillero de la torreta dorsal, gritó:

—¡Nos atacan!

Lichtermann no tenía idea de qué hablaba el artillero y tardó una fracción de segundo en reaccionar. Una certera ráfaga de una ametralladora calibre 7.7 milímetros abrió una hilera de agujeros en la superficie superior del aparato, a partir del estabilizador vertical y a lo largo de todo el fuselaje. Dietz murió antes de que pudiese apretar el gatillo de las ametralladoras. Las balas entraron en la cabina, y a pesar del repiqueteo de los proyectiles al rebotar en las superficies metálicas y el aullido del viento a través de los agujeros en el fuselaje, el capitán escuchó el grito de dolor del copiloto. Al mirarlo, vio la pechera de la cazadora de vuelo de Ebelhardt cubierta de sangre.

Pisó el pedal del timón y lo movió hacia delante para iniciar un picado que le permitiese escapar del avión aliado que había surgido de la nada.

Resultó una maniobra equivocada.

Botado solo unas semanas antes, el MV Empire *MacAlpine* había sido una incorporación tardía al convoy. Construido como buque de carga de cereales, el barco de ocho mil toneladas había pasado cinco meses en el astillero de Burntisland donde se había reemplazado la superestructura con una pequeña torre de control, y habían instalado una pista de ciento veinte metros de longitud y un hangar para cuatro cazabombarderos Fairley Swordfish. Todo ello sin disminuir la capacidad de las bodegas. El Almirantazgo siempre había considerado los CAM un recurso transitorio hasta que se encontrara una alternativa más segura. Los MAC, al igual que el *MacAlpine*, permanecerían en servicio hasta que Inglaterra recibiese los portaaviones de escolta de la clase Essex de Estados Unidos.

Mientras el aparato alemán sobrevolaba el convoy, dos Swordfish habían despegado del *MacAlpine* y después de alejarse de la flota habían ascendido en la oscuridad para tender una emboscada al avión mucho más grande y rápido. Esta maniobra había impedido que Lichtermann y su tripulación se dieran cuenta del ataque. Los Fairley eran biplanos, con una velocidad máxima que apenas era la mitad de la del Cóndor. Cada uno llevaba una ametralladora Vickers, montada en la capota del motor radial, y una ametralladora Lewis para el artillero en el asiento que miraba al timón.

El segundo Swordfish esperaba mil metros por debajo del Focke-Wulf y era casi invisible en la oscuridad. En cuanto el Cóndor se alejó en picado del primer atacante, el segundo cazabombardero, despojado de todo lo que pudiese restarle velocidad, ya estaba en posición.

Una ráfaga de la Vickers hizo blanco en el morro del Cóndor, y el artillero de popa descargó sus proyectiles contra los motores BMW del ala de babor.

Una multitud de agujeros del tamaño de pelotas de golf aparecieron alrededor de Ernst Kessler, y el aluminio resplandeció brevemente con un color rojo cereza antes de enfriarse. Solo habían pasado unos segundos entre el grito de Dietz y la descarga que había perforado el vientre del avión, tiempo insuficiente para que el miedo paralizase al muchacho. Sabía su cometido. Tragó con fuerza, ya que su estómago

aún no se había acomodado al violento picado, y apretó el gatillo de su MG-15 justo en el momento en el que el Focke-Wulf pasaba junto al lento Swordfish. Las balas trazadoras comenzaron a llenar el cielo; él apuntó el arma como un bombero dirige un chorro de agua. Veía un círculo de chispas que brillaban en la oscuridad. Salían de los escapes del motor radial del Fairley, por lo que apuntó hacia allí los disparos, aunque ellos continuaban recibiendo los impactos de las balas del avión inglés.

El arco de las balas trazadoras convergió en el resplandeciente círculo; de pronto pareció como si en el morro del cazabombardero aliado estallara una traca. Las chispas y las lenguas de fuego envolvieron el Swordfish; el metal y la estructura quedaron destrozados por las balas. Se desprendió la hélice, y el motor radial explotó como si fuese una granada de fragmentación. El combustible y el aceite ardiendo pasaron como una ola sobre el piloto y el artillero. El picado del Swordfish, que iba junto al Cóndor, se convirtió en un descenso descontrolado.

El Fairley cayó formando una espiral cada vez más rápida, envuelto en llamas como un meteoro. Lichtermann comenzó a nivelar el avión mientras Kessler continuaba observando la caída del caza abatido. De pronto, el aparato cambió de aspecto. El Swordfish había perdido las alas. Cualquier aerodinámica que tuviera el avión había desaparecido. El Swordfish cayó como una piedra; las llamas solo se apagaron cuando los restos se hundieron en el mar.

En cuanto Ernst miró el ala de babor, el miedo postergado por la necesidad de defenderse del ataque lo alcanzó de lleno. Sendas columnas de humo salían de los dos motores de nueve cilindros, y oía con toda claridad las explosiones de los escapes.

—Capitán —gritó por el micrófono.

—¡Cállate, Kessler! —le ordenó Kichtermann—. Radio, sube aquí y échame una mano. Ebelhardt está muerto.

—Capitán, los motores de babor —insistió Kessler.

—Lo sé, maldita sea, lo sé. Cállate.

El Swordfish que había lanzado el primer ataque se había quedado muy rezagado, por lo que con toda probabilidad ya había dado la vuelta para regresar al convoy. Kessler no podía hacer nada, aparte de mirar horrorizado la estela de humo que dejaban atrás. Lichtermann apagó el motor interior con la intención de sofocar el incendio. Dejó que la hélice girase durante unos segundos antes de volver a pulsar el botón de arranque. Sonaron un par de falsas explosiones y luego arrancó, pero de nuevo aparecieron las llamas alrededor de la capota, que no tardaron en ennegrecer el aluminio de la barquilla.

Ahora que disponía del impulso del motor interior, Lichtermann se arriesgó a apagar el exterior. Esperó un momento para ponerlo otra vez en marcha, y el motor arrancó de inmediato, sin soltar más que una muy fina columna de humo. Se apresuró a apagar el motor interior que continuaba ardiendo, para impedir que el fuego se propagase a las tuberías del combustible, y redujo la velocidad del exterior con la intención de no forzarlo. Con dos motores funcionando sin problemas y un tercero a

media potencia, aún podrían llegar a la base.

Pasaron unos minutos cargados de tensión. El joven Kessler resistió el impulso de preguntar al piloto cuántas eran las probabilidades de salir bien librados. No dudaba que Lichtermann le diría algo en cuanto pudiera. Kessler dio un salto y se golpeó la cabeza contra el techo cuando escuchó un nuevo sonido, una especie de borboteo a su espalda. El plexiglás de la góndola se cubrió de pronto con gotas de algún extraño líquido. Tardó unos momentos en comprender que Lichtermann debía de haber calculado la cantidad de combustible que necesitaban para recorrer la distancia hasta la base de Narvik. Se deshacía del exceso de gasolina con el propósito de reducir al máximo el peso del aparato. La salida del combustible estaba detrás de la góndola.

—¿Qué tal va por allá abajo, Kessler? —preguntó el piloto, después de concluir la descarga.

—Bien, señor —respondió Kessler—. ¿De dónde vinieron esos aviones?

—Ni siquiera los vi —confesó el piloto.

—Eran biplanos. Al menos, el que derribé.

—Tienen que ser Swordfish. Al parecer, los aliados tienen otros en la manga. Esos aviones no despegaron de un CAM. Los cohetes de propulsión les habrían arrancado las alas. Los ingleses deben de tener un nuevo portaaviones.

—Pero no vimos que despegase ningún avión.

—Quizá nos captaron en el radar y lanzaron los aviones antes de que avistásemos el convoy.

—¿Podemos transmitir la información a la base?

—Josef está en ello. De momento la radio solo emite estática. Llegaremos a la costa dentro de media hora, y se habrán acabado los problemas de transmisión.

—¿Qué quiere que haga, señor?

—Permanece en tu puesto y alerta a la aparición de algún otro Swordfish. Volamos a unos ciento cincuenta kilómetros por hora, y alguno de ellos podría alcanzarnos.

—¿Qué pasa con el teniente Ebelhardt y el cabo Dietz?

—¿Tu padre no es pastor o algo así?

—Mi abuelo, señor. En la iglesia luterana de nuestro pueblo.

—Pues en la próxima carta que le envíes, pídele que rece una plegaria por ellos. Ebelhardt y Dietz están muertos.

Estas palabras pusieron punto final a la conversación. Kessler continuó observando en la oscuridad, alerta a la presencia de algún avión enemigo, pero con la esperanza de que no apareciese. Intentaba no pensar en que había matado a dos hombres. Era la guerra, y los habían atacado, así que no debía sentirse en absoluto culpable. No tendrían que temblarle las manos ni sentir un puño helado que le oprimía la boca del estómago. Deseó que Lichtermann no hubiese mencionado a su abuelo. Tenía muy claro lo que diría el severo pastor. Detestaba al gobierno y la estúpida guerra que había iniciado; además, ahora, había convertido a su nieto menor

en un asesino.

Kessler sabía que nunca más podría mirar a su abuelo a la cara.

—Veo la costa —anunció Lichtermann, cuarenta minutos más tarde—. Llegaremos a Narvik pese a todo.

El Focke-Wulf volaba a mil metros de altitud cuando sobrevoló la costa norte de Noruega. Era un lugar inhóspito y desierto en el que las olas se estrellaban contra los acantilados y los islotes. Solo unos pocos poblados de pescadores se alzaban en las grietas y ensenadas, donde los habitantes obtenían del mar lo indispensable para sobrevivir.

Ernst Kessler se sintió un poco más animado. Volver a pisar tierra firme hacía que se sintiera más seguro. No porque las probabilidades de sobrevivir si se estrellaban contra las rocas fuesen mayores, sino porque si moría en tierra podrían encontrar los restos del aparato y su cuerpo recibiría cristiana sepultura; le parecía mucho mejor que el anonimato de morir en el mar, como los pilotos ingleses que había derribado.

La fortuna escogió aquel momento para jugar su última carta. El motor exterior de babor, que había estado funcionando a media potencia y mantenía equilibrado el gran avión de reconocimiento, no dio ningún aviso. Se trabó sin más y la hélice pasó de ser un vertiginoso disco a convertirse en una inmóvil escultura de acero pulido que creó un terrible efecto de succión.

En la cubierta de vuelo, Lichtermann accionó el timón a fondo en un intento por impedir que el avión entrase en barrena. El empuje de los motores del ala de estribor y el arrastre por el lado de babor hacían que resultara imposible que volase. El morro se inclinaba hacia la izquierda y caía en picado.

Kessler se vio lanzado violentamente contra el soporte de la ametralladora y la cinta de la munición se movió a su alrededor como una serpiente. El extremo lo golpeó en el rostro; se le nubló la visión y la sangre empezó a manar de su nariz. La cinta se movió de nuevo y le habría dado en la sien de no haberse agachado a tiempo y haber sujetado la resplandeciente cinta de cobre contra un saliente de la estructura.

Lichtermann consiguió mantener el avión estable unos pocos segundos más, pero era una batalla perdida. El desequilibrio era excesivo. Si quería tener alguna posibilidad de aterrizar, debía igualar el empuje con el arrastre. Acercó la mano a los interruptores y apagó los motores de estribor. Se detuvieron en el acto. La hélice trabada continuaba incrementando el arrastre por babor, aunque Lichtermann podría compensarlo, ya que el Focke-Wulf se había convertido en un planeador gigante.

—Kessler, sube y átate —gritó Lichtermann por el intercomunicador—. Vamos a estrellarnos.

El avión pasó por encima de una montaña en la entrada de un fiordo con un pequeño glaciar en la cabecera; el hielo se veía de un blanco resplandeciente contra las afiladas rocas negras.

Ernst se había quitado el cinturón de seguridad y se estaba agachando para salir a gatas de la góndola cuando algo, muy abajo, le llamó la atención. En uno de los acantilados del fiordo había un edificio construido parcialmente sobre el glaciar, o quizá era tan antiguo que el glaciar había comenzado a sepultarlo. Era difícil calcular su tamaño con un simple vistazo, pero parecía grande, como uno de esos viejos almacenes vikingos.

—Capitán —dijo Kessler—. Detrás de nosotros, en aquel fiordo, hay un edificio. Creo que podríamos aterrizar en el hielo.

Lichtermann no había visto nada; sin embargo, confió en Kessler que, sentado de cara a popa, tenía una visión más nítida del fiordo. El terreno que había delante del avión era escabroso, con altozanos tallados por el hielo y afilados como dagas. El tren de aterrizaje se haría trizas en cuanto tocasen tierra, y las rocas cortarían el fuselaje de aluminio como si fuese papel.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Sí, señor. En el borde del glaciar. Lo he visto a la luz de la luna. Allí hay un edificio.

Sin potencia, Lichtermann tendría una sola oportunidad para aterrizar. No había ninguna duda de que si lo intentaba en terreno abierto se estrellarían, y él y los restantes dos miembros de la tripulación morirían. Aterrizar en el glaciar no garantizaba nada, pero al menos había una posibilidad de salir con vida.

Tiró de la palanca para contrarrestar la inercia del Cóndor. El viraje hizo que las alas perdiesen sustentación. El altímetro comenzó a bajar al doble de la velocidad con la que lo había hecho cuando volaban nivelados. El piloto nada podía hacer para evitarlo. Era una simple cuestión de física.

El enorme aparato acabó el viraje y recuperó rumbo norte. La montaña que había impedido que Lichtermann viera el glaciar apareció delante del morro del avión. Agradeció en silencio la luz de la luna, porque le permitió ver que, al pie de la montaña, había una extensión de un blanco virginal, un campo de hielo de al menos un kilómetro y medio de largo. No vio ni rastro del edificio que había distinguido Kessler, pero no tenía importancia. Toda su atención estaba puesta en el hielo.

Subía desde el mar formando una suave pendiente hasta acabar en lo que parecía ser una grieta en un lado de la montaña, una pared de hielo casi vertical que se veía de un color azulado con la luz lunar. Unas pocas placas de hielo salpicaban las aguas del fiordo.

El Focke-Wulf bajaba demasiado rápido. Lichtermann apenas disponía de la altitud suficiente para alinear la trayectoria con el glaciar. Pasaron por encima de la cumbre de la montaña, y el piloto tuvo la impresión de que no había más de un metro de separación entre la piedra moldeada por el glaciar y la punta del ala. El hielo, que parecía liso desde una altura de trescientos cincuenta metros, se veía cada vez más desigual a medida que bajaban, como si unas pequeñas olas se hubiesen congelado. No bajó el tren de aterrizaje. Si uno de los soportes se partía cuando tocasen tierra, el

avión volcaría y quedaría destrozado.

—¡Sujetaos! —gritó. Tenía la garganta tan seca que la orden sonó como un graznido.

Ernst había salido de la góndola para sentarse en el asiento del operador de radio. Josef estaba con Lichtermann en la cubierta de vuelo. Los diales de la radio resplandecían con un color blanco lechoso. No había ninguna ventanilla cerca, así que en el interior del aparato reinaba la oscuridad. En cuanto oyó la orden del piloto, Kessler se agachó, con las manos entrelazadas en la nuca, las piernas juntas y los codos apoyados en las rodillas, tal como le habían enseñado.

Comenzó a rezar.

El avión golpeó contra el glaciar, rebotó unos cuatro metros y cayó de nuevo con más fuerza. El sonido del metal contra el hielo era como el de un tren que atraviesa un túnel. Kessler se vio impulsado con una fuerza brutal hacia delante y las correas del cinturón de seguridad se le hundieron en las carnes, pero no se atrevió a moverse de la posición fetal. El Focke-Wulf chocó contra algo y el impacto tiró de los estantes los manuales de radio. Una de las alas se clavó en el hielo, y el aparato comenzó a girar; trozos del fuselaje volaron por los aires.

Kessler no sabía qué era mejor: estar solo en la cabina y no saber lo que pasaba en el exterior, o en la cubierta de vuelo y ver cómo se destrozaba el Cóndor.

Se oyó un estruendo debajo mismo de donde estaba Kessler, y una ráfaga de viento helado entró en el fuselaje. La góndola del artillero de proa estaba destrozada. Los trozos de hielo que el metal cortaba del glaciar volaban por el interior, y, sin embargo, no había ningún indicio de que la velocidad disminuyera.

Entonces llegó el sonido más fuerte hasta aquel momento: una atronadora explosión de metal seguida de inmediato por el olor de gasolina de alto octanaje. Kessler comprendió qué había pasado. El choque contra el suelo había arrancado una de las alas. Aunque Lichtermann había vaciado la mayor parte de la gasolina, aún quedaba la suficiente para que la amenaza de un incendio fuese real.

El avión continuó deslizándose por el glaciar, impulsado por la inercia y la leve pendiente del terreno. Pero por fin comenzaba a perder velocidad. El desprendimiento del ala de babor había colocado al aparato perpendicular a la trayectoria. Ahora, con todo el fuselaje rascando el hielo, la fricción superaba a la inercia.

Kessler se permitió un suspiro. Dentro de muy poco el Focke-Wulf se detendría completamente. El capitán Lichtermann lo había conseguido. Aflojó los puños, que había mantenido apretados desde el aviso, y se disponía a erguirse en el asiento cuando el ala de estribor se hundió en el hielo y la arrancó de cuajo.

El fuselaje rodó sobre el ala cortada y cayó en posición invertida en un brutal

movimiento que casi cortó el cinturón de seguridad de Kessler. Su cabeza se sacudió con un tremendo latigazo y el dolor en el cuello se extendió hasta los dedos de los pies.

El joven artillero permaneció colgado de las correas durante unos segundos, que le parecieron eternos, hasta que se dio cuenta de que ya no se oía el roce del aluminio contra el hielo. Lo que quedaba del avión se había detenido. Controló las náuseas y desabrochó el cinturón de seguridad con mucho cuidado; después, se descolgó del suelo convertido ahora en el techo del fuselaje. Notó algo blando bajo sus pies. Se movió en la oscuridad y esta vez pisó uno de los salientes del fuselaje. Agachado, palpó a tientas y se apresuró a retirar la mano. Había tocado un cadáver; tenía los dedos cubiertos por un líquido tibio y pegajoso que solo podía ser sangre.

—¿Capitán Lichtermann? —llamó—. ¿Josef?

La única respuesta que obtuvo fue el aullido del viento helado que recorría el interior del avión destrozado.

Kessler buscó en el interior de un armario debajo de la radio y sacó una linterna. El rayo de luz enfocó el cuerpo de Max Ebelhardt, el copiloto, que había muerto en los primeros instantes del ataque. Llamó de nuevo a Josef y a Lichtermann al tiempo que alumbraba la cabina invertida con la linterna. Vio a los hombres atados a los asientos, con los brazos colgando inertes.

Ninguno de los dos se movió, ni siquiera cuando Kessler se acercó a gatas y apoyó una mano en el hombro del piloto. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos azules velados. El rostro estaba amoratado, a consecuencia de la sangre acumulada en el cráneo. Kessler le tocó la mejilla; aún conservaba un resto de calor, pero la piel había perdido la elasticidad. Parecía masilla. Iluminó al artillero y operador de radio. Josef Vogel también estaba muerto. La cabeza de Vogel se había estrellado contra un saliente —el muchacho vio pegotes de sangre en el metal— mientras que Lichtermann se había partido el cuello cuando el avión volcó.

El olor de la gasolina por fin consiguió atravesar la niebla en la mente de Kessler; tambaleándose, se apresuró a ir hacia la parte de atrás, donde estaba la puerta. El choque había aplastado el marco, por lo que tuvo que golpear la puerta con el hombro para abrirla. Saltó por la abertura y cayó en el hielo cuan largo era. Había trozos del fuselaje y de las alas desparramados a lo largo del glaciar. Vio el enorme y profundo surco que el avión había abierto en el hielo.

No sabía si la amenaza de un incendio era inminente o cuánto debía esperar para regresar a los restos sin correr riesgos. No obstante, no podía permanecer mucho rato a la intemperie, expuesto a las bajísimas temperaturas y al viento. La mejor opción era buscar el misterioso edificio que había visto antes del choque. Esperaría allí hasta estar seguro de que el Focke-Wulf no se incendiaba y luego regresaría. Con un poco de suerte, la radio quizá aún funcionaba. Si no era así, había una pequeña lancha

neumática en la sección de cola del avión. Tardaría días en llegar a un lugar poblado, pero si no se apartaba de la costa podría conseguirlo.

Tener un plan le ayudaba a mantener a raya los horrores vividos durante la última hora. Solo debía concentrarse en sobrevivir. Cuando estuviese sano y salvo en Narvik, se permitiría pensar en los camaradas muertos. No había intimado con ninguno de ellos, pues había preferido dedicarse a estudiar en vez de compartir sus juergas, pero habían formado parte de la misma tripulación.

A Kessler le dolía la cabeza, y notaba el cuello rígido hasta el punto de que casi no podía moverlo. Se orientó tomando como referencia la montaña que ocultaba la mayor parte del fiordo y comenzó la travesía del glaciar. Resultaba difícil calcular las distancias en aquel paisaje blanco; lo que solo le habían parecido un par de kilómetros se convirtió en una marcha de horas que le dejó los pies insensibles. Un súbito chubasco lo dejó empapado, y con cada paso oía cómo la fina capa de agua congelada en la superficie de la chaqueta se quebraba.

Estaba pensando en dar media vuelta y arriesgarse a volver al avión cuando distinguió el contorno de un edificio que asomaba parcialmente sobre el hielo. En cuanto se acercó y vio los detalles con más claridad, comenzó a temblar, y no solo de frío. Aquello no era un edificio.

Kessler se detuvo ante la proa de un barco enorme, construido con gruesas tablas de madera revestidas con planchas de cobre que se alzaba por encima de su cabeza y que estaba atrapado en el hielo. Sabía que los glaciares se movían muy lentamente; por tanto, estimó que para que el barco estuviese tan enterrado debían de haber pasado miles de años. No se parecía a ninguna nave que él conociese. Incluso cuando una imagen pasó por su mente, se dijo que no podía ser verdad. Había visto representaciones de aquella nave en las ilustraciones de la Biblia que su abuelo le leía durante la infancia. A Kessler le gustaban más las historias del Antiguo Testamento que las prédicas del Nuevo, así que incluso recordaba las dimensiones del barco: trescientos codos de largo, cincuenta codos de ancho, y treinta codos de alto.

«... de dos en dos entraron con Noé en el arca».

Capítulo 1

Bandar Abbas, Irán
En la actualidad

El viejo barco de carga llevaba fondeado fuera del activo puerto de Bandar Abbas el tiempo suficiente para despertar las sospechas de los militares iraníes. Una patrullera zarpó de la base naval cercana y navegó a gran velocidad por las poco profundas aguas turquesa hacia la nave de ciento setenta metros de eslora. El carguero, según el nombre escrito en la popa, se llamaba *Norego* y tenía registro panameño, si la bandera que ondeaba en el mástil era de fiar. Tenía todo el aspecto de haber sido un barco de carga antes de ser reformado en un portacontenedores. En la cubierta se alzaban como troncos de árbol cinco botalones; tres a proa y dos a popa. A su alrededor había contenedores de brillantes colores apilados hasta justo por debajo de las ventanas del puente. Pese al gran número de contenedores, el barco se alzaba muy por encima del agua; quedaban a la vista por lo menos cinco metros de pintura roja por debajo de la línea de carga máxima. El casco era de un color azul uniforme, aunque parecía que no le hubiesen dado una mano de pintura en mucho tiempo, mientras que la superestructura estaba pintada con diversos tonos de verde. El hollín oscurecía las chimeneas gemelas hasta tal punto que era imposible distinguir el color original.

Las finas columnas de humo que salían de ellas flotaban sobre el barco como un sudario.

Habían bajado un andamio de metal por la popa y unos hombres vestidos con monos grasientos parecían trabajar en la reparación del eje del timón.

El oficial al mando de la patrullera se llevó el megáfono a la boca cuando estaban a unos cien metros del barco.

—*Norego*—dijo en farsi—. Vamos a abordarlos. —Muhammad Ghami repitió la llamada en inglés, el idioma internacional del tráfico marítimo.

Un momento más tarde, un hombre obeso vestido con una camisa de oficial sucia y con manchas de sudor apareció junto a la borda. Hizo un gesto a un marinero y comenzaron a bajar la escalerilla.

Ghami vio los galones de capitán en los hombros de la camisa y se preguntó disgustado cómo un hombre de su rango podía haberse abandonado hasta ese extremo. La barriga del capitán del *Norego* sobresalía un palmo por encima del cinturón. Debajo de la gorra, que alguna vez había sido blanca, el pelo negro canoso se veía sucio y desgredado, y, al parecer, llevaba un par de días sin afeitarse. Se dijo que los armadores no podían haber encontrado a un marino más a juego con el decrepito barco para ponerlo bajo su mando.

El oficial comprobó que uno de sus hombres estaba junto a la ametralladora calibre 50, y otro con un fusil de asalto AK-47 terciado a la espalda, antes de ordenar a un tercer tripulante que amarrase la neumática de casco rígido a la escalerilla. Apoyó la mano en la pistolera para asegurarse de que estaba tapada y luego saltó a la plataforma de la escalerilla con su segundo pegado a los talones. Mientras subía, vio que el capitán intentaba arreglarse el pelo y alisar la pechera de la camisa sucia. Unos intentos del todo inútiles.

Cuando llegó a la cubierta lo primero que vio fue que algunas de las planchas estaban levantadas y que llevaban décadas sin recibir una mano de pintura. El óxido manchaba casi todas las superficies excepto los contenedores sin duda porque no llevaban a bordo el tiempo suficiente para sufrir los efectos de la negligencia de la tripulación. Había huecos en la barandilla que habían sido reparados con trozos de cadena, y la corrosión había hecho estragos en la superestructura hasta el punto de dar la impresión de que se desplomaría en cualquier momento.

Ghami disimuló su desagrado y dedicó al capitán un saludo impecable. El hombre se rascó la barriga antes de levantar la mano más o menos en dirección a la visera de la gorra.

—Capitán, soy el alférez Muhammad Ghami de la marina iraní. Este es el marinero Jatahani.

—Bienvenido a bordo del *Norego*, alférez —respondió el amo del mercante—. Soy el capitán Ernesto Esteban.

El acento español era tan cerrado que Ghami se vio obligado a repetir cada palabra mentalmente para asegurarse de haberlas entendido. Esteban era unos centímetros más alto que el alférez, pero su voluminosa barriga le obligaba a bajar los hombros y curvar la espalda, de modo que los dos hombres parecían tener casi la misma estatura. Sus ojos eran oscuros y llorosos, y su sonrisa cuando estrechó la mano del iraní dejó a la vista unos dientes amarillentos y torcidos. Su aliento olía a leche cortada.

—¿Tiene algún problema con el mecanismo del timón?

Esteban maldijo en español.

—Se han trabado los cojinetes. Es la cuarta vez que pasa este mes. Los armadores, condenados tacaños, no me dejan que vaya a un astillero para que lo reparen, así que deben hacerlo mis hombres. Tendríamos que zarpar esta noche, o mañana por la mañana como muy tarde.

—¿Cuál es la carga y el destino?

El capitán golpeó con la palma uno de los contenedores.

—Cajas vacías. Es para lo único que sirve el *Norego*.

—No lo entiendo —confesó Ghami.

—Transportamos contenedores vacíos desde Dubai a Hong Kong. Los mismos

que después de descargar apilan en los muelles. Nosotros los llevamos a Hong Kong para que vuelvan a llenarlos.

Esto explicaba la razón por la que la línea de flotación del barco estaba tan alta, se dijo Ghami. Los contenedores vacíos solo pesaban un par de toneladas cada uno.

—¿Qué transportará cuando vuelva?

—Apenas lo suficiente para cubrir los costes —respondió Esteban, en tono amargo—. Nadie se atrevería a confiarnos una carga más valiosa que cajones vacíos.

—Necesito ver la lista de la tripulación, el manifiesto de la carga y el registro del barco.

—¿Hay algún problema? —se apresuró a preguntar Esteban.

—Lo sabré después de ver esos documentos —respondió Ghami con autoridad, para asegurarse de que el hombre desastrado le obedeciese—. Su barco está en aguas territoriales iraníes y tengo todo el derecho de inspeccionarlo a fondo si lo considero conveniente.

—Ningún problema, señor —afirmó Esteban, con voz servil. Su sonrisa apenas era una mueca—. ¿Qué le parece si salimos de este calor sofocante y vamos a mi despacho?

Bandar Abbas estaba en la curva más cerrada del estrecho de Ormuz, la angosta entrada al golfo Pérsico. En verano, las temperaturas solían rondar los cincuenta grados centígrados y soplaban poco viento. Como suele decirse, se podría freír un huevo en la cubierta.

—Muéstreme el camino —dijo Ghami, y señaló con la mano la superestructura.

El interior del *Norego* mostraba el mismo aspecto ruinoso. Los suelos de linóleo se veían pelados por años de pisadas, la pintura estaba desconchada en los mamparos y los fluorescentes instalados en el techo sonaban como un enjambre. Varios de los tubos se apagaban al azar, y dejaban sumidos algunos de los tramos del angosto pasillo en una oscuridad total.

Esteban llevó a Ghami y a Jatahani por una estrecha pasarela con la barandilla floja y luego por un pasillo corto. Abrió la puerta del despacho e invitó a entrar a los dos marinos con un gesto. Al otro lado del despacho, la puerta del camarote del capitán estaba abierta y dejaba a la vista una cama deshecha y las sábanas sucias en el suelo. Había una mesita atornillada al tabique y un espejo con una raja de una esquina a otra.

El despacho era rectangular y un único ojo de buey dejaba pasar una luz turbia debido a la gruesa capa de sal que lo empañaba. Unos payasos de ojos tristes pintados con colores chillones sobre terciopelo negro adornaban los tabiques. Otra puerta daba a un baño minúsculo que superaba en suciedad a cualquier urinario público de Teherán. Se habían fumado tantos cigarrillos en aquel despacho que el olor a tabaco parecía impregnarlo todo, incluso la garganta de Ghami. Pese a ser un fumador

empedernido, el marino iraní sintió asco.

Esteban metió las puntas peladas del cordón de una lámpara en un enchufe junto a la mesa; maldijo cuando se produjo un chispazo pero se mostró complacido al ver que se encendía la bombilla. Se acomodó en la silla con un gruñido. Señaló a los dos marinos sendas sillas. Ghami cogió una estilográfica del bolsillo de su camisa para quitar una cucaracha muerta de la silla antes de sentarse.

El capitán buscó en un cajón de la mesa y sacó una botella de licor. Miró a los dos musulmanes, maldijo por lo bajo en español y guardó la botella.

—Aquí tiene el manifiesto. —Ofreció la carpeta al alférez—. Como le dije, la carga son los contenedores vacíos con destino a Hong Kong. —Dejó otras carpetas sobre la mesa—. El rol de la tripulación. Una pandilla de vagos, si le interesa saber mi opinión. Si quiere arrestar a cualquiera de ellos, usted mismo. Aquí tiene los documentos de registro del *Norego*.

Ghami echó una ojeada a la lista de tripulantes, se fijó en las nacionalidades de cada uno y verificó los documentos que los identificaban. La tripulación estaba compuesta por chinos, mexicanos y marinos de varias islas del Caribe, lo que coincidía con el aspecto de los hombres que había visto trabajando en la reparación del timón. Esteban había nacido en Guadalajara, México, y después de trabajar durante once años en la Trans-Ocean Shipping and Freight, llevaba seis como capitán del *Norego*. El oficial se sorprendió al ver que Esteban tenía solo cuarenta y dos años. Parecía que ya hubiera cumplido los sesenta.

No había nada sospechoso en la documentación, pero Ghami no quería pasar nada por alto.

—Aquí dice que transporta ochocientos setenta contenedores.

—Más o menos.

—¿Están en las bodegas?

—Los que no están apilados en cubierta —puntualizó Esteban.

—No quiero ofenderlo, capitán, pero un barco como este no fue diseñado para transportar contenedores. Sospecho que en sus bodegas hay espacio más que suficiente para ocultar contrabando. Quiero inspeccionar las seis.

—Hasta que reparen el timón, lo que me sobra es tiempo, alférez —manifestó Esteban, con absoluta calma—. Si quiere inspeccionar todo el barco, adelante. No tengo nada que ocultar.

En aquel momento, se abrió la puerta del despacho. Un tripulante chino vestido con un mono y sandalias se dirigió al capitán en cantonés. Esteban soltó una maldición y se levantó de un salto. La urgencia de sus movimientos alertó a los dos iraníes. Ghami se levantó con una mano apoyada en la pistolera. El capitán no le prestó la menor atención y cruzó el despacho tan deprisa como le permitía su considerable barriga. Ya casi había llegado a la puerta del baño cuando las tuberías emitieron un sonoro gorgoteo. Alcanzó a cerrar la puerta y, un segundo más tarde, escucharon el sonido de un surtidor de agua que se estrellaba contra el techo. Un

nuevo olor, mucho más repugnante, llenó la cabina.

—Les pido disculpas —se excusó Esteban—. Seng ha estado intentando reparar los desagües de los baños. Por lo visto, no lo ha conseguido.

—Si esta gente oculta algo —susurró Jatahani a su superior, en farsi—, creo que prefiero no encontrarlo.

—Tienes razón —respondió Ghami—. No creo que haya ningún contrabandista en el golfo que confiara en esta bola de grasa o en su apestoso barco. —Teniendo en cuenta que el contrabando en el golfo Pérsico era una noble tradición de siglos, Ghami no pretendía hacerse el gracioso. Se dirigió a Esteban—: Capitán, veo que está muy ocupado con el mantenimiento de su barco. Los documentos parecen estar en orden, así que no abusaré de su tiempo.

—¿Está seguro? —preguntó Esteban, que enarcó una de sus cejas—. No me importaría acompañarlo en una visita turística.

—No será necesario. —Ghami se levantó.

—Como quiera.

Salieron del despacho y Esteban los guió de regreso por los lóbregos pasillos. El resplandor del sol fue todavía más cegador después de la penumbra del camarote. Detrás del *Norego*, recortado sobre el horizonte neblinoso, un superpetrolero de cuatrocientos metros de eslora navegaba hacia el norte, donde le llenarían de crudo las bodegas.

Ghami estrechó la mano de Esteban en la plataforma de la escalerilla.

—Si mañana por la mañana no ha reparado el timón, tendrá que informar a las autoridades portuarias de Bandar Abbas. Quizá deban remolcar su barco hasta la rada para apartarlo de las rutas de navegación.

—No tardaremos mucho en reparar este buey —afirmó Esteban—. Está cansado, pero aún hay vida en el viejo *Norego*.

El alférez lo miró con evidente escepticismo. Bajó a la lancha patrullera e hizo un gesto al tripulante en cuanto él y Jatahani estuvieron a bordo. Soltaron la amarra y la embarcación se alejó a gran velocidad del viejo carguero, dejando una estela limpia y blanca sobre el agua oscura.

Desde la borda, Esteban saludó a la lancha iraní por si alguien de la tripulación lo estaba mirando, pero por lo visto procuraban alejarse lo más rápido posible del *Norego*. El capitán se rascó la barriga y continuó observando la patrullera hasta que se perdió en la distancia. Cuando ya no era más que un punto, un segundo hombre salió de la superestructura. Era mayor que Esteban, con una corona de pelo cobrizo alrededor del cráneo calvo. Sus ojos castaños mostraban una expresión alerta y parecía una persona de trato fácil; aunque se mantenía en buena forma física, una incipiente barriga asomaba por encima del cinturón.

—Habrás que cambiar el micrófono de tu despacho —dijo, sin preámbulo—. Sonabais como personajes griposos de dibujos animados.

El capitán se tomó un momento para quitarse los rollos de venda colocados entre

los dientes y las mejillas, y la aparente gordura desapareció en el acto. A continuación, se quitó las lentillas marrones para dejar a la vista unos ojos de un color azul vivo. La transformación de un viejo marino gordinflón en un hombre apuesto se completó en cuanto se quitó la gorra y la sucia peluca. Tenía el pelo rubio y un poco más largo que el habitual corte militar. La barba de un par de días era natural, y no veía la hora de afeitarse, pero no podría hacerlo hasta después de haber salido de aguas iraníes ante la posibilidad de que tuviese que interpretar de nuevo el papel de Ernesto Esteban, capitán del MV *Norego*.

—Nuestra mejor imitación de las tres ardillas Alvin, Simon y Theodore — bromeó Juan Rodríguez Cabrillo.

—Me han dicho que has tenido que pulsar el botón de alarma.

Había unos controles disimulados debajo de la mesa del despacho que Cabrillo podía utilizar según la situación. Con uno de ellos llamaba a Eddie Seng, que interpretaba a un desafortunado fontanero y ponía en marcha la bomba de las tuberías de debajo del inodoro. La bomba hacía que por la taza surgiese un chorro con la fuerza de una erupción volcánica. Los productos químicos que añadían al agua para darle un olor hediondo reforzaban el engaño.

—El alférez Ghami quería jugar a ser Sherlock Holmes e inspeccionar el barco. Tenía que evitarlo —explicó Cabrillo a Max Hanley, presidente de la corporación, de la que Juan era el director ejecutivo.

—¿Crees que volverán?

—Puedes contar con ello si seguimos aquí por la mañana.

—Entonces tendremos que asegurarnos de que para entonces nos hayamos largado —manifestó Hanley, con una mirada pícaro.

Los dos hombres entraron en la superestructura. Fueron hasta un pequeño cuarto donde se amontonaban escobas, fregonas y artículos de limpieza que tenían todo el aspecto de no haber sido nunca utilizados. Giró los grifos de un fregadero como si estuviese manipulando la rueda de una caja de caudales. Se oyó un chasquido y la pared trasera se abrió para dejar a la vista un pasillo con una gruesa alfombra. Adiós a los tabiques de metal y al linóleo barato. Las paredes del pasillo estaban cubiertas con paneles de caoba y las lámparas de araña del techo daban una luz cálida.

Al igual que el disfraz que se había puesto Cabrillo para engañar a la marina iraní, el *Norego* no era lo que parecía. En realidad, ni siquiera ese era su nombre. Cambiando de orden las letras sujetadas con imanes a proa y a popa, la tripulación había creado *Norego* a partir del nombre original: *Oregon*.

Aunque originariamente se había construido para transportar madera, el barco había surcado el Pacífico durante casi dos décadas. Había llevado troncos de Canadá y Estados Unidos a Japón y a otros mercados asiáticos. El mercante de once mil toneladas había prestado un buen servicio a sus armadores, pero los años no pasaban en balde. Como cualquier otro barco viejo, se acercaba al final de su vida útil. El casco comenzó a corroerse y los motores no daban el mismo rendimiento que cuando

eran nuevos. Los armadores publicaron anuncios en las revistas del ramo para venderlo como chatarra, esperando conseguir algunos dólares por tonelada.

En aquel tiempo, Juan Cabrillo acababa de poner en marcha la corporación, y necesitaba un barco. Con tal objetivo, había visitado puertos por todo el mundo, en busca del adecuado. Cuando vio las fotos del carguero, supo que había dado con su buque. Había tenido que pujar contra tres empresas de desguace, pero de todos modos lo había comprado por un precio muy inferior al de un barco nuevo. No le interesaba en absoluto la capacidad de carga. Lo deseaba por el anonimato.

El *Oregon* había pasado casi seis meses en un dique seco cubierto en Vladivostok, donde había sido objeto de una radical transformación. Sin hacer cambios en el aspecto exterior, habían vaciado todo el interior. Los viejos motores diesel fueron reemplazados por propulsores de tecnología punta. Los motores magnetohidrodinámicos utilizaban unos magnetos a muy baja temperatura para obtener electrones libres del agua de mar y producir electricidad en cantidades casi ilimitadas. Esta energía alimentaba cuatro turbinas que expulsaban el agua a través de un par de resplandecientes tubos de empuje vectorial con una fuerza tremenda. Esta tecnología solo se había probado en unas pocas naves, pero desde el incendio de un barco de crucero con propulsión MHD llamado *Emerald Dolphin* había vuelto a los laboratorios para que continuaran perfeccionándola en modelos a escala.

Dada la velocidad que ahora podía alcanzar el barco, había sido necesario reforzar el casco. Habían añadido aletas estabilizadoras y se había modificado la proa para darle la resistencia de un rompehielos. Varios centenares de kilómetros de cable recorrían toda la embarcación debido a los avanzados equipos electrónicos, que incluían desde radares militares y sonares hasta docenas de cámaras de televisión de circuito cerrado. Todo este sistema se controlaba desde una supercomputadora de Sun Microsystems.

También estaba el armamento. Dos tubos lanzatorpedos y un cañón de 120 milímetros con el sistema de tiro de un carro de combate M1 A1 Abrams. Asimismo, contaba con tres ametralladoras Gatling de 20 milímetros fabricadas por la General Electric, lanzadoras de misiles superficie-superficie y múltiples ametralladoras de 30 milímetros para defender el barco. Todas estas armas estaban camufladas detrás de planchas de acero retráctiles, similares a las empleadas por las lanchas K alemanas durante la Primera Guerra Mundial. Las ametralladoras de calibre 30 milímetros estaban dentro de bidones oxidados fijados en cubierta. Bastaba accionar un interruptor en el centro de operaciones para que se abriesen las tapas y apareciesen las armas; los artilleros las disparaban por control remoto desde la seguridad del interior de la nave.

Cabrillo también había añadido unas cuantas sorpresas. La bodega situada más a popa se había convertido en el hangar de un helicóptero Robinson R44 con capacidad para cuatro pasajeros que se subía a cubierta por medio de una plataforma hidráulica. A la altura de la línea de flotación había compuertas disimuladas por las cuales se

podían lanzar al agua diversas embarcaciones menores como lanchas neumáticas Zodiac y una lancha de asalto SEAL, y en la quilla había dos enormes puertas que daban a un espacio enorme llamado piscina lunar, desde donde se podían botar en secreto dos minisubmarinos.

En lo referente al alojamiento de la tripulación no se había reparado en gastos. Los pasillos y los camarotes tenían el lujo de un hotel de cinco estrellas. El *Oregon* disponía de una cocina que superaba la de cualquier gran crucero, con un equipo de cocineros de primera fila. Uno de los tanques de lastres colocado en los lados, con los que se pretendía hacer creer que el barco llevaba la carga máxima, estaba revestido con planchas de mármol de Carrara y tenía las dimensiones de una piscina olímpica.

Los operarios que se habían encargado de la reforma creían que trabajaban en uno de los nuevos barcos espía de la marina rusa. Para llevar a cabo ese engaño, Cabrillo había contado con la colaboración del comandante de la base donde estaba el dique seco, un almirante corrupto hasta las cejas que Juan conocía desde hacía años.

El dinero para poner en marcha la corporación y pagar las reformas del *Oregon* había salido de una cuenta secreta en un banco de las islas Caimán que había pertenecido a un asesino a sueldo que Cabrillo había eliminado por encargo de su antiguo empleador, la Agencia Central de Inteligencia. Técnicamente, el dinero tendría que haber ido a parar al presupuesto de operaciones encubiertas de la CIA, pero Juan había recibido la aprobación tácita de su superior inmediato, Langston Overholt IV, para quedarse con los fondos.

Cabrillo ya llevaba algún tiempo pensando en abandonar la CIA cuando Saddam Hussein invadió Kuwait el 2 de agosto de 1990 y pilló por sorpresa a toda la gente de Langley. La agencia llevaba tanto tiempo librando la Guerra Fría que cuando cayó el Muro de Berlín y se hundió la Unión Soviética no estaba preparada para los conflictos que Cabrillo ya preveía en aquella zona. La cultura corporativa de la CIA estaba demasiado arraigada para advertir el peligro que acechaba. Más tarde, cuando Pakistán probó su primera bomba nuclear y la agencia se enteró por los periódicos, llegó a la conclusión de que la inflexibilidad de la Central de Inteligencia les impedía ver que el mundo se estaba transformando tras años de dominación de las superpotencias.

Overholt nunca le había dado permiso formalmente para que formara su propia compañía paramilitar de operaciones encubiertas, la Corporación, pero él también había comprendido que las reglas estaban cambiando. En el sentido estricto, Cabrillo y su tripulación era mercenarios, y si bien el dinero para financiar la operación nunca podría ser rastreado hasta Estados Unidos, Juan no había olvidado quién le había permitido empezar. Por lo tanto, era por Overholt por lo que el *Oregon* había fondeado a un par de millas de la costa de Irán y fingía ser lo que no era.

Cabrillo y Hanley se dirigieron a la sala de conferencias en las profundidades del barco. Estaban reunidos cuando un radar secundario había captado que la patrullera se acercaba y Cabrillo había tenido que salir para interpretar el personaje del capitán

Ernesto Esteban.

Eddie Seng se encontraba delante de una pantalla de televisión plana con un puntero láser en la mano. Lejos de ser el simple fontanero que había representado para los iraníes, era otro veterano de la CIA, como Cabrillo. Debido a su increíble capacidad para trazar planes meticulosamente y dirigir misiones, Eddie era el director de las operaciones en tierra. No había ningún detalle, por pequeño que fuera, que no mereciera toda su atención. Había sido esta extraordinaria concentración lo que le había permitido desarrollar gran parte de su carrera como agente secreto en China y eludir a la que probablemente era la policía secreta más despiadada del mundo.

Sentados alrededor de la mesa se encontraban los demás miembros de la plana mayor, con la excepción de la doctora Julia Huxley. Julia era médico jefe del *Oregon*, y casi nunca asistía a las reuniones preparatorias a menos que ella también tuviera que bajar a tierra.

—¿Así que has puesto en fuga a la marina iraní con tu mal aliento? —le preguntó Linda Ross a Juan cuando se sentó a su lado.

—Vaya, lo siento. —Cabrillo buscó en el bolsillo una caja de pastillas de menta y chupó una para quitarse el olor del queso Limburger que había comido antes de que los iraníes subiesen a bordo—. Creí que lo había conseguido con mi horrible inglés —comentó, con el mismo espantoso acento que había empleado.

Linda acababa de ser ascendida a vicepresidenta de operaciones. Con su pelo rubio rojizo, los largos rizos que apartaba continuamente de sus ojos verdes y las pecas en las mejillas y la nariz, tenía el aspecto de un duendecillo. Su voz aguda, casi de niña, no ayudaba. Sin embargo, cuando hablaba, todos los miembros le prestaban atención. Había sido oficial de inteligencia en un crucero de la clase Aegis y se había retirado de la carrera naval después de formar parte del personal del jefe de la junta del Estado Mayor.

Enfrente de ellos se encontraba el mejor piloto del *Oregon*, Eric Stone, y su compañero de aventuras, Mark Murphy, que era el responsable del armamento del barco.

Más allá estaban Hali Kasim, jefe de comunicaciones, y el corpulento Franklin Lincoln, antiguo SEAL que tenía el mando del pelotón de exmiembros de las Fuerzas Especiales, o, como los llamaba Max, los «mastines».

—¿Ya has vuelto, director? —Sonó en el altavoz. Era Langston Overholt, que hablaba a través de una línea segura desde Langley.

Como fundador de la Corporación, Juan mantenía el título de director; solo un miembro de la tripulación, el sobrecargo, Maurice, lo llamaba capitán.

—Me entretuve en impedir que los nativos se inquietasen demasiado —respondió Cabrillo.

—¿Ha habido algún indicio de que sospechasen?

—No, Lang. Pese a que estamos solo a un par de millas de la base naval de Bandar Abbas, los iraníes están acostumbrados a un intenso tráfico marítimo.

Echaron una ojeada al barco, otra a mí, y comprendieron que no éramos una amenaza.

—Corremos un gran riesgo haciendo esto —le advirtió Overholt—. Si crees que debemos posponerlo, lo entenderé.

—Lahg, estamos aquí, los torpedos cohete también, y las conversaciones con Rusia sobre las exportaciones de armas comenzarán dentro de dos semanas. Es ahora o nunca.

Si bien la proliferación de material nuclear continuaba siendo el mayor problema para la seguridad global, la exportación de armamento a gobiernos poco estables también era una preocupación prioritaria para Washington. Rusia y China estaban ganando miles de millones de dólares con la venta de sistemas de misiles, aviones de combate, tanques, e incluso cinco submarinos de la clase Kilo que había comprado hacía poco el gobierno de Teherán.

—Si quieres tener pruebas —continuó Cabrillo— de que los rusos están suministrando torpedos VA-111 Shkval a los iraníes, debemos entrar esta noche.

Probablemente, el Shkval era el torpedo más avanzado construido hasta el momento, capaz de alcanzar velocidades superiores a los doscientos nudos por hora porque surcaba el agua envuelto en una burbuja artificial creada por la supercavitación. Tenía un alcance de seis mil ochocientos metros, y se decía que era muy difícil de guiar debido a su increíble velocidad, así que se consideraba un arma para utilizar como último recurso, por ejemplo en el caso de un submarino averiado que debía destruir a su atacante.

—Los iraníes afirman que han desarrollado su propia versión del Shkval sin ayuda rusa, o al menos es lo que dicen —comentó Max Hanley—. Si podemos probar que los rusos les facilitaron la tecnología, aunque ellos afirmen lo contrario, contribuiría a obligarlos a reducir las exportaciones de armas en el futuro.

—Pero también podría acabar en un escándalo de primera magnitud, si os pillan —señaló Overholt, irritado—. No tengo muy claro que siga siendo una buena idea.

—Cálmate, Langston. —Cabrillo entrelazó las manos detrás de la nuca, tocó un resto del pegamento utilizado para sujetar la peluca y lo quitó con mucho cuidado—. ¿Cuántos trabajos hemos hecho para ti sin ningún problema? Los iraníes no sabrán dónde les han dado, y estaremos a quinientas millas del golfo cuando se den cuenta de que entramos en la base de submarinos. Luego, cuando descubran qué ha ocurrido, el primer lugar donde mirarán será en las naves de la armada norteamericana que cumplen con las tareas de vigilancia en estas aguas, y no en una chatarra flotante con bandera panameña y el timón averiado.

—Esto me recuerda una cosa, señor Overholt —intervino Eddie, desde el otro extremo de la mesa—. ¿Mantendrá a nuestras fuerzas navales lo suficientemente lejos de Bandar Abbas para que ninguna acusación de intervención norteamericana prospere?

—No hay ninguna nave a menos de cien millas del puerto —le aseguró Overholt

—. Costó lo indecible evitar que los jefes de la Quinta Flota comenzasen a sospechar, pero por ese lado podemos estar tranquilos.

Cabrillo carraspeó.

—Entonces, manos a la obra. Dentro de doce horas tendrás la prueba que necesitas para que los rusos entren en razón. Todos comprendemos los riesgos, pero si eso significa que el Kremlin se verá forzado a replantearse vender armas a todos los ulemas con los bolsillos llenos, tenemos que ir.

—Lo sé. Tienes razón. —Overholt exhaló un suspiro—. Juan, ten cuidado, ¿de acuerdo?

—Cuenta con ello, amigo.

—¿Necesitas algo más? —preguntó el veterano agente de la CIA.

—Ya sabes dónde tienes que depositar el dinero en cuanto salgamos —respondió el director—. A menos que quieras conocer los detalles específicos de nuestra operación, creo que deberías colgar.

—Hecho.

Un chasquido marcó el final de la conversación.

Juan se dirigió a todos los presentes.

—Muy bien, ya hemos hablado de ello suficientemente. ¿Hay algún detalle de última hora que debamos aclarar antes de dar por terminada la reunión?

—Los contenedores apilados en cubierta —dijo Max—. ¿Tenemos que comenzar a desarmarlos cuando anochezca o esperamos a que vuelvas de la base naval y estemos en marcha? ¿Y qué pasa con la pintura y las otras medidas de camuflaje?

Las pilas de contenedores que llenaban la cubierta del *Oregon* también formaban parte del decorado, solo era algo más que permitía a la tripulación ocultar la verdadera naturaleza del barco. Eran plegables y se guardaban en una de las bodegas. Su ausencia modificaba la silueta de la nave. La pintura azul del casco y la verde en las instalaciones de cubierta eran pigmentos ecológicos que se podían lavar con los cañones de agua antiincendios colocados en la superestructura. Debajo de la primera capa, el casco estaba pintado con distintos colores, de modo que parecían aplicados por un par de generaciones de propietarios. Sin embargo, estas pinturas eran compuestos que absorbían las ondas de radar, como los utilizados en los cazabombarderos invisibles.

También habían tapado con planchas de metal las principales características del barco, para alterar todavía más su apariencia. Quitarían una capota de la proa que le daba un aspecto más aerodinámico. Desmontarían las chimeneas gemelas que llevaba ahora y colocarían en su lugar otra ovalada. Esta chimenea serviría además como cubierta de las cúpulas de los radares principales, que de momento estaban replegadas dentro de la superestructura. El último cambio consistiría en llenar los tanques de lastres, así daría la impresión de que navegaban con las bodegas llenas.

Toda esta transformación se haría en cuatro horas y requeriría el esfuerzo de toda la tripulación, pero, cuando hubiesen acabado, el *Norego* habría dejado de existir y el

Oregon surcaría las aguas del golfo Pérsico, enarbolando, irónicamente, el pabellón iraní, porque era allí donde estaba registrado.

Juan pensó unos momentos antes de responder; valoraba los riesgos y las ventajas.

—Eric, ¿qué luna tenemos esta noche?

—Cuarto menguante —contestó el piloto y meteorólogo *de facto*—. El parte meteorológico avisa que el cielo se nublará a partir de medianoche.

—Entonces lo dejaremos todo en su lugar hasta medianoche —decidió Cabrillo—. Deberíamos estar de regreso a las dos de la madrugada. Tendremos un adelanto de dos horas en el trabajo de transformación, pero si algo sale mal podremos volver a colocarlo todo de nuevo. ¿Algo más?

Algunos negaron con la cabeza y se oyó el ruido de los papeles que todos recogían antes de salir.

—Nos encontraremos en la piscina lunar a las veintitrés para la última revisión de los equipos. Lanzaremos el minisubmarino no más tarde de las veintitrés cuarenta y cinco. Si nos retrasamos tendremos complicaciones con las mareas. —Cabrillo se levantó para llamarles la atención—. Quiero dejar claro a todos los jefes de sección, y en particular a operaciones terrestres —dirigió una significativa mirada a Eddie Seng y a Franklin Lincoln— que no puede haber fallos. Tenemos un buen plan. Sigámoslo y todo irá como la seda. La situación en esta parte del mundo ya es bastante complicada sin que capturen a unos mercenarios intentando robar un par de torpedos cohete.

—Todos sabéis que me fui de Detroit para apartarme de mis amigos que pasaban drogas —comentó Lincoln, con buen humor.

—De la sartén... —Eddie sonrió.

—... a una cárcel iraní.

Capítulo 2

Los años de trabajo en la CIA habían enseñado a Juan a funcionar con pocas horas de sueño durante largos períodos. Pero no había sido hasta después de fundar la Corporación y haber comprado el *Oregon* cuando desarrolló la capacidad de los marineros de dormirse a voluntad. Acabada la conferencia, fue a su camarote, una opulenta *suite* más propia de un apartamento de Manhattan que de un barco en alta mar, se quitó el disfraz de capitán Esteban y se tumbó en la cama. Pensar en el peligro al que se enfrentarían en cuanto estuviesen en tierra lo mantuvo despierto menos de un minuto.

Abrió los ojos una hora antes de tener que presentarse en la piscina lunar, sin necesidad de que sonase el despertador.

No había soñado.

Fue al baño, se sentó en un taburete de caoba para quitarse la pierna ortopédica y se metió en la ducha. Con tanta energía eléctrica, los calentadores de agua del barco garantizaban que el tiempo transcurrido entre abrir el grifo y tener agua caliente se midiese en segundos. Cabrillo permaneció debajo de los chorros con la cabeza agachada y dejó que el agua masajeara su cuerpo. Había acumulado múltiples cicatrices a lo largo de los años, y recordaba con toda claridad las circunstancias de cada una de ellas. Pero, de todas, en la que menos pensaba era en la del muñón.

A la mayoría de las personas, perder un miembro les traumatizaría para el resto de su vida. Durante los largos meses de recuperación, también fue así para Juan. Sin embargo, acabado aquel período, no había vuelto a pensar en lo sucedido. Había entrenado su cuerpo para que aceptase la prótesis y su mente para que la olvidase. Como le había dicho a la doctora Huxley cuando iniciaba la recuperación: «Puede que esté lisiado, pero no me permitiré a mí mismo convertirme en un minusválido».

La prótesis que había usado durante el día estaba diseñada como un miembro humano, con un revestimiento de caucho del mismo color que su piel y un pie con dedos que incluso tenían uñas y vello para que fuera similar al izquierdo. Después de secarse y afeitarse la molesta barba fue a buscar en el armario otra pierna muy distinta.

Había una sección en el barco que apodaban el Taller de Magia, a cargo de un genio de los efectos especiales llamado Kevin Nixon, que incluso había ganado un premio de la Academia de Hollywood. Había sido Nixon quien, trabajando en secreto, había desarrollado para Juan su pierna de combate. A diferencia de la prótesis de aspecto natural, esta parecía sacada de *Terminator*. Construida con titanio y fibra de carbono, la versión 3.0 de la pierna de combate era todo un arsenal. En la pantorrilla guardaba una pistola Kel-Tek calibre 380, junto con un puñal. También

contenía un garrote de alambre, un arma de un solo disparo de calibre 50 que disparaba por el talón y un compartimiento para cualquier equipo que Cabrillo pudiese necesitar.

El mero hecho de colocarla en el muñón y abrochar las correas reforzadas ayudó a que Juan se preparase mentalmente para la misión.

Había dos razones que le habían llevado a fundar la Corporación. Una, por supuesto, era ganar dinero, y, desde esa perspectiva, había superado sus más alocadas expectativas. Cada miembro del equipo podría retirarse, gracias a las ganancias acumuladas en los años de servicio, y el propio Cabrillo podría comprarse una pequeña isla en el Caribe si lo deseara. Pero era la segunda razón para formar su propia fuerza de seguridad la que lo mantenía en activo cuando cualquier otro hombre ya habría colgado las armas.

Solo en el año anterior, él y su tripulación habían acabado con una red de piratas que asaltaban barcos cargados con inmigrantes chinos ilegales para emplearlos como esclavos en una remota mina de oro, y luego habían desbaratado un plan ecoterrorista para desviar hacia Estados Unidos un huracán cargado con una nube tóxica.

Parecía como si tan pronto completaban un trabajo hubiese otros dos que mereciesen la atención de las extraordinarias capacidades de la Corporación. La maldad campaba libremente por todo el planeta, y a las potencias mundiales les resultaba imposible poner coto a su propagación debido a los mismos elevados principios morales que las habían hecho grandes. Aunque trabajaban guiados por la brújula moral de Cabrillo, él y su tripulación no estaban sometidos a los políticos, de ninguna ideología, que se preocupaban más de ser reelegidos que de los resultados.

Llamaron a la puerta y entró el sobrecargo.

—El desayuno, capitán —dijo Maurice, con su lúgubre acento inglés.

El sobrecargo era un veterano de la Royal Navy, que se había visto obligado a retirarse al cumplir la edad reglamentaria. Alto, delgado y con el pelo blanco, caminaba muy erguido y se mostraba imperturbable en cualquier circunstancia. Si bien no era cierto que Cabrillo fuese descuidado en su vestimenta, no podía competir con los trajes oscuros y las camisas blancas almidonadas que Maurice vestía con independencia del tiempo que hiciese. En los años que llevaba a bordo, nadie había visto al sobrecargo sudar o temblar.

—Déjalo sobre mi mesa —dijo Juan mientras salía del dormitorio junto al despacho.

La habitación estaba revestida con maderas nobles, y el techo artesonado de caoba hacía juego con las vitrinas donde guardaba algunas de las curiosidades acumuladas a lo largo de los años. En una de las paredes, enmarcada como la pieza central, había una impresionante pintura del *Oregon* azotado por un temporal.

Maurice colocó el servicio de plata sobre la mesa, con el entrecejo fruncido por la afrenta, ya que había una mesa de comedor mucho más apropiada en un rincón del despacho. Quitó las tapas, y los olores de una tortilla a la francesa, arenques y café

llenaron el despacho. Cabrillo siempre añadía un poco de crema a su primer café del día, y Maurice ya se lo tenía preparado cuando Juan se sentó en su silla.

—¿Cuáles son las últimas novedades del romance del joven señor Stone con una brasileña vía internet? —preguntó Juan, y cortó un buen trozo de tortilla.

Maurice era el informador de los cotilleos a bordo, y las numerosas aventuras románticas en el ciberespacio de Eric Stone constituían su tema favorito.

—El señor Stone comienza a sospechar que él y la dama en cuestión tienen más cosas en común de lo que había imaginado —respondió Maurice, con su mejor tono de conspirador.

Juan empezó a abrir la antigua caja de caudales que había detrás de la mesa, sin perderse ni una palabra.

—Eso, en principio, no es nada malo.

—Me refiero al género, capitán. Sospecha que la dama puede ser en realidad un hombre. El señor Murphy me mostró unas fotos que ella, o él, le había enviado donde se veía que todas habían sido, perdón por el neologismo, «photoshopeadas» para ocultar ciertos detalles anatómicos.

—Pobre Eric. —Cabrillo soltó una carcajada—. Ni siquiera tiene suerte en un chat.

Abrió la pesada puerta en la que estaban grabados el nombre y el logotipo de una compañía de ferrocarril del sudoeste desaparecida hacía mucho. Casi todas las armas de pequeño calibre a bordo del *Oregon* se guardaban en la armería, junto al polígono de tiro insonorizado, pero Juan prefería guardar las suyas en el despacho. Además del arsenal de metralletas, fusiles de asalto, pistolas y revólveres, guardaba allí fajos de billetes de diversos países, cien mil dólares en monedas de oro de cuatro bancos centrales distintos y varias bolsas pequeñas de diamantes sin tallar.

Había una piedra de cuarenta quilates guardada aparte de las demás; había sido un obsequio del nuevo presidente de Zimbabue como una muestra de su agradecimiento a la Corporación, que lo había rescatado de una cárcel para presos políticos.

—La doctora Huxley ha confirmado las sospechas del señor Murphy tras haber comparado las medidas faciales del individuo con las tablas para hombres y mujeres. —Mientras Maurice continuaba con el cotilleo, Cabrillo comprobó el funcionamiento de una pistola semiautomática, la única arma que llevaría. A diferencia del resto del equipo, no iría armado hasta los dientes.

Bebió el resto de café y comió otro bocado de tortilla. La adrenalina comenzaba a circular por sus venas y le cerraba el estómago, así que prescindió de los succulentos arenques.

—¿Qué hará Eric? —preguntó Juan, al tiempo que se levantaba.

—Es obvio que postergará sus vacaciones en Río de Janeiro hasta que pueda comprobar estos datos. El señor Murphy cree que debería contratar a un detective.

Cabrillo soltó una exclamación.

—Creo que debería olvidarse de internet y conocer mujeres a la manera

tradicional, cara a cara, en un bar y con unas cuantas copas encima.

—¡Muy bien! No habría que despreciar la capacidad como lubricante social de unos cuantos cócteles. —Maurice recogió el servicio y alzó la bandeja a la altura del hombro, con una servilleta impoluta cruzada en el otro brazo—. Lo veremos cuando regrese.

Esto era lo más cercano a desear buena suerte que llegaba a expresar el sobrecargo.

—No si no os veo yo primero —fue la respuesta habitual de Juan.

Salieron juntos del camarote. Maurice fue hacia la derecha para volver a la cocina, y Cabrillo torció a la izquierda. Bajó en el ascensor hasta la cubierta del tercer nivel. Las puertas se abrieron a una enorme bodega iluminada con baterías de focos donde predominaba el olor a mar. De una grúa puente colgaba el mayor de los dos sumergibles que llevaba el *Oregon*, el *Nomad 1000*, de veinte metros de eslora. El submarino con la proa roma tenía una capacidad para seis personas, incluidos el piloto y el copiloto. Junto a los tres ojos de buey de la proa estaban los focos de xenón herméticos y un brazo articulado con una pinza capaz de penetrar el acero. El *Nomad* podía sumergirse hasta una profundidad de algo más de trescientos metros, casi diez veces más que su hermano menor, el *Discovery 1000*, que colgaba de una red y estaba equipado con una esclusa que permitía a los buceadores salir de la nave durante las inmersiones.

Debajo del sumergible, los tripulantes ya habían quitado las rejillas para dejar a la vista un pozo que bajaba hasta la quilla del *Oregon*. Las puertas exteriores seguían cerradas mientras las bombas llenaban la piscina como paso previo al lanzamiento.

Linc, Eddie y Max estaban acabando de ponerse los trajes de neopreno sobre los bañadores. Los equipos de buceo ya se encontraban a bordo del sumergible. Linda Ross esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho, observando a Max con una expresión risueña. Hanley había servido dos veces en Vietnam como capitán de una lancha *Swift* y ya no tenía el cuerpo atlético de antaño. Le costaba pasar el traje por encima de la barriga. No era habitual que acompañase a un equipo en una misión en tierra; sin embargo, como era el mejor mecánico naval de la Corporación, todos estuvieron de acuerdo en que su experiencia podría resultar muy útil.

—Vamos, muchacho —lo apremió Juan, con una gran sonrisa, y palmeó la barriga de Max—. No recuerdo que te costase tanto hace unos años.

—No son los años —se lamentó Max—. Son las pastas.

Cabrillo se sentó en un banco y, a diferencia de los demás, comenzó a ponerse el traje de neopreno sobre las prendas que llevaba.

—Linda, ¿has acabado con las verificaciones previas al lanzamiento?

—Estamos preparados para irnos.

—¿Qué pasa con la barquilla?

—Es segura —respondió Max por Linda, con un orgullo posesivo. Él había diseñado y supervisado su construcción en el taller del *Oregon*.

Juan cogió los auriculares con el micro integrado de manos de uno de los técnicos y llamó al centro de operaciones.

—Hali, aquí el director. ¿Qué tal pintan las cosas por allí?

—El radar muestra el habitual movimiento de buques que entran y salen del golfo. Hay un portacontenedores que amarró en el muelle principal de Bandar Abbas hará aproximadamente dos horas, además de un puñado de falucas.

—¿Nada en la base naval?

—Están tranquilos. He revisado todas las frecuencias y, aparte de las charlas habituales entre barcos en el mar, no hay nada importante.

—Espero que estés perfeccionando tus capacidades lingüísticas. —Era una broma particular entre ambos. Hali Kasim era hijo de padres libaneses pero totalmente incapaz de decir ni una palabra en libanés o árabe, uno de los cuatro idiomas que Cabrillo hablaba con fluidez.

—Lo siento, jefe, estoy dejando que el ordenador se encargue de la traducción por mí.

—Eric, Murph, ¿estáis preparados?

Cuando Cabrillo enviaba a un equipo a tierra firme, no había mejores oficiales para ocuparse de la navegación y los sistemas de armamento que Stone y Murphy.

—Sí, señor —respondieron ambos al unísono.

—Estamos cargados, preparados y dispuestos a ser pesados.

Juan refunfuñó. El nuevo pasatiempo de Murph era la *slam poetry* y, a pesar de que la tripulación decía lo contrario, el joven creía que era todo un maestro del género.

—Preparados para una prueba de comunicaciones, en cuanto estemos a bordo del Nomad.

—Recibido —respondió Hali.

Linc y Eddie recogieron las bolsas herméticas con las armas y los equipos y subieron al minisubmarino. Entraron en el casco a través de una pequeña escotilla. Max y Cabrillo los siguieron, no sin que antes Juan diese una supersticiosa palmada al grueso casco de acero antes de descender al interior. El trayecto hasta la costa les llevaría una hora, así que ocuparon los asientos instalados en los laterales en lugar de apretujar a la mitad del equipo en la cámara de inmersión para dos. Los cuatro se colocarían los equipos de buceo durante el viaje de ida.

Linda Ross se abrió paso entre Juan y Max para sentarse en el asiento del piloto, una butaca baja rodeada de hileras de interruptores y pantallas de ordenador; la fosforescencia daba a su rostro un siniestro tono verdoso.

—¿Qué tal me recibes, *Oregon*? —preguntó, después de colocarse los auriculares con el micro sobre el pelo alborotado.

—Perfectamente. —El sistema de comunicaciones utilizaba un cifrado de 132 bits y cambiaba de frecuencia cada décima de segundo; por tanto, las probabilidades de interceptación y descifrado eran nulas.

Los hombres a popa también comprobaron los equipos. Los cascos que usarían tenían unos transmisores ultrasónicos integrados que les permitían una comunicación perfecta entre ellos, el *Nomad* y el *Oregon*.

—Listos. Ya podéis abrir —ordenó Linda.

Bajaron la intensidad de los focos de la piscina lunar, para que no se viesan debajo del agua, y poco a poco se abrieron las compuertas de la quilla. Se puso en marcha el mecanismo que bajaba al submarino; el *Nomad* se sacudió y luego comenzó el majestuoso descenso. Las cálidas aguas del golfo empezaron a cubrir los ojos de buey antes de que el vehículo alcanzase el punto de flotabilidad neutra. Se soltaron las amarras y el *Nomad* flotó libremente.

Linda puso en marcha las bombas de lastre y el agua comenzó a llenar poco a poco los tanques; a continuación guió el sumergible por debajo del casco del *Oregon*. Aunque había hecho esta maniobra docenas de veces, sus movimientos eran cuidadosos y precisos. Se valió del medidor de profundidad y del medidor de distancia láser montado en la parte superior del casco, para asegurarse de que se habían alejado de la quilla.

—*Nomad* libre —comunicó, cuando estaban a siete metros por debajo del casco.

—Cerramos las compuertas. *Oregon* corto y cierro.

Linda descendió otros doce metros, hasta llegar a poco más de un metro por encima del fondo marino, y puso rumbo a la base naval de Bandar Abbas. Mantuvo la velocidad apenas por encima de la mínima, para evitar que el movimiento de las hélices alertase a cualquier operador de radar que estuviera atento en la zona, si bien con el intenso tráfico del estrecho de Ormuz sería casi imposible separar el susurro del *Nomad* entre el aluvión acústico.

Corrían el riesgo de que los detectaran visualmente, debido a que las aguas eran poco profundas, lo que los obligaba a mantener apagadas las luces exteriores. Linda tendría que confiar en el sistema LIDAR, el sistema de Light Detection and Ranging, que utilizaba una serie de rayos láser para cartografiar el terreno que había justo delante del sumergible. Los guiaría hasta la base gracias a una representación tridimensional por ordenador del entorno. El LIDAR podía detectar objetos del tamaño de una lata de refresco.

—Les habla el piloto desde la cabina de mando —dijo Linda, por encima del hombro—. Navegaremos a una profundidad de dieciséis metros y a una velocidad de tres nudos. La duración estimada hasta nuestro destino es de sesenta y dos minutos. A partir de este momento pueden usar sus aparatos electrónicos, y no olviden preguntar a cualquier miembro del personal de a bordo por las ventajas de nuestro programa de cliente habitual.

—Eh, piloto, mis cacahuetes están rancios —bromeó Linc.

—Y yo quiero una manta y una almohada —añadió Eddie.

—Ya puestos —dijo Max—, no me vendría nada mal un *whisky* doble.

Si alguien hubiese escuchado la charla durante la media hora siguiente, jamás

habría adivinado que se disponían a entrar en la más vigilada de todas las bases navales iraníes. No se trataba de que no fuesen conscientes de los riesgos, sino de que eran demasiado profesionales para reconocer que estaban nerviosos.

Pero todo esto acabó cuando faltaban treinta minutos para llegar al objetivo. El grupo de desembarco comenzó a ponerse los equipos de buceo, y verificaron una y otra vez el equipo de los compañeros. En cuanto acabaron con los preparativos, Juan y Linc fueron los primeros en entrar en la esclusa de aire que tenía el tamaño de una cabina telefónica. Había una escotilla en el techo de la claustrofóbica cámara que se podía abrir desde la cabina o desde el interior de la esclusa, pero solo cuando se equilibraba la presión a cada lado de la puerta blindada. Para ahorrar tiempo, Juan pulsó un interruptor y el agua comenzó a llenar poco a poco la cámara. La temperatura del agua era tibia y presionaba contra los trajes de neopreno. Juan tuvo que alisar las arrugas para que no le irritasen la piel. Los dos hombres empezaron a mover las mandíbulas para aliviar la presión en el oído interno.

En cuanto el agua les llegó por debajo del cuello, Cabrillo pulsó de nuevo el interruptor. No había ninguna necesidad de colocarse los cascos de buceo hasta el último momento.

—¿Qué tal os va allá atrás? —La voz de Linda sonó débil y distante en el casco.

—¿Cómo es que siempre acabo metido en este trasto con el tipo más grande de la tripulación? —se quejó Cabrillo.

—Porque Max tiene tanta barriga que no cabría con Linc, y Eddie acabaría aplastado como una pulga —respondió Linda.

—Eh, tío, da gracias de que no respire hondo —bromeó Linc con su profunda voz de barítono.

—Director, el LIDAR muestra las puertas de la entrada de los submarinos. Estamos a unos cuarenta y cinco metros.

—De acuerdo, Linda. Deposítanos en el fondo, a la derecha de la entrada del dique seco.

—Copiado.

Un momento más tarde, el Nomad se sacudió suavemente cuando Linda lo posó en el arenoso fondo marino.

—Apagando todos los equipos no esenciales. Cuando queráis.

—¿Qué dices, grandullón? —preguntó Cabrillo a Lincoln.

—Vamos allá.

Juan se puso el casco y comprobó que los cierres estuviesen bien ajustados, para asegurarse de que el traje se mantuviese hermético, y que entrara suficiente aire de las botellas. Esperó a que Linc le indicara que estaba preparado y abrió la válvula de llenado. El agua solo tardó unos segundos en llegar al techo de la esclusa. Juan bajó la potencia de las luces y pulsó otro interruptor para abrir la escotilla.

La escotilla se abrió hacia arriba y una pequeña cantidad de aire escapó al exterior. Las burbujas tenían un color blanco plateado en la penumbra, pero con el

chapoteo del agua contra el muelle cerrado nadie las vería.

Juan salió de la esclusa para colocarse en la cubierta superior del sumergible. Sin las luces, el agua se veía oscura como la tinta. Cabrillo se había criado en el sur de California y se había sentido atraído por el mar desde la infancia. Había pasado del buceo a pulmón al buceo autónomo y a la tabla de surf apenas entró en la adolescencia. Se sentía tan a gusto en el agua como una foca y podría competir con ellas nadando. La oscuridad solo hacía que aumentara la paz que sentía cada vez que realizaba una inmersión.

Lincoln salió del Nomad al cabo de un momento. Juan cerró la escotilla, y juntos esperaron a que Eddie y Max repitieran la maniobra. Una vez que estuvieron todos fuera del sumergible, Cabrillo se arriesgó a encender la linterna submarina, aunque tuvo la precaución de ocultar el haz de la superficie con la mano.

La base de submarinos iraní había sido construida cavando primero una trinchera de ciento ochenta metros de largo y treinta de ancho desde el mar hacia el desierto en el este. Sobre la trinchera, habían erigido una estructura de hormigón reforzado, de dos metros y medio de grosor, capaz de resistir el impacto directo de una bomba. La habían construido antes de la invasión norteamericana al vecino Irak; sin duda, los iraníes eran conscientes de que algunas de las nuevas bombas de demolición del arsenal estadounidense podían arrasarse toda la base con un único impacto. Al sur y al norte del dique seco estaban los muelles principales de la base naval; los edificios administrativos, los talleres y los cuarteles se extendían poco más de tres kilómetros tierra adentro.

En el lado de la base que daba al mar había dos enormes compuertas que se abrían hacia fuera, movidas por mecanismos hidráulicos. Unas barreras hinchables sellaban la brecha entre la parte inferior de las compuertas y el suelo de cemento, para impedir que el agua inundase el recinto. Sin explosivos o sin usar un soplete de acetileno durante un par de horas, las compuertas eran impenetrables.

Cabrillo se impulsó con las aletas para alejarse de la barrera y dirigió a su equipo por el reino de Neptuno. Cada pocos segundos, encendía la linterna para alumbrar la pared cubierta de lapas y percebes, que protegían la base de los estragos del océano. Tras recorrer unos quince metros, el haz iluminó lo que buscaba. En la pared había una rejilla de un metro veinte de diámetro, un oscuro agujero donde desembocaba el conducto de las bombas que vaciaban el dique seco. Siempre con la precaución de ocultar el haz de la linterna, observó la reja de acero encastrada en el cemento y que impedía nadar por el interior del conducto. El acero apenas mostraba señales de corrosión y el hormigón se veía intacto. Le llevó más de un minuto de atenta observación descubrir los cables en la parte superior e inferior de cada uno de los seis barrotes.

Una manera de proteger el acceso era instalar sensores de movimiento en la reja, pero con tantos peces curiosos como había en el golfo Pérsico, las alarmas habrían sonado constantemente. Era más sencillo hacer pasar una corriente eléctrica por el

metal, de modo que si alguna vez se cortaba la conexión los guardias recibirían la señal de que alguien había quitado uno de los barrotes.

Juan señaló los cables a Linc, el mejor especialista en infiltración del equipo. Guiándose casi solo por el tacto, Lincoln puenteó tres de los barrotes, con pinzas de cocodrilo y trozos de cable para mantener la continuidad del circuito. Luego, sacó dos tubos de la bolsa de inmersión. Destapó uno y colocó una bolita de una sustancia gris que parecía masilla en los extremos de los barrotes. Colocó una cantidad similar de la sustancia del segundo tubo sobre la primera.

Aunque por separado eran inertes, los dos componentes formaban un ácido cáustico al combinarse. En menos de un minuto, el metal debajo de la mezcla se había deshecho lo suficiente para que Linc pudiera arrancarlos sin que sonase la alarma, gracias a los cables que mantenían el circuito cerrado. Dejó los barrotes en la arena, sin tocar las puntas, todavía corrosivas; a continuación, mantuvo los cables separados para permitir el paso de Max, Eddie y Juan antes de entrar él también en el conducto.

Ahora que estaban al abrigo de cualquier mirada, Juan aumentó la potencia de la linterna; el rayo dibujó un anillo blanco en las paredes curvas que parecía alejarse a medida que él entraba.

De repente, una veloz sombra se le echó encima. Lanzó un golpe a ciegas cuando una silueta pasó a su lado. Vio la aleta dorsal y la cola de un pequeño tiburón antes de que desapareciese a su espalda.

—Es una suerte haberlo encontrado ahora y no dentro de un par de años — comentó Eddie.

Cabrillo esperó un par de segundos a que se calmasen los latidos de su corazón antes de continuar avanzando por la tubería. Estaba más nervioso de lo que creía, y eso no le gustaba.

El conducto acababa en una gran válvula que habría estado cerrada si el dique estuviera seco, pero, durante los dos días que habían vigilado la instalación, no habían visto ningún indicio de que los iraníes hubiesen vaciado el dique desde que había entrado la última adquisición de la armada: un submarino de la clase Kilo con propulsión diésel eléctrica.

Los cuatro hombres pasaron por la válvula de mariposa y llegaron a la enorme bomba que vaciaba el dique. Las palas impelentes eran de ferrobronce brillante y estaban atornilladas al eje.

Juan iba preparado por si había pernos; de igual modo que si hubiese encontrado las palas soldadas, habría utilizado un pequeño soplete. Sacó una llave ajustable de la bolsa atada al muslo y se puso manos a la obra. La posición era un tanto forzada y habían apretado los pernos con una llave neumática, así que necesitó apelar a todas sus fuerzas para conseguir aflojar los doce. Uno de ellos en particular lo obligó a hacer tal fuerza que sus ojos empezaron a hacer chiribitas. Cuando por fin consiguió aflojarlo se le escapó la llave, y Cabrillo se cortó la mano con el filo de una de las

palas con forma de cimitarra. Una pequeña nube de sangre flotó en el haz de luz.

—¿Intentas conseguir que vuelva el tiburón? —se burló Max.

—Mientras tu enorme culo esté entre él y yo, estaré a salvo.

—No es enorme, solo está relleno.

Cabrillo acabó de quitar los pernos y dejó a un lado cada una de las palas de cuarenta y cinco centímetros. Tuvo que quitarse la botella de aire de la espalda para pasar por debajo del eje. Esperó en el otro lado a que los demás se reunieran con él y volviesen a colocarse las botellas.

El conducto se prolongaba otros tres metros y medio antes de formar un ángulo de noventa grados. Cabrillo apagó la linterna; después de esperar unos segundos a que se acomodase su visión, distinguió una débil y acuosa luminosidad que llegaba desde el desvío. Se acercó con mucha cautela y asomó la cabeza para echar un rápido vistazo.

Habían llegado al dique seco. La luz provenía de unos focos instalados en el techo. La baja intensidad de las luces le indicó que solo había la necesaria para que los guardias pudieran vigilar, pero no la suficiente para que un equipo de técnicos trabajasen en un submarino de la clase Kilo. Tal como habían previsto, debían hacerlo pocos hombres.

Nadó hasta salir del conducto y se sumergió hasta el fondo de cemento, seguido por Max, Linc y Eddie. Avanzaron sin apartarse mucho de las enormes compuertas, donde el riesgo de que hubiese algún guardia era mínimo. Juan comprobó la profundidad en el medidor y retuvo a sus hombres a una profundidad de tres metros durante un minuto, para permitir que eliminasen la pequeña cantidad de burbujas de nitrógeno acumuladas en la sangre.

Con la paciencia de los cocodrilos que emergen de un río en busca de presas, los cuatro hombres se acercaron a la superficie, manteniéndose apenas por debajo del plateado reflejo para colocarse los pequeños periscopios en los cascos. Construidos para aumentar la luz de las estrellas hasta convertirla en luz diurna, tuvieron que reducir la potencia de las ópticas de tercera generación de los periscopios mientras observaban cada palmo del muelle desde la seguridad del agua.

El dique seco tenía la anchura suficiente para contener dos sumergibles, y en el borde de cada amarradero había muelles que casi tenían la misma longitud del edificio. En ellos había multitud de equipos, bidones de lubricante, pilas de recambios cubiertas con lonas, pequeños coches de golf para el traslado de los técnicos y tres toros elevadores. En el extremo más apartado se alzaba una plataforma que ocupaba todo el ancho. Una parte, acristalada, formaba un despacho o una cabina de observación; debajo, a cada lado, había unos almacenes. También había una grúa móvil montada sobre rieles que iban de un extremo a otro de los muelles cubiertos.

Amarrado con gruesas maromas se distinguía la larga silueta negra de un submarino de ataque de la clase Kilo. La nave, de dos mil doscientas toneladas, había sido en otro tiempo el arma más temible del arsenal submarino soviético. Cuando

navegaba con los motores eléctricos, el Kilo era uno de los más silenciosos cazadores subacuáticos y podía acercarse sin ser descubierto a los buques equipados con los sistemas más modernos de sonares pasivos. Disponía de seis tubos lanzatorpedos y tenía autonomía para realizar misiones de hasta un mes y medio sin repostar.

La presencia del Kilo se consideraba una provocación, dado que Irán tenía un largo historial de ataques a los barcos mercantes que surcaban las aguas del golfo Pérsico. Estados Unidos y sus aliados habían agotado todos los recursos diplomáticos para impedir que Rusia vendiese submarinos Kilo a la marina iraní, sin conseguir que vendedor y comprador renunciasen a la operación. Por lo general, estos sumergibles de casi setenta metros de eslora estaban fondeados en Chah Bahar, en el mar de Arabia, y no encerrados en el golfo. Sin embargo, la información suministrada por Overholt indicaba que estaban equipando este submarino con los nuevos torpedos cohete.

Si la Corporación conseguía pruebas de que los rusos habían vendido ilegalmente dicha tecnología a Teherán, acabarían con cualquier nuevo trato que los iraníes estuviesen negociando para comprar más submarinos, algo que deseaban desesperadamente.

—¿Qué tenéis? —preguntó Cabrillo, tras cinco minutos de silenciosa observación.

—He contado seis —respondió Linc.

—Confirmado —añadió Eddie.

—¿Max?

—¿Estás seguro de que no hay un guardia echando una cabezada en el lado izquierdo, en aquello que parecen ser unas lonas que esperan ser cargadas a bordo?

Observaron de nuevo el lugar que señalaba Max, atentos a distinguir la silueta de un hombre. Los tres contuvieron el aliento cuando aquello que habían tomado por una sombra de pronto se incorporó, miró a su alrededor un segundo, se rascó una axila y volvió a tumbarse.

—Qué ojos, compañero —dijo Juan—. Nunca más volveré a burlarme de ti cuando uses gafas para leer un informe. Así que tenemos cuatro guardias en la plataforma de observación y otros dos en la puerta del personal, además de la Bella Durmiente. Linc, Eddie, el grupo de la plataforma es vuestro. Max, ocúpate de prolongarle la siesta a aquel otro. Yo me encargaré de los dos de la puerta. —Consultó su reloj. Era la una de la madrugada. La posibilidad de que hubiese un cambio de guardia antes del amanecer era remota—. Disponemos de una hora para estar de nuevo a bordo del Nomad si queremos cumplir con el plazo límite de las tres, así que vamos a darnos un poco de prisa, ¿de acuerdo?

Se sumergieron y nadaron a lo largo del muelle. Max se detuvo más o menos a la altura donde se encontraba el guardia dormido y esperó pegado al borde del muelle, oculto por la sombra que proyectaba el casco del Kilo. Eddie y Linc nadaron por el lado izquierdo con la intención de situarse debajo de una escalera que conducía a la

plataforma. Por su parte, Juan salió del agua al amparo de las sombras de una pila de contenedores, a unos noventa metros del bien iluminado vestíbulo donde una pareja de guardias aburridos vigilaban las puertas cerradas.

Se quitó en silencio el equipo de buceo y el traje. Debajo vestía el uniforme de capitán de la marina siria, con corbata y galones. El único detalle fuera de lugar eran las botas de goma que calzaba, pero era algo que no podía solucionar. Se abrochó el cinto con la pistolera y se puso la gorra para ocultar el pelo rubio. Esperó un minuto más para dar tiempo a sus hombres a que se colocasen en posición antes de salir de detrás de la pila y caminar con la mayor osadía hacia los guardias.

Se acercó hasta una distancia de seis metros antes de que uno de ellos advirtiese su presencia. El hombre se levantó de un salto y miró en derredor desconcertado, antes de recordar que había dejado su AK-47 en el suelo junto a la mesa que compartía con su compañero. Juan continuó acercándose, indiferente al hecho de que el guardia hubiera recogido el arma y le apuntara al pecho. Masculló una advertencia, mientras el otro guardia se levantaba, con su fusil de asalto en las manos, aunque la correa del arma le rodeaba las muñecas.

—¿Qué significa esta falta de respeto? —preguntó Juan con soberbia y en un árabe impecable—. Soy el capitán Hanzi Hourani, de la marina siria, y estoy aquí como invitado del comandante de la base, el almirante Ramazani.

Los dos guardias lo miraron sin saber qué hacer. Finalmente, uno de ellos le preguntó en un árabe macarrónico:

—¿Usted quién es?

—El capitán Hourani —respondió Cabrillo, irritado—. Por el amor del Profeta, he entrado y salido de este edificio no sé cuántas veces a lo largo de toda la semana pasada. Estoy aquí para presenciar la demostración de vuestra nueva arma milagrosa, los torpedos que expulsarán a los Crusader de nuestras aguas de una vez para siempre.

Sabía que el guardia que hablaba farsi apenas entendía la mitad de las palabras de su rápida réplica, pero lo más importante era la actitud. Necesitaba convencerlos de que tenía todo el derecho a estar allí, a pesar de ser muy tarde. Había un walkie-talkie sobre la mesa junto a un cenicero lleno, platos con restos de comida y unos cuantos periódicos arrugados. Si llamaban a la seguridad de la base, la farsa habría terminado.

—Perdí la noción del tiempo recorriendo el submarino —añadió, y después sonrió un tanto avergonzado—. No es verdad. Me quedé dormido en el *camarote* del capitán y soñé que sería yo quien asestaría el primer golpe a los imperialistas norteamericanos.

Aún había cierta suspicacia en los ojos del centinela, pero que un oficial superior, aunque de otra armada, admitiera que tenía las mismas fantasías que ellos, hizo que se relajase un poco. Tradujo a su compañero las palabras de Cabrillo.

No parecieron impresionarlo en absoluto. Le respondió con acritud y acompañó las palabras con movimientos del cañón del arma. El que hablaba árabe pidió a

Cabrillo la identificación.

Juan sacó una cartera y se la extendió al mayor de los dos. Cuando el guardia se disponía a mirarla, Cabrillo aprovechó para sacar una cajetilla de cigarrillos del bolsillo de la camisa y encendió uno. Era un Dunhill, una marca mucho mejor que el pésimo tabaco local que fumaban aquellos hombres. Vio que ambos se habían fijado en la característica cajetilla plana. El guardia se volvió con la cartera en la mano, dispuesto a coger el walkie; entonces, Juan le ofreció los cigarrillos.

Titubeó un momento, así que Juan insistió, acercándole el tabaco.

—Debemos llamar al puesto central de vigilancia —dijo el más joven.

—Por supuesto —contestó Juan, y exhaló el humo por los orificios nasales—. Solo he pensado que les gustaría disfrutar de un buen cigarrillo mientras les meten la bronca por no saber que estoy autorizado a estar aquí.

Obedientes, ambos aceptaron los cigarrillos. Juan les ofreció fuego. Dieron la primera chupada, pero solo tuvieron un instante para intercambiar una mirada antes de que el potente narcótico mezclado con el tabaco penetrase en su sistema nervioso como un tren de carga a toda velocidad. Ambos cayeron al suelo sin decir palabra.

Cabrillo aplastó su cigarrillo en el suelo con el pie.

—En circunstancias normales, muchachos —comentó, mientras hacía lo mismo con los humeantes cigarrillos de los guardias y guardaba los restos en un bolsillo del pantalón—, esto os habría matado. Pero en este caso, solo dormiréis un par de horas. Sin embargo, no desearía estar en vuestra piel cuando vuestros superiores se enteren de lo ocurrido.

La Corporación procuraba en todo momento que no hubiese bajas mortales en sus misiones. Desde el momento en el que había comenzado a planear la operación, Cabrillo se había asegurado de que los guardias no muriesen solo porque Rusia estuviese vendiendo de forma ilegal equipos bélicos de alta tecnología.

Aunque esto no significaba que no hubiese sangre en las manos de Juan Cabrillo o del resto del equipo, pero no mataban a menos que fuese absolutamente necesario.

Ya se volvía cuando se abrió la puerta que daba al exterior y entró un técnico vestido con una bata y escoltado por dos marineros. Se fijaron en los guardias inconscientes en el suelo debajo de la mesa y en el uniforme desconocido de Juan. Uno de los marineros levantó el arma y le ordenó que se identificase. El otro le dijo algo al primero que Juan entendió perfectamente: «Voy a buscar ayuda». Luego dio media vuelta y desapareció en la noche.

En un minuto, los tres mil marineros y el personal de apoyo entrarían en el dique seco como una horda de vándalos.

Capítulo 3

En el momento en el que el segundo guardia corría hacia la puerta, una mancha de color rubí apareció en el arma del primero, seguida un instante más tarde por una bala que arrancó el fusil de su mano, destrozada entre salpicaduras de sangre.

Juan no vaciló. Linc o Eddie habían inmovilizado al hombre desde su posición en la plataforma elevada, y Cabrillo sabía que habían reducido al técnico con sus fusiles de asalto Tipo 95 con silenciador. Dio media vuelta y corrió tras el guardia que huía. Aceleró a cada paso, impulsado por su rasgo más característico: su rechazo a rendirse. El guardia desaparecía en la penumbra de la base naval, y, de no haber sido por el uniforme caqui que llevaba, Cabrillo lo habría perdido en la oscuridad. En ocho pasos redujo la ventaja de dos segundos que le llevaba el guardia, y, en otros tres, se lanzó sobre el iraní fugitivo; sujetó al hombre a la altura de las rodillas con un placaje que habría enorgullecido a un jugador de rugby profesional.

Los dos cayeron sobre el duro suelo de asfalto. La caída de Juan quedó amortiguada por el cuerpo del guardia; en cambio, el centinela no había tenido la misma suerte. Su cabeza chocó contra el pavimento con el ruido de una calabaza al aplastarse, y al resbalar su rostro se desgarró hasta el músculo.

Cabrillo miró en derredor. Cerca había un par de almacenes a oscuras y, a cierta distancia, un edificio de cuatro plantas con unas pocas ventanas iluminadas, pero no creyó que lo hubiesen visto. Ató las muñecas del guardia caído con unas bridas de plástico, y se lo cargó al hombro para volver a toda prisa al muelle del submarino.

Cuando Cabrillo cerró la puerta, vio que Eddie había maniatado y amordazado al técnico. Lo arrastraba hacia un rincón en el vestíbulo de entrada donde ya había escondido a los dos guardias drogados. Juan descargó su carga junto a ellos.

—Esto me ha quitado unos cuantos meses de vida —jadeó.

—¿Crees que alguien te ha visto? —preguntó Eddie.

—Si oyes que suena una alarma, tendrás tu respuesta. ¿Algún problema con los otros?

—Uno de ellos cogió su arma. Linc le ha vendado la herida y ha contenido la hemorragia. Si lo llevan a un hospital dentro de las próximas dos horas se salvará. Llevábamos capuchas, y yo gritaba en mandarín, como habíamos planeado; si estos tipos saben algo de armas habrán reconocido los fusiles Tipo 95 de fabricación china.

—Si a ello le sumamos la munición checa que usamos, les costará trabajo adivinar quiénes somos.

Max se acercó, con una sonrisa en el rostro.

—Tenías que complicarlo más de lo que ya es, ¿no?

—Vamos, Max, si no aumentásemos los riesgos no podríamos cobrar las fabulosas sumas a las que estamos acostumbrados.

—La próxima vez te daré una parte de lo que me corresponde.

—¿Algún problema con tu guardia?

—Su siesta se prolongará hasta mañana. Ahora, si no te importa, vayamos a buscar los torpedos.

En el primero de los dos grandes depósitos debajo de la plataforma elevada encontraron los torpedos convencionales rusos TEST-71, idénticos a los que llevaba el *Oregon*. Fue en el segundo, después de que Linc volase la cerradura, donde encontraron la más nueva y letal arma de los iraníes. El depósito estaba lleno de bancos de trabajo, ordenadores y todo tipo de equipos electrónicos. En el centro había dos siluetas envueltas en lonas que parecían cadáveres en un depósito. Max se acercó a una de ellas y quitó la lona. A primera vista, el torpedo colocado sobre una carretilla motorizada se parecía al TEST-71, excepto que carecía de hélice. Observó el misil submarino de siete metros y medio de longitud, y en particular el diseño de la cabeza. Era esta la que creaba una burbuja de aire alrededor del torpedo y le permitía atravesar el agua casi sin fricción.

—¿Qué te parece? —preguntó Juan, acercándose a su segundo.

—Es idéntico a las fotografías que he visto del Shkval ruso —respondió el ingeniero—. En estos casos la forma sigue a la función, lo que significa que solo hay un par de diseños que producirían el efecto de supercavitación, pero este torpedo es idéntico a los rusos.

—¿Así que están ayudando a los iraníes?

—Sin ninguna duda. —Max se levantó—. La prueba tiene que estar en el diseño del motor cohete, pero yo diría que los hemos pillado con las manos en la masa.

—De acuerdo. Tú y Eddie recoged todo lo que podáis. —Eddie ya estaba en una de las terminales informáticas, introduciendo un disco pirata que copiaría todo el sistema. Linc buscaba en los libros de registro y las carpetas cualquier detalle importante. Cabrillo se dirigió a Franklin Lincoln—: ¿Estás preparado, gigantón?

—Sí.

Max cogió por el codo a Juan cuando este se disponía a salir del depósito.

—¿Uno o los dos?

Juan miró los dos torpedos.

—Ya que estamos, por el mismo precio nos llevaremos los dos.

—Ya sabes que lo más probable es que estén armados y llenos de combustible.

—En ese caso, nos los llevaremos con mucho cuidado —respondió Cabrillo con una sonrisa.

Mientras Linc buscaba en la plataforma superior el mecanismo que abría las compuertas principales, Cabrillo subió la escalerilla soldada a una pared y caminó por la pasarela hasta la cabina de control de la grúa. Experto en el manejo de todo tipo de grúas tras tantos años pasados en el mar, puso en marcha la máquina y avanzó a lo largo del edificio hacia la cabecera del muelle. Durante el trayecto se le ocurrió un pensamiento malvado, y bajó todo el conjunto de enganche. Como pesaba casi una

tonelada y se movía a una velocidad suficiente para pendular hacia atrás un par de grados, Cabrillo dirigió el gancho hacia la aleta de inmersión de la torre del nuevo submarino iraní de la clase Kilo.

El brazo no tenía el impulso suficiente para arrancar la aleta, pero la rotura que hizo en el delicado sistema de control haría que el submarino permaneciese en dique seco durante un par de meses.

Cuando Juan tuvo la grúa en posición, Eddie y Max ya habían sacado uno de los torpedos de tres toneladas del laboratorio. Bajó el gancho, y ellos sujetaron los cables que los iraníes habían tenido el detalle de dejar colocados. Una vez bien asegurados, Max hizo una señal a Cabrillo mientras Eddie iba a buscar su equipo de buceo.

Juan levantó el torpedo de la carretilla y movió el brazo de la grúa por encima del agua, con la precaución de mantenerlo apartado del submarino. A seis metros de las compuertas, sumergió el arma y esperó a que se aflojara el grueso cable de acero, la indicación de que el torpedo se había posado en el fondo. Detuvo el motor en cuanto el cable comenzó a combarse. Eddie había caminado a lo largo del muelle, cargado con las botellas, el casco y el regulador. Se puso el equipo y saltó al agua. Juan observó el estallido de las burbujas en la superficie; pasado un minuto, el pulgar alzado de Eddie asomó por encima del agua.

Juan soltó el gancho y llevó la grúa una vez más hacia la cabecera del muelle, donde Max ya tenía en posición el segundo torpedo. Mientras la grúa avanzaba por los raíles, Juan vio a Linc en la plataforma superior. Estaba inclinado sobre el ordenador que dirigía los controles de las compuertas exteriores. Debía de haber encontrado la combinación correcta porque comenzaron a apagarse las luces hasta que solo quedó una encendida, a la altura de Max. Cabrillo miró por encima del hombro. A lo lejos, alcanzó a ver cómo se abría una de las enormes compuertas. Era la señal para que Linda llevase el sumergible al interior. El sistema LIDAR detectaría el torpedo depositado en el fondo; Linda esperaría a que Cabrillo la avisara si iban a robar otro.

Una vez que el segundo torpedo estuvo enganchado, Max se reunió con Linc y juntos llevaron el resto de equipos de buceo, incluido el de Juan, hasta el borde del dique seco. Se prepararon para marcharse mientras Juan situaba la grúa para bajar el torpedo al agua.

Una vez que el torpedo desapareció debajo de la superficie y el cable se aflojó, apagó el motor de la grúa, metió la mano debajo del pequeño panel de control y arrancó un puñado de cables en medio de una lluvia de chispas.

Era imposible evitar que los iraníes descubriesen el robo, así que lo único que podía hacer era dificultar al máximo que volvieran a poner en funcionamiento el dique seco. Linc había colocado una pequeña carga explosiva conectada a un sensor de movimientos que destrozaría los ordenadores que controlaban las compuertas y las luces. Para complicarles todavía más la investigación, los explosivos y el detonador eran de fabricación china.

Al recordar un detalle que había pasado por alto, Juan sacó la pistola de la funda y la arrojó al agua. Se trataba de la nueva pistola QSZ-92 del Ejército de Liberación Popular chino. Los iraníes recorrerían el dique seco en busca de pistas, en un intento por descubrir quién había penetrado en la base, y no dudaba que encontrarían la pistola. No tenía claro qué deducirían de las pruebas, pero era divertido confundirlos.

En vez de perder tiempo bajando laboriosamente de la grúa, Juan caminó por el largo brazo que cruzaba todo el ancho del edificio. Cuando llegó al tambor, se sujetó con mucho cuidado al cable trenzado y se deslizó por él hasta que estuvo a unos tres metros por encima del agua; entonces, se soltó sin más.

Max estaba allí con su equipo; lo ayudó a colocarse la botella por encima de los hombros y le acomodó el casco en la cabeza.

—¿Linda, me copias? —preguntó Juan, mientras nadaba. Debido a que el casco estaba diseñado para trabajar con el traje de buzo que Linc le había colocado en los brazos, no podría utilizarlo una vez sumergido.

—Recibido, director. Por cierto, buen salto. Por la salpicadura, lo califico con un 9,2.

—Era un doble salto mortal con medio giro —respondió Cabrillo, bromeando—. Llevamos dos peces así que inicia las operaciones de recuperación mientras nosotros pasamos a través de la esclusa de aire.

—Afirmativo.

Los hombres notaron el movimiento del agua debajo de ellos cuando Linda avanzó con el Nomad.

Como Cabrillo no llevaba la máscara, Linc lo guió hasta la esclusa de aire y dejó que el director entrase primero. Encajó su considerable corpachón a través de la angosta abertura y levantó las manos por encima de la cabeza para cerrar la escotilla. Cuando el indicador en el mamparo cambió a verde, abrió las válvulas que vaciaban la cámara.

Cabrillo se quitó el casco en cuanto el nivel del agua quedó por debajo de su barbilla. El aire era frío, refrescante después de haber respirado durante una hora la atmósfera con olor de productos químicos del dique seco. A pesar de la estrechez, consiguió quitarse la botella sin golpear demasiado a Linc, así que cuando se vació la esclusa de aire estaba preparado para reunirse con Linda en la cabina de mando.

—Bienvenido a bordo. —Ella le sonrió con coquetería—. ¿Cómo ha ido?

—Como una seda —respondió él distraído, y se acomodó en el asiento con el uniforme de la marina siria empapado. El monitor entre ellos mostraba una imagen del circuito cerrado de televisión.

La cámara situada debajo del Nomad indicaba a Linda que el submarino estaba un tanto desviado del primer torpedo. Hizo un ajuste de forma que uno de los brazos curvos que Max había instalado quedase por encima del arma de tres toneladas. Pulsó un interruptor y los brazos de acero se cerraron alrededor del torpedo y lo sujetaron contra el vientre del Nomad.

Juan la ayudó vaciando uno de los tanques de lastre para recuperar la flotabilidad neutra. Linda se mordió el labio inferior en un gesto inconsciente mientras movía el *Nomad* hacia un lado con los impulsores direccionales.

Maldijo por lo bajo cuando el submarino pasó de largo el torpedo.

—La marea está entrando —explicó, e invirtió la marcha para colocar el submarino de nuevo sobre el objetivo.

Una luz en el panel de control de la esclusa de aire pasó de rojo a verde. Eddie y Max estaban a bordo.

Por segunda vez, el *Nomad* pasó de largo el torpedo, lo que obligó a Linda a aumentar la potencia para luchar contra la marea que entraba en el dique seco. Los remolinos y las corrientes cruzadas jugaban con el pequeño sumergible. Juan sabía que si Linda creía que no podría hacerlo, pediría su ayuda. Dejó que hiciera su trabajo y, al tercer intento, soltó aire y logró colocar el sumergible sobre el segundo torpedo. Cerró los brazos mecánicos alrededor del tubo y soltó más lastre.

—A la tercera va la vencida —comentó Linda con una sonrisa de satisfacción.

Juan extendió el brazo manipulador y utilizó los dedos mecánicos para reunir los cuatro cables con los que habían movido los torpedos; luego los guardó en un cesto debajo de la proa del *Nomad*. Tan pronto como el brazo volvió a la posición inicial, Linda movió a fondo el joystick para hacer girar el *Nomad* en el dique seco. Las señales del sistema LIDAR le permitieron colarse a través de la compuerta entreabierta y salir a las aguas abiertas del puerto.

Juan comprobó el nivel de las baterías, la velocidad en el agua y la velocidad sobre el fondo. Tecleó los números en el ordenador para obtener un cálculo aproximado de la autonomía del *Nomad*. Detrás de ellos, el equipo estaba quitándose los trajes de neopreno y se ponía las prendas limpias que habían llevado consigo.

Teniendo en cuenta que la marea era más fuerte de lo que habían estimado, el pequeño sumergible solo dispondría de una hora de energía de reserva cuando llegasen al *Oregon*. Era un margen muy escaso, y Juan iba a empeorarlo. Tenía un mal presentimiento respecto a la respuesta iraní y quería poner la mayor distancia posible entre su barco y el estrecho de Ormuz.

—*Nomad* a *Oregon* —llamó.

—Me alegra oír tu voz, director —respondió Hali Kasim—. Espero que todo haya ido bien.

—Como robarle una piruleta a un bebé —dijo Cabrillo—. ¿Qué tal va la transformación?

—Como un reloj. La sobrecubierta de proa ha desaparecido, la chimenea es la normal y vamos adelantados con el plegado de los contenedores.

—Bien. Hali, en unos treinta minutos quiero que te pongas en marcha, pero a una velocidad de tres nudos. —El *Nomad* navegaba a una velocidad de cuatro—. Nos encontraremos un poco más lejos de la costa.

—Eso nos llevará muy cerca de las vías de navegación —manifestó Hali—. Allí

nos será imposible detenernos para la recogida.

—Lo sé. Haremos la recogida en marcha. —Emerger con el *Nomad* en la piscina lunar ya era peligroso, pero hacerlo con el *Oregon* en marcha era algo que Cabrillo solo se arriesgaría a hacer si lo consideraba absolutamente necesario.

—¿Estás seguro? —preguntó Max, que se inclinó para asomar la cabeza por la cabina.

Juan se volvió para mirar a su viejo amigo a los ojos.

—El tobillo derecho me pica. —Este era el código que el director utilizaba para decir que tenía un presentimiento. También había tenido un presentimiento antes de aceptar la misión de la *NUMA* en la que había perdido la pierna derecha por debajo de la rodilla; desde entonces ambos hombres habían aprendido a confiar en los instintos de Juan.

—Tú eres el jefe —dijo Max, y asintió.

Tardaron otras dos horas en llegar hasta el *Oregon*, mientras el barco se alejaba a baja velocidad de la costa iraní. El *Nomad* pasó bajo el oscuro casco a unos trece metros por debajo de la quilla. Las compuertas de la piscina lunar estaban abiertas completamente y plegadas contra el casco, y las luces rojas de combate del interior del barco teñían el agua de un resplandor rojizo. Era como si estuviesen acercándose a las puertas del infierno.

Linda redujo la velocidad del *Nomad* para igualarlo a la marcha del *Oregon*, y centró el minisubmarino debajo de la abertura. En una recogida normal, los buzos se sumergían para asegurar los cables al *Nomad*, y después lo izaban con una grúa. Aunque solo se movían a una velocidad de tres nudos, había demasiada corriente para penetrar sin riesgo en la piscina lunar.

Cuando igualó la velocidad comenzó a soltar lastre poco a poco, de forma que el *Nomad* ascendiera paulatinamente.

—No pretendo añadir presión —dijo Hali a través del altavoz—, pero tenemos que virar en menos de cuatro minutos. —Las vías marítimas en el estrecho de Ormuz eran tan ajustadas que no se permitía la menor desviación.

—Si eso no es añadir presión —respondió Linda, sin desviar la mirada de la pantalla del ordenador.

Soltó más lastre y continuó moviendo con delicadeza el joystick y el acelerador. Hizo pequeñas correcciones mientras la abertura se veía cada vez más grande.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Juan desde el asiento del copiloto.

Metro a metro, se fue acortando la distancia hasta que el *Nomad* estuvo en la vertical del barco. Escucharon el discreto zumbido de los revolucionarios motores y el paso del agua a través de los tubos impulsores.

Linda redujo ligeramente la velocidad de forma que el submarino retrocediese hasta la parte trasera de la piscina, con las aletas y las hélices del sumergible a menos de un palmo de la abertura.

—Allá vamos —anunció, y lanzó el último lastre que quedaba, una cesta cargada

con media tonelada de cojinetes.

El Nomad subió hasta asomar a la superficie. Aunque se movía como el caldo en una olla, ya que el *Oregon* se desplazaba a una velocidad de tres nudos, el agua en la piscina estaba inmóvil en relación al sumergible. El Nomad comenzó a acelerar hacia delante. Linda puso en marcha el impulsor de emergencia, de forma que el pequeño sumergible cruzó rápidamente la piscina, que era apenas el doble de largo de su eslora. Habían colocado un colchón neumático en todo el perímetro de la piscina por si acaso. El submarino lo tocó con tanta suavidad que apenas se aplastó.

Se oyeron los golpes de los pies descalzos en la parte superior del Nomad cuando los técnicos engancharon los cables de la grúa a los anclajes del sumergible. Debajo de ellos estaban cerrándose las puertas. Linda exhaló un suspiro de alivio al tiempo que rotaba las muñecas para aliviar los calambres.

Juan le palmeó el hombro. Veía la tensión en sus ojos.

—Ni yo mismo podría haberlo hecho mejor.

—Gracias —respondió ella con voz cansada. Inclino la cabeza a un lado como si escuchase una voz lejana—. Creo que la bañera está llamándome.

—Adelante —dijo Juan. Se levantó y en el asiento de vinilo oscuro quedó un pequeño charco—. Te lo has ganado.

El equipo esperó debajo de la escotilla mientras colocaban el Nomad en sus soportes y levantaban la tapa. Pese a que su traje aún goteaba sobre el suelo antideslizante, Juan dejó que su equipo lo precediese en la salida del sumergible. Un técnico le entregó unos auriculares y un micro sin que se lo pidiese.

—¿Eric, estás ahí?

—Aquí mismo, director —contestó Eric Stone desde su puesto en el centro de operaciones.

—En cuanto estén cerradas las puertas aumenta la velocidad a dieciocho nudos. ¿Cuánto tiempo tardaremos en salir del estrecho?

—Alrededor de dos horas y media, y tardaremos otras quince en llegar a las coordenadas de la cita.

Cabrillo deseaba tener los torpedos y toda la información técnica que Eddie había pirateado en el ordenador fuera del barco lo más rápido posible, pero la hora del encuentro con el *Tallahassee*, un submarino de ataque de la clase Los Ángeles, se había determinado con mucho cuidado para evitar a los satélites espías y la posibilidad de que algún barco cercano viese la entrega.

—De acuerdo, gracias. Dile a Hali que permanezca atento a las conversaciones militares que lleguen de Bandar Abbas. Si escucha cualquier cosa, que me llame de inmediato al camarote.

—Hecho, jefe.

Max supervisaba la retirada de los torpedos cohete de debajo del Nomad, y él mismo manejaba un polipasto para colocarlos sobre las carretillas eléctricas. Eddie ya había guardado el disco duro con toda la información en una caja impermeable.

Juan dio una palmada en uno de los misiles.

—Cinco millones de dólares por cada uno, además de otro millón por la información del ordenador. No está mal para un día de trabajo.

—Tendrías que llamar a Overholt y avisarlo de que tenemos dos de estos cacharros. Así evitarás que le dé un ataque cuando reciba la factura.

—Primero una ducha —dijo Juan—. Luego lo llamaré. ¿Te vas a la cama?

Max consultó su reloj.

—Son casi las cuatro y media. Creo que me quedaré aquí y ayudaré a poner el barco en orden. Quizá tome un buen desayuno al amanecer.

—Tú mismo. Buenas noches.

El origen de la palabra «POSH» se remonta al gobierno del Rajá británico en la India, cuando los pasajeros que viajaban por mar para ocupar sus cargos en Bombay o Nueva Delhi pedían camarotes de babor en el viaje de ida y camarotes de estribor en el viaje de regreso a Inglaterra. De esta manera, los camarotes siempre estaban a la sombra. Los agentes de viaje abreviaron «*Port Out, Starboard Home*» a POSH, y una nueva palabra entró en el idioma inglés.

El camarote de Cabrillo estaba en la banda de babor del *Oregon*, pero el ángulo de navegación del barco con relación al sol permitía que la luz entrara por el ojo de buey, lo que hacía que el camarote estuviese muy caliente pese al aire acondicionado. Despertó bañado en sudor, momentáneamente desorientado y sin saber qué había interrumpido su sueño hasta que oyó sonar el teléfono otra vez.

Miró en el gran reloj de pared, en el lado opuesto de la cama, mientras libraba los brazos de las sábanas retorcidas. Aún no eran las ocho y el sol ya era una tortura.

Atendió la llamada.

—Cabrillo.

—Director, soy Hali. Han descubierto el juego.

Juan hizo unos rápidos cálculos mentales mientras asimilaba la noticia. El *Oregon* sin duda ya había cruzado el estrecho pero no habrían avanzado mucho en el golfo de Omán. Aún estaban en plena zona de influencia militar iraní.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, al tiempo que sacaba las piernas de la cama y se pasaba una mano por el cabello corto.

—Ha habido una intensa charla desde Bandar Abbas hará cosa de unos cinco minutos, y luego silencio.

Juan ya se lo esperaba. El comandante de la base debía de haber tardado un buen rato en averiguar qué había pasado y luego reunir el valor suficiente para informar del robo a sus superiores en Teherán. Ellos, a su vez, habrían ordenado de inmediato a la base naval que dejaran de utilizar las radios y los teléfonos no seguros para pasar a líneas terrestres seguras.

Durante la primera guerra del Golfo, Estados Unidos había descubierto al mundo su capacidad de espionaje. Con sus estaciones de escucha terrestres y los satélites, la Agencia Nacional de Seguridad podía oír o leer casi todas las llamadas telefónicas,

transmisiones de radio, faxes y cualquier otra forma de comunicación con total impunidad. Así fue como los militares supieron dónde encontrar el puesto de mando y de control de Saddam Hussein. En respuesta a esta abrumadora ventaja tecnológica, las naciones que consideraban que Estados Unidos era una amenaza —en particular Irán, Siria, Libia y Corea del Norte— habían gastado centenares de millones de dólares en construir una red de líneas terrestres que no se podían piratear o escuchar sin una conexión directa.

Después de estas primeras frenéticas llamadas interceptadas por el *Oregon*, los iraníes habían pasado a ese sistema, con lo que dejaban a Cabrillo sin una valiosa fuente de información.

—¿Qué has conseguido? —preguntó Juan.

—Han informado de una intrusión en el dique seco, de una pequeña explosión que ha causado algunos daños en la sala de control y del robo de dos ballenas.

—Ese es el nombre clave para los torpedos cohetes —dijo Juan—. Creo que la palabra en farsi es «hoot».

—Eso es lo que me ha dado el ordenador. Después, ha llegado una orden del Ministerio de Defensa para que cambiasen a lo que llaman «la voz del Profeta».

—Debe de ser la red de comunicaciones militares. —Juan sujetó el teléfono inalámbrico entre la cabeza y el hombro para tener las manos libres y vestirse—. ¿Algo más?

—Lo siento, director. Eso es todo.

Cabrillo se puso en el lugar de los iraníes y pensó en lo que harían a continuación.

—Van a cerrar Bandar Abbas e inspeccionarán a todos los barcos amarrados. Declararán la alerta máxima para la marina y quizá intenten detener a los barcos que estén a cincuenta millas de la costa a lo largo del golfo de Omán.

—Estamos dentro de ese radio —le advirtió Hali.

—Dile al piloto que nos saque de aquí a toda marcha. Estaré en el centro de operaciones dentro de dos minutos. Reúne al personal superior.

Aunque los mejores hombres de Juan habían estado de servicio hasta hacía solo un par de horas, los quería pilotando la nave hasta encontrarse bien lejos de la capacidad de ataque iraní.

Cuando Juan había diseñado el *Oregon*, había dedicado muchos esfuerzos al centro de operaciones. Era el cerebro del barco, el centro nervioso desde el cual se podía controlar todo, desde las máquinas y los sistemas de armamento a los aspersores de incendio y las comunicaciones. La sala era lo último en alta tecnología. La pared principal la ocupaba una enorme pantalla plana que mostraba docenas de imágenes a la vez, procedentes de las cámaras del barco, además de las transmisiones de los sumergibles, del vehículo aéreo no tripulado y de las cámaras instaladas en el helicóptero Robinson R44. También se podían proyectar en la pantalla las imágenes de sonar y radar.

Los puestos del timón y el armamento estaban debajo de la pantalla plana, con la

consola de comunicaciones de Hali, el puesto de ingeniería de Max Hanley y el del sonar principal, que ofrecía desde su pantalla una imagen en cascada, alrededor del cuarto en penumbra. En el centro de la sala de operaciones estaba lo que Mark Murphy y Eric Stone habían bautizado con el nombre de «el sillón Kirk». Desde esa posición de mando, Cabrillo podía supervisar todo lo que estaba pasando en el interior y alrededor de su barco y asumir el control de cualquier otro puesto si era necesario.

Con el techo bajo y el resplandor de docenas de pantallas de ordenador, el centro de operaciones parecía la sala de control de misiones de la NASA.

Un agotado Max Hanley ya estaba en su puesto cuando entró Juan, al igual que Mark Murphy, que era el único miembro de la tripulación que no procedía de la milicia o de los servicios de inteligencia, y se notaba. Alto y desgarbado, llevaba el pelo negro largo y despeinado, e intentaba dejarse crecer la barba, aunque hasta ahora, y a pesar de sus esfuerzos, parecía una barba de chivo anémico. Su cociente de inteligencia era más alto que el de cualquier otro miembro de a bordo, y contaba con un doctorado del Instituto Tecnológico de Massachusetts que había conseguido cuando tenía poco más de veinte años. A partir de entonces, había trabajado en el desarrollo de sistemas para un importante contratista militar; fue allí donde conoció a Eric Stone. Eric trabajaba con la armada pero ya había decidido renunciar a su cargo y unirse a la corporación. Durante los dos meses que ambos dedicaron al diseño de un cañón de largo alcance para los destructores de la clase Arleigh Burke, todavía secreto, Eric convenció a Murphy para que se uniese a ellos y a Cabrillo de que lo aceptase.

Juan no tenía ninguna queja de la eficiencia de Murphy con los sistemas de armamento del *Oregon*. Solo rogaba que llegase un día en el que el joven señor Murphy dejase de vestirse todo de negro y de escuchar música punk a tal volumen que arrancaba los percebes del casco. Esa mañana llevaba una camiseta con unos labios color rubí en la pechera. En la espalda llevaba escrito the rocky horror picture show. En su puesto de trabajo había media docena de latas de bebidas energéticas y, por su mirada vidriosa, Juan supuso que Murphy se sostenía gracias a la cafeína.

Cabrillo se sentó y ajustó la pantalla del ordenador. Una humeante taza de café apareció a su lado. Maurice se había acercado con tanto sigilo que Juan ni siquiera lo había oído.

—Tendré que ponerte un cascabel.

—Para emplear una frase muy manida, capitán, sobre mi cuerpo difunto.

—Dirás sobre tu cadáver. —Juan sonrió—. Gracias.

—No se merecen, señor.

Por encima del borde de la taza, Juan observó las imágenes que tenía delante y tomó buena nota de la imagen de radar correspondiente a las aguas circundantes. La costa de Irán aún aparecía en lo alto de la pantalla, en el límite del radar, mientras que a su alrededor innumerables barcos entraban y salían del golfo Pérsico. Por su tamaño

dedujo que la mayoría eran superpetroleros; el tráfico era tan intenso como en la hora punta en una gran ciudad. Mucho más al sur había un grupo de naves alrededor de otra mucho mayor. Sin duda correspondían a un destacamento norteamericano formado por un portaaviones y sus escoltas.

Comprobó la velocidad y el rumbo, y también la profundidad del agua. El fondo estaba a unos cien metros, lo bastante profundo para un submarino iraní al acecho. Pero con los norteamericanos tan cerca, le preocupaba más el asalto de tropas aerotransportadas, si de algún modo los relacionaban con el robo. Una rápida ojeada a las imágenes de las cámaras le mostró que el *Oregon* tenía el aspecto normal, con una única chimenea y las cubiertas limpias de contenedores. Había recuperado su nombre, aunque advirtió que la bandera panameña aún ondeaba en el mástil. Una sencilla medida de prudencia, porque los iraníes no necesitaban permiso para abordar un barco que llevase su bandera, que era la que habitualmente izaba el *Oregon*. La cámara montada en lo alto de una de las grúas mostraba un buque tanque que habían pasado hacía poco a menos de una milla a babor y un portacontenedores que seguía su mismo rumbo media milla al norte.

—Hali, ¿algo en el sonar?

—Excepto por el ruido de ocho barcos en nuestro radio, que el ordenador ya ha limpiado, aquí no hay nada excepto nosotros, unos inocentes mercaderes. —Hizo una pausa, como si fuese a añadir algo.

Juan se fijó en su rostro ceñudo y lo animó:

—Dímelo. Por insignificante que parezca.

—Alrededor de un minuto después de que cesaran las comunicaciones desde Bandar Abbas, hubo una transmisión procedente de la base naval de Chah Bahar.

—¿Has oído algo más desde entonces?

Hali sacudió la cabeza.

—Solo esa única vez.

Juan no tenía claro qué hacer con aquella información, así que de momento la dejó a un lado.

—¿Qué hay de la presencia de aviones o helicópteros?

—Un avión antisubmarinos procedente del portaaviones que tenemos al sur hizo una pasada hará más o menos una hora, pero ni una palabra de nuestros amigos en el norte.

Cabrillo se relajó un poco y comenzó a creer que después de todo saldrían bien librados.

En el mismo momento en el que tuvo ese pensamiento Hali gritó:

—¡Contacto de sonar! Rumbo noventa y cinco grados, distancia seis mil trescientos metros. Torpedo en el agua. Maldita sea, estaba esperándonos con las puertas de proa abiertas y los tubos inundados.

Había más de cinco millas de separación entre el barco y el torpedo, así que Juan sabía que disponía de tiempo suficiente para poner al *Oregon* fuera de peligro. Su voz

permaneció tranquila.

—Rastréalo, Hali. Asegurémonos de adónde va antes de reaccionar.

—¡Contacto de sonar! —gritó Kasim—. Segundo torpedo en el agua, mismo rumbo y alcance. Estoy recibiendo del ordenador la extrapolación del objetivo. El primer pez va hacia el portacontenedores. Lo tengo identificado como el *Saga*, y salió de Bandar Abbas veinte minutos antes que nosotros.

La situación táctica pasó de mala a peor.

—Estamos recibiendo un aviso del portaaviones —avisó Hali—. Han captado los disparos y están lanzando aviones.

—Esto está convirtiéndose en un follón de cuidado —comentó Max.

—Dímelo a mí —murmuró Juan.

—¡Alerta! —gritó Hali—. Nuevo contacto. Han lanzado un tercer torpedo. Al parecer nos apuntan a nosotros, al *Saga* y al superpetrolero que tenemos detrás, un barco de Petromax Oil llamado *Aggie Johnston*.

De haber habido un único torpedo siguiendo al *Oregon*, Cabrillo habría podido controlar la situación. Quizá incluso si fuesen dos, ya que podía colocar su barco entre el segundo y la nave que apuntaba, pero con tres peces en el agua sus opciones se agotaban deprisa. El *Saga* o el *Aggie Johnston* iban a recibir un impacto directo. Con una carga de doscientas mil toneladas de crudo, no podía permitir que fuese el buque cisterna.

—Acaban de lanzar otro —comunicó Hali, con incredulidad—. Hay cuatro peces en el agua. La distancia entre el *Saga* y el primero es de cinco mil cuatrocientos metros. El último va mucho más lento que los anteriores.

—Está al acecho para ver cuál de los otros falla —opinó Max—. Se encargará de rematar al que quede.

Si uno de los tres primeros torpedos fallaba o no detonaba, el torpedo de reserva estaría en posición para destruir el objetivo. Cabrillo conocía esa táctica. No tenía ninguna defensa contra ellos. Ahora solo pensaba que serían muy afortunados si conseguían salir con vida del mar de Omán.

Capítulo 4

MV Golden Dawn
Océano Índico

La mano del asaltante era como una mordaza de acero sobre la boca y la nariz de Jannike Dahl. No podía respirar, y cualquier esfuerzo para resistirse solo parecía empeorarlo. Con un gran esfuerzo consiguió respirar una bocanada, lo suficiente para contener la oscuridad que amenazaba con engullirla. Se movió a un lado y a otro, sin conseguir liberarse de la mano.

Solo disponía de unos segundos antes de quedar inconsciente, pero no había nada que pudiese hacer. Era como ahogarse, la muerte más terrorífica que podía imaginar, solo que no era el frío abrazo del agua lo que le arrebataría la vida, sino las manos de un extraño.

Jannike luchó una última vez, en un esfuerzo desesperado por librarse.

Se despertó con un gemido. Levantó la cabeza y los hombros pero las sábanas y las mantas que la cubrían la echaron de nuevo hacia atrás. El tubo de plástico que introducía oxígeno puro en su nariz se le había enredado alrededor de la garganta y la ahogaba tanto como el ataque de asma que sufría.

Estremecida por los escalofriantes horrores de la pesadilla que siempre acompañaban a un ataque cuando dormía, Janni buscó el inhalador sobre la mesilla de noche, apenas consciente de que aún estaba en la enfermería del barco. Se colocó la boquilla entre los labios y pulsó el botón varias veces para inyectar el Ventolín tan profundamente como permitían sus pulmones llenos de líquido.

A medida que el medicamento le abría las vías respiratorias, Janni pudo inhalar mejor y calmar poco a poco los síntomas más agudos del ataque. No la ayudaba que su corazón aún latiese desbocado por la pesadilla o que hubiese quitado uno de los tubos de la cánula doble, de forma que solo recibía oxígeno por uno de los orificios nasales. Volvió a colocar el tubo de plástico y sintió los efectos inmediatamente. Miró el monitor encima de su cabeza y vio que el indicador de oxígeno subía en el acto. Se arregló las sábanas y se acomodó mejor en la cama inclinada.

Era su tercer día en la enfermería, el tercer día que estaba sola durante horas, aburrida a más no poder y maldiciendo la debilidad de sus pulmones. Sus amigas habían ido a visitarla a menudo, pero sabía que ninguna de ellas deseaba quedarse. Y no las culpaba. Verla boquear como un pescado y aspirar por el inhalador no era un espectáculo agradable. Ni siquiera había tenido fuerzas para permitir que la única enfermera le cambiase las sábanas y no quería ni imaginar cómo debía de oler su cuerpo.

De pronto, alguien corrió la cortina alrededor de la cama. El doctor Passman se

movía con tanta suavidad que Janni ni siquiera se había dado cuenta de que había entrado en la habitación. Tenía poco más de sesenta años y era un cirujano retirado que había dejado su consulta en Inglaterra tras su divorcio para embarcarse como médico de a bordo en las Golden Cruise Lines. Quería disfrutar de una vida más tranquila y evitar pagar a su exesposa la mitad de su sueldo.

—La he oído gritar —dijo, al tiempo que miraba los monitores en vez de a su paciente—. ¿Está bien?

—Solo ha sido otro ataque. —Janni consiguió sonreír—. El mismo que he estado teniendo desde hace tres días.—Luego, con su cantarín acento escandinavo añadió—: No ha sido tan malo como el anterior. Creo que están remitiendo.

—Ya la avisaré cuando eso ocurra —respondió el médico, que por fin la miró. Había preocupación en sus ojos—. Está usted tan azul como un arándano. Mi hija tiene asma crónica, pero no como la suya.

—Ya estoy acostumbrada. —Jannike se encogió de hombros—. Tuve mi primer ataque a los cinco años, así que llevo enfrentándome a la enfermedad tres cuartas partes de mi vida.

—Quería hacerle una pregunta. ¿Hay otros miembros de su familia que la sufran?

—No tengo hermanos, y ninguno de mis padres tiene asma, aunque mi madre me dijo que mi abuela la tenía cuando era pequeña.

—Tiende a transmitirse en las familias —comentó Passman—. Creí que estando en el mar y lejos de la polución se reducirían los síntomas.

—Eso esperaba yo también. Es una de las razones por las que quise ser camarera en un barco de crucero. Bueno, aparte de tener la oportunidad de marcharme de una ciudad pequeña donde el único pasatiempo era mirar cómo entraban y salían del puerto los barcos pesqueros.

—Debe de echar de menos a sus padres.

—Los perdí hace dos años. —Una sombra pasó por sus ojos oscuros—. Un accidente de tráfico.

—Lo siento. Está recuperando el color —dijo Passman para cambiar de conversación—. Parece que respira con más facilidad.

—¿Eso significa que puedo marcharme? —preguntó Janni.

—Me temo que no, querida. Su nivel de saturación de oxígeno todavía está por debajo de lo que me gustaría.

—Supongo que a usted no le importa que hoy sea el día del baile de la tripulación —señaló la muchacha con desilusión. Miró el reloj de la pared; solo faltaban unas horas para que comenzara la fiesta.

El baile era la primera ocasión en la que los jóvenes del personal del crucero podían relajarse un poco desde que el *Golden Dawn* había dejado las Filipinas dos semanas atrás. Era un momento importante para los camareros, las doncellas y los tripulantes que no estaban de servicio, entre los que había algunos noruegos muy guapos. También asistirían algunos de los pasajeros más jóvenes. Era algo de lo que

todos llevaban hablando desde hacía una semana.

—No, no me importa —dijo el doctor.

Se abrió la puerta de la pequeña enfermería y, un momento más tarde, Elsa y Karin, las mejores amigas de Janni, entraron envueltas en una nube de perfume. Eran de Munich, un par de años mayores que Janni y habían pasado los últimos tres años trabajando en la empresa de cruceros. Elsa era repostera, y Karin trabajaba en el mismo turno de comedor que Janni. Iban vestidas como modelos. Karin con un vestido negro muy escotado que acentuaba su generoso pecho, mientras que Elsa llevaba un vestido recto y, por la falta de curvas debajo de la ajustada tela, nada más. Ambas se habían maquillado y estaban un tanto bebidas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Elsa y se sentó en el borde de la cama, sin hacer caso de Passman.

—Celosa.

—¿Aún no estás lo bastante bien para venir a la fiesta? —Karin miró ceñuda al médico como si fuese culpa suya que el asma de Janni no hubiese mejorado.

Janni se apartó el pelo húmedo de la frente.

—Aunque lo estuviese, no tendría ninguna oportunidad a la vista de cómo vais vestidas.

—¿Crees que a Michael le gustará? —Karin hizo una pirueta.

—Se morirá de la impresión —contestó Elsa a su amiga.

—¿Estás segura de que vendrá? —preguntó Janni, que se añadió al cotilleo a pesar del dolor que le martirizaba el pecho.

Michael era uno de los pasajeros que se sentaba a la mesa que ellas servían, un californiano de pelo rubio, ojos azules y un cuerpo modelado por una vida de ejercicio. Según la opinión unánime del personal femenino, se trataba del joven más apuesto del barco. También sabía que Karin y Michael se habían citado en más de una ocasión.

Karin se alisó el vestido.

—Se aseguró de decírmelo él mismo.

Passman intervino en la conversación.

—¿No le preocupa que sea un responsabilista?

La muchacha miró al médico.

—Me crié con cuatro hermanos y tres hermanas. No creo que no tener hijos sea mala idea.

—El responsabilismo es algo más que no tener hijos —puntualizó Passman.

Karin tomó como un insulto que diera por sentado que ignoraba la creencia del grupo que había alquilado el barco.

—Sí, también se preocupa de ayudar a la humanidad al hacer que la planificación familiar sea una alternativa para millones de mujeres del tercer mundo y reducir la carga que la población pone sobre el planeta. Cuando el doctor Lydell Cooper fundó el movimiento en los años setenta, había tres mil millones de personas en el mundo.

Hoy, hay el doble: seis mil millones, y el número continúa aumentando. El diez por ciento del total de seres humanos que habían vivido hasta hace cien mil años están vivos ahora mismo.

—También yo he visto los paneles de información que han colocado por todo el barco —dijo Passman en tono malicioso—. ¿No cree que el responsabilismo va más allá de la concienciación social? Para que una mujer sea miembro debe aceptar que le hagan una ligadura de trompas. A mí eso me suena a secta.

—Eso es lo que Michael dice que la gente le repite una y otra vez. —Con la tozudez propia de la juventud, Karin sentía que debía defender las convicciones de su amado—. Que usted no conozca todos los hechos no significa que pueda despreciar sus creencias.

—Sí, pero sin duda estará de acuerdo... —Passman dejó que su voz se apagase, a sabiendas de que sus opiniones no tendrían ninguna posibilidad contra una muchacha veinteañera con las hormonas revolucionadas—. En realidad, supongo que no lo estaría. Creo que ustedes dos deberían dejar que Jannike descanse. Más tarde podrán contarle todo lo que ha pasado en la fiesta.

El médico se apartó de la cama.

—¿Estarás bien, *Schnuckiputzi*? —preguntó Elsa y tocó el delgado hombro de Janni.

—Estaré bien. Divertíos mucho y mañana quiero enterarme de todos los detalles picantes.

—Las chicas buenas no besan y luego lo cuentan —dijo Karin, y sonrió.

—En ese caso, no espero que ninguna de las dos se porte bien.

Las dos alemanas salieron juntas, pero Karin volvió un segundo más tarde. Se acercó a la cabecera de la cama.

—Quiero que sepas que lo haré.

Janni sabía a qué se refería. Sabía que Michael era algo más que un simple enamoramiento para su amiga y que, aparte de unos cuantos besos, él había pasado horas hablando con ella de sus creencias.

—Karin, es un paso demasiado importante. No lo conoces suficientemente a fondo.

—En realidad, nunca he querido tener hijos. Por lo tanto, qué importancia tiene si me hago una ligadura de trompas ahora o dentro de unos pocos años.

—No dejes que él te convenza —insistió Janni con toda la fuerza que le permitió su debilitado cuerpo. Karin era agradable, pero desde luego no era la persona más fuerte que Janni hubiese conocido.

—Él no me ha convencido —señaló Karin con demasiada prisa—. Es algo que llevo pensando desde hace mucho tiempo. No quiero ser una vieja a los treinta, como mi madre. Ahora tiene cuarenta y cinco y aparenta setenta. No, gracias. Además —añadió con una amplia sonrisa—, no pasará nada hasta que amarremos en Grecia.

Janni sujetó la mano de Karin para poner más énfasis en sus palabras.

—Esta decisión afectará el resto de tu vida. Piénsalo un poco más, ¿vale?

—Vale —dijo Karin, como si respondiera a su padre.

Janni le dio un rápido abrazo.

—Muy bien. Ahora, ve y diviértete un poco por mí.

—Cuenta con ello.

Sus perfumes flotaron en el aire hasta mucho después de que las muchachas se hubiesen marchado.

Janni se quedó pensativa. El barco no llegaría al Pireo hasta dentro de una semana, lo que quizá permitiría que Elsa y ella pudiesen convencer a Karin de que desistiese. Uno de los requisitos para convertirse en responsabilista era ser esterilizado. Una vasectomía para los hombres y una ligadura de trompas para las mujeres. Formaba parte de sus normas aceptar no traer más niños a un planeta superpoblado; era un impresionante primer paso que resultaba difícil, caro e irreversible. Karin era demasiado joven para hacer eso solo para irse a la cama con un tipo guapo.

Se durmió. Al despertar habían pasado algunas horas. Escuchó el rumor sordo de los motores del barco pero apenas notaba el sedante balanceo del océano Índico. Se preguntó cómo lo estarían pasando Elsa y Karin.

Jannike volvió a despertarse una hora más tarde. Detestaba estar en la enfermería. Se sentía sola y aburrida, y, por un momento, pensó en coger su ropa de debajo de la cama y hacer una escapada hasta el salón de fiestas, para echar un vistazo. Pero su cuerpo no estaba por la labor y de nuevo cerró los ojos.

Oyó un golpe un instante antes de que el asaltante le rodease el cuello con las manos una vez más y comenzase a apretar.

Jannike se despertó en el acto y echó mano del inhalador en el preciso momento en el que se abría la puerta y un destello de luz penetraba desde la oficina al otro lado. En pleno ataque de asma, no estaba segura de lo que veía. El doctor Passman entró, tambaleándose. Llevaba un albornoz e iba descalzo. Al parecer tenía la pechera de la prenda y el rostro bañados en sangre. Jannike aspiró con ansia del inhalador y parpadeó para quitarse el sueño de los ojos.

Passman soltó un gemido y expulsó más sangre por la boca. Janni jadeó. El médico dio dos pasos más, pero entonces pareció como si se le quebrasen los huesos de las rodillas. Cayó hacia atrás y su cuerpo golpeó contra el suelo de linóleo con un ruido que sonó como un chapoteo. Janni vio unas ondulaciones que recorrieron todo su cuerpo, como si su interior se hubiese licuado; en cuestión de segundos quedó rodeado por un viscoso charco de sangre.

Jannike se arrebujó en las sábanas y chupó del inhalador mientras comenzaba a hiperventilar. Entonces, otra figura entró en la habitación. Era Karin con su ajustado vestido negro. Tosía violentamente, tenía convulsiones y escupía sangre mezclada con una espuma brillante. Janni gritó a pesar de su ataque de tos, aterrorizada por lo que veía.

Karin intentó hablar, pero lo único que se oyó fue un gorgoteo. Tendió los brazos en un gesto de súplica; sus pálidos dedos buscaron a su amiga. Janni se odió a sí misma por acurrucarse en el lado más apartado de la cama, pero fue incapaz de acercarse. Una lágrima roja escapó por la comisura del ojo de Karin, cayó a lo largo de la barbilla dejando una huella roja y luego goteó, para dejar una marca rosada sobre su pecho.

Como Passman unos segundos antes, Karin ya no pudo sostenerse en pie. Cayó hacia atrás, sin hacer ningún intento por evitar la caída. Al golpear contra el suelo fue como si su piel no existiese. La sangre salpicó por todas partes mientras el cuerpo de Karin se deshacía. Justo antes de que Jannike Dahl entrase en un estado catatónico tuvo la certeza de que se había vuelto loca.

Capítulo 5

Juan Cabrillo observó la imagen en la pantalla instalada en el mamparo de proa del centro de operaciones durante unos segundos, un tiempo del que no disponía pero que de todos modos necesitaba tomarse. Tres de los cuatro torpedos disparados por el submarino iraní de clase Kilo se dirigían hacia sus objetivos, mientras que el sonar señalaba que el cuarto había disminuido tanto la velocidad que el ordenador solo daba una ubicación aproximada.

Había menos de dos millas entre el portacontenedores *Saga* y el primer torpedo, mientras que el superpetrolero de doscientas mil toneladas *Aggie Johnston* disponía de un margen de otra milla y media. El tercer torpedo iba en línea recta al *Oregon* a una velocidad de más de cuarenta nudos.

Cabrillo sabía que su barco podía soportar un impacto directo, gracias al blindaje reactivo colocado a lo largo del casco que estallaba hacia fuera cuando era alcanzado por un torpedo y neutralizaba la fuerza de la detonación; aunque de todos modos dañaría algunos sistemas fundamentales. También podía esquivar el torpedo, dada la superior velocidad y maniobrabilidad del *Oregon*, pero entonces el torpedo se dirigiría irremediabilmente hacia el *Saga* como objetivo secundario. No había ningún modo de proteger los dos buques mercantes y el *Oregon*, máxime cuando acechaba el torpedo de reserva.

Apenas se dio cuenta de que Hali Kasim estaba enviando un mensaje de alerta a los dos barcos para avisarles de los torpedos, aunque no podían hacer nada. Una nave del tamaño del *Aggie Johnston* tenía un radio de giro muy grande y, para frenar a la velocidad de crucero que llevaba ahora, necesitaba cinco millas.

—Detecto dos aparatos que han despegado del portaaviones —comunicó Mark Murphy desde el puesto de armamento—. Sospecho que son aviones antisubmarinos S-3B Viking equipados con torpedos Mark 46 o Mark 50. El Kilo va a pasarlo muy mal dentro de unos diez minutos.

—Lo que significa cinco minutos demasiado tarde para nosotros —señaló Eric.

—Hali, ¿a qué distancia está el torpedo que nos sigue?

—A cinco mil cuatrocientos metros.

—¿Y a qué distancia está del *Saga*?

—A dos mil setecientos.

Cabrillo se irguió en la butaca; había tomado una decisión. Era el momento de echar los dados y ver qué pasaba.

—Timonel, aumenta la velocidad a cuarenta nudos y sitúanos entre el *Saga* y el torpedo que va hacia él.

—Sí, señor.

—Armas, abre las puertas de la Gatling de proa y apunta a aquel torpedo. Conecta

tu ordenador al sonar maestro; y quizá necesites la retícula de la cámara de la cofa del vigía.

—Un momento —dijo Mark.

—Señor Murphy —replicó Juan en tono severo—. No tenemos un momento.

Murphy no le escuchaba. Estaba absorto en algo que ocurría en la pantalla del portátil que había conectado al sistema.

—Vamos, nena, hazlo —dijo, con ansiedad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cabrillo, que se inclinó para compensar el brusco viraje del *Oregon*.

—Enseñarle a Whopper un nuevo truco.

Whopper era el nombre que él y Eric Stone le habían puesto al superordenador del *Oregon*. Habían cogido el nombre de una vieja película de Matthew Broderick en la que un joven pirata informático entraba en el SAC/NORAD y casi desencadenaba una guerra nuclear.

—No necesitamos nuevos trucos, Armas. Necesito la Gatling conectada y disparando.

Murphy se giró en su asiento para mirar a través de la sala a Max Hanley, que estaba ocupado con su ordenador.

—No creo que esto vaya a funcionar.

—Tú sigue, muchacho —fue la respuesta de Max.

—¿A alguno de vosotros dos le importaría decirme qué está pasando? —preguntó Juan, que miró primero a uno y después al otro.

—¡Sí! Sí, sí, sí —gritó Mark levantándose de su silla y agitando los puños por encima de la cabeza. Luego comenzó a teclear con furia, sin molestarse en sentarse de nuevo; sus dedos volaban sobre el teclado con la destreza de un pianista de música clásica—. Los logaritmos se alinean, el dispositivo de tiro está en línea. El ordenador de a bordo está sincronizado con el nuestro. Tengo el control total.

—¿De qué?

Mark lo miró con una sonrisa siniestra.

—Estamos a punto de tener todo el tiempo que queramos.

Cabrillo se volvió para mirar a Max. Hanley se mostraba tan imperturbable como un Buda.

—No hablas en serio —objetó Juan, pero sabía que su segundo hablaba en serio—. Tú sabes qué pasó la última vez que los rusos intentaron disparar una de estas cosas. Abrió un agujero en el *Kursk* y mató a los ciento dieciocho hombres que estaban a bordo. Y este no es más que una copia iraní, por el amor de Dios.

—Hay novecientos metros entre el *Saga* y el torpedo —avisó Linda Ross. Con las comunicaciones entre los cargueros, el barco de combate norteamericano y los Viking que se acercaban, se había hecho cargo del sonar para que Hali Kasim pudiese concentrarse en las radios.

—Solo te estamos dando una alternativa, director —dijo Max.

—No me vengas con eso de director, viejo zorro.

Juan observó de nuevo la imagen y vio que el *Oregon* estaba a punto de situarse entre el torpedo y su objetivo. Debido a la densidad del agua necesitaban estar delante mismo del torpedo si querían tener alguna posibilidad de darle. Cuando estuvieran en posición habría menos de cuatrocientos cincuenta metros entre ellos y el misil que se acercaba a tres metros por debajo de la superficie.

Desde la cámara colocada en la grúa, Cabrillo veía la estela del torpedo, una débil perturbación en el agua tranquila. Se acercaba a una velocidad superior a los cuarenta nudos.

—Armas, tenemos que alcanzarlo antes de que se hunda para buscar la quilla.

—Rastreando —comunicó Murphy.

Eric Stone colocó el *Oregon* en posición utilizando los impulsores de las bandas y una fuerte descarga de los magnetohidrodinámicos en marcha atrás, para situarlos en el camino del torpedo.

—Permiso para disparar —dijo Juan.

Mark pulsó algunas teclas.

En el exterior, a lo largo del costado del *Oregon*, el blindaje colocado sobre el nicho de la Gatling se abrió y el arma de seis cañones comenzó a tronar; una hilera de casquillos de treinta centímetros de largo saltaron del mecanismo en un relámpago continuo. Una nube de humo y fuego salió del barco cuando una segunda descarga del cañón de 20 milímetros voló sobre el agua. Justo delante del torpedo el mar comenzó a hervir con centenares de proyectiles de uranio empobrecido. Surtidores de agua se elevaron en el aire mientras las balas abrían un agujero en el océano en medio de una nube de vapor.

El torpedo ruso TEST-71, cargado con más de doscientos kilos de explosivos, entró en la trayectoria de la Gatling. Con bastante agua apartada por la continua corriente de fuego, cuatro de los proyectiles cinéticos alcanzaron de lleno el misil. La cabeza estalló, enviando una sucesión de olas; mientras, en el epicentro del estallido, se elevó una columna de agua de treinta metros de altura antes de que la gravedad se impusiera a la inercia y toda la columna se desplomase de nuevo en el abismo.

Aunque estaba ubicada en el corazón de la nave y bien aislada del exterior, la tripulación escuchó la detonación como un trueno que hubiese sonado sobre sus cabezas.

Juan se volvió de inmediato hacia Max.

—Hemos logrado unos treinta segundos más. Confírmame.

—Todos sus torpedos están guiados por cable. Si podemos cortarlos, quedarán inertes. Ni siquiera los iraníes dejarían correr a sus peces por estas aguas sin algún control.

—¿Qué propones?

—¿No es obvio? Hundir el maldito Kilo.

Juan miró de nuevo la pantalla. Vio las luces parpadeantes que situaban a los dos

aviones norteamericanos, además de las líneas correspondientes a los otros tres torpedos. El pez de reserva comenzaba a acelerar hacia el *Oregon*, mientras que el arma primaria que la dirigía había cambiado de rumbo para la intercepción.

—¿Estás seguro de que funcionará? —preguntó, sin mirar atrás.

—Por supuesto que no —respondió Max—. Es una copia iraní de un arma rusa defectuosa. Pero mi equipo ha trabajado toda la noche para adaptar el tubo número uno y poder disparar, y Murphy parece haber resuelto la cuestión del *software*, así que propongo que lo probemos. Si funciona tal como dije, eliminará a los tres torpedos mucho antes de que lleguen a sus objetivos.

—¿Murphy?

—Whopper lo tiene dominado, director. Pero yo solo puedo controlarlo hasta cierto punto, ya que se trata de un arma de apuntar y rezar. A doscientos nudos, es muy difícil guiar algo.

Cabrillo besaría a Max y a Murphy dentro de unos segundos o los maldeciría como un condenado.

—Timonel, ponga proa hacia el Kilo. Armas, abre las puertas del tubo uno. Calcula la distancia y el rumbo y dispara.

La espuma saltó delante de la proa del *Oregon* cuando Eric Stone inició el viraje y aceleró para proporcionar a Murphy la posición de su disparo.

—Stone, otros dos puntos a estribor —pidió Mark. Eric movió las palancas de los impulsores para maniobrar el barco y ponerlo en línea con la posición desde donde el Kilo había disparado los torpedos—. Linda, no se ha movido, ¿verdad?

—No. Está quieto soltando los cables para guiar a sus peces —respondió Linda, y se quitó los auriculares del sonar pasivo.

Esta era la última información que necesitaba Mark. Tecleó en el control de lanzamiento. Con una descarga de aire comprimido lo bastante fuerte para sacudir el carguero, el tubo modificado disparó el torpedo cohete a través de la puerta en el casco a una velocidad de casi cincuenta nudos, lo suficientemente rápido para que la cabeza de diseño especial crease una burbuja de aire a alta presión alrededor de toda el arma. En cuanto el ordenador de a bordo detectó que el torpedo reducía la velocidad, se puso en funcionamiento el motor cohete con un rugido ensordecedor y se abrieron las aletas estabilizadoras.

El Hoot, o Ballena, atravesó el océano envuelto en una capa de supercavitación que eliminaba el roce cuando se abría paso a través del agua. En esencia, volaba, y aceleró en un santiamén hasta los doscientos treinta nudos. En su estela dejaba una columna de vapor. La imagen desde una de las cámaras mostraba cómo una línea recta, que comenzaba en la proa del *Oregon* y crecía a una velocidad de ciento treinta metros por segundo, cortaba el mar.

—¡Mirad cómo corre! —gritó alguien.

—¿Distancia hasta el objetivo? —preguntó Juan.

—Dos mil setecientos metros —respondió Linda—. Ahora dos mil. Mil

ochocientos.

—Señor Murphy, preparada la autodestrucción —ordenó Juan.

—¿No quieres hundir el Kilo?

—¿Para causar un incidente internacional aún más grave? No, gracias. Solo quiero sacudirlos un poco y cortar los cables de guía que salen de la proa del submarino.

—¿A qué distancia?

Juan miró la imagen, calculó las distancias entre los torpedos que apuntaban al *Aggie Johnston* y al *Oregon* y entre los mismos barcos. Al *Johnston* le quedaban menos de treinta segundos para que un impacto directo destrozara su casco. Observó la línea del torpedo cohete en el panel; se movía a tal velocidad que el ordenador necesitaba ajustar la imagen cada segundo. Debía asegurarse de que el Kilo sufriese daños suficientes para que no pudiera disparar otra andanada, pero no tanto como para hundirlo.

—Novecientos metros, director —avisó Linda, aunque Juan también veía cómo pasaban los números en la pantalla.

Había menos de ciento ochenta metros de separación entre el *Johnston* y el torpedo. Combinar los vectores y las velocidades era complejo, pero Juan podía manejarlo todo.

—Esperad —ordenó. Si detonaba el torpedo demasiado pronto corría el riesgo de no cortar todos los cables. Y si tardaba demasiado, los cincuenta y tres tripulantes del Kilo morirían.

—Esperad —repitió, atento a cómo Hoot volaba a través del mar y a la débil línea de agua desplazada que se acercaba al flanco desprotegido del superpetrolero.

Uno de los torpedos estaba a cuarenta y cinco metros de su blanco; el otro, a doscientos setenta. Sin embargo, sus velocidades relativas eran tan diferentes que llegarían a sus objetivos en el mismo instante.

—¡Ahora!

Mark pulsó el botón que enviaría la señal de autodestrucción al ordenador del torpedo. La cabeza de guerra y el restante combustible sólido del cohete estallaron una fracción de segundo más tarde, levantando un inmenso géiser de agua en el aire y abriendo un agujero en el mar de quince metros de profundidad y el mismo diámetro. La ola expansiva que se originó en el lugar de la explosión fue enorme. Golpeó la proa del *Oregon*, pero alcanzó el costado del *Aggie Johnston* con tanta violencia que el enorme barco se inclinó un poco a babor.

Con la reverberación acústica de la explosión en el mar, era imposible detectar las señales del sonar pasivo. Cabrillo centró su atención en la cámara que enfocaba el superpetrolero de Petromax. Se bamboleó un poco y luego volvió a quedar nivelado. Continuó mirándolo un momento antes de que una sonrisa apareciese en su rostro. Ningún torpedo había explotado contra su casco. El plan de Max había funcionado. Los cables que salían del Kilo para guiar sus armas estaban cortados, y los motores

de los torpedos se habían apagado de inmediato.

—Linda, avísame en cuanto escuches lo que sea —ordenó.

—El ordenador está ajustándose. Dame unos segundos.

Hali se volvió en su asiento.

—Director, el piloto de uno de los aviones quiere saber qué ha pasado.

—Dale largas —dijo Juan, atento a Linda, que estaba sentada inmóvil como una estatua; su mano derecha sujetaba con fuerza los auriculares del sonar mientras delante de ella los tentáculos de luz flotaban por la imagen en cascada del sistema.

Al cabo de unos segundos, Ross lo miró.

—No hay ningún sonido de hélices a alta velocidad, así que los tres torpedos restantes están muertos y de camino hacia el fondo. Oigo ruido de máquinas procedente del Kilo y el sonido de las alarmas en el interior del casco. Espera... vale, son las bombas y... están soltando lastre. —Una amplia sonrisa apareció en su rostro—. ¡Lo conseguimos! Están saliendo a la superficie.

Se oyeron gritos y aplausos en el centro de operaciones, e incluso en el rostro de bulldog de Max apareció una sonrisa.

—Habéis hecho un buen trabajo. Sobre todo tú, Murphy, y tú también, Max. Decid al equipo que instaló el torpedo cohete y modificó el tubo que esperen una gratificación en su próxima paga.

Aunque cada miembro de la tripulación compartía las ganancias de la Corporación según un baremo, Cabrillo era partidario de dar gratificaciones por el trabajo bien hecho. En parte, esa era la razón por la cual le eran tan leales, aunque la principal era que se trataba de un gran líder natural con el que cualquiera desearía trabajar.

—¡Mirad eso! —gritó Eric.

En la pantalla principal, Stone había movido la cámara para mostrar el lugar desde donde el Kilo había lanzado su ataque. El agua pareció entrar en erupción y, en el centro, un objeto romo salió del mar. Cuando emergió la proa del submarino iraní, vieron que las planchas del casco estaban retorcidas, como si hubiesen chocado a toda velocidad contra una montaña sumergida. La proa, normalmente convexa, estaba hundida en el centro a consecuencia del estallido del torpedo cohete, cincuenta metros delante de ellos. La embarcación continuó emergiendo, flotando en las olas que ella misma creaba. Mientras se estabilizaba, Stone utilizó el teleobjetivo para enfocar las planchas dañadas; el ordenador del *Oregon* compensó automáticamente el movimiento del barco para que la imagen permaneciese estable. El aire formaba burbujas alrededor del metal destrozado; aunque no eran muchas, indicaban que el Kilo hacía aguas. Se abrieron las escotillas de la torre y de las cubiertas de proa y popa y un grupo de hombres salió del submarino averiado.

—¿Estás recibiendo algo de ellos, Hali? —preguntó Juan.

—Una llamada de auxilio, señor. Las bombas de achique apenas pueden frenar la inundación. Han solicitado ayuda a la base naval de Chah Bahar. El capitán no ha

ordenado abandonar la nave, pero quiere que todo el personal no necesario vaya a cubierta por si se hunde.

—¿Han pedido ayuda a cualquier nave que está en la zona?

—Negativo, y dudo que lo hagan.

—Yo también. Disparar a cargueros civiles sin aviso previo es una violación de al menos cincuenta tratados internacionales.

—¿Y cómo llamarías a lo que hicimos en Bandar Abbas? —preguntó Max, solo para incordiar.

—Un simple robo —respondió Cabrillo—, que se pena con una multa y un par de horas de servicios comunitarios.

En aquel momento, los dos S-3B del portaaviones norteamericano sobrevolaron el *Oregon*; luego, a menos de treinta metros por encima de la superficie del océano, recorrieron toda la eslora del Kilo. Los marineros se arrojaron sobre la cubierta cuando el chorro de los reactores hizo temblar sus uniformes.

—Director, el piloto del Viking que va en cabeza quiere hablar contigo —dijo Hali—. Estoy recibiendo una petición oficial desde el portaaviones para que permanezcamos en posición. Es del comandante Charles Martin, a bordo del *George Washington*.

—Pásamelo —dijo Juan. Se colocó los auriculares y ajustó el micrófono—. Habla Juan Cabrillo, capitán del *Oregon*. ¿Qué puedo hacer por usted, comandante?

—Capitán Cabrillo, nos gustaría enviar a bordo a un grupo para que interroge a su tripulación sobre lo que acaba de ocurrir. Los capitanes del *Saga* y el *Aggie Johnston* ya han aceptado. Un helicóptero puede llegar a su barco en veinte minutos. Un crucero portamisiles *Port Royal* estará allí dentro de dos horas si no tiene usted espacio para que aterrice un helicóptero.

—Con el debido respeto, comandante Martin, ningún miembro de mi tripulación ha visto nada. Yo dormía, y el vigía de guardia es tuerto de un ojo y no ve del otro.

La voz de Martin adoptó un tono imperioso.

—Capitán, no necesito recordarle que las fuerzas de la coalición que operan en estas aguas se reservan el derecho de inspeccionar todas las naves que entran y salen del golfo Pérsico. Hago esta petición por cortesía, pero es una orden. Permanecerá donde está y se preparará para ser abordado.

Juan comprendía la presión a la que estaba sometida la marina, que debía interceptar a los posibles terroristas que utilizasen el golfo como una vía para llevar armas y combatientes, pero de ninguna manera les iba a permitir inspeccionar el *Oregon*. A los oficiales corruptos de los puertos se les podía convencer sin problemas para que no inspeccionasen el carguero. Pero no ocurría lo mismo con los militares norteamericanos.

—Por favor, ¿podría esperar un momento? —pidió Juan. Tapó el micrófono con la mano y llamó a Hali Kasim—. Llama a Overholt. Cuéntale lo que está pasando y que nos quite a estos tipos de encima. Eric, pon rumbo ciento ochenta y cinco grados

y aumenta la velocidad a dieciocho nudos. —Apartó la mano del micrófono—. Lo siento, comandante. En el *Oregon* no puede aterrizar un helicóptero, así que tendrá que enviar a un grupo de abordaje desde el *Port Royal*.

—Muy bien, capitán. Calcule que llegaremos a las once.

—Le dejaremos la luz encendida —dijo Juan, y cortó la llamada. Miró en derredor—. ¿Alguien quiere apostar? Veinte pavos para quien acierte.

La tripulación comprendió de inmediato a qué se refería.

—Llamarán de nuevo en diez minutos —opinó Hali.

—Cinco —dijo Linda.

—Estarán ocupados durante un buen rato —afirmó Mark Murphy—. No se darán cuenta de que estamos en marcha al menos hasta dentro de media hora.

—Yo estoy con Linda —declaró Eric—. Cinco minutos. Dividiremos los veinte.

Juan miró a Max Hanley.

—¿Tú apuestas o no?

Max observó las tejas acústicas del techo un momento y luego miró al director a los ojos.

—Ahora mismo.

—¡Maldita sea! —gritó Hali—. Tiene razón. Martin nos llama de nuevo.

—Conéctalo —ordenó Cabrillo.

—Capitán Cabrillo, este es el último aviso —manifestó el comandante Martin. Juan se dijo que por su forma de hablar el oficial debía de apretar los dientes—. Si no se detienen de inmediato ordenaré a" los aviones que abran fuego contra su barco.

Cabrillo no dudaba de que cumpliría su amenaza. Pero ya estaba harto de tratar con aquel hombre.

—Comandante, un submarino iraní acaba de disparar contra un superpetrolero cargado hasta la bandera. No voy a quedarme aquí esperando a que vengan por nosotros. Estaré fuera de su alcance antes de que usted llegue, y no podrá impedirlo.

—Usted... —La voz de Martin se interrumpió de pronto. Volvió a la línea treinta segundos más tarde. Juan no lograba definir el nuevo tono en su voz. ¿Asombro? ¿Miedo? ¿Respeto? ¿Una combinación de las tres?—. Capitán, es usted libre de dejar la zona cuando lo desee.

Cabrillo se preguntó a quién había conseguido Langston para que hiciese la llamada. Tenía que ser el comandante en jefe de operaciones navales en el océano Índico o alguien de la junta de jefes de Estado Mayor. Quienquiera que fuese, era agradable contar con cierta influencia en Washington.

—Estaba seguro de que lo comprendería. Gracias y buena suerte. Por cierto, el Kilo iraní hace agua, así que si quiere echar una mirada al interior le aconsejo que se dé prisa. *Oregon* cambio y corto.

Una gruesa mano apareció debajo de la barbilla de Juan. Sacó la cartera del bolsillo y puso veinte dólares en la palma de Max.

Max olió el dinero como si fuese un puro habano.

—Como robarle un caramelo a un bebé.

—No me sorprende que sepas cómo se siente. —Cabrillo se levantó—. Nada como una pequeña batalla naval antes del desayuno para abrir el apetito. Navegante, ¿cuál es la hora estimada de llegada para nuestra cita?

—A medianoche —respondió Eric.

—De acuerdo, quiero a todo el personal especializado de guardia, así que organizad los turnos como consideréis necesario. Tengo que llamar a Langston, agradecerle su ayuda y luego explicarle por qué solo le entregaremos uno de los torpedos cohete. —En el momento de marcharse del centro de operaciones, cogió el billete de veinte de la mano de Max—. Por haber disparado el segundo torpedo, aún debes a la Corporación 4.999.980 pavos.

Capítulo 6

La doctora Julia Huxley aspiró el olor a agua de mar en cuanto abrió la puerta del tanque de lastre, que además era una piscina. Debido a la configuración del *Oregon*, era de tamaño olímpico —medía cincuenta metros de largo—, pero solo contaba con dos carriles y estaba rodeada por una angosta pasarela pavimentada en mármol blanco con tiras de material antideslizante. La iluminación consistía en una mezcla de lámparas fluorescentes e incandescentes que creaban la ilusión de la luz solar. Las paredes eran de azulejos a juego, pero constituían un motivo de constante preocupación para los equipos de limpieza, porque, cuando se llenaba el tanque con lastre, el mármol resplandeciente acababa cubierto de algas. Aunque no era muy aficionada a la natación, Hux conocía los cuatro estilos. El crol era la brazada para la velocidad; la braza para la resistencia; el espalda era un juego de flotabilidad del cuerpo en movimiento, y el mariposa la brazada de potencia. El nadador necesitaba mucha fuerza para sacar los brazos y el torso completamente fuera del agua, arquearse para lanzarse hacia delante e impulsarse en el agua. Se detuvo en un extremo de la piscina para observar al nadador solitario que volaba por su carril nadando mariposa. Se movía como si hubiese nacido para nadar, con largos y fluidos movimientos, y sin desperdiciar ni un átomo de energía; su cuerpo subía y bajaba como una marsopa, mientras sus brazos se alzaban, casi sin un salpición con cada brazada.

Cuando miró con más atención advirtió las pesas alrededor de las muñecas, para aumentar la dificultad del ejercicio. A su modo de ver, aquello iba más allá del ejercicio y se acercaba más al masoquismo. Claro que, desde hacía bastante tiempo, ella no había utilizado el gimnasio del barco, prefería el yoga para mantener alejados de su curvilínea silueta la mayor parte de los kilos no deseados.

Hacía tiempo que ya no le sorprendía lo bien que Juan se había adaptado a la pérdida de una pierna. Nunca permitía que eso lo detuviese, ni siquiera que lo retrasara. Como todo lo demás en su vida, lo tomaba como un desafío.

Cabrillo realizó una vuelta impecable al otro extremo de la piscina y avanzó hacia Hux, con los ojos azules oscurecidos por unas gafas y la boca bien abierta en cada respiración. Sin duda la había visto y sabía que se había acabado su ejercicio en solitario, porque de pronto aceleró para acabar la última parte como si se tratase de una prueba de velocidad.

Como médico del barco, Hux lo sabía todo acerca de las condiciones físicas de la tripulación, pero por la manera como nadaba, habría jurado que Juan tenía la mitad de su edad.

Cuando llegó hasta ella, una ola cayó sobre la pasarela y la obligó a retroceder para no mojarse los mocasines Gucci que había combinado con unos pantalones de

lona y una sencilla camisa Oxford. Como siempre, Julia llevaba también su bata de laboratorio. Juan dio una palmada en el borde de la piscina y miró el gran reloj de la pared detrás de Julia.

—Maldita sea, me estoy haciendo viejo —comentó, y se quitó las gafas y las pesas de ambas muñecas.

—Pues podrías engañarme cuando quisieras. —Julia le arrojó una toalla cuando él salió del agua con un ágil movimiento.

—He estado aquí durante media hora —dijo Juan, al tiempo que se pasaba la gruesa toalla por el cuerpo. Si tenía vergüenza de llevar un Speedo delante de ella no lo mostró, pero con su físico no había nada de lo que avergonzarse—. Cinco años atrás, podría haber hecho por lo menos quince largos más.

—Cinco años atrás, yo no tenía patas de gallo. Supéralo —replicó Hux, con una sonrisa que demostró que las diminutas arrugas en las comisuras de los ojos eran de reír y no una señal de vejez.

—¿Cómo es aquello que dicen: la juventud se malgasta en los jóvenes?

—Tengo la sensación de que tú no desperdiciaste la tuya, Juan Cabrillo.

Juan rió, sin contradecirla.

—No vas vestida para nadar, así que deduzco que no has venido aquí para perder las calorías del excelente solomillo Wellington que nos sirvieron para la cena. ¿Qué pasa?

Una mirada de preocupación oscureció el rostro de Huxley.

—Tenemos un pequeño problema. En realidad es un problema de Max, pero creo que nos afecta a todos.

Julia no era una psicóloga profesional, pero sus estudios médicos y su calma la convertían en la consejera del barco.

Cabrillo se colgó la toalla mojada del hombro y dedicó a Hux toda su atención.

—Cuéntamelo.

—Esta tarde ha recibido una llamada de su exesposa.

—Tienes tres para escoger —la interrumpió Cabrillo—. ¿Cuál de ellas?

—Lisa. La segunda. La que vive en Los Ángeles y es la madre de sus hijos. No me ha dado todos los detalles pero su ex cree que han secuestrado a su hijo.

Juan no reaccionó durante un par de segundos. Ninguna de las esposas de Max sabía cuál era su trabajo. Como la mayor parte de la tripulación, Hanley había dicho a su familia que trabajaba de marinero para una pequeña compañía naviera; por tanto, Cabrillo no creía que el secuestro estuviera relacionado con su trabajo en la Corporación, pero no podía descartar esa opción. Se habían ganado un montón de poderosos enemigos a lo largo de los años.

—¿Ha recibido alguna petición de rescate? —preguntó finalmente.

—No, todavía no. Cree saber quién está detrás del secuestro, pero no ha conseguido nada ni del Departamento de Policía de Los Ángeles ni del FBI. Quiere que él la ayude a recuperar al chico.

Juan recordó que el hijo de Max debía de tener veintidós o veintitrés años. Su hija, unos pocos años mayor, era una abogada que se ocupaba de leyes medioambientales. Kyle Hanley no había durado ni un año en la universidad y llevaba vagabundeando por el mundillo de la contracultura de Los Ángeles desde entonces. Lo habían detenido un par de veces por posesión de drogas, pero según recordaba Juan había pasado por rehabilitación hacía dos años y desde entonces se había mantenido limpio. Aunque se habían divorciado unos pocos años antes de que Juan fundase la Corporación, recordaba haberse encontrado con la segunda esposa de Max en un par de ocasiones. Max le había asegurado a Cabrillo que, en otro tiempo, había sido una mujer muy cariñosa y adorable, pero algo la había cambiado y se había convertido en una arpía paranoica que lo acusaba de infidelidad cuando era ella quien tenía aventuras.

Max había hecho todo lo posible para criar a sus hijos y había pagado mucho más de lo que establecía la sentencia de divorcio en pensiones y ayudas. Su hija se había convertido en una mujer brillante y ambiciosa, pero su hijo, Kyle, era de aquellas personas que creían que la vida estaba en deuda con él; no importaba cómo se intentara, él rechazaba cualquier oferta para ayudarlo a encontrar su camino.

Juan sabía que Max haría lo imposible por ayudar al chico, y sospechaba la razón por la cual su segundo no había acudido a él con el problema. De haberlo hecho, Juan le habría ofrecido toda la infraestructura de la Corporación para rescatar a Kyle, pero Max nunca le habría pedido ese tipo de favor.

—Dios, qué empecinado puede llegar a ser.

—Lo mismo dijo de ti —manifestó Hux—. Ni siquiera se planteó hablarte de ello, porque estaba seguro de que exigirías que aceptase tu ayuda. Me dijo en términos muy claros que era su problema, no el de la Corporación, y que lo resolvería él solo.

Cabrillo no esperaba menos, pero eso no significaba que no se sintiese molesto por la tozudez de Hanley.

—¿Cuál es su plan?

—En cuanto entreguemos el torpedo, te pediré que lleves el *Oregon* a Karachi, la ciudad más cercana con un aeropuerto internacional, donde podrá tomar un vuelo a Los Angeles. A partir de ahí, no lo tiene muy claro.

Juan consultó su reloj. Dos horas más tarde llegarían a las coordenadas del encuentro. Una vez realizada la entrega, podrían llegar a Karachi en unas veinte horas. El reactor de la Corporación estaba en Mónaco preparándose para su siguiente misión. Aunque podía hacer que el avión llegase a la ciudad más grande de Pakistán a tiempo, creía que un vuelo comercial sería más rápido. Significaría dejar atrás las armas y otros objetos que no conseguirían pasar los controles de seguridad del aeropuerto, pero tenía suficientes contactos en Los Ángeles para conseguir lo que pudiesen necesitar, así que eso no le preocupaba mucho.

Tenía un montón de preguntas que hacer pero esperaría hasta hablar con Max cara a cara.

El ordenador de a bordo apagó las luces de la piscina un par de veces. Juan lo había programado para que lo avisara cuando se acercara la hora del encuentro; entonces, dejaría de nadar. Se puso un albornoz y unas chancletas. Hux lo acompañó mientras salían de la piscina. Juan comprobó que la escotilla estanca estuviese bien cerrada.

—Hablaré con él esta noche y me aseguraré de que se dé cuenta de que está cometiendo un error.

—Es por eso por lo que he venido a comentártelo. Max no puede hacerlo solo. —Era obvio que Julia se sentía aliviada, pese a saber perfectamente que Juan ayudaría a su mejor amigo.

—Gracias, Hux un día de estos la obstinación de Max lo meterá en algún lío, pero no esta vez.

Una hora y media más tarde, Juan Cabrillo, recién duchado, entró en el centro de operaciones. Stone y Murphy estaban en los controles del timón y del armamento. Hali ocupaba el puesto de comunicaciones, mientras que Linda Ross se ocupaba del sonar. A diferencia de lo ocurrido durante la fuga de Bandar Abbas, se respiraba un ambiente relajado en la sala. Entregar el torpedo cohete que llevaba el *Oregon* iba a ser un trabajo sin mayores complicaciones. Cuando Max entró unos minutos más tarde, la atmósfera pareció enfriarse un par de grados. Se dirigió hacia la consola de máquinas sin decir una palabra a nadie.

Juan se levantó de su butaca y se le acercó.

—No quiero escucharlo —dijo Hanley, sin desviar la mirada de la pantalla.

—Pondremos rumbo a Pakistán en cuanto acabemos, y le diré a alguien que nos compre los billetes de avión. Por la mañana, tú y yo nos sentaremos y pensaremos en nuestro próximo movimiento. —Max miró a Cabrillo, pero cuando abrió la boca para protestar, Juan levantó una mano—. Nuestra próxima tarea no es más que un simple trabajo de escucha. Linda y Eddie pueden hacerlo sin nosotros.

—Esta no es tu lucha —afirmó Max.

—Y un cuerno no lo es. Alguien ha secuestrado a un miembro de tu familia. Para mí es como si hubiesen secuestrado a uno de mis padres. No esperaré menos de tu parte, así que no cuentes con que no esté contigo.

Max tardó un segundo en dar su respuesta.

—Gracias, Juan.

—De nada. —Solucionado el asunto, volvió a la butaca—. Linda, ¿alguna novedad?

—Negativo. Aún faltan veinte minutos.

—Bien. Max, ¿todo listo por allí?

—El torpedo está en cubierta y enganchado. Un técnico permanece a la espera en la grúa.

—Hali, ¿algo en el radar o por los canales de comunicaciones?

—No, señor. Estamos en el lugar más muerto que se pueda encontrar en el océano

Índico. No he visto ni escuchado otro barco en unas ocho horas.

La cita iba a tener lugar lejos de las rutas marítimas convencionales para evitar ser avistados por los cargueros y los superpetroleros, y en una zona tan desprovista de vida marina que no atraería a los barcos pesqueros. El horario de la operación coincidía con un hueco en la cobertura del satélite, por si alguien vigilaba desde lo alto.

Pasaron quince minutos antes de que Linda avisara:

—Contacto. Capto ruido de máquinas debajo de nosotros, a una profundidad de ciento treinta metros. Están vaciando los tanques de lastre. —Pasó el sonido recogido por el sonar pasivo a través del ordenador para comprobarlo con una grabación suministrada por Overholt—. Confirmado. Es el *Tallahassee*, que se prepara para emerger.

—Muy bien —dijo Juan—. Timonel, atento. Si abollas el submarino, lo pagas tú.

Pasaron unos minutos antes de que el submarino de ataque clase Los Ángeles surgiese de las profundidades, tan lentamente que mantuvo un silencio absoluto desde un par de millas de distancia. Eric Stone había dividido la pantalla del ordenador para poder observar los ecos del sonar y las coordenadas GPS del *Oregon*; de ese modo se aseguraría de que el submarino no chocarse contra la quilla. Era responsabilidad de la tripulación del *Tallahassee* mantener su posición estable en relación al carguero. Cualquier corrección llegaría desde los controles de Eric.

—Cincuenta metros —comunicó Linda—. Su ascenso está ralentizándose. Continúa ralentizándose. Se ha nivelado a treinta metros.

—Está en posición a unos ciento ochenta metros a babor —informó Eric.

—Por favor, señor Stone, acércanos para que emerja a los cuarenta metros.

Eric puso en marcha los impulsores de proa y popa para mover lateralmente el barco de once mil toneladas y ubicarlo en la posición exacta; luego reactivó el sistema de posicionamiento dinámico para que el ordenador los mantuviese firmes.

—Vuelve a subir. Tres metros por minuto.

—Muy bien, sonar. Tienes el control.

—Tengo el control —repitió Linda.

Juan se levantó para ir hasta el ascensor en la parte de atrás del centro de operaciones, y un segundo más tarde se le unió Max. Juntos, subieron hasta el puente del *Oregon*. En cuanto levantaron la escotilla, los acarició el cálido y húmedo aire nocturno.

El desvencijado puente estaba sumido en la oscuridad más absoluta, pero ambos hombres conocían perfectamente su barco y no necesitaban luz para ir hasta las escalerillas que los llevarían a la cubierta principal. En el exterior, las estrellas brillaban notablemente, porque aún no había salido la luna.

Por babor, el agua oscura como la tinta comenzó a agitarse cuando el submarino de ciento treinta metros de eslora se acercó a la superficie. Primero apareció la torre; luego la nave pareció que crecía mientras emergían las cubiertas de proa y popa junto

con el estilizado timón. Subió nivelado y tan despacio que apenas se levantaron olas. Se desplazaba medio sumergido en el agua, amenazador en su silencio, como un monstruo marino que sube a calentarse a la superficie.

Juan tenía un radiotransmisor y se lo acercó a los labios.

—Stone, llena los tanques de lastre hasta ponernos a unos cinco metros. Quiero que nuestras cubiertas queden un poco más alineadas.

Eric pulsó un interruptor y, un momento más tarde, las bombas que llenaban los tanques se pusieron en marcha. El *Oregon* comenzó a hundirse en el agua.

—Tripulación de cubierta, poned los parachoques sobre las bordas.

La orden de Juan provocó una intensa actividad; los hombres bajaron los gruesos protectores de goma justo por encima de la línea de flotación. A diferencia de los viejos neumáticos de camión que utilizaban en los puertos como parte del disfraz, estos eran modernos cojines y podían soportar una enorme presión antes de reventar.

En el submarino, una parte de la cubierta de delante de la torre comenzó a levantarse y se vio el débil resplandor rojo de las luces de combate. Esta era la escotilla de carga para los veinticuatro torpedos MK 48 que podía llevar. Para esta misión, llevaba menos armas, con el fin de tener espacio para el torpedo cohete iraní, que estaba colocado en una carretilla mecánica en la cubierta del *Oregon*. Las cajas con la información robada del ordenador estaban sujetas al torpedo. Cabrillo pulsó de nuevo la tecla de su radiotransmisor.

—Muy bien, timonel, acércanos utilizando los impulsores, al veinticinco por ciento de potencia.

—Veinticinco por ciento, señor.

El *Oregon* comenzó a moverse hacia el submarino, a una velocidad tan lenta que impedía que el agua que desplazaba creara oleaje y balanceara el *Tallabassee*. Varios oficiales los miraban desde la torre con prismáticos de visión nocturna.

—Reduce, señor Stone —ordenó Juan, que calculó la distancia y la velocidad con ojo experto. Las naves estaban ahora a menos de seis metros—. Muy bien, ahora, diez por ciento por la banda opuesta.

El agua levantó espuma cuando los impulsores se pusieron en marcha para detener el barco a solo tres metros del submarino.

—Mantennos aquí, por favor —dijo Juan por el canal seguro.

—Una maniobra impecable —gritó una voz desde la torre del *Tallabassee*.

—Gracias —respondió Juan—. ¿Preparado para recibir el paquete?

—Me dijeron que había dos —respondió el capitán del submarino.

—Un ligero cambio de planes, tras una refriega esta mañana en el mar de Omán.

—¿Qué tal ha ido?

—Aunque parezca increíble, impecable.

—Muy bien. Estamos preparados. Nuestro satélite se cerrará dentro de cuatro minutos y cuarenta segundos.

Juan se volvió hacia el técnico que esperaba en los controles de la grúa. Aunque

la máquina parecía a punto de desplomarse en cualquier momento, tenía capacidad para levantar hasta setenta toneladas. Tras recoger el cable, el soporte del torpedo cohete se despegó de la cubierta. Algunos hombres guiaban la plataforma con cuerdas, para evitar que el arma virase al pasar por encima de la borda. La larga percha rotó sobre su eje para llegar al submarino, donde los marineros estaban preparados para recibir el torpedo.

Uno de los marineros guiaba la carga utilizando el lenguaje universal de los gestos; giró el dedo hacia abajo para pedir más cable cuando el arma llegó a las manos que la esperaban. Engancharon el cargador automático del sumergible y lo desataron de la carretilla. El marinero al mando movió la mano por encima de la cabeza para indicar que el torpedo estaba suelto y que podían apartar la grúa. Tan pronto como desapareció en el interior del casco la gran puerta comenzó a cerrarse.

—Recoged la grúa —ordenó Juan, antes de llamar a Eric Stone—. Timonel, aléjanos al veinte por ciento de potencia y vacía los tanques. Prepara el barco para navegar a gran velocidad y busca el mejor rumbo posible hacia Karachi.

—Creía que íbamos a Mónaco —dijo Mark Murphy.

Estaba claro por su voz que esperaba disfrutar de unas semanas en el opulento principado de la Riviera. Maurice le había dicho a Juan que Murphy había pedido un esmoquin del taller de magia para hacer de James Bond en el fabuloso casino de Mónaco.

—No te preocupes —le aseguró Juan—, irás. Pero Max y yo tenemos otros planes.

La voz de Hali Kasim irrumpió en la línea.

—Contacto de radar, director. Acaba de aparecer en la pantalla a una distancia de cien millas, con rumbo este.

—Rastréalo y mantenme informado. —Juan se llevó las manos a la boca a modo de bocina para gritar al capitán del *Tallahassee*, mientras el *Oregon* se distanciaba cada vez más del sumergible—. Acabamos de detectar un punto en el radar. Está al este de nosotros, a considerable distancia, pero quizá desee usted hacer un truco de magia y desaparecer.

—Recibido, y gracias. —El capitán hizo un gesto con la mano—. Lo vimos mientras nos acercábamos. Por la lectura del sonar pasivo parece que es un barco abandonado; no captamos nada en ninguno de nuestros sensores, ni emisiones de radar ni de radio. Ni siquiera una señal automática de socorro. Es obvio que no podíamos investigarlo, pero quizá ustedes quieran hacerlo. Si está abandonado pagarán una buena recompensa por el salvamento.

—Quizá lo hagamos —dijo Juan, intrigado. Dejaría parte de la tripulación para que lo llevase a Karachi mientras el *Oregon* continuaba el viaje—. ¿Alguna idea de su tamaño?

—Por el sonido de las olas contra el casco, mi jefe de sonar calcula que tiene el mismo tamaño que su nave.

—Gracias por el dato, capitán. Quizá vayamos a verlo.

—Buena suerte, *Oregon*. —Dicho esto, el último de los hombres desapareció por la escotilla de la torre.

Momentos más tarde, un borboteo de espuma apareció alrededor de las entradas de los tanques de lastre del submarino cuando se llenaron de agua y expulsaron el aire atrapado en el interior. La hélice de siete palas comenzó a girar y un chorro de burbujas apareció en la popa. Las aletas de popa se hundieron debajo de la tranquila superficie oceánica y una ola comenzó a pasar por encima de la proa. Se hundió deprisa, para volver a su reino natural, dejando atrás una pequeña ola que desapareció en segundos como si la enorme nave nunca hubiese existido.

—Vaya manera de ganarse la vida. —Max frunció el entrecejo. Aunque no era claustrofóbico, a Hanley no le gustaban los espacios cerrados.

—Linc hizo un par de servicios en submarinos de ataque cuando estaba con los SEAL. Dice que son mucho más cómodos que la mayoría de los hoteles en los que se ha alojado.

—Linc es un tipo vulgar. He visto los lugares que le gustan. Hoteles por horas en los que te cobran aparte las sábanas limpias.

El viento comenzó a soplar cuando el *Oregon* aceleró hacia el este. En pocos minutos, los motores magnetohidrodinámicos los llevarían a tanta velocidad que estar en cubierta sería como enfrentarse a un huracán. Los tripulantes habían acabado de asegurar la percha de la grúa y habían devuelto la carretilla a la sala de torpedos.

—¿Qué dices, Max?

—¿Qué digo de qué?

—El barco abandonado está allí. ¿Hacemos una parada para una rápida ojeada o seguimos a toda máquina hacia Karachi?

Max llevó a Cabrillo hasta la protección de un pozo de escalera, donde podía encender la pipa.

—Kyle lleva desaparecido dos días. Mi excrea saber con quién está (algún grupo de amigos que a ella no le caen bien), lo que me lleva a pensar que no debe de ser muy grave. Tardaremos por lo menos veinticuatro horas en llegar a Los Ángeles, una vez que desembarquemos en Pakistán, así que perder una hora investigando un barco fantasma no tendrá mucha importancia.

—¿Estás seguro? —preguntó Juan, que parpadeó varias veces cuando las cenizas de la pipa de Max volaron hasta su rostro.

—Lo siento. —Max vació la pipa por encima de la borda—. Sí, vamos.

—Eric, ¿me recibes? —preguntó Juan, a través del radiotransmisor.

—Alto y claro.

—Nuevo rumbo. Llévanos a aquel barco a la mayor velocidad posible. Busca a Gómez y que prepare el Robinson. —George «Gómez». Adams era el apuesto piloto de helicóptero al que habían bautizado con ese apodo después de que utilizara sus encantos con la esposa de un narcotraficante sudamericano, una mujer que se parecía

muchísimo a Carolyn Jones, la actriz de la vieja serie *La familia Adams*—. Dile que quiero un avión sin piloto en la plataforma de lanzamiento en cuanto estemos en posición. Si es necesario, tú puedes guiarlo.

Eric sería incapaz de volar en un avión de verdad aunque le fuese la vida en ello, pero había jugado con simuladores de vuelo muy a menudo, así que podía pilotar aviones por el control remoto del *Oregon*.

—¿Cuál es la hora estimada de llegada? —preguntó Cabrillo.

—Poco más de dos horas.

—Apúntate para una gratificación si llegamos en dos.

Capítulo 7

A la luz de las estrellas que tachonaban el cielo nocturno, parecía un pastel de bodas de múltiples pisos que se elevaban en un delicado equilibrio de funcionalidad y diseño. No obstante, para los hombres y mujeres que desde el centro de operaciones observaban las imágenes transmitidas por el avión no tripulado, también parecía un barco fantasma.

No había ni un solo ojo de buey iluminado, nada se movía en la cubierta, e incluso la antena del radar estaba inmóvil.

Las olas golpeaban contra el largo casco blanco como si fuese tan inmutable como un iceberg. Las imágenes térmicas de la cámara de infrarrojos del avión no tripulado mostraban que los motores y la chimenea estaban fríos y, si bien la temperatura ambiente en aquella parte del océano Índico se acercaba a los veinticinco grados centígrados, el equipo era lo bastante sensible para detectar el calor humano. Pero no vieron a nadie.

—¿Qué demonios habrá pasado ahí? —preguntó Linda, a sabiendas de que nadie podía darle una respuesta.

—Gómez, pasa por encima de la cubierta —ordenó Juan.

George Adams, sentado en su puesto al fondo del centro de operaciones, con su pelo peinado con brillantina resplandeciendo a la débil luz del monitor, se pasó un dedo por el bigotito y movió el joystick hacia delante. El avión, que no era más que un modelo de juguete controlado por radio, aunque equipado con poderosas cámaras y un transmisor, obedeció al instante e inició un picado hacia el barco de crucero inmóvil en el agua a treinta millas al este del *Oregon*, que avanzaba a toda máquina.

La tripulación miró expectante mientras el diminuto aparato bajaba del cielo y sobrevolaba la banda de estribor, con la cámara rastreando la cubierta. Durante unos larguísimos segundos reinó el silencio en la sala; todos estaban alerta a lo que veían. Fue Cabrillo quien rompió el silencio.

Pulsó un botón en su consola de comunicaciones.

—Que el médico acuda al centro de operaciones. ¡Hux, te necesitamos inmediatamente!

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Eric Stone en un susurro.

—Sí, muchacho —respondió Max, también en voz baja—. La cubierta está llena de cadáveres.

Había más de cien cadáveres, desfigurados según las distintas etapas de putrefacción. Sus prendas se movían con la brisa. Adams enfocó el teleobjetivo en la cubierta de la piscina, donde parecía que todos los participantes de una fiesta se hubiesen caído sin más entre bandejas y copas. Ajustó el lente y redujo la velocidad del avión para centrarse en un único pasajero, una joven con un vestido. Yacía en

medio de un charco de sangre. Parecía que todos los demás también lo estuviesen.

—¿Alguien se ha fijado en el nombre del barco? —preguntó Mark Murphy.

—*Golden Dawn* —contestó Juan, que había borrado de su mente cualquier pensamiento de salvamento y recompensa.

Mark se concentró en su ordenador, para buscar en la red toda la información posible de la nave mientras los demás miraban atónitos el horrible espectáculo.

Julia Huxley entró corriendo en el centro de operaciones vestida con el pantalón del pijama y una camiseta. Iba descalza y con el pelo alborotado. Llevaba consigo el maletín médico que guardaba en su camarote.

—¿Cuál es la emergencia? —preguntó sin resuello.

En vista de que nadie le contestaba miró la pantalla que todos contemplaban. Incluso para una doctora veterana, la visión de tantos cadáveres en la cubierta era horrible. El color desapareció de su rostro, pero se recuperó sacudiendo levemente la cabeza. Se acercó al monitor y observó la imagen con ojo crítico. La poca luz y el vuelo inestable del avión hacían imposible ver los detalles.

—No parece que haya traumatismos —opinó—. Yo diría que los atacó algún tipo de virus hemorrágico de acción rápida.

—¿Natural? —quiso saber Max.

—No hay nada en la naturaleza que actúe con tanta rapidez.

—Ni siquiera tuvieron tiempo de enviar una llamada de auxilio —señaló Juan para respaldar la valoración de Huxley.

Julia se volvió hacia el director.

—Tengo que ir allí. Tomar algunas muestras. En la enfermería tenemos equipos para amenazas biológicas y podemos montar un puesto de descontaminación en cubierta.

—Olvídalo —afirmó Juan—. De ninguna manera voy a permitir que traigas un virus a este barco. —Julia se disponía a protestar, pero Cabrillo no había acabado—. Haremos la descontaminación en una Zodiac y luego la hundiremos. Eric, ocúpate del avión. Gómez, baja al hangar y prepara el helicóptero. Mark, llama a Eddie y coge un par de pistolas de la armería. Nos encontraremos en el hangar. Julia, ¿necesitas que te echemos una mano?

—Tengo un ayudante.

—De acuerdo, trae otro par de trajes por si encontramos algún superviviente. —Cabrillo ya se había levantado—. Quiero estar en el aire en veinte minutos.

El *Oregon* llegó cerca del *Golden Dawn* un minuto antes de la hora señalada por Juan. Debido a las limitaciones de peso del Robinson, necesitarían hacer dos viajes para llevarlos a todos con el equipo hasta el barco de crucero. Eric había explorado la nave desde el avión y había decidido que el mejor lugar para aterrizar era en lo alto del puente. Era la mayor superficie del barco que estaba libre de cadáveres. Aunque el helicóptero no aterrizaría, George Adams llevaba un traje espacial naranja igual que los demás, y dos miembros del equipo de Julia estaban preparando una manguera

en la cubierta del *Oregon*, alimentada desde un tanque con un poderoso concentrado de cloro, para desinfectar el aparato antes de que tocara la cubierta.

Juan no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Los tripulantes que remolcarían la *Zodiac* en la embarcación de asalto hasta el buque tomarían la misma precaución. Debido a que el agente que había matado a los pasajeros y a la tripulación del *Golden Dawn* no era natural, sabía que estaban enfrentándose a un caso de terrorismo y asesinato a gran escala. No solo le preocupaba el virus sino también los responsables del ataque.

Tendió las manos a Julia para que precintara las muñequeras de los guantes con las mangas. A continuación, tapó la cremallera de la espalda con más cinta aislante. El flujo de aire de la botella era constante, y los purificadores de carbón funcionaban bien. Disponía de tres horas antes de tener que quitarse el traje.

—Moveos sin prisa y con mucho cuidado —les dijo Julia por el sistema integrado de comunicaciones—. Planeadlo todo antes de hacerlo. Evitad correr. Estos trajes son vuestra vida. Si el patógeno se transmite por el aire, cualquier pequeña rotura os pondría en peligro.

—¿Qué pasa si se rompe el traje? —preguntó Mark. Su voz temblaba.

Murphy había estado en algunas operaciones terrestres, pero resultaba obvio que no le apetecía ir al *Dawn*. Cabrillo quería que los acompañase para que entrara en los ordenadores del barco y descubriera dónde había estado exactamente en las últimas semanas.

—Dejaré trozos de cinta adhesiva en todos los trajes. Si se produce alguna rotura, cerradla de inmediato y llamadme. Los trajes tienen una presión de aire positiva, así que si actuáis rápido no pasará nada. No os mováis de donde estéis, porque necesitare ver qué ha producido el corte.

Luego se ocupó de Eddie. Inspeccionó cada centímetro cuadrado de la tela antes de sellar las costuras. Seng, Mark y Cabrillo llevaban las armas al cinto. Los guantes protectores dificultarían apretar el gatillo, pero Juan no estaba dispuesto a que fuesen desarmados.

—Cuando tú digas, director —avisó George desde la puerta abierta de la cabina del *Robinson*. Había un montón de equipos en uno de los asientos traseros del ágil helicóptero.

Juan intentó gritar a un técnico que estaba cerca, pero no pudo hacerse oír a través del traje. Se acercó para pulsar el interruptor que ponía en marcha el ascensor del hangar. En lo alto, dos secciones de la cubierta de popa se levantaron mientras el ascensor subía sobre los cuatro pistones hidráulicos. Aseguró la puerta trasera del helicóptero en cuanto Julia subió y después fue al asiento del copiloto.

Eddie y Murphy se apartaron dejando un poco de espacio a George para que encendiese el motor. Después de calentarlo durante un par de minutos, conectó la transmisión del rotor principal. El *Robinson* comenzó a sacudirse a medida que las palas ganaban velocidad, hasta que generaron la fuerza suficiente para despegar.

El aparato se estabilizó en cuanto ascendieron y se separaron del *Oregon*. Había media milla de mar abierto entre las dos naves. Abajo, Juan vio la estela del bote de asalto y la pequeña *Zodiac*, que cabeceaba detrás. Había una gran puerta por encima de la línea de flotación que se utilizaba para cargar provisiones. Allí amarrarían la *Zodiac* y luego regresarían para el baño desinfectante.

Juan se dijo que el barco tenía unas líneas preciosas. Era un poco más corto que el *Oregon*, pero con las siete cubiertas de camarotes era mucho más alto. La proa tenía una delicada curva, como si fuese un yate de regatas, y la popa mostraba la clásica forma de copa de champán. La única chimenea, colocada detrás de la piscina, era oblicua para dar la impresión de que cortaba el aire. Cuando el *Robinson* cruzó la popa, Juan consiguió atisbar el logotipo de la *Golden Cruise Lines*: una cascada de monedas de oro en el lateral de la chimenea.

Adam sobrevoló la timonera, y se aseguró de pasar lejos de los mástiles de comunicaciones y las antenas de radar. El traje no disminuía sus habilidades como piloto. Bajó el helicóptero hasta dejarlo a sesenta centímetros por encima de la cubierta y lo mantuvo allí como si estuviese amarrado.

—Buena suerte —dijo. Juan saltó al exterior, agachándose en un movimiento instintivo.

Julia abrió su puerta para descargar el equipo médico; la corriente de aire producida por las palas sacudió su traje. Juan fue dejando las cajas en la cubierta y sujetó a Julia cuando saltó. Cerró la puerta y dio una palmada en el fuselaje. Adam se elevó al instante para ir a buscar a Murphy y a Eddie.

—Quiero bajar a la enfermería de inmediato —dijo Julia cuando el ruido del *Robinson* se alejó lo suficiente para utilizar los radios.

—No. Esperaremos aquí hasta que vuelva George. Quiero que Eddie te acompañe constantemente mientras tú inspeccionas.

Julia sabía que Juan estaba en lo cierto. No se mostraba protector porque fuese una mujer; lo hacía porque era el único médico disponible en un radio de mil millas. Si les pasaba algo mientras estuvieran allí, le correspondería a ella curarlos.

El helicóptero volvió en menos de diez minutos, con la parte inferior todavía mojada de desinfectante. Juan y Julia se colocaron en un hueco de la escalera del puente voladizo, para dejar espacio a George. Eddie y Mark saltaron al mismo tiempo del helicóptero y Gómez despegó de nuevo. Esta vez, limpiarían a fondo el *Robinson* y lo dejarían en cubierta por si el equipo de abordaje se encontraba con problemas.

—¿Qué tal estás, Mark? —preguntó Juan.

—Un tanto asustado. Comienzo a lamentar haber jugado a todos aquellos videojuegos de accidentes de laboratorio que crean ejércitos de zombis.

—¿Quieres que me quede contigo en el puente durante unos minutos?

—Estaré bien. —Su tono indicaba que deseaba aceptar la oferta del director, pero el orgullo se lo impedía. Eric Stone y el resto del equipo escuchaban la conversación desde el centro de operaciones, así que no estaba dispuesto a mostrar ninguna

debilidad.

—Así me gusta. ¿De dónde dijiste que venía el *Dawn*?

—De Filipinas —contestó Murphy—. Por lo que decía la base de datos de la compañía, había sido alquilado para un viaje de Manila a Atenas por un grupo de autoayuda.

—Busca en los registros y en la memoria del ordenador. A ver si hizo alguna escala, y si es así, dónde. Además, averigua si hay alguna mención de algo anormal que ocurriese durante el viaje. Tendría que estar ahí. Julia, tú sabes adónde ir y qué debes buscar. Eddie, permanece con ella y bríndale toda la ayuda que necesite para recoger las muestras.

—¿Tú dónde estarás? —preguntó Eddie.

—Disponemos de tres horas de aire, así que voy a recorrer el barco hasta donde pueda. —Encendió una de las linternas que llevaban y se aseguró de que tenía un par de pilas de recambio en una bolsa colgada a la espalda.

Cabrillo iba en cabeza mientras bajaban la escalera y salían al puente. En un extremo de la angosta pasarela, a veinticinco metros por encima del agua, había un panel de control para que el práctico guiase a la nave en la entrada a puerto. La puerta del puente estaba cerrada. Juan la abrió y entró en una sala dotada con los más modernos equipos de navegación. Sin energía y agotadas las baterías de las luces de emergencia, en el puente reinaba una oscuridad casi absoluta. Solo el resplandor de las estrellas y de la luna, que penetraba a través de los ventanales, aliviaba un poco las tinieblas.

Juan enfocó con la linterna a su alrededor. Vio el primer cadáver en menos de dos segundos. Julia añadió la luz de la suya cuando pasó a su lado. Mark había puesto en marcha una cámara de vídeo que sostenía a la altura del visor del traje. El cadáver vestía el uniforme de un oficial de marina: pantalón y camisa blancos con charreteras oscuras. Su cabeza miraba en dirección contraria al equipo, pero incluso con la escasa luz de las linternas vieron que la piel del cuello mostraba un color blanco verdoso. Julia se arrodilló junto al cuerpo y lo volvió con suavidad. El rostro del hombre estaba bañado en sangre y su torso había estado metido en un charco. La doctora Huxley realizó un rápido examen; gruñía quedamente con cada nuevo descubrimiento.

Mientras ella trabajaba, Mark Murphy buscó el sistema eléctrico de respaldo; al cabo de un momento, se encendieron varias luces y algunos de los ordenadores volvieron a funcionar. Había otros tres cadáveres en el puente: dos hombres con uniforme y una mujer con un vestido de fiesta. Cabrillo dedujo que el oficial la había invitado, y que mientras le mostraba el puente habían sido atacados por el patógeno que había acabado con los pasajeros y la tripulación como un fuego descontrolado. Los otros dos tripulantes debían de estar de guardia.

—¿Qué te parece, Huxley? —le preguntó antes de que ella hubiese acabado su triste tarea.

—Es posible que se trate de un ataque con gases, pero con tantas víctimas en la cubierta yo diría que es una nueva forma de fiebre hemorrágica, pero mucho más poderosa que cualquier otra que haya visto jamás.

—¿Como un supervirus Ebola?

—Más rápido y letal. Este tiene una mortalidad del ciento por ciento. La Ébola Zaire, la peor de las tres cepas, alcanza un noventa por ciento. La sangre no es negra, lo que me lleva a creer que no pasó por el tracto gastrointestinal. A juzgar por la dispersión, me atrevería a decir que la tosió. Lo mismo ocurre con la mujer. Sin embargo, aquí hay más cosas. —Levantó con cuidado el brazo del oficial. Era flexible como un tentáculo—. Los huesos se han descalcificado hasta el punto de deshacerse. Creo que incluso podría meter el dedo dentro del cráneo.

—Bien, vale —dijo Juan antes de que ella pudiese hacerle una demostración—. ¿Alguna idea de a qué nos enfrentamos?

Julia se levantó y utilizó un pañuelo desinfectante para limpiarse los guantes.

—Sea lo que sea, se trata de un virus creado en un laboratorio.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Aunque solo sea porque este microbio mata a su anfitrión demasiado rápido para ser natural. Como cualquier otro organismo vivo, los virus se ven impulsados biológicamente a reproducirse a sí mismos lo más rápido posible. Dado que mata en cuestión de minutos, no tiene tiempo de transmitirse de una persona a otra. Si esta cosa estallara en el mundo real desaparecería con la misma rapidez con la que apareció. Incluso el Ébola tarda un par de semanas en matar a sus víctimas, un margen suficiente para contagiar a los miembros de la familia y a los vecinos. La selección natural habría acabado con este germen hace mucho tiempo. — Lo miró a los ojos, para que no hubiese ningún error en la interpretación de su siguiente frase—. Alguien lo fabricó en un laboratorio y lo soltó a bordo de este barco.

Juan sintió lástima por las pobres víctimas que se hallaban a bordo cuando soltaron el virus y se enfureció contra aquellos que habían llevado a cabo el ataque. La furia fue lo que dominó en su voz cuando habló por la radio.

—Encuentra lo que sea para atrapar a esos tipos, Hux.

—Sí, señor. —Su tono la llevó a acatar sus palabras, aunque era una acción casi desconocida entre los tripulantes del *Oregon*.

Juan dio media vuelta y salió por una escotilla que conducía al interior *del* barco.

Por fortuna el pasillo estaba vacío, y tampoco había nadie en los camarotes en los que miró. A juzgar por el vestido de la joven que estaba en el puente y de los otros pasajeros que habían visto a través de las cámaras del avión sin piloto y en el trayecto en helicóptero, dedujo que habían estado celebrando una fiesta y que la mayoría de los camarotes estarían vacíos. Cuando acabó de comprobar los camarotes de los oficiales, abrió otra puerta que comunicaba con lo que se llamaba el hotel del barco. Aunque no era tan lujoso como algunos de los cruceros modernos, abundaban el latón

pulido y las mullidas alfombras de color rosa y pardo. El sonido de su respiración era lo único que escuchaba cuando llegó a un balcón que miraba a un atrio que bajaba cuatro cubiertas hasta un suelo de mármol. Sin luces, el enorme vestíbulo parecía una cueva. El haz de la linterna resplandeció por un momento en los escaparates de las *boutiques* situadas abajo; a Juan le pareció ver un movimiento.

Lo atribuyó a los nervios y respiró hondo para serenarse. Había cuerpos dispersos por el atrio; todos ellos sorprendidos en una mueca de agonía. Algunos estaban en la escalera, como si se hubiesen sentado a esperar el abrazo de la muerte mientras que otros se habían desplomado sin más. Al bajar por la amplia escalinata que rodeaba el vestíbulo, Cabrillo vio el lugar en el que había estado una orquesta. Cinco de los músicos, vestidos con esmoquin, aparecían desplomados sobre sus instrumentos; únicamente un sexto había intentado alejarse. Había dado menos de una docena de pasos antes de sucumbir al virus.

Había centenares de imágenes distintas de los muertos: un hombre y una mujer abrazados en su agonía; una camarera que había tenido tiempo de dejar la bandeja sobre una mesa delante del bar antes de caer; un grupo de chicas jóvenes todavía lo bastante cerca las unas de las otras para suponer que les habían estado sacando fotos, aunque no había ningún rastro del fotógrafo, salvo los restos de una cámara muy cara en el suelo. No alcanzaba a ver en el interior del ascensor de cristal que comunicaba las cubiertas, porque los paneles estaban teñidos de sangre.

Juan continuó bajando. El traje y el aire reciclado lo protegían del entorno, pero nada lo resguardaba de aquel horror. Nunca había visto un asesinato en masa a tal escala; de no haber sido porque con una mano sujetaba la linterna y con la otra empuñaba la pistola, sabía que le habrían temblado sin control.

—¿Cómo os va a todos? —llamó por la red de comunicaciones, *más* por escuchar una voz humana que por la necesidad de recibir un informe.

—Eddie y yo vamos camino de la enfermería —respondió Julia. La transmisión no era buena, debido a las interferencias que provocaba el acero del barco.

—Estoy a punto de entrar en la sala de máquinas. Si no tenéis noticias de mí en treinta minutos, que Eddie venga a buscarme.

—Recibido.

—¿Murphy?

—Con la conexión de emergencia, el ordenador va más lento que mi primer PC —dijo Mark—. Me llevará tiempo recuperar lo que necesitamos.

—Continúa. *Oregon*, ¿me recibís?

—Afirmativo —contestó una voz.

La estática hacía difícil saber quién era, pero Cabrillo supuso que era Max. Juan nunca había pensado en mejorar las radios de los trajes que suministraba el fabricante. Un descuido que ahora lamentaba.

—¿Hay algo en la pantalla?

—Estamos solos, Juan.

—Si aparece alguien avisadme de inmediato.

—De acuerdo.

Juan se detuvo delante de una puerta que llevaba un cartel que decía solo tripulación; tenía una cerradura electrónica. Al cortarse la electricidad, la cerradura se había abierto de forma automática, así que solo tuvo que mover la manija para entrar en un pasillo. A diferencia de los espacios de los pasajeros, decorados con revestimientos de madera y luces, aquel pasillo estaba pintado de blanco con baldosas de vinilo en el suelo y fluorescentes en el techo. Las tuberías pintadas según un código de colores recorrían las paredes. Pasó por delante de los pequeños despachos de los jefes de camareros y sobrecargos y por el gran comedor de la tripulación. Allí había otra media docena de víctimas, tumbadas sobre las mesas o caídas en el suelo. Como el resto de las que había visto, observó que habían escupido mucha sangre. Sus últimos momentos de vida debían de haber sido terribles.

Pasó junto a una de las resplandecientes cocinas, que ahora parecía un matadero, y se detuvo en la lavandería, en la que había veinte máquinas del tamaño de mezcladoras de cemento. Sabía que ciertos grupos étnicos acaparaban las tareas de servicio en la industria de los cruceros, por tanto no le sorprendió ver que la mayoría de los trabajadores de la lavandería eran chinos. Aunque pareciera un estereotipo racista, en ese caso era verdad.

Continuó caminando hasta que, por fin, vio la puerta que buscaba; tenía un cartel que decía: sala de máquinas/prohibida la entrada al personal no autorizado. Daba a un pequeño vestíbulo y a una segunda escotilla insonorizada. Bajó tres tramos de escalera y llegó a una habitación auxiliar junto a la sala de máquinas. La luz de la linterna le mostró un par de generadores colocados el uno al lado del otro y paneles de controles de ordenador. A popa, una enorme puerta deslizante daba a la sala de máquinas. En aquel enorme espacio había dos grandes motores, cada uno del tamaño de un camión. Apoyó una mano en uno de ellos. Estaba helado. La nave debía de haber estado sin energía por lo menos doce horas para haberse enfriado tanto. En lo alto, los tubos de escape de los motores se unían y comunicaban con una tubería conectada a la chimenea.

A diferencia de los centenares de salas de máquinas en las que había estado, Juan no notó el palpitable poder, la sensación de fuerza y resistencia que transmitían estas máquinas. Únicamente sintió el frío de una cripta. Sabía que si Max estuviera con él, su orgullo de ingeniero lo habría impulsado a poner en marcha los motores, solo para devolverlos a la vida.

Comprobó el funcionamiento de la radio. Llamó a Hux, a Mark y por último al *Oregon*, pero la línea solo le devolvió estática. Juan aceleró el paso y apuntó la linterna hacia los equipos en busca de cualquier indicio fuera de lo normal. Pasó por otra puerta estanca y se encontró en la planta de tratamiento de residuos del barco. Continuó avanzando. Más allá, había otro par de generadores apagados y el desalinizador. Con una técnica llamada ósmosis inversa, el sistema aspiraba el agua

de mar y le quitaba casi el cien por cien de sal, para convertirla en potable. Esta máquina proveía agua a las cocinas, a la lavandería y a todos los baños del barco. De los dos lugares que se le ocurrían para introducir un virus letal y asegurarse de que afectase a todos los que estaban a bordo, este era el primer candidato. Iría al segundo —las unidades de aire acondicionado— más tarde.

Cabrillo dedicó diez minutos a estudiar el desalinizador. Para ello cogió una herramienta de un banco de trabajo; abrió las puertas de inspección y miró en el interior. No vio ninguna prueba de manipulación o mantenimiento. Todos los tornillos estaban apretados, y la grasa se notaba arenosa, incluso a través de los guantes protectores. No había nada en absoluto que indicase la presencia de un objeto extraño, como un puñado de ampollas de toxinas que alguien hubiese inyectado en la máquina.

La explosión llegó sin previo aviso. Sonó en algún lugar más allá de la sala de máquinas y reverberó por todo el barco. Apenas se había apagado el sonido cuando otra explosión sacudió el *Golden Dawn*. Cabrillo se levantó y de inmediato intentó comunicarse con el equipo, pero entonces detonó una tercera carga explosiva.

Juan, que estaba junto a la máquina, se encontró de repente al otro lado de la sala. Sintió un terrible dolor en la espalda tras haber golpeado de lleno contra un mamparo. Cayó al suelo justo cuando otra enorme detonación sacudía la nave. El estallido había sonado lejos de su posición; sin embargo, notó la onda expansiva a través de la sala de máquinas y cómo lo aplastaba contra el suelo. Se levantó tambaleante para ir a buscar la linterna, que había caído tres metros más allá. En cuanto sus dedos se cerraron alrededor de la linterna, un sexto sentido le hizo volverse. Había percibido algún movimiento a su espalda. Incluso sin electricidad, las puertas estancas accionadas por la fuerza de la gravedad funcionaron a la perfección. Las gruesas planchas de metal comenzaron a deslizarse desde el techo para cerrar las escotillas abiertas.

Un nuevo sonido llegó a sus oídos; se volvió a tiempo para ver una pared de agua blanca que surgía por las rejillas de cubierta que daban acceso a la sentina, situada debajo de la sala de máquinas.

Una quinta explosión sacudió la nave de proa a popa.

Mientras corría hasta la puerta estanca que estaba cerrándose, Juan comprendió que quien había envenenado a los pasajeros y a la tripulación había colocado explosivos para ocultar cualquier prueba del crimen. Sin duda era un detalle significativo, pero ahora no era el momento de pensar en ello.

El agua ya le llegaba a los tobillos cuando pasó la primera puerta, por un espacio de un metro veinte. Entorpecido por el traje, corrió tanto como pudo. Cruzó la siguiente sala y pasó por la planta depuradora sin mirarla, con los pies chapoteando en el agua. La respiración resonaba en sus oídos y forzaba los filtros del traje.

A la siguiente puerta solo le faltaban sesenta centímetros para cerrarse del todo. Juan corrió con todas sus fuerzas y se zambulló; la espuma del agua le tapaba la

mirilla. El casco golpeó contra la parte inferior de la puerta. Se apretó todo lo que pudo contra el suelo, sin romper el traje, y se retorció para pasar por la abertura. Notó el peso de la puerta justo en el momento en el que conseguía pasar el tronco y los muslos. Intentó rodar, pero la pesada compuerta continuó bajando. Desesperado, dobló una pierna y encajó el pie entre la hoja y el marco.

La puerta pesaba por lo menos una tonelada, así que el pie de la prótesis detuvo su descenso solo un segundo, pero fue suficiente para pasar la otra pierna. El miembro destrozado continuaba encajado debajo de la puerta, lo que permitió que una cortina de agua entrase en la sala de máquinas. Juan también estaba trabado; se sintió impotente, porque, por mucho que lo intentara, no conseguía soltar la pierna ortopédica.

Cabrillo estaba atrapado en la sala de máquinas de un barco condenado y, por mucho que moviese los diales de la radio, solo oía estática.

Capítulo 8

Max Hanley no necesitó oír el frenético grito de Hali para saber que una serie de explosiones habían sacudido el *Golden Dawn*. En la pantalla principal del *Oregon* vio cómo los surtidores de agua blanca surgían uno tras otro en un costado del barco de crucero. Parecía que hubiese sido alcanzado por una andanada de torpedos, aunque era imposible. Las pantallas de radar estaban vacías, y el sonar habría detectado los lanzamientos.

En cuanto se dispersó el humo, Eric enfocó el teleobjetivo de la cámara en una de las zonas dañadas. El agujero era suficientemente grande para permitir el paso de una persona, y el agua de mar entraba por la brecha con una fuerza increíble. Con cuatro agujeros idénticos en la línea de flotación, había tantos compartimientos inundándose que era imposible salvar el barco, máxime cuando carecía de energía para hacer funcionar las bombas de achique. Calculó que se hundiría en menos de una hora.

Max pulsó un botón en la consola de comunicaciones.

—George, mueve el culo y lleva el helicóptero hasta el *Dawn*. Acaban de estallar unas cargas y nuestra gente tiene problemas.

—Recibido —respondió Gómez Adams en el acto—. ¿Quieres que aterrice?

—Negativo. Mantente en el aire y espera nuevas órdenes. —Max cambió de canal—. *Oregon* a Cabrillo. Adelante, Juan. —La estática sonó en el centro de operaciones. El receptor de Hali buscó en vano la señal del director—. Julia, ¿estás ahí? ¿Eddie?

—Estoy aquí —sonó de pronto una voz en los altavoces. Era Mark Murphy. Continuaba en el puente del *Golden Dawn* y tenía mejor recepción—. ¿Qué ha pasado? Parecían explosiones.

—Lo eran —contestó Max—. Alguien intenta hundir el barco y, por lo que vemos desde aquí, se saldrá con la suya.

—Apenas acabo de comenzar con las descargas.

—Recógelo todo, hijo. Gómez ya va de camino. Lárgate de allí tan pronto como puedas.

—¿Qué pasa con Juan y los demás? —preguntó Murphy.

—¿Has podido ponerte en contacto con ellos por radio?

—No. La comunicación con Juan se cortó hace unos veinte minutos, cuando bajó a la sala de máquinas.

Hanley contuvo una maldición. Aquel era el peor lugar donde se podía estar cuando estallaban explosivos.

—¿Qué pasa con Eddie y Hux?

—Desapareció la señal un par de minutos más tarde. Max, es evidente que habrá que mejorar las radios de estos trajes en cuanto regresemos.

—Ya nos preocuparemos de eso en su momento —dijo Max, aunque pensaba lo mismo.

Observó la imagen en el monitor y vio que el buque se hundía muy deprisa. La hilera inferior de ojos de buey estaba a menos de un metro del agua, y la nave comenzaba a escorarse a estribor. Si enviaba a Murphy a buscar al resto del equipo corría el riesgo de que el especialista en armamento quedase atrapado en el interior. De momento se hundía más o menos nivelado, pero sabía que escoraría en cualquier momento. Solo podía confiar en que los demás consiguiesen arreglárselas para salir.

—Mark, sube al helicóptero tan pronto como puedas. Sobrevolad el barco y permaneced atentos al momento en el que los demás lleguen a la cubierta superior.

—Recibido, pero esto no me gusta.

—A mí tampoco, muchacho, a mí tampoco.

Con solo una rápida mirada al esquema del barco, Eddie guió a Julia sin equivocarse hasta la pequeña enfermería del *Golden Dawn*, ubicada en el nivel DD, muy por debajo de la cubierta principal. Con la ayuda de Seng, la doctora había recogido muestras de sangre y tejidos de varias de las víctimas que habían encontrado en el camino.

—Lo estás llevando muy bien para no ser médico —le había dicho Hux a Eddie cuando tomaba muestras de la primera víctima.

—He visto cómo dejan los chinos a sus prisioneros después de extraerles la información que creen que ocultan —había respondido Eddie con frialdad—. Después de eso, nada me asusta.

Julia sabía de las largas misiones que Eddie había llevado a cabo en China cuando trabajaba para la CÍA y no dudaba de que había visto horrores mucho peores de lo que ella pudiese imaginar.

Tal como había sospechado, había un reguero de cadáveres tendidos en el pasillo de camino a la enfermería; hombres y mujeres que, antes de caer muertos, habían intentado ir hacia el único lugar en el que creían que recibirían ayuda. También ahí tomó muestras, convencida de que algo en su fisiología les había dado unos minutos más que al resto de víctimas. Podía ser una pista importante para buscar la causa del brote, ya que no se hacía ninguna ilusión de encontrar algún superviviente.

La puerta de la enfermería estaba abierta cuando llegaron. Pasó por encima de un hombre vestido con esmoquin que había caído en el umbral y entró en un vestíbulo sin ventanas. A la luz de la linterna vio un par de mesas y unos archivadores. En las paredes había pósters de viajes, un cartel que recordaba a la tripulación que lavarse las manos era esencial para reducir las infecciones a bordo, y una placa donde se decía que el doctor Howard Passman había obtenido su licenciatura en la Universidad de Leeds.

Julia recorrió el consultorio con la linterna y vio que estaba vacío. Una puerta en el extremo opuesto daba a las habitaciones de los pacientes, que consistían en unos cubículos cerrados con cortinas, cada uno con una cama y una mesita de noche.

Había otras dos víctimas en el suelo, una joven con un ajustado vestido negro y un hombre de mediana edad vestido con un albornoz. Como el resto, estaban cubiertos de sangre.

—¿Crees que él es el médico? —preguntó Eddie.

—Supongo. Lo más probable es que se sintiese enfermo en su camarote y corriese hasta aquí lo *más* rápido que pudo.

—No tan rápido.

—Para *este* germen, nadie lo es. —Julia ladeó la cabeza—. ¿Has oído eso?

—Dentro de este traje, solo oigo mí respiración.

—Ha sonado como una bomba o algo parecido.

Apartó una de las cortinas que rodeaban una cama. La manta y las sábanas estaban intactas.

Fue a la siguiente. En el suelo, junto al lecho, había una bomba de oxígeno similar a las que utilizan las *personas* con problemas respiratorios. Los tubos se perdían por debajo de las mantas. Julia movió la luz sobre la cama. Alguien la ocupaba, cubierta con las mantas hasta la cabeza.

—¡Tenemos a una superviviente! —gritó, al tiempo que se acercaba.

Huxley apartó las mantas. Una joven dormía profundamente, con los tubos en el interior de las fosas nasales. El cabello oscuro desparramado sobre la almohada enmarcaba un rostro de facciones pálidas y delicadas. Era delgada, con los brazos largos y los hombros finos. Julia vio el perfil de las clavículas a través de la camiseta. Incluso dormida, era obvio que había pasado por un tormento que había dejado huellas.

De repente, abrió los ojos y gritó al ver a dos personas con trajes espaciales junto a la cama.

—No pasa nada —dijo Julia—. Soy médico. Estamos aquí para rescatarte.

La voz ahogada de Julia apenas calmó a la joven. Sus ojos azules estaban muy abiertos por el miedo; se apretó al respaldo de la cama arrastrando las mantas con ella.

—Mi nombre es Julia. Este es Eddie. Vamos a sacarte de aquí. ¿Cómo te llamas?

—¿Quién... quién es usted? —tartamudeó la muchacha.

—Soy médico en otro barco. ¿Sabes qué ha pasado?

—Anoche hubo una fiesta.

Al ver que la joven no continuaba, Julia supuso que sufría los efectos de un estado de choque. Se volvió hacia Seng.

—Prepara otro traje. No podemos quitarle el oxígeno hasta que se lo ponga.

—¿Por qué? —preguntó Eddie, al tiempo que abría la funda de otro traje protector.

—Creo que por eso es la única que ha sobrevivido. El virus se transmite por el aire. Ella no respiraba aire ambiente sino el oxígeno del cilindro y, cuando este se terminó, utilizó la unidad portátil. —Julia miró de nuevo a la muchacha. Calculó que

debía de tener poco más de veinte años. Podía ser una pasajera que viajaba con su familia o un miembro de la tripulación—. ¿Puedes decirme tu nombre, cariño?

—Jannike. Jannike Dahl. Mis amigos me llaman Janni.

—¿Puedo llamarte Janni? —preguntó Julia. Se sentó en el borde de la cama y sostuvo la linterna de forma que Janni pudiese verle el rostro a través del visor del casco. Jannike asintió—. Bien. Mi nombre es Julia.

—¿Eres norteamericana?

En el momento en el que Julia abría la boca para responder, se oyó un estruendo en la habitación.

—¿Qué ha sido eso?

Eddie ni siquiera tuvo tiempo de decir que era una explosión, ya que una segunda y mucho más cercana sacudió el barco. Jannike gritó de nuevo y se tapó la cabeza con las mantas.

—Tenemos que irnos —dijo Eddie—. ¡Ahora!

Otras tres explosiones zarandearon el barco. Una de ellas detonó muy cerca de la enfermería. Eddie cayó al suelo y Julia tuvo que proteger a la muchacha con su cuerpo. Un portalámparas se desprendió del techo y el tubo fluorescente se hizo pedazos.

Eddie se levantó.

—Quédate con la chica.

Salió de la sala corriendo.

—Janni, tranquila. Te sacaremos de aquí —dijo Julia, y apartó las mantas. Las lágrimas caían por las tersas mejillas de la joven y le temblaba el labio inferior.

—¿Qué está pasando?

—Mi amigo lo está averiguando. Necesito que te pongas esto. —Julia le mostró el traje—. Tenemos que hacerlo con mucho cuidado, ¿de acuerdo?

—¿Estoy enferma?

—No lo creo. —Julia no lo sabría hasta que hiciese algunas pruebas, pero no quería asustar más a la joven.

—Tengo asma —le dijo Janni—. Por eso estoy aquí. Fue un ataque muy severo que el doctor no pudo controlar.

—¿Ya ha pasado?

—Eso creo. No he utilizado el inhalador desde... —Su voz se apagó.

—Pero ¿has seguido respirando oxígeno?

—Vi lo que le pasó al doctor Passman y a mi amiga Karin. Creí que podía ser algo que habían respirado, así que continué utilizándolo.

—Eres una muchacha muy valiente y llena de recursos. Creo que gracias a eso te has salvado.

Saber que había hecho algo que la había ayudado dio a Jannike algo de confianza, y la esperanza de que podría salir del barco con vida.

Eddie volvió a la habitación.

—El estallido ha destrozado el pasillo a unos veinte metros de aquí. No podemos regresar por donde vinimos.

—¿Hay algún otro camino?

—Esperemos que sí. Puedo oír cómo se inunda la parte inferior del barco.

El agua se colaba por debajo de la puerta trabada como la marea ascendente; de no ser por la protección del traje y su suministro de aire, Cabrillo se habría ahogado. Después de unos minutos luchando para librar la prótesis aplastada, se echó hacia atrás y dejó que el mar lo cubriese, mientras llenaba rápidamente la sala de máquinas. El agua ya tenía cincuenta centímetros de profundidad, y subía por momentos.

El único consuelo de Juan era que el resto de su equipo no había bajado tanto como él y podría escapar con relativa facilidad.

Durante su anterior recorrido por la sala no había visto ninguna víctima del virus, o qué lo había desencadenado. Por ello dedujo que el barco había estado funcionando en automático, con solo dos hombres en el puente y nadie abajo para controlar los motores. Sin nadie a quien infectar, ¿cuánto tiempo permanecería el patógeno en el aire? Quizá Hux tuviese alguna idea, pero se trataba de un virus nuevo, incluso para ella; por tanto, solo podría ofrecerle un cálculo aproximado.

Los acondicionadores de aire llevaban horas apagados, lo que permitía que el polvo y los microbios se posaran. ¿Habría transcurrido suficiente tiempo? Cabrillo solo podía rezar para que así fuese, porque sabía que si permanecía sumergido en el torrente de agua sumido en sus pensamientos, solo estaría postergando lo inevitable.

Sacó el brazo derecho de la manga y lo deslizó por encima del pecho hasta la pierna derecha. Cogió un puñado de tela de la pernera y tiró hacia arriba por encima de la pierna ortopédica, para tener acceso a las correas que la sujetaban. Con dedos ágiles, desabrochó las correas y apretó el pequeño encaje que sujetaba la pierna al muñón. Sintió una inmediata sensación de libertad después de desprender el miembro, aunque el traje continuaba enganchado debajo de la puerta.

Ahora había llegado la parte difícil. Juan pasó la mano por encima del hombro para aumentar el flujo de aire en el traje; enseguida notó cómo se hinchaba y tiraba de las costuras. Siempre llevaba con él tres cosas. Una era un mechero, aunque solo fumaba de vez en cuando un puro; otra era una brújula, del tamaño de un botón, y, por último, una navaja plegable. Sacó la navaja del bolsillo y abrió la hoja con una mano. Tuvo que permanecer en posición fetal para llegar lo más abajo posible de la pernera, al tiempo que luchaba contra el peso del agua que continuaba entrando por debajo de la puerta.

La navaja tenía el filo de un bisturí y cortó el traje protector con facilidad. El aire comenzó a salir por el corte y, por un instante, contuvo la fuerza del agua que intentaba entrar, pero el traje comenzó muy pronto a llenarse. Juan trabajó deprisa, cortando el material en una carrera para librarse antes de que lo cubriese el agua. Yacía de lado, y el agua contra su cara le obligaba a girar la cabeza e intentar levantarse un par de centímetros sin perder de vista el corte.

Aquella posición era demasiado incómoda para permitirle trabajar con eficacia, así que respiró hondo y se sumergió de nuevo, moviendo la hoja alrededor de la pantorrilla para continuar cortando la tela. Sus pulmones gritaban pidiendo aire, pero no hizo caso de las necesidades de su cuerpo y trabajó con extrema sangre fría a pesar del peligro. Intentó soltarse de un tirón, pero la resistente tela plástica no se rompió. Lo intentó de nuevo con el mismo resultado. Necesitaba respirar, así que se levantó para vaciar el agua del casco. Pero no lo consiguió. El exceso de presión impedía que el casco se vaciase.

Los pulmones de Cabrillo se convulsionaron y permitieron que unas burbujas escapasen de sus labios. Era como contener la tos, y el dolor en el pecho era un recordatorio innecesario de que su cerebro necesitaba oxígeno. Ya comenzaba a sentirse mareado. Tiró con desesperación del traje y notó que se rasgaba un poco, aunque no acababa de ceder. Juan intentó mantener la calma, pero el instinto de supervivencia se imponía a cualquier lógica. Se agachó de nuevo para utilizar la navaja, aunque esta vez en lugar de cortar sistemáticamente comenzó a dar navajazos a la tela, al tiempo que tiraba con el resto de sus fuerzas.

De repente, cayó hacia atrás. Si no había cortado toda la pernera del traje era que se había desgarrado. Se puso de rodillas y de inmediato notó cómo el agua se vaciaba por el corte. Temeroso de exponerse al virus, solo se permitió respirar un segundo, apenas lo suficiente para despejar las sombras que nublaban su mente.

Se puso en pie y esperó a que el resto del agua que había llenado el traje se vaciase. Con el agua de mar colándose por debajo de la puerta, Juan no podía mantenerse firme con una sola pierna, así que dio un par de saltos para llegar a un banco de trabajo. Se apoyó en él y se apresuró a atar la pernera rota, anudándola lo más fuerte que pudo. Cuando el traje se puso rígido redujo la entrada de aire. Estaba seguro de que se filtraría un poco de aire a través del corte, pero, con la presión positiva en el interior, no creía que pudiese entrar nada. La exposición había sido muy breve, y como había pasado la mayor parte del tiempo debajo del agua era lógico suponer que no le pasaría nada.

Pero eso fue hasta que recordó que estaba atrapado en un barco que se hundía, sin tener una salida ni manera de comunicarse con el equipo o el *Oregon*. Buscó a tientas en la oscuridad con los brazos extendidos y utilizó el sentido del tacto para saber su posición dentro de la enorme sala de máquinas. Sin la pierna artificial, sus movimientos eran torpes y difíciles, pero acabó encontrando el otro banco de trabajo que había visto antes. Abrió los cajones e identificó las herramientas por el tacto, hasta encontrar lo que había rogado que estuviese allí.

La linterna no era tan potente como la que había perdido, pero el rayo de luz le dio ánimos. Al menos ahora no estaba ciego. Avanzó a saltos por la sala de máquinas, entorpecido por la creciente inundación, que ya le llegaba a las rodillas. Pasó junto a los motores diesel y llegó hasta la puerta estanca más lejana. Estaba completamente bajada. Buscó un sistema manual que le permitiese abrirla, pero no había tal

mecanismo.

Sintió los primeros tentáculos del miedo en el fondo de su mente y los aplastó con rabia. Dado que no sabía la gravedad de los daños provocados por las cargas, no tenía ni idea de cuánto tiempo se mantendría a flote el barco. Si seguía estable, como hasta el momento, la sala de máquinas tardaría un par de horas en inundarse, tiempo más que suficiente para pensar en una ruta de escape o para que Eddie y los demás encontrasen el modo de rescatarlo.

Justo cuando pensaba en sus opciones, un prolongado gemido reverberó por todo el casco. Era el ruido del metal empujado más allá del punto de rotura. Notó cómo el barco se hundía hacia proa. El agua en la sala de máquinas se desplazó en una titánica ola que se estrelló contra la puerta más lejana. Al retroceder, Juan tuvo que saltar sobre una mesa para evitar quedar aplastado contra un mamparo. Movié la luz por la sala y vio que la velocidad de la entrada de agua se había doblado. El agua de mar pasaba por debajo de la puerta formando furiosos surtidores, como si el océano estuviese ansioso por reclamar a su última víctima.

Las horas de Cabrillo se habían convertido en minutos.

Miró a un lado y a otro buscando una salida de la sala sellada. El germen de una loca idea brotó en su mente. Dirigió la luz hacia uno de los enormes motores y los tubos de escape que salían de él. Con la linterna trazó un lento recorrido hacia arriba.

—¡Ajá!

Julia se volvió hacia Jannike Dahl y le habló lo más suavemente posible.

—Janni, cariño, tenemos que sacarte de aquí, pero para poder hacerlo tienes que ponerte un traje como los que llevamos Eddie y yo.

—¿El barco se hunde? —preguntó la muchacha.

—Sí, se hunde. Tenemos que irnos.

Julia puso en marcha los ventiladores y los purificadores del traje y abrió la cremallera de la espalda. No le dijo que la prenda no era para protegerla sino para evitar que contagiara a la tripulación del *Oregon*, si era portadora del virus. Tras asegurarse de seguir respirando por los tubos de la nariz, Janni deslizó sus delgadas piernas en el interior del traje y se lo colocó sobre los angostos hombros. Julia la ayudó a recoger su larga cabellera dentro del casco. Hux se dio cuenta de que no se lo había lavado desde hacía varios días. El ataque de asma la había mantenido en la enfermería durante un tiempo.

—Respira hondo por la nariz y aguanta el aire todo lo que puedas —ordenó.

El pecho de Janni se expandió cuando respiró el oxígeno puro hasta llenar los pulmones. Julia desenganchó la cánula de las orejas de Janni y dejó los tubos a un lado. Juntó las dos mitades del traje y cerró la cremallera. Le llevó otro minuto asegurar los cierres con cinta aislante.

Hux tenía que reconocer el mérito de Eddie Seng. A pesar de la gravedad de la situación, no demostraba la menor señal de impaciencia. Comprendía que la joven estaba en estado de choque y había que tratarla como si fuese una niña. En vista de lo

que Janni había pasado, Julia pensó que lo estaba haciendo muy bien.

Al regresar de su breve exploración, Eddie se había tomado un momento para cubrir los dos cadáveres que había fuera del cubículo de Janni. De todos modos, la muchacha miró las siluetas amortajadas cuando pasó con Julia por su lado. Los tres llegaron al pasillo, aunque allí no podían hacer nada para ocultar la multitud de cadáveres. Julia notó el apretón de la mano de Janni en la suya, pero, valientemente, la joven permaneció firme. La doctora llevaba en la otra mano la caja con las muestras.

—Este camino está cerrado —dijo Eddie y señaló con el pulgar en la dirección por donde habían venido—. Janni, ¿hay otra manera de llegar a la cubierta principal?

—Este pasillo acaba aquí. —Lo miraba a la cara para no ver a los muertos—. Hay una puerta al final. Me dijeron que la tripulación la utilizaba para trabajar en algo en un nivel inferior. Quizá allí haya una salida.

—Perfecto —dijo Eddie—. Debe de ser una escotilla auxiliar.

Avanzaron por el pasillo, guiados por la luz de la linterna. Tal como Janni había dicho, había una gran escotilla oval en la pared de acero. Eddie la abrió y asomó la cabeza en el interior. Vio una serie de tuberías que tardó un momento en identificar.

—Es la sala de bombeo de la piscina principal. El agua baja aquí para el filtrado y luego las bombas la envían hacia arriba.

De pronto el barco crujió como si el casco se estuviese partiendo; el *Golden Dawn* se escoró con tal violencia que casi hizo caer a Jannike. Julia la sujetó mientras ella y Eddie intercambiaban una mirada. Se les estaba agotando el tiempo.

Eddie pasó por la escotilla abierta y buscó otra salida. Había una segunda escotilla en el suelo, rodeada por una barandilla de acero. Se puso de rodillas para quitar los cierres y levantó la tapa pese a la resistencia de las bisagras. Una escalerilla se perdía en la oscuridad. Empezó a bajarla como pudo, ya que el abultado traje dificultaba sus movimientos en el angosto espacio. Llegó a una habitación que parecía la sala de control de una central eléctrica. Era el nodo de distribución del suministro eléctrico del barco. En circunstancias normales, se habría oído el zumbido de la electricidad, pero la habitación estaba en silencio. Una puerta abierta daba acceso a otro pasillo en sombras.

—Bajad —gritó, y esperó al pie de la escalerilla para ayudar a Janni en el último par de escalones.

Aunque la estatura de Eddie era inferior a la media, podía rodear la cintura de la joven con las manos, incluso con aquel traje que le daba el aspecto de un muñeco de nieve.

Julia bajó un segundo más tarde y Eddie las llevó fuera de la sala.

—¿Sabes dónde estamos, Janni? —preguntó Seng.

—No estoy segura —respondió la muchacha después de mirar en la penumbra—. Muchas zonas del barco están prohibidas para el personal del hotel, y no llevo a bordo mucho tiempo.

—No pasa nada —afirmó Eddie intentando consolarla, al notar la desesperación de la joven por no poder ser de más ayuda.

Como el barco se hundía por la proa, Eddie se dirigió hacia popa. Una ligera tensión en los mullos le indicó que estaba subiendo. La pendiente era suave, pero sabía que aumentaría a medida que se inundasen más compartimientos.

Debido al traje, no notó la ráfaga de aire que de pronto llegó por detrás. Fue el temblor en las planchas de la cubierta bajo sus pies lo que le hizo volverse. Una corriente de agua recorrió el pasillo a la altura de sus muslos; una sólida masa verde los alcanzó antes de que pudiese dar el grito de alarma. Atrapados, el trío se vio arrastrado por la ola; dieron vueltas, impotentes, hasta que esta perdió impulso. Se encontraron en el suelo, en un enredo de miembros, mientras el agua continuaba fluyendo a su alrededor.

Eddie fue el primero en levantarse, y ayudó a Janni.

—¿Estás bien?

—Eso creo.

—Doc, ¿estás bien?

—Solo un poco aturdida. ¿Qué ha pasado?

—Una escotilla de proa que no debía de estar bien cerrada y ha dejado pasar la ola. Aún tenemos tiempo.

Continuaron avanzando, chapoteando por el agua que les llegaba a los tobillos. Eddie miraba las placas de cada una de las puertas por las que pasaban, con la esperanza de encontrar una escalera, pero la suerte no los acompañaba. Allí abajo solo había almacenes de recambios y equipos. Un raíl a lo largo del techo permitía a la tripulación utilizar grúas para mover los equipos pesados desde allí hasta el ascensor más próximo. Pensó que podía ser un plan alternativo si no encontraban la escalera. Sabía que podía trepar por el interior del hueco del ascensor, y también Hux, pero dudaba que Jannike tuviese las fuerzas suficientes. De no haber sido por el traje, habría podido subir con ella colgada a la espalda. Era algo a considerar.

Casi pasó por alto una puerta a la derecha y tuvo que detenerse para iluminar la placa: almacén de embarcaciones.

—¡Bingo!

—¿Qué es esto?

—Nuestro billete de salida —dijo Eddie, y abrió la puerta.

A la luz de la linterna, vio una hilera de motos de agua resplandecientes y botes para dos personas. Descansaban en unos soportes diseñados especialmente para ello. Había un gran agujero en el techo por donde pasaban las embarcaciones y una escalera circular que llevaba hasta el siguiente nivel. Subió, seguido de las dos mujeres.

Llegaron al lugar donde los pasajeros podían alquilar una embarcación cuando el barco estaba en puerto. Había un mostrador junto a una pared y carteles por todas partes con avisos de seguridad. El suelo estaba cubierto con una moqueta

antideslizante y en el mamparo exterior había una puerta del tamaño de la de un garaje. Una rampa hidráulica estaba doblada a lo largo de la puerta. Cuando la puerta se abría y la rampa se desplegaba se utilizaba como un pequeño muelle.

Eddie golpeó la puerta de acero con el extremo de la linterna. En lugar de oírse un eco agudo se oyó un ruido sordo. Intentó un poco más arriba y por fin consiguió saber lo que quería.

—El agua cubre sesenta centímetros de la puerta —comentó—. Cuando la abra, la sala se inundará.

—¿Podremos salir? —preguntó Janni, con voz entrecortada.

—Ningún problema. —Eddie sonrió para darle ánimo—. En cuanto se nivele la presión interior con la exterior podremos salir nadando. Lo mejor de todo es que nuestros trajes nos mantendrán a flote.

—Bajaré para cerrar la puerta por la que entramos —dijo Julia, al comprender que, para que funcionase el plan de Eddie, el almacén de embarcaciones debía estar aislado del resto del barco o el agua seguiría entrando.

—Gracias. —Eddie llevó a Janni lejos de la puerta, hasta una barandilla a la que pudiera sujetarse cuando se inundase la sala.

La puerta se abría con un pequeño motor eléctrico, pero también tenía una manija mecánica para abrirla y cerrarla en caso de que no hubiese electricidad. En cuanto Hux regresó y se colocó junto a Janni para ayudarla a sujetarse, Eddie se agachó y cogió la manivela. Con la primera vuelta, la puerta subió un par de centímetros y el agua comenzó a entrar en el recinto. Él estaba a un lado, pero notaba cómo pasaba el agua por sus pantorrillas a medida que subía la puerta.

El mar entró por la abertura como una estruendosa catarata.

Eddie había levantado la puerta a un cuarto de su altura cuando, de repente, se encalló la manivela. Tiró con fuerza, pero no consiguió moverla. Miró al suelo y vio qué había pasado. La fuerza del agua que presionaba la plancha de acero había torcido el metal en la parte inferior y había arrancado las ruedas de guía de los carriles. Mientras miraba, la puerta siguió deformándose, doblándose por el medio, como si la empujase la mano de un gigante.

Avisó a Janni y a Julia pero el grito se perdió en el rugido del agua cuando la puerta se rompió del todo. Arrancada de los montantes, voló a través del garaje como si fuese un trozo de papel. Liberado de cualquier impedimento, el océano entró por la abertura como una pared verde. Julia y Janni estaban bastante lejos y a un costado, por lo que se libraron del tremendo golpe, pero cuando empezó a llenarse el recinto, las alcanzó el reflujó del agua. De no haber sido por Hux, Jannike Dahl habría sido arrastrada por la corriente.

Las ondas expansivas que creaba el torrente empujaron restos, incluida una moto de agua, hasta acercarse peligrosamente. Hasta que no se calmó el agua Eddie no pudo soltar el puntal al que se había sujetado. De inmediato comenzó a flotar y a subir hacia el techo. Con la agilidad de un gato se dio la vuelta, para tocar el techo

con las manos y las rodillas, y con la linterna bien sujeta. Ajustó la entrada de aire en el traje para reducir la presión, y de ese modo, la flotabilidad. De lo contrario se habría quedado pegado al techo e inmovilizado.

Movió la linterna hasta ver a Julia y a la joven, colgadas de la barandilla, con los pies apuntando hacia arriba; el aire de los trajes había hinchado la tela alrededor de sus piernas. Fue hasta ellas y tocó con suavidad la pierna de Hux para indicarle que se soltase y flotara libremente. Ella obedeció y subió para reunirse con él. Eddie hizo lo mismo con Janni. Luego, redujo la salida de aire de las botellas de sus compañeras. Comenzó a arrastrarse hacia la puerta abierta pero notó que Julia se resistía. La doctora le tocó en el hombro y apretó el visor contra el suyo.

—He perdido la caja de muestras —gritó. La vibración de la voz que se transmitió a través del plástico permitió que él escuchase las palabras—. Tenemos que encontrarla.

Eddie miró la multitud de objetos que flotaban en el interior del garaje: toallas, salvavidas, libretas, botellas de agua, tubos de crema solar, bolsas de hielo. Tardarían horas en encontrar la caja, y si el agua la había succionado al exterior ya estaría cayendo hacia el fondo, a unos tres mil metros por debajo del barco.

—No hay tiempo —respondió.

—Eddie, necesitamos esas muestras de tejido.

Su respuesta fue sujetarla de una mano y llevarla hacia la puerta.

La súbita entrada de agua que había inundado el garaje de embarcaciones había modificado el centro de gravedad del *Golden Dawn*, por lo que el buque comenzaba a escorar con más fuerza. Las tensiones en el casco estaban llegando al límite de rotura y, en la parte más profunda de la quilla, el acero comenzaba a romperse. El sonido de su muerte resonaba por el océano, tan estremecedor como el canto de una ballena o una letanía fúnebre.

Julia y Eddie guiaron a Jannike a través de la abertura. Tan pronto como se apartaron del barco, Eddie añadió aire al traje y salió disparado hacia la superficie.

Cerca, el *Oregon* estaba iluminado de proa a popa. Los haces de luz de los reflectores rasgaban la oscuridad y recorrían la cubierta del *Dawn* y la línea de flotación. La *Zodiac*, amarrada cerca de la puerta del garaje, cabeceaba; la amarra estaba tensa y la proa se sumergía arrastrada por el barco que se hundía. Mientras Eddie desataba el cabo de la argolla soldada en el casco, uno de los reflectores del *Oregon* pasó sobre ellos; luego volvió y los alumbró con toda su potencia. Julia y Jannike agitaron los brazos con furor. En respuesta, la luz parpadeó.

El helicóptero apareció desde el otro lado del barco. George Adams mantuvo el Robinson inmóvil el tiempo necesario para comprobar que estaban bien antes de apartarse y evitarles los efectos de la fuerza huracanada del viento provocado por los rotores.

Eddie se encaramó por la borda de la *Zodiac* y ayudó a Julia y a Janni a subir a ella. En cuestión de segundos tenía el motor en marcha y la pequeña embarcación

planeaba sobre las olas hacia el *Oregon*. La puerta de entrada del garaje de embarcaciones del carguero estaba abierta y un equipo con trajes aislantes esperaba con los rociadores cargados con una solución líquida, para descontaminar los trajes.

Eddie puso el motor en punto muerto junto al barco. Con las radios inutilizadas por la prolongada inmersión no podía comunicarse con los marineros, pero todos sabían cuál era su tarea. Arrojaron un par de cepillos a la *Zodiac* y abrieron los potentes chorros de lejía. Eddie y Julia cepillaron primero a Jannike, y luego el uno al otro, asegurándose de que hasta el último centímetro cuadrado de sus trajes quedara completamente descontaminado. Cuando acabaron, había quince centímetros de lejía flotando en el suelo de la *Zodiac*.

En cuanto Julia consideró que había eliminado cualquier posible germen infeccioso que pudiese estar adherido a los trajes, quitó la cinta aislante de la cremallera y se liberó de la claustrofóbica prenda. El aire cálido y húmedo le pareció el más fresco que jamás hubiese respirado.

—Dios, qué placer.

—Estoy de acuerdo contigo —coincidió Eddie, que acabó de quitarse el traje y lo dejó en la embarcación.

Guió a Jannike, que todavía llevaba el traje, hasta la rampa que utilizaban para lanzar la embarcación de asalto. Julia se hizo cargo de la muchacha. La llevaría a la enfermería y la sometería a una serie de pruebas en la sala de aislamiento, para comprobar si estaba o no infectada. Solo entonces permitiría que Janni entrara en contacto con la tripulación.

Max Hanley llegó en el momento en el que Eddie se disponía a hundir la *Zodiac*. Su expresión informó a Eddie de que no todo había ido bien para los demás.

—¿Qué ha pasado?

—Mark está sano y salvo a bordo del *Robinson* pero hemos perdido contacto con el director.

—Maldita sea. Voy a regresar allí. Tiene que estar en algún lugar de la sala de máquinas.

—Míralo tú mismo. —Max señaló el barco que se hundía. Tras partirse la quilla, el volumen de agua que inundaba el casco se había cuadruplicado—. No hay tiempo.

—Max, es el director, por el amor de Dios.

—¿Crees que no lo sé? —Hanley apenas conseguía controlar sus emociones.

A unos pocos centenares de metros, el *Golden Dawn* estaba en sus momentos finales. Las hileras de ojos de buey debajo de la cubierta principal estaban todas sumergidas, y, con la quilla partida, se hundía más por el medio que por la proa o la popa. Los dos hombres continuaron observando en silencio cómo el barco desaparecía.

El aire atrapado dentro del casco comenzó a escapar en sucesivas explosiones que reventaban las ventanas y arrancaban las puertas a causa de la enorme presión. El mar pasaba por encima de las bordas y comenzaba a subir por las cubiertas superiores

formando columnas de espuma. Desde donde estaban, parecía que el *Golden Dawn* estuviese sumergido en agua hirviendo.

Cuando el océano llegó a la altura del puente, los cristales templados estallaron. Los objetos comenzaron a flotar libremente; tumbonas, en su mayor parte, pero también uno de los botes salvavidas, que se había soltado de los pescantes y flotaba invertido.

Max se enjugó los ojos cuando desapareció la parte superior del puente y todo lo que quedó por encima del agua fueron los mástiles de comunicaciones y la chimenea. Nubes de burbujas estallaban en la superficie a medida que el mar engullía el barco.

Eric Stone, en el centro de operaciones, dirigía los movimientos de los reflectores desde el puesto de armamento. Dejó el más potente centrado en la chimenea; la luz resaltaba las monedas de oro pintadas en ella. El mar burbujeaba como una fuente termal mientras el Robinson se mantenía en posición sobre el naufragio.

Max susurró el nombre de Juan y se santiguó cuando la parte superior de la chimenea estaba a treinta centímetros de desaparecer por completo. Una columna de aire salió de pronto de la chimenea, y con ella un objeto amarillo que parecía un proyectil de artillería. Se elevó seis metros moviéndose como un pájaro que intenta remontar el vuelo.

—Me ca... —No podía creer lo que estaba viendo.

El objeto amarillo era uno de los trajes espaciales y el aleteo eran los movimientos de los brazos y las piernas de Cabrillo. La trayectoria de Juan lo llevó lejos de la chimenea y por encima de la borda antes de caer en el mar. El impacto debió de dejarlo atontado, porque permaneció inmóvil durante un par de segundos antes de comenzar a nadar para apartarse del barco que se hundía. Eric lo siguió con el reflector mientras Juan nadaba hacia el bote salvavidas invertido. Se encaramó sobre el casco, miró hacia el *Oregon* de rodillas y, como un actor, saludó con una profunda reverencia.

Eric le respondió con un toque de sirena.

Capítulo 9

La doctora Huxley estaba tan concentrada que no oyó cómo Mark Murphy y Eric Stone entraban corriendo en el laboratorio situado junto a la enfermería. Su mente estaba inmersa en el reino de lo minúsculo que le mostraba el potente microscopio. Finalmente, Murphy carraspeó y ella apartó la mirada de la pantalla del ordenador. Frunció el entrecejo en una muestra de irritación, pero al ver la sonrisa de los dos jóvenes su enfado se esfumó.

Detrás de ellos estaba la paciente, aislada, separada del resto de la tripulación por una caja de cristal estéril; el aire que respiraba era bombeado a través de unos complejos purificadores y luego pasaba por una caldera a mil grados centígrados antes de salir del barco. Juan descansaba en una silla junto a la cama de Janni, aún vestido con el traje amarillo. Hasta que Julia averiguase si su breve exposición al agua en la sala de máquinas lo había contagiado con el patógeno que había matado a los hombres y mujeres a bordo del *Golden Dawn*, tenía que tratarlo como si fuese un portador. Su microscopio, con las muestras que quizá eran infecciosas, también estaba en la sala de aislamiento; ella solo podía verlos si llevaba un traje especial o a través de la imagen en la pantalla del ordenador.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Hemos hecho un análisis matemático —respondió Murphy, sin aliento. Igual que Julia, se había puesto a trabajar sin más y seguía con las mismas prendas sudadas que había llevado debajo del traje aislante. Su pelo largo estaba lacio y aplastado contra el cuero cabelludo a causa del sudor—. Es imposible que el director o la chica estén infectados.

Esta vez, Julia no reprimió el enfado.

—¿De que estáis hablando?

Eric y Murphy se fijaron en Jannike Dahl por primera vez.

—¡Guau! —exclamó Stone mientras miraba a la joven dormida en la sala de aislamiento; su pelo negro se abría como un abanico alrededor de su pálido rostro oval—. ¡Qué bombón!

—Olvídalo, Stone —se apresuró a decir Murphy—. Yo participé en su rescate, así que me toca a mí invitarla a salir primero.

—Tú ni siquiera saliste del puente —protestó Stone—. Tengo tanto derecho como tú.

—Caballeros —los amonestó Julia en tono vivaz—. Por favor, dejad vuestra libido insatisfecha en la puerta y decidme qué hacéis aquí.

—Oh, lo siento, Doc —se disculpó Murphy en tono contrito, pero echó una última mirada a Janni—. Eric y yo hemos analizado el escenario y sabemos que ninguno de los dos pudo resultar infectado. Hace unos veinte minutos obtuvimos los

resultados del director, pero las cifras de la chica acaban de llegar.

—¿Necesito recordaros que esto es una ciencia (biología más específicamente) y no un programa de ordenador que hace elucubraciones matemáticas?

Ambos jóvenes parecieron dolidos.

—Pero tú, más que nadie, deberías saber que la ciencia se fundamenta en las matemáticas —señaló Eric—. La biología no es más que la aplicación de la química orgánica, y la química no es más que la física aplicada utilizando las fuerzas nucleares, fuertes y débiles, para crear átomos. La física es la matemática del mundo real.

Hablaba con tanta pasión que Julia comprendió que su joven paciente no tenía nada que temer de él. Eric no era mal parecido, pero estaba tan obsesionado con su trabajo que no podía imaginárselo reuniendo el suficiente coraje para hablar con ella. Por su parte, detrás de la fachada de *skater* y la barba descuidada de Mark Murphy latía el corazón de un colgado de la informática.

—¿Has encontrado rastro de virus o toxinas en alguna de las muestras? —preguntó Murphy.

—No —admitió Hux.

—Ni las encontrarás, ya que ninguno de los dos está infectado. La única manera de matar a todas las personas en un barco sin provocar el pánico, porque algunos mueren antes que otros, es el envenenamiento a través de la comida. —Levantó una mano y fue contando con los dedos las razones que apoyaban sus palabras—. Un patógeno transmitido por el aire no afectaría a las personas que estaban en las cubiertas cuando este se liberó. Envenenar el suministro de agua es todavía menos probable, porque no todos beben al mismo tiempo, a menos que lo hagas a primera hora de la mañana cuando la gente se lava los dientes.

—Las personas con sistemas inmunitarios débiles habrían muerto a lo largo del día —puntualizó Eric—, y, como vimos, todos estaban vestidos para la fiesta.

—Ocurre lo mismo si el veneno se aplicó a superficies del barco como las barandillas y los pomos de las puertas —concluyó Murphy—. El asesino no podía garantizar que todos se infectarían.

—¿Así que creéis que fue la comida? —preguntó Julia, incapaz de encontrar un fallo en aquella lógica.

—Tiene que serlo. Juan no comió nada mientras estaba a bordo, y estoy seguro de que ella tampoco probó bocado. —Murphy señaló con la cabeza el tabique de cristal que separaba el laboratorio de la cámara de aislamiento.

—Para estar más seguros —prosiguió Eric—, también hemos hecho un cálculo por si había una toxina en el aire de la sala de máquinas. Incluso aunque el aire estuviera saturado, el volumen de agua que entraba cuando Juan cortó el traje habría reducido la carga viral o los niveles de toxicidad de un millón a centenares de miles de millones.

Murphy se cruzó de brazos.

—Además, han pasado cinco horas desde la exposición del director. Por lo que Eddie nos ha contado de vuestro breve interrogatorio a la paciente cuando estabais a bordo del barco, sus amigas la visitaron una o dos horas antes de caer enfermas. Juan y esta preciosidad están bien.

Julia ya había llegado a la misma conclusión en lo que se refería a Juan, pero no estaba convencida de que estuviesen acertados en lo referente a Janni. Emitir un diagnóstico requiere una investigación continuada y comprobar varias veces los resultados, hasta saber a qué te enfrentas. Aunque no hubiese encontrado un virus en la sangre, la saliva, la orina o la médula de Janni no significaba que no estuviese acechando en sus riñones, el hígado o cualquier otro tejido que Julia aún no había examinado. Podía estar esperando silenciosamente a estallar y acabar con el sistema inmunitario de Janni, y luego continuar con las demás posibles víctimas: la tripulación del *Oregon*.

Julia sacudió la cabeza.

—Lo siento, chicos, pero no me convence. Creo que tenéis razón en cuanto a Juan, pero Janni se quedará en aislamiento hasta que tenga la total confirmación de que no está infectada.

—Tú eres la doctora, pero es una pérdida de tiempo. No lo está.

—Es mi tiempo el que desperdicio, Mark. —Hizo rodar su taburete con ruedas sobre el suelo de mosaico hasta un intercomunicador instalado en la pared. Pulsó el botón—. Juan, ¿me escuchas?

En el interior de la sala, Cabrillo se irguió en la silla. En vez de pensar que su cuerpo podía estar albergando una infección letal, Juan se había quedado dormido. Se puso en pie y levantó el pulgar saludando a Julia, a Murphy y a Stone. Luego recogió las baterías de recambio que utilizaba para mantener el funcionamiento de su traje durante tanto tiempo.

—Estás limpio —dijo Julia—. Puedes ir a la esclusa de aire para la ducha de descontaminación. Ve y deja el traje dentro. Ya me lo llevaré más tarde.

El proceso de pasar de la sala de aislamiento a la esclusa de aire y luego someterse a una fuerte ducha de desinfectante y agentes antivirales le llevó quince minutos. Juan entró en el laboratorio.

—Vaya, hueles un poco mal —comentó Julia frunciendo la nariz.

—Métete en uno de esos trajes durante el mismo rato que yo y verás cómo hueles.

Julia ya había tenido la precaución de pedir que llevarsen del camarote de Juan una de las piernas ortopédicas. Se la alcanzó, y él se la encajó en el muñón debajo de la rodilla derecha. Hizo algunos movimientos y luego se bajó la pernera.

—Ya está. —Se levantó—. Nada que una larga ducha y una botella de buen *whisky* no puedan curar. —Se volvió para mirar a Eric y a Mark, que aún estaban en la entrada del laboratorio—. ¿Qué novedades tienes, Murphy?

Con la radio del traje averiada durante la inundación de la sala de máquinas, el director no se había enterado de nada desde que había subido a bordo.

—Rescaté alrededor del treinta por ciento de los archivos informáticos del barco, incluido todo lo referente a su último viaje. —Levantó una mano para adelantarse a la siguiente pregunta de Cabrillo—. Aún no los he revisado. Eric y yo estábamos ayudando a descubrir si tú y aquella belleza estabais infectados.

Juan asintió, aunque no creía que él y la invitada tuviesen que ser la máxima prioridad.

—Revisar todos esos archivos es vuestra siguiente tarea. Deseo saber todo lo que ocurrió a bordo del barco desde que inició la travesía. No me importa lo trivial que sea.

—He visto que hablabas con nuestra paciente —intervino Julia—. ¿Qué tal está?

—Exhausta y asustada —respondió Juan—. No tiene ni idea de qué les pasó a los demás, y no he querido insistir. Su estado emocional es muy frágil. Me ha dicho algo que quizá podría ser pertinente. El barco había sido alquilado por un grupo al que llamaban los responsabilistas.

—¿Qué pasa con los responsabilistas? —preguntó Max Hanley. Entró en el laboratorio como un toro en una cristalería. Antes de que nadie pudiese responderle, se acercó a Juan y le estrechó la mano—. Radio Macuto ha dicho que habías salido del aislamiento. ¿Cómo estás?

A Cabrillo nunca dejaba de sorprenderle lo rápido que se transmitía cualquier información entre los tripulantes, aunque fueran —consultó su reloj— las cuatro y media de la madrugada.

—Feliz de estar vivo —contestó con evidente satisfacción.

—Aquello fue increíble. —Max sonrió—. Nunca había visto nada parecido. Saliste de aquella chimenea como el corcho de una botella de champán barato.

—Conseguí llegar casi hasta arriba —explicó Juan—. Entonces, me quedé atascado. No podía moverme y el agua continuaba subiendo a toda prisa. En vez de deshinchar el traje, lo hinché al máximo para obturar completamente la salida. El aire, forzado a subir por la chimenea a causa de la inundación de la sala de máquinas, hizo el resto.

—Fue todo un salto.

—¿A qué altura subí?

—Por lo menos seis metros, y pasaste por encima de la borda a más de cinco. —Max recordó la pregunta original—. ¿Decías algo de los responsabilistas?

—Sí. La señorita Dahl mencionó que el barco lo habían alquilado ellos. Para un viaje de Filipinas a Atenas.

—En realidad era al Pireo —le corrigió Eric de forma automática—. Atenas está en el interior. Su puerto es la ciudad *del* Pireo.

Murphy le dio una palmada en el hombro.

—¿De verdad crees que no lo sabemos?

Julia no pudo reprimir una sonrisa, más segura que nunca de que ninguno de esos dos supuestos galanes llegaría muy lejos con Janni.

—Hablé de nuevo con mi ex —dijo Max—. Al final ha resultado que no era un secuestro. Lo dijo solo para chincharme.

Kyle ha sido siempre un poco débil de carácter; ya sabes, alguien que se deja llevar por la opinión de los demás. En el instituto se relacionó con un grupo de indeseables y acabó arrestado por tenencia y consumo de drogas. Su consejero de rehabilitación me comentó que Kyle no tiene un problema de adicción; tiene un problema de autoestima. El caso es que se encontró con este grupo en una manifestación y al cabo de unos días declaró que era un responsabilista. Incluso llegó al extremo de ir a un urólogo para hablar de hacerse una vasectomía. Ahora está en Grecia. Al parecer, tienen una sede en la península del Peloponeso.

—¿Se hizo una vasectomía? —preguntó Julia—. Si solo tiene veintiuno o veintidós años. No hay muchos médicos dispuestos a realizar esa intervención en un hombre menor de treinta, a menos que ya tenga familia.

—Kyle tiene veintitrés, y los responsabilistas tienen a sus propios médicos, que hacen vasectomías y ligaduras de trompas constantemente.

—No había oído hablar de los responsabilistas hasta que los mencionó Jannike —señaló Juan.

—Yo tampoco sé gran cosa —admitió Max—. Solo lo que Lisa me dijo.

—Tendrías que leer más a menudo las columnas de chismes de Hollywood —bromeó Julia—. ¿Alguna vez habéis oído hablar de Donna Sky?

—¿La actriz? —preguntó Mark.

—La actriz mejor pagada de la historia del cine. Es responsabilista. También lo son muchas estrellas. Es la última moda en Hollywood.

—¿Es una iglesia, un culto, o algo por el estilo?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Al menos, nadie que no pertenezca al grupo —respondió la doctora—. Lo fundó en los setenta un genetista llamado Lydell Cooper. Cooper fue una figura fundamental en el desarrollo de medicamentos baratos para luchar contra la malaria y la viruela. Algunos sostienen que su trabajo salvó centenares de millones de vidas.

»Pero él no lo veía de la misma manera, al menos hasta pasado un tiempo, cuando se produjeron explosiones demográficas por todo el mundo. Al erradicar esas enfermedades, había ayudado a eliminar uno de los sistemas naturales para controlar el crecimiento de la población. Las familias no tenían más hijos, pero morían menos, y después ocurría lo mismo con los nietos. Comenzó a manifestar que sin las enfermedades la humanidad estaba condenada a la extinción, debido a la superpoblación.

»Escribió un libro sobre ello e inició una cruzada por la planificación familiar a escala global. Fundó un grupo con personas que compartían su creencia: los responsabilistas, que procede de “los que son responsables”. Muy pronto, el movimiento fue conocido como responsabilismo, y comenzó a atraer a famosos de todos los sectores: políticos, deportistas, actores. Cooper murió hará unos diez años.

Pero el movimiento floreció bajo la dirección de un matrimonio. Ahora mismo, no recuerdo sus nombres.

—¿Qué hace ahora este grupo? —preguntó Juan.

—Tienen centros de planificación familiar por todo el mundo, suministran preservativos, y en sus clínicas practican abortos, vasectomías y ligaduras de trompas de forma gratuita. Como podéis imaginar, libran una dura batalla con la Iglesia católica y con todos los que están a la derecha del espectro político.

Juan miró a los presentes.

—La siguiente pregunta es: ¿qué han hecho los responsabilistas para que alguien quisiera destruir un barco cargado con miembros de ese grupo?

Nadie pudo darle una respuesta.

Capítulo 10

La marquesina blanca instalada en el impecable césped de la mansión de Beverly Hills frustró los deseos de los *paparazzi* que iban a bordo de los helicópteros que sobrevolaban el lugar. La marquesina duplicaba el tamaño de la piscina olímpica que estaba al lado. Cuando apareció el Bell Jet Ranger del *sheriff* del condado de Los Ángeles, los dos helicópteros huyeron de inmediato antes de que pudiesen tomar nota de sus matrículas y denunciarlos por entrar en una zona de vuelo prohibida. Los pilotos no estaban dispuestos a que los arrestasen, por mucho que los fotógrafos les gritasen y ofreciesen pagarles lo que quisieran.

Los invitados que se hallaban debajo de la marquesina estaban acostumbrados a estas intrusiones y no prestaron la menor atención al incidente. El sonido de los helicópteros se apagó, y el rumor de las conversaciones recuperó el volumen normal. La orquesta, en una tarima situada en un extremo de la marquesina, reanudó su actuación, y las bellas aspirantes a actrices, con sus minúsculos biquinis —una presencia obligada en cualquier fiesta de Hollywood—, volvieron a pasear por el borde de la piscina.

La casa que dominaba el inmenso jardín imitaba el estilo de una villa mediterránea y tenía una superficie habitable de cuatrocientos cincuenta metros cuadrados, con una casa de invitados aparte que doblaba el tamaño de la vivienda norteamericana tipo. El garaje subterráneo tenía capacidad para veinte coches. Dos propiedades que valían millones habían sido compradas y demolidas para permitir a los nuevos dueños lograr lo que querían. Los operarios habían trabajado casi sin interrupción durante tres años para acabar la obra. En una ciudad acostumbrada a las más extravagantes exhibiciones de riqueza, aquella finca había dado de que hablar desde el primer momento.

Los propietarios eran Thomas y Heidi Severance. No eran actores, ni tampoco magnates de la industria cinematográfica, aunque Thomas Severance había trabajado como ejecutivo en un estudio durante un par de años. Eran los benefactores y guardianes del legado del difunto doctor Lydell Cooper, fundador del responsabilismo, y ahora dirigían la floreciente institución. El dinero para construir la casa, que también se utilizaba como oficina central del grupo en California, lo habían donado seguidores de todo el mundo, si bien la mayor parte la había puesto la élite de Hollywood, que se incorporaba al responsabilismo en un número que crecía por momentos.

Thomas Severance había sido de los primeros en reconocer la brillantez del libro del doctor Cooper, *We're Breeding Our selves to Death*, y había buscado al autor para ayudarlo a difundir sus postulados. Fue algo natural que Thomas encontrase un alma gemela en la hija de Cooper, Heidi. Se habían casado tras dos meses de noviazgo; la

ilimitada energía de ambos había convertido el responsabilismo en el fenómeno mundial que era en la actualidad. Se habían hecho cargo del movimiento, tal como había deseado Cooper antes de morir, y habían continuado con su trabajo. Su carisma había atraído sobre todo a gente del mundo del espectáculo, y cuando la actriz Donna Sky, ganadora de un Oscar, había admitido públicamente que era miembro del responsabilismo desde hacía años, la popularidad del grupo alcanzó las más altas cotas.

Thomas Severance medía un metro ochenta de estatura y sus facciones, realizadas por la cirugía estética, le daban un aire de autoridad. Tenía cincuenta y tres años, sin la menor señal de calvicie en sus cabellos rubios, y sus ojos no habían perdido ni un ápice de su hechizo. La americana de lino de color crudo que llevaba era demasiado grande para su cuerpo modelado por el ejercicio, pero lejos de disminuir su elegancia le hacía parecer todavía más musculoso. Cuando reía, algo que hacía a menudo, sus dientes blancos contrastaban con el bronceado que lucía permanentemente.

Heidi estaba a su lado. Solo era dos años más joven que Thomas, sin embargo, aparentaba tener menos de cuarenta. Era la quintaesencia de la mujer californiana, con el cabello rubio teñido, unos radiantes ojos azules y la figura de una atleta profesional. El cuello era su rasgo más notable, largo y grácil, y le sacaba el mayor partido con vestidos de escote bajo y collares de diamantes.

Thomas y Heidi eran personas atractivas. Juntos, formaban una pareja tan llamativa que no tenía nada de particular que siempre fuesen el centro de atención. Ese día lo eran más que nunca, en una fiesta del responsabilismo para celebrar la gran inauguración de su oficina central.

—Enhorabuena, Thom —dijo un famoso director, al tiempo que se acercaba para besar la ebúrnea mejilla de Heidi con toda naturalidad—. A ti también, Heidi. Debéis de sentirnos muy orgullosos de vosotros mismos. Sé que el doctor Cooper lo estaría. —Pronunció el nombre con reverencia—. Las generaciones futuras recordarán este centro como el lugar donde se rechazó para siempre la oscura amenaza de la superpoblación.

—Será un faro de esperanza para el mundo entero —manifestó Heidi Severance—. Como nos dijo mi padre, el inicio de la lucha será lo más difícil. Sin embargo, a medida que se difundan sus postulados y las personas comprendan lo que está en juego, nuestro estilo de vida se considerará el más responsable.

—Leí en *Generations* que habían disminuido los nacimientos en las aldeas próximas a nuestra nueva clínica en Sierra Leona —añadió el director. *Generations* era la revista bianual del grupo.

—En efecto, lejos de donde los misioneros cristianos y musulmanes han ejercido su oficio y corrompido a la gente con sus mentiras —señaló Severance—, nos ha ido mucho mejor de lo que esperábamos. Estamos consiguiendo que los aldeanos comprendan que evitar los nacimientos no deseados mejora su nivel de vida mucho más que las limosnas de las iglesias.

—El artículo no mencionaba si estamos explicando cómo nuestras vidas se ven influenciadas por la interferencia entre membranas y cómo podemos luchar contra ella.

Severance sacudió la cabeza.

—El hecho de que exista una presencia alienígena en un universo paralelo al nuestro no es algo, a nuestro juicio, que puedan comprender. La filosofía que nos guía vendrá un poco más tarde. Por ahora, nos damos por satisfechos si reducimos el índice de natalidad de la región.

El director aceptó la explicación y saludó a la pareja con la copa en alto antes de dejarlos para permitir que otras personas de la multitud que los rodeaban pudiesen expresar su enhorabuena a los Severance.

—Es un buen hombre —susurró Heidi a su marido.

—Su última película recaudó más de doscientos millones de dólares, pero sus contribuciones en los últimos doce meses han bajado un cinco por ciento.

—Hablaré con Tamara.

Tamara era la flamante esposa del director y una de las protegidas de Heidi.

Thomas apenas la oyó porque buscaba en el bolsillo de la chaqueta el móvil, que estaba vibrando. Lo abrió, dijo su nombre y escuchó durante un minuto sin cambiar de expresión.

—Gracias —dijo al finalizar la conversación, y cerró el móvil. Miró a Heidi. Sus ojos y su sonrisa brillaban más que el diamante de once quilates del collar que llevaba su esposa alrededor del cuello—. Un carguero acaba de informar del avista miento de un buque a la deriva en el océano Índico.

—¡Oh, Dios mío!

—Lo han identificado por el nombre de una de las balsas salvavidas; es el *Golden Dawn*.

Heidi Severance se llevó la mano al cuello. Tenía el rostro arrebolado.

—No hay supervivientes.

La sonrisa de la mujer se hizo más amplia.

—¡Es maravilloso, sencillamente maravilloso! —exclamó.

Thomas tenía el aspecto de un hombre al que acaban de quitarle una pesada carga de los hombros.

—Dentro de unas pocas semanas se hará realidad todo aquello por lo que tu padre y nosotros hemos trabajado tanto. El mundo renacerá, y esta vez no habrá errores.

—Renacerá a nuestra imagen —añadió Heidi, y cogió la mano de su marido.

No pensó ni por un instante en los 783 hombres y mujeres que habían muerto en el barco de crucero, muchos de ellos miembros de la organización. Solo eran una parte insignificante de las muertes que se producirían.

Capítulo 11

Aún no habían pasado doce horas desde que habían informado del hundimiento del *Golden Dawn*, aunque sin mencionar el abordaje, y Cabrillo y su equipo seguían sin tener un plan definido, pero al menos sabían adónde iban. Ni por un momento habían dudado de que llegarían hasta el fondo de aquel misterio.

La Corporación funcionaba como una empresa comercial, pero se guiaba por la brújula moral de Cabrillo. Había trabajos que no aceptaban por mucho dinero que les ofreciesen. También había ocasiones en las que había que hacer lo correcto, sin pensar en las ganancias. Tal como había hecho a veces en el pasado, cuando no había ninguna posibilidad de cobro, Cabrillo había ofrecido a la tripulación que se marcharan del *Oregon* hasta que se completase aquella misión. No tenía ningún reparo en enfrentarse a cualquier peligro por aquello que consideraba correcto, pero nunca se lo pediría a la tripulación.

Al igual que en las pocas ocasiones anteriores, ni uno solo de los hombres y mujeres de a bordo aceptó la oferta. Seguirían a Cabrillo hasta las puertas del infierno. El orgullo que sentía por su tripulación superaba de lejos el que sentía por la maravilla tecnológica que era el *Oregon*.

Se les podía considerar mercenarios, pero también eran las mejores personas con las que había trabajado. Si bien todos ellos habían amasado una fortuna a lo largo de los años, habían continuado enfrentándose una y otra vez a todo tipo de peligros por las mismas razones por las que lo habían hecho durante sus años de servicio al gobierno. Lo hacían porque el mundo era cada día más peligroso, y si nadie más quería hacerle frente, ellos lo harían.

El barco navegaba a toda velocidad con rumbo norte tras haber pasado por el estrecho de Bab-el-Mandeb, o la Puerta de las Lágrimas, que separaba Yemen de la nación africana de Yibuti. Ahora surcaban las aguas del mar Rojo. Cabrillo había llamado a la Atlas Marine Services, la compañía egipcia que administraba el canal de Suez, y que le debía unos cuantos favores, para que el *Oregon* formase parte del único convoy que a la mañana siguiente zarparía hacia el norte.

Tardarían once horas en recorrer las cien millas entre Suez y Port Said, y en cuanto saliesen del canal estarían a solo un día de navegación de su lugar de destino.

Con la cantidad de barcos que entraban y salían del canal de Suez, las vías marítimas del mar Rojo siempre estaban congestionadas. Por ello, para no levantar sospechas en las otras naves, Juan había apostado un guardia en el puente, aunque el *Oregon* se pilotaba desde el centro de operaciones bajo cubierta.

Ahora se encontraba en el puente, supervisando los preparativos para recibir a un práctico por la mañana. Las tormentas de arena soplaban con furia en el oeste, sobre África. El sol que se ponía entre las nubes color siena tostada iluminaba el puente con

un resplandor sobrenatural. La temperatura rondaba los treinta grados centígrados, y no refrescaría mucho más después de que se ocultase detrás del horizonte.

—¡Qué paisaje! —exclamó la doctora Huxley cuando entró por una puerta secreta en el cuarto de mapas, al fondo de la timonera. Contempló la tormenta en la distancia. La luz daba a su rostro la tonalidad de un piel roja. Y ayudaba a ocultar las huellas del agotamiento en su cara.

—¿Qué tal está nuestra paciente? —preguntó Cabrillo, al tiempo que desenrollaba una carta muy manoseada sobre una vieja mesa.

—Se pondrá bien —respondió Julia—. Si por la mañana no muestra ningún síntoma, le permitiré que salga del aislamiento. ¿Cómo estás tú?

—Yo no tenía nada que no se curara con una ducha caliente y unas horas de descanso. —Juan aseguró la carta con unas pinzas, porque habían quitado las sujeciones de la mesa para que el *Oregon* pareciese lo más destartado posible. Cuando se trataba de camuflar el verdadero aspecto del barco no descuidaba el menor detalle—. ¿Has averiguado algo más acerca de lo que ocurrió?

—Linda está preparando un informe con lo que tenemos hasta el momento, no solo mis notas sino también todo lo que han conseguido Mark y Eric. Me ha dicho que lo tendrá acabado dentro de media hora.

Juan consultó su reloj aunque en realidad no se fijó en la hora.

—No esperaba nada definitivo hasta mucho más tarde.

—Murphy y Stone parecen más motivados de lo que es habitual.

—A ver si lo adivino: ¿quieren impresionar a la señorita Dahl con sus capacidades detectivescas?

—Ahora los llamo los Esforzados.

—Eso funciona a muchos niveles —señaló Juan, con una carcajada.

A Julia se le arrugó la nariz como a una niña cuando sonrió.

—Estaba segura de que te gustaría.

Un destartado intercomunicador atornillado en un mamparo sonó como un loro asmático.

—Director, soy Linda.

Juan pulsó el botón para hablar con la palma de la mano.

—Adelante, Linda.

—Lo tengo todo preparado en la sala de juntas. Eric y Murphy ya están aquí. Estamos esperando a que vengáis tú, Max y Julia.

—Hux está aquí conmigo —dijo Cabrillo—. La última vez que vi a Max, estaba en su camarote enzarzado en otra discusión con su exesposa.

—Enviaré a Eric para que lo llame. Cuando tú quieras.

—Llegaré en un par de minutos. —Juan miró a Julia—. Adelante, ve. Ahora mismo te sigo.

Huxley metió las manos en los bolsillos de la bata y entró en el ascensor que la llevaría al centro de operaciones, el camino más directo para llegar a la sala de juntas.

Juan salió al puente y el viento agitó la delgada camisa de algodón. El regusto de la arena del desierto se le quedó en la garganta cuando respiró a fondo. El mar le había atraído desde la infancia, pero el desierto ejercía en él la misma fascinación. Como el mar, era un elemento al mismo tiempo hostil e indiferente; sin embargo, desde las épocas más remotas, los hombres se habían aventurado a cruzarlos en busca de riqueza y aventuras.

De haber nacido en otro tiempo y lugar, Cabrillo se veía a sí mismo como jefe de una caravana de camellos a través del Sahara o el Rub al-Jali, el Lugar Vacío, de Arabia Saudí. Era el misterio de lo que había detrás de la siguiente ola, o la siguiente duna, lo que le atraía.

Aún no sabía adónde lo llevaría la investigación de las muertes ocurridas en el *Golden Dawn*, pero el asesinato de centenares de personas era un acto que no podía permitir que quedase impune. La tripulación había trabajado sin descanso para reunir toda la información, y, dentro de unos minutos, habrían elaborado un plan. Una vez fijada la estrategia, la ejecutarían con precisión militar. Era lo que mejor sabían hacer. De pie junto a la barandilla, con las manos prietas en el hierro caliente, Juan se permitió por unos momentos dar rienda suelta a las emociones. En cuanto comenzase la reunión, controlaría sus sentimientos, los utilizaría para tomar impulso, pero ahora quería que ardiesen en su mente: la rabia, la profunda ira ante unas muertes sin sentido.

La injusticia de la que habían sido víctimas aquellas personas inocentes era como un cáncer que le devoraba las entrañas, y la única cura era la aniquilación total de los asesinos. No sabía quiénes eran, y sus imágenes se perdían en el fuego de su cólera, pero las investigaciones de la Corporación apagarían esas llamas a medida que se acercasen a sus presas y vieses a los monstruos con toda claridad.

Los nudillos de los índices de Cabrillo crujieron, y él aflojó las manos que sujetaban la barandilla. El metal caliente había dejado huellas en sus palmas. Sacudió las manos para activar la circulación de la sangre y respiró a fondo.

—Que comience la función —murmuró.

En la sala de juntas dominaban los aromas de platos muy condimentados. Con el continente africano a un tiro de piedra, Maurice había preparado una comida etíope. Había pilas de *injera* —tortillas de pan ácimo— y docenas de salsas, algunas frías y otras calientes; estofados de pollo, ternera y cordero; lentejas; garbanzos, y varios platos de yogur con especias. El comensal corta un trozo de pan sobre el que pone una cucharada de estofado y lo enrolla como si fuese un puro, para engullirlo en un par de bocados. La elaboración podía resultar un tanto engorrosa, y Juan sospechó que Maurice había servido esos platos con la intención de que se divirtieran viendo cómo Linda Ross, una notoria glotona, se ensuciaba la cara.

Como veterano de la Royal Navy, Maurice era un firme partidario de la tradición inglesa de beber grog a bordo, o, en este caso, botellas de vino de miel etíope llamado *tej*, cuyo sabor dulzón mitigaba la fuerza de las especias.

El grupo de cerebros de Cabrillo —Max Hanley, Linda Ross, Eddie Seng y la doctora Julia Huxley, junto con Stone y Murphy— estaban sentados a la mesa. Juan sabía que en la armería, Franklin Lincoln mantenía una reunión con el equipo de operaciones. Cabrillo no tenía apetito, así que se sirvió una copa de vino y bebió un sorbo. Dejó que su gente llenara sus platos antes de inclinarse hacia delante en la silla, la señal con la que daba inicio a la sesión.

—Como sabéis, nos enfrentamos a dos problemas diferentes pero que muy probablemente están relacionados. El primero es rescatar al hijo de Max, que se encuentra en la colonia responsabilista de Grecia. A partir de las imágenes de satélite y otras informaciones recogidas por Mark y Eric, Linc está preparando con su equipo un plan de asalto. En cuanto acaben, lo analizaremos por separado. ¿Qué debemos hacer por nuestra parte, una vez rescatado Kyle?

—¿Habría que desprogramarlo? —preguntó Hux. Sin duda Kyle necesitaría ayuda psiquiátrica para ayudarlo a superar su dependencia mental del responsabilismo.

—Todo indica que será necesario —respondió Mark.

—¿O sea que son una secta? —Había pesar en el tono de Max, una profunda pena ante la perspectiva de que su hijo hubiese caído en manos de semejantes personas.

—Encajan con los parámetros habituales —manifestó Eric—. Tienen líderes carismáticos. Se alienta a los miembros a que corten sus relaciones con los familiares y amigos que no pertenecen al grupo. Se los obliga a vivir de acuerdo con un código estipulado por las enseñanzas del fundador, y cuando alguien quiere apartarse de la secta, los demás miembros intentan detenerlo.

—¿Detenerlo cómo? —preguntó Juan—. ¿Físicamente?

—Hay informes de miembros que tras marcharse fueron secuestrados en sus casas y llevados a instalaciones del grupo para ser reeducados —contestó Eric.

—Sabemos que tienen una colonia en Grecia —dijo Juan—, y que han reemplazado sus viejas oficinas en California por la finca que he visto en las fotos que Murphy me ha mostrado esta tarde. ¿Qué más tienen?

—Cuentan con más de cincuenta clínicas en algunos de los países más pobres del Tercer Mundo: Sierra Leona, Togo, Albania, Haití, Bangladesh, Camboya, Indonesia, Filipinas, y varias en China, donde, como podéis imaginar, reciben un considerable apoyo por parte del gobierno.

—El caso chino es muy interesante —señaló Murphy, con la boca llena—. Los chinos detestan los cultos. Persiguen a los miembros de Falun Gong con verdadera saña, ya que los consideran una amenaza a la autoridad del partido, pero dejan actuar a los responsabilistas porque hablan de la superpoblación y del control de la natalidad. —Debajo de la raída camisa, Murphy llevaba una camiseta con una flecha que apuntaba hacia arriba y abajo la leyenda: soy estúpido.

—Pekín sabe que podrían ser una amenaza, pero están dispuestos a correr el riesgo porque el responsabilismo da cierta legitimidad occidental a la draconiana política de una familia, un hijo —señaló Eddie. Dada su experiencia en el interior de

China, nadie puso en duda su valoración.

—Volvamos a la cuestión de cómo ayudar a Kyle —interrumpió Juan, para no perder tiempo—. ¿Nos hemos puesto en contacto con un desprogramador?

—Ya está hecho —informó Linda Ross—. Podrían decir que estamos secuestrando a Kyle; por consiguiente, debemos sacarlo de Grecia lo antes posible para evitar cualquier problema con la policía griega. El consejero nos recibirá en Roma. Tiny llevará al Gulfstream desde la Riviera hasta el aeropuerto de Atenas, para trasladarlo a Italia. Tenemos reservadas habitaciones en un hotel cerca del Coliseo. El consejero se llama Adam Jenner. Su especialidad es ayudar a los antiguos responsabilistas a volver a una vida normal, y, por lo que hemos averiguado, es el mejor del mundo.

—¿Él también fue miembro? —señaló Cabrillo. Sabía que era algo frecuente que los desprogramadores hubiesen pertenecido al grupo contra el cual luchaban, algo parecido a lo que hacían los exalcohólicos que ayudaban a otros a abandonar la bebida.

—No, pero hace todo lo posible por acabar con el grupo. Durante los últimos diez años ha ayudado a más de doscientas personas a escapar del responsabilismo.

—¿Qué hacía antes?

—Tenía una consulta en Los Ángeles. No es que importe, pero sus honorarios son de cincuenta mil dólares, más gastos. A cambio, garantiza que cuando acabe el tratamiento, Kyle volverá a ser normal.

—Más le valdrá —refunfuñó Max.

—Para que haya gente que se gane la vida con la desprogramación, el grupo tiene que ser bastante grande —comentó Eddie—. ¿Cuántos son?

—En su página oficial, afirman contar con más de cien mil adeptos en todo el mundo —contestó Linda—. Jenner, en su página, dice que esa cifra no es real y que, con suerte, solo son la mitad. En cualquier caso, son muchos. Además, con todas esas estrellas de Hollywood que se suben al carro consiguen muchos nuevos miembros entre las personas que imitan a los artistas.

—Solo por si resulta que me encuentro con él, ¿cuál es la tapadera que utilizamos para ponernos en contacto con Jenner? —preguntó Cabrillo.

—Lo tienes todo en el informe. —Linda levantó una carpeta—. Max es un promotor inmobiliario de Los Ángeles que quiere recuperar a su hijo. Nosotros somos una compañía de seguridad privada que ha contratado para coordinar su regreso. La secretaria de Jenner no pareció sorprendida cuando se lo conté, lo que me lleva a creer que ya han visto casos similares.

—Muy bien. Rescatamos a Kyle, lo llevamos al aeropuerto, Tiny Gunderson lo traslada a Roma y se lo entregamos a Jenner. —Cabrillo pensó en algo que no se había mencionado—. Tienen su pasaporte, así que necesitaremos hacerle uno nuevo.

—Juan, por favor —lo recriminó Linda, como si la hubiesen insultado—. La ex de Max nos envió por correo electrónico una foto de Kyle. La retocaremos para que

parezca una foto de pasaporte oficial y le haremos uno nuevo.

Cabrillo hizo un gesto a Linda para que se limpiase un resto de comida pegado en la barbilla.

—Hemos solucionado el primer problema. Pasemos al segundo. ¿Qué ocurrió en el *Golden Dawn* y por qué? ¿Qué sabemos hasta ahora?

Linda tecleó en su ordenador portátil para buscar la información.

—El *Golden Dawn* y sus gemelos, el *Golden Sky* y el *Golden Sun*, pertenecen a la Golden Cruise Lines. Es una compañía danesa que lleva en el ramo desde mediados de los ochenta. Se ocupa de los típicos cruceros por el Caribe, el Mediterráneo y los mares del sur; además, alquila barcos a grupos y para diversos eventos. Hace cuatro meses, los responsabilistas llamaron a la empresa para que llevaran a 427 de sus miembros en un viaje desde Filipinas a Grecia. El *Dawn* era el único barco disponible.

—Parece mucha gente para ocuparse de una clínica —señaló Juan.

—Yo pensé lo mismo —afirmó Linda—. Lo estoy investigando. No hay nada en la página web de los responsabilistas que hable del viaje o de lo que hacía un grupo tan numeroso en Filipinas.

—De acuerdo, continúa.

—Zarparon de Manila el día 17 y, por lo que ha podido averiguar Murphy en los registros, no se informó de ningún incidente. Fue una travesía normal.

—Hasta el momento en el que todos murieron —puntualizó Max, en tono agrio. Eric miró al número dos de la corporación.

—No murieron todos. Repasé la información en el disco duro del avión no tripulado. Por lo visto, faltaba uno de los botes salvavidas. —Miró a Cabrillo—. Lo siento, anoche se me pasó por alto.

Cabrillo no dijo nada.

—El registro del barco confirma que arriaron uno de los botes salvavidas unas ocho horas antes de que apareciéramos —confirmó Mark.

—Por lo que parece, el asesino o asesinos estaban a bordo del *Golden Dawn* desde el primer momento.

—Estamos de acuerdo. Stone y yo entramos en el ordenador de la compañía para buscar la lista de pasajeros y el rol de la tripulación, pero sin los cuerpos para verificar quién estaba a bordo cuando se hundió, no hay manera de reducir la lista de sospechosos. —Mark se adelantó a la siguiente pregunta de Cabrillo—. No hubo ninguna sustitución de última hora en la tripulación después de contratar el viaje, y tampoco ningún cambio en la lista de pasajeros. No faltó ninguna de las personas que debían estar a bordo.

—Entonces ¿quién demonios los mató? —preguntó Max.

—En mi opinión, diría que los responsabilistas se mataron a ellos mismos, pero no son un culto suicida como el Templo del Pueblo de Jim Jones o el Aum Shinrikyo japonés. Algunas personas sostienen que Lydell Cooper se quitó la vida en un último

acto de responsabilismo, pero el grupo no apoya el suicidio. Afirman que dado que has nacido, es tu responsabilidad moral difundir esas creencias, y no matarte. La otra opción es que alguien se infiltrase en el grupo.

—¿Algún sospechoso?

—Debido a su postura a favor del control de la natalidad y el aborto, llevan años enfrentados con el Vaticano —dijo Linda—. Lo mismo ocurre con diversas organizaciones conservadoras cristianas.

Cabrillo sacudió la cabeza.

—Acepto que un francotirador mate a un médico abortista, pero para matar a todos los pasajeros y tripulantes de un barco hace falta un equipo bien organizado y financiado. Dudo que un grupo de curas y monjas se infiltren en una secta para matar a unos cuantos centenares de miembros.

—Yo me inclino por un grupo de fanáticos —apuntó Mark—. Un grupo que pretende acabar con el responsabilismo y que quizá está formado por antiguos miembros o algo así. Aparte de todo eso de no tener hijos, el grupo está metido en algunos asuntos muy extraños.

Juan no le hizo caso.

—Analicemos por qué alguien querría matar a algunos de los suyos. ¿Ideas?

—Hablo en serio —continuó Mark—. Por lo visto, cuando ya llevas un tiempo involucrado y has trabajado en alguna clínica del tercer mundo, te introducen en algunos de los grandes secretos del responsabilismo, en cómo el conocimiento te salvará.

—Continúa —dijo Cabrillo para complacerlo. Murphy podía ser un excéntrico, pero tenía una inteligencia de primer orden.

—¿Alguno de nosotros ha oído hablar de la teoría de las membranas? —Ya lo había comentado con Eric, así que él fue el único que no lo miró desconcertado—. Es algo así como la teoría de la gravedad cuántica, una hipótesis para unificar las cuatro fuerzas en el universo, algo que Einstein no pudo hacer. Sostiene que nuestro universo cuatridimensional es una única membrana, y que hay otras que existen en niveles superiores del espacio. Se encuentran tan cerca de nosotros que la materia ingrávida y la energía pasan entre ellas y se filtran las fuerzas gravitatorias de nuestro universo. Todo esto es algo muy innovador.

—Desde luego —dijo Cabrillo.

—El caso es que la teoría de las membranas comenzó a ganar partidarios entre los físicos teóricos a mediados de los noventa, y Lydell Cooper también se interesó por ella. La llevó un paso más allá. No solo se trataba de que las partículas cuánticas entrasen y saliesen de nuestro universo. Creía que una inteligencia de otra membrana afectaba a las personas en nuestra dimensión. Según él, esta inteligencia modelaba nuestras vidas, pero no la notábamos. Era la causa de todos nuestros sufrimientos. Muy poco antes de su muerte, Cooper comenzó a enseñar técnicas destinadas a limitar su influencia, maneras de protegernos del poder alienígena.

—¿La gente creyó todas estas estupideces? —preguntó Max, que se deprimía cada vez más al pensar en su hijo.

—Claro que sí. Míralo por un momento desde su punto de vista. No es culpa del creyente si es desafortunado, está deprimido o simplemente es estúpido. Su vida está siendo alterada desde el otro lado de unas membranas espaciales. Es la influencia alienígena la que te dejó sin el ascenso o te impidió salir con la chica de tus sueños. Es una fuerza cósmica la que te tiene sujeto, no tu ineptitud. Si crees en ello, no tienes que asumir la responsabilidad de tu vida. Todos sabemos que ya nadie quiere ser responsable de sí mismo. El responsabilismo te da la excusa perfecta para las decisiones erróneas que has tomado.

—Teniendo en cuenta que las personas con sobrepeso demandan a las empresas de comida rápida, comprendo el atractivo —manifestó Juan—. Sin embargo, ¿qué tiene que ver todo esto con que alguien mate a centenares de responsabilistas en un barco?

Mark pareció algo avergonzado.

—Todavía no lo he pensado a fondo —admitió, y luego añadió con renovado entusiasmo—: Pero ¿qué pasa si es verdad y algún alienígena de una membrana está luchando contra otro atrapado en la nuestra y estamos pillados en medio? Como peones de ajedrez o algo así.

Cabrillo cerró los ojos y soltó un gruñido. La excentricidad de Mark estaba apoderándose de nuevo de su extraordinaria mente.

—Lo tendré en cuenta, pero, por ahora, limitémonos a los enemigos terrestres.

—Todo esto sonó mejor cuando lo hablamos anoche, ¿no crees? —le susurró Mark a Eric.

—Quizá porque llevábamos veinte horas sin pegar ojo y nos habíamos bebido unos treinta Red Bull cada uno.

Eddie Seng se llevó un trozo de pan a la boca.

—¿No podría ser que hubieran escogido este grupo en particular porque intentaban abandonar el culto y los líderes decidieron matarlos como una advertencia para los demás? Eric ha mencionado que no tienen reparos en acudir al secuestro. ¿Qué pasa si esta vez se decidieron por el asesinato?

Max Hanley lo miró sorprendido. La preocupación por la seguridad de Kyle se reflejó en su rostro.

—Es una posibilidad —asintió Linda, antes de ver el dolor de Hanley—. Lo siento, Max, pero debemos considerarla. Además, tu hijo es miembro desde hace poco. No tendrá ningún interés en dejarlos.

—¿Estás seguro de que quieres seguir presente? —preguntó Juan a su amigo más íntimo.

—Sí, maldita sea —renegó Max—. Solo que resulta doloroso y me avergüenza, todo a la vez. Hablamos de mi hijo, y no puedo evitar tener la sensación de que le he fallado. De haber sido mejor padre, no habría acabado metido en algo tan peligroso.

Por un momento, nadie supo qué responder. Contrariamente a lo habitual, fue Eric Stone quien rompió el silencio. Como era alguien que parecía vivir solo para la técnica era fácil olvidar su faceta humana.

—Max, me crié en un hogar donde los abusos eran el pan de cada día. Mi padre era un borracho que nos pegaba a mí y a mi madre todas las noches que tenía suficiente dinero para comprarse una botella de vodka. Era la peor situación que puedas imaginar; sin embargo, no erré el camino correcto. Lo que has vivido en tu hogar es solo una parte de lo que serás. Haber participado más en la vida de tu hijo quizá hubiese cambiado las cosas o quizá no. No hay manera de saberlo, y si no lo sabes a ciencia cierta no tiene sentido darle vueltas. Kyle es quien es porque escogió *ser* de esa manera. Tampoco estuviste cerca de tu hija, y es una buena contable.

—Abogada —le corrigió Max *con* aire ausente—, y lo hizo todo ella sola.

—Si no quieres *aceptar* la responsabilidad de su éxito, entonces no tienes derecho a aceptar la responsabilidad por los fracasos de Kyle.

Max pensó unos instantes antes de preguntar:

—¿Cuántos años tienes?

Stone pareció avergonzado por la pregunta.

—Veintisiete.

—Hijo, eres muy sabio para tu edad. Gracias.

Eric sonrió.

Juan miró a Stone y sus labios se movieron para formar la palabra «gracias», antes de continuar con la reunión.

—¿Hay algún modo de comprobar la teoría de Eddie?

—Podemos colarnos en el sistema informático de los responsabilistas —propuso Mark—. Quizá encontremos algo, pero dudo que separen a los miembros en listas de buenos y malos.

—Intentadlo de todas maneras —ordenó Juan—. Comparad la lista de pasajeros con todo lo que tienen en marcha. Algún factor llevó a señalar a estas personas en particular. Si no iban a abandonar el culto, tiene que ser otra cosa. —Se dirigió a Linda—: Quiero saber por qué había tantos reunidos en Filipinas. La respuesta podría ser nuestra única pista sólida.

Cabrillo se levantó para indicar que había concluido la reunión.

—Entraremos en el canal de Suez a las cinco de la mañana. Recordad al personal que tendremos a un práctico a bordo hasta que salgamos de Port Said, así que actuaremos con todo el disfraz. Max, no te olvides de que salga humo por la chimenea, y que repasen de nuevo las cubiertas para que no quede nada que pueda delatarnos. Una vez en el Mediterráneo, tendremos veinticuatro horas para acabar de trazar los planes con Linc y otras doce para tenerlo todo preparado; luego, rescataremos a Kyle Hanley. Dentro de cuarenta y ocho horas estará en Roma con el desprogramador y nosotros de camino a la Riviera para ocuparnos de la misión de espionaje.

Era imposible que Cabrillo pudiese adivinar que las cosas no iban a ser tan sencillas como creía.

Capítulo 12

Juan se acomodó el auricular un poco mejor en la oreja y dio unos golpes en el micro para avisar a los demás de que estaba en posición. Un poco más abajo se hallaban las instalaciones de los responsabilistas, unos cuantos edificios dispersos rodeados por un muro encalado. Detrás del recinto había una playa de piedras con un único espigón de madera que entraba treinta metros en el golfo de Corinto. Con la marea alta, olió el agua de mar en la suave brisa.

Los edificios eran bajos, como si se pegasen a la tierra; a Caballo le recordaron las obras de Frank Lloyd Wright. Los tejados se veían negros a través de las gafas de visión nocturna de tercera generación, pero sabía por la reunión informativa previa a la misión que las tejas eran rojas. La hierba era de un color marronáceo debido a la sequía, y las hojas de los pocos olivos retorcidos estaban secas. Eran las tres y media de la mañana, y la única iluminación la suministraban los focos colocados en lo alto de unos postes repartidos estratégicamente.

Volvió su atención al muro construido con una doble hilera de bloques de cemento. Tenía tres metros de altura y se extendía, casi doscientos cincuenta metros por cada lado. Como era costumbre en esa parte del mundo, habían colocado trozos de vidrio y cascos de botellas rotas en lo alto para impedir el acceso a los intrusos. A primera hora de la mañana, Linda y él habían ido a la única empresa de seguridad en la vecina ciudad de Corinto donde se habían hecho pasar por una pareja norteamericana que había comprado una casa junto al mar y quería instalar un sistema de alarma. El propietario se había vanagloriado de los muchos trabajos que había hecho para los responsabilistas, y les había mostrado una enorme fotografía dedicada por Donna Sky como si fuese una prueba.

El alambre colocado en la parte superior del muro fue una de las primeras cosas que Juan observó cuando se puso en posición. Luego estaban las cámaras; el equipo contó trece en el exterior de los edificios. Pero era lógico suponer que habría más en el interior.

Había una única reja que cruzaba el camino de piedra, y otra más pequeña en el fondo, que daba salida al muelle. Un par de cercas de alambre de espino salían del muro y se prolongaban hasta el mar para impedir que las personas que caminaban por la playa entrasen en la propiedad.

Si bien las medidas de seguridad no eran muy evidentes, le daban un aspecto de lugar prohibido, pero no desde el exterior, se dijo Juan. Parecía que el diseño estuviese pensado no tanto para impedir el acceso como para mantener encerradas a las personas que estaban dentro.

Observó una vez más los terrenos entre los edificios. Había tres *jeeps* aparcados delante del edificio principal. El escáner térmico mostró que los motores estaban

fríos. No había guardias recorriendo los senderos que cruzaban el recinto, ni tampoco perros, y las cámaras montadas debajo de los aleros y en los postes de los focos permanecían inmóviles. Era probable que hubiese un puesto de seguridad en el interior de uno de los edificios con un guardia atento a los monitores; por esa razón Caballo había ordenado que el equipo de avanzada mantuviese la vigilancia desde el momento en el que el helicóptero los transportara desde el *Oregon* hasta Atenas. Linc y Eddie, sentados al otro lado de la carretera de la costa en un bosque de olivos que daba a las instalaciones, habían necesitado solo dos horas para localizar los puntos ciegos de las cámaras y transmitir la información al barco. Habían calculado que en esos momentos había unos cuarenta y cinco responsabilistas en el interior, aunque había edificios suficientes para albergar al doble con relativa comodidad.

Con la estrategia planeada por adelantado y las tácticas de actuación a punto, el equipo había pasado el día puliendo los detalles. Habían alquilado coches, recorrido las rutas de escape y buscado un lugar adecuado para que George Adams pudiese aterrizar con el Robinson y llevar a Kyle al aeropuerto internacional Eleftherios Venizelos en la capital griega. Tiny Gunderson ya tenía el Gulfstream de la Corporación preparado para un rápido vuelo a Roma. Habían presentado todo el papeleo, y una limusina los esperaba en Italia.

Si las cosas no salían como habían programado, tenían planes alternativos para ponerlos en marcha al primer aviso. La preparación era tan meticulosa que Eric Stone, a bordo del *Oregon*, después de estudiar las tablas de las mareas, había determinado el momento preciso en el que debían comenzar el asalto.

Cabrillo participaría en el rescate, pero Eddie Seng, como jefe de las operaciones terrestres, estaría al mando del equipo de ataque integrado por cuatro personas, y era su responsabilidad asegurarse de que todos ellos estuviesen listos.

—Un minuto desde mi marca —lo oyó susurrar Juan a través de la radio—. Marca.

Juan pulsó el botón de transmisión en respuesta. Comprobó las armas en las pistoleras atadas a sus caderas, para asegurarse de que las compactas Glock 19 saliesen con facilidad. Si bien prefería la nueva automática Fabrique Nationale como arma personal, ya que los pequeños proyectiles de calibre 5.7 milímetros podían traspasar casi cualquier chaleco antibalas, en esta misión no pretendían matar a nadie. Los técnicos de la armería del barco habían reducido a la mitad la carga de pólvora de los proyectiles y habían reemplazado las balas de plomo por otras de plástico. A corta distancia, las balas podían ser letales, pero a partir de los cinco metros simplemente acababan con la resistencia de una persona normal.

Pasaron los segundos y, como si hubiese llegado una señal de las alturas, las nubes ocultaron la luna en cuarto creciente y reinó la oscuridad más absoluta. Juan escuchó el rumor lejano del Robinson R44, cuando Gómez Adams se puso en posición.

—¿Estás preparado? —preguntó a Mark Murphy, que estaba agachado junto a él

en la cuneta.

—Dos misiones en tres días —respondió Mark. En el rostro llevaba pintura de camuflaje y se había recogido la larga cabellera con un pañuelo negro—. Creo que la tienes tomada conmigo.

—Considérate nuestro pirata informático de combate interno.

Cabrillo se miró la manga. Cosida a la tela había una minúscula pantalla de ordenador flexible. La resolución del papel electrónico tenía la claridad del cristal y mostraba la imagen del centro responsabilista transmitida desde una altura de trescientos metros. Linda Ross se encontraba en una furgoneta aparcada carretera abajo desde donde manipulaba los controles del avión sin piloto. Con el teleobjetivo conectado, Juan tenía una vista despejada de las instalaciones, pero, aún más importante, podía saber la ubicación exacta de cualquiera que caminase por el lugar. La pantalla experimental daba demasiada luz, así que disminuyó la intensidad hasta dejarla en un suave resplandor. Llevaba las baterías y el ordenador en los bolsillos de la espalda del chaleco de combate.

—Vamos allá —dijo Eddie. Juan tocó el hombro de Murphy y juntos cruzaron corriendo la carretera, sin que sus botas de suela blanda hiciesen sonido alguno en el pavimento.

Cuando llegaron al muro, Cabrillo se volvió para ponerse de espaldas al mismo y entrelazó las manos. Mark puso un pie en las palmas de Juan y luego, con un impulso, subió a sus hombros.

Mark estuvo a punto de cometer el error de sujetarse a lo alto del muro, pero se detuvo cuando ya casi iba a destrozarse las manos con los trozos de vidrio. Hizo una pausa para permitir que el director encontrase el punto de equilibrio. Si Mark no hubiese sabido que estaba allí, el cable de la alarma habría sido casi imposible de ver. Corría por todo el perímetro de la pared, a menos de un centímetro del borde, apoyado en docenas de diminutos aisladores. De haber tenido que adivinar, habría dicho que menos de cinco kilos de presión bastaban para cortarlo y disparar la alarma. Sacó un voltímetro de una bolsa sujeta al muslo para determinar la intensidad de la corriente que pasaba por el cable. Buscó un par de pinzas de cocodrilo, las enganchó al alambre y dejó poco más de un metro de cable colgando al otro lado. En cuanto acabó de hacer el puente, cortó el primero, cerrando los ojos involuntariamente por si se había equivocado. No se oyeron gritos de alarma, tampoco sirenas, y no se encendieron luces en ninguno de los edificios.

De otra bolsa, desenrolló una tela de fibra de carbono y la colocó sobre el borde. Mark se levantó por encima; incluso con todo el peso apoyado sobre los afilados cristales, la tela no se rompió. Se dejó caer al suelo y se apartó un poco a la izquierda. Un momento más tarde, oyó cómo Juan trepaba por la pared. Se dejó caer suavemente al lado de Mark.

—Cuando volvamos al barco, te pondrás a dieta —dijo Juan, aunque no parecía que le hubiera costado levantar a Murphy. Pulsó el botón del micro—. Estamos

dentro.

En el lado opuesto del recinto, donde había otro punto ciego en la vigilancia de las cámaras, Eddie y Franklin Lincoln también estaban entrando furtivamente. Aunque Linc era el mejor hombre de la Corporación cuando se trataba de hacer un puente, había sido Eddie quien había cortado el cable, por la sencilla razón de que por mucho que practicase las artes marciales nunca tendría la fuerza necesaria para soportar los ciento treinta kilos de peso de Linc.

—Nosotros también. Permanecemos a la espera.

Cabrillo guió a Murphy lejos de la pared, moviéndose agachados por el terreno, aparentemente al azar, pero la ruta había sido planeada con extremo cuidado, para evitar las numerosas cámaras. En un extremo del edificio principal, se veían varias antenas de satélite y una torre de transmisiones en el tejado. Ese era su destino. Tardaron siete minutos en alcanzarlo.

Juan se quitó las gafas de visión nocturna, y, con las manos alrededor de los ojos, miró por una ventana. Había un débil resplandor cerca de la pared trasera; era el brillo de la pantalla de un ordenador. El reconocimiento previo había confirmado que ese era el despacho del director del centro.

Advirtió un botón de alarma en el alféizar, que probablemente se activaría si abrían la ventana. Sacó un detector del chaleco de combate y, cuando lo apuntó a la alarma, se encendió un indicador rojo. Luego, pasó el aparato a lo largo del cristal para saber si había cables metidos entre los dos paneles, pero el indicador permaneció apagado. Si esas eran las medidas de seguridad que instalaba la mejor empresa de Corinto, estaba claro que podría cambiar de oficio y hacer carrera como ladrón.

Pegó dos ventosas al cristal y luego cortó la ventana con una punta de diamante. Movié la herramienta muy despacio, de forma que el sonido del cristal al cortarse no superara un leve susurro. Oyó algo parecido a un chasquido cuando escapó el aire contenido entre las dos hojas de cristal aislante. Le entregó la herramienta a Mark y retiró el cristal del marco con las ventosas. Repitió la operación con el cristal interior y lo dejó en el suelo del despacho.

Juan pasó una pierna por encima del alféizar y entró en la habitación. Esperó a que Mark estuviera a su lado para bajar la cortina.

—Estamos en el despacho.

—Recibido —contestó Eddie.

Juan señaló el ordenador.

—Te toca a ti.

Mark hizo sonar los nudillos y se sentó a la mesa, al tiempo que giraba la pantalla antes de poner en marcha el sistema. De una bolsa, sacó un disco duro portátil cubierto con calcomanías y trozos de goma de mascar seca. Lo conectó al puerto USB del ordenador. Un momento más tarde, una calavera sonriente apareció en el monitor. Desapareció al cabo de unos segundos y Mark comenzó a teclear con una mano mientras con la otra movía el ratón como haría un niño con un coche de

juguete.

Juan dejó que trabajara. Encendió una linterna tipo lápiz y echó un vistazo al despacho, pero tuvo la precaución de permanecer lejos de la ventana por si había algún espacio alrededor de la cortina por el que escapara la luz. Se habían enterado por la página web del grupo que el director era otro californiano, llamado Gil Martell. Tras realizar una rápida investigación sabían que Martell había vendido coches de lujo en Beverly Hills antes de unirse al grupo, y que su nombre había aparecido varias veces mientras se investigaba una red de ladrones de coches. Aunque lo acusaron, varios testigos clave escaparon a México antes del juicio, por lo que tuvieron que retirar los cargos.

El mobiliario era tal como había esperado Cabrillo: una mesa de despacho, un armario, un par de sillas y un sofá junto a una pared con una mesa de centro. Vio que todo era muy caro. La alfombra oriental debajo de la mesa de centro era un kilim antiguo que habría alcanzado un precio muy alto en una subasta. Fotografías enmarcadas adornaban las paredes; aquello era un templo dedicado a la gloria del propio Martell. Juan no conocía a algunas de las personas que sonreían a la cámara posando con el director, pero otras eran figuras populares. Vio varias fotos de Donna Sky. Incluso en esas instantáneas, la belleza de la estrella de cine era innegable. Con el pelo oscuro, los ojos almendrados y los altos pómulos, era el epítome de la realeza de Hollywood.

Cabrillo se preguntó en qué faceta de su vida era tan desgraciada para permitir que un culto la dominase.

Otra imagen llamó su atención. Era una foto antigua de Martell y otro hombre en la cubierta de un velero. Llevaba una dedicatoria que decía: «Mantén la fe. Lydell Cooper». La instantánea debía de haberse tomado poco antes de que Cooper desapareciese en el mar con su barco. Había leído el informe de la guardia costera y al parecer la embarcación había naufragado durante una tormenta surgida de improviso. Otras cinco embarcaciones pequeñas habían sucumbido a la tempestad, y se habían ahogado otras tres personas.

Si Juan tuviera que usar una única palabra para describir al científico convertido en profeta, habría sido «anodino». No había nada notable en Cooper. Aparentaba estar cerca de los setenta, barrigón, con la cabeza con forma de huevo, gafas y casi calvo. Sus ojos eran castaños, y la barba y el bigote gris no añadían ni quitaban nada a su apariencia. Era como si la barba fuese algo que se daba por hecho en un investigador jubilado, y se la hubiera dejado crecer por obligación. Juan no vio nada que pudiese inspirar a miles de personas a unirse a su cruzada: ni carisma, ni encanto, ninguna de las cualidades que pudiesen atraer seguidores. De no saber cuál era el aspecto de Cooper, habría dicho que Martell tenía una foto de su contable en la pared.

—¡Hecho! —gritó Murphy, y luego miró a su alrededor con una expresión culpable por haber hablado en voz alta—. Lo siento, he entrado en el sistema. Ha sido muy fácil.

Juan cruzó el despacho.

—¿Puedes averiguar cuál es la habitación de Kyle?

—Lo tienen todo ordenado con referencias cruzadas. Está en el edificio C, que es el más nuevo, muy cerca de donde Eddie y Linc han saltado el muro. La habitación de Kyle Hanley es la ciento diecisiete, pero no está solo. Tiene un compañero que se llama... espera un momento, Jeff Ponsetto.

—Bien hecho —dijo Cabrillo, y pasó la información a Eddie y a Linc—. Empieza a descargar todo lo que puedas del ordenador.

Linda Ross apareció en la red táctica.

—Director, mira tu pantalla. Tienes compañía.

Juan se miró la manga. Dos hombres vestidos con monos de operarios cruzaban el recinto. Cargaban cajas de herramientas y, al parecer, iban hacia el edificio principal. De haber habido alguna llamada de emergencia al personal de mantenimiento, sin duda él o Mark habrían escuchado voces. No sabía qué estaba pasando, pero no le gustaba.

—Murphy, olvídate de la descarga. Nos vamos.

De camino a la puerta, colocó un micrófono electrónico debajo de la lámpara de mesa. Sabía que no tardarían en encontrarlo, una vez detectada la intrusión, pero transmitiría los primeros momentos críticos de lo que sucediese en el despacho de Gil Martell. Se detuvo ante la ventana y miró de nuevo la pantalla. Los operarios se acercaban a la puerta principal, lo que les daría el tiempo que necesitaban para marcharse.

Levantó la cortina poco a poco y salió por la ventana. Empuñaba la pistola, aunque no recordaba haberla desenfundado.

Agachados y sin desviarse del recorrido para evitar las cámaras, avanzaron hacia el edificio C. La hierba seca crujía debajo de sus zapatos con cada paso. Al igual que el resto de edificios del centro responsabilista, el C era de una sola planta, con las paredes blancas y el techo de tejas.

Linc y Eddie estaban apoyados en la pared junto a una puerta, fuera del alcance de la cámara instalada encima. Había un teclado de seguridad a la derecha, al que le habían quitado la tapa para dejar a la vista un puñado de cables. Linc ya había hecho un puente. A pesar de tener unas manos muy grandes, el antiguo SEAL era el mejor ganzúa que tenía la Corporación, y utilizaba las herramientas con la delicadeza de un neurocirujano. Con un alambre y una barra de torsión, giró la cerradura con fuerza hacia la izquierda para que saltase el tambor, y la puerta se abrió.

—Catorce segundos —susurró Eddie.

—El maestro lo ha hecho de nuevo —se ufanó Linc, y entró en un pasillo que recorría toda la longitud del edificio.

Docenas de puertas idénticas daban al corredor iluminado con tubos fluorescentes en el techo. La moqueta era de un color gris, no mucho más mullida que el cemento. Los cuatro hombres iniciaron la marcha. Lo primero que encontraron fue una gran

cocina a la izquierda, y una sala con una docena de lavadoras a su derecha. Juan no vio ninguna secadora y dedujo que colgaban la colada en los tendederos detrás del edificio. Formaba parte del responsabilismo reducir el impacto en el medio ambiente, así que las secadoras no encajaban en sus creencias; en cambio, sí lo hacían los paneles solares que había visto en el tejado de uno de los edificios.

No tardaron en encontrar la habitación ciento diecisiete. Linc levantó una mano para retirar el plafón y quitó los tubos fluorescentes de los soportes. Los cuatro se colocaron las gafas de visión nocturna; Juan giró el pomo. La habitación tenía el habitual aspecto de una habitación de dormitorio compartido, con dos camas metálicas, un par de mesas y armarios a juego. El baño era un pequeño cuarto alicatado, y había una rejilla en el suelo para desaguar la ducha. En la siniestra luz verde de las gafas, las formas eran indeterminadas y los colores borraban las sombras, pero las siluetas de las personas que dormían en las camas eran inconfundibles. También lo eran los ronquidos.

Eddie sacó una pequeña caja de plástico del bolsillo de los pantalones. Dentro había cuatro jeringuillas. El cóctel de narcóticos incapacitaría a un adulto en menos de veinte segundos. Como Kyle se había unido voluntariamente al culto, sin duda se resistiría a que se lo llevarsen. El desprogramador, Adam Jenner, había recomendado a Linda cuando hablaron que drogasen al joven, aunque Juan ya estaba dispuesto a hacerlo incluso antes de ese consejo.

Eddie dio la jeringuilla a Cabrillo y se acercó a una de las camas. El hombre dormía boca abajo, con el rostro vuelto hacia la pared. Con un ágil movimiento, Eddie le tapó la boca y le clavó la aguja en el cuello, al tiempo que empujaba el émbolo con el pulgar con una presión regular. Al otro lado de la habitación, Juan hizo lo mismo. Su víctima se despertó en el acto y luchó contra el brazo de Juan, con los ojos muy abiertos por el miedo. Juan lo inmovilizó con facilidad, incluso cuando el hombre comenzó a lanzar puntapiés.

Juan empezó a contar desde veinte hasta cero. Cuando iba por el diez, los movimientos del hombre eran más lentos, y cuando llegó a tres el tipo estaba inmóvil. Juan le alumbró el rostro. Aunque Kyle era muy parecido a su madre, también vio los rasgos de Max en el chico.

—Lo tengo.

Como medida de precaución, Linc sujetó los tobillos y las muñecas de Kyle con bridas de plástico antes de cargárselo al hombro.

—¿Preparado, gigantón? —preguntó Juan.

Linc sonrió en la oscuridad.

—Hace tres años cargué contigo durante doce kilómetros en Camboya, así que este chico no es nada. No debe de pesar más de sesenta kilos.

Cabrillo miró la pantalla de papel electrónico en la manga. Todo parecía tranquilo, pero llamó a Linda para confirmarlo.

—Los operarios todavía están en el edificio principal. Se encendió una luz al otro

lado del recinto en el que estás, pero se apagó un minuto y ocho segundos más tarde.

—Una ida y vuelta al baño.

—Eso creo yo también. Tienes vía libre.

—Recibido. —Se volvió hacia su equipo—. Preparados para marcharnos.

Justo cuando se marchaban por el pasillo comenzó a sonar una campana. Parecía una alarma de incendios, un sonido agudo y penetrante que castigaba los tímpanos como si fuesen dagas. No había manera de comunicarse con aquel estrépito, pero eran profesionales veteranos y sabían qué debían hacer.

Eddie iba en cabeza seguido de cerca por Linc y Mark. Los tres hombres apuraron el paso, prescindiendo de todo sigilo. Aquello ya no era un rescate sino una carrera hacia el muro, donde, si Linc y Eddie habían seguido las órdenes, habrían instalado una bomba lapa para abrir una brecha. Linda Ross estaba lo bastante cerca para escuchar la alarma y sin duda ahora estaría llamando a George Adams para que llevase el helicóptero hasta el lugar indicado y huyeran rápidamente. Aterrizaría en la carretera y tendría el equipo a bordo antes de que los guardias supiesen qué había pasado.

Se abrió una puerta al lado de Juan, y un hombre con ojos somnolientos y con un pantalón de pijama salió al pasillo. Juan descargó un codazo en la barbilla del tipo, que se desplomó sobre la moqueta como un saco de patatas. Más adelante, otro asomó la cabeza por la puerta del dormitorio. Incluso con el peso muerto de Kyle en el hombro, Linc dio un paso al costado y asestó un puñetazo al responsabilista. La cabeza del hombre golpeó contra el marco metálico; cuando Juan pasó a su lado tenía los ojos en blanco. Cayó hacia atrás como un árbol talado.

Eddie se detuvo instintivamente al llegar a la puerta principal. Juan miró la pantalla, pero Linda debía de estar ocupada con Adams porque la cámara del avión no tripulado solo mostraba el mar al norte del centro. Escuchaba su voz de niña en el auricular aunque no conseguía entender las palabras debido al estrépito de la alarma. Lo único que captó fue el tono estridente.

Se despreocupó de la falta de información y abrió la puerta, con la pistola preparada. Excepto por las alarmas que sonaban por todo el recinto, todo parecía tan tranquilo como antes. No había guardias que corriesen, ni ningún otro movimiento. Ni siquiera se habían encendido más luces.

Por fin fuera del estruendo de la sirena que sonaba en el dormitorio, Juan se tapó los oídos con las manos en un intento por escuchar las palabras que gritaba Linda.

—... de allí. Guardias en el lado más apartado. Gómez a punto de llegar. Corred.

Estaba buscando las gafas de visión nocturna cuando tres hombres vestidos con uniformes grises aparecieron por la esquina de un edificio cercano. Juan tardó demasiado en comprobar si iban armados. Uno de ellos abrió fuego con una metralleta; las balas trazaron un arco en la pared del dormitorio. Cabrillo se tiró al suelo y disparó. Su puntería era perfecta y alcanzó al guardia de lleno, pero en lugar de caer, el hombre solo se tambaleó un poco.

—¡Adentro! —gritó a su equipo, y volvió al pasillo una vez más. Cerró la puerta con el pie. Gritó, para hacerse oír por encima de la alarma—. Tienen armas automáticas y chalecos de Kevlar. Nuestras balas de plástico ni siquiera conseguirán demorarlos.

—Es como llevar un puñal a un duelo con pistolas —gritó Eddie.

Los disparos destrozaban la fachada del edificio y daba la impresión de que temblaba toda la estructura.

Linc encajó una silla debajo de la manija de la puerta para que no pudiesen abrirla desde el exterior; luego levantó la mano para arrancar la bocina de la sirena y silenciarla.

—Di mejor que es como llevar una cerbatana para enfrentarse contra la artillería, amigo mío.

Capítulo 13

Cabrillo solo necesitó un segundo para trazar un plan.

—Hay una ventana en el dormitorio de Kyle. La parte trasera de este edificio está más cerca del muro.

Los guió de nuevo por el pasillo, mostrando su pistola a cualquiera que asomase la cabeza fuera de su habitación. La visión del arma fue más que suficiente para que volvieran a encerrarse. El compañero de habitación de Kyle continuaba drogado a pesar del revuelo. Juan corrió a través del cuarto disparando varias veces contra la gran ventana en la pared del fondo. Las balas de plástico tenían fuerza más que suficiente para resquebrajar el cristal antes de que él se lanzase contra la ventana. Los fragmentos cayeron a su alrededor, mientras rodaba sobre la hierba seca; notó algunos pequeños cortes en las manos y en la nuca.

Gracias a la luz que salía de las ventanas de los dormitorios, vio con toda claridad el muro a una distancia de cinco metros. Los guardias continuaban concentrando sus disparos en la entrada y aún no habían rodeado el edificio. Escuchó el crujido de los cristales pisoteados por Murphy, Linc y Eddie cuando salieron por el hueco de la ventana.

La acción de Juan les había dado unos pocos segundos de ventaja.

Los explosivos que Eddie había colocado estaban más o menos a la mitad del muro, una ubicación escogida en función del punto ciego de las cámaras y no por ser el mejor lugar táctico. Para alcanzarlo, tendrían que recorrer noventa metros de terreno abierto, lo que daría un campo de tiro perfecto a los guardias responsabilistas.

—Linda, dame una descripción general. —Cabrillo necesitaba una visión de conjunto. En ese momento no le bastaban las imágenes que aparecían en la minúscula pantalla en la manga.

—¿Eras tú el que acaba de salir por una ventana?

—Sí. ¿Cuál es la situación?

—Hay tres guardias cerca de la entrada del dormitorio y otra docena que están desplegándose por el recinto. Todos van armados, y hay dos montados en quads. George está de camino. Tendrías que oírlo.

Juan escuchó el batir de las palas del Robinson en la oscuridad.

—Dile a Max que se ponga en marcha. Puede que tengamos que recurrir al plan C.

—Juan, estoy en la red —avisó Max por la radio—. Ya estamos de camino. ¿Tienes a Kyle?

—Lo tenemos. Por el momento está bien, pero debemos salir de aquí pitando.

—No te preocupes, ya llega la caballería.

—Eso mismo dijeron en Little Bighorn cuando llegó Custer, y ya sabes cómo

acabó aquello.

El sonido del helicóptero se acercaba con gran estruendo, y un instante antes de que pasara por encima del muro Juan hizo un gesto a Eddie. No necesitaban palabras. El plan A no había funcionado, así que pasaron al plan B sin solución de continuidad. Eddie tenía el detonador de la bomba lapa en la mano. Esperó una fracción de segundo hasta que un guardia montado en un quad se acercó a la bomba, y entonces pulsó el detonador.

Un trozo del muro se convirtió en una nube de polvo blanco y fuego. El guardia salió disparado del vehículo y voló unos seis metros antes de golpear contra el suelo hecho un ovillo. El vehículo cayó de lado, con las ruedas girando en el aire. Trozos de cemento llovieron como granizo por todo el recinto, mientras el hongo de polvo y fuego ascendía hacia el cielo.

El equipo echó a correr con todas sus fuerzas. Linc no tenía ninguna dificultad en mantenerse a la par pese a llevar a Kyle Hanley sobre el hombro. Cuando llegaron a la esquina del edificio, Juan asomó la cabeza. Uno de los guardias que había sido el primero en disparar había caído, su rostro estaba bañado en sangre por un corte en la cabeza, causado por un trozo de cemento. Estaba siendo atendido por un compañero mientras el tercero intentaba desenganchar la puerta trabada por dentro.

Juan apuntó con cuidado y disparó los cuatro proyectiles que quedaban en la pistola. Consciente de que tenían los torsos protegidos y poco dispuesto a matar a los guardias, disparó bajo. Los proyectiles no los castrarían, pero sus ingles estarían inflamadas durante unas semanas. Cayeron gritando a voz en cuello con las manos en la entrepierna en un desesperado intento por calmar el terrible dolor.

—Lo siento, muchachos. De verdad.

Juan les quitó las armas. Llevaban mini Uzis, que eran unas armas perfectas a corta distancia pero inútiles cuando se disparaba desde lejos. Dio una a Eddie y otra a Linc, que era mejor tirador cargado con un hombre en la espalda que Murphy en la sala de tiro con el arma atornillada a la mesa.

El Robinson negro de pronto rugió sobre ellos. Volaba tan bajo que los patines casi arrancaron las tejas del techo. George Adams realizó una pirueta sobre el recinto para provocar una tormenta de polvo con la fuerza del aire de las palas. La nube sirvió para cubrir a Juan y a los demás, al tiempo que inmovilizaba a los guardias.

En medio del ensordecedor ruido de las palas y el caos a su alrededor, nadie supo de dónde llegaron otros disparos. Una serie de telarañas blancas aparecieron de pronto en el parabrisas y la ventanilla del copiloto del helicóptero. Se desprendieron trozos de metal al rojo cuando los proyectiles atravesaron el fuselaje. George esquivó y movió el helicóptero como un boxeador en el cuadrilátero, pero las balas trazadoras continuaron haciendo blanco hasta que una columna de humo salió del motor.

Juan cambió las frecuencias de la radio para comunicarse con el piloto.

—¡Sal de aquí, George! ¡Vete! ¡Vete! Es una orden.

—Me largo, lo siento —respondió Adams. Dicho esto, el helicóptero dio la vuelta

como una libélula y pasó por encima del muro dejando atrás una columna de humo más negra que la noche.

—¿Ahora qué? —preguntó Murphy al director.

Casi setenta metros de terreno abierto se abrían ante ellos, y los responsabilistas se habían levantado y comenzaban a organizarse. El equipo de la Corporación se había puesto a cubierto en una zanja de drenaje poco profunda, pero no duraría mucho. Los guardias habían formado grupos de búsqueda y los haces de luz de las linternas atravesaban las tinieblas.

—¿Dónde estás, Linda? —preguntó Cabrillo.

—Al otro lado del muro, no muy lejos de donde lo habéis volado. ¿Podéis llegar hasta mí?

—Negativo. Hay demasiados guardias y muy poca protección. Te juro que este lugar se parece más a un cuartel que a una colonia de chiflados.

—Entonces creo que ha llegado el momento de una maniobra de distracción.

—Que sea buena.

A través de la radio, escuchó el sonido de un motor que aceleraba, pero Linda no respondió. Treinta segundos más tarde, la reja principal del recinto se soltó de las bisagras y la parte trasera de la furgoneta alquilada apareció con el parachoques colgando. La docena larga de guardias que protegían el recinto se volvieron a la vez. Algunos comenzaron a correr hacia aquella nueva amenaza, sin fijarse en las sombras que salían de la zanja y corrían hacia la brecha del muro.

Las armas dispararon contra la furgoneta de Linda y cuarenta agujeros aparecieron en la plancha de metal antes de que pudiese arrancar de nuevo. Los neumáticos levantaron nubes de gravilla hasta que se agarraron al suelo, y Linda escapó de la cortina de fuego.

Mientras corrían hacia el muro, Juan llamó a Linc y a Eddie.

—Pasamos al plan C, os veré en un momento.

—¿Adónde vas? —Mark jadeaba.

Cabrillo volvió a pensar que tendrían que convencer a Murphy para que fuese al gimnasio del barco.

—Le han dado a uno de los neumáticos de Linda. Y hay varios *jeeps* delante del edificio principal. Nos atraparán antes de que recorramos un kilómetro. Voy a entretenerlos para que podáis llegar al puente.

—Ese debería ser mi trabajo —señaló Eddie.

—Negativo. Tú eres responsable del hijo de Max. Buena suerte.

Juan se desvió de la humeante pila de escombros que hasta hacía unos instantes era una pared. El quad aún estaba volcado y el humo salía del tubo de escape. Se volvió para ver cómo sus hombres pasaban por la brecha antes de sujetar el manillar. Aceleró y movió el volante con el fin de utilizar la potencia del motor para enderezar el vehículo de trescientos kilos. Rebotó sobre los grandes neumáticos, y pasó una pierna por encima del asiento; aceleró antes de estar sentado.

El motor de 750 centímetros cúbicos rugió cuando lo lanzó a través del terreno. Un destacamento de guardias corrió hacia los *jeeps*, mientras los que estaban más cerca de la pared reanudaban la persecución del equipo de Juan.

Cabrillo aún tenía la ventaja de las gafas de visión nocturna, pero poco a poco se iban encendiendo más focos por todo el recinto. Los que estaban montados en los postes creaban cegadores charcos incandescentes. Disponía de un minuto o poco menos antes de que advirtiesen que no era uno de los suyos quien montaba el quad. Siguió dando vueltas como si buscase a los intrusos mientras intentaba encontrar algún guardia lo más lejos posible de la luz. Vio a un hombre que buscaba refugio detrás de uno de los olivos cerca de una esquina del muro. Aceleró y se quitó las gafas sin abandonar la protección de las sombras, para que su rostro permaneciese oculto. Puesto que no sabía qué idioma hablaba el guardia, le indicó con un gesto que montase en el asiento, detrás de él.

El guardia no vaciló. Corrió hacia Juan y montó de un salto, sujetándose con una mano en el hombro de Cabrillo. En la otra empuñaba una metralleta.

—No es tu día de suerte, compañero —murmuró Juan y le dio al acelerador.

—Los tengo a todos en la furgoneta —informó Linda—. Ahora estamos en la carretera principal.

Juan miró hacia los *jeeps* y vio que el primero estaba preparado para iniciar la persecución. Además del conductor y el guardia en el asiento del pasajero, había otros dos hombres armados en el asiento trasero, sujetos a la barra antivuelco. Sabía que sus hombres se comportarían con valentía, pero estaban prácticamente desarmados, en una furgoneta con un neumático pinchado que no podía alcanzar más de ochenta kilómetros por hora. El resultado era inevitable, sobre todo cuando un segundo *jeep* se sumó a la persecución.

Era hora de acabar con las diferencias.

El guardia montado detrás de Cabrillo le tocó en el hombro y señaló para indicarle que debían ir hacia la parte trasera de los dormitorios. Juan fingió obedecer y continuó acelerando a través del terreno nivelado. Notaba sobre él las miradas de los demás guardias, así que esperó hasta el último momento para girar bruscamente hacia la derecha. Los neumáticos balón abrieron surcos en el suelo, y si Juan no hubiese lanzado su peso en la dirección opuesta, el quad habría volcado. De nuevo sobre las cuatro ruedas y dirigiéndose hacia la brecha en el muro, Juan aceleró a fondo. Arrancó la metralleta de la mano al guardia y se la metió en la cintura del pantalón. El tipo pareció desconcertado durante un segundo, pero se recuperó de inmediato. Pasó un brazo alrededor del cuello de Juan; su musculoso bíceps aplastó la laringe y la tráquea de Cabrillo con una fuerza tremenda.

Juan jadeó y utilizó sus poderosos pulmones para respirar un poco de aire sin disminuir la velocidad hacia la brecha. El boquete tenía una anchura de casi dos metros y delante había una pila de escombros y mortero sueltos. Avanzaban a una velocidad de casi setenta kilómetros por hora y le faltaban menos de doce metros para

alcanzarlo, pero entonces las balas comenzaron a impactar en la pared. Los guardias habían visto el vehículo fugitivo y creían que los dos hombres que iban en él eran quienes habían invadido su guarida. Esquivas de cemento y nubes de polvo saltaban de la pared mientras las balas volaban hacia el quad en una ininterrumpida descarga.

Juan sintió el calor de los proyectiles que silbaban a su alrededor. Incluso notó que uno de ellos rozaba su pierna artificial, pero no hizo caso y continuó centrado en la meta. Sus pulmones se convulsionaron por la falta de oxígeno; el guardia apretó con más fuerza, dispuesto a ahogar de una vez por todas a su presa.

«¡Vamos, cabrones! ¡Disparad bien por una vez!», pensó Juan mientras su visión periférica se perdía en una negrura cada vez mayor, como si estuviese mirando en el interior de un túnel interminable.

«¡Vamos, vamos!». Cabrillo sabía que ese podía ser su último pensamiento en la tierra.

Entonces sintió una terrible sacudida, como si le hubiesen dado un martillazo en la columna. El mortal abrazo del guardia se aflojó. Se oyó un gorgoteo cuando se desplomó sobre el director y la sangre del pulmón perforado manó de su boca. La descarga de los responsabilistas había alcanzado a uno de los suyos. Cayó del asiento en el mismo instante en el que Juan llegaba a la pila de escombros. Los anchos neumáticos no tuvieron ningún problema para adherirse a los cascotes. Subió como un rayo y pasó por la abertura, agachado para protegerse la cabeza. Al llegar al otro lado, se levantó instintivamente en el asiento antes de que el vehículo golpeará contra el suelo.

El enorme Kawasaki rebotó sobre los amortiguadores y Cabrillo casi estuvo a punto de salir disparado por encima del manillar. El auricular cayó de su oreja y quedó colgando sobre su pecho. Continuó conduciendo al tiempo que se esforzaba por llenar los pulmones a través de la dolorida tráquea. Tan pronto el quad se estabilizó, giró para ir a buscar la carretera de la costa que llevaba a Corinto, que estaba a veinte kilómetros.

Llegó al pavimento cuando el primer *jeep* salía por la verja destrozada y entraba en la carretera. Linda y los demás tenían una ventaja de unos ochocientos metros. No era suficiente. Un interruptor en el manillar desconectaba la doble tracción, lo que dio a Juan más velocidad. Aceleró por la carretera a lo largo del muro.

La verja estaba a unos dieciocho metros cuando salió el segundo *jeep*; los neumáticos levantaron una lluvia de gravilla antes de alcanzar el firme. En el vehículo iban solo tres guardias: el conductor, el pasajero y otro hombre de pie atrás con un fusil de asalto.

Juan tenía la ventaja del impulso y se les acercó por detrás antes de que se diesen cuenta de su presencia. Se puso en pie sobre los estribos, con los ojos llorosos por el viento. Redujo la velocidad para ir solo unos pocos kilómetros más rápido que el *jeep* y estrelló el quad contra el parachoques trasero del vehículo.

A causa del impacto, Cabrillo salió despedido del Kawasaki y su hombro chocó

contra el guardia de pie en la parte trasera. El rostro del hombre se estrelló contra el arco de seguridad con una fuerza terrible; rebotó hacia atrás con tanta violencia que pareció que sus talones tocarían su cabeza. Si el choque no había matado al guardia, Juan no dudaba de que, al menos, el hombre estaría fuera de combate. Se apartó lo suficiente para descargar un puntapié con la prótesis, en un arco que alcanzó al guardia del asiento del pasajero en un costado de la cabeza. Sin puertas, no había nada que impidiese que cayese del vehículo y acabase dando tumbos por la carretera.

Cabrillo apoyó la boca del cañón de la mini Uzi en la cabeza del conductor antes de que este fuese consciente de lo que había pasado.

—Salta o te mato. Tú decides.

El guardia no hizo ninguna de las dos cosas. Pisó el freno a fondo. Los neumáticos chirriaron cuando la trasera del *jeep* casi se despegó de la carretera. Juan chocó contra el parabrisas, que se dobló hacia delante, y rodó por encima del capó; cayó a tal velocidad que no tuvo tiempo para sujetarse.

En cuanto Cabrillo desapareció de su vista, el conductor levantó el pie del freno y pisó otra vez el acelerador, convencido de que el hombre que los había atacado yacía en la carretera.

Capítulo 14

La proa del *Oregon* cortaba las oscuras aguas del mar Jónico. Sus revolucionarios motores magnetohidrodinámicos podían llevarlo a través de un metro de hielo con la misma facilidad. Se encontraban al oeste de Corinto, tras haber rodeado la península del Peloponeso, y navegaban con rumbo este para ponerse en posición. Había poco tráfico marítimo en la zona. En la pantalla del radar aparecían un par de barcas, que sin duda se dedicaban a pescar calamares cerca de la superficie durante la noche.

Por el momento, Eric Stone cumplía una doble función. Sentado en su puesto de navegante, pilotaba el barco, pero había girado una de las pantallas de los ordenadores de Mark Murphy para dirigir el avión no tripulado que continuaba volando sobre el centro responsabilista. Cuando se acercasen a la costa, gobernar el barco requeriría toda su atención, por lo que le pasaría el manejo del avión a Gómez Adams, que estaba efectuando la aproximación final con el Robinson averiado.

—*Oregon*, aquí Gómez. —Hali había conectado el canal de comunicación del helicóptero a los altavoces—. Os tengo a la vista.

—Recibido, Gómez. Comenzamos la desaceleración —respondió Max desde la butaca del capitán—. Por favor, avante a cinco nudos, señor Stone.

Eric tecleó la orden para disminuir el volumen de agua que pasaba por los tubos impulsores del *Oregon* hasta poder invertir las bombas y reducir la velocidad. Necesitaban mantener el impulso para evitar que el barco rolase con la marejada y complicase el aterrizaje de Adams.

Max giró la butaca para mirar al oficial de control de daños en su puesto al fondo de la sala.

—¿Los equipos de bomberos están preparados?

—Listos para actuar, señor —respondió el oficial—. Tengo el dedo en los gatillos de los cañones de agua.

—Muy bien. Hali, dile a George que estamos preparados para cuando él quiera. —Max pulsó el botón para comunicarse con el hangar donde esperaba la doctora Huxley—. Julia, George está a un par de minutos.

Una bala había rozado la pantorrilla del piloto, pero Max se sentía tan culpable como si hubiesen matado a todo el equipo. Por mucho que intentase racionalizarlo, Juan y los demás se habían puesto en peligro por él. La misión, que tendría que haber sido muy sencilla, había acabado en un desastre. Hasta el momento, la herida superficial de George era la única baja, pero Juan había desaparecido de la red táctica y Hali no conseguía ponerse en contacto con él. Linda tenía a Linc, a Eddie y a Kyle en la furgoneta, y habían informado que los perseguía un *jeep* con hombres armados.

Por enésima vez desde que el director había sido víctima de una emboscada, maldijo la decisión de no utilizar armas letales. Nadie había esperado encontrarse con

un ejército de guardias armados. Max no había pensado todavía en lo que significaba que hubiese tantas armas en el recinto de un culto, pero no pintaba bien. Por todo lo que había escuchado y leído desde que lo había llamado su exesposa, los responsabilistas no eran violentos. Es más, rechazaban toda forma de violencia.

Qué relación tenía aquello con los crímenes a bordo del crucero, no lo sabía. ¿Los responsabilistas estaban en guerra con algún otro grupo? Si era así, ¿quiénes eran? ¿Otro culto del que nadie sabía nada, un grupo dispuesto a matar a centenares de personas solo porque los responsabilistas creían en el control de la natalidad?

Para Max, nada tenía sentido. Tampoco comprendía que su hijo se hubiese mezclado con un grupo como aquel. Por lo tanto, ansiaba creer que nada de lo sucedido era por su culpa. Una persona con menos valores se habría convencido de ello. Pero Max sabía cuáles eran sus responsabilidades, y nunca las había esquivado.

De momento, optó por dejar a un lado la culpa y concentrarse en la gran pantalla, donde se había abierto una ventana con una imagen de la cámara del helipuerto en la escotilla de carga en la popa del *Oregon*. Cuando George voló por encima de la barandilla de popa, iluminado solo por la luna, los daños en el helicóptero parecían graves. Una espesa nube de humo salía del capó del motor y se arremolinaba con el viento de las palas.

Este era otro ejemplo de por qué nadie dudaba del valor de Adams. Había volado con el helicóptero averiado más de veinte millas por encima del mar en lugar de ir a lo seguro y aterrizar en algún campo. Aunque, por supuesto, eso habría motivado demasiadas preguntas por parte de las autoridades griegas. El plan C del director disponía que todos estuviesen en el barco y en aguas internacionales lo más rápidamente posible.

George situó el helicóptero a un par de metros de la cubierta y bajó muy despacio. Un segundo antes de que los patines tocasen el suelo, una enorme nube de humo salió por el tubo de escape. El motor se había agarrotado, y el Robinson había golpeado la plataforma con la fuerza suficiente para partir un travesaño. Max vio cómo George cerraba con calma los sistemas del aparato antes de quitarse el cinturón de seguridad. El montacargas del hangar comenzó a bajar, momento en el que George miró a la cámara y sonrió con suficiencia.

«Uno a salvo en casa —pensó Max—. Solo faltan seis».

Con un neumático trasero pinchado, la furgoneta iba dando bandazos. Linda tenía que esforzarse para doblar en las esquinas, mientras conducía hacia la nueva carretera nacional, la arteria principal de vuelta al Peloponeso. No veía a nadie por los espejos retrovisores, pero sabía que no duraría. Linc preparaba las cuerdas y Eddie buscaba en el interior de la furgoneta cualquier cosa que pudiese utilizar para protegerse contra sus eventuales perseguidores. Linda necesitaba el ordenador portátil que llevaba para dirigir al avión no tripulado, pero podría tirar por la puerta trasera una silla de escritorio y una pequeña mesa. También reunió todas las armas y municiones. Disponían de tres pistolas y seis cargadores de balas plásticas. Los proyectiles

destrozarían un parabrisas pero rebotarían en los neumáticos como guijarros.

Pasaron de largo pequeños poblados que se alzaban en los bordes de la carretera, un grupo de casas blancas, una taberna con mesas debajo de un emparrado, y de vez en cuando alguna cabra en un cercado. Muchos extranjeros se habían construido a lo largo de la costa casas de vacaciones. En cambio, un par de kilómetros tierra adentro parecía como si la vida no hubiese cambiado desde hacía cien años.

Un destello en el espejo llamó la atención de Linda. No habían encontrado tráfico a aquella hora de la noche; por lo tanto solo podía tratarse de los faros de uno de los *jeeps* que había visto en el recinto.

—Vamos a tener compañía —avisó, y pisó el acelerador un poco más, aunque con precaución, para no acabar de destrozar el neumático pinchado.

—Deja que se nos acerquen —gritó Eddie desde la parte de atrás; su voz bajó y subió al ritmo que marcaba el traqueteo de la rueda pinchada. Tenía una mano en la manija de la puerta y la otra en una pistola.

El *jeep* circulaba a ciento treinta kilómetros por hora, por lo que redujo la distancia en segundos. Eddie miró cómo se acercaban a través de la ventanilla trasera y comprendió que no iban a colocarse detrás de la furgoneta sino que se pondrían a la par.

—¡Eddie! —gritó Linda.

—Lo veo.

Abrió la puerta cuando el *jeep* estaba a nueve metros, y apretó el gatillo tantas veces como pudo. Las primeras balas rebotaron en el capó, pero las siguientes encontraron el parabrisas. Perforaron el cristal y obligaron al conductor a desviarse y aminorar la velocidad. Por un momento, pareció que el vehículo fuese a volcar, pero en el último segundo el conductor giró el volante en la dirección opuesta y las ruedas de la izquierda tocaron de nuevo el pavimento.

Casi de inmediato reanudó la persecución.

—¡Linc, abajo! Linda, sujétate —gritó Eddie cuando el guardia que iba en el asiento del pasajero se levantó por encima del parabrisas. Llevaba un fusil de asalto.

Las detonaciones y el zumbido de las balas que atravesaron la plancha llegaron al mismo tiempo. La ventanilla trasera de la furgoneta estalló y una lluvia de minúsculos fragmentos de cristal cayó sobre Eddie. El metal crujió por el calor generado por las balas, y uno de los proyectiles rebotó en el interior antes de incrustarse en el respaldo del asiento de Linda.

Eddie levantó la segunda pistola por encima del marco de la ventanilla y disparó a ciegas; Linc, por su parte, protegía con su cuerpo a Kyle Hanley, que dormía.

—No sé cómo lo has hecho —dijo Linda desde el asiento del conductor. Estaba inclinada sobre el volante y miraba por el espejo retrovisor—. Has alcanzado al tirador en el pecho.

—¿Lo he matado? —Eddie cambió los cargadores.

—No lo sé. Otro tipo está cogiendo su arma. ¡Sujétate!

Linda pisó el freno y se metió en el carril del *jeep*. Los dos Vehículos chocaron con un estrépito terrible; la furgoneta se montó sobre el parachoques del *jeep* por un momento antes de rebotar de nuevo en la carretera. El guardia inconsciente salió despedido del vehículo, y los hombres de la parte de atrás se estrellaron contra la barra antivuelco.

Linda pisó de nuevo el acelerador y sacó una ventaja de cien metros antes de que los guardias pudiesen reanudar la persecución.

—*Oregon*, ¿a qué distancia estamos?

Eric Stone respondió de inmediato.

—Os diviso desde el avión. Todavía os faltan casi diez kilómetros.

Linda maldijo.

—Para empeorar las cosas —añadió Stone— hay otros dos *jeeps* detrás del primero. Uno aproximadamente a medio kilómetro y el otro un poco más lejos.

El *jeep* había acortado distancias, pero en lugar de acercarse se mantuvo apartado y el guardia comenzó a disparar contra los neumáticos de la furgoneta. Linda giraba el volante para zigzaguear y dificultar que el tirador apuntara con precisión, pero sabía que solo era cuestión de tiempo.

—¿Alguna idea brillante ahí atrás?

—Me temo que se me han acabado —admitió Eddie, pero de repente su rostro se iluminó. Pulsó el botón de su transmisor—. Eric, estrella el avión contra el *jeep*.

—¿Qué?

—El avión. Utilízalo como si fuese un misil de crucero. Apunta a la cabina. Todavía les queda combustible suficiente para estallar por el impacto.

—Sin él no podremos encontrar al director —protestó Stone.

—¿Has hablado con él en los últimos cinco minutos? —La pregunta flotó en el aire—. ¡Hazlo!

—Sí, señor.

En cuanto Cabrillo golpeó contra el suelo delante del *jeep*, el conductor pisó el acelerador. Juan dispuso de una fracción de segundo para tenderse y levantar las manos cuando el parachoques pasó sobre él. Se sujetó a los bajos y dejó que el vehículo lo arrastrase por la carretera. Se encaramó un poco más para no tocar con la espalda el áspero pavimento, pero las suelas de goma de las botas se quemaban con el roce.

Se mantuvo colgado así durante un par de segundos para recuperar el aliento. Había perdido la metralleta, pero aún le quedaba una pistola en la funda que llevaba en el muslo. Se sujetó con fuerza con la mano izquierda y utilizó la derecha para coger el auricular y colocárselo en la oreja a tiempo para escuchar el último intercambio entre Eddie y Eric.

—Negativo —dijo. El micrófono de su garganta se impuso al rugido del motor que tenía a unos centímetros de la cara.

—Juan —gritó Max con júbilo—. ¿Cómo estás?

—Me arrastro. —Eché la cabeza hacia atrás para mirar la carretera. Incluso estando cabeza abajo, divisó dos pares de faros traseros y los inconfundibles fogonazos de un fusil que salía de uno de ellos—. Dame treinta segundos y la furgoneta estará a salvo.

—Ese es más o menos el tiempo que nos queda.

—Confía en mí. —Cabrillo tensó los músculos de los hombros y se elevó un poco más hasta apoyarse en el parachoques fuera de la vista del conductor. Se sujetó a él con todas sus fuerzas y desenfundó la pistola con la mano izquierda. Luego se empujó con la derecha para alzarse por encima del capó.

Se izó agachado y disparó dos veces al guardia en el pecho. A esta distancia, las balas de plástico hubiesen sido mortales de no haber llevado el conductor un chaleco antibalas. Sin embargo, los dos proyectiles golpearon con la energía cinética de la coza de una mula y vaciaron de aire los pulmones del hombre.

Cabrillo se encaramó sobre el capó y sujetó el volante cuando el conductor lo soltó; su rostro tenía una palidez mortal y boqueaba con desesperación. Juan mantuvo el vehículo en medio de la carretera mirando atrás en lugar de mirar hacia delante. No ayudaba que el pie del conductor siguiera en el pedal del acelerador.

No tuvo más alternativa que pasar la pistola por encima del salpicadero y disparar al hombre en la pierna. La sangre roció el salpicadero, al conductor y a Cabrillo, pero logró el efecto deseado. El guardia quitó el pie del acelerador y el vehículo comenzó a disminuir la velocidad. Cuando circulaban a unos treinta kilómetros por hora, apuntó con la pistola entre los ojos del conductor.

—Fuera.

El conductor saltó con torpeza y cayó en el asfalto sujetándose el muslo herido; se quedó hecho un ovillo de piel lacerada y miembros rotos.

Juan pasó por encima del parabrisas, se acomodó en el asiento e inició la persecución del primer *jeep*. En el retrovisor vio unos faros que se acercaban; dedujo que se trataba de otro equipo de guardias responsabilistas. La tenacidad de sus perseguidores hizo que en su mente se dispararan todo tipo de alarmas, pero ya pensaría en ello cuando estuviesen lejos de allí.

Los hombres que disparaban a la furgoneta no tenían ninguna razón para sospechar del *jeep* de Juan cuando este se les acercó, ni siquiera al ver que el tercer *jeep* reducía la distancia. Pasaron al lado de una señal que anunciaba en griego e inglés que se acercaban a la rampa de entrada de la nueva carretera nacional y al puente sobre el canal de Corinto. Era la precisión y no la ejecución lo que le preocupaba. Tendría que ser perfecta. La rampa se alzaba a su derecha. El tercer *jeep* estaba cuarenta y cinco metros más atrás y las balas continuaban perforando el costado de la furgoneta.

—Linda —dijo Juan, con la mirada puesta en el *jeep* que tenía delante y en el otro que lo perseguía—. Acelera todo lo que puedas, no te preocupes si pierdes los neumáticos. Pisa a fondo.

La furgoneta comenzó a abrir una brecha con el *jeep*, pero el conductor aceleró a su vez y recuperó el terreno perdido. Cabrillo se acercó al parachoques del *jeep* y lo golpeó con lo que la policía llama TIP, o técnica de inmovilización precisa. El impacto no fue muy fuerte, pero tampoco debía serlo. La maniobra consistía en golpear de forma que la parte trasera del objetivo se desviara.

Con la sensación de ser un piloto de carreras que quiere ponerse en cabeza, Juan golpeó el *jeep* por segunda vez en el momento en el que el conductor corregía el primer impacto. Esta vez no lograría enderezarlo. Juan giró el volante a la izquierda cuando el cuatro por cuatro de los responsabilistas perdió el control y trazó un amplio arco a través de la carretera, antes de que las dos ruedas izquierdas se trabasen y el *jeep* comenzase a dar tumbos. Los ocupantes volaron por el aire en medio de una lluvia de fragmentos de metal.

El *jeep* acabó deteniéndose bocabajo y cruzado en el único carril de entrada y lo taponó. La espalda de Linda estaba cubierta y tenía el camino libre para dirigirse al acceso del puente. Juan continuó mirando por el espejo retrovisor. Los hombres del tercer *jeep* redujeron la velocidad al aproximarse a la rampa, y al ver que se les había escapado la presa, volvieron a perseguir a Cabrillo, que continuaba su huida hacia el centro de Corinto.

Nadie en el centro de operaciones daba crédito a lo que habían visto desde el avión no tripulado hasta que Eric se comunicó con Cabrillo.

—¿Eres tú el que está en el segundo *jeep*, director?

—Afirmativo.

—Muy buena conducción.

—Gracias. ¿Cómo va todo?

—Linda y su equipo están a salvo. No han salido más vehículos del recinto responsabilista y, hasta el momento, los disparos no han llamado la atención de las autoridades locales. Estamos a unos dos minutos de entrar en el canal. George acaba de llegar del hangar y se hará cargo del avión sin piloto.

—¿Qué hay de mi ruta a través de la ciudad?

—En la última pasada se veía despejada. Tan pronto Linda llegue al puente, tú serás el objetivo principal de la cobertura aérea. —De acuerdo. Te veo en un momento.

Vestido con el mono de vuelo con una pernera cortada y un gran vendaje en el muslo, George Adams se sentó delante de un ordenador, con la precaución de no doblar la pierna herida.

—¿Qué tal estás? —preguntó Max, en un tono más áspero del habitual, para ocultar su sentimiento de culpa.

—Una cicatriz más para impresionar a las damas. Hux solo ha necesitado ocho puntos de sutura. Me preocupa más el Robinson. Parece un queso gruyere. Solo en el parabrisas he contado once agujeros. Bien, Stone, estoy preparado.

Eric pasó los controles del avión no tripulado a Adams para poder concentrarse en

guiar el gran carguero por el canal de Corinto.

Los romanos fueron quienes se plantearon por primera vez construir un canal a través del angosto istmo, pero estaba fuera de sus capacidades. Sin embargo, dado que eran grandes ingenieros, construyeron una carretera que los griegos llamaron *diolkos*. La carga se bajaba de los barcos en un extremo; luego, transportaban las mercancías y el barco en carros hasta el otro extremo, donde botaban de nuevo los barcos y los cargaban. A finales del siglo XIX, la tecnología había evolucionado lo suficiente para excavar un canal y evitar a los modernos barcos mercantes recorrer sesenta millas alrededor del Peloponeso. Después de un fracasado intento de los franceses, una compañía griega se hizo cargo del proyecto y acabó el canal en 1893.

Con una longitud de poco más de seis kilómetros y solo veintisiete metros de ancho a nivel del mar, no había nada particularmente destacable en el canal excepto una característica especial. Estaba cortado en la roca, que se elevaba más de ochenta metros por encima de los barcos que lo transitaban. Era como si un hacha hubiese cortado la roca viva para crear el angosto pasaje. Una de las atracciones turísticas era colocarse en uno de los puentes que cruzan el canal y mirar los barcos que pasaban muy abajo.

De no ser por las luces de la pequeña ciudad de Poseidonia, habría parecido, según la imagen de la pantalla principal del *Oregon*, que el barco avanzaba a toda máquina hacia un acantilado. El canal era tan angosto que resultaba difícil verlo. Era apenas un poco más claro que la piedra oscura. De vez en cuando se veía la luz de los faros de un coche que cruzaba el puente principal un kilómetro y medio tierra adentro.

—¿Estás seguro, Stone? —preguntó Max.

—Con la marea alta, tendremos una distancia de un metro veinte a cada lado de las alas del puente. No puedo prometer que no rasque un poco la pintura, pero pasaremos.

—Bien. No quiero mirar esto por la pantalla si puedo verlo en vivo y en directo. Estaré en el puente.

—No se te ocurra asomarte —le advirtió Eric, con un leve tono de duda—. Ya sabes, por si acaso.

—Lo harás bien, muchacho.

Max subió en el ascensor hasta la timonera, que estaba en penumbra. Miró a popa, donde los tripulantes estaban acabando los preparativos bajo la dirección de Mike Trono y Jerry Pulaski, dos de los mejores hombres de Linc. También había tripulantes apostados en la proa.

El barco navegaba a casi veinte nudos cuando se aproximó al canal. En la actualidad lo utilizan principalmente embarcaciones de recreo y turismo; cualquier navío de gran tonelaje es arrastrado por los remolcadores debido a que el paso es muy estrecho y a que la velocidad está limitada a unos pocos nudos. Max tenía una confianza absoluta en la capacidad de Eric Stone como piloto, pero notaba los

hombros tensos. Amaba al *Oregon* tanto como el director y detestaba ver el menor rasguño, aunque fuese en el camuflaje que le daba el aspecto de una carraca.

Pasaron un gran rompeolas a estribor, y la alarma de colisión sonó en todos los compartimientos del barco. La tripulación sabía lo que ocurriría a continuación y habían tomado las debidas precauciones.

Unos pequeños puentes en las carreteras costeras cruzaban cada extremo del canal. A diferencia de los grandes puentes, de mucha más altura, esas estructuras de dos carriles estaban apenas por encima del nivel del mar. Para permitir el paso de las naves, los puentes se bajaban hasta el fondo marino. Tras el paso del barco, los subían de nuevo y los coches volvían a atravesarlos.

Con su proa reforzada para romper los hielos marinos, el *Oregon* chocó contra el puente y se montó en la estructura con un tremendo chirrido de acero. Más que aplastarlo, el peso arrancó las sujeciones que lo sostenían y lo hundió debajo del casco. El *Oregon* cabeceó con un enorme chapoteo que recorrió los costados del canal y sacudió peligrosamente el barco.

Max miró hacia lo alto. Era como si las lisas paredes de piedra del canal llegasen hasta el cielo. Empequeñecían el barco, y, muy arriba, los puentes para los trenes y los coches parecían tan ligeros y delicados como juncos.

El carguero continuó su avance por el canal. Hábilmente, Eric lo mantuvo en el centro utilizando los impulsores del *Oregon* con tanta delicadeza que las alas del puente en ningún momento tocaron los costados. Max se arriesgó a salir y caminó hasta el extremo de una de las alas. Era algo tonto y peligroso. Si Eric cometía un error, una colisión a esa velocidad arrancararía la plataforma de la superestructura. Pero Max quería tender la mano y tocar la piedra. Era fría y áspera. El canal permanecía en la sombra la mayor parte del día, por lo que el sol nunca llegaba a calentarla.

Satisfecho, se apresuró a dejar el puente en el momento en el que el *Oregon* se movía ligeramente y la barandilla tocaba la pared del canal. Eric lo llevó de nuevo al centro con mucha suavidad.

—La furgoneta de Linda está en el puente de la nueva carretera nacional —avisó Gómez por el intercomunicador—. También veo al director. Todavía le lleva una buena ventaja al *jeep* que lo persigue.

—Ahora mismo bajo —dijo Max y fue hacia el ascensor.

El neumático pinchado acabó completamente destrozado a cuatrocientos metros del puente. Recorrieron esa distancia rodando sobre la llanta; las chispas saltaban por detrás de la furgoneta como de una rueda de afilador. El sonido era como el de unas uñas que rascan una pizarra; un ruido que Linda detestaba más que cualquier otro en el mundo. Cuando llegaron al centro del puente no tenía claro si se sentía feliz porque estaban casi a salvo o porque había acabado aquel maldito ruido.

Lincoln abrió la puerta lateral en cuanto se detuvieron. Vio cómo se acercaba el *Oregon* y lanzó tres gruesas cuerdas de alpinista por los costados del puente. Las cuerdas estaban atadas alrededor de los asientos de la furgoneta y a una viga en la

zona de carga. Al caer se desenrollaron y los extremos quedaron a tres metros del agua. Linda se apresuró a saltar del asiento y se vistió con su equipo de alpinismo — el arnés, el casco y los guantes—. Mientras, casi setenta metros más abajo, el agua espumeó en la popa del *Oregon* cuando utilizaron la impulsión inversa para aminorar la marcha. Gracias a la potencia de los enormes motores se detuvo casi de inmediato.

Linc se había puesto un arnés como el que utilizan los paracaidistas que saltan en parejas, y, con la ayuda de Eddie, habían sujetado al dormido Kyle. Los tres se ataron bien a las cuerdas y esperaron el que los avisaran de abajo.

En el *Oregon*, los tripulantes sujetaron en la proa las cuerdas y las llevaron hacia popa atentos a que no se engancharan en la superestructura, en las antenas de comunicaciones o en cualquier otro de los centenares de obstáculos. En cuanto llegaron a la cubierta de popa, Max avisó a su gente de que podían bajar.

Linda, a quien nunca le habían asustado las alturas, se montó en la barandilla y comenzó el descenso. Eddie estaba a un lado, y Linc, cargado con Kyle, al otro. Se descolgaron por las vigas que sostenían el puente, y luego se quedaron colgando a setenta metros, sin nada que los aguantase excepto las cuerdas.

Con un grito de alegría, Linda se deslizó por la cuerda como un ascensor que se desploma. Eddie y Linc la siguieron casi en caída libre hasta que utilizaron los mosquetones para controlar el descenso. Tocaron la cubierta casi al mismo tiempo, pero se quedaron quietos para que los tripulantes pudiesen desengancharlos de las cuerdas. Ataron los extremos de las cuerdas en los bolardos atornillados a la cubierta. Jadeando por la descarga de adrenalina, Linda dijo:

—Ahora viene la parte divertida.

Eric Stone, que observaba la acción en cubierta a través del circuito cerrado de televisión, no esperó la orden. Movié la palanca del acelerador un poco y el barco ganó velocidad. Las cuerdas se tensaron al instante y luego temblaron un segundo antes de arrastrar el vehículo alquilado por encima de la barandilla. Cayó al agua como una piedra, detrás mismo de la popa del *Oregon*. El impacto aplastó el techo y reventó las ventanillas. El peso del motor hizo que la furgoneta se quedara en posición vertical, como un pato que se zambulle en busca de comida, y flotó en la estela del barco unos instantes antes de llenarse de agua y hundirse. Arrastrarían el vehículo sumergido hasta bien adentro del Egeo antes de cortar las cuerdas y dejar que se hundiese hasta el fondo.

La furgoneta había sido alquilada por un miembro de la tripulación con una identificación falsa, por lo que no habría manera de relacionarlo con la Corporación. Solo faltaba que subiese a bordo una persona para que pudieran afirmar que la misión había sido un éxito, aunque hubiesen tenido que recurrir al plan C.

Caballo continuó su loca carrera hacia el canal de Corinto; pasaba por las aldeas y las pequeñas granjas como un rayo. A la luz de la luna, las filas de cipreses parecían centinelas vigilando los campos.

Por mucho que tomase las curvas sobre dos ruedas o forzase los cambios de

marcha, no podía desprenderse de su perseguidor. Incapaces de rescatar al miembro secuestrado, los hombres que lo perseguían querían venganza. Al igual que él, conducían de manera alocada, utilizaban los dos carriles de la carretera y a menudo derrapaban en la gravilla del arcén. Consiguieron efectuar algunos disparos, pero a la velocidad que iban era casi imposible disparar con certeza; finalmente desistieron, probablemente para no malgastar la munición.

Juan lamentó no llevar alzado el parabrisas. Le costaba ver a causa del viento en contra de ciento veinte kilómetros por hora que se había levantado; además, nubes de polvo cruzaban la carretera y le entraban en los ojos. Pasó a toda velocidad junto a las ruinas de la antigua Isthmia. A diferencia de otras ruinas que salpican Grecia, no había nada que ver en aquel montículo, ningún templo o columnas, solo un cartel y un pequeño museo. En cambio, sí se fijó en la señal que informaba que la moderna ciudad de Isthmia estaba a dos kilómetros. Si el *Oregon* no aparecía, iba a tener problemas. El indicador del combustible del *jeep* parecía que se mantuviera por encima de la marca de vacío solo por su fuerza de voluntad.

Oyó su nombre en el auricular y tuvo que ajustar el volumen de la radio.

—Aquí Juan.

—Director, soy Gómez. Linda y los demás ya están a bordo. Te tengo en pantalla, y Eric está haciendo ahora mismo los cálculos, pero quizá quieras reducir un poco la velocidad.

—Ves el *jeep* que me persigue, ¿verdad?

—Lo veo —respondió el piloto del helicóptero—. Pero si no lo hacemos bien, podrías acabar como una mosca aplastada por una pala, ya me entiendes.

El símil era muy apropiado.

—Gracias por la imagen.

La carretera comenzaba a bajar hacia la costa. Para ahorrar combustible, Juan pisó el embrague y dejó que la inercia y la gravedad lo llevaran. Condujo con un ojo puesto en el retrovisor; unos segundos después de ver los faros de sus perseguidores soltó el embrague y el motor petardeó. Funcionó un instante, pero luego otra vez falló. Cabrillo utilizó un viejo truco de los pilotos de carreras: zigzagueó para agitar el resto de gasolina que había en el tanque. Dio resultado, porque el motor funcionó de nuevo.

—Juan, Eric ha terminado los cálculos —le avisó Adams—. Estás a ochocientos setenta metros del puente, lo que significa que estás demasiado cerca. Tienes que bajar a ochenta kilómetros por hora si queremos que esto funcione.

El *jeep* perseguidor estaba a setenta metros y se acercaba. La carretera era demasiado recta para que Juan pudiese hacer muchas maniobras y, cuando intentó desviarse para que ellos desperdiciasen un disparo, el motor falló. Maldijo.

—Estoy entrando a toda pastilla. Dile a Eric que acelere y vaya a mi encuentro.

Entró en la ciudad de Isthmia, una típica ciudad costera griega. Olió el mar y el olor a yodo de las redes puestas a secar. La mayoría de los edificios eran blancos, con

tejados rojos. Las antenas de satélite sobresalían como setas en muchos de ellos. La calle principal daba a una pequeña plaza; desde allí Cabrillo vio las columnas que bajaban desde el angosto puente hasta el canal.

—Muy bien, director. —Esta vez era Eric quien hablaba—. Ahora tienes que reducir la velocidad exactamente a cincuenta y dos kilómetros por hora o chocarás contra nosotros.

—¿Estás seguro?

—Es una simple cuestión de vectores. Física del instituto —contestó Eric como si le hubiesen insultado—. Confía en mí.

Se oyó la detonación de un fusil. No tenía ni idea de adonde había ido a parar la bala pero no tenía otra alternativa que olvidarse de ella y obedecer las indicaciones de Eric. En cuanto redujo la velocidad, el fusil de asalto AK-47 disparó en automático. Escuchó el impacto de las balas en el *jeep*. Una de ellas pasó por encima de su hombro lo bastante cerca para agitar la tela de la camisa.

El puente estaba a cuarenta y cinco metros y los perseguidores a otros cuarenta y cinco. Moverse a la velocidad requerida obligó a Cabrillo a utilizar toda su capacidad de control. Una parte de su cerebro le gritaba que pisara el acelerador a fondo, que saliese de allí cuanto antes.

Como un coloso, la proa del *Oregon* apareció de pronto detrás de un edificio de cuatro plantas que tapaba la visión del canal. Nunca le había parecido tan hermoso. Entonces el casco tocó el puente, como había hecho cuando había entrado en el canal. Fue elevándose y elevándose, subiéndose al puente como si estuviese atravesando una placa de hielo. Con un sonido metálico, los sistemas mecánicos que movían el puente cedieron bajo su titánico peso, y el barco volvió al canal sin reducir en lo más mínimo la velocidad.

Juan continuó conduciendo hacia la nave con la aparente intención de estrellarse contra su flanco. Los hombres que lo seguían debían de pensar que estaba dispuesto a suicidarse.

Cuando faltaban trece metros el miedo comenzó a dominarlo. Habían calculado mal. Se estrellaría contra el barco cuando este saliera del canal. Lo tenía claro. Sonaron más disparos a su espalda. Desde la borda del *Oregon*, alguien respondía disparando. Vio los fogonazos contra el casco oscuro.

Ahora faltaban segundos. Velocidad, vectores, tiempo. Había jugado y perdido; estaba a punto de girar el volante cuando vio la abertura del garaje de embarcaciones con las luces de combate rojas. El *Oregon* llevaba el lastre exacto para situar el borde inferior de la rampa que utilizaban para lanzar las neumáticas y la lancha de asalto apenas por debajo de la carretera. Sin pasarse ni un metro de los cincuenta y dos kilómetros por hora, llegó al final de la carretera, saltó los treinta centímetros que separaban el *Oregon* del puente destrozado y aterrizó encima de su barco. Pisó el freno y fue a dar contra la red reforzada que instalaban para detener a las neumáticas durante las maniobras a gran velocidad. El airbag del *jeep* suavizó el golpe de la

brutal frenada.

Desde el exterior, le llegó el chirrido de unos frenos. Los neumáticos se clavaron pero no fue suficiente. El *jeep* perseguidor chocó de lleno contra el casco y quedó encajado entre el barco y la pared de piedra. Se escuchó un crujido metálico cuando el *Oregon* aplastó el *jeep* y a sus ocupantes contra el muro; el sonido se prolongó hasta que Eric Stone lo apartó un poco y el *jeep* cayó al agua.

Max apareció al costado de Cabrillo y lo ayudó a salir de debajo de la bolsa del airbag.

—Así que el plan C, ¿no?

—Ha funcionado. —Salieron del garaje. Juan caminaba con cierta rigidez—. ¿Cómo está Kyle?

—Esta sedado en la enfermería. Hux lo vigila.

—Volverá a ser un joven normal.

—Lo sé. —Max se detuvo y miró a Cabrillo a los ojos—. Gracias.

—No se merecen.

Se dirigieron hacia la enfermería.

—Si el plan C era esta locura, me gustaría saber cuál era el plan D.

—Por supuesto. —Juan sonrió—. El único problema con ese plan es que no pudimos encontrar espartanos suficientes para recrear la batalla de las Termopilas.

Capítulo 15

Una patrullera de guardacostas griegos se acercó al *Oregon* cuando las primeras luces del amanecer aparecieron en el horizonte. Después de una alocada carrera de sesenta millas desde el canal de Corinto, navegaban a una velocidad de catorce nudos, la adecuada para un barco tan viejo. El humo aceitoso que salía de la chimenea hacía pensar que el motor estaba consumiendo tanto aceite como combustible. Por la radio, el capitán de la patrullera no parecía muy convencido de que aquel carguero herrumbroso, y muy lejos del lugar del desastre, fuese el culpable.

—No, capitán —mintió Juan, con toda tranquilidad—. Nunca hemos estado cerca de Corinto. Navegábamos hacia el Pireo cuando nuestro agente nos comunicó que el contrato para llevar aceite de oliva a Egipto había sido cancelado. Ahora vamos hacia Estambul. Además, ni siquiera creo que este barco pudiese entrar en el canal. Demasiado ancho de caderas. —Cabrillo soltó una risita lúbrica—. De haber chocado contra un puente, la proa estaría aplastada. Como puede ver, no es el caso. De todos modos, será bienvenido a bordo si quiere realizar una inspección.

—No será necesario —respondió el capitán del guardacostas—. El incidente ocurrió a sesenta millas de aquí. Por el aspecto de su barco calculo que habrían tardado ocho horas en recorrer esa distancia.

—Y solo con el viento a favor —señaló Juan.

—Si ven cualquier barco que maniobra con dificultades o tiene daños en la proa, por favor llame a las autoridades de inmediato.

—Recibido, y buena caza. *Atlantis* fuera.

Juan saludó a la pequeña embarcación desde el puente volante y volvió al interior. Exhaló un largo suspiro y colgó el micro en el soporte. El cable enrollado cayó hasta el suelo.

—¿Tenías que invitarlos a que hiciesen una inspección? —preguntó Eddie desde el timón, donde simulaba pilotar.

—Nunca habrían aceptado. Los griegos quieren colgar a los que hicieron el estropicio en Corinto. No van a molestarse por un barco que de ninguna manera podría estar relacionado.

—¿Qué pasará cuando coincidan los relatos de todos los testigos y lleguen a la conclusión de que nosotros tripulamos el único barco que encaja con la descripción?

Juan le dio una palmada en el hombro.

—Ya navegaremos por aguas internacionales y estarán buscando un barco llamado *Atlantis*. En cuanto no veamos a nadie alrededor, quiero que volvamos a llevar el nombre del *Oregon*. —Hizo una pausa antes de añadir—: Solo por si acaso alguien tiene buen ojo para los detalles y mucha memoria, no volveremos a Grecia durante un tiempo.

—Una sabia medida de prudencia.

—La primera guardia está a punto de empezar. Vete abajo y descansa. Quiero un informe de la misión en mi mesa a las cuatro de esta tarde.

—Será una lectura muy interesante —comentó Eddie—. Ni siquiera en mis peores pesadillas habría esperado encontrarme con semejante avispero.

—Yo tampoco —admitió Juan—. Allí hay mucho más de lo que vimos en su página web y lo que el desprogramador le dijo a Linda. Ese grado de paranoia significa que ocultan algo.

—La pregunta obvia es, ¿qué?

—Quizá tengamos suerte y nadie descubra el micro que coloqué.

Eddie lo miró con una expresión de duda.

—Lo primero que hará el jefe de seguridad será registrar hasta el último centímetro en busca de aparatos de escucha.

—Tienes razón. Lo sé. Por lo tanto, si no funciona un espía electrónico, tendremos que enviar a uno humano.

—Iré yo.

—No tienes precisamente el aspecto de ser un alma perdida que busca el significado de la vida y está dispuesto a seguir ciegamente los dictados de un loco.

—¿Mark Murphy? —propuso Eddie.

—Encaja a la perfección, pero no tiene la preparación necesaria para realizar un trabajo encubierto de este tipo. Eric Stone podría ser otro candidato, pero nos encontramos con el mismo problema. No. Pensaba en Linda. Una mujer levantará menos sospechas. Tiene experiencia en trabajos de inteligencia, y, como hemos visto una docena de veces, sabe mantener la cabeza fría.

—¿Cómo lograrás que funcione?

Juan sonrió con una expresión de fatiga.

—Dame un respiro. Estoy decidiendo sobre la marcha. Los tres nos reuniremos después de la cena y planearemos la estrategia.

—Siempre y cuando no termine siendo otro plan C —se mofó Eddie.

Cabrillo levantó las manos con fingido enfado.

—¿Por qué todos me criticáis tanto? El plan funcionó.

—También funcionan los grandes inventos del TBO.

—Bah. —Juan hizo caso omiso del comentario con un gesto.

Antes de ir a su camarote para lo que esperaba fuesen diez horas de sueño seguidas, bajó en el ascensor al centro de operaciones. Hali Kasim estaba en su puesto, con los papeles desparramados sobre la mesa como si hubiese pasado un huracán. Los auriculares aplastaban su pelo rizado. A diferencia de los demás, cuyos rostros se veían ceñudos cuando estaban ensimismados en sus pensamientos, las facciones semíticas de Hali se mantenían serenas, una clara señal de que su cerebro funcionaba al máximo.

Se sorprendió al intuir la presencia de Cabrillo a su lado. Se quitó los auriculares

y se masajeó las orejas.

—¿Qué tal va? —preguntó Juan.

Momentos después de visitar a la doctora Huxley para preguntar cómo estaba Kyle, Juan había pedido a Hali que escuchara la grabación de lo que pudiese haber captado el micro que había colocado en el despacho de Gil Martell.

—Me recuerda aquella leyenda urbana de que se oyen voces cuando tienes sintonizado el televisor en un canal que no emite. —Le entregó los auriculares a Juan.

Estaban tibios y un poco húmedos cuando se los puso. Kasim pulsó una tecla del ordenador. La estática sonó en los oídos de Juan, pero por debajo se oía alguna cosa. Aunque decir que eran palabras sería una exageración. Era más parecido a unos tonos bajos que subrayaban los chasquidos electrónicos. Se quitó los auriculares.

—¿Has intentado limpiar la grabación?

—Esto es lo que tenemos después de limpiarla. Dos veces.

—Ponía en el altavoz desde el principio —le pidió Juan.

Unos segundos más tarde comenzó la grabación. Como el micrófono se activaba con el sonido, permanecía inactivo hasta que alguien entraba en la habitación.

—Oh no, oh no, oh no. Esto no puede estar pasando.

La voz de Gil Martell sonaba atemorizada, aunque conseguía mantener su encanto californiano. Luego se oyeron cajones que se abrían y se cerraban; quizá Martell quería comprobar si le habían robado. Crujió una silla cuando se sentó.

—Veamos Gil, contrólate. ¿Qué hora es en California? ¿Qué más da?

Se oyó cómo marcaba un número de teléfono y, después de una larga pausa, Martell empezó a hablar.

—Thom, soy Gil Martell.

Juan pensó que Thom debía de ser Thomas Severance, que dirigía el movimiento responsabilista con su esposa, Heidi.

—Alguien he entrado en el centro hará unos quince minutos. Parece una operación de rescate. Se han llevado a uno de nuestros miembros que dormía en su habitación... ¿Qué? Ah, Kyle Hanley... No, no, todavía no. Llevaba aquí poco tiempo... Los guardias me han dicho que eran una docena. Todos iban armados. Ahora los están persiguiendo, así que hay una posibilidad de que consigamos recuperar al muchacho, pero quería que lo supieras. —Siguió una larga pausa mientras Martell escuchaba a su superior—. Será mi siguiente llamada. Hemos repartido el suficiente dinero entre las autoridades locales para que no investiguen demasiado. Pueden decir que los polis locales detuvieron a unos traficantes de armas, terroristas o algo por el estilo... ¿Podrías repetirlo? Te oigo muy mal... Oh sí. Primero entraron en mi despacho y luego fueron... ¡Espera! —La voz de Martell se alzó y sonó a la defensiva—. No es necesario que mandes a Zelimir Kovac. Podemos ocuparnos de esto nosotros... ¿Bichos? Todo el país está lleno de ellos. Ah, te refieres a un micro. ¡Maldita sea! Lo siento.

Cabrillo escuchó de nuevo el ruido de cajones que se abrían y se cerraban, y

luego el estallido de la estática. Martell había encendido un interferidor electrónico para desactivar cualquier micrófono que hubieran colocado.

Hali detuvo la grabación.

—Continuaré trabajando, pero no creo que consigamos nada más.

—Cualquier cosa que encuentres compensará el esfuerzo. —Cabrillo se frotó los ojos cansados.

—Tendrías que irte a dormir —comentó Hali, sin necesidad. Juan se estaba durmiendo de pie.

—¿Tienes a alguien averiguando quién es el tal Zelimir Kovac?

—Lo he buscado en Google pero no hay nada. Cuando Eric entre de servicio intentará averiguarlo.

—¿Dónde está ahora?

—Tratando de conquistar a nuestra paciente en la enfermería. Le ha llevado el desayuno; quiere aprovechar que Mark está durmiendo en su camarote.

Juan se había olvidado completamente de Jannike Dahl. Sabía que no tenía familiares cercanos, pero probablemente había algunas personas en su país que creían que había muerto con todos los demás a bordo del *Golden Dawn*. Por desgracia, esas personas tendrían que sufrir un poco más. No tenía claro por qué quería retrasar la noticia de su rescate, pero ese sexto sentido que le había sido tan útil a lo largo de los años le decía que debía mantener en secreto que estaba viva.

Las personas responsables del ataque al barco creían haberlos matado a todos. Había una ventaja en saber algo que ellos no sabían, aunque Juan ignoraba qué era. Por el momento, Janni estaba segura con ellos a bordo del *Oregon*. Dejó a Kasim ocupado en lo suyo, y se dirigió al piloto.

—Timonel, ¿cuál es la hora de llegada a Heraklion?

—Llegaremos alrededor de las cinco de la tarde.

Se dirigían a la capital de Creta, donde Tiny Gunderson los esperaba con el Gulfstream para llevar a Max, a Eddie y a Kyle a su cita en Roma. Tenía hasta entonces para reconsiderar si mantenía a la joven a bordo. Fue a su puesto de trabajo y escribió unas instrucciones para Kevin Nixon del taller de magia, para que le preparase un pasaporte. También apuntó que consultaría con Julia antes de tomar la decisión final. Si mantenía a Janni en el barco, cabía la posibilidad de que Huxley pudiese descubrir qué había ayudado a la joven a sobrevivir a los efectos de la toxina, en caso de que Mark y Eric estuvieran equivocados al señalar que había sido una intoxicación alimentaria.

Diez minutos más tarde, Cabrillo estaba en su cama y dormía tan profundamente que, por primera vez en mucho tiempo, no necesitó el protector bucal para impedir que le rechinasen los dientes.

Capítulo 16

A Zelimir Kovac le gustaba matar.

No había descubierto esta vocación hasta que había estallado la guerra civil en su nativa Yugoslavia y había sido reclutado en el ejército. Antes de entrar en él, Kovac era albañil y boxeador aficionado en la categoría de pesos pesados. Fue en el ejército donde encontró su verdadera vocación. Durante cinco gloriosos años, él y su unidad de hombres dejaron un rastro de muerte por todo el país asesinando a centenares de croatas, bosnianos y kosovares.

Al producirse la intervención de la OTAN en 1999, Kovac, que había nacido con otro apellido, escuchó rumores de que se celebrarían juicios contra los autores de crímenes contra la humanidad. Estaba seguro de que encabezaría la lista de aquellos a quienes juzgarían las autoridades, así que desertó; escapó primero a Bulgaria y después a Grecia.

Con una estatura de casi dos metros, y el físico de un luchador, no tardó mucho en encontrar un puesto en los bajos fondos de Atenas como matón. El conocimiento de la vida callejera y su brutalidad fueron recompensados con ascensos dentro del crimen organizado; su fama aumentó cuando mató a toda una banda de traficantes albaneses que intentaban introducirse en el tráfico de heroína.

Durante sus primeros años en Atenas comenzó a leer libros en inglés para aprender el idioma. Los temas que trataran no tenían ninguna importancia; leyó biografías de personas de las que nunca había oído hablar, historias de lugares que no le interesaban y novelas cuyas tramas lo aburrían. El hecho de que los libros estuviesen escritos en inglés era lo único importante.

Siguió así hasta que encontró un libro muy manoseado en una librería de viejo. El título le intrigó: *We're Breeding Ourselves to Death*, del doctor Lydell Cooper. Creyó que se trataba de un libro de sexo y lo compró.

En él encontró una explicación racional a todo lo que creía desde la guerra. Había demasiadas personas en el planeta, y, a menos que se hiciese algo, el mundo estaba condenado. Por supuesto, el doctor Cooper no destacaba ningún grupo étnico en particular, pero Kovac, que leyó el libro desde su perspectiva racista, estaba seguro de que el autor se refería a las razas inferiores, como las que Kovac había matado durante tanto tiempo.

Sin depredadores naturales, no hay límites para el crecimiento de la población, y los códigos impresos en nuestro ADN para que procreemos indican que no nos detendremos. Solo ese obstáculo se interpone en nuestro camino, pero cada día estamos más cerca de erradicar también esta amenaza.

Interpretó estas palabras como que la humanidad necesitaba depredadores para acabar con los débiles y permitir que los fuertes prosperasen. Aunque esta no era en

absoluto la intención de Cooper. No era partidario de ningún tipo de violencia, pero eso a Kovac no le importaba. Había encontrado una causa en la que creer de verdad. La humanidad necesitaba de nuevo depredadores, y Kovac quería ser uno de ellos.

Cuando descubrió que el movimiento responsabilista había abierto un centro en las afueras de Corinto, supo que encontrar aquel libro había sido providencial.

Thomas Severance en persona estaba en el centro el día en el que Kovac se presentó para ofrecer sus servicios. Los dos hombres hablaron durante horas de los detalles cruciales de la obra del doctor Cooper y de la organización que había generado. De una manera sutil, Severance hizo comprender a Kovac la verdadera filosofía que había detrás del responsabilismo pero en ningún momento intentó desengañar al serbio.

«Nosotros no somos violentos, Zelimir —le dijo Severance—, pero hay quienes no nos comprenden y quieren impedir que se difunda el mensaje de nuestro gran fundador. Nadie ha intentado herirnos hasta el momento, me refiero, físicamente, pero sé que llegará, porque hay personas que no quieren que se les diga que son parte del problema. Nos atacarán y necesitamos que tú nos protejas; esa será tu función».

De ese modo, Zelimir Kovac continuaría su trabajo de matón, solo que esta vez lo haría para los responsabilistas y para él mismo en lugar de hacerlo para los señores de las drogas y los dictadores.

Gil Martell se veía elegante detrás de su mesa, con el pelo rubio peinado hacia atrás y sus brillantes dientes blancos, cuando entró Kovac. Martell solo pudo mantener la pose unos segundos antes de que la sonrisa se esfumase.

Relacionarse con Thom Severance había sido bueno para él. Lo había sacado de Los Ángeles antes de que la policía acabase de nuevo con su negocio de coches robados. Tenía una gran casa frente al mar muy cerca del centro y muchas mujeres dispuestas a irse a la cama con él entre los responsabilistas que iban a Grecia. No negaba el peligro de la superpoblación. Sin embargo, no se creía ninguna de esas pamplinas de las membranas extraterrestres, pero era un vendedor consumado y fingía creer en ello como los más convencidos.

En cuanto al plan maestro de Thom y Heidi, ¿a él qué le importaba un montón de gente rica en un barco de crucero?

Solo cuando tenía a Kovac cerca se venía abajo la fachada. El gigante serbio era lisa y llanamente un psicópata. Gil no conocía sus antecedentes, pero tenía claro que había participado en la limpieza étnica ocurrida en Yugoslavia a finales de los noventa. El rescate de Kyle Handley había sido un desastre, pero Martell se consideraba capaz de afrontar las consecuencias. No necesitaba tener a Kovac espionando sobre su hombro para informar de todos los detalles a Thom y a Heidi. Reconocía que había cometido un error al no comprobar si habían instalado un micro en el despacho, pero no había dicho nada importante antes de poner en marcha el interferidor electrónico. Era un pequeño error que no justificaba que Thom enviase a su siniestro mastín.

Kovac se llevó un dedo a los gruesos labios en un gesto de silencio antes de que Martell hablara. Cuando Kovac llegó a la mesa, apagó el interferidor y sacó un pequeño artefacto del bolsillo interior de la chaqueta de cuero negra. Hizo un barrido sistemático de la habitación, sin desviar ni por un momento sus ojos pequeños de la pantalla mientras pasaba sobre las estanterías, los muebles y la alfombra. Satisfecho, guardó el aparato en el bolsillo.

—¿Así que no hay ningún...?

La mirada de Kovac hundió a Gil Martell en la silla.

Kovac levantó la lámpara de mesa y quitó el diminuto micro de la base. No conocía esa marca en particular, pero se dio cuenta de que era muy avanzado tecnológicamente. Como el micro era tan pequeño, sabía que en algún lugar en un radio de kilómetro y medio o dos había un retransmisor que enviaba la señal del micro a un satélite. Buscarlo sería inútil.

—Fin de la transmisión —dijo en el micro, al tiempo que intentaba disimular al máximo su acento. Luego aplastó el micro entre las uñas hasta reducirlo a partículas no más grandes que un grano de arena. Por último miró a Martell—. Ahora puede hablar.

—¿Era el único?

Kovac no se molestó en responder a una pregunta tan idiota.

—Tendré que inspeccionar todos los lugares donde estuvieron los intrusos. —Sería tedioso pero necesario—. Ordene que los guardias dibujen un mapa de las áreas que pueden estar infectadas.

—Por supuesto. Pero solo entraron en mi despacho y el dormitorio.

Al notar que empezaba a dolerle la cabeza por culpa de la absoluta estupidez de Martell, Kovac se obligó a calmarse. Cuando habló, su inglés tenía mucho acento pero era claro.

—Tuvieron que romper parte del muro, cruzar el centro hasta este edificio y luego ir al dormitorio. Pudieron echar micros por los senderos, arrojarlos a los arbustos, pegarlos a los árboles, e incluso dejar algunos en lo alto de las paredes.

—Oh. No lo había entendido.

Kovac le dirigió una mirada que decía con toda claridad: «Tiene razón. No lo comprende».

—¿Había algo en su ordenador relacionado con la inminente misión?

—Por supuesto que no. Todo está en mi caja de seguridad. Fue lo primero que comprobé después de hablar con Thom.

—Déme el material —ordenó Kovac.

Martell consideró por un momento desafiar al serbio y llamar a Severance, pero sabía que Thom confiaba en Kovac en todo lo referente a la seguridad y que sus protestas no servirían de nada. Cuanto menos tuviese que ver con su plan, mejor. De hecho, incluso quizá era el momento de largarse de allí. La intrusión podía ser un aviso de que debía marcharse mientras pudiese. Ya había robado casi un millón de

dólares del centro griego. No sería suficiente para el resto de su vida, pero desde luego lo dejaría en una situación acomodada hasta que encontrase otra cosa.

Se levantó y fue hasta un rincón de la habitación. Kovac no movió un dedo para ayudarlo a apartar los muebles y doblar la alfombra oriental; quedó a la vista una trampilla y, debajo, una caja de seguridad.

—Las sillas y las mesas estaban en la posición de siempre cuando entré, o sea que no movieron nada —explicó—. Mire, el sello de cera en la cerradura está intacto.

Kovac no se molestó en decirle a Martell que un equipo profesional, como el que había entrado en el centro, sabría dejar el mobiliario en la posición correcta y, si bien el sello era un detalle importante, se podía duplicar si se disponía de tiempo. En cualquier caso, no creía que la caja fuese el objetivo. Había leído el expediente que tenían de Kyle Hanley, y sospechaba que la familia del joven californiano había contratado a un equipo especializado en el rescate de rehenes para recuperar a su hijo. Sin duda también habrían contratado a un desprogramador. Y lo más probable era que fuese Adam Jenner.

Solo pensar en ese nombre hizo que Kovac apretase los puños.

—Allá vamos —dijo Martell, y sacó un cofre de la caja blindada. Tenía un teclado electrónico en la tapa. El director del centro tecleó la clave y miró a Kovac con una expresión burlona—. Según la memoria, no se ha abierto en cuatro días, o sea cuando recibí las últimas actualizaciones de Thom.

Un niño podría haber reprogramado la cerradura con un cable USB y un ordenador, pero, de nuevo, Kovac se mordió la lengua.

—Ábrala.

Martell pulsó los números de la combinación. El mecanismo emitió un pitido y la tapa se abrió. En el interior había un sobre de tres centímetros de grosor. Kovac tendió la mano para que Martell se lo diese. Echó un rápido vistazo a las páginas. Eran listas de nombres, barcos, puertos, horarios, y también breves biografías de los tripulantes. Algo totalmente inocuo para cualquiera que no conociese su significado. Las fechas mencionadas no eran muy lejanas.

—Cierre la caja —dijo Kovac.

Martell lo hizo, guardó el cofre en la otra más grande y cerró la puerta.

—Pondré el sello más tarde.

Kovac lo miró, furioso.

—Está bien, lo haré ahora. —El tono de Martell era petulante. Tenía el lacre sobre la mesa, y el sello era un anillo del instituto que llevaba aunque no le pertenecía. Unos minutos más tarde, la alfombra tapaba de nuevo la trampilla y el sofá, las sillas y la mesa de centro volvían a estar en la posición anterior.

—¿Kyle Hanley sabía algo de esto? —Kovac levantó el expediente como un fanático que muestra un libro sagrado.

—No. Ya se lo expliqué a Thom. Kyle llevaba aquí poco tiempo. Vio las máquinas pero no sabe nada del plan.

La respuesta despreocupada de Martell provocó una expresión de sospecha en el rostro de Kovac. La habitación pareció enfriarse varios grados. Gil tomó una decisión. En cuanto Kovac se marchara, iría a su casa, haría las maletas y tomaría el primer avión a Suiza, donde tenía su cuenta numerada.

—Es posible que escuchase los rumores —corrigió.

—¿Qué tipo de rumores, Martell?

A Gil no le gustó cómo Kovac dijo su apellido y tragó saliva.

—Algunos de los chicos hablan de un retiro marino, como aquellos que se fueron en el *Golden Dawn*. Lo describen como si fuese algo muy divertido.

Por primera vez, la calma de Kovac pareció fallar.

—¿Tiene alguna idea de lo que ocurrió en aquel barco?

—No. No permito que nadie vea las noticias o consulte internet. Yo tampoco lo hago. ¿Por qué, pasó algo malo?

Kovac recordó las palabras del señor Severance cuando este le había llamado por teléfono desde California aquella mañana: «Haga lo que considere oportuno». Ahora comprendía qué había querido decir el líder responsabilista.

—El señor Severance no confía mucho en usted.

—Cómo se atreve. Me puso a cargo de este centro y de la formación de nuestra gente —protestó Martell—. Confía tanto en mí como en usted.

—No, señor Martell, no es así. Verá, hace dos días estuve en el *Golden Dawn* y participé en un experimento. Fue algo glorioso. Todos los que viajaban en el barco murieron de una manera que no habría imaginado ni en mis peores pesadillas.

—¿Que ellos qué? —gritó Martell, impresionado por la noticia y por la manera reverente en la que lo había dicho, como si hablase de una obra de arte o de la belleza de un niño dormido.

—Están muertos. Todos ellos. El barco está hundido. Tuve que cerrar el acceso al puente antes de soltar el virus, para que nadie pudiese informar de lo que pasaba. Se propagó por el barco como el fuego. No debió de tardar más de una hora. Jóvenes y viejos, no tenía importancia. Sus cuerpos no podían evitarlo.

Gil Martell volvió a colocarse detrás de la mesa como si esta fuese una barrera contra el horror que estaba escuchando. Acercó una mano al teléfono.

—Tengo que llamar a Thom. Esto no puede ser verdad.

—Por supuesto. Llámelo.

La mano de Martell tembló sobre el aparato. Sabía que si hacía la llamada Thom confirmaría todo lo que el matón estaba diciendo. Dos cosas pasaron por su mente. La primera era que estaba metido en aquello hasta el cuello. La segunda, que Kovac no iba a dejar que saliese vivo del despacho.

—¿Qué le dijo el señor Severance de la operación? —preguntó Kovac.

«Haz que siga hablando», pensó Martell, desesperado. Había un botón debajo de la mesa para llamar a su secretaria, que se hallaba en el despacho contiguo. Sin duda Kovac no intentaría nada si había testigos.

—Me dijo que nuestro equipo de investigadores en Filipinas había creado un virus que causa severas inflamaciones en los órganos reproductivos de hombres y mujeres. Añadió que tres de cada diez personas infectadas se volverán estériles y no podrán ayudar a aumentar la población mundial aunque probaran con la fecundación *in vitro*. El plan es propagarlo en diversos barcos de crucero, donde todo el mundo está encerrado, de forma que todos se contagien.

—Esa es solo una parte de la historia —dijo Kovac.

—Entonces, ¿cuál es la verdad? —«¿Dónde demonios está esa condenada mujer?».

—Todo lo que le dijo sobre los efectos del virus es verdad; pero hay algo que usted no sabe. —Kovac sonrió con un gesto triunfal—. El virus es muy contagioso durante unos cuatro meses después de infectar a una persona, incluso si no muestra ningún síntoma. Desde algunos cruceros se propagará por todo el mundo infectando a millones de personas, hasta que todos los hombres, mujeres y niños del planeta estén expuestos. Ese tres de cada diez se acerca a los cinco de cada diez que serán incapaces de procrear una vez que la infección haya hecho su curso. Esto no impedirá que unos pocos miles de pasajeros y tripulantes tengan descendencia. Impedirá que lo tenga la mitad del mundo.

Gil se desplomó en la silla. Movi6 los labios para formar unas palabras pero no se oyó sonido alguno. Los últimos tres minutos habían sido una pesadilla. El *Golden Dawn*. Conocía a un centenar de personas que viajaban en aquel barco, quizá a doscientas. Y ahora aquello. Ese monstruo le estaba diciendo que había estado trabajando durante dos años en un plan para esterilizar con absoluta premeditación a tres mil millones de personas.

No iba a perder el sueño por la esterilización de un par de miles de turistas. Se deprimirían, pero la vida continuaría; además, a consecuencia de ello, estaba seguro de que varios orfanatos se vaciarían.

Sin embargo, tendría que haber visto que aquello iba mucho más lejos. ¿Qué había escrito el doctor Cooper en su libro?

Se podría decir que la mayor transferencia de riqueza en la historia de la humanidad ocurrió cuando la Peste Negra barrió Europa y mató a una tercera parte de su población. Se consolidó la propiedad de las tierras, lo que permitió un mejor nivel de vida, no solo a sus dueños sino también a quienes trabajaban para ellos. Este acontecimiento fue la principal y mayor contribución al Renacimiento y dio paso a la dominación europea del resto del mundo.

—Hemos tomado las palabras del doctor Cooper y las hemos llevado a la práctica —afirmó Kovac, dando voz al horror que resonaba en el abismo que una vez había sido el alma de Martell.

Gil había creído que estaría seguro detrás de la mesa, pero no había contado con la fuerza del gigante. Como si la mesa no fuese más que una caja de cerillas, Kovac la empujó contra Martell, aplastándolo en su silla contra la pared. Abrió la boca para

llamar a la secretaria. Kovac no era muy rápido, por lo que el director responsabilista consiguió soltar un ronco grito antes de que su garganta se cerrase al recibir un terrible golpe en la nuez.

Los ojos amenazaron con salirse de las órbitas mientras luchaba por respirar.

Kovac miró en derredor. No había nada que pudiese utilizar para que aquello pareciera un suicidio; de repente, se fijó en las fotos colgadas en la pared. Observó los rostros y supo cuál utilizaría. Sin preocuparse de Martell, que boqueaba como un pez, Kovac se acercó a la fotografía de Donna Sky.

La actriz era demasiado delgada para su gusto, pero no era necesario forzar mucho la imaginación para creer que Martell se había enamorado de ella. Cogió el cuadro y sacó con mucho cuidado la fotografía del marco. Rompió el cristal en el borde de la mesa.

Kovac inmovilizó a Martell en la silla con una mano, mientras que con la otra buscaba el trozo más grande de cristal, una daga de unos quince centímetros de largo. Soltó la cabeza de Martell y le sujetó uno de los brazos, con la precaución de no apretar demasiado, para no dejar marcas en la piel bronceada.

El cristal le cortó la carne con una resistencia esponjosa y la sangre oscura manó de la herida, formando un charco en la mesa antes de gotear en el suelo. Gil Martell se resistió, forcejeando en la silla, pero no era rival para el serbio. Lo máximo que consiguió fue soltar un áspero gemido que no pudo oírse más allá de las paredes del despacho. Sus movimientos se hicieron más lentos y descoordinados a medida que su fuerza se escapaba por el corte hasta quedar inerte.

Con mucho cuidado para no dejar huellas ensangrentadas, Kovac colocó de nuevo la mesa en la posición correcta. Levantó el cuerpo de Martell del asiento y giró la silla para colocar el cadáver montado a horcajadas. Bajó la cabeza hasta que el morado de su garganta quedó apoyado con fuerza en el respaldo de madera. El forense atribuiría el golpe en la cabeza a haber caído hacia delante debido a la pérdida de sangre. El detalle final fue colocar la fotografía de Donna Sky de forma que pareciera que había sido la última cosa que Gil Martell había mirado antes de morir.

En el momento en que Kovac salía del despacho, la secretaria de Martell entraba en el edificio por la puerta principal. Llevaba una taza de café y un gran bolso. Rondaba los sesenta, llevaba el pelo mal teñido y le sobraban veinticinco kilos.

—Ah, hola señor Kovac —dijo, con voz alegre.

Él no recordaba el nombre, así que respondió:

—El señor Martell ya está en su despacho. Como puede suponer, está muy alterado por lo que sucedió anoche.

—Fue terrible.

—Sí, así es —asintió Kovac, con gesto sombrío. Notó la vibración del móvil en el bolsillo—. Dice que hoy no se le debe molestar por ningún motivo.

—¿Va usted a descubrir quién nos atacó y traerá de nuevo al pobre muchacho al rebaño?

—Es por eso por lo que el señor Severance me pidió que viniese.

«Patricia», recordó. Se llamaba Patricia Ogdenburg. Miró la pantalla del móvil. Era Thom Severance que pedía que lo llamara por una línea segura. A la vista de que habían hablado por la mañana, sin duda había pasado algo grave. Kovac guardó el móvil en el bolsillo.

Patricia echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Perdóneme por ser franca, pero debe saber que aquí hay muchas personas que se sienten intimidadas por usted. —En vista de que él no respondía, la secretaria añadió—: Creo que es tan duro como parece, pero también creo que es una persona muy afectuosa y caritativa. Usted comprende qué es la responsabilidad social, y su presencia es un consuelo para mí. Hay muchas personas ignorantes que no comprenden el bien que hacemos. Me alegra que esté aquí para protegernos. Dios lo bendiga, Zelimir Kovac. —Se rió—. Se ha sonrojado. Creo que lo he avergonzado.

—Es usted muy amable —manifestó Kovac, que se imaginó la soledad que la había impulsado, como a él, al responsabilismo.

—Si un cumplido puede hacer que se sonroje, entonces sé que estoy en lo cierto.

«Qué equivocada está», pensó Kovac mientras salía del edificio sin mirar atrás.

Capítulo 17

El hotel se hallaba en un histórico edificio de seis pisos no muy lejos del Coliseo. La *suite* que habían alquilado ocupaba casi una cuarta parte del último piso y tenía un balcón con una barandilla de hierro forjado que rodeaba toda la planta.

Kyle aún continuaba bajo los efectos del sedante cuando Max empujó la silla de ruedas a través de la suntuosa entrada. Por la forma en la que su hijo murmuraba dedujo que no tardaría más de un par de horas en despertar.

—Hola —dijo alguien desde el interior de la habitación.

—Hola —contestó Max—. ¿El doctor Jenner?

—Así es, soy yo.

Jenner entró en el vestíbulo desde el salón. Vestía un traje color carbón con unas rayas finas y un jersey blanco de seda. Max se fijó en que también llevaba unos guantes de cuero muy delgado y que sus manos se torcían de forma poco natural.

Fue incapaz de calcular la edad del psiquiatra. Solo vio unas pocas canas y un rostro bronceado que tal vez se había sometido a un estiramiento, porque quedaban algunos rastros de arrugas alrededor de los ojos y la boca, probablemente eliminadas por un bisturí. A la vista de lo que cobraba Jenner por sus servicios como desprogramador, podría haberse permitido los mejores cirujanos plásticos del mundo; sin embargo, su rostro tenía esa expresión de perplejidad, como la de un animal deslumbrado por los faros de un coche, habitual en las intervenciones de cirugía plástica baratas.

Era una incongruencia sin mayor importancia, aunque Max se sorprendió de todas maneras. Tendió la mano.

—Max Hanley.

Jenner levantó las manos enguantadas.

—Me perdonará si no le estrecho la mano. Me las quemé en un accidente cuando era joven.

—Oh, no pasa nada. Este es Eddie Seng, un miembro de la compañía que rescató a mi hijo, y este es Kyle.

—Es un placer conocerlo, doctor —dijo Eddie—. Lamento no haber podido darle el nombre del hotel hasta que usted llegó a Roma. Cuestiones de seguridad.

—Me hago cargo. —Jenner los llevó a uno de los tres dormitorios de la *suite*. Acomodaron a Kyle, vestido con una bata de hospital, en una cama con dosel, y cerraron las cortinas. Max pasó el dorso de la mano por la barbilla del muchacho. En sus ojos se veían el amor, el dolor, el desconsuelo y la culpa.

—Lo recuperaremos —afirmó Adam Jenner, que sin duda había visto la expresión de Max en innumerables padres a lo largo de su carrera.

De nuevo en la sala, donde los ventanales estaban abiertos, llegaba el sonido del

famoso tráfico de Roma como un zumbido de fondo. Por encima del tejado de un edificio de apartamentos al otro lado de la calle, se alzaban las imponentes paredes de mármol travertino y los arcos de la construcción más famosa de la ciudad. Con una capacidad para casi cincuenta mil espectadores, el Coliseo era tan grande como cualquier estadio moderno.

—Espero que todo haya ido bien —dijo Jenner. Tenía un leve acento que Max no conseguía identificar, como si hubiese sido criado por unos padres que no hablaban inglés.

—La verdad es que no —admitió Max.

—¿De verdad? ¿Qué pasó?

«También los ojos», pensó Max. Había algo en ellos. Detrás de las elegantes gafas de Jenner, sus ojos castaños parecían extraños. Max podía leer en los ojos de alguien y saber al instante qué tipo de persona era, pero con Jenner no consiguió nada.

—Ahora, los responsabilistas emplean a guardias armados —dijo Eddie al ver que Max no respondía.

Jenner se acomodó en un lujoso sofá con un suspiro.

—Siempre he temido que llegaría este día. Thom y Heidi Severance se han vuelto más paranoicos en los últimos años. Supongo que era inevitable que acabaran contratando a hombres armados. Lo siento de verdad. Tendría que haberles avisado de mis sospechas.

Eddie tranquilizó a Jenner con un gesto.

—Ninguno de mis hombres resultó herido, así que no tiene importancia.

—Es usted demasiado modesto. Yo también he combatido, así que comprendo por lo que han pasado.

«Vietnam», pensó Max, y supuso que Jenner tenía más o menos su edad. Un misterio aclarado; se sintió mejor.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó.

—En circunstancias normales, tendríamos una reunión con los amigos y familiares de Kyle para hacerle saber que cuenta con el apoyo necesario para alejarse de los responsabilistas. Sin embargo, en este caso necesitaré hablar con Kyle a solas durante las primeras sesiones. Será una conmoción para él cuando despierte y vea lo que ha pasado. —Jenner esbozó una sonrisa—. Sé por experiencia que dicha conmoción se convierte en ira con gran rapidez.

—Kyle no es violento, si es eso lo que le preocupa —le aseguró Max—. A diferencia de su padre, el chico no tiene ese temperamento.

—Por lo general suelo recetar algo para que los sujetos permanezcan calmados hasta que pase la conmoción. —Señaló con una de las manos enguantadas una mesa donde había un viejo maletín negro de médico junto a un jarrón con flores.

—¿A cuántas personas ha atendido, doctor?

—Por favor, llámeme Adam. A más de doscientas.

—¿A todas con éxito?

—Desearía poder decir que sí, pero no es el caso. Algunas de ellas se suicidaron, y otras, incluso más, volvieron al culto. La verdad es que es muy triste. Las personas se sienten atraídas porque perciben como una muy buena labor lo que hacen los responsabilistas, pero cuando llevan allí un tiempo el grupo comienza a ejercer un mayor control, sobre todo logrando que los miembros pierdan el contacto con sus seres queridos. Una vez que eso ocurre, resulta más difícil conseguir que recuperen su vida real.

—¿Por qué las personas permiten que ocurra? —preguntó Eddie, aunque ya sabía la respuesta. Era igual que en Chinatown, cuando era un adolescente. La presión para unirse a una banda era muy fuerte y, una vez que lo hacías, ya nunca dejaban que te marcharas.

—La soledad, la sensación de estar apartado del mundo. Los responsabilistas logran que sientan que forman parte de algo mucho más grande que ellos mismos, algo importante que puede dar un significado a su vida. Son más o menos los mismos motivos que empujan a otros a las drogas o al alcohol, y la rehabilitación es similar. Por tanto, obtienes tantos éxitos como fracasos.

—Según su madre, Kyle solo lleva unos meses metido en el responsabilismo, lo que me lleva a esperar que no tenga mayores problemas con la rehabilitación.

—El tiempo no tiene nada que ver —señaló Jenner—. Lo importante es hasta qué punto ha permitido que envenenasen su mente. Una vez tuve el caso de una mujer que llevaba solo dos semanas asistiendo a las reuniones de los responsabilistas cuando su marido se preocupó y contrató mis servicios. Ella acabó divorciándose y ahora es la secretaria del director del centro griego donde usted rescató a su hijo. Patrie Ogdenburg. Es curioso que recuerdes los nombres de tus fracasos pero ninguno de tus éxitos.

Max y Eddie asintieron a la vez, a ellos les pasaba lo mismo.

—Tengo curiosidad —dijo Eddie—. ¿Cómo es que alguien con tanto éxito como Donna Sky se mezcló en algo como esto?

—Por lo mismo que cualquier otro. Que tenga galardones, premios y multitud de admiradores no significa que esté menos sola que cualquier otra persona. Muy a menudo, los famosos viven más apartados de la realidad que la mayoría y son fáciles de convencer. En el mundo real, la persiguen los admiradores, pero dentro de la organización, solo es Donna. Sin embargo, su fama ayuda a reclutar nuevos miembros cada día.

—Es algo que nunca entenderé —se lamentó Max.

—Es por eso por lo que me contrató. —Jenner habló en tono alegre para aliviar el humor sombrío—. No es necesario que lo comprenda. Lo único que debe hacer es estar preparado para mostrarle a su hijo lo mucho que lo quiere.

—¿Sabe usted algo de un centro responsabilista en Filipinas? —preguntó Eddie para cambiar de conversación.

Jenner hizo una pausa para pensar.

—Nada específico. No me sorprendería que tuviesen allí clínicas de planificación familiar, pero... no, espere, tiene razón. Oí que estaban abriendo otro centro. Creo que compraron unas tierras en algún lugar, pero que no construyeron nada o muy poco.

—¿Y sobre alquilar un barco de crucero?

—¿Se refiere al *Golden Dawn*? ¡Qué tragedia! Sospecho que es lo que llaman un retiro marítimo. Lo han hecho varias veces durante los últimos dos años. A menudo alquilan todo un barco, o por lo menos reservan la mitad de los camarotes, para hacer reuniones y hablar del movimiento. Participé en uno de ellos solo para ver de qué iban. Me pareció que era una herramienta para reclutar a viudas solitarias y adineradas que disponían de las pensiones de sus difuntos maridos. —Jenner se levantó—. Voy a ver cómo está Kyle.

En cuanto salió de la habitación, Max se acercó a un aparador en el que las botellas estaban alineadas como soldados en un desfile. Se sirvió un poco de *whisky* en una copa e hizo un gesto a Eddie para preguntarle si quería uno. Eddie declinó la invitación.

—Esto no es una misión —dijo Max, y bebió un sorbo—. No es necesario que seas abstemio.

—No importa. ¿Qué te parece?

—Creo que hemos acertado con él. Desde luego, sabe a qué se enfrenta. ¿Tú qué opinas?

—Estoy de acuerdo. Linda hizo un gran trabajo al encontrarlo, y estoy seguro de que Kyle se recuperará.

—Gracias por hacernos de niñera —dijo Max, pero había mucho más detrás de sus palabras.

—Tú harías lo mismo por cualquiera de nosotros.

Sonó el móvil de Max. Lo sacó del bolsillo. En la pantalla el identificador de llamadas ponía director.

—Hemos llegado, sanos y salvos —comentó a modo de saludo.

—Me alegra mucho saberlo —contestó Cabrillo—. ¿Jenner está allí?

—Sí. Eddie y yo estábamos hablando de lo afortunados que hemos sido al encontrarlo.

—Bien.

—¿Qué tal va todo en el *Oregon*?

—Acabo de hablar por teléfono con Langston. Creo que Julia va a tener que ponerme unos puntos en el culo porque me lo he destrozado por llevar el barco por el canal de Corinto.

—Se cabreó un poco, ¿no?

—Amigo mío, cabreado no es la palabra. A través de canales secretos, está intentando convencer a los griegos de que no se trató de un ataque terrorista para

destruir el canal. Por todos los demonios, quieren llamar a la OTAN.

Max torció el gesto.

—¿Qué te dije de tus malditos planes C?

—Si cualquier otra operación requiere un plan C —respondió Juan con voz risueña—, tendrás mi renuncia.

—Te tomo la palabra, y pongo a Eddie por testigo.

Cabrillo dejó las bromas aparte.

—¿Qué tal está Kyle?

—No tardará en despertar. Entonces lo sabremos.

—Tienes a todo un barco pensando en vosotros.

—Esto ha sido duro —admitió Max—. Mucho más de lo que creía.

—Es tu hijo. A pesar de que no estuvierais muy unidos, todavía le quieres. Eso no hay quien lo cambie.

—Lo que pasa es que estoy muy enojado.

—No, Max, te sientes culpable, que es muy distinto. Tienes que superarlo, o no podrás ayudarlo. La vida es como es. Podemos cambiar algunas cosas y otras no. Solo tienes que ser lo bastante listo para ver la diferencia y actuar en consecuencia.

—¿Sabes?, tengo la sensación de haberle fallado.

—No hay padre en el mundo que no se sienta así respecto a sus hijos en algún momento. Es parte del proceso.

Max digirió lo que Cabrillo había dicho y asintió. Al darse cuenta de que Juan no podía ver el gesto, dijo a regañadientes:

—Tienes razón. Pero...

—Duro. Lo sé. Max, cuando estamos en una operación, planeamos cada detalle, cada posible contingencia, para que nada nos pille por sorpresa. E incluso así, nos encontramos con problemas. Piensa en hacer lo mismo con otras facetas de nuestra vida. Es imposible. Estás haciendo lo que haría cualquier buen padre. Ahora estás allí para cuidar de Kyle. No puedes saber si esto habría ocurrido de haber estado con él mientras crecía. Solo preocúpate del aquí y el ahora. ¿Vale?

—Serás todo un padrazo algún día.

—¿Me tomas el pelo? —Juan rió—. Sé lo podrido que está el mundo. No lo dejaría salir de su dormitorio hasta que cumplierse los treinta e incluso entonces solo le permitiría ir hasta la valla del jardín.

—¿Dónde estáis ahora?

—Algo más al sur que vosotros. Llegaremos a la Riviera a última hora de mañana por la noche y tendremos organizada la vigilancia del traficante de armas para la mañana siguiente.

—Tendría que estar con vosotros.

—Tienes que estar con Kyle. No te preocupes por nada. Tómate el tiempo que necesites. ¿De acuerdo?

—Vale. —Eddie hizo un gesto para pedirle el móvil—. Espera, Eddie quiere

hablar contigo.

—Juan, he estado hablando con Jenner y ha mencionado que los responsabilistas habían alquilado barcos de crucero en otras ocasiones.

—¿Y?

—Quizá sea una pérdida de tiempo, pero Eric y Mark podrían comprobar esos viajes, para ver si pasó algo raro.

—No es mala idea. ¿Algo más?

—Dice que corren rumores de que están construyendo un nuevo centro en Filipinas. Si fue allí donde estuvieron los cuatrocientos responsabilistas, debieron de adelantar más la construcción de lo que el doctor Jenner sabe. Valdría la pena averiguarlo.

—De acuerdo —aceptó Cabrillo.

Jenner salió del dormitorio y cerró la puerta.

—Kyle está despertándose —dijo, con un susurro teatral—. Creo que lo mejor será que nos dejen solos un rato. —Fue hasta donde tenía el maletín y sacó un objeto cilíndrico del tamaño de una lata de cerveza—. Esto es un cierre que se instala en el pomo de la puerta para que no se pueda abrir desde el interior.

—Juan, tenemos que irnos —dijo Eddie y cortó la comunicación.

Max ya se había levantado.

—¿Durante cuánto rato?

—Déme su número de móvil y lo llamaré. No creo que tarde más de un par de horas. Kyle y yo hablaremos un poco y luego le administraré un sedante.

Max miró la puerta cerrada del dormitorio y a Jenner, sin saber qué era lo correcto.

—Confíe en mí, señor Hanley. Sé lo que hago.

—De acuerdo. —Max escribió el número en una hoja con el membrete del hotel. Dejó que Eddie lo precediese al salir de la *suite* hacia el elegante vestíbulo donde estaban los ascensores. Eddie vio la preocupación en el rostro de Hanley incluso a pesar del distorsionado reflejo de las pulidas puertas de latón. Escucharon un chasquido cuando Jenner colocó la traba en el pomo.

—Vamos, te invito a cenar —dijo Eddie.

—Creo que necesito una buena comida italiana —comentó Max, para demostrar que no estaba tan afectado.

—Lo siento, compañero. Comida china o nada.

Capítulo 18

El *Oregon* surcaba las oscuras aguas del Mediterráneo a una velocidad apenas superior a los veinte nudos, muy por debajo de su capacidad, debido a que había docenas de barcos que recorrían las rutas marítimas. Por lo tanto, casi no había sensación de movimiento en el lujoso comedor. De no ser por el zumbido de fondo de los motores y las bombas, Cabrillo podría pensar que estaba en un restaurante de cinco tenedores de algún elegante bulevar de París.

Juan vestía una americana de verano y una camisa a medida sin corbata. Los gemelos eran minúsculas brújulas y los zapatos italianos. Al otro lado de la mesa, Linda Ross llevaba pantalones deportivos y una camiseta negra; incluso sin maquillaje, su piel resplandecía con la luz de las velas que resaltaba las pecas en las mejillas y la nariz.

Juan giró el pie de la copa de vino y bebió un sorbo.

—Si Maurice ha mandado al personal que preparara una cena especial, lo menos que podrías haber hecho era vestirte para la ocasión.

Linda untó con mantequilla un trozo de pan todavía caliente.

—Me crié con un montón de hermanos, aprendí a comer deprisa y siempre que había comida a la vista. De lo contrario, pasaba hambre.

—¿Tan duro era?

—¿Alguna vez has visto unos de esos documentales cuando los tiburones se alimentan o una manada de lobos da caza a un ciervo? Mi hermano mayor, Tony, a veces incluso nos gruñía. —Sonrió al recordarlo.

—Mis padres insistían mucho en los modales —dijo Juan—. Me castigaban si apoyaba los codos sobre la mesa.

—Nuestra única regla era que los cubiertos debían usarse para comer y no los unos contra los otros.

—¿Estás segura de lo de mañana? —preguntó Juan, sin poder evitar introducir una cuestión de trabajo en la conversación. Incluso en aquel lujoso entorno, la influencia de sus profesiones siempre se imponía.

—He estado estudiando todo el día. Quizá no esté preparada para dar una conferencia responsabilista, pero estoy más que capacitada para mantener una conversación con cualquiera de ellos. Debo admitir que cuanto más sé, más estrambótico me parece. ¿Cómo puede alguien creer que una inteligencia extraterrestre de un universo paralelo controla nuestras vidas?

—Hay gente para todo —dijo Juan. Siempre había sido partidario de que mientras no hiciesen daño a los demás, las creencias personales fueran una elección de cada individuo, y él no era quién para juzgar—. Ya sabes que después de lo que hicimos, su seguridad estará en alerta máxima.

—Lo sé. Quizá ni siquiera me dejen entrar, pero vale la pena correr el riesgo.

Juan estaba a punto de responder cuando cuatro personas aparecieron en la puerta del comedor. Julia Huxley vestía la bata blanca, como siempre, mientras que a cada lado de ella, Mark Murphy y Eric Stone se habían arreglado. Ambos llevaban americana y corbata, aunque los faldones de la camisa de Mark asomaban por debajo. La formación militar de Eric le había enseñado cómo comportarse y vestir, pero se notaba que se sentía incómodo con aquellas prendas. Aunque también era posible que fuese el cuarto integrante del grupo quien lo ponía incómodo.

Julia desató el pañuelo que tapaba los ojos de Jannike Dahl; le habían impedido ver cualquier parte del barco, más allá de la enfermería, y ahora el comedor. Juan había permitido que saliera de la enfermería, con la condición de que llevase una venda. Janni llevaba un vestido que le habían prestado en el taller de magia de Kevin Nixon, y, a pesar de que aún estaba convaleciente, Juan comprendió la turbación de Stone y de Murphy. Aquella muchacha encantadora y delicada podía dejar sin habla incluso al galán más experimentado. Ahora que había desaparecido la palidez, podía apreciarse su tez morena. Su cabello parecía una onda de obsidiana que le caía sobre el hombro desnudo.

Cabrillo se levantó cuando se acercaron.

—Señorita Dahl, está usted preciosa.

—Gracias, capitán Cabrillo —contestó la joven, que aún intentaba orientarse.

—Le pido disculpas por la venda, pero hay zonas del barco que no podía permitirle que viese. —Sonrió para sus adentros, al ver cómo Eric y Mark se peleaban para acercarle la silla.

—Usted y su tripulación me han salvado la vida. Nunca cuestionaría sus decisiones. —Su voz y acento tenían un tono tan encantador que cautivó a los tres hombres—. Solo estoy agradecida por poder levantarme un rato.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Linda.

—Mucho mejor. Gracias. La doctora Huxley ha logrado controlar mi asma, así que ya no he tenido más ataques.

Eric tuvo el honor de sentarse a la izquierda de Janni. Mark lo miró furioso mientras daba la vuelta a la mesa para sentarse junto a Linda.

—Por desgracia, ha habido una confusión con el personal de la cocina. —En el mismo momento en el que Cabrillo pronunciaba esas palabras, los camareros, encabezados por Maurice, salieron de la cocina cargados con bandejas. El sobrecargo principal del *Oregon* culpaba a Juan por el error—. Por algún motivo —continuó Juan, mirando con ojos como dagas a Mau rice—, creían que era de Dinamarca y no de Noruega. Querían preparar alguno de sus platos nacionales, pero en su lugar tenemos una comida tradicional danesa.

—Es muy amable por su parte —dijo Janni, con una sonrisa—. Ambas se parecen tanto que no notaré la diferencia.

—¿Has oído eso, Maurice?

—No.

—Creo que tenemos arenque —prosiguió Juan—, que es el primer plato de cualquier comida tradicional, seguido de *fiske boller*, que creo que son albóndigas de pescado. Luego tenemos cerdo asado con col lombarda y patatas, seguido de una selección de *pandekager* con helado y chocolate o *ris à la mande*.

Al escucharlo, la sonrisa de Janni se hizo más amplia.

—Es un postre de arroz —explicó a los demás—, con salsa de cerezas. Es mi postre favorito. Nosotros también lo tenemos.

—¿Eres de Oslo? —preguntó Linda cuando dejaron los primeros platos sobre el mantel de hilo.

—Me trasladé allí cuando fallecieron mis padres. Yo nací en el extremo norte, en una pequeña aldea pesquera llamada Honningsvad.

«Eso explica su tez morena», pensó Juan. Los lapones nativos, como los inuit de Alaska y los indígenas de Groenlandia, tienen la piel morena, lo que los protege del implacable resplandor del sol en el hielo y la nieve. Ella debía de tener sangre nativa.

Antes de que pudiera formular una pregunta, vio a Hali Kasim en la entrada del comedor. Mechones de pelo le salían por los costados de la cabeza; incluso a esta distancia, Juan veía las profundas ojeras que la fatiga había dejado en su piel, que parecía que estuviera despegándose del hueso. Juan se levantó.

—¿Me permiten un momento?

Fue hasta donde se encontraba el especialista en comunicaciones.

—Te he visto con mejor aspecto.

—Y también me he sentido mejor —asintió Hali—. Dijiste que querías los resultados de mi trabajo en cuanto acabase. Bueno, aquí los tienes. —Entregó una hoja de papel al director—. Incluso he utilizado la mesa de mezclas que Mark tiene en su camarote. Esto es lo mejor que he conseguido. Lo siento. Los números que aparecen entre paréntesis son el tiempo transcurrido entre las palabras.

YO NO... (1.23). SÍ... (3.57). DE DONNA SKY... (1.17). (ACT)IVAR LA ELE LEF... (.24). CLAVE... (1.12). MAÑA(NA)... (3.38). ESO NO SERÁ... (.43). UN MIN(UTO)... (6.50). ADIÓS. (1.12).

—¿Ya está? —Juan intentó no mostrar su desilusión.

—Así es. Hay algunos sonidos no identificables, de los que el ordenador no pudo dar más que una certeza del diez por ciento en el significado. Diablos, al nombre de Donna Sky le dio solo un cuarenta por ciento de probabilidades de ser correcto, pero estoy totalmente seguro de que lo mencionan.

—¿Cuánto duró la conversación de Martell con Severance desde el momento en el que puso en marcha el interferidor hasta que se despidió?

—Veintidós minutos y seis segundos.

Cabrillo volvió a leer el texto.

—Las cuatro cosas que destacan son Donna Sky, una clave de algún tipo y fragmentos de dos palabras. ¿Cuál es la probabilidad de acierto en estas últimas?

Tras haber pasado horas y más horas estudiando los datos, Hali no necesitó consultar sus notas.

—Sesenta y uno por ciento. «Clave» fue del noventa y dos.

—Las palabras «Ele», «Lef» y «clave» se dijeron con un margen de cuarenta y cinco segundos entre ellas, así que podemos creer que están relacionadas. Como se dijeron un minuto diecisiete segundos después de mencionar a Donna Sky, no cuesta demasiado imaginar que ella también está vinculada de alguna manera.

Hali lo miró boquiabierto.

—He mirado este trozo de papel durante horas sin ver nada de esto.

—Solo porque intentabas deducir un significado de las palabras en lugar de fijarte en las pausas.

—Tengo algo más. —Kasim sacó un minúsculo magnetófono del bolsillo del pantalón y pulsó el botón de *play*. Juan escuchó la misma estática que antes, pero de pronto cesó. «Fin de la transmisión», dijo una voz con toda claridad.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Lo pasé por el ordenador. El inglés no es la lengua nativa de este tipo. El resultado más fiable que me dio es que se trata de alguien centroeuropeo, y calculó su edad entre los treinta y los cincuenta.

—Ah —dijo Juan al recordar los trozos de conversación que habían conseguido grabar antes de que pusieran en marcha el interferidor—. Estoy seguro de que es Zelimir Kovac. Ven.

Volvieron a la mesa, donde Mark Murphy intentaba contar un chiste sin mucho éxito. Pareció aliviado cuando Juan lo interrumpió.

—Eric, ¿has podido encontrar algo referente a Zelimir Kovac esta tarde?

—Nada, *niente*.

—Creo que conozco a ese hombre —manifestó Janni—. Se encontraba en el *Golden Dawn*. Es una persona importante entre los responsabilistas.

—Nunca ha aparecido en ninguna de sus páginas web, registro de planilla, y en ningún otro lugar —protestó Eddie, como si ella hubiese puesto en duda sus capacidades para investigar.

—Te digo que estaba allí —insistió Janni, desafiante—. Nadie le hablaba pero todos hablaban de él. Creo que está muy cerca del líder del grupo.

A Cabrillo no le preocupaba que Kovac no hubiese aparecido en sus averiguaciones. Pensaba en cómo lo había hecho para estar a bordo del desafortunado crucero y luego aparecer en Atenas. Entonces recordó que faltaba uno de los botes salvavidas del *Dawn* cuando reencontraron el barco.

—Él los mató.

—¿Qué has dicho? —preguntó Julia, que se quedó con el tenedor a medio camino de la boca.

—Kovac estaba en el *Golden Dawn* y ahora está en el centro responsabilista en Grecia. Escapó del barco en uno de los botes salvavidas, y la única razón para hacer

eso era que sabía que todas aquellas personas iban a morir. Por consiguiente, él los mató. —Miró a Janni—. ¿Podrías describirlo?

—Era muy alto. Casi dos metros. —«Un tipo grande», pensó Juan—. Parecía muy fuerte y siempre tenía una expresión seria. Solo lo vi unas pocas veces, y nunca sonrió. A decir verdad, le tenía un poco de miedo.

—¿Podrías sentarte con Eric y Mark e intentar hacer un dibujo de él?

—No sé dibujar.

—Tenemos un ordenador que lo hará por ti. Solo tienes que describirlo y ellos harán el resto.

—Haré lo que sea si significa que será castigado por lo que hizo. —Comenzó a sollozar al recordar lo ocurrido aquella terrible noche. Eric le pasó un brazo por los hombros y ella se inclinó hacia el muchacho. Juan lo felicitó en silencio por no vanagloriarse ante Mark Murphy.

Julia Huxley dejó el tenedor, arrojó la servilleta sobre la mesa y se levantó. Estaba junto a Janni al cabo de un instante.

—Ya ha habido bastantes emociones por una noche. Volvamos a la enfermería. —Ayudó a la desconsolada joven a ponerse en pie.

Mark y Eric se movieron como si fuesen a ayudarla.

—Caballeros —dijo Juan en tono de advertencia. Ambos volvieron a sentarse, desilusionados—. Hay un momento y un lugar. Y no es este.

—Sí, señor —respondieron al unísono, como niños arrepentidos. De no haber estado tan preocupado por la información recibida en el último par de minutos, quizá Juan habría sonreído ante su comportamiento.

Se sentó de nuevo y dirigió su atención a Linda Ross.

—Tu misión queda anulada.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No permitiré que vayas a ese centro desarmada sabiendo que Kovac está allí.

Linda se enfadó.

—Sé defenderme.

—Esto no es discutible —replicó Juan, con voz dura—. Si estoy en lo cierto, Kovac es un asesino múltiple a una escala inimaginable. No vas a ir allí. Se acabó. Hali ha limpiado un poco más la grabación, y el nombre de Donna Sky sale en la conversación de Martell con Thom Severance. Sabemos que es una responsabilista muy destacada y quizá tenga información de lo que pasa. Ese será nuestro conducto para llegar a sus planes.

—Si es una mujer creyente no hablará con nosotros —señaló Linda.

—Es una actriz, no un agente adiestrado. Cinco minutos con ella y te contará todo lo que quieras saber. Solo tenemos que encontrarla y llegar hasta ella.

—Está en Alemania para rodar una película.

Cabrillo se sorprendió de que Linda tuviese ese tipo de información a mano. Enarcó las cejas.

La vicepresidenta de operaciones se ruborizó.

—¿Qué puedo decir? Soy adicta a los cotilleos de Hollywood.

Eric Stone se inclinó hacia delante.

—En cuanto a llegar hasta ella, tengo una idea. Kevin Nixon trabajó en Hollywood durante años antes de unirse a nosotros. Estoy seguro de que conoce a alguien que es amigo de alguien.

Nixon había sido un maquillador y técnico de efectos especiales galardonado. Había dado la espalda a esa parte de su vida cuando su hermana murió en los ataques del 11-S. Cabrillo se lo había arrebatado a la CÍA cuando ofreció su extraordinario talento a la agencia.

—Buena idea. Si puede llegar a ella en el estudio, quizá por fin tengamos una pista de qué está pasando.

—Haré de abogada del diablo, ¿qué haremos si no sabe nada?

—Ruega para que lo sepa, Linda, porque no voy a enviar a nadie a ese centro.

—Ya que hablamos de enviar gente, ¿quieres que vaya contigo a Filipinas?

—No, Mark. Gracias por la oferta. Me llevo a Linc.

—Nos estamos desperdigando mucho, ¿no crees, jefe? —comentó Eric.

Cabrillo estuvo de acuerdo.

—Por supuesto, Max estará ausente todo el tiempo que necesite, pero Eddie regresará de Roma al día siguiente de nuestra llegada a Mónaco. Por lo tanto, tendremos a cuatro de la plana mayor incluida Julia. Linda, tú apenas estarás ausente un par de días, y Linc y yo estaremos de regreso dentro de tres. Además, el trabajo de vigilancia es sencillo y tranquilo en su mayor parte, así que no me preocupa. Ahora, disfrutemos de nuestra tradicional comida danesa.

Juan lo dijo lo bastante alto para que Maurice, que se encontraba junto a la puerta de la cocina, lo escuchase.

El sobrecargo frunció el entrecejo.

Capítulo 19

Eddie estaba apoyado en la pared del ascensor cuando llegaron al vestíbulo. Max se encontraba a su derecha. Al abrirse las puertas se apartó de la pared dispuesto a salir, pero se lo impidieron dos hombres que entraron sin más.

No dio importancia a esta falta de educación cuando los dos hombres lo rozaron. Sin embargo, de repente notó que uno de ellos le metía la mano por debajo de la chaqueta y cogía la Beretta que llevaba en la funda colgada del hombro. Se volvió para reaccionar, pero se encontró con un arma con silenciador entre los ojos. Max también estaba desarmado. Solo habían pasado dos segundos.

—El primero que se mueva está muerto —dijo el más fornido de los dos hombres. Su inglés tenía un marcado acento.

La falta de espacio impedía la mayor parte de los movimientos de artes marciales que practicaba Eddie, pero eso no significaba que fuera a rendirse sin pelear. Se tensó un poco, pero el pistolero pareció intuirlo. La pistola se clavó en el vientre de Max, y le hizo soltar todo el aire de los pulmones.

—Esta es la última advertencia.

Se cerraron las puertas y el ascensor comenzó a subir.

Mientras Max intentaba recuperar la respiración, los pensamientos se arremolinaban en la mente de Eddie. Se preguntó cómo habían podido encontrarlos con tanta facilidad y rapidez, y si debía revelar que uno de ellos era Zelimir Kovac, el hombre que había hablado por el micro que Juan había colocado en el centro. También se preguntó por qué Kyle era tan importante para los responsabilistas como para arriesgarse a una acción como aquella para recuperarlo. No tenía sentido.

—Tendrás que matarme —consiguió decir Max—. No vas a ponerle las manos encima de nuevo a mi hijo, Kovac.

El serbio pareció sorprendido de que Max supiese su nombre, aunque la sorpresa desapareció de inmediato. Debió de deducir que habían escuchado la grabación obtenida del micro. A pesar de la apariencia de matón de Kovac, Eddie comprendió que no era un estúpido.

—Es muy probable que lo haga —admitió Kovac.

«No hasta que sepas quiénes somos —se dijo Eddie—, y veas lo mucho que ya sabemos».

Como cartas para negociar no era mucho, pero era mejor que nada. De haber estado en el lugar de Kovac, querría saber hasta dónde habían penetrado la seguridad de los responsabilistas. De cuánto tiempo disponían dependía de la forma del interrogatorio. Qué harían con ese tiempo era otra cuestión. Max y él estaban solos. No habría ningún rescate, y el personal del hotel ya había sido avisado que no debían molestar a los huéspedes de la *suite* por ningún motivo. Cuando el ascensor llegó al

sexto piso, Eddie había llegado a la deprimente conclusión de que Kovac los tenía en sus manos.

Eso significaba que Max y él tendrían que separarse si querían salir con vida. Max había sido un gran soldado en su época, y Eddie lo ponía al mismo nivel que el director cuando se trataba de astucia, pero no estaba en condiciones físicas para fugarse, y, con la vida de su hijo en juego, tampoco con los ánimos para hacerlo.

Se abrieron las puertas del ascensor. Kovac y su silencioso compañero se echaron hacia atrás y movieron las armas para indicar a Eddie y a Max que saliesen primero. Los dos hombres de la corporación intercambiaron una mirada que revelaba que ambos habían hecho el mismo análisis y llegado a la misma conclusión. Solo un parpadeo de Max y un gesto casi imperceptible le dijeron que debían intentar escapar cada uno por su cuenta, pero que él no dejaría atrás a su hijo. Max le había dado permiso y le había comunicado su decisión de aceptar las consecuencias.

Caminaron por el pasillo hasta la *suite*. Se detuvieron ante la puerta. Eddie se planteó atacar. El compañero de Kovac se encontraba lo bastante cerca para matarlo de un solo golpe, pero el serbio estaba varios pasos más atrás. Era obvio que conocía bien el procedimiento para trasladar prisioneros.

—Saca la tarjeta con la mano izquierda —ordenó Kovac.

Eddie pensó que la mayoría de las personas diestras guardaban las llaves en el bolsillo derecho. Por ello resultaba incómodo buscarlas con la otra.

Eddie se volvió un poco hacia Kovac.

—En la puerta hay una cerradura especial. No podemos entrar.

—Conozco ese artefacto. Puedes entrar de todas maneras. Si vuelves a abrir la boca te disparo en la rodilla izquierda.

Eddie metió la mano izquierda en el bolsillo derecho del pantalón y sacó la tarjeta electrónica. La insertó en la cerradura, la luz pasó de rojo a verde, luego giró el pomo.

—Apartaos —ordenó Kovac.

Eddie y Max obedecieron. El compañero de Kovac entró en la *suite*. Al cabo de unos segundos escucharon la voz del doctor Jenner que gritaba:

—¿Qué significa esto?

El pistolero no respondió cuando él repitió la pregunta.

Veinte segundos más tarde, el compañero gritó a Kovac, con marcado acento americano:

—La *suite* está segura. Solo el desprogramador y el muchacho.

Kovac movió el cañón del arma. Max y Eddie entraron en la habitación. El serbio inspeccionó el artefacto que Jenner había colocado en el pomo de la puerta y no permitió que la puerta se cerrase.

—¿Papá? —Kyle se levantó del sofá, sin que se apreciara ningún efecto secundario producido por las drogas que habían circulado por sus venas durante las últimas veinticuatro horas.

—Kyle.

—¿Cómo te atreves a hacerme esto? —gritó Kyle.

—Lo he hecho porque te quiero —respondió Max, indefenso; sus palabras sonaban desgarradas por las emociones encontradas.

—¡Silencio! —rugió Kovac.

Se acercó a Jenner. El psiquiatra pareció encogerse junto al gigantón, y su protesta murió en sus labios.

Cuando el asesino serbio volvió a hablar, apenas controlaba su furia.

—El señor Severance me ordenó expresamente que no lo matase, pero no dijo nada de esto. —Golpeó con la culata de la pistola la cabeza del psiquiatra. En aquel instante, dos cosas ocurrieron al mismo tiempo. Jenner comenzó a caer, el rostro bañado por la sangre que manaba de la herida, y Eddie aprovechó la momentánea distracción para echar a correr.

Los ventanales que se abrían al balcón estaban a diez pasos; había recorrido ocho antes de que cualquiera de ellos advirtiese que se movía. Max desplazó instintivamente un pie a la derecha para dificultar la línea de tiro del segundo pistolero, mientras Kovac continuaba mirando ufano al médico caído.

Eddie golpeó las ventanas en plena carrera y encogió los hombros en el último segundo cuando cruzaba los delicados marcos de madera y los viejos paneles de cristal biselado. Unas astillas cortaron su piel mientras una bala pasaba a su lado. El proyectil impactó en el edificio opuesto entre una nube de polvo de ladrillo rojo.

Apenas redujo la velocidad cuando llegó a la barandilla. Se impulsó solo con las piernas para saltarla y se giró en el aire para quedar de cara al edificio. Se sujetó a dos de los balaustres de hierro forjado. El sudor en las palmas le permitió deslizarse con suavidad. Un vacío de veinte metros lo separaba del tráfico que circulaba por la calle.

Sus manos se aferraron al suelo del balcón justo en el momento en que las puntas de sus pies tocaron la barandilla del quinto piso. Sin titubear ni un instante, se soltó impulsándose hacia atrás, en una nueva caída hacia la acera. Cuando la barandilla del quinto piso pasó frente a su cara, extendió las manos y se sujetó de nuevo a los barrotes de hierro forjado para controlar la caída. Sus movimientos eran una impresionante muestra de fuerza, equilibrio y una absoluta falta de miedo.

Ya estaba sujeto a la barandilla del cuarto piso preparándose para el siguiente descenso cuando Kovac salió al balcón de la *suite*. Debía de estar convencido de que vería el cadáver de Eddie aplastado en el asfalto, por eso no lo distinguió hasta que Seng se apartó de la barandilla. El serbio comenzó a disparar a diestro y siniestro. Eddie notaba el silbido de las balas a su alrededor mientras se deslizaba por los balaustres. Sus manos golpearon el cemento. Por mucho que estirase el cuerpo, no alcanzaba a tocar la siguiente barandilla. Sus muñecas parecían estar a punto de romperse por el esfuerzo, así que se soltó y cayó solo un par de centímetros antes de encontrar apoyo. Movié los brazos en un molinete unos instantes antes de seguir cayendo. Si no se destrozaba las manos cuando llegase a calle, lo consideraría un

milagro.

Kovac no tenía ángulo de tiro, por lo que en lugar de arriesgarse a que lo vieran los transeúntes, que comenzaban a mirar boquiabiertos las locas acrobacias de Eddie, enfundó la pistola y volvió al interior de la habitación.

Por un momento, Eddie pensó en saltar al balcón y entrar en la habitación del tercer piso, pero no sabía cuántos hombres tenía Kovac vigilando el edificio. Su única salida era largarse de allí cuanto antes y regresar más tarde.

Volvió a arrimarse a la barandilla, pero esta vez, al deslizarse, se lastimó la piel de las palmas ya que se le habían secado. El balcón del segundo piso estaba a una altura de una planta y media por encima del pavimento, dado que había un falso techo en el vestíbulo del hotel. La caída era de unos seis metros. A la izquierda de Eddie había una marquesina de color amarillo brillante que se extendía sobre la acera para proteger la entrada de la lluvia. Como un funambulista, se movió a lo largo de la barandilla y se lanzó hacia la marquesina; mientras caía giró el cuerpo para aterrizar de espaldas sobre la tensa lona. Resbaló por la cara curva, aunque consiguió pasar las manos entre las piernas para sujetarse a la estructura de metal. Ejecutó un salto mortal sobre el borde, sujetándose con toda la fuerza que le permitían sus manos desolladas, y se quedó colgando unos segundos antes de caer ágilmente al suelo. Algunos de los curiosos lo aplaudieron, sin comprender qué estaba pasando.

Eddie echó a correr por la acera a toda velocidad, sorteando a los transeúntes. El ruido de un poderoso motor sonó por encima del rumor del tráfico normal. Al volverse vio cómo una motocicleta negra saltaba el bordillo y comenzaba a perseguirlo, mientras la gente se apartaba de su camino y el motociclista aceleraba a fondo. La gran Ducati estaba a menos de cinco metros, y acertaba distancias. Eddie amagó y corrió hacia la entrada de una librería junto al hotel, pero en el último momento saltó a la izquierda por encima del capó de un coche aparcado. Se deslizó sobre el vehículo y cayó en medio de la calle delante mismo de un camión Volvo que había encontrado un espacio en el atasco para acelerar. El conductor no vio cómo Eddie volaba sobre el coche, así que no pisó el freno. Eddie disponía de un segundo, como máximo, para apartarse del camino de los neumáticos. Se tapó la cabeza en un vano intento por protegerla cuando el camión le pasó por encima. El calor del motor que notó en la espalda fue como estar delante de la puerta abierta de un horno.

El camión frenó bruscamente, y las ruedas derraparon sobre el asfalto. Eddie escuchó de nuevo el rugido de la moto. Debía de haber vuelto a la calle pasando entre dos coches aparcados delante mismo del Volvo.

Salió a toda prisa de debajo del vehículo. Un autocar de dos pisos estaba en el carril opuesto. Había parado para permitir que bajasen un grupo de turistas. Eddie estaba casi al final del vehículo, lo bastante lejos del conductor para que este no advirtiese su presencia. Saltó sobre el costado del autocar, para apartarse del pavimento. Colocó el otro pie en el camión, que continuaba detenido a una distancia de casi un metro; de ese modo consiguió un punto de apoyo. Hizo esto una y otra vez,

apoyándose alternativamente en los dos vehículos, sin hacer caso de las expresiones de sorpresa de los pasajeros del autocar. Utilizó su fuerza y su destreza para subir por el espacio que quedaba entre los dos vehículos hasta que llegó a lo alto del Volvo. Rodó sobre el techo, jadeando. Habría hecho una pausa para recuperar el aliento, pero de repente vio un orificio humeante a unos centímetros de su cara.

Miró hacia lo alto. Kovac estaba de nuevo en el balcón y apuntaba con toda tranquilidad. Como no había ningún riesgo de que los peatones oyesen los disparos, podía tomarse tiempo. Eddie se levantó de un salto, corrió a lo largo del camión y saltó sobre el autocar justo cuando arrancaba. Voló por encima de un asiento ocupado por turistas japoneses y acabó en el pasillo. Corrió hasta la parte de atrás y vio que la Ducati arrancaba desde la parte delantera del camión Volvo, para reanudar la persecución.

Eddie había escapado del hotel, pero aún no estaba a salvo.

El motociclista vestido con un mono de cuero negro se mantuvo detrás del autocar, sin hacer el menor intento por disimular que lo seguía. Eddie no sabía si el hombre llevaba una radio en el casco. De haber sido él quien estuviese al mando de la operación, se habría asegurado de que todos los miembros del equipo estuviesen en constante comunicación, lo que significaba que el tipo de la moto muy pronto contaría con refuerzos. Dado que Kovac debía de tener un informe detallado del equipo que había realizado el rescate de Kyle, sin duda habría llevado un considerable número de hombres para recuperar al hijo de Hanley.

El autocar tomó una calle de cuatro carriles y ganó velocidad a medida que se acercaba al Coliseo. Los coches pasaban a su lado, sonaban las bocinas y de vez en cuando algún conductor sacaba un brazo por la ventanilla y hacía un gesto grosero. La Ducati seguía su estela como una manta raya a una ballena.

Eddie flexionó los dedos para recuperar la circulación mientras pensaba la manera de salir de ese lío. Había dejado el móvil en la *suite* porque Max llevaba el suyo. Se le ocurrió una idea loca y, de no haber tenido la sensación de que se le agotaba el tiempo, la habría desechado de inmediato, pero comenzaba a desesperarse.

Bajó por la escalerilla de la parte de atrás. Se tranquilizó al ver que no había muchos turistas en esa parte del recorrido. Había quince personas arriba y solo un puñado abajo. Nadie le prestó atención cuando caminó por el pasillo. Se agachó al acercarse al conductor. En el primer asiento había una azafata que aprovechaba el tiempo haciéndose la manicura mientras sonaban las explicaciones grabadas. Al ver que se acercaba Eddie, dejó a un lado la lima de uñas y le dirigió una brillante sonrisa. Por sus rasgos orientales creyó que formaba parte de su grupo y le preguntó algo en japonés. Él no le hizo caso. El conductor vestía una camisa blanca, corbata negra y una gorra; un conjunto que parecía más propio de un piloto. Eddie agradeció que fuera un hombre delgado. Con un rápido movimiento, Eddie sujetó el brazo derecho del chófer y lo levantó del asiento. Se agachó cuando el hombre pasó por encima de su hombro; luego, se levantó como un resorte y lo lanzó hacia los

escalones junto a la puerta. El conductor se dio con la cabeza contra la puerta y se quedó inmóvil hecho un ovillo. El gran motor diesel apenas redujo de velocidad antes de que Eddie se sentase al volante, con el pie en el acelerador. La azafata gritó, y los pasajeros de atrás comenzaron a asustarse. Atento a los grandes espejos retrovisores laterales, Eddie pisó el freno.

De inmediato comenzaron a sonar bocinas. La Ducati salió disparada de la parte de atrás del autobús tras evitar por los pelos que acabara aplastada por el coche que había chocado contra el vehículo de dos pisos. La azafata redobló sus gritos al producirse el impacto. La moto circulaba por la línea central, por el espacio que quedaba entre las hileras de coches. Eddie dejó que avanzara más o menos hasta la mitad del autocar antes de pisar de nuevo el acelerador y girar el volante a la izquierda. La moto se quedó sin espacio por el que huir. En el otro carril, los coches estaban aparcados parachoques contra parachoques. De haber estado un poco más cerca de la parte trasera, quizá podría haberse metido de nuevo atrás, pero se había lanzado por la brecha. Redujo una marcha y aceleró. La rueda delantera de la moto se despegó del asfalto cuando rugió el motor de 1.000 centímetros cúbicos, con el conductor inclinado sobre el manillar para reducir la fricción del aire y conseguir algo más de velocidad.

No tuvo la menor oportunidad. El autocar lo encerró a tres metros de donde Eddie estaba sentado. La Ducati se empotró contra un coche en el carril izquierdo. El conductor salió disparado por encima del manillar. Agitó los brazos y las piernas como si quisiera volar, y acabó estrellándose de cabeza contra la ventanilla trasera del siguiente coche. El cristal de seguridad se rompió con una resplandeciente explosión de diminutos trozos. Eddie esperaba que el casco le hubiese salvado la vida. La colisión inició un choque en cadena que paralizó la circulación en los cuatro carriles en cuestión de segundos.

Eddie detuvo el autocar y pulsó el botón que abría la puerta. Solo se abrió en parte, bloqueada por el cuerpo del conductor inconsciente. La descarga de adrenalina que lo había sostenido durante los frenéticos últimos minutos comenzaba a desaparecer. Eddie pensó en el director y en que siempre tenía un comentario cómico para momentos como ese. Pero no era su estilo.

—Lo siento —le dijo a la azafata, y se escabulló por el hueco de la puerta.

Echó una ojeada. La calle estaba taponada de una acera a la otra por los coches accidentados. Los conductores se habían apeado, y ahora gritaban y gesticulaban como solo los italianos saben hacerlo. Iba a meterse en una calle lateral cuando un coche se abrió paso entre el desastre como un tanque a la carga. Dos hombres salvaron la vida de milagro al saltar antes de que sus coches acabasen aplastados contra los otros vehículos. El automóvil apenas redujo la velocidad; tenía el capó destrozado y el conductor y el pasajero quedaban ocultos detrás de los airbags.

Eddie supo que iban a por él.

Corrió de nuevo hacia el autocar y le dio un golpe detrás de la oreja al conductor

para volver a dejarlo sin sentido. La bonita azafata gritó al verlo otra vez sentado al volante y le habló en italiano con tanta rapidez que las palabras se confundieron en un único sonido.

Puso en marcha el autocar con una violenta sacudida que hizo caer a los pocos pasajeros que se habían levantado de los asientos. Giró el volante con una mano para mantener el vehículo en la avenida que rodeaba el Coliseo, y cogió el micro que colgaba sobre su hombro derecho.

—¡Todo el mundo arriba! —ordenó—. ¡Ahora!

El grupo de aterrados turistas corrieron hacia la parte de atrás del autocar y se dieron de empujones al pie de la escalerilla con las prisas por obedecerle. Eddie mantuvo un ojo en el espejo retrovisor mientras el coche rojo, al parecer un Fiat Bravo, se abría paso entre el atasco para perseguirlo. Consiguió ponerse a la altura del autocar. Eddie vio a tres hombres en el interior. Las manos del pasajero de delante estaban debajo de la ventanilla; sin embargo, vio un arma en los brazos del ocupante del asiento trasero.

El cañón de un fusil de asalto asomó por la ventanilla y una primera ráfaga dio de lleno en un costado del autocar. Los vidrios estallaron en una lluvia de minúsculos fragmentos, y el relleno de los asientos voló por los aires como confeti. Eddie giró el volante para cortar el paso al Fiat y el conductor se vio obligado a frenar; mientras, los gritos de los pasajeros en el piso superior sonaban cada vez más aterrorizados.

Esquivó con un brusco volantazo a los coches detenidos en uno de los carriles y notó cómo el autocar se apoyaba en las ruedas interiores cuando la fuerza centrífuga amenazó tumbarlo. Movié el volante un poco y el pesado vehículo volvió a caer sobre los neumáticos con un fuerte bamboleo. Acabó de rodear el Coliseo y enfiló por una avenida que iba hacia el nordeste. A cada lado de la avenida, lo nuevo se mezclaba con lo antiguo. Pasó por delante de edificios de oficinas, iglesias y templos en ruinas. El Fiat intentó de nuevo adelantarlo. Eddie le cerró el paso y esta vez la maniobra se vio recompensada con el satisfactorio sonido del metal aplastado.

Dado que circulaba a más de ochenta kilómetros por hora, Eddie dedujo que había causado más daños de lo que creía, porque no intentaron volver a adelantarlo. Fue entonces cuando oyó el tableteo del fusil automático. A pesar del tamaño del autocar, notó el impacto de las balas en el chasis. Disparaban al motor trasero, con la intención de inutilizarlo y después matar a Eddie a placer.

Más adelante, vio algo que solo podía describir como un gigantesco pastel de bodas. El edificio era enorme, construido totalmente de mármol, y parecía dominar toda la zona. Recordó vagamente que era el monumento a Vittorio Emanuele II, el rey que había unido a todos los estados italianos para convertirlos en la moderna nación que era en la actualidad. La pomposidad de la arquitectura empeoraba a causa del tamaño del edificio; sus columnas y escalinatas hacían que pareciera una enorme dentadura en vez de un homenaje a un gran líder.

La avenida pasaba por la izquierda y dejaba a la vista una enorme estatua ecuestre

del soberano. Con el sol que comenzaba a ponerse, los turistas y los mochileros descansaban en las escalinatas de mármol bebiendo los refrescos que vendían en los quioscos.

Otra descarga impactó en la parte trasera del autocar; los turistas en el exterior comenzaron a dispersarse como pájaros espantados.

Eddie sabía que solo era cuestión de tiempo que hiciesen blanco o que se encontrase con una barrera de la policía. El distante sonido de las sirenas se acercaba cada vez más. Un cartel le indicó que se encontraba en la VIA DEI FORI IMPERIALI, algo que para él no significaba nada. La avenida era ancha, para lo que es habitual en Roma, y demasiado abierta para el gusto de Eddie. Más adelante se dividía, junto a un aparcamiento lleno de autocares como el que conducía.

Dobló a la izquierda por una calle bordeada de edificios de cuatro y cinco plantas. Las tiendas ofrecían de todo, desde artículos de cuero hasta aparatos electrónicos y mascotas exóticas, pero aún era demasiado ancha para lo que Eddie tenía en mente.

De pronto, unas luces de frenos se encendieron delante del autocar; el tráfico se movía a paso de tortuga. Eddie comenzó a tocar la bocina y llevó el autocar hacia el bordillo. La acera no era lo bastante ancha para que pasara. Mientras avanzaba por la acera, segaba los parquímetros como si fueran trigo y apartaba los coches en medio del estrépito de alarmas y gritos.

El autobús pasó por encima de los productos de una tienda para turistas. Una nube de brillantes tarjetas postales voló por los aires junto con lo que Eddie creyó, por un aterrador momento, que era el cuerpo de una mujer, pero resultó ser un maniquí con una camiseta. El retrovisor derecho quedó colgando cuando el autocar rozó la fachada de un edificio.

Llegó a un cruce. Los coches a su alrededor tuvieron que frenar mientras Eddie llevaba el autocar hacia una estrecha callejuela que era poco más que una trinchera abierta entre los edificios. Había coches que entraban en el callejón pero ninguno salía.

Los hombres de Kovac dispararon de nuevo tras cambiar los cargadores. Eddie notó de pronto una sensación esponjosa en el pedal del acelerador; por el retrovisor izquierdo vio el humo que salía de la parte de atrás.

—Vamos, muchacho, otros cincuenta metros.

El motor petardeó una y otra vez, agonizando. Eddie cogió el micrófono mientras la brecha entre los edificios se cerraba más y más.

—Que se sujete todo el mundo.

Eddie intuyó el momento en el que el motor iba a pararse, así que puso punto muerto para que el impulso le hiciese recorrer los últimos diez metros. En la parte de atrás escuchó cómo el motor se agarrotaba en un estrépito metálico que habría hecho padecer el corazón de ingeniero de Max.

El autocar entró en el sombrío callejón con apenas diez centímetros de margen por cada lado. El retrovisor izquierdo acabó arrancado. Eddie vio que el callejón se

estrechaba todavía más porque un edificio de apartamentos estaba un poco más adelantado que los contiguos. Pisó el freno un instante antes de que el autocar chocase contra el edificio, rebotase y fuese a dar contra los edificios del otro lado; finalmente quedó completamente atascado. El impacto produjo una nueva oleada de gritos de terror desde lo alto, pero Eddie supo, por lo rápido que se apagaron, que nadie había resultado herido.

Había un gran extintor rojo justo debajo de sus piernas. Lo cogió y lo estrelló contra el parabrisas. El vidrio se astilló sin romperse. Golpeó el parabrisas una y otra vez hasta que consiguió abrir un agujero del tamaño de un hombre. Saltó a través del agujero y apoyó una mano en el asfalto caliente para recuperar el equilibrio antes de echar a correr. Cuando miró atrás, vio que una densa columna de humo salía de la parte trasera del autocar. Los hombres de Kovac no podían trepar por encima del vehículo, así que tendrían que dar la vuelta a la manzana, siempre que no estuviesen encajonados por otros coches que los habían seguido al callejón.

Llegó a la esquina y caminó con paso normal, para mezclarse con la multitud que iba de regreso a casa después del trabajo o que salía a cenar con su familia. Un minuto más tarde, oyó el estrépito de una frenada mientras subía a un taxi. El vehículo se puso en marcha en el mismo momento en el que el Fiat Bravo se detenía delante de la entrada del callejón. Les había dado esquinazo.

Aprovechó que el coche tuvo que detenerse en un atasco unas manzanas más allá para arrojar al taxista un puñado de euros y apearse. Compró un móvil de prepago desechable en un estanco. Entró en un bar, pidió una cerveza a la camarera en la barra y llamó al hotel. El personal aún hablaba del hombre que se había descolgado por los balcones, así que tardó unos minutos en explicar que unos pistoleros habían entrado en su habitación. El recepcionista prometió llamar a la policía. Eddie le dio el número del móvil. Quince minutos más tarde, cuando ya se había tomado la cerveza, sonó el teléfono.

—¿Señor Kwan? —Era el alias con el que habían alquilado la *suite*.

—Sí.

—El director ha entrado en su habitación con la policía. Han encontrado a un hombre llamado Jenner con un corte en la cabeza —dijo el recepcionista en tono de disculpa—. Quieren que vuelva aquí para hacer una declaración. Tienen muchas preguntas acerca de lo ocurrido aquí y sobre un incidente que se ha producido muy cerca.

—Por supuesto, estaré encantado de cooperar con las autoridades. Llegaré en veinte minutos.

—Gracias, señor Kwan.

—Gracias a usted. —Eddie marcó otro número y dijo a la persona que le atendió —: Tiny, prepara un plan de vuelo para salir del país, estaré allí lo más rápido que pueda.

No esperó la respuesta del piloto para cortar la llamada y marcar de nuevo.

Mientras escuchaba la señal de la llamada, comprendió que de ninguna manera Kovac permanecería en la ciudad y tampoco en Italia, así que no había ningún motivo para quedarse y esperar a que la policía lo detuviese.

—Hola.

—Director, soy Eddie. Kovac ha secuestrado a Max.

Pasó una fracción de segundo antes de que Juan reaccionase.

—¿Qué hay de su hijo, Kyle?

—Creo que el chico está en el ajo.

Capítulo 20

—Espera un segundo —dijo Caballo, para centrarse en la situación.

Se encontraba solo en su camarote. Su mesa estaba cubierta de papeles que había desatendido durante demasiado tiempo. Pulsó el botón del intercomunicador para llamar al puesto de comunicaciones en el centro de operaciones.

—Sí, director —respondió de inmediato el supervisor del turno de noche.

—¿Cuál es el estado del chip de Max Hanley?

Cada miembro de la Corporación llevaba un microchip insertado quirúrgicamente en la pierna que transmitía una señal a la constelación de satélites de comunicaciones que daban vueltas alrededor del planeta. Alimentado por el sistema nervioso, con alguna ocasional recarga eléctrica como, por ejemplo, un marcapasos, el artefacto permitía a Juan saber dónde se encontraba cualquier miembro de su equipo a todas horas.

—No recibo ninguna señal. Espera. Allá vamos. El ordenador dice que el chip dejó de funcionar hace once minutos, a unos tres kilómetros del hotel donde estaba alojado con su hijo. El de Eddie funciona sin problemas. Lo tengo localizado en el centro de Roma, a unos cuatrocientos metros del Coliseo.

—Gracias. —Juan soltó el botón del intercomunicador y utilizó el teléfono de mesa, un aparato moderno pero con el diseño de un teléfono de baquelita de los años treinta—. El chip de Max no funciona.

—Ya me lo esperaba —respondió Eddie.

—Es así como os localizaron en Roma, ¿verdad? A Kyle le colocaron un chip cuando estaba en Grecia. Además tuvieron la precaución de comprobar si Max llevaba uno, por si acaso nosotros habíamos hecho lo mismo.

—Lo más probable es que se lo quitasen del muslo en el vehículo que utilizaron para la fuga.

—De todos modos, no debemos olvidar que incluso el mejor chip solo puede dar una ubicación aproximada, no tienen la capacidad de un GPS —señaló Juan.

—Por eso mismo creo que Kyle los ayudó. Cuando nos tendieron la emboscada en el ascensor del hotel nos llevaron directamente a la *suite*. No me pareció que Kyle estuviese muy drogado. Creo que se despertó durante el vuelo desde Creta y que fingió estar dormido durante la última parte del viaje. Estuvo a solas durante unos minutos en uno de los dormitorios mientras hablábamos con el doctor Jenner. Se suponía que estaba inconsciente, pero si estaba despierto, pudo haber llamado a Kovac o a alguien del movimiento y darles el nombre del hotel y el número de habitación.

—O sea que Kovac lo rastreó hasta Roma utilizando el chip y Kyle lo guió hasta el lugar preciso.

—Es la única manera de que todo esto tenga sentido.

—Solo por tocar las narices, ¿qué me dices de Jenner? ¿Pudo ser él quien chivó la información a los responsabilistas?

—Pudo hacerlo —admitió Eddie—, pero te aseguro que los odia tanto como un especialista en la rehabilitación de drogadictos detesta el crac. Además, tú no viste cómo Kovac lo golpeó con la culata de la pistola. No, está claro que Jenner está de nuestra parte en este asunto.

—Como te he dicho, solo lo preguntaba para tocar un poco las narices.

—Juan, corrieron un gran riesgo para recuperar al chico. No tiene sentido si Kyle solo es un adepto de poca importancia.

—En ese caso, quizá está involucrado en lo que sea que están planeando.

—Si no es así, al menos se enteró de algo en el centro —dijo Eddie.

—Lo han secuestrado para mantener la seguridad.

—Si actúan con este nivel de seguridad, de ninguna manera permitirán que Linda entre en el centro.

—Ya he cancelado esa misión. Nos enteramos de que Kovac estuvo a bordo del *Golden Dawn* y lo más probable es que sea el responsable de aquellos asesinatos. Linda hará de niñera de Kevin Nixon hasta que establezca contacto con Donna Sky.

—Solo estuve con Kovac un minuto antes de escapar, pero me di cuenta de lo que es capaz —manifestó Eddie, tras pensarlo un momento—. Ese tipo se parece a Boris Karloff, pero con una mirada todavía más de loco. Acabo de recordar algo. Kovac dijo que Severance le había dado órdenes explícitas de no matar a Jenner. No comprendo el razonamiento de esa orden. ¿Por qué dejaron a Jenner y se llevaron a Max?

—No saben si Kyle habló con él durante el rato que estuvo con nosotros.

—Me refiero a otra cosa. Lo que me pregunto es: ¿por qué no los mataron a los dos? Tuvieron la oportunidad, y habría sido mucho más sencillo.

—Por la misma razón. Necesitan saber si Kyle habló.

—Max pasará un mal rato, ¿verdad?

—Sí —respondió Juan, en voz baja—. Lo pasará mal.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Eddie después de una larga pausa en la que los dos hombres pensaron en las implicaciones de la respuesta de Cabrillo.

—Reúnete con *el Oregon* en Mónaco. Te pongo a cargo de la misión de espionaje.

—¿Irás a Filipinas de todos modos? —Eddie se sorprendió.

—Tengo que hacerlo —contestó Juan, resignado—. Necesitamos encontrar algo que utilizar contra Severance si queremos recuperar a Max.

—Te llevará casi todo un día llegar allí. Dios sabe cuánto tardarás en encontrar algo, en caso de que exista. ¿De verdad crees que Max aguantará tanto?

Las siguientes palabras de Juan fueron tanto para consolarse a sí mismo como a Eddie.

—Tú no lo sabes porque Max nunca habla de ello, pero pasó seis meses como prisionero de guerra durante su segunda temporada de servicio en Vietnam. Las cosas que le hicieron mientras estuvo prisionero superan lo imaginable. Aguantará. De eso estoy seguro.

—Juan, eso ocurrió hace cuarenta años. Max ya no es un chaval.

—Sobrevivir a la tortura no tiene nada que ver con la fuerza física. Es una cuestión de resistencia mental. ¿Crees que Max la ha perdido? Yo diría que ahora es incluso más duro que entonces. Además sabe que haremos lo que sea para salvarlo.

—¿Cómo escapó de aquello? ¿Lo rescataron?

—No. Durante una marcha a un campo de prisioneros, él y dos camaradas atacaron a los guardias. Mataron a cuatro con sus manos y desaparecieron en la selva. Solo Max encontró el camino hasta una base norteamericana. A los otros dos todavía se los considera desaparecidos en combate.

Juan se hallaba en el puente poco después del amanecer del día siguiente, contemplando cómo el sol iluminaba el principado de Mónaco y la ciudad de Montecarlo construida en lo alto de los acantilados que daban al cálido Mediterráneo. Era una de las últimas monarquías en el mundo; el diminuto estado había sido gobernado por la familia Grimaldi durante más de siete siglos. Solo el Trono del Crisantemo japonés había durado más.

Mónaco era desde finales del siglo XIX un punto de encuentro de la élite mundial. Su puerto estaba abarrotado de resplandecientes yates de lujo, muchos de ellos de más de treinta metros de eslora, y algunos incluso llegaban a los cien. Juan vio el *Matryoshka*, el objetivo de la misión de espionaje sobre el traficante de armas ruso Ivan Kerikov. Los lujosos edificios de apartamentos rodeaban toda la bahía, y las opulentas mansiones salpicaban las laderas. Sabía que el metro cuadrado allí era uno de los más caros del mundo. Desde su punto de observación no alcanzaba a ver el famoso casino de Montecarlo, pero tenía algunos recuerdos muy agradables de ese lugar.

Una elegante lancha salió de la rada interior y se acercó a gran velocidad al *Oregon*, anclado a una milla de la costa. Las autoridades del puerto ya habían sido informadas de que tenía el motor averiado y que la tripulación esperaba los recambios de Alemania. Aunque el barco estaba dentro de las tres millas de los límites territoriales de Mónaco, el capitán del puerto había declinado subir a bordo, hacía quince minutos, después de observar el *Oregon* a través de los prismáticos.

La lancha cruzó la distancia hasta el barco a una velocidad de casi sesenta nudos, cortando la marejadilla como una lancha de carreras. Juan bajó a la cubierta principal cerca de la escalerilla del barco. Linc lo esperaba allí con los macutos, los ojos ocultos detrás de unas elegantes gafas de sol.

—No me hace ninguna gracia marcharme ahora —comentó el antiguo SEAL. No era la primera vez que lo decía.

—Es lo mejor si queremos rescatar a Max. He llamado al despacho de Thom

Severance en California una docena de veces, para decirle quién soy y lo que sé, y el muy cabrón no ha llamado. Tenemos que forzarle a descubrir su juego y para ello necesitamos alguna prueba.

—¿Langston Overholt no puede ayudarnos?

—No sin pruebas. Anoche hablé con él durante una hora. El problema es que los responsabilistas tienen mucho dinero, lo que significa que tienen mucha influencia en Washington. Lang no actuará a menos que disponga de una prueba irrefutable de que Severance se trae algo entre manos.

—Esto es una mierda.

—Dímelo a mí.

—¿Por qué no dejamos Filipinas a un lado y vamos sin más a la fuente? Podríamos ocuparnos de Severance nosotros mismos.

—No creas que no lo he pensado. Lang me advirtió con toda claridad de que no fuese por Severance. Tú y yo sabemos que si nos pillan operando en Estados Unidos, nunca más saldremos de la cárcel.

—Por tanto, debemos tener mucho cuidado de que no nos pillen.

Juan miró a su amigo. Linc hablaba muy en serio.

—Si tenemos que llegar a eso, se lo comunicaré a la tripulación. —Sabía que hasta el último miembro de la Corporación lo arriesgaría todo por rescatar a Hanley, incluso a sabiendas de que nunca recibirían otro contrato de Overholt. Así lo había insinuado el astuto veterano de la CIA, en caso de que Thom Severance o su esposa llegaran a sospechar que los estaban vigilando.

La lancha taxi se detuvo junto a la escalerilla. Aunque era esbelta y hermosa, no podía compararse con su piloto, una muchacha rubia con una blusa cuyo escote no podía bajarse más y una falda que no podía subirse más. Con el helicóptero todavía por reparar en el hangar, el taxi era la manera más rápida de ir a la costa sin llamar la atención sobre el *Oregon*.

—*Capitaine Cabrillo, je suis Donatella* —gritó por encima del rumor del motor al ralentí. Su acento hizo que una sonrisa de lobo apareciese en el rostro de Linc.

—Solo en Mónaco se encuentra algo así —susurró Juan a Linc.

—¿Crees que algún ricachón querría que un taxista feo lo llevase a su yate después de una noche en el casino?

La joven sujetó la escalerilla para mantener inmóvil la embarcación mientras los dos hombres bajaban con los macutos de cuero sobre el hombro. Tras bajar los seis metros, Juan arrojó la bolsa al asiento de popa y pasó por encima de la borda.

—Gracias —dijo.

Cuando Linc saltó a bordo, la lancha se bamboleó como alcanzada por una ola. Donatella, con una mano apoyada en la palanca cromada del acelerador, dirigió a ambos una amplia sonrisa; su mirada se demoró mucho más rato en Linc que en Cabrillo.

—¡Director! ¡Un momento! —Eric Stone se inclinó por encima de la borda para

llamar su atención.

—¿Qué pasa?

—He encontrado algo.

—¿No puede esperar? Hay un helicóptero que nos aguarda para llevarnos al aeropuerto de Niza.

—Será un momento.

Eric bajó la escalerilla con un ordenador portátil. Se fijó en Donatella cuando llegó a la lancha pero apenas le dirigió una primera, y mucho menos una segunda, mirada. Era obvio que solo pensaba en la noticia que iba a dar.

Juan hizo un gesto y la joven movió el acelerador hacia delante. Luego, fue a popa mientras Linc conversaba con ella, y apartó el equipaje para sentarse con Eric. Tuvieron que alzar la voz por encima del viento y el estrépito del poderoso motor.

—¿Qué tienes? —preguntó Juan.

Eric abrió el ordenador.

—He estado buscando cualquier incidente que hubiese ocurrido en los barcos que los responsabilistas contrataron para sus retiros marítimos.

—¿Has encontrado algo?

—¿Encontrar? Por supuesto. ¿Recuerdas que no hace mucho hubo informes de epidemias virales en barcos de crucero, por lo general causadas por un virus gastrointestinal?

—Al parecer, ha habido muchas más en los dos últimos años —señaló Juan.

—Pues no es una coincidencia. Primero, comprobé las listas de pasajeros de las compañías. —Juan no necesitó preguntar cómo había conseguido Eric esa información confidencial—. Las cotejé con las listas de miembros responsabilistas. Cuando comencé a ver un patrón, me fijé en los cruceros donde se habían registrado enfermedades poco habituales. Fue entonces cuando obtuve la recompensa. De las diecisiete epidemias que ha habido estos últimos años, dieciséis de ellas ocurrieron cuando los responsabilistas estaban a bordo. En el caso de la decimoséptima no se trataba de un virus sino de la bacteria *E.coli* encontrada en una lechuga cultivada en determinada granja de California. La misma cepa también afectó a personas en Florida, Georgia y Alabama.

—Que me cuelguen.

—Y ahí no acaba la cosa. No hay ningún patrón común respecto a las líneas de crucero o los puertos. Pero sí que hay uno muy claro. En el primer incidente solo resultaron afectados un puñado de pasajeros y la mayoría eran personas mayores. En el segundo, cuarenta personas mostraron síntomas, pero cuando llegamos al decimoséptimo, que ocurrió hace dos meses a bordo de un barco llamado *Destino*, casi todos los pasajeros y tripulantes cayeron enfermos. La compañía tuvo que enviar un helicóptero con un equipo médico y un grupo de oficiales sanos para que llevaran el barco a puerto.

Juan se reclinó en el mullido asiento de cuero, con el propósito de aflojar la

tensión de los músculos de la espalda. En la proa, Linc parecía una torre junto a la conductora, y vio que ella estaba encantada con su compañía. Sus risas se oían con toda claridad. De pronto se inclinó hacia delante.

—Están perfeccionando los métodos de contagio.

—Eso mismo creemos Mark y yo. Han ido mejorando hasta conseguir una dispersión de casi el cien por cien.

—¿Cómo encaja el *Golden Dawn* en esta pauta?

—Una vez que resolvieron cómo afectar a todos los pasajeros, necesitaban probar la mortalidad de la toxina.

—¿En su propia gente? —Cabrillo no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Quizá eran los que desarrollaron el agente al principio. ¿Por qué correr el riesgo de que algunos de ellos cambiasen de opinión?

—¡Dios bendito! ¿Por qué? —Tenía delante de él las piezas del rompecabezas, pero no sabía cómo encajarlas. ¿Qué podían ganar los responsabilistas matando a los pasajeros y tripulantes de los barcos de crucero? La respuesta que se le ocurría una y otra vez era nada.

Pensó en otras organizaciones terroristas que se volverían locas por aprovechar esa oportunidad, y se preguntó si alguna de ellas habría pagado para obtener aquella nueva arma, pero los responsabilistas estaban forrados por las aportaciones de sus miembros de Hollywood.

Estaban a favor del control de la natalidad. ¿Creían que matar a quince o veinte mil jubilados que gastaban la herencia de sus hijos en cruceros por el Caribe representaría alguna diferencia en la superpoblación mundial? Si estaban tan locos como parecía irían por algo mucho más grande.

La mente de Juan estaba a punto de resolver el rompecabezas, pero sabía que estaba incompleto.

—Nos falta algo.

La lancha disminuyó la velocidad al entrar en la dársena interior y se dirigió hacia un muelle junto a una elegante cafetería. Un camarero limpiaba el suelo de madera con una manguera a la espera de la multitud que acudiría a desayunar para aliviar los efectos de la resaca.

—¿Qué estamos pasando por alto? —preguntó Eric—. Estos locos quieren infectar a los viajeros con una toxina que produce una mortalidad del cien por cien.

—No es del cien por cien. Si la soltaron en el *Dawn*, Jannike no tendría que estar viva.

—Respiraba de una botella de oxígeno —le recordó Eric.

—Incluso con las cánulas en la nariz, respiraba aire bombeado a través del sistema de ventilación del barco.

—No tiene importancia si no se transmite por el aire. Podía haber estado en el agua o en la comida. Quizá ella no comió ni bebió.

—Vamos, Eric, eres mucho más listo. Tuvo que afectar a todos al mismo tiempo o

alguien habría llamado por radio para pedir ayuda. No puedes controlar cuándo alguien beberá un sorbo de agua o comerá, lo que descarta tu primera teoría del contagio por esa vía.

Stone pareció apesadumbrado.

—Lo siento. Tienes razón. Demasiado Red Bull y pocas horas de sueño.

—¿Qué pasa si el ataque al *Golden Dawn* fue una anomalía y no parte de su plan de escalada?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Solo es una idea. Habían conseguido casi el cien por cien en aquel barco hacía dos meses.

—El *Destino*.

—Eso es. El *Destino*. No tenían ninguna razón para atacar a otro barco. Sabían que tenían el sistema.

—¿Así que a las personas del *Dawn* las mataron para que no hablasen?

Juan se levantó en cuanto Donatella acabó de atar las amarras.

—No lo sé —repitió—. Escucha, tenemos un avión que nos espera para llevarnos a Manilla. Llamaré a Langston y le pasaré esta información. Si no va a por Severance, al menos quizá mande un aviso a las compañías de crucero sobre una posible amenaza terrorista.

Estaba seguro de que Overholt transmitiría la información, pero dudaba que hiciese nada más. Desde el 11-S había amenazas no específicas a todas horas, y, como en el caso del chico que gritaba que viene el lobo, no hacían caso de ellas.

—¿Donatella?

—*Oui, capitaine*.

—¿Le importaría llevar a mi joven amigo de regreso al barco? Cárguelo en la cuenta que tengo con su jefe.

—Por supuesto, señor. Será un placer.

—También será suyo, se lo aseguro. —Juan miró a Eric—. Sigue trabajando y llámame si tienes alguna novedad.

—Eso está hecho, jefe.

Linc y Cabrillo desembarcaron, cargados con los macutos.

—¿Qué te ha dado? —preguntó Juan.

Linc sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta de cuero.

—¿Te refieres a esto? El número de teléfono de su casa y de su móvil.

—Con todo lo que está pasando, ¿cómo puedes pensar en el sexo?

—Director, he aprendido que, en esta vida, todo va de reproducción y evolución, y muy pronto echará de menos a Linc.

—¿Así que reproducción y evolución? —Juan sacudió la cabeza—. Eres peor que Murphy y Stone.

—La gran diferencia, Juan, es que yo tengo citas, mientras que esos chicos solo sueñan con ellas.

Capítulo 21

Max Hanley se despertó en un mar de agonía.

El dolor procedía de su muslo y de su cabeza. Eran como corrientes alternas que se estrellaban contra su cráneo con la fuerza de un huracán. Su primera intención fue masajearse las sienes y averiguar por qué le dolía la pierna, pero incluso en su estado apenas consciente sabía que debía permanecer inmóvil hasta recuperar algo más sus facultades. No estaba seguro de la razón, solo que era importante. Pasó el tiempo. Quizá cinco minutos o tal vez diez. No tenía manera de calcularlo más que por el rítmico martilleo en la cabeza y el dolor en la pierna que subía y bajaba al compás de los latidos de su corazón.

Cuando despertó un poco más, comprendió que estaba en una cama. No había sábanas ni almohadas, y notaba el colchón áspero bajo la espalda. Fingió que se movía un poco en sueños. Al menos habían tenido la decencia de dejarle puestos los calzoncillos, aunque notaba el frío contacto del acero en las muñecas y los tobillos.

De pronto, lo recordó todo. Zelimir Kovac, la fuga de Eddie y el repugnante olor dulzón en el trapo que le habían puesto sobre la nariz y la boca. El dolor de cabeza era la consecuencia del anestésico que había respirado. De repente, el otro horror lo golpeó como una bofetada en el rostro, y soltó un gemido involuntario.

Estaba de nuevo en una furgoneta, alejándose del hotel. Kovac solo le había administrado el narcótico suficiente para que se mostrase dócil, como un borracho al que tienen que llevarse de una fiesta. En el vehículo, Max estaba tendido en la parte trasera. Recordaba vagamente otras figuras. ¿Kyle? ¿Adam Jenner? No lo sabía.

Kovac había pasado una barra sobre su cuerpo, como los detectores de metales de los aeropuertos, y cuando sonó sobre la pierna de Max, Kovac cortó la pernera con una navaja. Solo tardó un segundo en encontrar la cicatriz, y sin más preámbulos clavó la hoja en la carne de Max. Pese a la suave anestesia, el dolor fue tan agudo como si le hubiesen clavado un hierro al rojo en el cuerpo. Gritó en la mordaza e intentó escapar de la tortura, pero alguien lo sujetó por los hombros contra el suelo de la furgoneta.

Kovac giró la navaja para ampliar la herida, de manera que cuando retirara la hoja pudiera meter los dedos dentro. La sangre manó a borbotones. Max luchó contra el dolor, se resistió como si tuviese alguna posibilidad. El serbio continuó hurgando en la herida, sin importarle no llevar guantes y que la sangre le empapara la manga de la camisa.

—Aquí está —exclamó, al tiempo que retiraba la mano.

El chip tenía el tamaño y la forma de un reloj digital. Kovac lo sostenía en alto para que Max, con los ojos desorbitados, lo viese. El serbio lo tiró al suelo y a continuación lo machacó con la culata de la pistola hasta que no quedaron más que

minúsculos trozos de plástico y circuitos.

Luego clavó la aguja de una jeringuilla en el brazo de Max y le susurró:

—Podría haber esperado a que esta droga te hiciese efecto, pero no habría sido tan divertido.

Fue lo último que Max recordaba hasta ahora, al despertar.

No tenía ni idea de dónde estaba o cuánto tiempo llevaba prisionero. Quería moverse, masajearse las sienes y ver cómo tenía la herida en el muslo, pero estaba seguro de que lo vigilaban y de que no tendría mucha libertad de movimiento con las esposas. No había nadie en la habitación. Llevaba despierto el tiempo suficiente para haberlos oído o notado, incluso con los ojos cerrados. Pero eso no significaba que no hubiese cámaras instaladas en las paredes o micrófonos cerca. Quería esperar antes de hacer saber a sus captores que estaba despierto y utilizar ese tiempo para que su cuerpo eliminase los restos del narcótico. Si pretendía soportar lo que vendría a continuación, necesitaba estar lo más fresco posible.

Pasó una hora —o quizá solo diez minutos—, no estaba seguro. Había perdido la noción del tiempo. Sabía que esa privación, junto con la imposibilidad de que el cuerpo ajustase su reloj interno, era la principal herramienta en el arsenal del interrogador; por ello se obligó a perder toda sensación de su paso. Un prisionero podía volverse loco si pretendía saber si era de día o de noche, mediodía o medianoche. Al apartar voluntariamente esta necesidad natural, Max privaba a su secuestrador de la posibilidad de torturarlo con ella.

Esto nunca había sido un problema en Vietnam. Las jaulas y los cajones donde los habían tenido encerrados a él y a sus compañeros eran lo bastante destartados para permitir al menos la entrada de un rayo de luz. Max se mantenía al corriente de las técnicas de interrogación, como parte de su trabajo, y sabía que la privación de la noción del tiempo era eficaz solo si los prisioneros permitían que continuase formando parte de sus pensamientos.

En cuanto a qué le tenían reservado, no tenía otra alternativa que esperar y ver.

Oyó que muy cerca se abría una cerradura. No había oído las pisadas, por lo que dedujo que la puerta debía de ser muy gruesa. Probablemente, la habitación estaba diseñada como una celda; no la habían adaptado temporalmente para retenerlo. Que los responsabilistas tuviesen una celda preparada no auguraba nada bueno.

La puerta se abrió con un rechinar de bisagras oxidadas. Una de dos: o la puerta no se abría a menudo o la celda estaba en algún lugar húmedo o incluso bajo tierra. No movió ni un músculo, atento al sonido de dos personas que se acercaban a la cama. Uno pisaba más fuerte que el otro, pero este último era a todas luces un hombre. ¿Kovac y un cómplice?

—¿No tendría que estar despierto ya? —preguntó Zelimir Kovac.

—Es un hombre fornido, así que tendría que estarlo —admitió el otro hombre. Tenía un acento norteamericano—. Pero cada persona es diferente.

Kovac dio unas palmadas suaves en la mejilla de Max, que soltó un gemido como

si apenas fuese consciente del contacto porque continuaba bajo los efectos del sedante.

—Han pasado veinticuatro horas —dijo el asesino serbio—. Si no despierta en una hora, le administraré un estimulante.

—¿Te arriesgarás a una parada cardíaca?

Max tenía la tensión arterial ligeramente alta. Se aseguraría de estar despierto la próxima vez que entrasen en la celda.

—El señor Severance no tardará en llegar. Necesitamos saber qué conversaciones mantuvieron padre e hijo. Lo tuvieron sedado mientras estuvo en su poder. Quién sabe qué pudo decirles bajo la influencia de las drogas.

«Necesitan información deprisa», pensó Max. En contra de lo que la gente cree, los interrogatorios a fondo llevan semanas, a menudo meses. La única manera eficaz de conseguir información rápida es provocando dolor, un dolor insoportable. En esas circunstancias, la víctima dirá al interrogador cualquier cosa que desee. El trabajo del interrogador es no revelar sus intenciones de forma que el prisionero no tenga más alternativa que decir toda la verdad.

Max tenía una hora para deducir qué quería escuchar Kovac, porque de ninguna manera iba a decir la verdad a ese asesino.

Kevin Nixon sintió como si un puño le apretase la boca del estómago cuando cruzó la valla y entró en el set de rodaje. Al estar allí, rompía el juramento que había hecho a su hermana muerta. Su única esperanza, dadas las circunstancias, era que ella lo perdonase. Esa parte de la nueva película de Donna Sky se filmaba en un viejo almacén abandonado después de la reunificación alemana. A Kevin, ese edificio le recordaba el *Oregon*, solo que allí el óxido era de verdad. Una media docena de remolques, furgonetas de la empresa de *catering*, grúas para las cámaras, andamios y raíles para el *travelling* estaban dispersos por el enorme aparcamiento. Hombres y mujeres se movían por el set, todos a paso ligero, porque, en la industria del cine, el tiempo es dinero. Por lo que veía, Nixon calculó que los productores de la película estaban gastando unos ciento cincuenta mil dólares al día.

Para él, el caos organizado de una película de gran presupuesto era algo muy conocido, pero ahora también le resultaba extraño.

Un guardia, de uniforme pero sin armas, se disponía a acercarse a él cuando una voz gritó desde el otro lado del aparcamiento:

—¡No puedo creer que seas tú!

Gwen Russell pasó junto al guardia de seguridad y abrazó a Nixon con fuerza. La mujer hundió el rostro en su espesa barba antes de besarlo en las mejillas. Siempre un manojo de nervios, se apartó de inmediato para mirarlo.

—Tienes un aspecto fantástico —comentó.

—Acabé aceptando que ninguna dieta iba a ayudarme, así que hace dos años me hicieron un *bypass* gástrico.

En su eterna lucha contra el exceso de peso, había sido una acción desesperada

que había dado resultado. Antes de la operación, no había conseguido estar por debajo de los ciento diez kilos desde que acabó los estudios. Ahora pesaba noventa y dos.

Los cocineros del *Oregon* le preparaban comidas especiales para ayudarlo a mantener la dieta postoperatoria y, si bien nunca había sido un fanático del ejercicio, seguía estrictamente el régimen.

—Pues ha funcionado de maravilla, chico.

Cuando ella lo hizo girar, Nixon aprovechó para enlazar su brazo al suyo y llevarla a una hilera de caravanas aparcadas a un lado del edificio.

El pelo de Gwen era rosa fuerte, y vestía unos pantalones de ciclista de colores brillantes y una camisa de hombre. Llevaba al menos quince collares de oro alrededor del cuello, y en cada una de sus diminutas orejas había media docena de *piercings*. Era ayudante de Nixon cuando a él lo propusieron para un premio de la Academia, y ahora era una reputada maquilladora.

—Te perdimos de vista hace años. Nadie sabía dónde estabas o qué hacías —dijo de corrido—. Así que habla. Cuéntame todo lo que has estado haciendo.

—En realidad no hay mucho que contar.

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Me tomas el pelo? Desapareces durante casi ocho años, y me dices que no tienes nada que contar. No habrás encontrado a Dios o algo así, ¿verdad? Espera un momento, me dijiste que querías hablar con Donna, ¿te has unido a su grupo, los reaccionarios?

—Responsabilistas —la corrigió Kevin.

—Lo que sea —replicó Gwen con su mejor acento de niña bien del valle de San Fernando—. ¿Eres uno de ellos?

—No, pero necesito hablar con ella al respecto.

Llegaron a la caravana de los maquilladores. Gwen abrió la puerta y subió la escalerilla plegable. El olor a cosméticos y perfumes era abrumador. Había seis sillas alineadas delante de un largo espejo con un mostrador lleno de botellas y frascos de todos los tamaños y formas, además de una cantidad de lápices de ojos y brochas de maquillaje como para pintar un estadio. Gwen sacó dos botellas de agua del minibar, le tiró una a Kevin y se sentó en una de las sillas. Las fuertes luces hacían que su pelo resplandeciese como el azúcar hilado.

—Vamos, cuéntame. Después de los Oscar, que por cierto tendrías que haber ganado, desapareciste sin más. ¿Por qué?

—Tenía que marcharme de Hollywood. Ya no podía soportarlo. —Era obvio que Kevin no iba a decirle qué había estado haciendo desde que había renunciado a trabajar en el cine, pero ella había sido una buena amiga y merecía saber la verdad.

—Tú me conoces —comenzó—. Era de izquierdas, como todos los demás. Votaba a los demócratas, detestaba cualquier cosa que tuviese que ver con el partido republicano, daba dinero a los grupos ecologistas y conducía un coche híbrido.

Formaba parte del *establishment* de Hollywood tanto como cualquier otro.

—No me digas que te has vuelto conservador —exclamó Gwen con fingido horror. Nunca había mostrado el menor interés por la política.

—No, no se trata de eso, solo estoy poniendo en contexto lo que pasó. Todo cambió el 11-S. —Solo mencionar la fecha hizo que Gwen palideciese, como si supiera el final de la historia—. Mi hermana venía de Boston para verme.

—No me lo digas.

—Viajaba en el avión que chocó contra la torre norte del World Trade Center.

Gwen se inclinó hacia su amigo para cogerle una mano.

—Oh, cuánto lo siento. No tenía ni la más remota idea.

—Fui incapaz de decírselo a nadie.

—Así que por eso te marchaste. Debido a la muerte de tu hermana.

—No solo por eso —manifestó Kevin—. Bueno, quizá. No lo sé. Regresé al trabajo tres semanas después del funeral, con la intención de volver a la vida normal. Era el maquillador en una película de época. No te diré quién era la estrella porque ahora es todavía más famosa. Estaba sentada en la silla y hablaba de los ataques con su agente. Dijo algo así como: «¿Sabes?, creo que lo que les pasó a todas aquellas personas fue terrible, pero este país se lo merece. Mira cómo tratamos al resto del mundo. No me extraña que nos odien». Era un pensamiento bastante común entonces, e incluso ahora, pero luego dijo que las personas que habían muerto —entre ellos mi hermana—, eran tan culpables de los ataques como los terroristas.

»No podía creer lo que estaba escuchando. Mi hermana solo tenía veintiséis años y estaba a punto de iniciar la residencia como médica, y esa tía que ganaba una fortuna decía que los ataques eran culpa de mi hermana. Fue como una desconexión, Gwen.

La gente de Hollywood está tan alejada de la realidad que no puedo soportarlo. Esta actriz gana millones exhibiéndose en la pantalla en paños menores, lo que es una ofensa a la sensibilidad musulmana, pero echa la culpa del odio a mi hermana. Escuché lo que la gente de la industria decía durante otro par de meses y comprendí que más o menos todos pensaban lo mismo. Podía soportar oír que Norteamérica tiene la culpa. Lo que no podía tolerar era que nadie allí creyese que ellos también forman parte de Estados Unidos.

Kevin no le contó que había ido sin más a la CIA para poner a su disposición su gran talento o que le habían ofrecido una tarea más atractiva y mejor pagada con la Corporación, probablemente porque Langston Overholt le había pasado el nombre a Juan antes de que la CIA se enterase de su interés.

Ajustarse al estilo paramilitar de la banda de piratas de Cabrillo había sido muy fácil; por primera vez, Nixon había entendido el atractivo que podía tener lo militar. No eran la acción y la aventura, porque la mayoría de los días eran aburridos. Era la camaradería, la lealtad que los hombres y mujeres sentían entre sí. Se daban el uno al otro la máxima responsabilidad, la de evitar a la otra persona cualquier daño, y eso

creaba vínculos mucho más profundos de lo que Kevin creía posible.

El tiempo que llevaba en el *Oregon* no lo había cambiado mucho. Aún daba dinero a las causas liberales, votaba a los demócratas cada vez que se acordaba de votar por correo y el coche híbrido estaba aparcado en un garaje de Los Ángeles. Pero ahora valoraba todavía más la libertad de poder hacer estas cosas.

—Vaya, lo siento —repitió Gwen para romper el silencio—. En realidad nunca presté mucha atención a todo eso.

—Yo tampoco, pero ahora... —Su voz se apagó, y se encogió de hombros. Intuyó que había hecho que se sintiera incómoda. Quizá él había cambiado más de lo que creía.

La puerta de la caravana se abrió de pronto. En las tertulias de televisión o en la alfombra roja en el estreno de una película, Donna Sky era la luminosa presencia que llenaba cualquier sala. Era el epítome del estilo, el aplomo y la elegancia. Entró en la caravana como una exhalación. Con el pelo cubierto con una gorra y sin maquillaje que ocultara el acné parecía una veinteañera cualquiera cabreada y presuntuosa. Tenía los ojos inyectados en sangre y unas profundas ojeras. Desde el otro lado de la caravana, Kevin olió el alcohol que aún rezumaba por sus poros tras la juerga de la noche anterior.

—¿Quién demonios eres tú y qué estás haciendo aquí? —le preguntó a Nixon con aspereza. Su voz tan característica quedaba alterada por la resaca. Luego hizo una pausa, lo observó, y acabó por reconocerlo—. Tú eres Kevin Nixon, ¿verdad? Me maquillaste en *Family Jewels*.

—Si no me equivoco, aquella fue tu gran oportunidad —dijo Kevin, y se levantó.

—Habría llegado de todas maneras —afirmó Donna, con ínfulas. Se sentó en la silla que había desocupado Kevin y miró por encima del hombro a Gwen—. Quítame estas ojeras. No tengo que rodar hasta dentro de un par de horas, pero no soporto tener este aspecto.

Kevin iba a decirle que no tendría que haber salido de copas la noche anterior pero se mordió la lengua.

Gwen miró a Kevin con una expresión de complicidad.

—Por supuesto, cariño. Lo que tú quieras.

—¿Trabajas en esta película? —preguntó Donna a Nixon mientras Gwen se ponía a trabajar con sus pinceles y lápices de ojos.

—En realidad no. He venido a hablar contigo, si no te importa.

La joven soltó un suspiro de aburrimiento y luego respondió:

—Qué remedio. ¿De qué quieres hablar conmigo?

Kevin miró a Gwen, que captó la señal.

—Donna, cariño, ¿por qué no dejas que Kevin te maquille y así podréis hablar en privado?

—Por mí de acuerdo.

Nixon se lo agradeció a Gwen con un silencioso «muchas gracias» cuando ella se

hizo a un lado y le entregó un pincel. Esperó a que saliera de la caravana antes de ponerse a trabajar.

—Quería hablar contigo de Thom Severance y el movimiento responsabilista.

Donna Sky se tensó en el acto.

—Lo siento, pero no voy a hablar de ello.

—Es importante. Puede haber vidas en juego.

—No quiero hablar, ¿vale? Si quieres que charlemos de mi carrera o de mi vida social, perfecto. Pero no quiero discutir con nadie más acerca del responsabilismo.

—¿Porqué?

—No quiero y se acabó.

Kevin intentó recordar todo lo que Linda le había enseñado de las técnicas de interrogatorio en las últimas veinticuatro horas.

—Hace una semana, un barco alquilado por los responsabilistas se hundió en el océano Índico.

—Lo sé. Lo vi en las noticias. Dicen que lo golpeó una ola. Tiene un nombre especial.

—*Tsunami* —dijo Kevin—. Lo llaman *tsunami*.

—Eso es. Al barco lo hundió un *tsunami*.

Kevin sacó un ordenador de la mochila que llevaba consigo y apartó todos los frascos y botes de Gwen para colocarlo sobre el tocador. Tardó unos segundos en encontrar el archivo que buscaba.

La calidad del vídeo era pésima porque había muy poca luz para la cámara que Mark Murphy había utilizado a bordo del *Golden Dawn*. De todos modos, era lo bastante clara para ver las expresiones de horror de los tripulantes muertos en el puente y los litros de sangre que encharcaban la cubierta. Dejó que la proyección avanzase durase unos cinco minutos.

—¿Qué es eso? ¿Una película en la que estás trabajando?

—Fue tomada a bordo del *Golden Dawn*. Todos los pasajeros y los tripulantes que iban a bordo fueron asesinados, envenenados con algo tan tóxico que ninguno de ellos tuvo tiempo de utilizar la radio. —Buscó otra imagen del vídeo. Había sido tomada desde la cámara montada en el mástil del *Oregon* y mostraba el barco cuando se hundía. El nombre se veía con toda claridad gracias a los reflectores que iluminaban la proa. Donna Sky estaba desconcertada.

—¿Quién filmó los vídeos y por qué no se informó de esto en los medios?

—No puedo decirte quién los filmó, pero no se comunicó a los medios porque fue un ataque terrorista y las autoridades no quieren que los terroristas se enteren de que lo sabemos.

Kevin tuvo que reconocer su perspicacia. No había pasado por alto el uso del posesivo.

—¿Eres... me refiero a... trabajas para...?

—No puedo responder a esa pregunta, pero que esté en posesión del vídeo tendría

que decirte algo.

—¿Por qué me lo enseñas? Yo no sé nada de terrorismo.

—Tu nombre ha salido varias veces durante la investigación, y las pruebas apuntan a que este ataque fue realizado por miembros del movimiento responsabilista. —Lo dijo con toda la amabilidad de que fue capaz. Si no le creía llamaría a seguridad y mandaría que lo echasen de allí.

La imagen en el espejo lo miró fijamente. Kevin se había labrado una carrera maquillando rostros, no interpretando sus expresiones. No tenía ni idea de qué debía de estar pensando. Se preguntó cómo reaccionaría él si alguien le dijese que su párroco era un terrorista.

—No te creo —acabó diciendo la actriz—. Me parece que has amañado esta filmación para desacreditar a Thom y a Heidi.

«Al menos no me ha puesto de patitas en la calle», pensó Kevin.

—¿Por qué haría tal cosa? —preguntó—. ¿Qué motivo podría tener para filmar estos vídeos y recorrer medio mundo para mostrártelos?

—¿Cómo puedo saber lo que piensas? —replicó Donna.

—Por favor, piensa con lógica. Si tuviese la intención de desacreditar el responsabilismo, ¿no lo habría llevado a la CNN o a la Fox?

Al ver que ella permanecía callada, Kevin le pidió una respuesta sincera.

—Sí, es probable.

—Dado que no lo he hecho, mi propósito debe de ser otro, ¿no crees?

—Quizá —admitió Donna.

—Entonces ¿por qué no puedo estar diciendo la verdad?

—Los responsabilistas no creen en la violencia. No es posible que miembros de nuestro grupo hiciesen eso. Lo más probable es que fuese una banda de radicales antiabortistas o algo por el estilo.

—Donna, créeme cuando te digo que hemos investigado a todos los grupos conocidos en el mundo en busca de los responsables. Siempre volvemos a los responsabilistas. Y no estoy hablando de los miembros de base. —Kevin estaba lanzado y las mentiras le salían con toda naturalidad—. Creemos que hay grupos escondidos que cometieron esta atrocidad y quizá han preparado más ataques. Tú y yo sabemos que hay personas que llevan su fe hasta el extremo. Por eso creemos que estamos enfrentándonos a unos radicales dentro de la organización. Si de verdad quieres ayudar a tus amigos, tienes que decirme todo lo que sabes.

—De acuerdo —aceptó ella, obediente.

Hablaron durante casi una hora antes de que volviese Gwen. Iba acompañada de varios extras que necesitaban que los maquillaran para las escenas que iban a rodar. Al final, Kevin quedó absolutamente convencido de que Donna Sky no sabía nada de aquello que había descubierto la Corporación. También tenía la sensación de que era una joven triste y solitaria que era víctima de su éxito, y que los dirigentes del movimiento responsabilista la habían reclutado por dicha razón. Solo podía esperar

que algún día ella encontrase en su interior una fuerza que le permitiese ser una persona independiente. Dudaba que ocurriera, pero no por ello renunciaba a la esperanza.

—Muchas gracias por haber hablado conmigo —dijo Kevin y guardó el ordenador portátil.

—No creo haber sido de mucha ayuda.

—Lo has hecho muy bien. Gracias.

Donna se miró en el espejo. Una vez más había recuperado el encanto que cautivaba al público. Habían desaparecido las huellas de los excesos de la noche anterior. Kevin había devuelto a su rostro aquella encantadora mezcla de inocencia y atractivo sensual. La tristeza en los ojos solo era de ella.

Capítulo 22

A Cabrillo y a Linc les había llevado un poco más de catorce horas volar a Filipinas. Ir desde la capital, Manila, a Tubigon, en la isla de Bohol, en el centro de aquel archipiélago de más de siete mil islas, les costó casi el mismo tiempo, aunque la distancia era de poco más de cuatrocientos ochenta kilómetros en línea recta. Juan sabía por experiencia que pocas veces se lograba una ruta directa en las naciones del Tercer Mundo.

Dado que no se podía garantizar el transporte terrestre en Bohol, primero habían tenido que volar hasta la cercana isla de Cebú, donde habían alquilado un viejo *jeep*, y luego esperar a que el transbordador los llevase al otro lado del estrecho de Bohol. Linc había comentado que la embarcación era tan antigua que los neumáticos colgados en las oxidadas bordas tendrían que haber sido de banda blanca. El transbordador se escoraba mucho a estribor, pese a que con toda intención la mayor parte de la carga estaba colocada a babor. Cualquier posibilidad de dormir durante el trayecto se esfumó a causa del remolque que tenían al lado; iba cargado de cerdos que, incluso en aquellas aguas tranquilas, se habían mareado. El olor y los chillidos eran tan fuertes que incluso podían despertar a los muertos.

Dos veces durante la travesía, los motores se pararon sin ninguna razón aparente. La primera vez fue solo durante unos minutos. La segunda duró casi una hora. Los tripulantes, bajo la mirada de un mecánico furioso, se afanaban en reparar la maquinaria.

Pensar en si sobreviviría al trayecto fue una distracción para Cabrillo. Le permitió no pensar en la suerte de Max durante un rato. Pero en cuanto los motores funcionaron de nuevo, sus pensamientos volvieron de inmediato a centrarse en su amigo. No le pasó por alto la ironía de que el padre de Hanley había muerto en las Filipinas defendiendo la isla de Corregidor en los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial.

Juan sabía que Max haría todo lo posible para proteger a su hijo y a la Corporación. Tenía un sentido de la lealtad que habría enorgullecido a cualquier San Bernardo. Solo esperaba que pudiesen encontrar el modo de asegurarse de que Max fuera liberado. No se hacía ninguna ilusión sobre los métodos que Zelimir Kovac emplearía para conseguir la información que deseaba. Si Max no resistía, estaría condenado en cuanto comenzase a hablar.

Este doloroso pensamiento volvía una y otra vez a la mente de Cabrillo.

El móvil de Juan sonó en el mismo momento en el que aparecían a la vista las luces de Tubigon.

—Cabrillo.

—Hola, Juan, soy Linda.

—¿Alguna novedad?

—Nada de Severance, si es eso lo que preguntas.

—Maldita sea, era eso.

Diez llamadas al director de los responsabilistas y todavía nada. Juan se había hecho pasar por el jefe de la empresa de seguridad supuestamente contratada por Max para rescatar a su hijo. Había hablado con la recepcionista lo suficiente para saber que leía novelas románticas durante la hora de la comida. La mujer se había disculpado cada vez, y tras repetirle que Severance no estaba, lo había pasado al buzón de voz. Juan había ofrecido la recompensa que Severance decidiera por la libertad de Max, y cuando eso no dio ningún resultado comenzó con las amenazas. En su última llamada había advertido a Severance que si Max no era liberado sano y salvo, iría a por su familia.

Era una amenaza vana, por culpa de Overholt, pero Severance no lo sabía. Aunque, al parecer, ni siquiera le importaba.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Cabrillo.

—Kevin acaba de hablar con Donna Sky. Ella no sabe nada.

—¿Está seguro?

—Hablaron durante una hora —dijo Linda con su voz de duendecillo—. No es más que una actriz que sigue un culto de locos. Es demasiado importante para mezclarse abiertamente en algo ilegal. Por otra parte, según informan las revistas, estará ocupada con el rodaje de su nueva película durante por lo menos los próximos cuatro meses, al parecer para gran enfado de su actual novio, que está en Australia de gira con su grupo, que, por cierto, según Mark Murphy, es pésimo.

—Entonces lo más probable es que a mí me guste —bromeó Juan, tras escuchar esta última información—. Si Gil Martell no pretendía decir su nombre cuando hablaba con Severance después de que entrásemos en su despacho, tiene que ser otra cosa. ¿Puedes pedirle a Hali que escuche la cinta una vez más?

—Pilló un cabreo de cuidado cuando le dije que quizá estaba equivocado. Se ofreció voluntario a escuchar toda la grabación de nuevo.

—Dile que se ha ganado una ración extra de ron. ¿Algo más?

—Eddie ha vuelto de Roma, y estamos consiguiendo muy buenas grabaciones desde el yate del traficante de armas, pero hasta el momento no han dicho nada importante.

Cabrillo se había olvidado completamente de aquella misión.

—Muy bien. Mantenme informado. Linc y yo estamos a unas tres horas de donde los responsabilistas tienen su centro filipino. Estaremos en contacto.

—Recibido, director, y buena caza. *Oregon* cambio y fuera.

Juan apagó el móvil.

—¿Todo el asunto de Donna Sky es un fiasco? —preguntó Linc en el interior del vehículo a oscuras. Vestido todo de negro, Linc solo era una gran sombra sentada junto a Cabrillo.

—No sabe nada.

—De todas formas era un disparo a ciegas. Una mujer como ella no puede salir ni siquiera a pasear al perro sin que la sigan una nube de fotógrafos.

—Linda ha dicho más o menos lo mismo —admitió Juan, malhumorado—. Tendría que haberme dado cuenta.

—Director, estamos dando tumbos desde que comenzamos. Pero tampoco hace falta que ahora te enfades conmigo. Seguiremos pensando con inteligencia y ya veremos adónde nos lleva. Se trate de un callejón sin salida o no, tenemos que comprobarlo.

—Lo sé —respondió Juan—. Pero...

—... esta vez está en juego el culo de Max —acabó Linc por él—, y te preocupa. Caballo se forzó por sonreír.

—Es una manera muy amable de decirlo.

—Escucha, amigo, esta es la mejor pista que tenemos. Aquí estuvieron cuatrocientos responsabilistas durante Dios sabe cuánto tiempo y ahora están todos muertos, sin duda para que nunca pudieran hablar de lo que habían estado haciendo. Encontraremos lo que necesitamos y rescataremos a Max y a su hijo.

Juan agradeció los ánimos, aunque no hicieron que se sintiera mejor. Eso solo ocurriría cuando Max regresara a bordo del *Oregon*, y Thom Severance y Zelimir Kovac estuviesen colgados en el patíbulo.

El transbordador entró en el puerto y se estrelló contra los pilares de madera del muelle en una de las peores maniobras de atraque que Cabrillo había visto jamás. Diez minutos más tarde, con la nave amarrada y la rampa bajada, Linc puso en marcha el motor del *jeep* y desembarcaron. De inmediato bajaron las ventanillas para eliminar el olor a cerdo que llenaba el interior del vehículo.

—Este momento es tan bueno como cualquier otro —dijo Juan. Levantó el pie para apoyarlo en el salpicadero y se enrolló la pernera. La prótesis que llevaba era un feo y gordo miembro de plástico color carne. Se descajó la pierna y desató la bota para quitársela junto con el calcetín. Había un diminuto agujero en la planta del pie. Sacó una llave Alien del bolsillo, la insertó en el agujero y la hizo girar en el sentido contrario a las agujas del reloj. Apareció un mecanismo instalado en la pierna que le permitía abrir la pantorrilla como si fuese una caja de herramientas. En el interior de lo que él llamaba su pierna de contrabandista había dos pistolas Kel-Tek.

A pesar de su pequeño tamaño, la Kel-Tek disparaba balas de calibre 380. Para esa misión en particular, el armero del *Oregon* había hecho un hueco en los siete proyectiles que llevaba cada pistola y luego había llenado el hueco con mercurio. Cuando la bala impactara en la carne y disminuyera la velocidad, la inercia haría que el mercurio saliese del proyectil y destrozase el tejido de la misma manera que una bala antitanque destruye el blindaje de un carro de combate. Un impacto en cualquier lugar del tronco era mortal; incluso un disparo en un hombro o una cadera podía arrancar un miembro. Cabrillo entregó una de las pequeñas pistolas a Linc y guardó

la otra en la funda que llevaba a la altura de la rabadilla.

En la pierna del contrabandista también había un pequeño trozo de explosivo plástico y dos detonadores dispuestos para estallar al cabo de cinco minutos. La prótesis disparaba los detectores de metales de los aeropuertos y Juan había comprobado a lo largo de los años que cada vez que se levantaba la pernera para mostrar la prótesis, le hacían pasar con uña sonrisa de disculpa. Aunque en ese viaje no habían encontrado perros preparados para detectar explosivos, iban preparados para esa contingencia con un frasco pequeño de pastillas de nitroglicerina y la explicación de que padecía del corazón.

La carretera que salía de la ciudad y llevaba a las colinas no había sido asfaltada de nuevo desde hacía décadas. Los responsabilistas habían trabajado en el lado opuesto de la isla; les llevó una hora llegar hasta la zona. El sol, que había subido en el horizonte durante el viaje, dejaba a la vista la selva que bordeaba la carretera como un largo túnel de color esmeralda. Las pocas aldeas por las que pasaron no eran más que un puñado de chozas con techos de paja y algún almacén con un tejado de cinc. Excepto por la ocupación japonesa durante la guerra, el estilo de vida en aquella parte de las islas no había cambiado en un milenio.

Cuando llegaron a ocho kilómetros de su destino, Linc salió de la carretera y se metió entre los matorrales lo suficiente para ocultar el vehículo. No sabía si los responsabilistas habían dejado guardias en el centro y no querían correr riesgos innecesarios. Cabrillo y él dedicaron unos minutos a acabar de retocar el camuflaje y borraron las huellas que el *jeep* había dejado en la tierra blanda. Aun sabiendo dónde estaba escondido, ninguno de los dos consiguió verlo desde la carretera. Juan apiló unas piedras en el arcén como punto de referencia.

Con las mochilas cargadas al hombro, entraron en la selva y comenzaron la larga caminata. El sol pareció desvanecerse y fue sustituido por un resplandor verdoso que apenas atravesaba las copas de los árboles. El color le recordó a Cabrillo la piscina del *Oregon* por la noche, cuando estaban encendidas las luces del fondo.

A pesar de su corpulencia, Linc se movía por la selva con la gracia de un felino, y encontraba pequeñas aberturas en la densa vegetación, que les permitían avanzar sin dejar huellas delatorias. Sus pies apenas parecían rozar el suelo fangoso. Era tan sigiloso que el ruido de fondo de los insectos y los gritos de las aves no se interrumpieron ni dieron la alarma.

Cabrillo lo seguía, mirando atrás una y otra vez atento a cualquier señal de persecución. La humedad era tan elevada que tenía la sensación de que sus pulmones se llenaban de agua con cada respiración. El sudor chorreaba por su espalda y la gorra de béisbol estaba empapada. Notaba fría y resbaladiza la zona donde el muñón encajaba en la pierna ortopédica.

Después de dos horas de avanzar a través de la selva en absoluto silencio, Linc levantó un puño y luego se tendió en el suelo. Cabrillo siguió su ejemplo y se arrastró hasta colocarse junto al antiguo SEAL. Habían llegado al linde de la selva. Delante se

abría un campo que se extendía unos cuatrocientos metros antes de acabar en una sucesión de pendientes casi verticales y acantilados erosionados que caían hasta el mar.

Con el sol detrás, Cabrillo no se preocupó por el reflejo de los prismáticos mientras observaba el entorno. Los responsabilistas habían construido un único edificio de planchas de cinc onduladas a poca distancia de los acantilados. Tenía el tamaño de un almacén, con un techo un tanto inclinado para desaguar los cuatrocientos cincuenta litros por metro cuadrado de precipitación anual. Unos paneles opacos en el techo debían de permitir el paso de una luz difusa, ya que no había ventanas. Las paredes estaban pintadas con pintura de minio roja, y había una única puerta que daba a un aparcamiento lo bastante grande para cincuenta vehículos.

A unos treinta metros del almacén había cuatro hileras de losas de cemento rectangulares. Cabrillo contó cuarenta losas por hilera.

Linc lo tocó en el hombro. Dibujó un rectángulo en la tierra y señaló hacia el almacén. Luego dibujó otro rectángulo y señaló las losas de cemento. Hasta ahí Cabrillo lo siguió sin dificultad. Luego, Linc dibujó un cuadrado mucho mayor alrededor de todo el recinto y señaló el campo.

Juan observó la zona a través de los prismáticos y advirtió un ligero rastro en la hierba que corría en línea recta antes de doblar en un ángulo de noventa grados. Miró a Linc. El veterano de la marina colocó el canto de la mano en la línea que había dibujado, para decirle que creía que en otro tiempo había habido una cerca que recorría el perímetro del campo. Después utilizó los dedos para levantarse las comisuras de los ojos.

Cabrillo asintió. Aquello debía de haber sido una instalación japonesa de algún tipo, probablemente un campo de prisioneros. Habían retirado la cerca años atrás, y lo único que quedaba de las celdas eran las losas de cemento. Se preguntó si los responsabilistas habían escogido ese lugar porque había cimientos para sus construcciones.

Observaron la estructura durante otras dos horas, pasándose los prismáticos el uno al otro hasta que se les cansaron los ojos. Nada se movía en el claro, excepto cuando una ligera brisa soplaba desde el océano y formaba olas en la hierba alta hasta las rodillas.

De pronto, Juan maldijo y se levantó.

—Se acabó. No hay nadie en casa. —Su voz sonó muy fuerte después de tantas horas de silencio.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Linc con un ronco susurro.

—Escucha. —El tono de Juan dejó claro que estaba furioso consigo mismo.

Linc ladeó la cabeza.

—Nada exceptuando las olas que rompen al pie de los acantilados.

—En efecto. ¿Ves los soportes vacíos en el techo? Aquí tenemos una temperatura de unos cuarenta grados centígrados, lo que significa por lo menos cincuenta dentro

del edificio. Aquellos soportes debían de sujetar unos aparatos de aire acondicionado muy grandes. Se los llevaron cuando se marcharon. A menos que el edificio esté lleno hasta arriba de botellas de agua, un pelotón de guardias no duraría ni una hora allí dentro, y mucho menos las semanas que han pasado desde que abandonaron este lugar.

Cabrillo tendió una mano para ayudar a Linc a levantarse. Juan tuvo la confirmación del buen resultado de las horas de gimnasio a bordo del *Oregon*, ya que el esfuerzo no le desgarró los músculos de la espalda.

Si bien estaba bastante seguro de su conclusión, se acercaron al edificio con mucho cuidado, manteniéndose apartados de la puerta hasta que llegaron a las paredes. La temperatura de las planchas quemó las puntas de los dedos de Juan cuando las tocó.

Con las armas en la mano, se acercaron a la puerta. Juan dejó la mochila en el suelo y sacó un trozo de manguera. Lo envolvió alrededor del pomo, le entregó un extremo a Linc y él sujetó el otro. Se colocaron a ambos lados de la puerta y Juan tiró de la manguera. La fricción de la goma contra el pomo lo hizo girar; la puerta se abrió. De haber estado conectada a una carga explosiva, el truco de Cabrillo los habría mantenido a cubierto de la onda expansiva.

—Ni siquiera la cerraron con llave —comentó Linc.

Juan espió en el interior.

—No había ninguna razón para hacerlo. Echa una ojeada.

El almacén estaba en penumbra, pero la luz perlada que llegaba a través de las claraboyas bastaba para ver que el enorme espacio estaba vacío. Ni siquiera había columnas para apuntalar el techo que rompiesen la monotonía de la extensión de cemento. De no haber sido porque la puerta era pequeña, Juan habría creído que aquello había sido un hangar. El suelo estaba pintado de un color gris uniforme y no había ni una mancha. Al entrar, Juan olió un débil rastro de lejía.

—Al parecer la señora de la limpieza se nos ha adelantado —bromeó Linc cuando se reunió con Juan.

Cabrillo permaneció en silencio. Sabía que no encontrarían nada que pudiese incriminar a Severance, y que, por tanto, no tendrían nada para negociar el regreso de Max. Los responsabilistas habían borrado cualquier indicio de lo que habían hecho en el interior. Los conductos de aire acondicionado habían desaparecido, al igual que los cables y las cañerías de agua. Todo.

—¡Vaya pérdida de tiempo! —Acabó por exclamar, enfadado.

Linc se había agachado para observar el suelo.

—El cemento está muy gastado —comentó al ponerse en pie—. Yo diría que lo colocaron los japoneses cuando construyeron el resto de la prisión.

—¿Para qué demonios necesitarían un edificio de estas dimensiones? —se preguntó Juan en voz alta—. El terreno es demasiado empinado para una pista de aterrizaje, así que no es un hangar.

—No lo sé. ¿Lo utilizarían para almacenar algo?

—Una fábrica —dijo Juan—. Seguro que utilizaban a prisioneros de guerra como mano de obra esclava. Dios sabe que lo hacían en todos los lugares que ocuparon.

Linc se tocó la punta de su ancha nariz con el dedo.

—Creo que estás en lo cierto.

Juan sacó el móvil y llamó al *Oregon*. Como Hali estaba ocupado con la grabación clandestina, Juan pidió al encargado de comunicaciones que lo pasara con Eric Stone.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó Eric cuando atendió la llamada en su camarote.

—Hazme un favor y averigua si durante la ocupación japonesa de la isla Bohol, en Filipinas, tuvieron aquí campos de prisioneros o fábricas.

—¿Cuándo, ahora?

—Puedes continuar planeando tu asalto al honor de Janni Dahl más tarde.

—De acuerdo. Espera un momento. —La conexión era tan clara que oyó cómo Eric tecleaba en su terminal de ordenador—. Tengo algo. Construyeron una cárcel para criminales filipinos en la isla en marzo de 1943. La cerraron el día que regresó MacArthur, el 20 de octubre de 1944. Estaba a cargo de algo llamado Unidad 731. ¿Quieres que lo investigue?

—No —respondió Juan. A pesar de los cincuenta grados de temperatura, Juan se estremeció, con la sangre repentinamente helada en las venas—. Sé lo que es. —Cortó la comunicación—. Esto era un campo de exterminio —dijo a Linc—, dirigido por un equipo llamado Unidad 731.

—Nunca oí hablar de ellos.

—No me sorprende. A diferencia de los alemanes, que se disculparon por el Holocausto, el gobierno japonés nunca ha reconocido sus crímenes de guerra, en particular los de la Unidad 731.

—¿Qué hacían?

—Montaron fábricas y laboratorios por toda China durante la ocupación y fueron los responsables de la guerra bacteriológica japonesa, dirigida por Ishii Shiro. Algunas estimaciones apuntan a que la Unidad 731, y otras como ella, mataron a más gente que Hitler en los campos de concentración. Experimentaban con los prisioneros inyectándoles todos los virus conocidos. Provocaron epidemias de peste bubónica, tifus y ántrax en varias ciudades chinas. Algunas veces utilizaban aviones que rociaban el terreno con moscas infectadas o las metían en bombas. Otra táctica habitual era contaminar el suministro de agua potable de una ciudad.

—¿Se salieron con la suya?

—Durante años. Otro objetivo de su trabajo era determinar los efectos de los explosivos y otras armas en el cuerpo humano. Disparaban, volaban o incineraban a centenares de prisioneros a la vez. Piensa en cualquier tortura imaginable y te garantizo que la Unidad 731 la probó a fondo. Recuerdo un experimento en el que colgaban a los prisioneros de los pies solo para ver cuánto tardaban en morir.

Linc había palidecido un poco debajo de su piel de color ébano.

—¿Este lugar era uno de sus laboratorios? —preguntó, mientras miraba en derredor.

—Así es, y los prisioneros filipinos eran las cobayas.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—¿Que Severance escogió este lugar por una razón muy específica?

—Utilizar una toxina en el *Golden Dawn* después de que su gente estuviese trabajando en una vieja fábrica de productos de guerra bacteriológica no puede ser una coincidencia. ¿No es posible que todos contrajesen algo dejado por los japoneses?

—No habría matado a toda la tripulación al mismo tiempo —señaló Cabrillo—. Es lo primero que pensé cuando Eric mencionó a la Unidad 731. No, tiene que ser algo que crearon aquí.

—¿Crees que es una buena idea caminar por aquí sin un traje protector?

—No nos pasará nada —respondió Juan, con mucha seguridad.

—Tío, me conformo con una máscara quirúrgica y guantes de goma —protestó Linc.

—Prueba una de las técnicas de yoga de Linda y respira por los ojos.

Con las linternas y partiendo de esquinas opuestas, los dos hombres registraron cada centímetro cuadrado del edificio. Ni siquiera encontraron un envoltorio de goma de mascar en el suelo.

—Aquí no hay nada —dijo Juan.

—No tan deprisa —le advirtió Linc, con la mirada puesta en la pared del fondo.

Golpeó con los nudillos el acero de una de las columnas de soporte que estaban al descubierto. Sonó a hojalata. Después apoyó la mano en la pared. Estaba caliente al tacto pero no quemaba. Eso, en sí mismo, no probaba nada, puesto que el sol quizá no daba en ella directamente, pero era un signo alentador.

—¿Qué pasa? —preguntó Juan.

—Se me acaba de ocurrir una idea descabellada. Ven. —Se volvió para caminar hacia la puerta y fue contando los pasos—. Noventa y ocho, noventa y nueve, cien —dijo cuando llegó a la pared opuesta—. Un metro por paso, así que tenemos un edificio de trescientos metros de largo.

—Fantástico —comentó Juan, sin mucho entusiasmo.

—Hombre de poca fe.

Linc llevó a Cabrillo al exterior y contó la pared por fuera.

—Noventa y ocho, noventa y nueve, cien, ciento uno.

—Sin darte cuenta has acertado el paso —dijo Juan.

—Toca la parte de atrás del edificio —le pidió Linc, a sabiendas de lo que descubriría el director.

Juan apartó los dedos. El metal quemaba. Enarcó las cejas.

—Las columnas que vimos al otro lado de esta pared no son de carga. El metal es

demasiado delgado.

—¿Estás seguro?

—Entrenamiento de SEAL, amigo mío. Nos enseñan cómo se construye un edificio para que sepamos mejor cómo volarlo. Ahí dentro hay una pared falsa, y detrás, un vacío de un metro.

—¿Para qué?

—Vamos a averiguarlo.

Volvieron al interior del sofocante almacén. Linc sacó de la mochila una navaja con la empuñadura mate. Abrió la hoja y la clavó sin más en la pared. Atravesó la delgada plancha de acero como si fuese papel. Movi6 la hoja hacia abajo para abrir un tajo que casi llegaba al suelo. Luego la movió en horizontal como si fuese una sierra; el sonido hizo que los dientes de Cabrillo rechinaran.

—Una Emerson CQC-7a —dijo Linc mostrándole la navaja, orgulloso. No había ni una marca en la hoja—. Leí la publicidad hace unos años y no me la creí. Ahora sí.

Descargó unos puntapiés contra el metal cortado para apartarlo de la columna como si fuesen los pétalos de una flor, hasta que pudo entrar en la habitación secreta. El rayo de luz de la linterna le mostró...

—Nada. Está vacío. Como el resto —manifestó Linc, con obvia desilusión.

—Maldita sea.

Juntos, caminaron por el angosto espacio al tiempo que alumbraban todos los rincones, solo para estar seguros. El calor era insoportable, como estar junto a un crisol en una fundición.

Linc apuntaba la luz al suelo cuando algo llamó su atención. Se agachó y pasó los dedos con suavidad por el cemento pintado. Había una sonrisa en su rostro cuando miró al director.

—¿Qué has encontrado?

—Este trozo de cemento es nuevo. No todo el suelo, solo este pedazo.

Juan lo vio. Un trozo de unos tres metros de largo y de todo el ancho de la habitación secreta era mucho más suave que el resto y no mostraba ninguna señal de desgaste.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Juan.

—El lugar perfecto para una escalera que lleve a un sótano. El tamaño es el adecuado.

—Vamos a averiguarlo.

Juan buscó en su mochila un trozo de explosivo plástico C-4. Lo modeló para dirigir la onda expansiva hacia abajo e insertó uno de los detonadores. Miró por un momento a Linc para asegurarse de que estuviese preparado y activó el detonador.

Salieron de la habitación secreta y corrieron a través del almacén; el aire, que era como fuego, martirizaba sus pulmones, y los acompañaba el eco de sus pisadas. Linc cruzó la puerta como una exhalación con Cabrillo pegado a los talones; corrieron otros cincuenta metros antes de detenerse y mirar hacia el edificio.

La explosión fue un trueno sordo que voló las claraboyas del techo y llenó el almacén con una nube de polvo de cemento. Por las columnas de polvo y humo que salían a través de los agujeros parecía que el edificio estuviese ardiendo.

Mientras esperaba a que se posase el polvo, Juan sintió un vago estremecimiento en la espalda, así que observó la selva con mucha atención. Un reflejo del sol fue todo el aviso que necesitó. Apartó a Linc de un empujón y se lanzó cuerpo a tierra justo cuando dos balas disparadas por dos fusiles rasgaban el aire en el lugar donde habían estado hacía tan solo un segundo. Los tiradores, bien ocultos, pusieron sus armas en automático y dispararon una impresionante ráfaga hacia el aparcamiento, donde creían tener atrapados a Cabrillo y a Linc.

Los dos hombres se veían superados en capacidad de fuego; si no encontraban un refugio, estarían muertos en cuestión de segundos. Sin necesidad de comunicarse, corrieron de regreso al almacén. Los trozos de cemento arrancados por las balas que rebotaban contra el suelo les azotaban las piernas.

Juan fue el primero en llegar al lugar de la explosión. La detonación había abierto un gran cráter en el suelo que apestaba a C-4. Pero no había sido suficiente. La capa era demasiado gruesa para la cantidad de explosivo que habían traído. Al observar el fondo del cráter, no vio ni un solo lugar donde hubiesen conseguido perforarla del todo.

El fracaso le dejó un regusto amargo en la boca. Una constelación de agujeros de bala apareció en la pared. Se volvió, sin darse cuenta de que ya había desenfundado su Kel-Tek. Había un pistolero a cada lado de la puerta. Disparó tres veces para cubrirse pero la distancia era demasiada para el alcance del arma. Los dos hombres ni siquiera pestañearon.

A su lado, Linc saltó al interior del cráter. Cuando sus pies golpearon el cemento agrietado, se abrió un agujero, y Linc se esfumó en las profundidades. Su peso había sido más que suficiente para acabar de romper la placa.

En el momento en que los trozos de cemento desprendidos dejaron a la vista una escalera, Juan se lanzó al oscuro agujero. Notó que la brisa que llegaba de las profundidades traía el frío hedor de la muerte.

Capítulo 23

El puñetazo se hundió en el estómago de Max, que se dobló tanto como le permitieron las cuerdas que lo sujetaban a la silla. Zelimir Kovac no había utilizado ni la mitad de su tremenda fuerza; sin embargo, Max sintió como si sus tripas se hubiesen convertido en gelatina. Gimió de dolor y la saliva mezclada con sangre manó de su boca destrozada.

Era el cuarto golpe consecutivo, y no lo había esperado. Con los ojos vendados, solo podía guiarse por el ritmo natural del torturador para anticiparse al golpe, pero hasta ahora Kovac no lo había establecido. Sus puñetazos eran tan al azar como brutales. Llevaba pegándole diez minutos y aún no le había hecho ni una sola pregunta.

De pronto le arrancaron la cinta plástica que le cubría los ojos; con ella se llevaron parte de sus gruesas cejas. La sensación fue como si le hubiesen tirado ácido en la cara, y no pudo contener un grito.

Miró en derredor, con los ojos nublados por las lágrimas. La habitación, desnuda y antiséptica, tenía paredes de bloques de cemento encalados y suelo de cemento. Había una rejilla en el suelo a los pies de Max y un grifo con un trozo de manguera enrollado en un gancho junto a la puerta de metal. La puerta estaba abierta; más allá, vio el pasillo con las mismas paredes de cemento y la pintura blanca desconchada.

Kovac estaba delante de Max, vestido con pantalones de traje y una camiseta imperio. El sudor del serbio y la sangre de Max manchaban el algodón de la prenda. Una pareja de guardias con monos idénticos estaban apoyados en la pared y miraban la escena, inmutables. Kovac movió una mano hacia uno de los guardias y el hombre le entregó unas hojas.

—Según tu hijo —comenzó Kovac—, tu nombre es Max Hanley y trabajas en la marina mercante como ingeniero naval. ¿Es correcto?

—Vete al infierno —dijo Max, en tono bajo y amenazador.

Kovac apretó un nervio en la base del cuello de Max; el dolor repercutió en todo su cuerpo. Mantuvo la presión, y apretó incluso más fuerte, hasta que Max gimoteó.

—¿La información es correcta?

—Sí, maldita sea —respondió Max, con los dientes apretados.

Kovac apartó la mano y luego descargó un puñetazo en la mandíbula de Max con la fuerza suficiente para hacerle girar la cabeza.

—Esto es por mentir. Tenías un chip en la pierna. Eso no es habitual entre los marinos mercantes.

—La empresa que contraté para rescatar a Kyle —murmuró Max, intentando recuperar la sensibilidad en su rostro adormecido— lo colocó por seguridad.

Kovac descargó otro puñetazo en la cara de Max y esta vez le aflojó un par de

dientes.

—Buen intento, pero la cicatriz es de por lo menos seis meses atrás.

Era un cálculo bastante acertado. Hux le había colocado el chip nuevo hacía siete meses.

—No fue así, lo juro —mintió Max—. Cicatrizo muy rápido. Mira mis manos.

Kovac las miró. Las manos de Hanley estaban llenas de cicatrices entrecruzadas. Para el serbio no significaban nada. Se inclinó para que su rostro quedase a unos centímetros del de Max.

—He hecho más cortes en mi vida que un cirujano y sé cómo cicatriza la carne. Ese implante es de hace seis meses o más. Dime quién eres y por qué llevas un chip.

La respuesta de Max fue golpear con la coronilla de su cabeza casi calva la nariz de Kovac. Las cuerdas que lo sujetaban a la silla le impidieron imprimir la fuerza suficiente para romperle el hueso, pero se dio por satisfecho con el chorro de sangre que salió por uno de los orificios nasales hasta que el serbio lo contuvo con los dedos.

La mirada que le dirigió a Hanley era de pura furia animal. Max suponía que aquel golpe iba a significar que se llevaría la paliza de su vida, pero, mientras Kovac lo miraba, con las manchas de sangre en su rostro como si fuesen pinturas de guerra, Max supo que había ido demasiado lejos.

Los golpes llegaron como un vendaval. No había ningún ritmo, ningún objetivo. Era una reacción explosiva, la de un cerebro primitivo cuando percibe una amenaza. Max recibió puñetazos en la cara, el pecho, el estómago, los hombros y la entrepierna en una sucesión que parecía interminable. Los golpes llegaban tan deprisa que le pareció que le golpeaba más de una persona, pero, mientras los ojos se le ponían en blanco, comprendió que solo era Kovac quien le estaba propinando aquel castigo.

Max se desplomó en la silla, con el rostro convertido en una masa sanguinolenta. Pasaron dos minutos hasta que uno de los guardias se adelantó para contener al carnicero serbio. Kovac volvió la mirada hacia el guardia, y el hombre se apresuró a retirarse. Sin embargo, la distracción fue suficiente para enfriar su ira.

Miró con desprecio el cuerpo inconsciente de Hanley, con el pecho agitado por el esfuerzo. Kovac hizo girar las muñecas y gotas de sangre de ambos cayeron al suelo. Acercó una mano y levantó el párpado derecho de Max. Lo único que vio fue el globo blanco inyectado en sangre.

Kovac se dirigió a los guardias.

—Volved dentro de un par de horas para ver cómo está. Si no cede la próxima vez haremos que traigan a su hijo desde Corinto. Ya veremos cuánto tiempo soporta ver cómo pegamos a su hijo antes de que nos diga lo que queremos saber.

Salió por la puerta abierta. Los dos guardias esperaron un momento y luego lo siguieron. Uno de ellos empujó la puerta para que se cerrase sola. No se les ocurrió mirar atrás ni oyeron ningún movimiento en la celda, porque eso era lo último que habrían esperado.

Max miró cómo se marchaban con los ojos apenas entreabiertos y se puso en

movimiento en cuanto le dieron la espalda. Durante la terrible paliza, había movido el cuerpo atrás y adelante en la silla para aflojar las cuerdas. La furia de Kovac le había impedido darse cuenta, y los guardias habían creído que los movimientos espasmódicos eran en respuesta a los golpes. Sin embargo, las acciones de Max habían sido totalmente intencionadas.

Se inclinó para recoger una de las hojas de papel que Kovac había dejado caer cuando Max le golpeó la nariz. Se movió hacia la puerta, todavía atado a la silla. Solo tenía una oportunidad, porque, incluso aunque sobreviviera a otra paliza, les diría lo que deseaban saber para proteger a Kyle sin importarle las consecuencias. Su puntería fue perfecta. El trozo de papel se deslizó entre la puerta y el marco un instante antes de que el pestillo se cerrara.

Max se sentó en la silla. Había sido la peor paliza de su vida. Incluso más salvaje que cuando estuvo en una cárcel del Vietcong, donde se turnaron para golpearle durante una hora o más. Movié la lengua y notó que tenía dos dientes sueltos. Era un milagro que no le hubiesen partido la nariz, o que uno de los golpes en el pecho no le hubiese provocado una parada cardíaca.

En el lugar donde había estado el chip notó un dolor sordo comparado con el del resto de su cuerpo. Su pecho era un trozo de carne amoratada, y solo podía imaginar el aspecto de su rostro.

«Bueno, tampoco era tan guapo», pensó. La sonrisa irónica que siguió hizo que manase sangre de los labios cortados.

Max se concedió diez minutos de descanso. Si tardaba más los calambres le impedirían moverse. Había una luz de esperanza en medio de su dolor; al menos no habían llevado a Kyle a ese agujero infernal. Se encontraba de nuevo en Grecia. Incluso en manos de los responsabilistas, los riesgos eran menores. Max se aferró a este pensamiento y dejó que animase su espíritu.

Calculó que habían pasado seis minutos desde que había comenzado a forcejear con las cuerdas aflojadas. Había conseguido soltarlas lo suficiente para liberar las muñecas y utilizar las manos para quitarse las cuerdas alrededor del pecho. Por fin, pudo desatarse las piernas y ponerse en pie. Se sujetó al respaldo de la silla para no caer.

—No me siento muy bien —murmuró en voz alta, y esperó a que se le aclarase la visión.

Abrió la pesada puerta con el mayor sigilo posible. El pasillo estaba desierto. Los tubos fluorescentes en el techo de cemento proyectaban charcos de luz intercalados con profundas sombras, y daban a las paredes un aspecto sucio pese a que parecían haber sido construidas hacía poco.

Max hizo una bola con el papel y lo metió en el hueco del pestillo para que la puerta no se cerrase. Agachado, porque los músculos no le permitían erguirse, caminó por el pasillo con la precaución de no dejar un rastro de sangre.

En la primera esquina, escuchó unas débiles voces ahogadas que procedían de la

izquierda, así que fue hacia la derecha, sin olvidarse de mirar atrás constantemente. Pasó por delante de una puerta sin cartel. Apoyó una oreja en el frío metal, no oyó nada al otro lado y continuó.

La humedad del ambiente y no haber visto ninguna ventana le hizo pensar que estaba bajo tierra. No tenía ninguna prueba, pero no dudaba de su deducción.

Dobló dos veces más en el laberinto monocromático y llegó a otra puerta. Escuchó el rumor de máquinas al otro lado. Movi6 la manija, que giró sin problemas. Entreabrió la puerta y el ruido aumentó. No vio ninguna luz en el cuarto, señal de que estaba vacío. Entró deprisa y cerró la puerta. Tanteó junto al marco y encontró un interruptor.

Las luces se encendieron y dejaron a la vista un enorme espacio por debajo de donde él estaba. Se encontraba en la sala de control que daba a la central eléctrica de las instalaciones. Al otro lado de un grueso cristal aislante había cuatro enormes turbinas atornilladas al suelo, conectadas a una red de tuberías de combustible y tubos de escape. Unido a cada una de ellas había un generador eléctrico. Los grupos eran un poco más grandes que una locomotora y, aunque solo funcionaba una de las turbinas, la habitación zumbaba y crepitaba con su enorme poder.

«Este lugar debe de ser inmenso —pensó Max, mirando la sala con ojos de experto—. Pueden producir suficiente electricidad para un par de miles de personas. O para cualquier otro uso».

Archivó esa duda en su mente y volvió al pasillo.

Sin ninguna cámara a la vista ni guardias que vigilasen los corredores, Max tuvo la sensación de que Kovac debía de sentirse muy seguro en ese lugar. También guardó en su memoria ese dato mientras buscaba una salida del laberinto.

Por fin llegó a una puerta con un cartel que decía escalera, pero, cuando la abrió, descubrió que la escalera solo bajaba.

—Da lo mismo una cosa que otra —murmuró, y siguió adentrándose en las instalaciones.

La escalera bajaba en zigzag cuatro pisos antes de acabar en un rellano mal iluminado. La única puerta daba a un túnel todavía más oscuro perpendicular al hueco de la escalera. A diferencia de las otras zonas que Max había visto, el túnel circular estaba cortado en la roca y era lo bastante grande para permitirle estar de pie. Vio marcas de una tuneladora o una perforadora en la piedra oscura. No había luz, así que no tenía manera de saber la longitud del túnel o para qué servía. Las únicas pistas eran los gruesos cables de cobre que corrían por el techo sujetos a aisladores de cerámica. Debía de haber un centenar; todos a la misma distancia unos de otros. Sus conocimientos de ingeniería le permitieron saber que podían soportar con facilidad la carga eléctrica de los generadores que había visto en el nivel superior.

—¿Qué se supone que debes hacer ahora, guapo? —preguntó en voz alta. Por supuesto, no obtuvo respuesta.

Se planteó seguir los cables, con la vana ilusión de que lo conducirían hasta una

salida, pero la inmovilidad del aire le hizo pensar que el túnel no tenía salida. Tampoco había olvidado que se encontraba por lo menos a quince metros bajo tierra.

Inició la ardua tarea de subir la escalera. Su cuerpo protestaba con cada paso, y, a medida que el esfuerzo agitaba su respiración, sentía como si una prensa le apretase el pecho. Pese a que no tenía las costillas fracturadas, se dijo que por lo menos debía de tener alguna fisura en un par de ellas.

Llegó jadeando al rellano superior y tuvo que apretar los codos contra los costados para aliviar en parte el dolor.

Apoyó una oreja en la puerta, escuchó voces ahogadas, y, cuando se alejaban, le pareció que una persona le decía a otra: «... sky dentro de dos días, así que necesitaremos...». Esperó unos instantes antes de abrir la puerta. El pasillo estaba desierto. Ni siquiera se oía el eco de las pisadas.

En silencio, siguió buscando una salida. Ya estaba más o menos por la mitad de un largo pasillo cuando oyó que se acercaban unas personas. Sus movimientos eran rápidos y seguros, lo que le hizo pensar que podían ser Kovac y sus matones que regresaban a la celda para darle otro repaso, aunque solo había pasado media hora desde que lo habían dejado. A sabiendas de que no podía correr aunque quisiera, Max no tuvo otra alternativa que abrir una de las puertas que daban al pasillo.

Sujetó el pomo al cerrarla, de forma que no se corriese el pestillo, y permaneció apoyado en ella mientras las pisadas se acercaban. Hasta que no se hubieron alejado, Max no miró por encima del hombro la habitación en penumbra. Al resplandor de una pequeña luz de emergencia vio una hilera de seis catres y las siluetas de seis personas que dormían. Una debía de ser la persona con el sueño más ligero del mundo porque de pronto gruñó, se sentó en el catre y miró en la penumbra.

—¿Steve? —llamó.

—Sí —respondió Max, en el acto—. Sigue durmiendo.

El joven volvió a acostarse y le dio la espalda. Su respiración se relajó al instante.

Max no podía decir lo mismo de la suya. Tenía la sensación de que su corazón atravesaría sus costillas en cualquier momento, aunque agradeció el efecto anestésico de la adrenalina que había entrado en sus venas ante el inminente peligro de ser descubierto. Se concedió unos instantes antes de salir del dormitorio.

En total, Max estuvo dando vueltas durante casi una hora antes de encontrar una escalera que subía, la confirmación de que se encontraba en una base subterránea. Aunque dependía del tamaño de las habitaciones que no había investigado, calculó que la instalación debía de tener por lo menos treinta mil metros cuadrados. En cuanto a su finalidad, solo podía hacer conjeturas.

Subió otros dos pisos antes de encontrar otra puerta. Esperó con la oreja apoyada en el metal. Escuchó sonidos al otro lado que no consiguió identificar. Entreabrió la puerta y acercó un ojo a la rendija. Le pareció entrever lo que parecía ser un garaje. El techo metálico estaba a unos seis metros de altura o más, y había una rampa que llevaba hacia unas persianas que permitían el paso de un camión. Encajadas en las

paredes de roca junto a ellas había gruesas puertas de acero que se cerraban desde dentro. Parecían completamente impenetrables salvo para una bomba atómica. Max oyó una música que salía de una radio; le sonó como una pelea de gatos dentro de un saco. Pensó que probablemente Mark Murphy la tenía en su iPod.

No vio a nadie, así que se apresuró a entrar y se escondió detrás de un banco de trabajo donde se amontonaban herramientas sucias de grasa. Escuchó el chasquido de la puerta al cerrarse y se dio cuenta, horrorizado, de que tenía un mecanismo de cierre electrónico activado por un lector de la palma de la mano y un teclado. No había manera de regresar a la celda; solo le quedaba rogar por librarse de otra paliza.

Si bien el garaje estaba en penumbra, había un charco de luz en el lado más alejado, donde dos mecánicos trabajaban en una camioneta de doble tracción. Por lo que parecía, estaban cambiando el radiador y soldando algo en la parte frontal del vehículo. Vio el resplandor azul de un soplete y olió el hedor del metal caliente. Había otros vehículos aparcados en el garaje. Dos camionetas grandes y varios quads, como los que Juan había utilizado para escapar de los responsabilistas en Grecia.

Max notaba cómo pasaba el tiempo y deseó que Cabrillo estuviese allí con él. Juan tenía una capacidad innata para idear y ejecutar un plan solo con echar una ojeada a la situación. Max, en cambio, se enfrentaba a los problemas solo con la fuerza bruta y el tesón.

Kovac no tardaría en volver a la celda, y Hanley necesitaba alejarse lo máximo posible de aquel lugar.

Avanzó con cautela. No tardó en darse cuenta de que las persianas eran la única salida y estaba claro que la música no enmascararía el ruido cuando las levantase. Solo había una alternativa.

«Habrá que usar la fuerza bruta», pensó.

La llave inglesa que cogió medía por lo menos cincuenta centímetros de largo y pesaba cinco kilos. La sopesó como un cirujano que coge un bisturí, conocedor de su habilidad con el instrumento. Había tenido su primera pelea de verdad en la adolescencia, cuando un yonqui armado con una navaja intentó robar en la gasolinera de su tío. Max le destrozó ocho dientes con una llave inglesa idéntica a la que empuñaba ahora.

Siguió avanzando y aprovechó todos los escondrijos que pudo, muy lentamente, ya que la visión periférica del ojo humano capta los movimientos. Cualquier sonido que hacía quedaba amortiguado por la música que sonaba en la radio.

Uno de los mecánicos se protegía el rostro con una careta de soldador. Max se concentró en el segundo, un hombre larguirucho de unos treinta y tantos años, con una gran barba y el pelo grasiento recogido en una coleta. Estaba inclinado sobre el motor, manipulando unos manguitos, así que no se enteró de la presencia de Max a su espalda hasta que Hanley le golpeó con la herramienta con un movimiento preciso.

El golpe derribó al mecánico como si le hubiesen asestado un hachazo; el chichón en el cráneo le duraría semanas.

Max se volvió. El soldador había detectado el movimiento y se levantaba al mismo tiempo que se disponía a quitarse la máscara. Hanley se adelantó y, como un bateador profesional, lo atacó con la llave inglesa. En el momento preciso, Max lanzó la herramienta. La llave inglesa golpeó el visor de plástico, lo que evitó que el soldador acabase con el rostro destrozado, pero el poderoso golpe lo arrojó contra una mesa de herramientas. El soplete, con las largas mangueras, cayó a los pies de Max, que retrocedió en cuanto sintió el calor de la llama en sus pies descalzos.

Un tercer mecánico, que había estado oculto al otro lado del vehículo, apareció por delante del parachoques, atraído por el ruido. Miró al soldador despatarrado sobre la mesa de herramientas y se volvió hacia Max.

Hanley vio cómo el desconcierto se convertía en entendimiento y luego en ira, pero antes de que el hombre pudiese reaccionar, Max recogió el soplete y se lo arrojó con un fluido movimiento. En un movimiento reflejo, el mecánico tendió la mano para cogerlo.

A una temperatura de casi cuatro mil grados, la llama de oxígeno y acetileno solo necesitó un mínimo contacto para quemar la carne. El mecánico había cogido el soplete con la punta dirigida hacia su pecho. Un agujero humeante apareció en su mono en el acto, y la piel y el músculo se quemaron hasta dejar a la vista el blanco de las costillas. Los huesos se ennegrecieron antes de que la sorpresa le hiciese soltar el soplete.

Su expresión no cambió en los segundos que el cerebro tardó en comprender que el corazón había dejado de latir. Se desplomó poco a poco sobre el suelo de cemento. El hedor hizo que Max sintiese náuseas. No había sido su intención matar al desafortunado mecánico, pero ya no podía hacer nada. Tenía que salvar a su hijo, y, por desgracia, ese hombre se había interpuesto en su camino.

El soldador era quien tenía un físico más parecido al suyo, así que se tomó un momento para quitarle el mono. Tuvo que coger las botas del tercer mecánico porque las otras eran muy pequeñas. Lo hizo sin mirarle los pies.

Con unos alicates, fue hasta las dos camionetas, levantó los capós y cortó los cables que salían de las tapas de los distribuidores como tentáculos negros. Cuando iba hacia los quads, vio una cafetera sobre un banco de trabajo. Además del bote de café, unas tazas y un recipiente de plástico con leche en polvo, había un tarro con azúcar. Max lo cogió y, en lugar de perder el tiempo manipulando el encendido electrónico de los Kawasaki, desenroscó las tapas de los depósitos de combustible y echó azúcar en el interior. Los quads no funcionarían más de medio kilómetro y tardarían horas en limpiar el carburador y los cilindros.

Un minuto más tarde, estaba montado en un quad y pulsaba el botón que abría las persianas. Era de noche, y la lluvia y el viento entraron por la abertura. Max no podía haber pedido algo mejor. No tenía sentido bajar las persianas. Kovac sabría enseguida que había escapado y en qué lo había hecho.

Entrecerró los ojos para protegerlos de la lluvia, aceleró y partió a toda velocidad

hacia lo desconocido.

Capítulo 24

Las órdenes de Kovac a los cinco hombres que había enviado para que vigilasen el desmantelado centro responsabilista en Filipinas habían sido muy claras. No debían molestar a las personas que apareciesen por el lugar, a menos que fuese evidente su intención de entrar en las secciones subterráneas. En las semanas que llevaban de vigilancia, los únicos visitantes habían sido un par de filipinos en una vieja motocicleta. Tan solo habían permanecido allí unos minutos, para ver si había algo que valiese la pena robar. En cuanto vieron que no había absolutamente nada, se marcharon por la carretera envueltos en una nube de gases azul.

Sin embargo, la manera en la que ese día se habían acercado otros dos tipos hizo que los guardias se pusieran de inmediato en alerta, y cuando oyeron el eco de la explosión comprendieron que su cautela estaba justificada.

En medió del estruendo del cemento que se rompía, Juan cayó a través del agujero hecho por Linc y aterrizó de pie en los escalones. Una nube de polvo obligó a Cabrillo a bajar a ciegas, confiando en que Linc se hubiese apartado. Un trozo de cemento del tamaño de su cabeza lo golpeó en el hombro y fue suficiente para tumbarlo. Rodó por los últimos escalones y quedó tendido en el rellano, mientras más escombros caían a su alrededor.

Una mano poderosa lo cogió por la espalda de la camisa y lo arrastró hasta lo que parecía un vestíbulo, lejos de lo que estaba convirtiéndose en una avalancha.

—Gracias —jadeó Juan cuando Linc lo ayudó a levantarse.

Los rostros y las prendas de ambos hombres mostraban el mismo tono gris a causa del polvo.

El andamio de madera que soportaba el peso de la placa de cemento había cedido, y toneladas de escombros y maderos rotos se habían desplomado sobre la escalera y obstruido completamente la entrada al vestíbulo. La oscuridad era total.

Linc sacó una linterna de la mochila. La luz tenía la potencia de los faros de xenón de los coches, pero lo único que vieron fueron nubes de polvo.

—¿Te recuerda algo? —preguntó Linc con una risa seca.

—Parece Zurich cuando pillamos a aquel banquero —respondió Juan en medio de un ataque de tos.

—¿Qué opinas de nuestro comité de recepción?

—Me siento como un idiota por haber creído que esto sería fácil.

—Amén, hermano. —Linc apuntó el rayo de luz a los escombros que obstruían la entrada. Algunos debían de pesar media tonelada o más—. Tardaremos un par de horas en salir de aquí.

—En cuanto abramos el menor agujero nos dispararán como a patos de feria. — Juan colocó el seguro de la pistola y la guardó en la funda sujeta a la cintura del

pantalón—. Con inferioridad numérica y de potencia de fuego no tengo ganas de salir de aquí para caer en una emboscada.

—Entonces ¿esperamos a que se vayan?

—No funcionaría. Solo tenemos una cantimplora y dos barras de proteínas. Podrían esperarnos hasta el día del Juicio Final. —Mientras hablaba, Juan había encendido el móvil.

—Podríamos llamar a la caballería. Eddie llegaría aquí con una tropa de asalto en menos de cuarenta y ocho horas.

—No tengo cobertura. —Cabrillo apagó el móvil para no gastar batería.

—De acuerdo, has descartado todas mis propuestas, ¿qué te guardas en la manga?

Juan cogió la linterna de la mano de Linc y alumbró el túnel excavado décadas atrás.

—Veamos adónde nos lleva.

—¿Qué pasa si vienen por nosotros?

—Confiemos en que tengamos tiempo suficiente para montar una emboscada.

—¿Por qué no los esperamos aquí?

—Si yo estuviese al mando de ese equipo, lanzaría unas cuantas granadas antes de comprometer a mis hombres. Quedaríamos hechos picadillo antes de que tuvieran que disparar un solo tiro. Si nos mantenemos fuera del alcance de las granadas, estaremos demasiado expuestos en este túnel. Lo mejor será encontrar una posición más fácil de defender. Seamos optimistas; si se toman la molestia de venir por nosotros será porque hay otra manera de salir de aquí.

Linc consideró las opciones, y con un amplio gesto de la mano indicó que debían seguir el túnel.

Una pared era de piedra pero la otra mostraba señales de haber sido cortada con herramientas. Los dos hombres podían caminar a la par sin apretujarse, y la altura del techo era de unos tres metros.

—Esto es una fisura natural que los japoneses ampliaron durante la ocupación —comentó Cabrillo tras observar la roca.

—Lo más probable es que la abriese un terremoto —asintió Linc—. Construyeron la fábrica, o lo que fuese, donde el agujero llegó hasta la superficie.

Juan señaló unas manchas oscuras en el suelo. La dispersión indicaba que era sangre, en grandes cantidades.

—Disparos.

—Más de una víctima.

Juan apartó la luz de las siniestras manchas. Sus labios estaban apretados formando una severa línea. La temperatura fue bajando y la humedad aumentaba a medida que iban descendiendo. Era pensar en el sufrimiento que se había padecido allí y no el descenso de la temperatura lo que hizo temblar a Cabrillo.

El túnel no era recto; iba serpenteando a medida que bajaba en una suave pendiente. Tras veinticinco minutos de marcha y haber recorrido más de tres

kilómetros, el suelo se niveló y encontraron una primera cámara en un lateral. La entrada estaba parcialmente cerrada por un desprendimiento menor; el techo del túnel se veía resquebrajado y amenazaba con desplomarse en cualquier momento. Esa cueva era otro accidente geológico natural que los japoneses habían ampliado. El recinto era más o menos circular, de unos dieciséis metros de diámetro, y con el techo a cinco metros de altura. No había nada en la caverna excepto algunos pernos en las paredes que en otro tiempo habían soportado las instalaciones eléctricas.

—¿La administración? —preguntó Linc en voz alta.

—Tiene sentido dado que es la habitación más cercana a la superficie.

Encontraron otras dos pequeñas cuevas laterales antes de llegar a una cuarta donde los japoneses habían dejado algunos objetos. Había una docena de camastros atornillados al suelo y varios armarios metálicos junto a una de las paredes. Juan se encargó de mirar en los cajones y Linc examinó los camastros.

—Nadie diría que se hubiesen tomado la molestia de dar camas a los prisioneros.

—En estos cajones no hay nada. —Juan miró a Linc. Necesitaban las camas porque tenían que sujetar a sus víctimas—. Alguien contagiado con el tifus, el cólera o sometido a la acción de algún gas venenoso no se quedaría quieto.

Franklin apartó las manos del camastro metálico como si se las hubiese quemado. Había otras cuatro cavernas como aquella, algunas lo bastante grandes para albergar cuarenta camastros. Más adelante vieron una pequeña entrada en el túnel principal. Juan metió la cabeza y los hombros por la abertura: era un pozo. Casi al final de donde alcanzaba la luz, vio el suelo cubierto con todo tipo de cosas imposibles de identificar. Había sido el vertedero comunal, y entre la basura había huesos humanos. Se habían descoyuntado con el paso de las décadas, así que Cabrillo no podía saber cuántos cuerpos había allá abajo. Unos quinientos sería un cálculo que se quedaría corto.

—Este lugar es como un matadero —comentó cuando salió del agujero—. Un campo de exterminio.

—Que estuvo en funcionamiento durante dieciocho meses.

—Creo que el almacén en la superficie solo se utilizaba para proteger los laboratorios secretos de aquí abajo, donde experimentaban con cosas realmente horribles. Utilizar un sistema de cuevas significaba que podían aislar rápidamente cualquiera de ellas si se producía el escape de algún virus.

—Despiadado y eficaz. —No había ni sombra de admiración en el tono de Linc—. Los japoneses podrían haber enseñado a los nazis un par de cosas.

—Estoy seguro de que lo hicieron —dijo Juan, todavía alterado por lo que acababa de ver—. La Unidad 731 tuvo sus orígenes en 1931, dos años antes de que Hitler asumiese el poder. Poco antes de que acabase la guerra, el intercambio de información y tecnología fue en el otro sentido. Alemania suministró al imperio japonés motores a reacción y cohetes para los aviones suicidas, además de material nuclear.

El siguiente comentario de Linc murió en sus labios.

Absorbida por la distancia y las rocas, no pudieron oír la explosión en la entrada de la cueva. Sin embargo, ambos notaron la sacudida de la onda expansiva en sus cuerpos, como el viento que desplaza un camión. Los responsabilistas habían volado la montaña de escombros y ahora estaban en los túneles dispuestos a apresarlos.

—Sin duda conocen bien los túneles, por lo que llegarán muy pronto —señaló Cabrillo, con voz grave—. Disponemos más o menos de media hora para encontrar el modo de salir de aquí o algún lugar que podamos defender con dos pistolas y once balas.

La siguiente cueva era una sala médica que no había sido vaciada como las demás. Había colchonetas en las camas y los armarios estaban llenos de frascos de productos químicos. Las etiquetas estaban en alemán; Juan se lo señaló a Linc como una prueba de sus anteriores palabras.

Linc observó las etiquetas y luego las leyó en voz alta en inglés:

—Clorina. Alcohol destilado. Agua oxigenada. Dióxido de sulfuro. Ácido clorhídrico.

Cabrillo había olvidado que Linc hablaba alemán.

—Tengo una idea. Busca bicarbonato de sosa.

—No creo que este sea el momento de preocuparse por una digestión pesada —comentó Linc mientras buscaba entre los frascos y botellas.

—Lecciones de química en el instituto. Apenas recuerdo nada, pero al profesor le encantaba enseñarnos cómo fabricar armas químicas.

—Qué encantador.

—Era un viejo *hippy* que creía que necesitaríamos defendernos cuando el gobierno acabase confiscando todas las propiedades privadas —explicó Juan. Linc lo miró de una manera extraña y le entregó el recipiente de cristal con el bicarbonato—. ¿Qué puedo decir? —Cabrillo se encogió de hombros—. Crecí en California.

Juan pidió a Linc que buscara otro producto químico.

—¿Qué quieres hacer con todo esto? —Linc le entregó una botella que contenía un líquido ámbar.

—Una guerra química.

Estuvieron de acuerdo en que montarían la emboscada en una de las salas médicas más pequeñas. Linc utilizó unas mantas y algunas colchonetas para simular los cuerpos de dos hombres acurrucados en la cama más apartada. Juan preparó una bomba trampa con el rollo de cinta aislante de la mochila de Linc, los productos químicos y la cantimplora. A la luz de la linterna, los maniquís daban el pego y atraerían a los responsabilistas. Colocó el teléfono móvil de Linc en el modo de radiotransmisor entre las dos figuras.

Linc y Juan se ocultaron a esperar en una habitación en el lado opuesto y un poco más alejada en el túnel.

Si Juan tenía alguna dificultad con lo que se disponían a hacer solo tenía que

pensar en las víctimas a bordo del *Golden Dawn* para no tener remordimientos. Pasaron los minutos; la aguja luminosa del segundero del reloj de Cabrillo se movía como si se le estuviese acabando la pila. Linc y él habían tendido innumerables emboscadas, por lo que no les costaba permanecer inmóviles y con los ojos abiertos, aunque no se pudiera ver nada en el oscuro túnel. Estaban apoyados en ambos lados de la pared de piedra, con la cabeza ladeada y los oídos atentos al menor sonido.

Los oyeron al cabo de veinte minutos. Juan distinguió dos y después tres pisadas diferentes, a medida que los guardias responsabilistas avanzaban por el túnel. No había ninguna luz, así que dedujo que llevaban una linterna de infrarrojos y gafas de visión nocturna que les permitían ver en la oscuridad.

Los guardias se detuvieron mucho antes de llegar a la cueva lateral, como si esperasen una emboscada. Aunque Juan no podía ver, sabía por los sonidos que estaban haciendo. Habían avanzado casi en silencio para acercarse a la entrada, moviéndose uno tras otro cuando estaban seguros de que sus compañeros los cubrían.

Se oyó el roce del metal contra la piedra, y casi de inmediato una voz gritó:

—Los veo. Salid con las manos en alto y no sufriréis ningún daño.

El sonido metálico lo había producido uno de los guardias al apoyar el arma en la entrada para apuntar con el fusil de asalto a los bultos en la cama al otro extremo de la cueva.

Detrás de Linc, para que su corpachón ocultase la voz, Juan conectó el móvil y respondió:

—Vete al infierno.

Con el volumen del teléfono puesto al máximo, debió de sonar como un grito de desafío. Dos armas dispararon a la vez y, al resplandor de los fogonazos, Juan vio a las tres figuras. Esos hombres no eran unos aficionados. Dos estaban en la entrada y el tercero vigilaba el túnel atento a un ataque por el flanco.

En aquel espacio cerrado, el sonido era un ataque a todos los sentidos de Cabrillo.

Cuando cesó el fuego, esperó a ver qué hacían. Habían disparado balas más que suficientes para matar a un par de hombres una docena de veces. El guardia que los cubría encendió una linterna y los tres se quitaron las gafas de visión nocturna, que tenían las ópticas momentáneamente sobrecargadas por los fogonazos. Los dos que habían disparado cruzaron el umbral con mucha cautela y el tercero permaneció atento a una trampa.

Cabrillo no los decepcionó.

El alambre que había colocado estaba cerca de la cama donde supuestamente él y Linc habían hecho su último intento de defenderse; el guardia que iba en cabeza miraba tan fijamente a las víctimas que no llegó a verlo.

La cinta aislante estaba atada a las botellas de clorina y bicarbonato de sosa, y cuando el guardia las rozó cayeron. Las botellas se rompieron en un charco de agua de la cantimplora mezclada con otro producto químico que Juan había derramado en el suelo.

En cuanto oyeron que se rompían las botellas, Juan y Linc dispararon. El tercer guardia había reaccionado al escuchar el sonido del cristal roto, pero no tuvo ninguna posibilidad. Una bala lo alcanzó en la axila y destrozó sus órganos internos mientras la segunda le atravesaba la tráquea. Su cuerpo giró en el aire y cayó al suelo sin soltar la linterna ni el fusil de asalto. La luz quedó apuntando hacia la entrada de la cueva, por donde comenzaban a emerger los tentáculos de una repugnante nube verde.

En el interior, la reacción química había producido un pequeño charco de ácido hidrociorhídrico e hipoclorhídrico. En los segundos que tardaron los dos hombres en comprender que algo no iba bien, tenían las gargantas y los pulmones ardiendo. Los vapores atacaban los delicados tejidos de las vías respiratorias y hacían que el menor intento de respirar fuese una tortura.

Forzados a toser, aspiraron todavía más gas tóxico, así que cuando salieron tambaleantes de la caverna, ya tenían convulsiones. Escupían sangre mezclada con mucosidad de los pulmones.

La exposición había sido breve, pero sin una inmediata atención médica los pistoleros eran cadáveres vivientes; su muerte sería lenta y espantosa. Uno de ellos debió de darse cuenta, porque antes de que Cabrillo pudiese detenerlo quitó la anilla de una granada.

Tenían solo una fracción de segundo para tomar una decisión, pero con un techo tan inestable solo podían hacer una cosa. Cabrillo cogió a Linc del brazo y echó a correr, sin desperdiciar un segundo ni siquiera para encender la linterna. Corrió con los dedos rozando la pared del túnel. Notaba la imponente presencia de Linc a su espalda. Ambos contaron los segundos y, simultáneamente, se arrojaron cuerpo a tierra justo cuando estalló la granada.

La metralla salpicó el túnel a su alrededor, y la onda expansiva los golpeó con un muro de luz y sonido que fue como un martillazo. Se levantaron al oír un nuevo sonido que llenaba el túnel. El rugido se volvió ensordecedor cuando las rocas desprendidas por la explosión cayeron al suelo en una violenta avalancha que amenazaba tragárselos. El polvo y las piedras caían sobre sus cabezas y hombros a medida que se desplomaba el techo. Juan encendió la linterna en el momento en el que una roca del tamaño de un motor de coche se estrellaba contra el suelo delante de él. La saltó como un corredor de obstáculos y siguió corriendo. Más adelante, se abrían grietas en el techo, líneas que se bifurcaban una y otra vez como relámpagos negros, mientras por detrás seguía aumentando el ruido de las rocas que caían.

Luego, la avalancha comenzó a disminuir. El rugido se apagó hasta que solo se oyó algún trozo pequeño que caía de vez en cuando. Juan acertó el paso y respiró el aire cargado de polvo. Apuntó con la linterna la parte de túnel que habían dejado atrás. Estaba llenó de escombros desde el suelo hasta el techo.

—¿Estás bien? —jadeó.

Linc se tocó la pantorrilla donde le había golpeado una esquirra. No había sangre cuando se miró los dedos.

—Sí. ¿Qué tal tú?

—Estaré mejor cuando salgamos de todo este polvo. Vamos.

—Míralo por el lado bueno —dijo Linc cuando reanudaron la marcha—. Ya no tendremos que preocuparnos de que nos ataquen por la espalda.

—Siempre he sabido que eras un optimista.

Dedicaron otras dos horas a explorar las instalaciones subterráneas. Encontraron camastros para ciento ochenta prisioneros, habitaciones que en otro tiempo habían sido laboratorios y un objeto que Linc identificó como una cámara atmosférica.

—Lo más probable es que la utilizaran para comprobar los efectos de una descompresión explosiva —comentó.

Por fin llegaron al final del largo túnel. No es que estuviera cerrado sino que había caído un trozo del techo; ambos hombres se dieron cuenta de que lo habían volado adrede. Juan olió el montón de escombros, y notó el débil rastro del explosivo.

—Esto lo han volado hace poco.

—¿Cuando los responsabilistas se marcharon?

Juan asintió, sin dejarse vencer todavía por la desilusión. Trepó por la montaña de cascotes, y sus pies hicieron caer unos cuantos al acercarse a la cima. Se tumbó sobre las piedras y pasó el rayo de luz por la grieta entre las piedras y el techo. Llamó a Linc para que subiera.

—No había nada en estas catacumbas que a los responsabilistas les hubiese importado que viéramos. No es más que basura dejada por el ejército japonés.

—Por tanto, lo que sea que ocultan está al otro lado.

—Parece lógico —admitió Juan—, y dado que se arriesgaron a bajar aquí para perseguirnos, estoy seguro de que al otro lado también está nuestra salida.

—Entonces ¿a qué esperamos?

Como habían utilizado el agua para el improvisado ataque con el gas, una hora de duro trabajo dejó la lengua de Juan como un pegajoso trozo de carne hinchada, como si algún reptil se hubiese enroscado y puesto a dormir en su boca. Sus dedos estaban lastimados y sangraban después de mover las afiladas piedras, y le dolían los músculos debido a la incómoda posición. A su lado, Linc trabajaba con la eficacia de una máquina incansable. Parecía como si nada pudiese detenerlo, pero Juan sabía que incluso las enormes reservas de fuerza de su compañero no eran inagotables.

Poco a poco, se abrieron paso entre los escombros, siempre moviéndose con cuidado y tocando el techo para asegurarse de que sus acciones no provocarían otro derrumbe. Cambiaban sus posiciones cada treinta minutos. Primero Juan cogía las piedras y se las pasaba a Linc, y luego Linc lo reemplazaba, aflojando las piedras y pasándoselas al director. Como Linc era muy ancho de hombros y pecho, el paso tenía que ser el doble del tamaño del director.

Juan estaba de nuevo en lo alto, buscando la manera de quitar una piedra muy grande, pero, por mucho que lo intentaba, no conseguía separarla del resto. Parecía estar encajada. Quitó algunas piedras del tamaño de un puño con la intención de

encontrar un punto de apoyo y tirar con todas sus fuerzas. La piedra ni siquiera se movió.

Por encima de la roca, el techo estaba cuarteado con una multitud de grietas y fisuras, tan inestable como el trozo que los responsabilistas habían destrozado con la granada. Los mineros llamaban a este tipo de techo racimos de uvas, y Juan sabía que un trozo podía desprenderse sin previo aviso. Hasta entonces, nunca había experimentado los escalofriantes efectos de la claustrofobia, pero sentía los helados dedos del miedo que intentaban abrirse paso en su mente.

—¿Cuál es el problema? —jadeó Linc desde abajo.

Juan tuvo que mover la lengua por el interior de la boca para aflojar las mandíbulas lo suficiente para hablar.

—Aquí hay una piedra que no puedo mover.

—Deja que lo intente.

Cambiaron de lugar con muchos esfuerzos. Linc metió los pies en el pequeño espacio. Encajó las botas contra la roca y la espalda contra las piernas extendidas de Cabrillo y aplicó toda su fuerza. En el gimnasio, era capaz de mover quinientos kilos con las piernas. Aquella piedra pesaba la mitad, pero estaba muy encajada, y Linc empezaba a tener síntomas de deshidratación. Cabrillo veía la enorme tensión en cada fibra y en cada tendón del cuerpo del antiguo SEAL mientras empujaba. Linc soltó un gruñido; finalmente, la roca se desprendió de los escombros y la tierra como un diente cariado.

—Ya lo ves, coser y cantar —exclamó.

—Bien hecho, gigantón.

Linc se arrastró para pasar por la brecha, y cuando Juan lo siguió se dio cuenta de que había más espacio por encima de la cabeza. Habían cruzado el punto más alto de la montaña de escombros y ahora bajaban por el otro lado. Muy pronto, él y Linc pudieron moverse a gatas sobre las piedras restantes y luego levantarse; caminaron por los últimos escombros y pisaron el suelo de la cueva. Juan iluminó la pila; el agujero en lo alto le pareció muy pequeño.

Descansaron unos minutos, con la linterna apagada para no gastar la pila.

—¿Hueles eso? —preguntó Juan.

—Si hablas de una jarra de cerveza bien fría, estamos teniendo la misma alucinación.

—No. Huelo agua de mar. —Juan se levantó y encendió la linterna.

Caminaron por el túnel otros cien metros, hasta que llegaron a una cueva marina natural. La gruta tenía por lo menos dieciséis metros de altura y era cuatro veces más ancha. Los japoneses habían construido un muelle de hormigón en un costado de la laguna subterránea. Había raíles de vía estrecha encajados en el cemento, para la grúa móvil que debían de utilizar para descargar los suministros.

—¿Entraban aquí con barcos? —preguntó Linc, incrédulo.

—No lo creo. El transbordador atracó con la marea alta. De eso hace siete horas,

o sea que ahora nos acercamos a la marea baja. —Movi6 la luz a lo largo del costado del muelle donde una gruesa capa de mejillones pegados al hormig6n indicaba el nivel de la marea alta—. Creo que traían los suministros a la base en submarinos.

Apag6 la linterna y, juntos, miraron en las oscuras aguas, atentos a cualquier indicio de luz solar que se adentrase en la cueva. Había un punto opuesto al muelle donde un tenue resplandor hacía que el agua no pareciese tinta.

—¿Qué opinas? —pregunt6 Juan, cuando encendi6 la linterna.

—El sol est en el cenit. Para que aquí está tan oscuro, el túnel debe de tener cuatrocientos metros de longitud, o más.

No aadi6 que era demasiado largo para sumergirse y nadarlo con una sola respiraci6n. Ambos lo sabían.

—De acuerdo, echemos una ojeada a ver si dejaron algo que podamos utilizar.

Había una sola cueva lateral. Dentro, descubrieron un hilo de agua dulce que se colaba por una minúscula grieta en lo más alto de la pared. El agua había formado un pequeño hoyo en el suelo antes de perderse en el mar.

—No es cerveza fría —dijo Linc, metiendo las manos en el cuenco—, pero no recuerdo haber visto nunca algo que me pareciese más refrescante.

Juan hizo un gesto a Linc para que bebiese primero; mientras, él iluminaba el interior para ver qué encontraba. Apoyadas en una pared había una hilera de lo que parecían ser lpidas. Las ansias que tenía de beber se desvanecieron en cuanto las observ6 de cerca. Tenían más o menos un metro veinte de alto y sesenta de ancho, y no eran de piedra sino de terracota de un grosor de dos centímetros. No eran las tablillas en sí las que captaron su atenci6n, sino la escritura. Habían utilizado un punz6n o un estilo para escribir en la arcilla antes de cocerla, y a pesar de la evidente antigüedad de las piezas no mostraban la menor señal de erosi6n. Era como si hubiesen estado desde siempre en una sala de museo con la temperatura adecuada.

Entonces vio los cables. Los delgados hilos iban de una tablilla a otra. Juan alumbr6 el espacio entre las tablillas y la pared. Los tacos de explosivo plástico estaban pegados al dorso de cuatro de los antiguos textos y conectados los unos a los otros. Sigui6 el cable y vio que iba hacia el túnel principal. Dedujo que los habían colocado para que las cargas estallaran cuando volaron el techo, pero el cable debía de haberse roto antes de que la señal llegase a la cueva. A juzgar por la cantidad de explosivo, los responsabilistas habían querido pulverizar las tablillas.

—¿Qué has encontrado? —pregunt6 Linc. Se había lavado la suciedad de la cara, pero el agua había dejado surcos en el polvo de su cuello.

—Tablillas con escritura cuneiforme con semtex suficiente para ponerlas en 6rbita.

Linc observ6 los explosivos y se encogió de hombros. Sabían que no debían tocarlos. Si no habían estallado cuando debían, no iban a darles ninguna raz6n para que lo hicieran ahora.

—¿Has dicho cuneiflor?

—Cuneiforme. Quizá la lengua escrita más antigua de la tierra. La utilizaban los sumerios, hace más de cinco mil años.

—¿Por qué demonios están aquí abajo? —preguntó Linc.

—No tengo ni la más remota idea —respondió Cabrillo. Utilizó el móvil para hacer fotos de las tablillas—. Sé que la escritura cuneiforme evolucionó hasta tener aspecto más abstracto, como un montón de triángulos y rayas. En cambio, esto parecen pictogramas.

—¿Y qué significa?

—Significa que esto se remonta a los primeros usos del lenguaje. —Miró las imágenes tomadas por la cámara y fotografió de nuevo algunas de las tablillas para tener otras más claras—. Podrían tener una antigüedad de cinco mil quinientos años, o más, y están impecables. La mayoría de las tablillas escritas en cuneiforme han tenido que ser reconstruidas a partir de fragmentos tan pequeños como sellos.

—Escucha, tío, esto está muy bien y es muy interesante, pero no veo cómo nos ayudará en nuestra situación. Ve a beber un poco de agua y yo acabaré de echar una ojeada.

Cabrillo había bebido vino de botellas que costaban mil dólares, pero no pudo comparar con nada aquel primer sorbo de agua de la fuente. Bebió un cuenco tras otro y sintió cómo el líquido recorría su cuerpo, recargaba sus músculos y despejaba la niebla de agotamiento que había envuelto su mente. Notó un chapoteo en el estómago para cuando Linc acabó el recorrido.

—Al parecer hemos encontrado el nido de amor de los responsabilistas —comentó Linc.

Sostenía en alto una caja de condones en la que quedaban dos, una manta de lana y una bolsa de basura con media docena de botellas de vino vacías.

—Tenía la esperanza de que encontrarías un par de botellas de aire y máscaras de buceo.

—No ha habido tanta suerte. Creo que tendremos que nadar y rezar para que al menos uno de nosotros consiga llegar a la salida.

—Volvamos a la cueva principal. Nunca pienso con claridad cuando tengo cerca cargas explosivas.

Cabrillo pensó en llenar de aire la bolsa de basura y llevarla con ellos, de forma que ambos pudiesen respirar al menos una vez a medio camino, pero cayó en la cuenta de que rascaría contra el techo del túnel sumergido. El plástico se rompería antes de haber avanzado un metro. Si le ponían un contrapeso para mantenerla en una flotabilidad neutral retrasaría mucho el avance. Tenía que haber una manera mejor.

Linc le dio una de las barras de proteínas y durante unos minutos masticaron en silencio, mientras se devanaban los sesos en busca de una solución. Juan había apagado de nuevo la linterna. El débil resplandor que llegaba desde el extremo más lejano de la cueva los tentaba con la libertad, pero también era frustrante. Estaban a un paso, pero el último obstáculo parecía insuperable. De pronto se le ocurrió una

idea tan simple que no entendió cómo no la había tenido antes.

—¿Por casualidad recuerdas las palabras alemanas para clorato de sodio? Es una sal tóxica que se utiliza como pesticida.

—*Natrium Chlor*. Recuerdo haber visto un frasco o dos en el dispensario.

—¿Todavía tienes el segundo detonador?

—Sí.

—Vamos a hacer un generador de oxígeno. Voy a buscarlo. Tú ocúpate de rascar limaduras de hierro de los raíles. Cuando los mezclas y los enciendes, la reacción produce óxido de hierro, cloruro de sodio y oxígeno puro. Nadaré hasta la mitad del túnel y buscaré algún lugar donde encenderlo. El oxígeno desplazará el agua de mar y tendremos una burbuja donde respirar.

—¿Más trucos de química que te enseñó tu profe de instituto?

—En realidad, esto lo aprendí de Max. Tenemos generadores de oxígeno a bordo del *Oregon* por si alguna vez el barco se ve expuesto al fuego o a productos químicos. Me explicó cómo funciona el sistema.

Juan iba a necesitar la linterna, así que dejó a Linc junto a los raíles para que rascase las limaduras que necesitaba con la navaja. Cabrillo tardó cuarenta minutos en ir al dispensario y volver. En ese tiempo, Linc había conseguido limaduras más que suficientes.

A la luz cada vez más débil de la linterna, Cabrillo mezcló los productos químicos en una de las botellas vacías y la envolvió con el resto de la cinta aislante. Linc desarmó el detonador para reducir la carga explosiva. Cuando acabaron, Juan insertó el detonador en el cuello de la botella y metió el improvisado generador de oxígeno en la bolsa de plástico.

—Uno de los grandes inventos del profesor Franz de Copenhague —bromeó Linc.

Juan se quitó las botas, los pantalones y la camisa y dejó las prendas en el muelle.

—Vuelvo en cinco minutos —dijo, y se sumergió en el agua tibia.

El mar a su alrededor se enturbió con el polvo que se desprendía de su piel. Con una brazada fácil y con la bolsa y la linterna en una mano, nadó a través de la gruta hasta donde él y Linc creían haber visto una salida.

Juan dejó la bolsa flotando en la superficie y se zambulló, con vigorosos movimientos de las piernas y los brazos, en el agua color turquesa a la luz de la linterna. El agua salada le escoció en los ojos, pero era una molestia a la que se había acostumbrado con los años así que no le hizo caso. En un primer momento, todo lo que vio fueron piedras cubiertas con algas y mejillones; hasta que no bajó a una profundidad de cinco metros no vio la entrada de un enorme túnel. Tendría unos diecisiete metros de diámetro, más que suficiente para un submarino de la Segunda Guerra Mundial. En cuanto apagó la linterna, vio el débil resplandor de la luz del sol casi al límite de la vista.

Volvió a la superficie y cogió la bolsa. Inspiró hasta la máxima capacidad de los

pulmones, para eliminar todo el dióxido de carbono posible. Cuando comenzó a sentirse mareado, se elevó por encima del agua para tener espacio y expandir todavía más el pecho, llenó los pulmones y volvió a sumergirse. Guiándose con la luz de la linterna, bajó hasta la entrada y penetró en el túnel. La acción de las mareas, que habían creado el conjunto de cuevas, mantenía los costados libres de vida marina. Contó los segundos mientras nadaba. Al llegar al minuto vio que la claridad era mucho más brillante. Siguió nadando con la mente despejada y el cuerpo relajado. Al minuto y treinta segundos, iluminó el techo. Tres metros más allá, había un espacio cóncavo en la roca, una depresión natural, que debía de medir un metro cincuenta de ancho y treinta centímetros de fondo.

La bolsa apenas tenía el aire suficiente para mantenerse pegada al techo. Juan buscó el detonador a través del plástico y lo activó. Luego emprendió el regreso con el mismo ritmo medurado.

Llevaba sumergido tres minutos cuando salió de la boca del túnel y enfiló hacia la superficie. Emergió como un delfín, con casi medio cuerpo fuera del agua, y expulsó el aire de los pulmones como una explosión.

—¿Estás bien? —preguntó Linc desde la oscuridad.

—Creo que tendré que suprimir el puro que fumo de vez en cuando, pero, sí, estoy bien.

—Ahora voy.

Un instante más tarde, Juan oyó cómo se sumergía; al cabo de unos momentos, apareció a su lado con las botas enlazadas sobre los hombros y las prendas atadas alrededor de la cintura.

—He envuelto tu móvil con los condones. Está en el bolsillo del pantalón.

—Gracias. Lo había olvidado.

—Por eso me darás un aumento cuando regresemos al barco. —El tono jocosos de Linc desapareció—. Solo para tenerlo claro, si tu pequeño experimento de doctor Frankenstein no funciona y no hay ninguna bolsa de oxígeno, ¿seguimos adelante?

La distancia era demasiado grande incluso para el mejor nadador, así que cuando Juan respondió sabía que era una sentencia de muerte.

—Ese es el plan.

El detonador era demasiado pequeño y estaba demasiado lejos para que se notase su explosión a través del agua, así que Juan dejó pasar diez minutos antes de preguntar a Linc si estaba preparado.

Comenzaron a hiperventilar; cada uno conocía suficientemente la capacidad de su cuerpo para evitar ponerse eufóricos a causa de un exceso de oxígeno.

Juntos, se zambulleron hacia el túnel. Por alguna razón, a Cabrillo le parecía siniestro. Como una boca inmensa y con una ligera resaca que lo atraía parecía como si la roca quisiera engullirlo entero. La linterna estaba agotándose muy deprisa, así que la apagó cuando él y Linc nadaron hacia el resplandor distante que llegaba desde el otro lado de la cueva. Después de un minuto y medio, encendió de nuevo la

linterna y comenzó a buscar el generador de oxígeno. El techo del túnel era una roca lisa. La parte inferior de la burbuja tendría que devolver un reflejo plateado, como un charco de mercurio suspendido, pero la luz solo mostraba una superficie de piedra. Juan había perdido demasiado tiempo y solo tenía un segundo para decidir si debía acelerar en una desesperada pero inútil carrera hacia la salida o continuar buscando la burbuja.

Movió la luz de un lado a otro y comprendió que se habían desviado a la derecha. Fue hacia la izquierda, seguido por Linc, pero siguió sin ver nada.

El sabor de la derrota era tan amargo como el agua salada en sus labios. El generador de oxígeno no había funcionado: iban a morir. Comenzó a nadar con fuerza hacia la lejana salida cuando notó la mano de Linc en el tobillo. Linc señalaba un poco más a la izquierda; cuando Juan iluminó el lugar vio un reflejo como de un espejo. Nadaron hacia allí y soltaron el aire de los pulmones antes de asomar la cabeza con mucho cuidado, para no golpear contra el techo.

A ninguno de los dos le importó que el oxígeno estuviese aún tibio por la reacción química exotérmica y tuviese un olor desagradable. Juan estaba entusiasmado consigo mismo y sonreía como un idiota.

—Buen trabajo, director.

Solo había oxígeno para una pausa de tres minutos. Los hombres llenaron los pulmones con ansia antes de lanzarse al último tramo de su trayecto.

—El último que llegue a la entrada paga la cerveza —dijo Juan, y respiró una última vez antes de volver al túnel.

Un segundo más tarde, notaba los movimientos de Linc en su estela. Tras un minuto de inmersión no parecía que el agujero estuviese más cerca. Incluso con la marea a favor, el avance era demasiado lento. Cuando tenía veinte años, Juan podía sumergirse a pulmón libre durante casi cuatro minutos, pero desde entonces había perdido facultades. Tres minutos quince segundos era lo máximo que podía conseguir ahora, y sabía que el enorme cuerpo de Linc quemaba oxígeno todavía más rápido.

Continuaron adelante, a través del agua cristalina, con movimientos que buscaban el mejor deslizamiento posible. Al cabo de dos minutos y treinta segundos, la boca de la cueva por fin se hizo más brillante, pero continuaba lejos de su alcance. Juan sintió el primer cosquilleo en la base de la garganta, el aviso de que debía respirar. Quince segundos más tarde, sus pulmones se convulsionaron sin previo aviso, y un poco de aire escapó de sus labios. Le faltaban veinte metros. Por pura fuerza de voluntad, cerró la garganta para luchar contra la urgencia de respirar.

Sus pensamientos comenzaron a desvariar mientras su cerebro consumía el último resto de oxígeno. Su desesperación iba en aumento y notaba la descoordinación de sus movimientos. Era como si ya no recordase cómo nadar, o incluso cómo controlar los miembros. Había estado a punto de ahogarse en otras ocasiones, por lo que conocía los síntomas, pero no había nada que pudiese hacer al respecto. El ancho mar lo llamaba. Solo que no podía alcanzarlo.

Juan dejó de nadar y sintió que el agua le quemaba los pulmones.

Comenzó a braccar a toda velocidad. Linc, que había advertido el problema que tenía Cabrillo, lo cogió por la espalda de la camiseta. El antiguo SEAL también necesitaba respirar con la misma desesperación que el director, pero sus piernas se movían como pistones y cada brazada los impulsaba cada vez más cerca. Juan nunca había visto semejante exhibición de tozudez. Linc sencillamente no hacía caso de que estuviera ahogándose y continuaba nadando.

De pronto, el agua se volvió más clara; salían de la cueva. En una demostración de fuerza de voluntad, Linc lo arrastró hasta la superficie. Jadeante, Juan tosió y escupió una bocanada de agua que le pareció de varios litros. Se aferraron a las rocas como náufragos, mecidos por la marejadilla. Ninguno de los dos pudo hablar durante varios minutos, y cuando pudieron, no tenían nada que decir.

Tardaron una hora en escalar el acantilado y otras dos y media en rodear las viejas instalaciones japonesas antes de llegar al *jeep* oculto en la selva. Cabrillo había olvidado aquella odisea incluso antes de llegar a lo alto del acantilado. Su mente solo se centraba en las imágenes guardadas en el móvil. No sabía cómo ni por qué, pero tenía la absoluta certeza de que era la prueba que necesitaba para resolver aquel caso.

Capítulo 25

Hali Kasim encontró a Eddie Seng en el gimnasio del *Oregon*. Eddie vestía los anchos pantalones *gi* de las artes marciales sin la chaqueta. El sudor chorreaba por sus delgados flancos mientras realizaba una serie de movimientos de kárate y gruñía con cada golpe o patada. Eddie advirtió la expresión en el rostro de Hali y acabó el ejercicio con un puntapié tan alto que habría arrancado la cabeza a un pivot de la NBA.

Cogió una toalla blanca de un cesto junto a una máquina de pesas y se secó el cuello y el torso.

—Metí la pata —dijo Hali, sin preámbulos—. Después de que Kevin entrevistase a Donna Sky, volví a escuchar la maldita cinta utilizando nuevos parámetros en el ordenador. Gil Martell no dijo «Donna Sky». Dijo «Dawn» y «Sky». Lo comprobé, y vi que el *Golden Dawn* tiene un gemelo llamado *Golden Sky*. Eric y Murphy lo investigaron. Los responsabilistas están haciendo uno de sus retiros marítimos en ese barco ahora mismo.

—¿Dónde se encuentra ahora? —preguntó Eddie.

—En el Mediterráneo oriental. Amarrará en Estambul esta tarde. Luego se dirigirá a Creta. —Antes de que Eddie pudiese preguntárselo, Hali añadió—: Ya he intentado llamar a Juan. No responde.

Con el director ilocalizable y Max todavía en manos de Zelimir Kovac, Eddie estaba al mando del barco y a él le correspondía tomar cualquier decisión.

—¿Hay alguna noticia de un brote epidémico en el barco?

—No hay nada en las noticias ni tampoco en las comunicaciones internas de la compañía. —Hali advirtió el titubeo en los ojos oscuros de Eddie—. Si es de alguna ayuda, Linda, Eric y Mark ya se han ofrecido voluntarios. Están preparando las maletas.

—Si el barco es objeto de un ataque químico o biológico correrán el mismo riesgo que los demás —le recordó Eddie.

—Es una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Si podemos echarle mano a algunas de esas personas, la información no tendrá precio. —Hali había puesto en palabras la otra mitad de la peligrosa ecuación.

Equilibrar riesgo y beneficio era lo más difícil en cualquier decisión militar, porque siempre había vidas en juego.

—Pueden ir a la costa en una neumática. El avión espera en Niza. Tiny puede presentar un plan de vuelo de emergencia, y nuestra gente llegará a Turquía al mismo tiempo que el *Golden Sky*. No es probable que los responsabilistas ataquen mientras estén en puerto, así que por lo menos podríamos colarnos a bordo y echar una ojeada.

—De acuerdo —asintió Eddie. Detuvo a Hali cuando este ya iba a marcharse—.

Que quede claro que en ningún caso permanecerán a bordo cuando zarpe.

—Me ocuparé de que lo tengan claro. ¿A quién quieres enviar?

—A Linda y a Mark. Eric es un navegante e investigador de primera, pero los conocimientos de armamento de Mark le darán ventaja si se trata de encontrar un sistema de contaminación químico o biológico.

—Decidido.

—Por cierto —añadió Eddie, para detener de nuevo a Hali antes de que saliese corriendo—, ¿en qué estado se encuentra nuestro trabajo de espionaje?

Una hora antes del ocaso, el *Matryoshka*, el yate de lujo de Ivan Kerikov, había salido del puerto de Montecarlo con Ibn al-Asim y su comitiva a bordo. Ibn al-Asim era un financiero saudí en alza que había comenzado a subvencionar colegios islámicos radicales y a algunos grupos terroristas marginales, con la intención de vincularlos con al-Qaeda. La CÍA tenía particular interés en él y en su encuentro con el traficante de armas ruso porque existía la posibilidad de lograr que cambiara de bando, y de esa manera tener acceso a los mandos superiores del mundo terrorista.

De momento, mientras el yate estaba en el puerto, no habían hablado de nada importante. La mayor parte de la tarde la habían dedicado a entretenerse con las mujeres que había traído el ruso. Cuando el yate salió del puerto para adentrarse en las aguas del Mediterráneo, todos a bordo del *Oregon* supieron que las verdaderas negociaciones iban a tener lugar lejos de posibles ojos curiosos.

Con las luces de navegación atenuadas, el *Oregon* siguió al *Matryoshka*, siempre a la suficiente distancia para que solo la punta de su mástil más alto asomase por el horizonte. Los rusos navegaron veinte millas antes de poner al ralentí los motores del enorme yate. Convencidos de que tenían el mar para ellos solos, Kerikov y al-Asim comenzaron a hablar mientras cenaban al aire libre en la cubierta de popa del yate.

Por medio del Sistema de Posicionamiento Global y los impulsores del barco, Eric programó el ordenador para que el *Oregon* se mantuviese inmóvil respecto al *Matryoshka*, mientras que en lo alto del mástil del carguero los más innovadores, equipos electrónicos vigilaban el yate. Con las antenas parabólicas de última generación, las cámaras de alta resolución para leer los labios y un rayo láser capaz de captar la débil vibración de las conversaciones que tuviesen lugar al otro lado de una ventana, podrían escucharlo todo.

—Lo último que he oído ha sido a al-Asim y al ruso hablando de los misiles Grail SA-7.

—El Grail es una antigualla —dijo Eddie—. Nunca pudieron alcanzar a ninguno de nuestros aviones con ellos. Aunque un avión civil podría ser vulnerable.

—Kerikov ha dejado claro desde el primer momento que no quería saber qué pensaba hacer al-Asim con las armas, pero el saudí ha aludido a un ataque a aviones de pasajeros.

Nacido en Chinatown, en Nueva York, Eddie sentía un odio especial por los terroristas que atacaban a la aviación comercial. Aunque personalmente no conocía a

nadie entre los muertos en el ataque del 11-S, conocía a docenas de personas que habían perdido a un familiar o a un amigo en el atentado.

—¿Algo más? —preguntó Eddie.

—Al-Asim ya ha preguntado por armas nucleares. Kerikov ha dicho que no tiene acceso a ellas pero que las vendería si pudiese.

—Encantador —comentó Eddie, con una mueca.

—El ruso ha añadido que estaría dispuesto a venderle algo que ha llamado el *Puño de Stalin*, pero después ha reconocido que había demasiados problemas técnicos para que fuese práctico. Cuando el árabe ha intentado seguir con ello, Kerikov le ha dicho que lo olvidara. Ha sido entonces cuando han comenzado a hablar de los Grail.

—¿Alguna vez has oído hablar del *Puño de Stalin*?

—No. Y tampoco Mark.

—Langston Overholt quizá sepa qué es. Se lo preguntaré cuando le entreguemos la transcripción de las conversaciones. Después de todo, es su problema. Avísame en cuanto sepas algo de Juan, o si Thom Severance nos llama.

—¿Crees que Max está bien? —preguntó Hali.

—Por el bien de Severance, así lo espero.

Zelimir Kovac observó el helicóptero que emergió de los nubarrones. Era un punto amarillo en medio de las nubes plateadas. Aunque no mostraba exteriormente su ira, no había podido encontrar al fugitivo norteamericano, y ese fracaso lo mortificaba. No era un hombre dado a las excusas, pero precisamente era lo que estaba ensayando en su mente cuando el helicóptero se posó sobre el suelo levantando una densa niebla de agua de lluvia. Además del piloto, había otro hombre con Thom Severance. Kovac no le prestó atención y se centró en su superior, un término que él tomaba al pie de la letra. Thom Severance era superior en todo aquello que Kovac juzgaba importante, y la lealtad de Kovac hacia él y su causa no tenía límites. De esta devoción surgía la culpa que sentía, y se despreciaba por haberle fallado a Severance.

Thom abrió la puerta del helicóptero; la cazadora y el pelo se agitaban a causa del fuerte viento. De todos modos, logró que sus movimientos fuesen elegantes cuando se agachó para pasar por debajo de las palas que continuaban girando. Kovac no pudo corresponder a la deslumbrante sonrisa de Severance, una sonrisa que no merecía. Desvió la mirada y reconoció al segundo pasajero.

El desconcierto dio paso a la ira.

—Es un placer verte, Zelimir —gritó Thom por encima del aullido de la turbina del helicóptero. Vio la mirada de sorpresa en el rostro del jefe de seguridad y rió—. Estoy seguro de que nunca habrías esperado ver a esta persona conmigo.

Kovac recuperó la voz sin desviar la mirada del doctor Adam Jenner.

—Así es, señor.

Severance bajó una octava la voz para que sus siguientes palabras tuvieran un

matiz de intimidad y confianza.

—Ya es hora de que te lo cuente todo.

Jenner se acercó con su mano enguantada sobre la venda que cubría la herida de la cabeza que Kovac le había hecho con la culata de la pistola en el hotel de Roma.

—Sin resentimiento, señor Kovac.

Diez minutos más tarde, se encontraban en las habitaciones más lujosas de la base subterránea. Ahí era donde Thom y su esposa esperarían a que se desatase el caos. En total, había espacio para alojar a doscientos de los principales miembros de la organización responsabilista.

La última vez que Severance había estado allí, las cuatro habitaciones no eran más que paredes desnudas. Admiró el trabajo hecho en la *suite* y, aparte de que en realidad las ventanas fueran pantallas planas de televisión, no encontró otra señal de que estuviesen a quince metros bajo tierra.

—Es casi tan bonito como nuestra nueva casa en Beverly Hills —comentó al tiempo que pasaba los dedos sobre la tela de seda que revestía la pared—. A Heidi le encantará.

Pidió a un camarero, que sonreía de oreja a oreja encantado de estar en presencia del líder del grupo, que trajese café y se sentó en una de las butacas de su despacho. En la pantalla de televisor se veía el mar chocando contra una costa rocosa. La transmisión en vivo era de una cámara instalada no muy lejos de la entrada de la base.

Jenner se acomodó en un gran sofá mientras Kovac permanecía casi rígido delante de Severance.

—Zelimir, por favor, siéntate.

El serbio se sentó en una silla, aunque no se relajó en absoluto.

—¿Conoces la vieja expresión que dice «ten a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca»? —preguntó Severance una vez que el camarero les había servido el café. No esperó una respuesta de Kovac—. Nuestros mayores enemigos no son únicamente aquellos que ridiculizan nuestras creencias sin comprenderlas. Son aquellos que una vez creyeron pero que han perdido la fe. Son quienes más daño nos hacen, porque conocen secretos que nunca compartiríamos con desconocidos. Lydell Cooper y yo hablamos de esto en profundidad.

Ante la mención del fundador de los responsabilistas, Kovac asintió y miró a Jenner, como si insinuase que no merecía estar en la misma habitación cuando se pronunciaba su nombre. El psiquiatra le devolvió la mirada con una sonrisa amable, casi paternal.

—Decidimos crear a un experto en responsabilismo, un hombre al que las familias pudieran acudir si creían haber perdido el control de sus seres queridos. También podían acudir a él aquellos que habían abandonado voluntariamente, y así descubrir sus intenciones. De ese modo podía informarnos y nosotros tomar las acciones apropiadas.

Apareció una expresión de respeto en el rostro de Kovac cuando miró de nuevo al

doctor Jenner.

—No tenía ni idea.

—Todavía no conoces la mejor parte —prosiguió Severance—. Solo había una persona que fuera capaz de hacer un trabajo fiable.

—¿Quién? —preguntó Kovac.

—Pues yo, mi querido muchacho —respondió Jenner—. No me reconoces a causa de la cirugía plástica, las lentes de contacto y porque han pasado casi veinte años.

Kovac miró a Jenner, como si con la intensidad de su mirada pudiese ver a través del disfraz.

—Yo no... —Su voz se apagó.

—Soy Lydell Cooper, señor Kovac.

—Pero si está muerto —exclamó Kovac, sin pensar.

—Sin duda un hombre con sus antecedentes sabe que nadie está muerto realmente hasta que encuentran su cadáver. He navegado prácticamente toda mi vida. La tormenta que supuestamente me mató no era nada comparada con los temporales que he superado.

—No lo entiendo.

Severance intervino.

—Lydell había establecido los cimientos del responsabilismo en sus escritos, nos dio los principios básicos, el núcleo de lo que creemos.

—Pero no soy un organizador —admitió Cooper—. En ese terreno Thom y mi hija Heidi me superan. Detesto hablar en público, asistir a reuniones y ocuparme de los detalles mundanos de la actividad de cada día. Por eso mientras ellos se encargaban del movimiento, yo interpreté un papel diferente, el de protector. Al convertirme en nuestro principal crítico podía vigilar a cualquiera que intentase hacernos daño.

—¿Qué hay de todas esas personas que volvió en nuestra contra? —quiso saber Kovac.

—Se habrían marchado de todas formas —replicó el doctor Cooper con toda naturalidad—. Lo que hice fue minimizar sus críticas. Habían dejado el rebaño, por decirlo de algún modo, pero ninguno de ellos reveló gran cosa de nosotros.

—¿Qué me dice de lo que pasó en Roma?

—Eso sí fue algo inesperado —admitió Cooper—. No teníamos ni idea de que el padre de Kyle tuviese suficientes medios para contratar a un equipo de rescate. Llamé a Thom en cuanto supe que lo llevarían a Roma, donde me encargaría de la desprogramación, para que usted estuviese allí y se encargase de capturarlo. Más tarde, lo llamé de nuevo y le di el nombre del hotel y el número de la habitación. No estábamos muy seguros de cuánto sabía el muchacho o de qué le había dicho a su padre.

—Por cierto, ¿cómo van las cosas por ese lado? —preguntó Thom Severance.

Kovac bajó la mirada. Si ya era malo tener que admitir su fracaso ante Severance, no podía hablar delante del gran doctor Lydell Cooper, el hombre cuya filosofía había dado un propósito a su vida.

—¿Zelimir?

—Escapó, señor Severance. No sé cómo pudo hacerlo. Salió de la celda y llegó a la superficie. Mató a un mecánico e hirió a otros dos.

—¿Todavía está en la isla?

—Robó un quad. La tormenta era muy fuerte y la visibilidad solo de un par de metros. No debió de ver el acantilado. Un grupo de búsqueda encontró el quad cuando bajó la marea esta mañana. No había rastro del cuerpo.

—Nadie está muerto hasta que ves su cadáver —entonó Cooper.

—Señor, tiene usted todo mi respeto y admiración —dijo Kovac—, pero lo más probable es que tuviese un accidente durante la tormenta. Estaba en muy mal estado cuando escapó, y dudo mucho que lograra sobrevivir a una noche en la intemperie.

No dijo nada del chip que había encontrado y lo que eso podía significar, porque no quería sembrar más dudas. Sus hombres aún continuaban buscando en la isla que los responsabilistas tenían en el Egeo, y si encontraban al fugitivo debían informarle solo a él. Kovac conseguiría la información que necesitaban y acabarían con Hanley antes de que su reputación sufriese algún daño.

—Por supuesto, continuaremos con la búsqueda —añadió.

—Por supuesto —repitió Cooper.

Kovac dedicó toda su atención al fundador del movimiento.

—Señor, debo decirle que ha sido un privilegio trabajar para usted todos estos años. Sus enseñanzas han cambiado mi vida de un modo que nunca habría imaginado. Sería para mí un gran honor estrechar su mano.

—Gracias, Zelimir, pero, por desgracia, no puedo. A pesar de mi apariencia juvenil, tengo casi ochenta y tres años. Cuando me ocupaba de la investigación genética, desarrollé una droga específica para mi ADN con la que evitaba el rechazo a los trasplantes; eso me permitió recibir un corazón, pulmones, riñones y ojos de diferentes personas, y la cirugía estética me ayuda a parecer más joven de lo que soy. Llevo prótesis en las caderas y en las rodillas y discos en la columna. Sigo una dieta equilibrada, bebo solo de vez en cuando y nunca he fumado. Espero poder disfrutar de una vida plena y vigorosa hasta bien pasados los ciento veinte años. —Levantó las manos enguantadas. Los dedos estaban doblados y retorcidos como las ramas de un viejo árbol—. Sin embargo, la artritis se transmite en mi familia y he sido incapaz de detener sus efectos deformadores. Nada me daría más placer que estrechar su mano en reconocimiento por sus amables palabras y excelentes servicios, pero es que sencillamente no puedo.

—Comprendo. —Kovac no vio ninguna contradicción en que aquel hombre que proclamaba reducir la población mundial alargara artificialmente la suya.

—De todos modos, no se preocupe —añadió Cooper—, no hay mucho que Kyle

pueda haber descubierto durante su breve estancia en Grecia. Incluso aunque su padre llevara esa información a las autoridades, no tendrían tiempo de reaccionar. Interrogar al padre es solo un detalle menor, atar un cabo suelto. Deje de preocuparse.

—Sí, señor —respondió Kovac en el acto.

—Respecto a otros asuntos —intervino Severance—, estamos adelantando los horarios.

—¿Debido al rescate de Kyle?

—En parte, y por el... suicidio de Gil Martell. No hemos tenido problemas con las autoridades locales, pero el gobierno de Atenas ha comenzado a mostrar interés en nuestros asuntos. Lydell y yo creemos que lo mejor será enviar ahora a nuestros hombres. No hay nada más que deban saber, y por tanto no hay ninguna razón para retrasarlo. Como es natural, pagaremos un suplemento por los billetes anticipados. —Severance soltó una risita—. Por supuesto, nos lo podemos permitir.

—¿Enviará a los cincuenta equipos?

—Sí. Bueno, cuarenta y nueve. Ya hay un equipo en el *Golden Sky* para la prueba final del transmisor. Así que hablamos de cincuenta equipos y cincuenta barcos de crucero. Tardaremos unos tres o cuatro días en tenerlos a todos en posición. Algunos de los barcos están en el mar y otros se encuentran al otro lado del planeta. Nuestra gente llevará el virus que Lydell perfeccionó y que fabricamos en Filipinas. ¿Cuánto tiempo llevará hacer la prueba?

Kovac pensó unos momentos.

—Quizá una tarde. Debemos poner en marcha las otras máquinas para completar la carga de las baterías, y estabilizar la distribución de la energía para proteger la antena. El virus de prueba que dimos a los pasajeros del *Golden Sky* no es más que un simple rinovirus de acción rápida, así que dentro de doce horas sabremos si el receptor captó la señal. Siempre que la enviemos no más tarde de esta noche todo estará en orden. Por supuesto, hay un segundo equipo a bordo que está colocando los recipientes con el virus principal.

—Este es un gran momento, caballeros —manifestó Lydell Cooper—. La culminación de todo aquello por lo que he trabajado. Muy pronto, habrá un nuevo comienzo, un nuevo amanecer, en el que la humanidad brillará como estaba destinada a hacerlo. Habrán desaparecido las multitudes que agotaban nuestros recursos naturales y no aportaban más que nuevas bocas que alimentar. En una generación, con la mitad del mundo incapaz de procrear, la población regresará a unas condiciones sostenibles. No habrá carencias ni necesidades. Habremos acabado con la pobreza, el hambre e incluso con la amenaza del calentamiento global.

»Los políticos de todo el mundo discuten estos problemas y ofrecen planes a corto plazo para convencer a sus votantes de que están haciendo algo. Nosotros sabemos que todo son mentiras. Basta con leer el periódico o ver las noticias para saber que nada va a cambiar. De hecho, empeora. Las disputas por la tierra y el agua ya están originando conflictos. ¿Cuánta gente ha muerto para proteger las reservas de

petróleo que disminuyen?

»Nos dicen que podemos solucionarlo si los humanos cambiamos de hábitos: si viajamos en transporte público, compramos casas más pequeñas, utilizamos bombillas de bajo consumo. Qué ridículo. Nadie está dispuesto a renunciar a los lujos. Va contra nuestros más profundos instintos. La solución no es pedir sacrificios de escasa importancia que en realidad no llegan a la raíz del problema. La respuesta es cambiar las reglas del juego. En lugar de que haya más gente y menos que repartir, reduzcamos la población.

»Saben que esta es la única manera, pero no tienen el coraje de decirlo, así que el mundo está cada vez más cerca del caos. Como he escrito, la reproducción nos lleva a la muerte. El deseo de tener un hijo es quizá la fuerza más poderosa en el universo. No se puede negar. Pero la naturaleza tiene mecanismos de regulación. Hay depredadores para mantener a raya la población de animales, incendios forestales para renovar el suelo y ciclos de inundaciones y sequías. Pero el hombre, con su gran cerebro, ha encontrado una y otra vez la manera de esquivar los esfuerzos de la naturaleza por contenerlo. Matamos a cualquier animal que nos vea como una presa, de forma que solo quedan un puñado en libertad y el resto está encerrado en los zoológicos. Solo queda el vulgar microbio para reducir nuestras filas por medio de las enfermedades, así que creamos vacunas; pero seguimos reproduciéndonos como si todavía temiéramos perder dos de cada tres niños antes de que cumpliesen un año.

»Solo un país ha tenido el coraje de reconocer que su población crecía demasiado rápido, pero incluso ellos fracasaron cuando trataron de disminuir el crecimiento de la población. China intentó regularla con la política de un único hijo, y ahora son doscientos millones más de los que había hace veinticinco años. Si uno de los países más dictatoriales del mundo no ha logrado detenerlo, nadie podrá.

»Las personas no cambian sin más, al menos no de forma significativa. Es por eso que ahora nos toca a nosotros. Pero, por supuesto, no somos unos locos. Podría haber modificado el virus para que matase indiscriminadamente, pero eso habría significado el asesinato de miles de millones de personas. Por lo tanto, ¿cuál era la solución? El virus de la gripe hemorrágica con el que comencé tenía como efecto secundario dejar estériles a sus víctimas pero también tenía una mortalidad de casi el cincuenta por ciento. Después de abandonar la investigación médica, trabajé con el virus en decenas de miles de generaciones y mutaciones, hasta conseguir eliminar la mortalidad sin perder el único rasgo que me interesaba. Cuando lo soltemos en esos cincuenta barcos, infectarán a casi cien mil personas. Parecen muchas, pero solo son una gota de agua en el mar. Los pasajeros y las tripulaciones de los barcos proceden de todos los lugares del mundo y de todos los niveles socioeconómicos. En un crucero, encontramos un microcosmos de la sociedad, desde un magnate de la industria al tripulante más pobre. Quiero ser absolutamente democrático. Nadie escapará. Cuando regresen a sus hogares en Michigan, a sus lujosas casas en Europa del Este o a sus chabolas en Bangladesh, todos llevarán el virus con ellos.

»No dará ningún síntoma durante meses, mientras se transmite de una persona a otra. Luego llegará la primera señal de la infección. Parecerá que todas las personas en el mundo padecen una ligera gripe acompañada de fiebre muy alta. La mortalidad será inferior al uno por ciento, un coste trágico e inevitable para aquellos con un sistema inmunitario débil. Solo más tarde, cuando las personas comiencen a buscar una respuesta a por qué no tienen hijos, sabrán que la mitad de la población mundial es estéril.

»Cuando cale esta dura realidad habrá disturbios. La gente, asustada, reclamará respuestas a las preguntas que sus líderes han tenido miedo de formular. Creo que será un lapso de tiempo breve: unas semanas o un par de meses como mucho. La economía mundial se resentirá un poco mientras dure el proceso de ajuste, porque esa es la otra gran fuerza de la humanidad: su capacidad de adaptación. Entonces, amigos míos, habremos resuelto todos los problemas, curado todos los males, e iniciaremos un período de prosperidad que el mundo nunca ha conocido.

Una lágrima cayó por la mejilla de Zelimir Kovac, pero no hizo ningún gesto para enjuagarla. Thom Severance, a pesar de que conocía a Cooper desde que era un adulto y lo había escuchado hablar mil veces, también se sintió conmovido.

Capítulo 26

—Aquellos dos de allí —dijo Linda Ross, y señaló.

Mark Murphy miró donde le indicaba y vio a la pareja inmediatamente. Si bien muchos de los pasajeros que bajaban del *Golden Sky* eran mayores, o por lo menos de mediana edad, Linda había localizado a un hombre y a una mujer de unos treinta y tantos. Cada uno sujetaba una mano de una niña de unos ocho años de edad con un vestido rosa y sandalias.

—Esto es pan comido —comentó Mark cuando vio que la mujer entregaba la identificación de pasajero del tamaño de una tarjeta de crédito a su marido. Él la puso en la cartera con las demás tarjetas y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Detrás del enjambre de pasajeros que desembarcaban, ansiosos por visitar Santa Sofía, la Mezquita Azul, el Palacio Topkapi, y que los desplumaran en el bazar, se alzaba el *Golden Sky* como un fantasmagórico recuerdo de su desafortunado gemelo. Mark se estremeció al mirarlo. No había tenido en cuenta sus emociones cuando se había ofrecido voluntario para la misión y ahora no le entusiasmaba la perspectiva de subir a bordo.

—Van hacia los autocares. —Linda hizo un gesto hacia la joven familia que caminaba hacia donde esperaban una docena de autocares de alquiler. Los pasajeros subían después de mostrar los pases a las azafatas.

—¿Lo hacemos ahora o los seguimos hasta el centro?

—No hay mejor momento que el presente. Vamos allá.

Esperaron a que los tres se les adelantaran antes de mezclarse con la multitud. Se movieron ágilmente entre las personas que caminaban sin prisa hasta que tuvieron delante a sus objetivos, que en ningún momento habían advertido su presencia.

—¡Rápido! —gritó Linda—. Creo que nuestro autocar ya se va.

Mark apuró el paso y rozó al padre en el momento de adelantarlo. El hombre se palpó el bolsillo de inmediato. Al guardar la cartera en el bolsillo de delante y palparla cuando alguien lo rozaba por accidente demostraba que era un viajero curtido. En la mayoría de los casos, este gesto de prudencia habría sido suficiente. Pero tal como lo habían organizado, cuando Linda pasó a su lado, el pasajero estuvo seguro de que aquellos norteamericanos que lo adelantaban no eran una amenaza y no comprobó el contenido del bolsillo una segunda vez.

No había notado cómo la pequeña mano de Linda se metía en su bolsillo y le arrebatava la cartera.

Un aficionado se habría apartado de su víctima en cuanto le hubiese robado, pero Linda y Murphy continuaron fingiendo que eran unos pasajeros con prisa y siguieron hacia los autocares. Esperaron cerca de uno hasta que la joven familia mostró sus pases a la azafata de otro de los vehículos y subieron. Solo entonces, Linda y Murphy

se apartaron de la multitud y caminaron hacia donde habían aparcado el coche de alquiler.

Mientras Linda se quedaba de pie junto a la puerta trasera, abierta para ocultar el interior de las miradas de algún transeúnte curioso, Mark se puso a trabajar con una de las tarjetas de identificación con un equipo preparado a bordo del *Oregon*. Utilizó un bisturí para quitar el plástico transparente y desprender la fotografía. Luego, del montón que había traído, escogió otra de Linda del tamaño adecuado y a continuación pasó la tarjeta por un laminador que funcionaba con una batería. La alisó y cortó el exceso de plástico.

—Aquí la tiene, señora Susan Dudley —dijo, y le mostró a Linda la tarjeta todavía caliente.

—Parece que tienes mucha práctica en este trabajo —comentó Linda.

—Tenía quince años cuando llegué al MIT, así que más te vale creer que lo sé todo acerca de falsificar identidades.

Había una nota triste en su voz que no pasó inadvertida a Linda.

—Tuvo que ser duro.

Mark hizo una pausa en su trabajo y la miró.

—Como puedes imaginar, aquel lugar estaba abarrotado de tíos superenrollados, pero yo destacaba. Maletín, corbata, estuche para los bolis y los lápices, no me faltaba ningún detalle. La dirección de la escuela aseguró a mis padres que tenía consejeros para los estudiantes aventajados, para que la transición fuese más fácil. Menuda mentira. Me encontré desamparado en el entorno más competitivo del mundo. Solo fue peor cuando entré en el sector privado. Esa es la razón por la que me uní a Juan y a la Corporación.

—Así que no fue por el dinero, ¿eh? —se burló Linda.

—No estoy alardeando, pero antes ganaba mucho más. Sin embargo, valió la pena. Vosotros me tratáis como a uno más. Cuando diseñaba sistemas de armamento, aquellos generales tan machos se pavoneaban como gallos y nos miraban como si fuéramos insectos que tenían que quitarse de las suelas de los zapatos. Les gustaban los juguetes que les dábamos, pero nos detestaban por ser capaces de dárselos. Era como estar otra vez en la cafetería del instituto, con los machotes sentados aparte y el resto de nosotros dando vueltas para hacernos notar. En realidad, era patético.

»Eso no ocurre en el *Oregon*. Todos estamos en el mismo equipo. Tú, Linc y Juan no hacéis que Eric y yo nos sintamos unos extraños, incluso aunque a veces nos pasemos un poco. Por primera vez en mi vida, no tengo que buscar una mesa vacía cuando entro en el comedor. —Pareció arrepentido de haber hablado demasiado, así que le dirigió una sonrisa y añadió—: Espero que no cobres por la sesión de terapia.

—Puedes invitarme a una copa esta noche a bordo.

Mark la miró sorprendido, y luego apareció una sonrisa en su rostro.

—No bajaremos del *Golden Sky* hasta que encontremos algo, ¿verdad?

Linda se llevó una mano al pecho en un gesto de sorpresa.

—¿Me estás acusando de desobedecer una orden directa de Eddie?

—Sí.

—¿Sorprendido?

—No.

—¿Sigues en el juego?

—Estoy preparando una segunda identificación, ¿no?

—Buen chico.

Mark metió las dos tarjetas en un aparato electrónico conectado al ordenador portátil y cambió el código de las bandas magnéticas. Diez minutos más tarde, Linda y él estaban al pie de la escalerilla del *Golden Sky*. Cerca, una carretilla elevadora cargaba palés por una gran escotilla mientras las gaviotas daban vueltas y chillaban sobre el barco como aviones de guerra en pleno combate.

—¿Todo en orden, señor Dudley? —preguntó el ayudante del sobrecargo que atendía la escalerilla cuando dijeron que querían volver al camarote.

—Es mi rodilla —explicó Mark—. Me rompí los ligamentos cuando jugaba al baloncesto en la universidad, y de vez en cuando me duele.

—Como sabe, tenemos un médico a bordo al que puede consultar si lo desea. —El sobrecargo pasó las dos tarjetas por el monitor electrónico—. Es extraño.

—¿Algún problema?

—No, bueno, sí. Al pasar sus tarjetas se ha colgado el ordenador.

Formaba parte de la seguridad de cualquier línea de cruceros importante que la tarjeta de identidad electrónica buscara en el ordenador un archivo con la foto del titular y la información de su itinerario. Mark había cambiado el código de las tarjetas robadas para que no apareciese nada en la pantalla. El sobrecargo tendría que confiar en que aquellas dos personas fueran quienes decían ser, o retenerlas hasta que alguien arreglase el ordenador. Dado que el servicio al cliente era lo más importante, era poco probable que molestase a los pasajeros por un simple fallo informático.

El sobrecargo pasó su tarjeta de empleado por el escáner, y cuando su foto apareció en la pantalla devolvió las dos tarjetas a Murphy.

—Sus tarjetas ya no funcionan. Cuando estén en su camarote, llamen a la oficina del sobrecargo y les prepararán otras nuevas.

—Muy bien. Gracias. —Mark cogió las tarjetas y se las guardó en el bolsillo. Linda y él subieron la escalerilla tomados del brazo. Murphy simuló que cojeaba.

—¿Baloncesto universitario? —preguntó Linda cuando el empleado ya no podía oírlos.

Mark se palmeó la barriga.

—Desde entonces me he abandonado un poco.

Entraron en el barco por la planta baja del atrio principal. El techo estaba cuatro pisos más arriba, coronado por una cúpula de cristal de colores. Un par de ascensores de cristal daban acceso a los niveles superiores, y cada cubierta estaba bordeada por cristales de seguridad enmarcados con brillantes rieles de latón. En el lado opuesto de

los ascensores había una pared de mármol rosa por la que caía una fina cortina de agua que iba a parar a una discreta fuente. Desde su posición, veían los rótulos de las pequeñas tiendas de lujo un piso más arriba y un cartel de neón que indicaba el camino al casino. El efecto general era de una opulencia que rozaba lo vulgar.

Habían analizado el plan a bordo del *Oregon* y estudiado la distribución del barco en la página web de la línea de cruceros, así que ahora no necesitaban hablar. Fueron sin dilación hacia los lavabos que se hallaban detrás de la fuente. Linda sacó del bolso un paquete con otras prendas y se lo dio. Unos momentos más tarde, reaparecieron vestidos con monos de trabajo con la insignia de la compañía bordada en hilos de oro sobre sus corazones, obra del taller de magia de Kevin Nixon. Linda se había quitado la mayor parte del maquillaje, y Mark había cubierto su pelo rebelde con una gorra de la compañía. Los uniformes de personal de mantenimiento les daban acceso a todo el barco.

—¿Cuál es el punto de encuentro si nos separamos? —preguntó Linda mientras caminaban.

—¿En la mesa de dados?

—No seas tan esnob.

—En la biblioteca.

—En la biblioteca —repitió Linda—. De acuerdo, vamos a jugar a Nancy Drew.

—Los hermanos Hardy.

—Es mi operación, así que me toca a mí elegir el nombre. Tú puedes ser mi ayudante, George Fayne.

Para sorpresa de Linda, Mark preguntó:

—¿No seré Ned Nickerson? —Era el nombre del novio de Nancy.

—Ni lo sueñes, y algún día tendremos que hablar de tus lecturas adolescentes, o quizá será mejor no hacerlo.

La mejor manera de salir de los lugares públicos del barco era a través de la cocina, así que subieron un piso por la escalera y llegaron al comedor principal. Tenía capacidad para trescientos comensales y estaba vacío excepto por un equipo de limpieza que pasaba las aspiradoras por la alfombra.

Caminaron entre las mesas hacia la parte de atrás y entraron en la cocina. Uno de los cocineros apartó la mirada de los fogones pero no dijo nada cuando la pareja cruzó sus dominios. Linda desvió la mirada. A diferencia del comedor, allí reinaba una gran actividad porque preparaban la siguiente comida. Un delicioso aroma escapaba de las ollas mientras los ayudantes se dedicaban a limpiar, cortar y picar prácticamente las veinticuatro horas del día.

En un extremo, había una puerta que daba a un pasillo muy iluminado. Encontraron una escalera y al bajar se cruzaron con un grupo de camareras que iniciaban su turno. Encontraron a otras personas, pero ninguna les prestó la menor atención. Como personal de limpieza, eran lo que se dice invisibles.

Mark vio una escalera plegable apoyada en un mamparo y se la agenció para

mejorar todavía más el disfraz.

Con el *Golden Sky* amarrado y la mayoría de los pasajeros en tierra, solo se necesitaba un mínimo de potencia para mantener los servicios básicos en marcha; por ello no había nadie en la sala de máquinas ni en los talleres de mantenimiento. Linda y Mark dedicaron unas horas a inspeccionar todas las tuberías y conductos en busca de algo que se apartase de lo normal. A diferencia de los apuros de Juan en el desafortunado barco gemelo del *Sky*, su búsqueda fue tranquila y metódica, aunque, al final, el resultado fue el mismo.

—Nada —dijo Mark, con un tono de desilusión que surgía del enfado consigo mismo por no haberlo previsto—. No hay ni una sola cosa que no deba estar aquí. No hay nada conectado al sistema de ventilación o al suministro de agua.

—Esa es la forma más eficaz de propagar un virus. —Linda usó unos trapos para limpiarse la grasa de las manos—. ¿Qué más nos queda?

—Aparte de rociar toda la superficie del barco con un aerosol, no se me ocurre otra cosa. Si hemos podido permanecer todo este tiempo aquí abajo es probable que los responsabilistas también pudieran. —Señaló hacia lo alto, donde unos conductos grandes como toneles estaban sujetos al techo—. En un par de horas, podría desmontar una sección y colocar dentro el sistema de dispersión.

—El riesgo de que te pillaran sería muy grande. —Linda sacudió la cabeza—. Tiene que ser algo más simple y rápido.

—Lo sé, lo sé, lo sé. —Mark se masajeó las sienes, para aliviar las primeras señales de un dolor de cabeza—. Recuerdo que Juan, en el *Golden Dawn*, dijo que quería echar una mirada en las entradas principales del sistema de aire acondicionado. Podríamos comprobarlo.

—¿Dónde están?

—Arriba. Lo más probable es que estén delante de la chimenea.

—Es un lugar muy expuesto.

—Tendríamos que esperar hasta la noche.

—Entonces volvamos a la zona pública para cambiarnos.

Tras dar unas cuantas vueltas por el laberinto de la sala de máquinas, por fin salieron a un pasillo donde había gente. Los empleados vestidos con diversos uniformes se preparaban para el regreso de los pasajeros, y los maquinistas volvían a sus puestos porque no tardarían en zarpar de Estambul.

Una mirada casual a través de una puerta cerca de la lavandería hizo que Linda se detuviese. Un hombre de unos treinta años, vestido con un mono muy parecido al suyo, estaba delante de la lavandería. No fue el hombre ni tampoco su postura despreocupada lo que llamó su atención. Fue cómo desvió la mirada cuando se cruzaron sus ojos. Advirtió la misma mirada furtiva que ella había dirigido al cocinero. Era la mirada de alguien que estaba en un lugar en el que no debía estar.

El hombre se volvió y luego miró por encima del hombro. Al ver que Linda no le quitaba ojo, echó a correr en la dirección opuesta.

—¡Eh! —gritó Linda—. Alto.

Se lanzó en su persecución, con Mark un par de pasos más atrás.

—No —le ordenó Linda—. Ve a ver si hay alguien más en la lavandería.

Mark dio media vuelta para ir a la lavandería y dejó que Linda continuase con la persecución.

El fugitivo iba seis metros por delante y tenía las piernas quince centímetros más largas. Sin embargo, estas ventajas no le sirvieron de nada porque la voluntad de Linda de alcanzarlo era mucho mayor que la capacidad de su cuerpo para huir. Redujo la ventaja rápidamente; doblaba las esquinas sin aminorar el paso y saltaba con la agilidad de una gacela pero con la ferocidad de un guepardo que persigue a su presa.

El desconocido consiguió recuperar algo de ventaja cuando subieron una escalera. Subía los escalones de tres en tres; Linda de dos en dos. Pasaron junto a varios tripulantes que los miraron, sorprendidos. Linda deseaba pedir ayuda, pero eso la obligaría a explicar su presencia ilegal en el barco.

El hombre cruzó una puerta; cuando Linda llegó allí un momento más tarde se hirió en el brazo porque el paso era muy justo.

No llegó a ver el puño que le alcanzó en la barbilla. Aunque el golpe no era el de un boxeador, fue suficiente para echar hacia atrás la cabeza de Linda, que chocó contra el mamparo. Permaneció a su lado un instante antes de reemprender la huida, mientras Linda intentaba despejarse.

Antes de tener la absoluta seguridad de estar en condiciones, ya se había levantado y lo perseguía, aunque se tambaleaba un poco.

—Así que eres de los que pegan a las mujeres —masculló.

Llegaron a Broadway, el gran pasillo central que recorría casi todo el largo del barco y que utilizaba la tripulación para ir desde sus camarotes a los puestos de trabajo. Algún miembro de la tripulación con veleidades artísticas incluso había instalado unas marquesinas de teatro como las que había en la famosa calle de Nueva York.

—Estoy llegando. Emergencia.

Linda le oyó decir: «Estoy llegando. Emergencia», cuando pasaban entre la aglomeración de trabajadores que iban a sus puestos y de grupos que charlaban después de acabar el turno. El hombre zigzagueó entre la multitud como una serpiente y consiguió una valiosa ventaja, mientras que Linda tenía la sensación de que su cabeza iba a estallar.

El fugitivo cruzó otra puerta y subió por otra escalera. Linda abrió la puerta cinco segundos más tarde. Utilizó la barandilla para impulsarse en cada tramo. Su cuerpo volaba en las esquinas porque sabía que se acercaban a la zona de los pasajeros. Si el tipo era listo, y conocía el barco, saldría cerca de su camarote. Y si Linda no veía cuál era, ya no podría encontrarlo.

El hombre salió por la puerta en lo alto de la escalera pero chocó con una mujer

mayor e hizo caer al suelo a su marido, que iba en silla de ruedas. Perdió unos preciosos segundos desembarazándose de la pareja. Linda voló a través del hueco antes de que el mecanismo automático cerrase la puerta. Sonrió con fiereza. Estaban en el nivel superior, cerca del atrio.

El hombre miró por encima del hombro y vio a Linda a solo unos pasos. Aceleró para dirigirse hacia la elegante escalera que rodeaba los dos ascensores de cristal. En el nivel superior apenas había nada interesante para los pasajeros. Las tiendas estaban un piso más abajo, y las plantas inferiores desde luego estarían más concurridas. Linda había visto a unos guardias delante de la exclusiva joyería, y no podía arriesgarse a que alguno de ellos la detuviese.

Ya casi habían llegado a la escalera cuando saltó con los brazos extendidos. Sus dedos consiguieron sujetarse a los dobladillos del mono, lo que fue suficiente para hacerlo tropezar. Como corrían hasta el límite de sus fuerzas la inercia lo lanzó de cabeza contra los cristales de la barandilla. El cristal estaba diseñado para soportar un impacto de este tipo, pero la soldadura que sujetaba uno de los soportes se rompió y se desprendió todo el panel, que cayó cuatro pisos antes de estrellarse contra el suelo con una estrepitosa explosión de fragmentos. En el atrio sonaron gritos de sorpresa.

Linda, que había soltado su presa en cuanto el hombre tropezó, se deslizó por el encerado suelo detrás del responsabilista. Él consiguió sujetarse a un balaustre de latón justo cuando pasaba por encima del borde; por un momento, la miró mientras Linda intentaba sujetarle la mano. La mirada de sus ojos era la de un terrorista suicida en el instante previo a hacer estallar la carga explosiva: resignación, miedo, orgullo y, sobre todo, una rabia desafiante.

Se soltó antes de que ella pudiese sujetarle la muñeca y no dejó de mirarla mientras caía. En algún momento de los catorce metros de caída, consiguió ponerse horizontal para chocar con la espalda contra el suelo de mosaico, pero volvió la cabeza en el último segundo. El sonido fue como el de una bofetada y fragmentos de hueso perforaron sus prendas en una docena de agujeros sanguinolentos. Incluso desde aquella altura, Linda vio que el cráneo estaba aplastado.

Sin tomarse tiempo para digerir aquel horror, Linda se levantó de un salto. La señora mayor, que aún intentaba sentar al anciano en la silla de ruedas, no había visto nada. Linda se ocultó detrás de una enorme palmera, se quitó el mono y lo guardó en el bolso. No podía hacer nada con las manchas de sudor en las axilas de la camisa.

La biblioteca estaba a proa, cerca del cine, pero Linda caminó hacia popa. Había un bar que daba a la piscina, y sabía que si no se tomaba un *brandy* inmediatamente vomitaría el desayuno.

Aún estaba sentada allí una hora más tarde, cuando una ambulancia turca se alejó del barco con las luces de emergencia y la sirena apagadas. Muy poco después se oyó la sirena del *Golden Sky* avisando que zarpaba.

Capítulo 27

Cada vez que Juan parpadeaba, tenía la sensación de que tenía papel de lija en los ojos. Había tomado tanto café que se le había agriado en el estómago, y los analgésicos no habían disminuido en absoluto su dolor de cabeza. No necesitaba mirarse al espejo para saber que estaba mortalmente pálido, como si su cuerpo se hubiese quedado sin sangre. Al pasarse la mano por la cabeza le dolía incluso el pelo, si eso era posible.

En vez de refrescarlo, como solía hacer, el viento que pasaba por encima del parabrisas de la lancha taxi lo hacía temblar pese a la cálida temperatura. Junto a él, en el asiento de popa, Franklin Lincoln dormía como un bendito. Tenía la boca abierta, y de vez en cuando un ronquido se imponía al rumor del motor. La atractiva conductora que los había llevado a Montecarlo desde el *Oregon* cuarenta y ocho horas antes tenía el día libre y Linc no mostraba el menor interés en la sustituta.

La ira era lo único que sostenía a Juan, la ira contra Linda y Mark por haber desobedecido la orden de Eddie de desembarcar del *Golden Sky* antes de que zarpara de Estambul. La pareja de polizontes continuaba buscando pruebas del plan responsabilista para atacar al barco con la toxina.

Cabrillo iba a meterlos en el calabozo cuando volviese a verlos y luego les aumentaría el sueldo por su dedicación. Estaba muy orgulloso del equipo que había reunido, y ahora más que nunca.

Pensó de nuevo en Max y el humor de Cabrillo empeoró. Seguían sin tener respuesta de Thom Severance, y con cada minuto que pasaba se convencía de que nunca lo haría, porque Max ya estaba muerto. Juan no se atrevía a decirlo en voz alta y se sentía culpable solo de pensarlo, pero le resultaba imposible evitar el pesimismo.

Dado que el *Matryoshka* ya había regresado a puerto, el *Oregon* estaba de nuevo fondeado a una milla de la costa. Cuando observaba su barco, Juan tenía un atisbo de lo hermoso que debió de ser en sus buenos tiempos. Era bien proporcionado, con una ligera inclinación de proa a popa, y el bosque de grúas le daba un aspecto de prosperidad. Se lo imaginó acabado de pintar y con las cubiertas despejadas, enfrentándose al oleaje en el noroeste del Pacífico, donde se había utilizado para transportar troncos.

Ahora, en cambio, solo veía un casco manchado de óxido, parches de pintura y cables que colgaban de las grúas como telarañas que se desintegraban. Parecía abandonado y perdido; no había nada que brillase, ni siquiera la hélice del bote salvavidas colgado en el pescante.

La piloto del taxi situó la lancha al pie de la escalerilla con una impecable maniobra; no se molestó en colocar las defensas porque el mar parecía un espejo.

Juan tocó el tobillo de Linc con el pie y el gigante se despertó.

—Más te vale que vuelva a dormirme en el mismo punto del sueño que estaba teniendo —protestó, en medio de un bostezo—. Las cosas comenzaban a ponerse interesantes con Angelina Jolie.

Juan le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse.

—Estoy tan cansado que no creo que vuelva a tener nunca más un pensamiento carnal.

Cargaron sus macutos, dieron las gracias a la joven que los había llevado y subieron la escalerilla. Cuando llegaron a lo alto, Juan se sentía como si hubiese escalado el Everest.

La doctora Huxley estaba allí para recibirlos, junto con Eddie Seng y Eric Stone. Julia miraba a Juan con una sonrisa de oreja a oreja y casi saltaba de alegría. Eddie y Eric también sonreían.

Por un momento, Juan creyó que tenían noticias de Max, pero se lo habrían dicho cuando los llamó desde el aeropuerto tras el vuelo desde Manila.

En cuanto pisó cubierta, Hux lo abrazó.

—Juan Rodríguez Cabrillo, eres un condenado genio.

—Lejos de mí estar en desacuerdo, pero recuérdame qué hazaña he realizado esta vez.

—Eric encontró en internet una base de datos de escritura cuneiforme colgada por una universidad de Inglaterra. Ha traducido las tablillas a partir de las fotos que enviaste por correo electrónico con tu teléfono.

Cabrillo las había enviado desde el aeropuerto de Manila.

—Fue el ordenador el que las tradujo —la corrigió Eric, con modestia—. No hablo ni una palabra de sánscrito.

—Pero es un virus después de todo —afirmó Julia—. Por lo que he deducido, es una variedad de gripe, pero diferente de todas las conocidas. Tiene un componente hemorrágico como el Ébola o la fiebre hemorrágica de Marburgo. Lo mejor de todo es que creo que Jannike Dahl es inmune porque la nave donde se produjo el primer brote embarrancó cerca del lugar donde ella creció. Es más, creo que es una descendiente de la tripulación original.

Juan apenas podía seguir el torrente de palabras.

—¿De qué hablas? ¿Una nave? ¿Qué nave?

—El Arca de Noé, por supuesto.

Cabrillo la miró momentáneamente desconcertado antes de reaccionar. Levantó las manos como un boxeador que reclama que tiren la toalla.

—Tendrás que explicarme esto desde el principio, pero necesito una ducha, una copa y algo de comida, y no me importa en qué orden. Dame veinte minutos y veámonos en la sala de reuniones. Dile a Maurice que quiero zumo de naranja, medio pomelo, huevos a la Benedictine, tostadas y esas patatas que prepara con estragón. —Era casi la hora de la cena, pero su cuerpo le pedía el desayuno. Miró de nuevo a Julia cuando ya iba a marcharse—. ¿El Arca de Noé?

Ella asintió como una niña que se muere de ganas de revelar un secreto.

—Esto es algo que tengo que escuchar.

Media hora más tarde, acabado el desayuno, la acidez de estómago de Juan había dado paso a una agradable sensación de plenitud y se sentía con las fuerzas suficientes para escuchar el informe de Julia.

Primero miró a Eric, porque él había sido quien había hecho la traducción.

—Bien, desde el principio.

—No te aburriré con los detalles de ampliar las fotos o de encontrar un archivo de escritura cuneiforme en la red, aunque lo hice. La escritura que encontraste es muy antigua, por lo que pude averiguar.

Cabrillo recordó que había pensado lo mismo. Hizo un gesto a Eric para que continuase.

—Le pasé el problema al ordenador. Después de cinco horas manipulando los programas empecé a tener algo coherente. Los algoritmos eran muy complejos, por lo que tuve que retorcer las normas de la lógica difusa hasta casi romperlas. Una vez que el ordenador comenzó a captar los matices fue más fácil, y después de repasarlo varias veces, con un ajuste aquí y otro allá, me dio toda la historia.

—¿La historia del Arca de Noé?

—Puede que no lo sepas, pero la épica de Gilgamesh, que fue traducida del sánscrito por un erudito inglés en el siglo XIX, relata la historia de un diluvio mil años antes de que apareciese en los textos hebreos. Muchas otras culturas en el mundo tienen mitos del diluvio que forman parte de sus antiguas tradiciones. Los antropólogos creen que como la civilización se inició en las zonas costeras y a lo largo de los ríos, la amenaza, por otra parte muy real, de una inundación catastrófica fue utilizada por los reyes y los sacerdotes en los relatos para que la gente se comportase. —Eric se acomodó las gafas de montura metálica—. Por lo que a mí respecta, creo que los *tsunamis* estuvieron en el génesis de muchas de estas historias. Sin el lenguaje escrito, los relatos se transmitían oralmente, con los consiguientes añadidos, así que después de una o dos generaciones no solo era una ola gigante la que había acabado con tu pueblo, era todo el mundo el que se había inundado. De hecho...

Cabrillo lo interrumpió.

—Reserva la conferencia para más tarde y límitate a lo que has descubierto.

—Oh, desde luego. Lo siento. La historia comienza con una inundación, pero no con una súbita riada o una lluvia torrencial. Las personas que escribieron las tablillas describen cómo subía el nivel del mar junto al cual vivían. Creo que lo hacía unos treinta centímetros por día. Si bien las aldeas cercanas se trasladaron a tierras más altas, esa gente creyó que la subida nunca se detendría y pensaron que la única manera de salvarse era construir una gran embarcación. De ninguna manera tan grande como el Arca descrita en la Biblia. No tenían los medios necesarios.

—Por lo tanto, ¿no estamos hablando de Noé y el Arca?

—No, aunque los paralelismos son sorprendentes, y es posible que las personas que se quedaron atrás y describieron lo sucedido creasen los fundamentos para Gilgamesh y el relato bíblico.

—¿Hay algún dato temporal para esto?

—En cinco mil quinientos años antes de Cristo.

—Parece muy preciso.

—Debido a que hay pruebas físicas de una inundación como la que describen las tablillas. Ocurrió cuando el dique de tierra situado en lo que es ahora el Bósforo se hundió e inundó lo que había sido hasta aquel momento, un mar interior a unos doscientos metros por debajo del Mediterráneo. Es la zona que ahora llamamos el mar Negro. Con los submarinos no tripulados, los arqueólogos marinos han confirmado que había seres humanos que vivían en la antigua costa. La cuenca tardó más de un año en llenarse; se calcula que las cataratas en el Bósforo habrían hecho que las cataratas del Niágara pareciesen un arroyuelo.

—No tenía ni idea —afirmó Cabrillo, asombrado.

—Esto solo se ha confirmado en los últimos años. En aquel momento se habló mucho de que esa catástrofe pudo estar en el origen del diluvio bíblico, pero los científicos y teólogos coinciden en que no fue así.

—Al parecer, con lo que hemos descubierto, el debate sigue abierto. Espera un momento —dijo Juan. Se le acababa de ocurrir una idea—. Estas tablillas están escritas en cuneiforme. Eso proviene de Mesopotamia y Samaria, no de la región del mar Negro.

—Como he dicho, es una forma de escritura muy primitiva, lo más probable es que las personas que abandonaban la región la llevaran hacia el sur, donde la adoptaron otras civilizaciones. Confía en mí, director, las tablillas que encuentre alterarán de forma fundamental nuestro conocimiento de la historia antigua.

—Te creo. Continúa.

—De acuerdo. Así que tenemos una pequeña aldea de la costa convencida de que la subida no se detendrá. Como he dicho, pasó un año antes de que se igualara el nivel del mar, así que imagino cómo llegaron a esa conclusión. También dejaron escrito que con tantos refugiados había muchas enfermedades.

—Es lo mismo que vemos hoy en los campos de refugiados —intervino Julia—. Enfermedades como la disentería, el tifus y el cólera.

Eddie recuperó el hilo de su relato.

—En lugar de unirse al éxodo masivo, aprovecharon el material de sus casas para construir una embarcación con capacidad para los cuatrocientos que eran. No se mencionan las dimensiones pero sí que el casco de madera estaba calafateado con asfalto y revestido con planchas de cobre. Por tanto, nos encontramos al principio de la Edad del Cobre, y debía de tratarse de una zona próspera si disponían del metal suficiente para revestir el casco de una nave de ese tamaño. Cargaron vacas, cerdos, ovejas, cabras y aves, y forraje para un mes.

—La eslora debía de ser de cien metros, para tener tanta capacidad —señaló Cabrillo.

—El ordenador lo confirma. Tenía ciento seis metros de eslora y una manga de catorce metros. Es probable que tuviese tres cubiertas: los animales abajo, las provisiones en el medio y los tripulantes arriba.

—¿Qué me dices de la propulsión?

—Velas.

Cabrillo levantó una mano.

—Las velas no aparecieron hasta dos mil años después del período del que hablamos.

Eric buscó en el ordenador portátil que tenía delante.

—Aquí tienes una traducción directa: «De dos gruesos postes anclados en la cubierta, se extendió una sábana de pieles de animales para atrapar el viento». —Miró a Juan—. A mí eso me suena a vela.

—Que me aspen. Continúa.

—Cuando el agua subió hasta el nivel que les permitía botar la nave partieron. Resulta un tanto irónico, porque debieron de empezar el viaje no mucho antes de que el nivel del agua se estabilizase. De lo contrario, nunca habrían conseguido salir del mar Negro. En cualquier caso, estuvieron navegando durante mucho más de un mes. En los lugares donde intentaron desembarcar no pudieron encontrar agua dulce o bien los pobladores locales los rechazaron. Tras cinco meses lunares, innumerables tormentas y la muerte de veinte personas, el barco acabó embarrancando, y por mucho que lo intentaron, no consiguieron liberarlo.

—¿Dónde?

—La zona aparece descrita como «un mundo de piedra y hielo».

Julia se inclinó hacia delante para mirar a Juan.

—Es aquí donde Eric y yo comenzamos a utilizar el razonamiento deductivo.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—El norte de Noruega.

—¿Por qué Noruega?

—Encontraste las tablillas en una instalación que la Unidad 731 del imperio japonés utilizó para perfeccionar las armas bacteriológicas. Los japoneses estaban muy interesados en este tipo de investigación, a diferencia de cierto aliado que prefería utilizar los agentes químicos para sus exterminios.

—¿Te refieres a los nazis?

—¿Quién si no les habría dado las tablillas?

—Espera. —Juan se frotó los ojos—. Me estoy perdiendo algo. ¿Por qué la Unidad 731 querría unos antiguos textos que hablan de una embarcación?

—La enfermedad —respondió Julia—. La que estalló en el barco después de que embarrancase. La persona que escribió las tablillas la describe con todo detalle. Hasta donde sé, fue una fiebre hemorrágica que se transmitió por vía aérea y con un nivel

de contagio similar al de la gripe. Acabó con la mitad de la población antes de extinguirse. Lo más interesante es que, después, solo un puñado de sobrevivientes pudo engendrar hijos. Unos pocos consiguieron procrear con los nativos que vivían cerca, pero el virus hizo estériles a la mayoría.

—Si los japoneses buscaban la manera de pacificar China continental —manifestó Eric—, desde luego les habría interesado una enfermedad como esta. Julia y yo creemos que, aparte de las tablillas, los alemanes también les dieron algunas momias que encontraron en el barco.

—Ah, ahora lo entiendo. Dado que los japoneses recibieron las tablillas de los alemanes, creéis que las encontraron en Noruega, porque Alemania ocupó el país en 1940.

—Así es. Una tierra de rocas y hielo podría describir Islandia, o partes de Groenlandia, pero los alemanes nunca ocuparon esos países. Finlandia cayó en manos de los rusos y Suecia permaneció neutral durante toda la guerra. Dedujimos que se trataba de Noruega o, más probablemente, de un fiordo en la costa norte, que está poco poblada y en su mayor parte sin explorar.

—Espera, Julia. En cubierta me dijiste que Jannike era inmune a la enfermedad, ¿verdad?

—Cuanto más lo pensaba, más difícil me resultaba encontrar una respuesta a por qué no enfermó cuando murieron todos los demás en el *Golden Dawn*. La enfermedad mencionada en las tablillas se transmite por el aire, y si el nuevo virus que los responsabilistas han desarrollado se basa en él, tuvo que respirar un poco de aire contaminado, aunque utilizara oxígeno. Sin embargo, si un antepasado suyo estuvo expuesto al virus y sobrevivió, es muy probable que tenga anticuerpos en su ADN. El hecho de que provenga de una pequeña ciudad del norte de Noruega refuerza nuestra hipótesis.

—¿Puedes hacer alguna prueba? —preguntó Juan.

—Claro, si tuviese una muestra del virus.

Cabrillo intentó contener un bostezo.

—Lo siento. Necesito dormir. Creo que aún nos falta otra pieza del rompecabezas. Vamos a suponer que los alemanes descubrieron la nave y tradujeron las tablillas. Se enteraron de la horrible enfermedad y, como a ellos no les interesaba pero sí a sus aliados japoneses, las enviaron a Japón o, para ser más precisos, a una isla en Filipinas, donde la Unidad 731 estaba realizando experimentos. No sabemos si consiguieron perfeccionar el virus, pero parece razonable concluir que no, porque nunca se ha mencionado una enfermedad como esta en los libros de historia.

Julia y Eric asintieron.

—¿Cómo llegamos a que los responsabilistas se hiciesen con el virus y lo perfeccionasen? Si los japoneses no lo consiguieron hace sesenta años, ¿cómo es que Severance y su pandilla han tenido éxito?

—Lo hemos pensado —admitió Eric—, pero no conseguimos encontrar ninguna

relación, aparte de que su fundador, Lydell Cooper, era un investigador médico de primer nivel. Utilizaron las mismas instalaciones que construyeron los japoneses durante la guerra, por lo tanto, es obvio que estaban al corriente de su trabajo con el virus. Pero no sabemos cómo.

—La siguiente pregunta es ¿por qué? —dijo Juan—. Utilizaron el virus o un derivado para matar a todos los que iban a bordo del *Golden Dawn*. ¿Qué planean hacer ahora? —Se adelantó a cualquier respuesta que Eric pretendiera dar—. Sé que piensan que la superpoblación es la causa de la peor crisis a la que se enfrenta el planeta, pero lanzar un virus que mata a la humanidad, o por lo menos a gran parte de ella, dejaría al mundo en tal estado de caos que la civilización nunca se recuperaría. Estamos hablando del arma del Juicio Final.

—¿Qué pasa si no les importa? —preguntó Eric—. Me refiero a qué pasa si lo que quieren es que desaparezca la civilización. He leído cosas acerca de esa gente. No son racionales. En ninguna parte de sus escritos proponen un regreso a la Edad Media, pero quizá sea eso lo que desean: el final de la industrialización y el regreso a las raíces agrarias de la humanidad.

—¿Por qué atacar los barcos de crucero? —señaló Juan—. ¿Por qué no soltar el virus en todas las grandes ciudades y dejar que actúe?

Eric iba a responder pero finalmente cerró la boca. No tenía ninguna respuesta.

Juan se levantó de la silla apoyando las manos en la mesa.

—Escuchadme, chicos. Agradezco de verdad todo el trabajo que habéis hecho, y sé que esto ayudará a encontrar el propósito final de los responsabilistas, pero si no me voy a la cama me quedaré dormido aquí mismo. ¿Habéis informado a Eddie de todo esto?

—Por supuesto —contestó Julia.

—Bien, dile que llame a Overholt y le cuente toda la historia. En este momento no sé qué podrá hacer, pero quiero a la CIA metida en ello. ¿Mark y Linda tienen que informar?

—No se llevaron los móviles, así que tienen que usar el teléfono del *Golden Sky*. Linda dijo que volverían a llamar —consultó su reloj— dentro de tres horas.

—Dile a Linda que los quiero a los dos fuera de ese barco aunque necesiten robar un bote salvavidas o tengan que saltar por la borda.

—Sí, señor.

Cuando sonó el teléfono, a Juan le pareció que acababa de apoyar la cabeza en la almohada.

—Cabrillo. —Tenía la lengua pegada al paladar y la débil luz que se colaba a través de las cortinas era como el resplandor de un foco gigante.

—Director, soy Hali. Creo que debes venir al centro de operaciones para ver esto.

—¿Qué pasa? —Sacó las piernas de la cama y sujetó el teléfono entre el cuello y el hombro para ponerse la prótesis.

—Creo que nos están llamando por la banda ELF.

—¿No es la que nuestra marina utiliza para comunicarse con los submarinos?

—Ya no. Los dos transmisores que utilizaban fueron desmantelados hace un par de años. Además, transmitían en setenta y seis hertzios. Esto llega por los ciento quince.

—¿Cuál es la fuente? —Juan se puso el pantalón.

—No hemos recibido lo suficiente para fijar una posición y, debido a que la transmisión se realiza en frecuencia ultrabaja, quizá nunca lo sepamos.

—Vale, has logrado captar mi interés. Estaré allí en unos minutos. —Juan acabó de vestirse sin molestarse en ponerse los calcetines, pero dedicó un momento a cepillarse los dientes. Según su reloj, había dormido tres horas. Le pareció que habían sido tres minutos.

Siempre que entraba en el centro de operaciones Cabrillo notaba cómo se cargaba de energía. Se debía a su elegante diseño, al suave susurro de los ordenadores y a ser consciente de toda la potencia que podía controlarse desde esa sala, no solo los revolucionarios motores del *Oregon*, sino también la impresionante capacidad de fuego que la nave podía utilizar si era necesario.

Hali le tenía preparada una humeante taza de café.

Cabrillo le dio las gracias y bebió un sorbo.

—Esto ya está mejor —dijo, y dejó la taza junto a la pantalla de Kasim—. Dime qué tienes.

—Como sabes, el ordenador registra automáticamente todas las frecuencias del espectro de radio. Cuando detectó una transmisión por la banda ELF, hizo una pausa para grabar la señal y al reconocer el comienzo de una palabra me avisó. Esto era lo que se había transmitido. —Movi6 la cabeza hacia la pantalla plana para que Cabrillo pudiese ver lo que aparecía en la pantalla: oregon.

—¿Eso es todo? —Juan no intentó disimular su decepci6n.

—Las ondas ELF son muy largas, alcanzan hasta los tres mil quinientos veinte kil6metros. Su longitud les permite dar la vuelta al mundo y penetrar en las profundidades del oc6ano. Un transmisor ELF convierte la Tierra en una antena gigantesca. El problema es que tarda mucho en transmitir lo que sea, y los submarinos no pueden responder debido a que no pueden llevar un transmisor. Por ello, la marina dej6 de utilizar el sistema. No resultaba eficaz.

—Recuérdame por qué un submarino no puede llevar un sistema ELF.

—Solo la antena mide casi cincuenta kil6metros de largo, y aunque la se6al es de ocho vatios, necesitaría más electricidad de la que el reactor de un submarino puede suministrar. Pero la principal raz6n es que un transmisor debe estar ubicado en una zona con una conductividad a tierra muy baja, para evitar que absorba las ondas de radio. Hay muy pocos lugares en el mundo desde donde puedas transmitir en la banda ELF y un submarino no es uno de ellos. Busqué en los registros y descubrí que hubo otra transmisi6n ELF en la misma frecuencia a las diez de esta noche. Consistía en una combinaci6n de ceros y unos. Tengo lo necesario para descifrarlo, si es un

código, aunque no me hago muchas ilusiones.

La letra S apareció en la pantalla de Hali seguida sesenta segundos más tarde de la letra O, y luego Y.

—Esto es peor que si te arrancaran los dientes —dijo Juan—. Además de nosotros, ¿quién más construyó antenas ELF?

—Los soviéticos. Pero solo las utilizan para ponerse en contacto con los submarinos sumergidos y a grandes distancias. No hay ninguna razón para instalarlas.

—Por lo tanto, si los nuestros fueron desmantelados, los rusos también habrán desmantelado los suyos. Me pregunto si esto tendrá algo que ver con nuestra misión de espiar a Kerikov.

—Lo sabremos dentro de un minuto. —Inmediatamente Hali rectificó—. Bueno, dentro de diez o quince.

Esperaron, mientras iba apareciendo una letra por minuto en la pantalla. Hasta ahora, tenían oregon soyma. Cuando llegó la siguiente letra, Juan la miró un segundo antes de soltar un grito de alegría. Era la letra X.

—¿Qué pasa? —preguntó Hali.

—Es Max. Ese ladino hijo de puta. Ha encontrado la manera de comunicarse con nosotros por la banda ELF.

Hali soltó una maldición. Abrió otra ventana en la pantalla y recuperó el archivo de la grabación que habían hecho en el despacho de Gil Martell.

—¿Cómo puede ser que no lo viera antes? —protestó en voz alta, furioso consigo mismo.

En la ventana apareció:

YO NO... (1.13). SÍ... (3.57). DAWN Y SKY... (1.17). (ACT)IVAR EL
EEL LEF... (.24). CLAVE... (1.12). MAÑA(NA)... (3.38). ESO NO
SERÁ... (.43). UN MIN(UTO)... (6.50). ADIÓS. (1.12).

—¿Qué es esto? No lo entiendo —preguntó Juan.

—El cuarto grupo de palabras. Activar el «eel lef». No es «eel lef», es ELF. Activar el ELF. Los responsabilistas tienen su propio transmisor ELF.

—¿Para qué demonios lo quieren? —preguntó Juan antes de dar él mismo la respuesta—. Si pretenden soltar toxinas en los barcos de crucero, un transmisor ELF les permitiría sincronizar el ataque en todo el planeta.

Cabrillo ardía de impaciencia al ver la lentitud con la que llegaba el mensaje de Max, pero por otra parte aún estaba luchando contra el sueño.

—Hali, esto tarda una eternidad. Vuelvo a mi camarote. Despiértame cuando lo tengas todo, y quiero que localices el punto de transmisión. Esto tiene preferencia sobre todo lo demás. Llama a Eric para que te ayude con lo que necesites. —Se volvió hacia la pantalla como si Max Hanley pudiese escucharlo—. No sé cómo lo haces, pero, amigo mío, eres increíble.

Capítulo 28

Era el truco más viejo del mundo pero había funcionado a la perfección.

Max había descubierto el acantilado solo unos instantes después de haber escapado del búnker subterráneo. Saltó del quad y aceleró al máximo para que el vehículo se despeñara. La oscuridad le impedía ver dónde había caído, pero sabía que Kovac mandaría inspeccionar la zona en busca del fugitivo y que acabarían por encontrar el quad.

Después volvió a la entrada y, aprovechando la confusión creada por los equipos de búsqueda que salían y el personal médico que atendía a los mecánicos heridos, Max entró con todo descaro. Regresar a la «escena del crimen» era lo último que Kovac esperaba, en consecuencia, las instalaciones eran el último lugar que se le ocurriría registrar.

Había infinidad de escondites en el complejo subterráneo. Vestido de mecánico era difícil que lo identificasen, así que abrió algunas de las puertas por donde había pasado en el camino de salida. Muchas de las habitaciones parecían dormitorios, con innumerables camastros separados por cortinas de tela y grandes salas con duchas como si fuesen los vestuarios de un estadio deportivo. Max calculó que podían acoger a varios centenares de personas, aunque en ese momento solo estaba parcialmente ocupado. Una de las salas era una enorme cafetería. Miró en los fogones y vio que aún no los habían encendido. Las enormes cámaras frigoríficas estaban llenas de gran variedad de alimentos, y encontró un almacén donde había palés de agua embotellada y comida envasada que iban desde el suelo hasta el techo.

Dedujo que la instalación era como uno de esos refugios antiatómicos de la Guerra Fría. Parecía ser autosuficiente, con comida, agua, electricidad y espacio para que sus ocupantes pudiesen soportar un desastre con relativa comodidad, aunque sin lujos. El hecho de que fuera nuevo y que lo hubieran construido los responsabilistas lo llevó a pensar que serían ellos quienes provocarían el desastre. Recordó el horror que Juan y su equipo habían descubierto a bordo del *Golden Dawn* y se estremeció.

Se hizo con un par de botellas de agua y una lata grande de peras, que se comió con las manos; el almíbar chorreó por su barbilla lastimada. También se envolvió el torso con polietileno de cocina, aunque sabía que en la actualidad los médicos preferían no vendar las costillas cuando tenían una fisura. La presión de la venda le alivió bastante el dolor, y la comida y el agua le dieron algo de fuerzas.

Max guardó otras dos botellas de agua en los grandes bolsillos del mono y continuó la exploración. Se encontró con algunas personas en los pasillos. Miraron con interés sus heridas y asintieron con compasión cuando les contó que había sido atacado por el prófugo.

Estaba un nivel por encima de la celda donde lo habían retenido cuando descubrió

que no todos los responsabilistas tendrían que soportar el desastre en aquel laberinto de cemento. Había una puerta doble con un teclado de seguridad. Estaban desactivando la parte electrónica, y las herramientas estaban en el suelo junto a un taburete. Parecía que el técnico hubiese ido a buscar algo que se había dejado.

Max no perdió ni un segundo y entró en la zona protegida. Los suelos estaban cubiertos con una mullida alfombra verde, y las paredes estaban lujosamente empapeladas. La pintura desprendía un leve olor acre, lo que le permitió saber que la habían pintado hacía poco. La iluminación dependía de tubos fluorescentes pero los montantes eran de mejor calidad e incluso había algunas lámparas. Los cuadros de alegres colores colgados en las paredes eran hechos en serie, de aquellos que se venden para decorar oficinas y lugares públicos. Por alguna razón, le recordaron el despacho de uno de los abogados de su divorcio, aunque aquellos eran algo mejores. El comedor parecía un restaurante de primera, con pantallas planas de televisión en las paredes en lugar de ventanas de verdad. Las sillas eran pesadas y estaban tapizadas en cuero blando, y la barra del bar era una plancha de caoba maciza.

Encontró una habitación con capacidad para un pequeño ejército de secretarías colocadas delante de una hilera de despachos y un centro de comunicaciones que habría hecho babear a Hali Kasim. Entró en el centro y comenzó a buscar un teléfono o una radio, pero el sistema no se parecía a nada que hubiese visto antes. Le pareció peligroso permanecer allí, así que decidió volver a intentarlo más tarde y continuó con el recorrido.

Apartados del sector funcional, que Max había bautizado «el ala ejecutiva», había dormitorios amueblados como en un hotel de cinco estrellas; incluso tenían minibar. No había ningún ejemplar de la Biblia Gideon en las mesas de noche, sino ejemplares del libro de Lydell Cooper, *We're Breeding Ourselves to Death*. Había habitaciones suficientes para cuarenta personas o veinte parejas, según fuese el arreglo. Max supuso que aquella zona estaba reservada a la élite del movimiento responsabilista: los líderes, el consejo de directores y los miembros más ricos. En el extremo más alejado del ala ejecutiva había unas habitaciones que debían de ser para Thom Severance y su esposa. Eran, de lejos, las más lujosas. Solo el baño tenía el tamaño de un estudio y la bañera parecía lo bastante grande para necesitar un socorrista.

Max pasó la noche en la cama de Severance y, por la mañana, se cepilló los dientes con lo que sería el cepillo de Severance cuando se instalara allí. Para total sorpresa de Hanley, oyó voces en el salón cuando estaba enjuagándose. Identificó el fuerte acento y la precisa dicción de Kovac; luego, una segunda voz más suave, que debía de ser la de Thom Severance, y finalmente una tercera que hizo que le diera un vuelco el corazón. Se trataba del doctor Adam Jenner, el desprogramador.

Max escuchó la conversación con horror y asombro. Cada revelación parecía más sorprendente que la anterior. Jenner era en realidad Lydell Cooper. El engaño era genial, y Max no pudo evitar admirarlo. La dedicación de todos ellos a la causa era más profunda de lo que nadie hubiese podido imaginar. Aquello era realmente una

religión, con profetas y mártires, y un grupo de fieles dispuestos a hacer lo que fuese por sus creencias.

Severance comentó algo del suicidio de Gil Martell; Max interpretó que Kovac lo había matado. Luego escuchó la aterradora revelación de que sus planes eran soltar un virus en el mundo para esterilizar a la mitad de la humanidad.

Esta vez no sintió ninguna admiración, pero Max tenía que admitir que también era algo genial. La civilización nunca sobreviviría a un ataque bacteriológico global que matase a la mitad de sus víctimas, pero lo que ellos pretendían no tendría los mismos efectos. La humanidad retrocedería una generación para luego resurgir más próspera. Había leído cosas del movimiento de Cooper después de que su exesposa le dijera que su hijo se había unido al grupo. Cooper había escrito que la Edad Media no habría terminado de no haber sido por la plaga que acabó con media Europa y dio paso a una nueva era de prosperidad.

Estaba seguro de que no había sido algo tan sencillo, no obstante se preguntó cómo reaccionaría un mundo que disponía de veinticuatro horas de información y de viajes a gran velocidad. Probablemente, cincuenta años después de la pandemia, las poblaciones se moverían para llenar los huecos dejados por la disminución del número de personas y el mundo quizá acabaría siendo un lugar mejor.

Sin embargo, no era un lugar del que Max quisiera formar parte. En su mente, Cooper, Severance y Kovac no tenían más derecho a decidir qué era lo mejor para la humanidad que los hermanos Marx.

Quería salir del baño y acabar con ellos con sus propias manos. Se dijo que conseguiría dar cinco pasos, quizá seis, antes de que Kovac lo abatiese. Solo a fuerza de voluntad, Max consiguió que su cuerpo se relajase. Ya habría otra oportunidad. Solo debía ser paciente.

En cuanto los tres hombres se hubieron marchado, Max salió de la *suite* y se escondió en el armario de una de las habitaciones sin utilizar, confiando que por el momento estuviera a salvo. Por mucho que su mente solo quisiera pensar en el infierno que Severance y su grupo estaban a punto de desencadenar, Max logró concentrarse en cómo iban a conseguirlo.

Habían mencionado un transmisor. Iban a coordinar la propagación del virus con la transmisión de un código. Max vio el fallo de inmediato. Una transmisión aérea, incluso en onda corta, no podría llegar a todo el mundo con fiabilidad. Había demasiadas variables, desde las condiciones atmosféricas a las manchas solares, que podían evitar que recibiese la señal.

«Entonces no se trata de una onda corta», pensó.

Recordó el túnel en uno de los sótanos y los alambres de cobre muy grueso, y también el generador de electricidad que los responsabilistas habían instalado.

—Es una maldita antena ELF —susurró, y de inmediato supo cómo avisaría a Juan.

Esperó a que Kovac hiciese la prueba antes de entrar en lo que en un primer

momento había creído que era el centro de comunicaciones. Le llevó casi veinte minutos de enorme tensión averiguar cómo funcionaba el transmisor ELF. Buscó la frecuencia y envió el mensaje:

OREGON SOY MAX ATAQUE GERMEN 50 BARCOS CRUCERO NO
MORTAL PEOR ELF ES LA CLAVE VOLARLO CON BA 72 HORAS.

Le habría encantado añadir la ubicación del transmisor, pero no tenía ni la más remota idea de dónde estaba. Solo podía confiar en que Hali pudiese rastrear la fuente de la señal. Intencionadamente había dicho «volarlo con BA», bomba atómica, porque tenía claro que se hallaba en un bunker impenetrable y solo podía rogar que Juan encontrase una manera de destruirlo.

Volvió a su escondite en el armario, después de comer un par de tabletas de proteínas y coger una cerveza del minibar. Estaba seguro de que con la proximidad del día del ataque, Severance ordenaría a Kovac que apostase guardias cerca de la salida, y, por lo tanto, no podría marcharse por allí. Como no tenía ninguna intención de sacrificarse, le quedaban menos de tres días para encontrar la manera de salir.

Thom Severance estaba en su despacho y hablaba con Lydell Cooper cuando alguien llamó a la puerta. Levantó la mirada y se apresuró a guardar las gafas que usaba desde hacía poco. Zelimir Kovac estaba en el umbral. El serbio tenía un aspecto mucho más malhumorado de lo habitual. No sabía qué había pasado, pero desde luego no podía ser nada bueno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Severance.

—Acaban de dar la noticia. Ha habido una muerte en un barco de crucero en Estambul. Era uno de los nuestros a bordo del *Golden Sky*, Zach Raymond.

—Era el jefe de la célula que pusimos a bordo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Tenemos más detalles? —preguntó Cooper.

—Al parecer, cayó desde una de las barandillas del atrio de la nave y murió en el acto.

—¿Así que fue un accidente?

—Eso es lo que dicen en las noticias, pero no me lo creo. Es demasiada coincidencia que haya muerto el jefe de nuestro equipo.

—¿Crees que quien estuvo detrás del rescate de Kyle Hanley tiene hombres en el *Golden Sky*? —preguntó Severance en claro tono de sarcasmo—. No seas ridículo. Es imposible que alguien pueda establecer la relación.

—Hay algo más. Acabo de recibir noticias de nuestro equipo en Filipinas. Dos hombres se presentaron en la fábrica abandonada y descubrieron las viejas instalaciones subterráneas japonesas. Ambos quedaron sepultados en los túneles tras producirse una explosión, pero el hecho de que estuviesen allí es preocupante.

Severance unió los dedos debajo de la barbilla.

—Si alguien ha investigado un poco, habrá averiguado que tuvimos unas instalaciones en Filipinas. Aunque no sé cómo se enteraron del sistema de túneles de los japoneses. Quizá hicieron algo más que investigar por encima. En cualquier caso no importa, porque están muertos, y no dejamos atrás nada que pueda incriminarnos.

—Esto no me gusta, Thom —dijo Cooper, que se inclinó hacia delante en su butaca—. Hay demasiado en juego para arriesgarnos a que lo descubran, y no creo en las coincidencias. Podría descartar el riesgo de una amenaza a nuestra operación si solouviésemos en cuenta el rescate del chico de Hanley. Pero ahora hay dos incidentes separados: la incursión en Filipinas y la muerte de Zach Raymond. Alguien nos está investigando.

—Si fuese así, el FBI habría registrado nuestra oficina central en California, y presionado a Atenas para que hiciesen lo mismo en Grecia.

El fundador de los responsabilistas no tuvo una réplica para ese argumento.

—¿Qué pasa si se trata de la empresa que Hanley contrató para rescatar a su hijo? —aventuró Kovac—. Es posible que sigan operando de acuerdo con las instrucciones originales y ahora prueban nuestras defensas, en un intento por encontrar la manera de rescatar al muchacho y a su padre.

Cooper aprobó la idea de inmediato.

—Tiene sentido.

—Entonces ¿no crees que conozcan nuestro plan? —preguntó Severance.

—Es probable que no lo sepan —contestó Kovac—. Pero si tuvieron tiempo para interrogar a Zach Raymond, es posible que estén planificando el registro que Thom ha mencionado.

—¿Tienes alguna otra propuesta?

—Sí, señor. Debo ir al *Golden Sky* para asegurarme de que no descubrirán el virus. Si lo han hecho y lo han entregado a las autoridades, tendrían una ventaja que les permitiría encontrar una cura antes de que los pasajeros comiencen a mostrar los síntomas. También propongo que se bloqueen totalmente las comunicaciones desde el barco. No debe permitirse a ningún pasajero que utilice internet o llame por los teléfonos de la nave. De este modo, si hay agentes a bordo no podrán ponerse en contacto con sus superiores.

—¿Hacia dónde navega ahora el barco?

—Va camino de Heraklion, en Creta. Puedo abordarlo cuando pase por las islas griegas.

Pocas personas ajenas a la organización sabían que el dueño de la Golden Lines, la compañía propietaria del *Golden Sky* y de su desafortunado gemelo, el *Golden Dawn*, era, un responsabilista. Se había unido al grupo porque él y su esposa no podían tener hijos, y las enseñanzas de Lydell Cooper habían hecho que aceptaran la situación e incluso que la celebrasen. Aunque había hecho grandes contribuciones a la causa y les había ofrecido sus barcos para los retiros marinos con un gran descuento, el magnate naviero no formaba parte del círculo de escogidos que habían

concebido el plan de utilizar los cruceros para propagar el virus modificado genéticamente.

—Puede llamar al presidente de la compañía —continuó Kovac— y explicarle que el mismo grupo que atacó el *Dawn* puede estar preparando algo similar para el *Golden Sky*. Dígale que me permita ir a bordo. De ese modo mantendré el barco en el mar hasta después de propagar el virus. Así, incluso si lo descubren, no podrán avisar a nadie.

—Pero es probable que quiera dar por finalizado el viaje.

—Entonces pídaselo como un favor. En ese barco hay cincuenta responsabilistas que están haciendo un retiro marítimo. La mayoría de ellos no saben lo que está a punto de pasar. Eso me permitirá disponer de más personas para buscar a cualquiera que actúe de forma sospechosa.

Severance miró a Lydell Cooper. El investigador científico retirado podía deber su apariencia juvenil a la cirugía, pero el fuego que ardía en los ojos era solo suyo. Era la llama de una absoluta convicción y entrega a una creencia.

—Thom —dijo Cooper—, la humanidad está al borde del desastre. Hay demasiadas bocas que alimentar y los recursos naturales se agotan a un ritmo cada vez más acelerado. Ambos sabemos que esta es la única manera de impedir el hundimiento de cinco mil años de civilización; además, es en el mismo principio de dicha civilización donde hemos encontrado el medio de salvarla. Esto es lo justo y lo correcto, y debemos hacer lo que sea necesario para garantizar el éxito.

»No me gusta desviarme de nuestros planes, pero creo que el señor Kovac está en lo cierto. De algún modo, alguien sabe algo. Sé que suena un tanto vago, pero no podemos permitirnos correr ningún riesgo. Estamos demasiado cerca. Faltan días, ni siquiera semanas. Si tienen a gente en el *Golden Sky* buscando nuestro virus, podrían decir a las autoridades marítimas cómo se propaga y todo nuestro trabajo habría sido en vano.

—Sí, por supuesto, tienes razón —admitió Severance—. Creo que es un poco pretencioso por mi parte considerarnos tan buenos como para ser invulnerables. Zelimir, hablaré con la compañía de cruceros. Ocúpate de todos los preparativos y llévate a todo el personal y equipos que consideres necesario. Quiero asegurarme de que el capitán tenga claro que debe ofrecerte la máxima cooperación. Recuerda que bajo ninguna circunstancia debes permitir que el virus salga del barco. Haz todo lo que sea necesario. ¿Entendido?

—Sí, señor. Lo que haga falta.

—¿Podéis sentirlo? —preguntó Cooper. Ambos hombres lo miraron con expresión interrogativa—. Estamos luchando contra la influencia oscura desde el otro lado de nuestra membrana dimensional. Durante miles de años, han formado y modelado al hombre para que se convirtiese en la criatura autodestructiva que es en la actualidad. Esas fuerzas han empujado a la humanidad hasta el punto de que esté dispuesta a consumirse a sí misma. Pero ahora nos resistimos y una vez más

tomaremos el control de nuestros destinos. Lo siento. Siento su desconsuelo al ver que ya no nos tienen sometidos a su voluntad sino que estamos labrándonos nuestro propio camino.

»Cuando triunfemos, la influencia que ejercen sobre nosotros habrá terminado. Prosperaremos en un nuevo mundo donde ya no puedan atacarnos. Estamos rompiendo los invisibles grilletes de una esclavitud que la mayoría de las personas no han sabido que estaban sufriendo. Pero sí que la hemos padecido. Han hecho que fuéramos incapaces de resistirnos a nuestros instintos más bajos, y mirad adonde nos ha llevado. Guerras, hambrunas, necesidades. Fue su sutil control, que se extendió a lo largo de innumerables generaciones, lo que nos ha traído hasta aquí.

»Hasta que no fui consciente de que ninguna sociedad racional escogería vivir como vivimos nosotros, no me había dado cuenta de que no teníamos el control, que había influencias que llegaban desde fuera del universo. Mantenían el poder sobre nuestros pensamientos y nos llevaban hacia el Armagedón por razones que nunca he comprendido. Fui el primero en verlos como son; luego, personas como vosotros también han llegado a comprender que el mundo no podía ser de esta manera a menos que hubiera algo que obraba contra nosotros.

»Sus maquinaciones están a punto de finalizar. No tendrán nada que decir en el siguiente paso de nuestra evolución, porque nos aseguraremos de que todo el mundo sepa quiénes son y qué hacen. Oh, caballeros, no puedo decirles qué entusiasmado estoy. Se acerca un gran despertar, e iremos todos, hombro con hombro para disfrutarlo.

Kovac siempre había tenido problemas para entender la parte de las enseñanzas del doctor Cooper que trataban del control mental desde más allá de las tres dimensiones. Entendía las cifras de la superpoblación y de los recursos cada vez más escasos, y el resultado del choque entre ambos, así que no dijo nada. Ya tenía suficiente con ser uno de los que salvaría a la humanidad de sí misma. En ese momento, le interesaba más acabar con los posibles enemigos en el *Golden Sky* que cualquier gran despertar.

Capítulo 29

Juan Cabrillo ocupaba su butaca en el centro de operaciones y escuchaba atentamente la presentación de Hali Kasim. Eddie estaba cerca del fondo de la sala con Linc y dos de sus hombres de confianza, Mike Trono y Jerry Pulaski. Con la ayuda de Eric Stone, Hali había conseguido un milagro.

—Mientras Max transmitía, me puse en contacto con algunos radioaficionados que he conocido a lo largo de los años y les pedí que sintonizaran la frecuencia de Max. También les rogué que pusieran los relojes a la misma hora para regular nuestros GPS y estar totalmente sincronizados. A medida que llegaba cada letra les pedí que anotasen la hora exacta en la que la habían recibido. Actualmente, las ondas de radio se propagan a distintas velocidades a través de los diversos materiales, así que necesitábamos algunas extrapolaciones. Ahí es donde entró Eric. Introdujo en el ordenador las discrepancias de forma que obtuviéramos un tiempo exacto para contrastarlo con el cálculo de distancias. Así pudimos triangular la ubicación del transmisor.

Escribió en el teclado durante unos momentos y en el monitor principal apareció la imagen de una isla desierta. Tenía forma de lágrima y estaba bordeada de acantilados, salvo por una playa rocosa en el extremo sur. El terreno bajaba y subía formando lomas, y no había apenas vegetación excepto unas pequeñas extensiones de hierba y un par de árboles con extrañas formas y retorcidos por el viento. De acuerdo con la escala al pie de la imagen, la isla tenía una longitud aproximada de doce kilómetros, y tres de ancho en la parte más amplia.

—Esta es la isla de Eos. Está a cuatro millas de la costa de Turquía. Los griegos y los turcos llevan disputándosela desde hace dos siglos, aunque, a juzgar por lo que hemos visto, no logro entender la razón. Desde el punto de vista geológico es interesante, porque se trata de un trozo de roca precámbrica en una zona de actividad volcánica, pero es inhabitable. Esta foto corresponde a cuatro años atrás.

Solo ver una foto del lugar donde retenían a Max hizo que una descarga de energía atravesara el cuerpo de Juan. Tuvo que hacer un esfuerzo para no ordenar que el *Oregon* partiese a toda máquina y cargar con las armas disparando.

Hali pasó otra foto de la isla por la pantalla.

—Esta es de Eos el año pasado.

Agrupados en el extremo sur de la isla había una docena de grandes excavadoras pintadas de amarillo. Habían excavado un enorme pozo y construido una planta de cemento. Un muelle se extendía a lo largo de la playa y un camino subía hasta la obra.

—El trabajo fue hecho por una empresa de construcción italiana a la que pagaron a través de diversas cuentas numeradas en bancos suizos, aunque hay pocas dudas de

quién estaba detrás. Dijeron a las autoridades turcas que sería el estudio cinematográfico más grande que se hubiese construido jamás.

Otra foto apareció en la pantalla.

—Aquí vemos el mismo lugar unos meses más tarde. Como veis, construyeron estructuras de cemento dentro de la excavación.

—Si utilizamos las excavadoras para establecer una escala —añadió Eric—, el lugar tiene casi cinco mil quinientos metros cuadrados. En este punto de la construcción, tiene tres niveles.

Hali retomó el relato.

—Pasados ocho meses del inicio de las obras, la falsa compañía cinematográfica anunció que se habían quedado sin dinero y que abandonaban el proyecto. Según el contrato original con los turcos, se suponía que debían devolver la isla a su estado natural. Puede decirse que más o menos lo hicieron.

Pasó una cuarta fotografía por el monitor principal. No había ningún rastro de la enorme excavación. Parecía como si nunca hubiesen hecho nada. Todo lo que habían sacado del pozo había sido devuelto a su lugar y la superficie tenía de nuevo el aspecto de la piedra natural. Lo único que quedaba era el muelle y una carretera asfaltada que no llevaba a ninguna parte.

—Esta foto corresponde al informe sobre el impacto ambiental que realizó el gobierno turco —continuó Hali—. Debemos suponer que alguien cobró un buen dinero y el informe fue manipulado para mostrar que Eos volvía a ser como antes.

—¿Dónde está la antena ELF? —preguntó Juan.

—Enterrada en el búnker subterráneo —contestó Eric—. Max fue muy específico cuando en el mensaje dijo «volarlo con BA». Bastaba con «volarlo» y en cambio añadió «bomba atómica». Me habría gustado consultarlo con Mark, pero hice una rápida simulación en el ordenador y, si estuvieron volcando cemento durante cinco o seis meses y después encima echaron los escombros, calculo que será necesaria una bomba de dos kilotones para partir esa nuez.

—¿Por qué no una bomba de fragmentación antibúnker de las fuerzas aéreas? —preguntó Juan, sarcástico.

—Funcionaría muy bien siempre que hiciéramos blanco en la antena o en los generadores eléctricos. Pero, seamos realistas, ¿crees que nosotros conseguiríamos una de esas?

Eric tenía el defecto de no captar los sarcasmos.

—Pues ya me dirás dónde conseguiremos dos mil toneladas de TNT —replicó Juan, aunque en el acto lamentó la brusquedad del tono que había empleado—. Lo siento. —Intentaba no descargar nunca el malhumor en su gente.

—Una operación de comandos parece ser la única opción —manifestó Eddie, y se adelantó desde el fondo del centro de operaciones—. Podríamos desembarcar en la playa en el extremo sur de la isla, o intentar escalar uno de los acantilados.

—Las probabilidades de éxito son nulas —señaló Eric—. La entrada del búnker

estará muy defendida y se podrá sellar con facilidad. A la primera señal de ataque, se cerrarán las defensas exteriores y se levantarán una serie de barricadas en el interior.

—Entonces habrá que buscar una puerta trasera —propuso Juan—. Tiene que haber tomas de aire para el sistema de ventilación además de chimeneas para los escapes de la planta eléctrica.

—Creo que todo eso está debajo del muelle. —Eric hizo un gesto a Hali, que pasó de nuevo la primera foto de la construcción—. Mirad con atención donde todavía están trabajando en la carretera. —Hali clicó en la foto y amplió una zona donde una máquina de asfaltar colocaba una capa de asfalto. Un poco más adelante de la máquina, los operarios allanaban el terreno y unos metros por detrás de ella las excavadoras echaban tierra en una profunda trinchera.

—Excavaron debajo del lugar por donde iba a pasar la carretera, para enterrar los tubos de ventilación y luego taparlos con asfalto. Una vez más, debemos suponer que las entradas de aire y las chimeneas están bien protegidas y que a la primera señal de una intrusión, la instalación se cerrará. Un equipo podría entrar por los conductos, pero, una vez dentro, estarían atrapados.

Juan miró a Eddie para pedirle su opinión sobre la valoración de Stone.

—El menor error y seríamos como patos en una galería de tiro —dijo Eddie—. Incluso si consiguiésemos entrar, tendríamos que salir de allí cortando las tuberías con sopletes, sin saber quién o qué estaría esperándonos.

—Vale, dame otra opción.

—Lo siento, director. Eric tiene razón. Sin saber cuál es la distribución del lugar, dónde están los sistemas de seguridad, el número de guardias y un centenar de cosas más, no podemos entrar.

—Hace dos semanas robamos un par de torpedos de una maldita base naval iraní. Tiene que haber una manera de sacar a Max de allí.

—Con el debido respeto —la voz de Eric titubeaba pero era decidida—, nuestro objetivo es silenciar el transmisor antes que rescatar a Max. Si el ataque es coordinado y utilizan una señal ELF para llegar a los buques de cruceros dispersos por todo el mundo, entonces su destrucción tendría que ser nuestro objetivo principal.

El silencio fue largo y duro de soportar.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Juan, con mucha formalidad.

—La verdad es que sí, señor. Se llama el *Puño de Stalin*.

El nombre en clave sacudió a Juan en la butaca.

—¿Cómo sabes eso?

—Leí las conversaciones entre Ivan Kerikov y el árabe.

Las transcripciones estaban en el ordenador de Juan, pero no había tenido tiempo de echarles un vistazo y mucho menos de leerlas en su totalidad. De todas maneras, no eran asunto suyo, sino de la CIA. Los habían contratado para espiar, no para analizar la información.

—Kerikov mencionó que tenía acceso a algo llamado el *Puño de Stalin*. Me picó

la curiosidad e investigué un poco. ¿Lo conoces?

—¿Por qué crees que no funciona? —preguntó Juan en tono de burla.

—¿Os importaría decirnos de qué va? —pidió Linc, desde el fondo.

Eric escribió en su teclado y en la pantalla apareció el dibujo de un satélite que no se parecía en nada a los que orbitaban alrededor del planeta. El cuerpo principal era un gran cilindro, y lo rodeaban cinco cápsulas cerradas que tenían más de diez metros de largo. No era necesario ver la hoz y el martillo en el costado para saber que era ruso. El dibujo tenía el típico estilo soviético, a un tiempo pomposo y vulgar.

—Aunque su nombre en clave era *Cielo de Noviembre* —explicó Eric—, se le conocía solo por su apodo, el *Puño de Stalin*. Fue puesto en órbita en 1989, en uno de los períodos más calientes de la Guerra Fría y en una abierta violación de una docena de tratados.

—Todo eso está muy bien —protestó Linc—, pero ¿qué demonios es?

—El *Puño de Stalin* es un PROBO, un Proyecto Balístico Orbital. Nuestros militares también pensaron en algo así, y lo llamaron la *Vara de Dios*. La teoría es muy simple. Dentro de los tubos hay barras de tungsteno, que pesan novecientos kilos cada una. Cuando se disparan, caen a la atmósfera y golpean contra aquello a lo que apuntan. Al caer a una velocidad orbital de veintiocho mil ochocientos kilómetros por hora, multiplicada por su masa, golpean con la energía cinética de una bomba atómica, solo que no hay lluvia radiactiva. Además, la reacción de defensa para un arma semejante se reduce a la mitad debido a que no hay una etapa de ascenso como ocurre con un misil balístico convencional. Quizá veas un objeto en llamas en el cielo justo un momento antes, pero nada más. No hay ningún aviso ni ninguna posibilidad de escapar.

—Los soviéticos tenían la intención de utilizarlo para el primer ataque —añadió Juan—. La idea era bombardear cinco de las más importantes ciudades occidentales que estaban en el mismo eje longitudinal y luego decir que había sido una lluvia de meteoritos. Sin una lluvia radiactiva, y con las barras desaparecidas en el momento del impacto, no habría manera de contradecir esa afirmación. Incluso tenían astrónomos preparados para mostrar fotografías manipuladas de los meteoros momentos antes de entrar en la atmósfera. Con el mundo occidental conmocionado por la pérdida de cinco ciudades, los soviéticos creían que podrían cruzar las fronteras y conquistar Europa.

—¿Cómo sabes que no funcionó? —preguntó Eric a Juan.

—Porque una de mis primeras misiones encubiertas para la agencia fue infiltrarme en el cosmódromo de Baikonur, donde iba a ser lanzado un cohete Energía, e impedirlo. Lo manipulé de forma que el satélite no pudiese recibir una señal desde Tierra debido al campo magnético terrestre. Solo funciona si la orden llega desde encima de la estratosfera.

—¿Por qué no lo volaste sin más en la plataforma?

—Era una misión tripulada. Viajaban dos astronautas para desplegar

manualmente los paneles solares. Llevaban tres días de misión cuando descubrieron que el pájaro había sido sabotado.

—¿No podían aumentar la potencia de la señal terrestre? —preguntó Hali.

—Habría quemado toda la parte electrónica.

—¿Qué me dices de transmitir la señal desde la Mir, su estación espacial?

—Sabían que los habían descubierto, así que lo dejaron allí describiendo una órbita polar.

—¿Crees que todavía funciona? —preguntó Eric.

—A menos que haya sufrido un desperfecto a consecuencia de un choque con la basura espacial, tendría que funcionar a la perfección. —A Cabrillo le gustaba cada vez más la idea—. Muy bien, chico, has encontrado una alternativa a la bomba nuclear. ¿Cómo te propones instalar un transmisor en el espacio a noventa y seis mil metros de altura para que dirija el satélite?

—Si puedes conseguir que Ivan Kerikov te dé los códigos —Stone escribió de nuevo para mostrar otra foto en la pantalla—, llegaré hasta allí utilizando esto.

Juan y los demás se quedaron boquiabiertos por un momento ante la audacia del plan. Cabrillo fue el primero en recuperar la voz.

—Eric, ya tienes una tarea. Llamaré a Overholt para que arregle tu transporte. Eddie y Linc, preparad un plan para conseguir esta noche los códigos del traficante de armas ruso. Luego, zarparemos.

—¿Todavía quieres ir a la isla de Eos? —preguntó Eddie.

—No pienso abandonar a Max.

Capítulo 30

Juan se miró en el espejo y fue incapaz de distinguir dónde acababa su rostro y dónde comenzaba el maquillaje de Kevin Nixon. Miró las fotos ampliadas que Kevin había pegado en el espejo para guiarse y de nuevo su rostro. Eran idénticos. La peluca que llevaba tenía el color y el matiz exacto, y el estilo también era el mismo.

—Kevin, esta vez te has superado a ti mismo —manifestó Juan y se quitó el cuello de papel que Kevin le había puesto para proteger la camisa.

—Hacer que te parezcas al terrorista Ibn al-Asim no es nada. Si me hubieses pedido parecerte a una de sus putas, entonces sí podrías decir que hago milagros.

Juan se hizo el nudo de la pajarita y movió sus anchos hombros dentro del esmoquin blanco. Casi todos los hombres tienen buen aspecto con un esmoquin, pero Caballo lo llevaba con una elegancia particular, incluso a pesar del relleno en la cintura para igualar su físico al del árabe. No les había ido mal saber, gracias a la vigilancia, que el financiero prefería las prendas de Armani. Llevaba una discreta funda en la cintura para su arma favorita: la pistola automática FN, Fiveseven.

—Pareces James Bond con barriga —comentó Mike Trono desde el otro lado del abarrotado taller de Kevin.

—El personal de servicio está para ser visto pero no escuchado —replicó Juan, en una impecable imitación del acento escocés de Sean Connery.

Trono y Jerry Pulasky vestían los uniformes del personal de limpieza del famoso casino de Montecarlo, después de haber conseguido el diseño en una breve visita de reconocimiento durante la tarde. Kevin y su personal disponían de centenares de uniformes, desde el de un general ruso al de un guardián del zoológico de París, pasando por el de un guardia urbano de Nueva Delhi. Por ello, solo les llevó unos minutos modificar un mono estándar tal como querían.

Mike y Jerry llevaban un cubo de basura con ruedas, además de otro cubo con su correspondiente fregona y un triángulo de plástico amarillo con un cartel que decía: suelo resbaladizo.

El sobrecargo apareció en el umbral, silencioso y discreto como siempre. Sobre el traje llevaba un delantal blanco almidonado. Había un debate abierto entre la tripulación referente a si se cambiaba el delantal antes de salir de la cocina o si era que nunca se manchaba. La balanza se inclinaba hacia esto último, claramente. Llevaba en una mano un recipiente de plástico cerrado como si estuviese lleno de serpientes venenosas, y su rostro mostraba una expresión ceñuda.

—Por el amor de Dios, Maurice —se burló Juan—, no puede ser verdad.

—Capitán, lo hice yo mismo, así que es muy real.

—Echemos una ojeada.

Maurice dejó el recipiente sobre la mesa de maquillaje de Kevin y se apartó, poco

dispuesto a quitar la tapa. Juan lo destapó y se apresuró a volver la cabeza.

—¡Caray! ¿Tenías que hacerlo tan repugnante?

—Me pidió que preparase un vómito. Lo he preparado como cualquier otro plato. Por lo tanto, el olor es tan importante como la apariencia y la textura.

—Huele como esa cosa de pescado que preparaste para Jannike —comentó Mike, que cerró el recipiente y lo guardó en el cubo de la fregona.

Maurice le dedicó la misma mirada de un director de escuela que está riñendo a un alumno revoltoso.

—Señor Trono, si quiere comer alguna otra cosa que no sea pan y agua durante los meses venideros, yo me disculparía.

—Eh, a mí me gustó aquel plato —afirmó Mike, que se apresuró a retirar sus palabras lo más rápido que pudo. Nadie en el *Oregon* se tomaba las amenazas de Maurice a la ligera—. ¿Con qué está hecho?

—La base es sopa de guisantes, y el resto de la receta es secreto profesional.

Juan lo miró, intrigado.

—¿Has hecho esto antes?

—Una broma de juventud que gasté a Charles Wright, el capitán de un destructor en el que serví. Hacía que Bligh pareciese la madre Teresa. El muy cerdo se vanagloriaba de su estómago de hierro, así que durante una inspección echamos este preparado en su baño privado momentos antes de que lo utilizase un almirante que estaba de visita. El apodo de «el Vomitonas» lo persiguió el resto de su carrera.

Todos se rieron con más entusiasmo del que merecía la anécdota, pero era una manera de liberar la tensión. Siempre ocultaban sus emociones, sobre todo antes de una operación; por lo tanto, cualquier oportunidad para descargarlas se aprovechaba de inmediato.

—¿Necesita algo más, capitán?

—No, Maurice. Gracias.

—No se merecen. —Salió de la habitación y pasó junto a la doctora Huxley cuando ella entraba en el taller de magia.

Los hombres soltaron un coro de silbidos y maullidos. Hux llevaba un vestido sin tirantes de seda violeta que se le pegaba a las curvas como una segunda piel. Su pelo, siempre recogido en una coleta, formaba una elegante aureola de rizos y tirabuzones. El maquillaje acentuaba sus ojos y la boca, y daba a su piel un saludable resplandor.

—Aquí tienes —dijo Huxley, y le entregó a Cabrillo un delgado estuche de cuero. Juan levantó la tapa. Dentro había tres jeringuillas—. Le inyectas esto en una vena y se quedará dormido para toda la noche en unos quince segundos.

—¿Las píldoras? —preguntó Juan.

Julia sacó un frasco de píldoras de su bolso y lo sacudió para que sonasen las dos que contenía.

—Si al-Asim tiene problemas renales, acabará en el hospital antes de que necesite utilizar el baño.

—¿Cuánto tardarán en hacer efecto?

—Diez, quizá quince minutos.

—¿Estás segura de que no notará el sabor?

Hux puso los ojos en blanco. Ya habían hablado de ello tres veces.

—Son absolutamente indetectables. —También le mostró que llevaba el pasaporte. Como no se permitía la entrada en el casino a los monegascos, la identificación se comprobaba en la entrada.

—¿Todo el mundo tiene su teléfono? —quiso saber Juan. En vez de llamar la atención con audífonos y micrófonos en la solapa, utilizarían los móviles como *walkie-talkies* para comunicarse. Cuando todos asintieron, dijo—: De acuerdo, comienza el espectáculo.

Diseñado por Charles Garnier, el arquitecto de la famosa Ópera de París, el casino de Montecarlo es una catedral dedicada al juego. Fue construido en el suntuoso estilo Napoleón III creado por Garnier, con hermosas fuentes en la entrada, dos torres muy características y techos de cobre. Veintiocho columnas de ónice delimitan el elegante atrio, y el mármol y los cristales de colores abundan en todos los salones. Cuando Juan llegó, había tres Ferrari y un par de Bentley debajo de la marquesina. La clientela que entraba era la flor y nata de la sociedad. Todos los hombres llevaban esmoquin, y las mujeres resplandecían como joyas con sus vestidos.

Se subió un poco el puño de la camisa para consultar el reloj. Kerikov y al-Asim nunca llegaban hasta pasadas las diez, así que había llegado media hora antes. Más que suficiente para encontrar un lugar discreto donde matar el tiempo. Sería un desastre que al-Asim viese a su doble sentado a la misma mesa de ruleta.

Sonó el móvil.

—Director, Ski y yo estamos en posición —informó Mike Trono.

—¿Algún problema?

—Vestidos como personal de servicio somos casi completamente invisibles.

—¿Dónde estáis ahora?

—Junto a la plataforma de carga. Nos mantenemos ocupados limpiando el aceite de cocina de unas latas que Ski derramó adrede.

—Bien, permaneced atentos a mi señal.

Cabrillo mostró su pasaporte y pagó la entrada. La multitud se dirigía hacia la derecha, hacia las elegantes salas de juego, así que Juan fue con ellos. Subió una escalera hasta un bar, pidió un Martini que no tenía intención de beber pero que consideraba adecuado al lugar, y buscó un sitio en penumbra donde esperar.

Hux llamó unos instantes más tarde para avisar de su llegada y de que estaba en el Salon de l'Europe, la mayor de las salas de juegos.

Juan se entretuvo pensando en cómo podía rescatar a Max antes de que arrasaran la isla de Eos con el Proyecto Balístico Orbital. Tenía muy claro que destruirían la isla aunque no pudiesen rescatar a su camarada. Había demasiado en juego, e incluso Max estaría de acuerdo.

Deseó poder comunicarse con Max a través del equipo ELF, pero solo era un transmisor, no un receptor. Juan pensó una docena de ideas, las analizó y acabó descartándolas una tras otra por estar mal concebidas.

—Ya están aquí —avisó Julia por el teléfono cuando él ya llevaba veinte minutos en el bar—. Van hacia una mesa de bacará.

—Esperemos que se acomoden y beban unas cuantas copas.

En el casino, Julia Huxley dividía su atención entre la rueda de la ruleta y su objetivo. Su pila de fichas subía y bajaba mientras, al otro lado de la sala, Ibn al-Asim iba por su tercera copa.

Pensó en el contrasentido de estar dispuesto a financiar armas para los grupos terroristas musulmanes y, al mismo tiempo, infringir una de las más conocidas leyes musulmanas: la de no beber alcohol. Sospechaba que él se tomaba por un *takfir*, un verdadero creyente del islam que incumplía sus preceptos con el fin de infiltrarse en la sociedad occidental. Por supuesto, para ello bastaba con abandonar las túnicas tradicionales y no llevar una abundante barba. Beber y frecuentar mujeres no era necesario. Pero eran cosas de las que a todas luces disfrutaba.

Fingió que leía un mensaje de texto el móvil para decir:

—Creo que ya es el momento, Juan.

—De acuerdo. Adelante. Mike, prepárate para la operación V.

Julia esperó que la bola de la ruleta cayese en la ranura —esta vez en el número seis— y a que el crupier retirase de la mesa las fichas de los perdedores, incluidas las suyas, antes de echarle una propina y recoger las fichas que le quedaban. Sacó las dos píldoras del bolso y comenzó a cruzar la sala. Algunos hombres la miraron cuando pasó, pero la mayoría estaban concentrados en el juego.

No había ninguna silla vacía en la mesa donde jugaban Kerikov y al-Asim, así que Julia se mantuvo un tanto apartada, a la espera de su oportunidad. Cuando el ruso ganó una apuesta considerable, Julia se le acercó para susurrarle al oído: «Felicidades». Al principio, él se sobresaltó, pero luego sonrió al ver la belleza de Huxley.

Julia lo hizo de nuevo cuando otro jugador ganó una buena apuesta y, de pronto, su presencia ya no era la de una extraña sino que formaba parte del círculo de juego. Colocó una pequeña apuesta junto a la del segundo jugador, para compartir la buena racha.

Esta vez no ganó. El hombre le pidió disculpas, pero Julia se encogió de hombros, quitándole importancia.

Después hizo un gesto a al-Asim para pedirle permiso para apostar con él. El árabe asintió y, cuando ella tendió la mano sobre la mesa, la apoyó junto a su copa para no perder el equilibrio. Al levantarse, casi tiró la copa. La sujetó antes de que se derramara, dejó caer en el líquido las dos pastillas y depositó la copa en el posavasos.

Las píldoras eran un preparado homeopático que los drogadictos en libertad condicional utilizaban para eliminar de su cuerpo los rastros de los estupefacientes

antes de someterse a un análisis, y así evitar volver a la cárcel. Julia había estudiado el compuesto y había descubierto que en realidad no funcionaba. En cambio, tenía un gran efecto diurético. Suministrándoselo a al-Asim conseguían llevarlo a los servicios del casino cuando ellos querían y no cuando quería él.

El árabe no sospechó nada. Ganó la mano, y sonrió como un lobo cuando le entregó a Julia sus ganancias.

—*Merci, monsieur* —dijo Julia. Apostó una vez más con otro jugador, perdió, y se alejó de la mesa. En cuanto salió de la sala y estuvo de nuevo en el imponente atrio, llamó a Cabrillo para avisarle de que estaba hecho.

—Muy bien, busca un lugar para vigilarlo y avísanos cuando se dirija a los servicios. Luego vuelve al muelle —le ordenó Juan mientras iba hacia los lavabos más cercanos al Salon de l'Europe—. Mike, tú y Ski poneos en posición.

—Allá vamos.

Había una puerta cerca de los lavabos que daba a los pasillos de servicio, con lo que se evitaba al público la molestia de ver al personal de limpieza y a los camareros con las bandejas. Juan permaneció junto a la puerta unos instantes, para que Mike la entreabriese y le diera el recipiente con el vómito. Cabrillo esperó unos minutos más, para que la droga hiciese efecto, y entró en los servicios.

Como todo lo demás en el casino, los lavabos eran de mármol y metales dorados. Había un hombre lavándose las manos pero se marchó antes de que Juan llegase a los retretes. Puesto que no había nadie que presenciara su representación, no tuvo necesidad de fingir el vómito.

Se limitó a derramar el apestoso preparado en el suelo y se encerró en uno de los retretes.

Bastó que entrase un cliente para que llamasen a un empleado del casino. Juan apenas comprendía el francés, pero por el tono del empleado supo que avisarían de inmediato al personal de limpieza. Se imaginó al empleado yendo a la entrada de servicio más cercana para llamar a alguien del personal de limpieza. Encontraría a dos limpiadores en el pasillo, como si ya los hubiesen avisado del percance.

Se abrió de nuevo la puerta de los lavabos y Juan escuchó el ruido de las ruedas del gran cubo de basura.

—Hola, chicos —dijo, y salió del retrete.

—¿Cómo es que a nosotros siempre nos tocan los trabajos más lucidos? —preguntó Mike con sarcasmo.

—Porque sabéis cómo hacer que brille un suelo.

La puerta se abrió otra vez. Ski se ocupó de echar al hombre con un gesto de disculpa y señalando el vómito que limpiaban del suelo.

—Acaba de levantarse de la mesa —avisó Julia—. Será el siguiente en entrar en los lavabos.

—Recibido. Te veo más tarde. —Juan entró de nuevo en el retrete.

Esta vez, cuando se abrió la puerta, Ski permitió que al-Asim entrase. El árabe

hizo un gesto de asco ante el hedor, pero su necesidad era mayor que la repugnancia y casi corrió hacia uno de los urinarios.

Cabrillo esperó que acabase antes de acercarse en silencio por detrás. El árabe notó su presencia en el último momento y se volvió. Abrió los ojos como platos al ver a su gemelo, pero, antes de que pudiese entender qué ocurría, Juan le clavó la jeringuilla en el cuello y apretó el émbolo. Al-Asim quiso gritar, pero Juan le tapó la boca con una mano y lo sujetó hasta que perdió el conocimiento.

Ski tuvo que evitar que entrara otro hombre mientras Juan y Trono metían al financiero en el gran cubo de basura. Juan cambió su reloj por el Movado del árabe y se colocó su gran anillo en el dedo.

—Habré acabado con Kerikov antes de que despierte —dijo Juan, y se miró de nuevo en el espejo—. Dejadlo en algún lugar donde no puedan encontrarlo hasta pasadas unas horas y volved al *Oregon* con Julia.

—Hay un cuarto de la limpieza cerca del muelle de carga. A esta hora, nadie estará usándolo. —Mike acabó de sacarle brillo al suelo y metió la fregona en el cubo.

—Chicos, os veo más tarde.

Juan fue a la mesa de bacará donde Kerikov tenía la banca.

—¿Estás bien, amigo mío? —preguntó el ruso en inglés, el único idioma que compartía con el árabe.

—Solo un leve malestar de estómago, Ivan. Nada de que preocuparse. —Cabrillo había escuchado durante varias horas las conversaciones entre los dos hombres, por lo que sabía cómo se hablaban el uno al otro. El traficante de armas no volvió a fijarse en él. El disfraz era perfecto.

Jugaron durante otros cuarenta y cinco minutos. Juan fingió que su estado iba empeorando, y lo demostró en su manera de jugar. Apostó sin ton ni son y redujo los cincuenta y un mil dólares en fichas de al-Asim a la mitad.

—Ivan, lo siento —dijo, con una mano apoyada en el estómago—. Creo que necesito volver al barco.

—¿Quieres que llame a un médico?

—No creo que sea tan grave. Solo necesito acostarme un rato. —Juan pasó el turno cuando le tocaba dar y se levantó, tambaleante—. Tú sigue jugando, por favor.

Era un riesgo hacer esa oferta, pero sabía perfectamente que al-Asim habría actuado de ese modo.

Kerikov pareció pensarlo unos instantes. Llevaba ganados unos treinta mil dólares desde que habían comenzado a jugar y detestaba marcharse cuando estaba en racha. Pero, por otro lado, tal como iban las cosas con al-Asim podía convertirse en uno de sus mejores clientes.

—Ya he ganado suficiente dinero por esta noche. —Le pasó las seis barajas de naipes al asiático que estaba a su izquierda. Al levantarse, la chaqueta se abultó sobre sus fornidos hombros.

Cambiaron las fichas y dejaron el dinero en una cuenta del casino para cuando volviesen al día siguiente. Kerikov llamó a su chófer mientras cruzaban el atrio para que la limusina los esperase en la puerta principal.

El chófer aparcó debajo de la marquesina, y el guardaespaldas de Kerikov se apeó para abrir la puerta trasera. Medía diez centímetros más que Cabrillo, y la cautela brillaba en sus ojos oscuros. Echó una mirada a su alrededor mientras su patrón entraba en el coche y observó a Juan con recelo.

El gesto instintivo habría sido desviar la mirada, pero de haberlo hecho, el guardaespaldas hubiese sabido de inmediato que algo no iba bien. Juan, que se había pasado la vida entrenándose para evitar los gestos instintivos, no desvió la mirada sino que se la devolvió y preguntó:

—¿Ocurre algo?

El guardaespaldas suavizó la expresión.

—*Niet*.

Juan entró en el coche y el guardia cerró la puerta trasera. El trayecto hasta el muelle era corto. Juan fingió encontrarse peor de su trastorno intestinal para evitar hablar con el ruso mientras la limusina se dirigía hacia el muelle.

Una lancha del yate de Kerikov los esperaba en el muelle. El guardaespaldas se apeó del coche en cuanto se detuvieron, para abrir la puerta.

—Es una suerte que no gastásemos dinero con ninguna mujer esta noche —comentó el ruso cuando iban hacia donde estaba amarrada la resplandeciente embarcación blanca.

—Me siento tan mal que sería incapaz de mirar a una mujer. Es más, ni siquiera tengo fuerzas para hacer el trayecto hasta tu barco.

Kerikov apoyó una mano regordeta en el hombro de Cabrillo.

—Es muy corto y el agua está como una balsa de aceite. Estarás bien.

El guardaespaldas puso en marcha el motor y el chófer soltó las amarras de proa y popa. Cinco minutos más tarde, se acercaron al ancho espejo de popa del *Matryoshka*, con su plataforma de teca y una escalerilla que daba acceso a la cubierta principal del enorme yate.

—Creo que deberías ir directamente a tu camarote —comentó Kerikov cuando pisaron la cubierta.

Un camarero esperaba en lo alto, por si el ruso necesitaba algo. Juan también vio a dos guardias, uno en el solano, detrás del puente, y otro que vigilaba cerca de la piscina.

Su equipo había calculado que había por lo menos dieciocho tripulantes en el yate y un equipo de seguridad de diez hombres.

—En realidad —respondió Juan—, quiero hablar contigo en tu despacho.

—Nada delicado, espero —preguntó Kerikov, de inmediato. Sabía lo fácil que resultaba espionar un barco cuando estaba tan cerca de la costa.

—No, no —se apresuró a decir Juan—. Solo es algo que se me acaba de ocurrir.

El ruso echó a andar por el soberbio navío. Pasaron por delante de un comedor que podía acoger a veinte comensales y por un cine con el doble de capacidad. El exespía comunista se había rodeado de todos los lujos del capitalismo.

Entraron en el despacho del ruso; antes de que Kerikov acabara de cerrar la puerta, Juan ya había sacado la pistola y la tenía apoyada en el cuello del traficante de armas lo bastante fuerte para hundirse en su piel.

—Una palabra y está muerto. —Juan abandonó su falso acento árabe y habló en ruso.

Kerikov no se movió. Sin duda había estado en la situación de Juan las suficientes veces para saber que si hubiera querido asesinarlo ya lo habría hecho.

—¿Quién es usted?

Juan no dijo nada y maniató las muñecas de Kerikov con una brida de plástico.

—Aunque hable mi idioma, creo que es de la CIA, y no del Servicio de Seguridad Federal. Debo felicitarlo. Cuando investigué a Ibn al-Asim, sus antecedentes eran impecables. Se ha tomado un gran trabajo para convencerme de su buena fe. Son muchas las personas de absoluta confianza que me garantizaron que era un tipo legal.

—No soy Ibn al-Asim.

—Eso es obvio.

—Está en el casino, en un cubo de basura cerca del muelle de carga. Despertará dentro de un par de horas.

Kerikov entrecerró los ojos mientras intentaba comprender la situación.

Juan dejó que dudara un poco más.

—Por lo que a mí respecta, usted y al-Asim son un par de viejos compañeros de universidad que se han encontrado en Montecarlo para pasárselo bien. No me importa en absoluto lo que se traigan entre manos. Estoy aquí por algo que usted robó a sus antiguos patrones.

—Les robé muchas cosas —confesó Kerikov, visiblemente orgulloso.

Juan había investigado lo suficiente al traficante de armas para desear pegarle un tiro en la cabeza y librar al mundo de otro gusano. Le costó un gran esfuerzo no apretar el gatillo.

—Quiero los códigos del *Puño de Stalin*.

Al ruso no se le escapó que, hacía poco, había mencionado esa arma a al-Asim. De nuevo preguntó a Juan quién era.

—Su asesino, si no me da lo que quiero.

—Me ha estado espiando, ¿verdad?

—Mi organización lleva algún tiempo vigilándolo —contestó Juan, lo que no era del todo falso—. Solo nos interesan los códigos del Proyecto Balístico Orbital. Déme lo que quiero y usted y al-Asim podrán continuar con sus negocios sin ninguna injerencia. De lo contrario, morirá esta noche.

Cuando Langston Overholt había encargado aquel trabajo a Juan, había insistido en que de ninguna manera pusiera en peligro su plan a largo plazo, que consistía en

convertir a al-Asim en un agente doble.

Cabrillo amartilló la pistola para reafirmar sus palabras.

El ruso intentó ganar la batalla de miradas, y ni siquiera parpadeó cuando vio que el dedo de Juan comenzaba a apretar el gatillo.

—Apriete el gatillo y mi equipo de seguridad estará aquí en veinte segundos —le advirtió.

—Mi alma está preparada para el martirio —replicó Juan, para despistarlo todavía más fingiendo que se trataba de una cuestión religiosa—. ¿Lo está la suya?

Kerikov exhaló un fuerte suspiro.

—Dios, cuánto echo de menos la Guerra Fría... Usted es checheno, ¿verdad?

—Si sirve para calmar lo que quede de su conciencia, le diré que no soy checheno y que el arma no se utilizará contra ningún lugar de la antigua Unión Soviética. —Casi vio cómo Kerikov pensaba que el arma no sería utilizada en absoluto.

—Los códigos están guardados en una caja de seguridad, detrás de aquel cuadro. —Hizo un gesto hacia un desnudo colgado en una de las paredes.

Juan utilizó el cañón de la pistola para girar lentamente el cuadro, sujeto con una bisagra, por si tenía conectada una bomba. La caja medía unos treinta centímetros de largo, con una cerradura electrónica de diez dígitos.

—¿La combinación?

—Dos-cinco, uno-cero, uno-nueve-uno-siete.

Juan tardó un segundo en reconocer los números, porque los europeos ponen los días delante de los meses cuando dan una fecha.

—La fecha de la Revolución de Octubre en Rusia. Bonito detalle.

Marcó los números, pero tuvo la precaución de colocar a Kerikov delante de la caja antes de mover la manija. Juan había reconocido el modelo y sabía que si había tecleado un código incorrecto detonaría una granada paralizante. El código era correcto.

En el interior, había fajos de billetes, una pistola, que Juan se guardó en el bolsillo, y numerosas carpetas.

—Tendría que estar debajo de todo —dijo Kerikov, para acabar con aquello cuanto antes.

Juan echó un vistazo a algunos de los documentos. El ruso había intervenido en algunas operaciones de gran alcance, como vender armas a Saddam Hussein antes de la invasión norteamericana y participar en una operación a tres bandas con opio afgano, armas rusas y diamantes africanos.

Debajo de todos aquellos papeles había una carpeta con una etiqueta que decía «Cielo de Noviembre» escrita en alfabeto cirílico.

Pasó un par de hojas para asegurarse de que era lo que buscaba. Una vez que el ordenador del *Oregon* lo tradujera al inglés, Eric y Hali descifrarían la jerga técnica.

Guardó el documento en una bolsa hermética y se volvió hacia Kerikov. Por mucho que deseara decirle al ruso lo que pensaba de él, se mordió la lengua.

—Cuando encuentre a al-Asim, dígame que todo esto no tiene ninguna relación con su negocio. Que ha sido alguien de su pasado que ha vuelto, pero que la situación está resuelta. Ahora, por favor, dese la vuelta y póngase de rodillas.

Por primera vez desde que Juan lo apuntaba con el arma, el ruso mostró miedo. Se veía en sus ojos, aunque consiguió que su voz no lo delatara.

—Ya tiene lo que quería.

—No voy a matarlo. —Juan abrió el estuche de cuero y sacó una de las jeringuillas—. Es la misma droga que le inyecté al árabe. Dormirá algunas horas. Nada más.

—Detesto las agujas. Prefiero que me pegue en la cabeza.

Juan lo golpeó en la sien con la culata de la FN con tal fuerza que estuvo a punto de destrozarle el hueso y matarlo. Kerikov cayó como un edificio que se desmorona.

—Como usted quiera —dijo Juan, y le clavó la jeringuilla de todas maneras.

La pared exterior del despacho del ruso era de cristal curvo y sobresalía un poco del casco. Juan abrió una de las ventanas y asomó la cabeza. No había nadie en la borda de la cubierta superior. Se quitó el esmoquin, la camisa y el relleno. Debajo, llevaba una camiseta negra de manga larga muy ajustada. Guardó la bolsa hermética debajo de la camiseta y arrojó la pistola de Kerikov por la ventana; luego se quitó los zapatos y se descolgó con mucho sigilo hasta el agua.

Mientras no hiciese ruido y no mirase hacia arriba, para no mostrar el rostro, la peluca negra lo haría invisible en las oscuras aguas del Mediterráneo. Nadó a lo largo del casco del *Matryoshka* hasta que llegó a la cadena del ancla. Se sumergió y fue bajando eslabón tras eslabón hasta que encontró el equipo de buceo que Eddie y Franklin habían dejado allí horas antes.

Se colocó el regulador Draeger, el cinturón de lastre, las aletas y la mascarilla, y se orientó con la brújula luminosa que le habían dejado. El *Oregon* solo estaba a una milla, y, con la marea baja, sería muy fácil cubrir el trayecto.

Mientras nadaba se juró que aquella no sería la última vez que haría una visita a Ivan Kerikov, y que el traficante de armas no saldría tan bien librado en su próximo encuentro.

Capítulo 31

No había sido demasiado difícil para Mark y Linda ocultar que no tenían un camarote. Compraron ropa y artículos de tocador en las tiendas, y se duchaban en los vestuarios junto al gimnasio. Dormían por turnos en las tumbonas de la piscina durante la tarde y pasaban las noches en el casino. Con su memoria fotográfica, Murphy era un experto contando las cartas, y había convertido los cuatrocientos dólares con los que habían llegado en una considerable suma. Podría haber ganado una fortuna de haber querido, pero necesitaban preservar el anonimato, así que mantuvo sus ganancias dentro de unos límites razonables.

Pero todo cambió al día siguiente.

Para los demás pasajeros, que hubiesen cerrado la sala de comunicaciones era poco más que un pequeño inconveniente. Algunos hombres de negocios protestaron, pero la mayoría no se dio cuenta o no le importó.

Mark y Linda sabían la razón. Además, había otras señales más sutiles. Vieron que más tripulantes recorrían las cubiertas con el aparente propósito de realizar tareas de mantenimiento. Sin embargo, pasaban demasiado rato observando a los pasajeros. De momento, nadie pedía las llaves de los camarotes, aunque Linda y Murphy sabían que solo era cuestión de tiempo.

Estaba claro que habían avisado de la presencia de polizontes en el *Golden Sky*, y el capitán estaba decidido a encontrarlos.

Pero mucho más preocupante que esta información eran los estornudos.

A la mañana de su segundo día a bordo, eran muchos los pasajeros y miembros de la tripulación que moqueaban y tenían ataques de estornudos. Al escuchar las conversaciones cerca de la piscina y en el comedor, ambos dedujeron que todos se habían sentido bien la noche anterior; sin embargo, aquellos que tenían síntomas de un resfriado habían ido al bufet de medianoche. También los camareros y cocineros que habían trabajado en ese turno habían caído.

—Ha debido de ser un ensayo —afirmó Mark.

—¿Por qué estás tan seguro?

Estaban acabando de desayunar en un solitario rincón del enorme comedor.

—Por dos razones. La primera es que las afecciones más habituales en un barco son de naturaleza gastrointestinal, y esto parece un virus nasal. La segunda es que si se tratara del ataque principal estaríamos todos muertos.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —Linda, cuyo apetito era legendario, solo picoteó algo de la comida.

—No des la mano a nadie, no toques ninguna barandilla y, esto es importantísimo, no te toques los ojos. Es la forma favorita del resfriado para entrar en el cuerpo. Nos lavaremos las manos cada media hora, y de inmediato si rompemos

alguna de las reglas. Por último, buscaremos cómo demonios van a liberar el virus letal que utilizaron en el *Golden Dawn*.

—¿Hemos cometido un error al quedarnos en este barco? —preguntó Linda, que se limpió los labios y dejó la servilleta junto al plato.

—No, porque vamos a descubrir cómo lo liberan antes de que puedan hacerlo.

—Sé razonable. Hemos investigado el sistema de agua, las tomas de aire, los equipos de aire acondicionado, incluso las máquinas de hacer cubitos de hielo. Si no lo hemos encontrado todavía, ¿cuáles son las probabilidades de hacerlo ahora?

—Mejoran cada vez que eliminamos una fuente de nuestra lista —respondió Mark—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué, cuando pierdes algo, lo encuentras siempre en el último lugar en el que buscas?

—¿Por qué?

—Porque cuando lo encuentras dejas de buscar. Por lo tanto, es siempre el último lugar en el que buscas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que todavía no hemos buscado en el último lugar.

A través de las paredes del comedor —aunque estaban insonorizadas—, escucharon el batir de las palas de un helicóptero. Se levantaron para ir a popa. En la piscina de la cubierta de popa del *Golden Sky* habían colocado una plataforma sobre las aguas azules, y los tripulantes habían acordonado la zona para mantener a los pasajeros alejados.

El helicóptero era un Bell JetRanger, con el nombre de Poseidón Tours pintado en el fuselaje. Desde varias cubiertas más arriba veían al piloto y a tres pasajeros en la cabina.

—Esto no puede ser bueno —opinó Linda, por encima del creciente estruendo.

—¿Crees que han venido por nosotros?

—No es habitual que alguien muera en un barco de crucero, así que cuando uno de sus seguidores murió en Estambul, Thom Severance debió de actuar deprisa. Me pregunto cómo consiguió que la compañía aceptase esto. Gómez Adams hace que parezca fácil, pero aterrizar un helicóptero en un barco en movimiento es peligroso.

—Tienen los bolsillos muy llenos.

El helicóptero pasó por encima del mástil de la bandera, y el chorro de aire de las palas convirtió en bruma el agua con la que los tripulantes habían baldeado la cubierta. Permaneció inmóvil como un colibrí mientras el piloto calculaba la velocidad y el viento antes de posar el aparato sobre la plataforma de la piscina. Mantuvo el motor en marcha, de forma que los patines apenas presionaran los maderos; las tres puertas se abrieron al mismo tiempo. Los hombres saltaron del helicóptero con mochilas de nailon a la espalda. El piloto tuvo que hacer una rápida corrección para contrarrestar el súbito cambio de peso. En cuanto se cerraron las puertas, el helicóptero ganó altura y se alejó del barco.

—Eddie dijo algo de que Zelimir Kovac se parecía a Boris Karloff en un mal día.

—Mark señaló con la barbilla.

—¿El tipo grande que va en medio?

—Tiene que ser él.

Un oficial del barco recibió a los tres hombres, que no hicieron ningún gesto de estrechar su mano. De alguna manera conseguían que sus prendas informales — pantalones de lona, polos, y cazadoras— pareciesen uniformes militares. «Es por las mochilas a juego», pensó Linda.

—¿Qué crees que llevan en las mochilas? —preguntó.

—Una muda, calcetines, una maquinilla de afeitar. Ah, y armas.

Hasta ahora, solo se habían arriesgado a acabar en algún camarote que hiciese las funciones de calabozo a bordo del *Golden Sky* y a tener que dar un montón de explicaciones cuando llegasen a puerto. Pero eso había cambiado. Kovac y sus dos matones venían a por ellos y no había ninguna duda de qué ocurriría si los atrapaban. La única ventaja de Mark y Linda era que Kovac no sabía cuántas personas buscaban el virus. Sin embargo, con los oficiales y la tripulación avisados de la presencia de polizontes, podían descubrirlos en cuestión de minutos.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —dijo Mark mientras se apartaban de la barandilla.

—¿Qué?

—¿Crees que Kovac se arriesgaría a subir a bordo si van a atacarlo con el virus que utilizaron para matar a todo el pasaje del *Golden Dawn*?

—Lo haría si estuviese vacunado.

A mediodía, tres cuartas partes de las personas que iban a bordo presentaban síntomas de resfriado, y, a pesar de las precauciones, Mark y Linda estaban incluidos en ese grupo.

Capítulo 32

El viento del desierto aullaba a través del aeródromo levantando a su paso imponentes nubes de polvo que amenazaban con tapar el cielo. El piloto del Citation entró en la pista con una desviación a la izquierda de diez metros, para compensar el viento cruzado que azotaba el fuselaje.

El tren de aterrizaje bajó con un zumbido eléctrico y un golpe, y los alerones se movieron. Las turbinas rugieron para mantener el aparato en el aire unos segundos más.

El único pasajero de la cabina no prestó atención ni a las condiciones meteorológicas ni al peligroso aterrizaje. Desde que había tomado un vuelo de Niza a Londres y de allí a Dallas, donde lo esperaba el Citation alquilado, no había hecho otra cosa que teclear en su ordenador portátil.

Cuando a Eric se le había ocurrido el plan para disparar el arma rusa, solo era el bosquejo de una idea. No había tenido en cuenta la enorme cantidad de datos que necesitaba para que funcionase. Las velocidades orbitales, los vectores, la rotación de la Tierra, la masa de las barras de tungsteno, y otro centenar de elementos tenían que combinarse en sus cálculos.

Con sus conocimientos navales, estaba más que seguro de poder manejarse con las matemáticas, aunque habría preferido contar con la ayuda de Murphy. Mark tenía una comprensión innata de la trigonometría y el cálculo, lo que habría facilitado mucho las cosas. Claro que habría insistido en estar al mando, y el director habría aceptado con toda justicia. Mark estaba más cualificado que Eric para aquel trabajo.

Como en última instancia no se trataba más que de un ejercicio de comunicaciones entre el satélite y el ordenador, Hali Kasim habría sido la siguiente opción lógica. El único problema era que Hali se mareaba incluso en un ti vivo.

Eric había conseguido meterse en algo que tan solo un puñado de personas había hecho. Pero ya tendría tiempo de emocionarse más tarde; por ahora tenía que ocuparse de los cálculos. Le había dicho a Jannike Dahl que necesitaba hacerlo, aunque había exagerado un poco los peligros, pero sin explicarle la razón. Con Mark atrapado en el *Golden Sky*, había acelerado el cortejo de la hermosa joven noruega. Ya había llegado al octavo punto de su lista de pasos para el cortejo y casi había pasado al nueve cuando intentó cogerle la mano mientras le explicaba por qué tenía que dejar el barco. Deseaba haber entendido correctamente el significado de que ella inclinara la cabeza y entreabriera los labios cuando la dejó en la enfermería.

Tendría que preguntárselo a la doctora Huxley.

El avión tocó tierra y se balanceó peligrosamente sobre dos ruedas antes de que el piloto moviera el timón para nivelarlo. Rodaron un largo trecho —la pista tenía casi cinco kilómetros de largo—, pero por fin se detuvo delante de un enorme hangar

junto a otro avión sin ninguna identificación. Sobre la puerta del hangar estaba pintado el nombre de una compañía aérea que había dejado de volar hacía mucho tiempo. El piloto apagó los motores y salió de la cabina.

—Lo siento, señor Stone, no podemos entrar en el hangar con esta tormenta de arena. Pero no se preocupe. Amainará esta noche.

Eric ya había consultado una docena de páginas meteorológicas en internet y sabía la hora exacta en la que acabaría de pasar el frente frío. A medianoche, no soplaría ni una ligera brisa.

Cerró el ordenador y recogió su equipaje: un viejo macuto de la marina que lo había seguido desde Annapolis.

El copiloto abrió la puerta y Eric bajó la escalerilla, con los ojos casi cerrados para protegerse de la arena que soplabla en la pista. Cerca de una puerta había un hombre que le hacía señas. Eddie corrió los quince metros hasta allí y entró. El desconocido cerró de inmediato. Había una gran aeronave en el centro del hangar cubierta con una lona. Su forma era difícil de deducir, pero no se parecía a nada que hubiera visto.

—El maldito polvo destroza los aviones —se quejó el hombre—. Usted debe de ser Eric Stone. Soy Jack Taggart.

—Es un honor para mí conocerlo, coronel —dijo Eric, con admiración ante aquel héroe—. Leía sus hazañas cuando era un chico.

Taggart ya había cumplido los sesenta; tenía un rostro curtido por los elementos y unos brillantes ojos azules. Era apuesto de un modo muy viril, como la idealizada figura de un vaquero, con una barbilla fuerte y una barba canosa. Vestía un pantalón de lona, la camisa del uniforme de vuelo y una cazadora de cuero, a pesar de que hacía calor. Su apretón de manos parecía de hierro y su gorra de béisbol llevaba la insignia de una de las primeras misiones que había hecho un transbordador espacial. Había sido el piloto.

—¿Está preparado para el vuelo de su vida? —preguntó Taggart mientras lo llevaba a un despacho en un rincón del hangar. Su voz tenía el deje del oeste de Texas.

—Sí, señor, lo estoy —respondió Eric, con una sonrisa.

Había dos hombres en el despacho. Eric reconoció a uno de ellos de inmediato por sus impresionantes patillas. Se trataba del legendario diseñador de aviones Rick Butterfield. El otro era una alta figura patricia con una abundante cabellera blanca. Vestía un traje de tres piezas, y la cadena de una llave Phi Beta Kappa le cruzaba el chaleco. Eric calculó que se acercaba a los ochenta.

—Señor Stone —saludó extendiendo la mano—. Se da en contadas ocasiones que pueda conocer a algún miembro del equipo de Juan.

—¿Es usted Langston Overholt? —preguntó Eric, impresionado.

—Lo soy, muchacho, lo soy. Aunque nunca me ha conocido ni me conocerá. ¿Entendido?

Eric asintió.

—En realidad no tendría que haber venido. Después de todo, este es un contrato particular entre la Corporación y la compañía del señor Butterfield.

—Que yo no habría aceptado de no haberme amenazado con anular mis certificados ante las fuerzas aéreas y la NASA. —Butterfield tenía una voz aguda.

Overholt se volvió hacia él.

—Rick, no fue una amenaza, solo un amistoso recordatorio de que tu avión aún no ha recibido el certificado de vuelo, y que una palabra mía te evitaría un montón de trámites burocráticos.

—Más te vale no apretar demasiado las tuercas.

—Creo que haberte conseguido un certificado provisional para este vuelo es prueba suficiente de lo que puedo hacer por ti.

La expresión de Butterfield continuó siendo agria, pero pareció ceder un poco.

—¿A qué hora tenemos que hacer esto? —preguntó a Eric.

—Gracias a los datos de seguimiento del NORAD, he calculado que para hacer la interceptación debería estar en posición a las ocho y catorce con treinta y un segundos mañana por la mañana.

—No puedo garantizarle tanta exactitud. Necesitaremos una hora solo para llegar a la altitud, y otros seis minutos para el encendido.

—Un minuto más o menos no importa mucho —lo tranquilizó Eric—. Señor Butterfield, quiero que comprenda la gravedad de la situación. Hay literalmente millones de vidas que dependen de nosotros. Sé que parece una frase manida de una mala novela de espías, pero es la verdad. Si fracasamos, muchas personas en todo el mundo sufrirán una terrible agonía.

Abrió el ordenador para mostrar al ingeniero aeronáutico algunas de las fotos tomadas a bordo del *Golden Dawn*. Las escenas hablaban por sí solas, así que Eric no se molestó en explicarlas. Cuando acabaron, dijo:

—La mayoría de las personas muertas fueron las responsables de fabricar el virus. Los hombres que están detrás de esto asesinaron a su propia gente para guardar el secreto.

Butterfield apartó la mirada de la pantalla del ordenador. Su rostro estaba pálido debajo del bronceado.

—Estoy con usted, muchacho. Absolutamente.

—Gracias, señor.

—¿Alguna vez has estado sometido a una multiplicación de la fuerza de gravedad, hijo? —preguntó Taggart.

—Cuando estaba en la marina, una vez despegué desde un portaaviones. La multiplicación es de unas tres, quizá tres y media veces más.

—¿Vomitas con facilidad?

—No. Es por eso por lo que yo estoy aquí y otros de mis compañeros no lo están. Soy miembro de la Asociación de Aficionados a las Montañas Rusas. Paso mis

vacaciones montado en montañas rusas. No he sentido la menor molestia ni una sola vez.

—Con eso me vale. ¿Rick?

—No voy a pedirle que firme un montón de papeleo para descargarme de cualquier responsabilidad y todas esas pamplinas. Yo respondo de mi aparato si usted responde de su salud.

—Mi compañía nos somete a exámenes físicos cada seis meses. No tengo nada que estas gafas no puedan corregir.

—Bien. Tenemos que realizar un montón de preparativos antes de que amanezca. —Butterfield miró el gran Rolex que llevaba girado, con la esfera en la parte interior de la muñeca—. Mi equipo estará aquí más o menos en veinte minutos. Necesito saber el peso de usted y de su equipaje para calcular las cargas y el equilibrio; luego será mejor que permanezca en su avión hasta el momento del vuelo. Sus pilotos pueden alojarse en algún hotel de la ciudad. Le diré a uno de mis hombres que los lleven.

—A mí me parece bien. Ah, señor Butterfield, tengo que hacerle una última petición.

—Diga.

—Me gustaría ver el avión.

Butterfield asintió y salió del despacho seguido por Eric, Taggart y Overholt. Había un control remoto conectado a un largo cable junto al aparato cubierto. Pulsó el botón y una grúa comenzó a levantar la lona hacia el techo.

Pintado de un blanco resplandeciente con pequeñas estrellas azules, el avión nodriza, llamado *Kanga*, no se parecía a ningún otro avión en el mundo. Tenía alas de gaviota, como el venerable Corsair de la Segunda Guerra Mundial, pero comenzaban en la parte superior del fuselaje y se inclinaban hacia abajo, de forma que el tren de aterrizaje sobre el cual el aparato se sostenía era muy alto. Tenía dos turbinas encima de la cabina de un solo asiento, y unas barras gemelas debajo de las alas que se desviaban hacia atrás hasta un par de timones.

La atención de Stone se centró de inmediato en lo que estaba debajo del avión nodriza. El *Roo* era un planeador con motor cohete y una única ala que se podía desviar hacia arriba para que tuviese más arrastre después de agotar la carga de combustible. Capaz de alcanzar velocidades superiores a los tres mil doscientos kilómetros por hora, el *Roo* era un avión espacial suborbital y, si bien no era el primer aparato de estas características financiado por empresas privadas, ya había establecido el récord de altitud en casi ciento veinte kilómetros por encima de la Tierra.

El *Kanga* transportaría al *Roo* hasta una altura de once mil metros. Entonces, se separarían y el motor cohete se pondría en marcha para que el *Roo* se elevase hacia los cielos en una trayectoria parabólica que lo llevaría unos noventa kilómetros más allá. Luego planearía de regreso a la base para repostar.

La intención de Butterfield y los inversores era llevar a los que desean aventuras a un vuelo suborbital que les permitiría sentir la falta de fuerza de gravedad en el espacio. Eric Stone iba a convertirse en su primer cliente, aunque no lo hacía para vivir esa emoción. Su idea era coordinar el vuelo para que en el punto más alto estuviera al alcance de la plataforma de la antena dañada del arma rusa. Con los códigos que Juan había conseguido de Kerikov, Eric cambiaría la posición del satélite de modo que disparase uno de sus proyectiles contra la isla Eos. La energía cinética de la barra de tungsteno de cuatrocientos kilos destrozaría el transmisor ELF cuando chocase en cualquier parte de la isla.

—Es rematadamente feo, ¿verdad? —dijo Butterfield con orgullo. Pasó una mano cariñosamente por el fuselaje.

—¿Qué se siente al volar en él? —preguntó Eric.

—No lo sé. —Butterfield se tocó el pecho—. Mal de corazón.

—Hijo —intervino el piloto de pruebas—, este aparato te arruinará la diversión en las montañas rusas porque este viaje será insuperable.

Overholt carraspeó.

—Caballeros, no me parece buena idea estar aquí cuando llegue la gente del señor Butterfield, así que me despido de ustedes. —Estrechó las manos de todos con un apretón firme a pesar de la edad—. Señor Stone, por favor, acompáñeme hasta mi avión.

—Por supuesto, señor.

Eric tuvo que alargar el paso para mantenerse al lado de él.

—Me gustaría que, la próxima vez que hable con él, le transmitiese al director que tuve una charla con nuestros amigos de la Agencia Nacional de Seguridad. Ellos también captaron las transmisiones ELF; la del señor Hanley, creo, y otra un poco antes. El hecho de que alguien haya invertido en la construcción de este tipo de transmisor, junto con lo que usted y sus compañeros han podido deducir, casi todo sin pruebas —Eric abrió la boca para protestar— ha causado, como puede imaginar, cierto revuelo. Sé que ustedes no siguen las reglas del departamento de Justicia, pero existen algunas formalidades que hay que seguir si queremos acusar a Severance y a su grupo. He ayudado a que puedan llevar a cabo su pequeña aventura de mañana, y por ello sabe que me tomo esta amenaza muy en serio, pero si pretendemos denunciar al movimiento responsabilista y mostrarlos como los monstruos que son en realidad, necesito hechos, y no relatos de segunda y tercera mano. ¿Lo comprende?

—Por supuesto, señor Overholt. Siempre y cuando comprenda que si nosotros no actuamos millones de personas estarán expuestas al virus antes de que usted tenga las pruebas que necesita para acusarlos. —Eric nunca hubiese creído que tendría el coraje para hablar con tanta franqueza al veterano agente de la CIA.

—Ya veo por qué Juan lo contrató. —Langston rió—. Coraje y cerebro. Dígale a Juan que estamos haciendo cosas que quizá ayuden a pillar a Severance una vez destruido el transmisor. —Se detuvieron en la puerta del hangar porque el viento

habría hecho imposible seguir la conversación en el exterior—. No me han dicho quién tuvo la loca idea de utilizar una reliquia de la Guerra Fría que los rusos dejaron en el espacio.

—Fui yo —respondió Eric—. Sabía que Juan rechazaría mi primera idea, que era convencerlo a usted para que nos consiguiese una bomba atómica.

Overholt palideció al escucharlo.

—Evidentemente.

—Tenía que encontrar una alternativa, y cuando Ivan Kerikov mencionó el *Puño de Stalin* e investigué qué era, todo pareció encajar.

—Ya sabe que fue Cabrillo quien saboteó el satélite, ¿verdad?

—Lo mencionó de pasada.

—Conociéndolo, estoy seguro de que no les contó toda la historia. Juan pasó siete meses detrás del Telón de Acero, viviendo como Yuri Markov, un técnico en Baikonur. La presión de trabajar encubierto durante tanto tiempo, y bajo la estrecha vigilancia que los rusos mantenían allí en aquel entonces, tuvo que ser insoportable. Cuando regresó, era un procedimiento normal que los agentes visitaran a un psicólogo de la agencia. Solo se reunieron un par de veces. Vi las notas del psicólogo. Su conclusión se reducía a una sola frase: «Es el tipo con más sangre fría que he conocido». Nunca se han escrito unas palabras más ciertas.

—Solo por curiosidad, ¿qué le paso al verdadero Markov? Juan tuvo que...

—¿Matarlo? Por Dios, no. Teníamos a Markov en nómina desde el principio y fue él quien nos informó del Proyecto Balístico Orbital. Lo último que supe fue que trabaja para la división espacial de la Boeing. Pero sé que si le hubiesen ordenado matar a Markov, no habría titubeado. Su código moral es más estricto que el de cualquiera que haya conocido.

»Para alguien como Cabrillo, el fin justifica los medios. Sé que en el mundo políticamente correcto de ahora esto enfadaría a muchísimas personas, pero si viven en libertad es porque los hombres como Juan se la proporcionan. No es su conciencia la que lleva la carga. Es la de Juan. Disfrutan de una falsa sensación de superioridad moral sin comprender el coste real.

»Ponga a un amante de los animales en una jaula con un mapache rabioso y lo matará. Se sentirá mal, incluso culpable, pero ¿cree que se preocupará por lo que opinen los demás por haber matado a esa bestia? Ni por un segundo, porque es cuestión de matar o de que te maten. Me temo que en eso está convirtiéndose nuestro mundo, pero las personas tienen tanto terror a ese concepto que prefieren no aceptarlo.

—Por desgracia, su aceptación no es un factor que preocupe a las fuerzas que actúan contra nosotros —manifestó Eric.

Overholt le tendió la mano para otro apretón.

—Eso es lo que hace que nuestro trabajo sea todavía más difícil. Luché en una guerra cuando todos sabíamos que era blanco o negro. Desde entonces, alguien nos

convenció de que también existe el gris. Deje que le diga una cosa, hijo: no existe el gris, por mucho que digan. —Overholt soltó la mano de Eric—. Ha sido un placer conocerlo, señor Stone. Buena suerte mañana, y que Dios lo acompañe.

El *Oregon* navegaba por el Mediterráneo como un cuchillo que corta una seda azul. Evitaban las rutas marítimas siempre que podían para utilizar los motores magnetohidrodinámicos por encima de la línea roja y no llamar la atención con su enorme velocidad. Solo redujeron una vez, cuando pasaron por el estrecho de Mesina, que separa la punta de la bota italiana de la isla de Sicilia. Por fortuna, la naturaleza estaba dispuesta a ayudar. Las aguas estaban en calma, y no había ni un asomo de brisa cuando atravesaron el mar Jónico y entraron en el Egeo.

Juan pasaba casi todo el día en el centro de operaciones, sentado en la butaca con una taza de café siempre llena. En la esquina superior del monitor principal, un reloj digital marcaba implacablemente la cuenta atrás. En poco más de dieciocho horas, la isla de Eos sería borrada de la faz del planeta.

Y Max Hanley desaparecería con ella si a Cabrillo no se le ocurría algo pronto.

Tenía una sensación extraña. Eric y Mark deberían estar en las consolas, pilotando la nave y preparando los sistemas de armamento para su defensa. Max en el fondo de la sala, atento a los monitores de las máquinas como una gallina que cuida a sus polluelos, y Linda, dispuesta a echar una mano en la sección que la necesitase. Eddie y Linc debían de sentirse de la misma manera. Raramente aparecían por el centro de operaciones, pero, con tantos de sus compañeros en peligro, no deseaban estar en ningún otro lugar.

—Nada, director —comunicó Hali, desde su puesto en la parte de estribor de la sala.

Era la tercera vez consecutiva que Linda y Mark no habían establecido comunicación a la hora acordada. Hali había llamado a la empresa naviera y le habían dicho que no había ningún problema en el *Golden Sky*. También había probado con el centro de comunicaciones del barco. Se había hecho pasar por el hermano de un pasajero a quien debía dar la noticia de que su padre estaba moribundo. La amable operadora le había asegurado que transmitiría el mensaje al camarote B123, un número que él había escogido al azar. El pasajero no había respondido a la llamada, aunque no era una prueba definitiva porque quizá ya había perdido a los padres y lo había considerado una broma cruel. Juan había desestimado la idea de probar el mismo engaño con otros pasajeros, ya que la recepcionista habría sospechado.

El *Oregon* disponía de un gran arsenal y del mejor sistema de comunicaciones, pero ahora mismo no les servía de nada. Únicamente podían esperar; esperar hasta tener Eos dentro de su campo de tiro y confiar en que se presentaría una oportunidad. Max había encontrado la manera de eludir a sus captores el tiempo suficiente para enviar el mensaje, y el muy zorro podía tener otro par de trucos en la manga. Juan necesitaba estar en posición para ayudarlo si podía.

Luego estaba el problema de Mark y Linda. Juan no tenía ni idea de qué estaba

pasando en el *Golden Sky*. Podía ser que los hubiesen identificado como polizones y estuviesen encerrados en algún lugar del barco, que sin ninguna duda estaría expuesto al virus de Severance. Aún no habían descubierto qué había querido decir Max al avisarles de que el virus podía hacer algo peor que matar, pero no tenía importancia. Si no conseguían destruir el transmisor, dos de los miembros más importantes de su equipo estarían entre los primeros expuestos.

Juan escribió una orden en el ordenador. En el monitor, el veloz paso de los segundos en el reloj digital se apagó. Pasaban demasiado rápido, y no quería continuar mirando. Los minutos ya eran un recordatorio suficiente de que el tiempo se les agotaba.

Capítulo 33

—El FBI ha asaltado nuestras oficinas de Beverly Hills —advirtió Thom Severance cuando entró como una tromba en el apartamento subterráneo de Lydell Cooper. Su voz casi se quebraba a causa del miedo.

Cooper, que estaba tumbado en un sofá, apoyó los pies en el suelo.

—¿Que ellos qué?

—El FBI ha entrado en mi casa, en nuestras oficinas centrales. Ha ocurrido hace solo unos minutos. Mi secretaria ha conseguido llamarme al móvil. Tienen una autorización judicial para hacerse con todos nuestros registros financieros y nuestras listas de miembros. También tienen una orden para detenernos a mí y a Heidi como sospechosos de fraude fiscal. Gracias a Dios, Heidi está con su hermana en nuestra casa en Big Bear, pero es solo cuestión de tiempo que la encuentren. ¿Qué vamos a hacer? Nos han pillado, Lydell. Lo saben todo.

—¡Cálmate! No saben nada. El FBI está usando las tácticas de la Gestapo para intimidarnos. Si supiesen nuestros planes, los habrían arrestado a todos en California y estarían coordinando con las autoridades turcas el asalto a estas instalaciones.

—Está desmoronándose. Lo intuyo. —Severance se desplomó en una silla y ocultó el rostro entre las manos.

—Haz el favor de controlarte. Esto no es nada.

—Para ti es fácil decirlo —respondió Severance como un niño petulante—. Tú no eres a quien van a arrestar. Permanecerás oculto en las sombras y a mí me tocará pagar las consecuencias.

—Maldita sea, Thom. Escúchame. El FBI no tiene idea de lo que estamos tratando de conseguir. Puede que sospechen que estamos planeando algo, pero no saben qué. Esto es una... ¿cuál es la expresión?... una excursión de pesca. Han conseguido una orden para inspeccionar nuestros registros con la esperanza de encontrar algo que nos acuse. Pero ambos sabemos que no lo hay.

»Nos hemos asegurado desde el principio de que nuestros registros sean impecables. La organización responsabilista no tiene fines de lucro, así que no pagamos impuestos, aunque debemos presentar nuestros balances a Hacienda como un reloj. A menos que tú y Heidi hayáis hecho algo estúpido, como no pagar el IRPF por el salario que cobráis, no tienen nada. Habéis pagado los impuestos, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Entonces deja de preocuparte. No hay nada en la casa que pueda conducirlos hasta aquí. Quizá descubran que teníamos un proyecto en Filipinas, pero podemos decir que se trataba de una clínica de planificación familiar que no atrajo a nadie y decidimos cerrarla. Filipinas es un país con una gran mayoría católica, así que no sería nada fuera de lo normal.

—Pero que hagan el registro ahora, cuando estamos tan cerca de propagar el virus...

—Una coincidencia.

—Pensaba que no creías en ellas.

—Y no creo en ellas pero, en este caso, estoy seguro de que es así. El FBI no sabe nada, Thom. Confía en mí. —Al ver que no desaparecía la expresión ceñuda de Severance, Cooper añadió—: Escucha, esto es lo que haremos. Harás un comunicado de prensa exigiendo que abandonen de inmediato estos ridículos cargos y calificarás las acciones del FBI como una violación de tus derechos personales y civiles. Esto es acoso, así que prepara una demanda civil contra el Departamento de Justicia. Ya sabes a qué me refiero. El helicóptero que hemos utilizado para el transporte del personal todavía está en la isla. Iré a Esmirna, donde espera el avión. Dile a Heidi que debe irse de California. Me reuniré con ella y con su hermana en Phoenix y las traeré conmigo. No teníamos pensado instalarnos en el búnker hasta poco después de que el virus se manifestase, pero hacerlo unos meses antes tampoco es una gran incomodidad. Luego, te garantizo que la falsa acusación contra ti estará en el último lugar en la lista de prioridades del gobierno.

—¿Qué hay de la transmisión?

—Este honor te lo dejo a ti. —Cooper cruzó la habitación para apoyar su mano retorcida en el hombro de Severance—. Todo irá bien, Thom. Tu hombre, Kovac, eliminará a los que mataron a Zach Raymond en el *Golden Sky* y, dentro de unas horas, todos nuestros equipos estarán dispuestos y con el virus preparado para su dispersión. Nosotros estamos aquí. Es nuestra hora. No permitas que algo tan insignificante te inquiete, ¿de acuerdo? Escucha, incluso si se apropian de la casa y de todo lo que hay en ella, nuestro movimiento ya habrá conseguido su gran triunfo. No podrán quitarnos eso, y desde luego no podrán detenernos.

Severance miró a su suegro. En ocasiones resultaba desconcertante ver aquel rostro juvenil y saber que tenía más de ochenta años. Lydell había sido más que un suegro. Había sido un mentor, y la fuerza que había impulsado el éxito de Thom. Cooper se había apartado en la cima de su carrera para proteger lo que había creado desde el exterior, había incluso renunciado a su identidad para llevarlos a donde estaban ahora.

Nunca había dudado de Cooper, y si bien algunos pensamientos inquietantes flotaban en el fondo de su mente, confiaría más en la relación que en su instinto. Se levantó y apoyó con suavidad su mano sobre la garra enguantada de Cooper.

—Lo siento. Estaba poniendo mis mezcquinos miedos por delante de nuestras metas. ¿Qué importa si me detienen? El virus se propagará por todo el mundo. El azote de la superpoblación acabará y, como has dicho antes, la humanidad entrará en una nueva época de oro.

—Con el tiempo, seremos vistos como héroes. Levantarán estatuas en nuestro recuerdo por haber tenido el coraje de encontrar la solución más humana a nuestros

problemas.

—¿Alguna vez te has planteado si, por el contrario, nos odiarán por haber convertido en estériles a tantos de ellos?

—Desde luego seremos odiados por los individuos, pero la humanidad como un todo comprenderá que el drástico cambio era necesario. Ya lo han visto con el debate sobre el calentamiento global. Las cosas no pueden continuar como hasta ahora. Quizá te preguntes con qué derecho hacemos esto por nuestra cuenta. —Los ojos de Cooper brillaron—. Y yo respondo, es por el derecho de ser racional en lugar de emocional.

»Lo hacemos por el derecho de estar en lo cierto. No hay alternativa. Me pregunto si Jonathan Swift era de verdad satírico cuando escribió *Una modesta proposición* en 1729. Vio que Inglaterra estaba siendo invadida por los niños sin hogar y que el país acabaría en la ruina. Para salvarse, dijo, tendrían que comerse a los niños, y el problema quedaría resuelto. Ochenta años más tarde, Thomas Malthus publicó su famoso ensayo sobre el crecimiento de la población. Pidió “restricción moral”, pero en realidad se refería a la abstinencia voluntaria para reducir el creciente número de seres humanos.

»Por supuesto, eso nunca funcionaría, e incluso ahora, después de décadas de disponer de medios baratos para el control de natalidad, nuestro número sigue aumentando. Dije que el cambio era necesario, pero no cambiamos. Aún no lo hemos hecho, así que digo que al demonio con ellos. Si no pueden controlar el instinto de procrear, yo ejerceré mi instinto de supervivencia y salvaré al planeta acabando con la mitad de la próxima generación.

La voz de Cooper se convirtió en un estridente susurro.

—En realidad, ¿debemos preocuparnos si esa masa de ignorantes nos odian? Si son demasiado estúpidos para comprender que están matándose ellos mismos, ¿qué nos importa su opinión? Somos como el pastor que hace una matanza selectiva de su rebaño. ¿Crees que le importa lo que piensen el resto de las ovejas? Él sabe qué es lo mejor, Thom. Nosotros también lo sabemos.

Capítulo 34

Eric Stone tenía el estómago demasiado cerrado para tomar el tradicional desayuno de carne y huevos fritos de los astronautas. Pero no estaba nervioso por el vuelo suborbital. En realidad, no veía la hora de vivir esa experiencia. Era el miedo al fracaso lo que paralizaba su cuerpo y convertía su boca en algo tan seco como el desierto que se extendía fuera del hangar. Era muy consciente de que esa era la misión más importante de su carrera y, no importaba lo que ocurriese en el futuro, nada podría superarlo. Se enfrentaba a un momento crucial de su vida; tenía el destino de la humanidad en sus manos. Por si eso no bastase, tampoco podía apartar de su mente que Max estaba atrapado en la isla de Eos.

Como Mark Murphy, Eric había sido catapultado al éxito gracias a su inteligencia, pero sin darle tiempo a madurar. Mark lo disimulaba comportándose como un rebelde: llevaba el pelo largo, escuchaba música a todo volumen y fingía despreciar la autoridad. Eric no era así. Seguía siendo una persona tímida y torpe en el trato social, así que no tenía nada de particular que siempre hubiese necesitado un mentor. En el instituto, había sido un profesor de física; en Annapolis, un profesor de inglés, quien, por una de esas ironías de la vida, nunca le había dado ni una sola clase. Después de obtener el grado de oficial, no había podido encontrar a nadie que lo acogiese bajo su ala —la marina no estaba estructurada de esa manera—, por lo que estuvo preparado para marcharse en cuanto cumplió los cinco años de servicio obligatorio.

Eric no se enteró, pero su último comandante le había dicho a su viejo amigo, Hanley, que Stone sería un excelente miembro para la Corporación. Cuando Max estableció el primer contacto, Eric aceptó unirse casi en el acto. Vio en el excomandante de una patrullera Swift lo mismo que había visto en sus antiguos profesores. Max tenía una forma de actuar tranquila y firme, además de una paciencia inagotable, y sabía cómo guiar a un talento. Estaba moldeando poco a poco a Eric para convertirlo en el hombre que siempre había querido ser.

Esta era la otra razón por la que Eric no podía comer y había dormido mal la noche anterior. Si tenía éxito significaría que había matado al hombre que, para él, había sido más padre que el hombre que lo había criado.

—¿Estás bien, hijo? —le preguntó Jack Taggart cuando se cambiaban en el vestuario que había detrás del despacho en el hangar. La cabina del avión espacial estaba presurizada, así que los trajes eran unos sencillos monos de faena verdes—. Se te ve un poco pálido.

—Tengo muchas cosas en la mente, coronel —respondió Eric.

—No quiero que te preocupes por el vuelo —lo tranquilizó el exastronauta—. Te llevaré allá arriba y bajaremos, ningún problema.

—Puedo decir con toda sinceridad que la última cosa que me preocupa es el vuelo en sí.

Un técnico asomó la cabeza en el vestuario.

—Caballeros, mejor que se den prisa. El director de vuelo quiere que el *Kanga* esté en marcha dentro de veinte minutos.

Taggart cogió el casco de la taquilla.

—Entonces vayamos a encender la vela.

Había dos asientos reclinables detrás del puesto del piloto en el esbelto planeador espacial. Eric había dedicado las primeras horas de la mañana a colocar el ordenador y el transmisor en uno de ellos. Se acomodó en el segundo y mantuvo las manos apartadas del pecho, mientras los operarios lo aseguraban como si fuese un conductor de Fórmula 1. Sobre la cabeza había un par de ventanillas, a través de las cuales veía el vientre del avión nodriza. También había otras ventanillas más pequeñas a cada lado. Taggart, sentado delante, hablaba con el director de vuelo Rick Butterfield.

Eric conectó el casco en un puerto de comunicaciones y esperó que Taggart hiciese una pausa; entonces realizó una comprobación de la radio en la frecuencia de vuelo, antes de pasar a otra frecuencia que también le permitía escuchar al piloto por un oído.

—Elton, aquí John, ¿cómo me recibes? Cambio. —Hali Kasim había escogido los nombres en clave de la canción *Rocket Man* de Elton John.

—John, aquí Elton. Te recibo perfectamente. Cambio.

—Elton, prepárate para recibir la telemetría a mi señal. Tres, dos, uno, señal.

Eric pulsó una tecla del ordenador para que Hali pudiese seguir el vuelo y al satélite ruso en tiempo real a bordo del *Oregon*. También había instalado una cámara para que sus compañeros en el barco viesen lo que él veía.

—John, la señal se recibe bien. Cambio.

—De acuerdo. Faltan unos diez minutos para que empiece esto. Te mantendré informado. Cambio.

—Recibido. Buena suerte. Cambio.

Se abrieron las grandes puertas del hangar y la rojiza luz del amanecer iluminó el enorme espacio interior. Los operarios empujaron el *Kanga* hasta la pista. En el borde había una destartada *roulotte* que era el centro de control del director de vuelo. El techo estaba erizado de antenas de radio y había un par de radares que giraban sin cesar.

—¿Qué tal estás allí atrás? —preguntó Taggart por encima del hombro.

Antes de que Eric pudiese responder, los dos turboreactores montados encima del fuselaje del *Kanga* se pusieron en funcionamiento. Taggart repitió la pregunta por la radio, porque el ruido le impedía hablar con normalidad.

—Un poco nervioso —confesó Eric.

—No lo olvides, encenderé una luz roja en tu consola cuando falten diez segundos para que se acabe la combustión. Se pondrá amarillo cuando estemos a

cinco y verde cuando se apague el motor. En aquel momento estaremos a una altitud aproximada de ciento veinte kilómetros, pero en cuanto el motor se apague comenzaremos a caer. Por lo tanto, haz lo que debas rápidamente.

—Entendido.

—Allá vamos —anunció Taggart cuando el *Kanga* empezó a rodar por la pista.

El avión nodriza, con las alas inclinadas, entró en la pista y realizó un giro muy cerrado para colocarse sobre la línea central. Comenzó a acelerar de inmediato y los reactores alcanzaron la máxima potencia. Diseñado con el único propósito de llevar el *Roo* hasta su altura de lanzamiento de once mil metros, el *Kanga* no era el avión más dinámico en términos de rendimiento. Utilizó casi toda la pista antes de elevarse e iniciar un largo y majestuoso ascenso. Por la ventanilla lateral, Eric vio su extraña sombra proyectada en el desierto. Parecía sacado de una película de ciencia ficción. El avión tardó una hora en alcanzar la altitud deseada. Eric dedicó ese tiempo a comprobar su equipo. Taggart, por su parte, se entretuvo jugando con un simulador de vuelo en la Game Boy.

Llevaban un adelanto de diez minutos, según el horario de Eric, así que el avión se entretuvo trazando ochos en el cielo. Por encima de ellos, el satélite soviético se acercaba deprisa. A diferencia del transbordador espacial o de la Estación Espacial Internacional, que orbitaban paralelos al Ecuador, el Proyectoil Balístico Orbital lo hacía de polo a polo. De esta manera, cruzaba el planeta en catorce días, mientras la Tierra giraba abajo. En ese momento pasaba sobre Wyoming, y se acercaba a una velocidad de casi ocho kilómetros por segundo. Siguiendo esta órbita tardaría una semana en llegar a la isla de Eos, por ello, Eric enviaría una señal que pondría en marcha los cohetes de maniobra y cambiaría el vector. Si todo funcionaba de acuerdo con el plan, el satélite estaría en posición para disparar una de las barras en menos de ocho horas.

—Nos acercamos a T en menos de un minuto. —Eric oyó el anuncio de Butterfield con toda claridad—. Todos los indicadores están en verde.

—Recibido, Control. Sesenta segundos.

Un reloj en la consola de Eric inició la cuenta atrás, mientras que el velocímetro digital instalado en el salpicadero permanecía fijo en seiscientos cuarenta kilómetros por hora.

—Treinta segundos... diez... cinco, cuatro, tres, dos, uno. Separación.

El piloto del avión nodriza soltó los brazos que sujetaban el *Roo* al vientre del aparato. El avión espacial cayó libremente por unos momentos, para distanciarse del *Kanga*, antes de que Taggart pusiera en marcha el motor cohete.

Para Eric fue como si cada uno de sus sentidos hubiese sido atacado en el mismo instante. El rugido del motor era como estar al pie de una catarata, una sensación que golpeaba su pecho. Las vibraciones del fuselaje lo obligaron a sujetarse a los brazos del asiento al tiempo que quedaba aplastado en el respaldo, como sujetado por un puño gigante. Su cuerpo se sacudía como si estuviese enganchado a un martillo

neumático. Tenía la boca seca por la descarga de adrenalina en las venas. Al mirar el velocímetro, vio que, en cuestión de segundos, llegarían a la barrera del sonido.

La fuerza de la gravedad lo mantuvo pegado al asiento reclinable, mientras Taggart apuntaba el morro hacia arriba y las vibraciones eran cada vez más fuertes. Eric temió que la estructura estallaría en pleno vuelo. Luego atravesaron la barrera del sonido. Las vibraciones disminuyeron y, aunque notaba el impulso del motor, todo era mucho más silencioso porque se movían más rápido que su rugido.

Un minuto después de que el motor se hubiera puesto en funcionamiento, superaron los treinta mil metros de altura, y Eric por fin gozó del viaje. Los latidos de su corazón volvieron a la normalidad y, por unos momentos, se permitió disfrutar del enorme poder del avión espacial.

La aguja del velocímetro llegó a los treinta y dos mil kilómetros por hora y continuaban acelerando. Al mirar hacia arriba, vio cómo el cielo oscurecía a toda prisa, mientras atravesaban la atmósfera. Como por arte de magia, comenzaron a aparecer estrellas, al principio débilmente pero luego cada vez más luminosas. Nunca había visto tantas con aquella claridad. Había desaparecido el parpadeo que se originaba con el paso de la luz a través de la atmósfera terrestre. Permanecían fijas, y su número aumentaba hasta que pareció como si el espacio estuviese hecho de luz y no de oscuridad.

Sabía que si sacara la mano, podría tocarlas.

De pronto, el indicador que tenía delante se puso rojo. No podía creer que cuatro minutos pasaran tan rápido. Luchó contra la gravedad para acercar la mano al ordenador.

—Diez segundos —dijo por la frecuencia que sintonizaba el *Oregon*. Si Hali respondió, se perdió en el estrépito del cohete.

Los números pasaban como un relámpago en el altímetro. Llegaron a los ciento veinte mil metros cuando la luz cambió a amarillo, y en aquellos últimos segundos subieron otros mil seiscientos metros. El indicador pasó a verde cuando llegaron a la marca de los ciento veinte mil metros.

Eric tecleó la orden, mientras el motor cohete consumía la última gota de combustible y las bombas ciclónicas que lo alimentaban se apagaban. La fuerza de la gravedad que lo había aplastado en el asiento de pronto lo soltó, y el silencio le dejó un pitido en los oídos. No tenían peso. A menudo había experimentado esa sensación en las montañas rusas, y en algunos vuelos con Tiny Gunderson, cuando hacían el tonto, pero aquello era distinto. Ahora mismo estaban en el borde del espacio; no jugaban con la gravedad sino que se encontraban casi fuera de su alcance.

En la cabina, Jack Taggart puso en marcha los mecanismos que levantaban el ala de manera que quedasen en ángulo con el fuselaje. El arrastre añadido y la dinámica de la nueva configuración mantenían al aparato muy estable mientras iniciaba el largo planeo hacia el aeródromo en las afueras de Monahans en Texas.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó el piloto.

—Un momento.

Taggart creyó que Eric estaba mareado y volvió la cabeza para mirar, pero Stone estaba concentrado en su ordenador. El chico acababa de hacer el viaje de su vida y estaba trabajando. Taggart admiró su dedicación, y recordó su primera misión en el transbordador espacial. Durante la primera hora fue incapaz de hacer otra cosa que mirar a través de la ventanilla.

—Repítelo, Elton. Cambio.

—He dicho que tenemos confirmación de la telemetría a bordo del pájaro. Ha encendido los cohetes de maniobra y está cambiando de órbita. Los ordenadores funcionan, y está efectuando las comprobaciones previas al disparo. Felicidades. Lo has conseguido.

Eric no sabía si gritar de alegría o llorar. Al final se decidió por sentirse satisfecho porque su plan iba a funcionar. Tenía que reconocer el mérito a los rusos. Cuando se trataba de su programa espacial, sabían lo que hacían. Mientras que la NASA se preocupaba por la finura y la elegancia, los soviéticos optaban por la simplicidad y la fuerza bruta. El resultado era que construían para que durase. Su estación espacial había permanecido en órbita el doble de lo que habían planeado. De no haber sido por la falta de fondos, lo más probable habría sido que continuase allá arriba.

—Recibido. Cambio y fuera.

—¿Bien? —preguntó Taggart.

—Ha funcionado. Ahora tenemos el control del satélite ruso.

—No preguntaba eso. Quería saber tu opinión del vuelo.

—Coronel, ha sido la experiencia más extraordinaria que he vivido nunca —respondió Eric, que notó cómo, poco a poco, su cuerpo recuperaba el peso. Su estómago volvía a la posición normal.

—Sé que esto no aparecerá en los libros, pero, solo para que lo sepas, hemos batido el récord de altura. Vamos a limitar nuestros vuelos de pago a unos cien mil metros, así que será un récord que durará mucho tiempo.

Eric rió para sus adentros al pensar en lo celoso que estaría Murphy y lo impresionada que se quedaría Janni. Pero, tan pronto como el pensamiento pasó por su mente, la sonrisa se apagó en sus labios, y de nuevo pensó en el destino de Max Hanley.

Capítulo 35

Max se había devanado los sesos para buscar la manera de salir de la fortaleza subterránea, y solo había encontrado una solución. En una inspección en mitad de la noche, había visto a tres guardias en la escalera que llevaba al garaje, pero supo que no podría engañarlos. Kovac le había dejado el rostro demasiado magullado, y los guardias sospecharían en cuanto lo viesen.

No iba a poder salir por la puerta principal, así que tendría que escabullirse por la puerta de servicio.

Dejó su escondite en el armario del ala ejecutiva y fue hacia la sala de los generadores. Se aseguró de ocultar su rostro de las pocas personas que se cruzó en los pasillos. Dobló la esquina que estaba más cerca de la sala en la que los reactores movían las turbinas que proveían de electricidad a las instalaciones y vio que allí Kovac también había colocado a un guardia. Con el mismo paso firme y mesurado, caminó por el pasillo. El guardia, un muchacho de unos veintitantos, vestido con un uniforme azul similar al de los policías y con una porra en el cinto, lo miró.

—¿Qué tal estás? —saludó Max en tono jovial cuando aún estaba a unos tres metros—. Sí, lo sé, mi rostro parece una hamburguesa. Un grupo de fanáticos antiabortistas me atacaron anteayer en una manifestación en Seattle. Acabo de llegar. Menudo lugar, ¿no?

—Esta es una zona restringida, a menos que tengas un pase. —El muchacho bajó la voz para imprimirle un tono de autoridad, pero no pareció desconfiar.

—¿Ah sí? Lo único que me han dado hasta ahora es esto. —Max sacó las dos últimas botellas de agua de los bolsillos del mono—. Ten.

En vez de ofrecérsela y darle al chico la posibilidad de rechazarla, le arrojó la botella. El guardia la cogió con torpeza y miró a Max, que le sonrió inocentemente y desenroscó el tapón de su botella. La levantó en un brindis.

La cortesía y la sed se impusieron a la limitada formación del guardia, así que destapó la botella y devolvió el saludo a Max. Se llevó la botella a los labios y echó la cabeza hacia atrás para beber un sorbo. Max se lanzó como un esgrimidor olímpico y golpeó con los dedos rígidos de la mano derecha en la base de la garganta del muchacho.

El agua escapó de su boca cuando se le cerró la tráquea. No podía toser. Consiguió soltar una especie de gorgoteo, mientras los ojos se le desorbitaban y se sujetaba la garganta en un desesperado intento por respirar. Max le dio un terrible puñetazo en la mandíbula y el joven se desplomó a sus pies. Se agachó para comprobar su respiración. Ahora que estaba inconsciente había dejado de hiperventilar y podía respirar un poco mejor a través de la laringe dañada. Su voz sería un ronco susurro durante el resto de su vida, pero viviría.

—Yo, en tu lugar, pediría a la escuela de formación de personal de seguridad a la que fuiste que me devolviesen el dinero.

Max abrió la puerta de la sala de generadores. El cuarto de control estaba desierto y, por lo que se veía en los paneles, solo funcionaba uno de los motores a reacción. Ocultó al joven debajo de una mesa y le ató las muñecas a una pata con una brida de plástico. No se molestó en amordazarlo. Hanley ya había considerado la posibilidad de sabotear las máquinas e impedir que los responsabilistas pudieran transmitir la señal, pero le pareció que sería una pérdida de tiempo. Sabía que disponían de baterías de reserva en alguna parte de las instalaciones aunque no las hubiera visto, así que podrían transmitirla de todas maneras. Si conseguía encontrar e inutilizar las baterías, solo los retrasaría el tiempo que empleasen en reparar los daños. Quizá unas horas o unos días, pero en cambio descubriría su presencia. La única razón por la que no lo habían descubierto rondando por el cuartel general era que lo creían muerto o que seguía escondido en el exterior. En cuanto supieran que había un saboteador en el bunker, los agentes de seguridad lo registrarían centímetro a centímetro hasta encontrarlo.

Solo podía intentar imaginar la dolorosa muerte que le tendría reservada Kovac.

Max estaba seguro de que Cabrillo había recibido el mensaje, y confiaba en que el director hubiera encontrado el modo de destruir el transmisor mucho antes de que Severance enviase la señal. Por lo tanto, había abandonado la idea del sabotaje para dedicarse únicamente a pensar en un plan de fuga.

Los cuatro motores estaban colocados en hilera, con gruesos tubos que les suministraban aire por un extremo y lo soltaban por el otro. Había un colector cerca de la pared más alejada, por donde salía al exterior un único tubo de escape. También había un intercambiador de calor antes del colector, para enfriar los gases que salían de la instalación. La toma de aire funcionaba de la misma manera pero a la inversa, con un solo conducto que entraba en la estación generadora y se dividía hacia las turbinas a través del colector. Max hubiese preferido esa ruta, pero la entrada estaba a tres metros de altura y no podía llegar a ella sin una escalera.

—Si a Juan le salió bien, también me saldrá a mí —murmuró al recordar la fuga de Cabrillo del *Golden Dawn*.

Encontró herramientas y protectores para los oídos en un banco de trabajo en el fondo de la sala de control y abrió la puerta que daba a la planta eléctrica. Con los oídos tapados, el aullido de la máquina se mantenía en un umbral tolerable. Antes de poner manos a la obra, abrió la puerta de un armario rojo. Sin su contenido, el intento de fuga podría matarlo.

Había una trampilla de acceso en cada uno de los tubos de escape asegurada con un anillo de pernos. Comenzó a quitar los pernos de diez centímetros de largo con mucho cuidado, para que ninguno se cayese. Había desmontado su primer motor a la edad de diez años y nunca había perdido la afición por las máquinas, así que trabajaba con rapidez y eficiencia. Dejó un perno en su lugar pero suelto, de forma

que pudiera girar la trampilla. La máquina conectada a ese tubo no funcionaba, por lo que los vapores acumulados en el interior hicieron que le lloraran los ojos.

Cogió un puñado de pernos un poco más cortos y gruesos de un cajón de recambios en la sala de control. El diámetro era un poco más pequeño que la rosca, pero pasarían una inspección superficial. En cuanto pusieran en marcha la turbina, la presión los expulsaría de la trampilla como si fuesen balas, pero eso no era problema de Max. Guardó las herramientas en el banco y se acercó de nuevo al guardia inconsciente para asegurarse de que respiraba.

En el armario rojo había equipos de bombero: hachas, detectores de calor, y, lo más importante, botellas de aire con máscaras. Dado que si se iniciase un incendio en la sala de generadores el queroseno de los reactores lo avivaría, había también dos trajes con capuchas hechos con telas ignífugas y aislantes que protegerían a los bomberos del insoportable calor y de la acción directa de las llamas.

Max había visto todo aquello en su primer recorrido por la sala de generadores, y ese descubrimiento había sido la semilla de su plan de fuga. Cortó la capucha de uno de los trajes y se lo puso; y también el segundo, de forma que todo su cuerpo excepto la cabeza quedara aislado por partida doble. Aunque le quedaban un tanto apretadas por el grosor de los dos trajes consiguió calzarse las botas. Cargó con dos de las botellas de aire hasta la trampilla abierta. Sus movimientos eran torpes, como los de un autómatas en una vieja película de ciencia ficción. Las botellas tenían mangueras que se conectaban al traje a través de una válvula situada a la altura de las caderas. Hubiese preferido llevar más aire, pero dudaba que su cuerpo maltrecho pudiese cargar con tanto peso.

Metió las botellas en la tubería y entró. El espacio era muy reducido, por lo que tendría que esperar hasta haber cruzado el colector para disponer de más movilidad. Tendido de espaldas, giró la trampilla para cerrarla y enroscó ligeramente uno de los pernos que había sacado del agujero, para mantenerla en posición.

Después de asegurar la capucha del traje exterior, abrió la válvula de la botella de aire y respiró. Notó un sabor rancio y metálico. No tenía ni idea de cuál era la longitud de la tubería hasta la superficie ni tampoco qué encontraría allí cuando llegase, pero no tenía más alternativa que subir.

Empujó los tanques hacia delante, y avanzó un par de centímetros. El interior estaba tan oscuro que notaba como una presencia a su lado, mientras que el rugido de la turbina en marcha resonaba en su cabeza.

El dolor en el pecho era tolerable, un dolor sordo que le recordaba la paliza. No duraría, pero muy pronto sí que se sometería a un terrible tormento. El dolor era una distracción, le había dicho Linc, cuando le explicaba parte de su entrenamiento como SEAL. Es la manera que tiene tu cuerpo de decirte que dejes de hacer algo. Pero solo porque tu cuerpo te envíe un mensaje no significa que debas escucharlo. El dolor puede dejarse a un lado.

Pasó por encima de las aletas del intercambiador de calor y entró en el colector.

Incluso con la protección de los trajes, notó la onda de calor, como si estuviese delante de la puerta abierta del horno de un vidriero. Sería mucho peor cuando entrase en el conducto principal. Los gases de escape se originaban diez metros más atrás y habían pasado por el intercambiador, pero a él le parecía que estaba acostado sobre la cubierta de la máquina.

La fuerza del escape era como un huracán. Sin los trajes y el aire, Max habría muerto asfixiado por el monóxido de carbono y su cuerpo se habría convertido en una tostada. Incluso con la doble protección térmica, el sudor brotaba por cada poro de su cuerpo, y notaba como si alguien estuviese aplicando un hierro al rojo en sus pies.

El conducto principal tenía casi metro ochenta de diámetro y subía en una ligera pendiente. Se colocó con esfuerzo el arnés ignífugo de la botella de aire, con la precaución de mantenerse agachado, para no despegarse del suelo. Mientras se pasaba las correas por encima de los hombros con mucho cuidado, se le resbaló el pie que tenía apoyado en la botella de reserva. La corriente de gases calientes cogió el tanque y lo lanzó por la tubería como una bala. Oyó cómo golpeaba contra las paredes de la tubería por encima del aullido infernal de la turbina.

Max intentó caminar, pero la presión contra la espalda era demasiado grande. Cada paso era un precario juego de equilibrio que amenazaba con enviarlo volando por la tubería como la botella de aire. Se dejó caer y comenzó a caminar a gatas. El intenso calor le quemaba las rodillas y las manos incluso a través de los trajes y los guantes, y el peso de la botella en la espalda hacía que sus costillas pareciesen cristales rotos moviéndose dentro de su pecho.

Por si fuera poco, la tierra que rodeaba el tubo desprendía mucho calor. La fuerza del escape que le golpeaba la espalda y las piernas no disminuía, pero al menos todas las ampollas ya habían reventado.

—El dolor... puede... ser... dejado a un lado —repitió, cada palabra al ritmo marcado por cada uno de sus movimientos.

Juan ordenó que lanzasen el avión no tripulado en cuanto el *Oregon* se acercó a la isla de Eos. George «Gómez». Adams lo pilotaba desde una consola detrás de la butaca de Cabrillo. El director y Hali hacían la primera guardia, ya que Juan siempre lo prefería así cuando se dirigían a una situación peligrosa, pero no porque los demás fuesen menos competentes. Simplemente quería tener a su gente con él en momentos como ese. Eric, Mark y los demás se anticipaban a sus órdenes como si le leyeran el pensamiento, lo que reducía los tiempos de reacción en unos segundos que podían significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Eddie estaba en el garaje de embarcaciones preparando la neumática semirrígida con Linc y sus hombres. Había un único muelle en Eos, y sospechaban que contaría con unas defensas formidables, pero probablemente era su única vía de entrada a la isla. Las imágenes en tiempo real del avión no tripulado les darían una idea de las defensas con las que deberían enfrentarse. En la piscina lunar, un equipo de buceadores se ocupaba de poner a punto el Nomad 1000, por si surgía la necesidad de

utilizar el mayor de los dos submarinos; colocaron las botellas de aire y el equipo para un grupo de asalto formado por diez hombres. Los artilleros habían repasado todas las armas del *Oregon*, para verificar que estuviesen limpias y con los cargadores llenos. El personal de control de daños había comunicado que estaban listos, y Julia se encontraba en la enfermería por si ocurría lo peor y necesitaban sus servicios.

Gómez y su equipo de mecánicos habían trabajado turnos dobles y triples desde el rescate de Kyle, en un intento por reparar el helicóptero Robinson. Pero el piloto no estaba muy satisfecho con los resultados. Sin realizar las pruebas adecuadas, con parámetros controlados, no podía garantizar que el pájaro volara. Todos los sistemas mecánicos funcionaban por separado, pero no podía garantizar que funcionaran a la vez. El montacargas había subido el helicóptero hasta la cubierta principal, y un técnico mantenía el motor caliente a temperatura de vuelo, con pausas de cinco minutos, si bien Adams le había rogado a Cabrillo que lo utilizase solo como último recurso.

Juan miró el reloj digital en la pantalla. Disponían de una hora y once minutos para encontrar a Max y sacarlo de la isla. En realidad, disponían de menos tiempo, porque cuando la barra de tungsteno chocase contra Eos, la onda expansiva provocaría una ola inmensa. Según los cálculos de Eric, permanecería localizada, y la topografía del poco poblado golfo reduciría mucho sus efectos, pero cualquier barco en un radio de veinte millas desde Eos lo pasaría francamente mal.

El *Oregon* se encontraba a quince millas de la isla cuando una imagen transmitida desde el avión sin piloto apareció en la pantalla; era como una joroba gris que emergía en el brillante mar que daba a esa parte de Turquía el nombre de Costa Turquesa.

George hizo que el aparato recorriera los trece kilómetros de la isla a una altura de mil metros, lo bastante alto para que no se oyese el motor; además, con el sol que comenzaba a desaparecer por el oeste, sería casi imposible verlo. Eos era una roca pelada con algún pino retorcido de vez en cuando. Enfocó la cámara del avión allí donde los responsabilistas habían construido el búnker, pero no había nada que ver. Desde esa altura cualquier entrada estaba bien camuflada. La única prueba de que se hallaba allí era la carretera asfaltada que acababa al pie de una pequeña colina.

—Hali, toma un par de imágenes fijas del vídeo y amplíalas —ordenó Juan—. A ver si encuentras alguna puerta o reja al final de la carretera.

—Estoy en ello.

—Muy bien, George, da una vuelta. Quiero inspeccionar la playa y el muelle.

Adams utilizó el joystick para que el avión no tripulado virase sobre el mar y se acercase al muelle con el sol detrás. La playa apenas se extendía unos cien metros y, en lugar de ser de suave arena blanca, era de piedras pulidas por el agua. Los acantilados, de más de treinta metros de altura, la encerraban por los lados. Parecía imposible escalar los acantilados sin el adecuado equipo de montañismo y varias

horas de esfuerzo.

El muelle estaba situado en el centro mismo de la playa, con un espigón en forma de L que entraba casi treinta metros en el agua antes de llegar al calado suficiente para permitir la entrada de los pequeños cargueros que habían llevado la maquinaria pesada para construir el búnker. La carretera se veía sólida, y tenía sobradamente el ancho necesario para el paso de las excavadoras y las hormigoneras que en su momento habían recorrido la isla. Había una construcción de planchas de metal onduladas, quizá un cuartelillo, donde el muelle enlazaba con la carretera. Un parapeto rodeaba todo el techo plano, lo que proporcionaba un amplio campo de tiro a cualquiera que estuviese apostado allí. También disponían de una visión despejada de los acercamientos por mar. Una camioneta estaba aparcada detrás del cuartelillo.

Vieron a dos guardias con prismáticos de gran potencia y armas automáticas situados en el techo. Otra pareja recorría el muelle, y dos más recorrían la playa.

Cualquier tendido telefónico con las instalaciones estaba enterrado; por lo tanto, era imposible cortarlo para incomunicar el cuartelillo. Juan supuso que Zelimir Kovac se había encargado de la seguridad y había ordenado que, a la primera señal de algo sospechoso, avisaran al búnker para proceder a su cierre inmediato.

—Pasa a imagen termal —dijo.

La escena en el monitor cambió, de forma que casi todos los detalles desaparecieron, excepto el calor corporal de los guardias.

En la inspección visual no habían visto que había equipos de dos guardias apostados en cada uno de los acantilados.

—¿Qué crees que son esas señales que hay junto a los tipos en los acantilados? —preguntó George.

—Motores pequeños que están enfriándose. Lo más probable es que sean quads, como los que tenían en Corinto. Es muy divertido conducirlos siempre y cuando no estén disparándote.

Cabrillo estaba más interesado en una señal situada en la carretera. Era el calor residual de la planta eléctrica, tal como había dicho Eric. Habían hecho un excelente trabajo para camuflar la huella del calor. Incluso a un observador bien entrenado le habría parecido que, sencillamente, la carretera irradiaba el calor acumulado durante el día. La línea de color naranja opaco en el escáner termal continuaba a lo largo del muelle, antes de extenderse en casi toda su anchura.

«Tiene que ser un difusor —pensó— para ocultar todavía más la huella del calor».

No vio ninguna señal de las tomas de aire.

Cabrillo pulsó un botón del intercomunicador para hablar con Eddie y Linc, que estaban mirando las imágenes del reconocimiento aéreo en una pantalla en el garaje de embarcaciones.

—¿Qué opináis?

Supo la respuesta antes de que Eddie pudiese responder.

—Nos costará sangre y sudor, y no hay ninguna garantía. ¿Tienes alguna foto detallada del lugar donde termina la carretera?

—Hali está trabajando en ello ahora mismo.

—Ya están en la pantalla —anunció Kasim.

Las fotos ampliadas aparecieron en el monitor, y todos las miraron con gran atención. La carretera acababa sin más en la colina. Sabía que en alguna parte tenían que estar las puertas, pero habían hecho un excelente trabajo de camuflaje.

—Según cuál sea el grosor del blindaje, quizá podríamos abrirnos paso con explosivos —comentó Eddie, sin mucho entusiasmo.

—No sabemos si bastará con treinta gramos de C-4 o necesitaremos un misil de crucero.

—Entonces usaremos el Nomad para acercarnos a la costa y buscar las entradas de aire. Tendremos que cortar el tubo con sopletes, una vez que estemos dentro —dijo Eddie—. Solo desearía disponer de un poco más de tiempo, para que el sol se ponga.

La trayectoria orbital del satélite ruso había establecido la hora del asalto, y no había nada que hacer al respecto. Juan miró de nuevo el reloj justo en el momento en el que llegaba a cero.

—¿Qué están haciendo aquellos dos guardias en el muelle? —preguntó George después de poner la cámara de nuevo en modo visual.

—Estarán haraganeando —comentó Juan, distraído.

—Creo que hay algo en el agua. Voy a hacer otra pasada para verlo mejor.

Sin luz, Max no podía saber cuánto aire le quedaba en la botella, pero calculó que llevaba moviéndose unos veinte minutos. Por mucho que hubiese intentado respirar lo menos posible, había consumido el precioso aire a un ritmo prodigioso, y aún no había llegado al final. Delante, el túnel se veía tan oscuro como el tramo que ya había recorrido.

Pasados otros diez minutos comenzó a notar dificultades para respirar. La botella estaba a punto de acabarse. Muy pronto, estaría respirando el aire que quedaba en el traje, y luego comenzaría a ahogarse. Como había pasado la mayor parte de su vida en el mar, siempre había creído que moriría ahogado. Pero nunca había pensado que se asfixiaría en una nube tóxica.

Continuó moviéndose a gatas, poco dispuesto a rendirse. Avanzaba treinta centímetros en cada gateo. El traje exterior se había convertido en un montón de harapos carbonizados, y algunos trozos comenzaban a desprenderse, sobre todo en las rodillas. Afortunadamente, la única capa de protección que le quedaba era más que suficiente.

«A Kyle no le pasará nada», pensó. Estaba seguro de que Juan rescataría a su hijo de nuevo. Debido al fracaso de la primera vez, contrataría a otro psiquiatra para que ayudase a desprogramar su mente. El director nunca cometía dos veces el mismo error, aunque no supiese cuál había sido la causa del primero. Incluso era posible que

ya hubiese deducido que el traidor era el doctor Jenner, aunque nunca adivinaría la verdadera identidad de Jenner. Ni él mismo podía creérselo.

«Morir para rescatar a un hijo», murmuró. No se le ocurría otra causa más noble por la que morir. Confiaba en que algún día Kyle reconocería su sacrificio, y rogó por que su hija perdonase a su hermano por la muerte de su padre.

—El dolor... se... puede... dejar... a un lado.

Tenía la sensación de estar escalando el Everest. Necesitaba respirar hondo para aspirar el máximo de aire, pero cada vez que lo hacía las costillas lo martirizaban. Además, por muy profundamente que inhalase, o lo mucho que sufriese, sus pulmones nunca se llenaban del todo.

Sus manos tocaron algo en la oscuridad. Su sensibilidad de ingeniero se sintió insultada en el acto. Una tubería de escape como aquella tendría que estar limpia de obstrucciones, para conseguir el máximo de eficacia de las turbinas. Palpó el objeto y soltó una risita. Era la botella de aire de reserva que había volado por la tubería. En su descontrolado vuelo había acabado deteniéndose con el extremo más aerodinámico encarado al flujo.

Se apresuró a desconectar la botella casi vacía y conectó la nueva. El aire tenía el mismo sabor rancio y metálico, pero no le importó en absoluto.

Quince minutos más tarde, vio la luz al final del túnel. El conducto tenía una boca ancha y aplanada conectada a un difusor que enmascaraba el escape caliente de la vista de un escáner térmico. El cazabombardero invisible utilizaba un mecanismo similar. La presión de los gases calientes disminuyó cuando se quitó la botella de la espalda y se tumbó sobre el vientre para arrastrarse por el interior del difusor. Había unos delgados barrotes verticales en la boca para impedir que alguien entrase en el tubo.

Vio el mar a un metro y medio más abajo. Tenía que ser marea alta. De lo contrario, el agua habría entrado. Supuso que el difusor tenía una tapa que podía bajarse en caso de tormenta. Pasar el abultado casco entre los barrotes verticales resultaba imposible, así que no sabía qué había a la izquierda o la derecha de su posición. Tendría que confiar en la buena fortuna.

Se giró para poder golpear uno de los barrotes con la botella de aire. Puesto de lado, no podía conseguir mucho impulso, así que retrocedió un poco y probó de nuevo. Sintió el impacto en las manos cuando golpeó el enrejado una y otra vez. Debilitado por el efecto del aire salado y los gases corrosivos, la soldadura de uno de los barrotes se rompió al quinto golpe. Repitió el ataque en un segundo, y después en un tercero.

Convencido de que tenía espacio suficiente para pasar, sujetó los barrotes uno tras otro y los dobló hacia fuera. Asomó la cabeza. Había una angosta plataforma justo debajo del difusor y, a su derecha, una escalerilla que subía. Ya estaba dispuesto a volverse hacia la izquierda cuando lo sujetaron por los hombros y lo sacaron del tubo de escape. Sucedió tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar antes de que lo

arrojaran a un muelle. Dos guardias estaban a su lado, cada uno con una metralleta en las manos. A diferencia del muchacho que Max había dejado inconsciente en la sala de los generadores, esos dos tenían aspecto de profesionales.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí, amigo? —El guardia tenía un fuerte acento cockney.

Con el casco puesto y casi sordo después del rato que había pasado dentro del tubo, Max vio cómo se movían los labios del guardia, pero no oyó las palabras. En cuanto levantó las manos para quitarse el casco, los dedos se curvaron en los gatillos. Un guardia se apartó para cubrir a su compañero, que le quitó el casco.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Hola, muchachos. Soy Pablo Limpiapipas de la Compañía de Deshollinadores ACME.

Capítulo 36

—¡Es Max! —gritó Hali en cuanto vio que los guardias arrastraban a una figura vestida con un traje plateado fuera de la salida de ventilación.

Juan se volvió en el acto para mirar a George Adams.

—Último recurso. ¡Allá vamos!

El piloto de helicópteros pulsó un interruptor en la consola que haría que el avión sin piloto volara formando un círculo de un kilómetro y medio de diámetro. Mantendría esa posición hasta que alguien se hiciese con los controles o el aparato quedara sin combustible. Movi6 la cámara para que enfocase al muelle y pulsó un botón para que mantuviese el encuadre.

—Ya está.

Cabrillo cruzó la sala corriendo para ir hacia la escalerilla en la cubierta de popa; el patilargo de Adams apenas podía mantenerse a la par. Juan tenía los labios apretados, pero su cuerpo estaba suelto y relajado. Vestía un mono negro, con una pantalla flexible cosida en la manga. Llevaba dos pistolas en las fundas sujetas en la cintura, y otras dos en las fundas sobre los muslos. Con la estabilidad del helicóptero puesta en duda, no iba a arriesgar a nadie más en el vuelo, así que se había armado hasta los dientes. En los bolsillos del pantalón llevaba cuatro cargadores para la metralleta Heckler Koch MP-5 que ya estaba en el Robinson.

—¿Cómo se las habrá apañado? —preguntó George.

—Siempre digo que es un viejo zorro. —Juan encendió su radio de combate—. Prueba de comunicaciones. ¿Me recibes?

—Perfecto —contestó Hali.

—Timón, Armas, ¿me copiáis?

El hombre y la mujer que ocupaban el puesto de armamentos y el timón del barco respondieron de inmediato.

—Armas, quiero que tomes el control del avión desde tu consola y pongas en marcha la mira láser. Utilizaré esa cámara para establecer los objetivos. Cuando dé la orden, abre fuego con el 120.

El control de fuego del *Oregon* era casi tan complejo como el ordenador de combate Aegis de un crucero de la marina. El pequeño láser en el morro del avión no tripulado iluminaría el objetivo, y el ordenador calcularía automáticamente las coordenadas GPS, subiría o bajaría el cañón de 120 milímetros del barco, y abriría fuego a la distancia de tiro señalada.

—Necesitamos acercarnos a la isla. Timón está llevándonos hacia allí.

Juan encendió la pantalla flexible. Vio a Max todavía tumbado en el muelle, pero no tardarían mucho en cargarlo en la trasera de la camioneta para llevarlo al bunker.

Con el *Oregon* navegando a toda máquina, el viento en cubierta soplaba con la

fuerza de un huracán. Juan y George corrieron hacia el Robinson, donde los tripulantes sujetaban abierta la puerta del piloto. Habían quitado la de Juan. Estaban haciendo la pausa, por lo que acababan de apagar el motor. George lo encendió de nuevo y conectó de inmediato la transmisión; el rotor comenzó a girar. Solo después de que las palas ganaran velocidad se puso el casco y se abrochó el cinturón.

—Timón, aquí Gómez. Listos para despegar. Disminuid la velocidad ahora.

Las bombas impulsoras del *Oregon* se apagaron de inmediato y empezaron a funcionar marcha atrás. Parecía que un torpedo hubiese estallado en la proa cuando se elevaron por encima de las bordas los surtidores de agua lanzados por los impulsores al realizar una parada de emergencia. La mayoría de los barcos de este tamaño necesitaban millas para detenerse. En cambio, ese revolucionario sistema de propulsión les permitía frenar como si fuese un coche deportivo.

Cuando el anemómetro electrónico, colocado en una esquina del montacargas, indicó que la velocidad del viento había bajado a treinta kilómetros por hora, George aceleró y el aparato se elevó.

—Estamos en el aire —comunicó, mientras los patines pasaban por encima de la borda de popa.

Volvieron a cambiar la marcha de los propulsores y el *Oregon* aceleró de nuevo al máximo. La maniobra estaba tan bien calculada que apenas habían perdido un minuto.

—Bien hecho —dijo Juan.

—Dicen que la práctica lleva a la perfección. Pero siempre he creído que comenzar siendo perfecto no ha hecho nunca daño a nadie.

Cabrillo sonrió.

—Ego, tu nombre es Gómez.

—Director, aquí Armas. El ordenador avisa que el 120 estará en alcance dentro de ocho minutos.

—Dispara una triple salva de bengalas —ordenó Juan—. Que Max sepa que llega la caballería. —Miró a George—. ¿Cuál es la hora estimada de llegada?

—No he hecho un plan de vuelo. No lo sé, quizá cinco minutos.

Juan había sincronizado su reloj digital de combate con el de la cuenta atrás para el impacto del Proyectoil Balístico Orbital. Disponía de cincuenta y cinco minutos para rescatar a Max y llevar el *Oregon* fuera de la zona de peligro.

—De pie —ordenó el guardia inglés. Cuando vio que Hanley tardaba en obedecer le dio un puntapié en la cadera. Max extendió las manos en un gesto de súplica—. Tranquilos, muchachos. Me tenéis bien cogido. No voy a ir a ninguna parte. Solo dejad que me quite la botella y el traje.

De haber pensado con claridad, Max se habría dado cuenta de que tendría que haberse arrojado al agua. El traje era estanco y, con el peso de la botella de aire, se habría hundido como una piedra. Algo en el mar llamó su atención. Entrecerró los ojos para protegerse de los rayos del sol poniente y vio un pequeño globo blanco que

flotaba muy cerca del astro. Otro estalló más abajo. Luego un tercero.

Si un cazador se pierde en el bosque, la señal de llamada internacional es disparar tres veces a intervalos regulares para avisar a los grupos de búsqueda. Pero esas bengalas no eran una llamada de auxilio de algún barco que tuviera problemas; era Juan que lo avisaba que el *Oregon* estaba allí para rescatarlo.

En ningún momento había renunciado a la esperanza, así que no fue una gran sorpresa, pero le costó reprimir una expresión de alegría en el rostro.

Max se quitó sin prisas la pesada botella de aire y luego los harapos en que se habían convertido los trajes aislantes. La pechera del traje exterior continuaba siendo de un color plata brillante, mientras que la espalda estaba ennegrecida por el calor y el hollín.

Uno de los guardias recibía órdenes en su radio.

—Nigel, el señor Severance quiere ver a este tipo inmediatamente. Abrirán las puertas exteriores solo cuando lleguemos. —Empujó a Max por la espalda con el cañón del arma—. Muévete.

Max dio un paso tambaleante y se desplomó en el muelle.

—No puedo moverme. Tengo calambres en las piernas de tanto arrastrarme por la tubería. No las siento. —Se sujetó la rodilla haciendo los mismos aspavientos que un jugador de fútbol que espera que el árbitro pite una falta a su favor.

Nigel disparó una bala a unos centímetros de la cabeza de Max.

—Veamos si ya se te ha pasado el calambre.

Max captó el mensaje y se levantó. Hizo ver que apenas podía caminar mientras se dirigían hacia la orilla, y cuando se demoró demasiado, le dieron un empujón.

El helicóptero negro apareció de pronto, como un halcón que persigue a su presa, y bajó en picado hacia el muelle. George mantuvo el morro hacia abajo de forma que las palas cortaran el aire a unos pocos metros de los maderos del muelle. Max ya estaba en el suelo como consecuencia del empujón, pero los guardias se lanzaron cuerpo a tierra a su lado cuando el Robinson rugió sobre ellos.

Los guardias en los puestos de observación en lo alto de ambos acantilados que daban a la playa abrieron fuego, pero Adams movía el aparato como un boxeador que evita un gancho. Los hombres no disponían de balas trazadoras, así que no podían corregir los disparos a tiempo para alcanzar al pájaro.

—Tendremos que esperar hasta que lo saquen de la playa —dijo Juan—. O nos matarán con el fuego cruzado.

Con las sombras cada vez más alargadas, la única manera de distinguir a los guardias que recorrían la playa era por los fogonazos de sus armas automáticas. Sin embargo, el helicóptero añadió su potencia de fuego a la refriega.

En el muelle, los guardias cogieron a Max por los brazos y lo arrastraron hacia la orilla, confiando en que sus compañeros en el cuartelillo y en la playa mantuvieran al helicóptero a raya. Max intentó resistirse, pero después de todo lo que había pasado ya no le quedaban fuerzas.

Mientras pasaba sobre Groenlandia como un demonio vengador, el ordenador del Proyecto Balístico Orbital estaba a punto de acabar la última comprobación de sus sistemas como paso previo al lanzamiento de una de las barras de tungsteno de cuatrocientos kilos. Dentro de la cápsula exterior, el proyectil del tamaño de un poste de teléfono giraba a mil revoluciones por minuto para darle estabilidad en el momento en el que entrase en la atmósfera. El ordenador de tiro, arcaico para los estándares actuales pero más que suficiente para cumplir con su tarea, esperaba con un único propósito mientras el satélite volaba hacia las coordenadas apropiadas.

Una diminuta descarga de gas comprimido salió de uno de los cohetes de maniobra cuando fue necesaria una minúscula corrección en el rumbo. La cubierta del tubo del lanzamiento se abrió poco a poco, como los pétalos de una flor, y, por primera vez, el núcleo de tungsteno quedó expuesto al vacío espacial.

Continuó volando sobre el planeta que giraba debajo; cada segundo lo acercaba más a la posición de disparo, indiferente a lo que ocurría en tierra.

—Director, aquí Armas —escuchó Juan en su radio táctica—. Estamos en el radio de tiro.

—Dispara un proyectil antipersonal contra el acantilado del este —ordenó Cabrillo.

A trece kilómetros de distancia, el autoalimentador para el L44 eligió el proyectil deseado y lo colocó en la recámara. La pieza de artillería camuflada en la proa podía girar casi ciento ochenta grados cuando la cureña estaba totalmente extendida. Habían bajado las puertas exteriores y el cañón asomaba por la abertura. Dentro del barco, el ordenador de tiro identificó en lo alto del acantilado el punto rojo del láser emitido por el avión no tripulado y, en una fracción de segundo, calculó la posición relativa entre el objetivo y la pieza. El cañón se movió hasta la elevación correcta y, cuando la proa se alzó con una ola, efectuó el disparo.

El ordenador era tan preciso que disparó un instante antes, para tener en cuenta los microsegundos que tardaba el proyectil en salir del cañón y la rotación de la Tierra durante el vuelo del obús.

Diez segundos más tarde, el proyectil estalló y descargó una lluvia de metralla que alcanzó la parte superior del acantilado como si fuese la perdigonada de una gigantesca escopeta. Nubes de polvo se desprendieron del acantilado; en algún lugar dentro del asfixiante sudario se encontraban los restos de los dos guardias responsabilistas.

—Buen disparo —dijo Juan—. Ahora al oeste.

Los hombres que cargaban a Max lo dejaron caer cuando se desintegró la roca y él aprovechó para levantarse y echar a correr. Pero solo logró dar unos pasos antes de que lo detuviesen con un impecable placaje que lo hizo caer de bruces en la carretera asfaltada. Profiriendo una maldición, el guardia le pegó en la nuca y, por un momento, fue como si el sol se hubiese apagado. Max luchó contra la cortina de oscuridad y se mantuvo consciente a fuerza de voluntad.

Una nueva onda expansiva barrió la playa cuando estalló un segundo proyectil. Impactó por debajo de la posición de los tiradores pero solo consiguió hacer en la roca un millar de pequeños agujeros.

—Lo sé, lo sé —dijo Armas. Doce segundos más tarde, desapareció el acantilado occidental.

Los guardias arrojaron a Max en la parte trasera de la camioneta. Uno de ellos le mantenía la cabeza aplastada contra el suelo con el cañón de la metralleta mientras Nigel se sentaba al volante. No habían recorrido más de quince metros cuando el cuartelillo recibió un impacto directo de un obús de gran potencia. La construcción de metal reventó por las esquinas y se convirtió en una bola de fuego naranja. El estallido empujó la camioneta hacia delante; por un momento, Nigel perdió el control, pero con diversos volantazos la mantuvo en la carretera.

Los dos guardias de la playa debieron de creer que habían dado la orden de retirada, porque montaron en los quads y siguieron a la camioneta.

George maniobró con el Robinson para colocarse detrás de los tres vehículos y se mantuvo a la derecha para dar a Juan un campo de visión despejado.

—Armas, dispara un proyectil antitanque a la carretera por delante de la camioneta y continúa disparando para obligarlos a que aminoren la velocidad. —La réplica se perdió en las detonaciones cuando Cabrillo abrió fuego con su metralleta.

El conductor del quad al que había apuntado se desvió sin reducir la velocidad. Juan era un tirador experto, pero disparar desde un helicóptero en vuelo a un blanco en movimiento era casi imposible. El hombre respondió al fuego, con el arma en una mano, y las balas se acercaron lo suficiente al helicóptero para que George tuviese que interrumpir por un momento la persecución. Treinta metros por delante de la camioneta la carretera desapareció de pronto al impactar en el asfalto un proyectil antitanque con el núcleo de uranio empobrecido. Juan había pedido un proyectil antitanque, porque cualquier otro de su arsenal habría destrozado el vehículo.

El conductor pisó los frenos y dio un volantazo. La carretera pasaba al lado de un trozo de tierra arenosa, y las ruedas giraron por unos momentos en el vacío mientras intentaba llevar el vehículo de nuevo al asfalto.

Cabrillo vio su oportunidad.

—¡George, ahora!

El piloto hizo virar el aparato y bajó en picado hacia la camioneta. El guardia que sujetaba a Hanley quiso levantar el arma pero Max le propinó un puntapié para obligarlo a luchar contra él. Sin tiempo para cambiar el cargador de la metralleta, Juan la arrojó al asiento trasero y se quitó el arnés de seguridad.

El polvo que levantaban las palas ocultaba parcialmente el objetivo de Juan, pero incluso así veía lo suficiente. George redujo la velocidad para igualarla a la de la camioneta cuando se acercaban a la cumbre de la colina.

Juan no vaciló. Saltó cuando estaban tres metros por encima de la camioneta. El segundo guardia dio un golpe en el techo de la cabina para avisar a Nigel en cuanto

vio una figura que asomaba del helicóptero; el conductor giró el volante.

Cabrillo aterrizó en el lateral de la caja, y en el momento en el que flexionaba las rodillas para absorber el brutal impacto, la inercia del giro comenzó a lanzarlo fuera del vehículo. Intentó sujetarse al guardia, pero no pudo; a duras penas consiguió cogerse con los dedos en el borde mientras caía hacia atrás. Las piernas lo arrastraban por el asfalto mientras intentaba subir a la camioneta.

El rostro burlón del guardia apareció de pronto por encima de él. Cabrillo soltó la mano derecha para desenfundar una de las pistolas automáticas pero no fue lo bastante rápido. Tenía la mano en la culata cuando el guardia dio un taconazo en la punta de los dedos de la mano izquierda de Juan con tanta fuerza que se soltaron.

Cabrillo golpeó contra el suelo y rodó a causa del impacto; con su cuerpo hizo una bola para protegerse la cabeza. Acabó de dar tumbos justo cuando la camioneta llegaba a lo alto de la colina y comenzaba a bajar. Se levantó con una maldición, algo atontado por el golpe en la nuca. Despejó su mente y miró hacia arriba para indicar a George que lo recogiera. De pronto aparecieron los dos quads, que subían la cuesta a toda velocidad; los conductores iban con las dos manos en el manillar, para mantener estables los vehículos sobre la rocosa superficie de la colina.

La distancia era considerable, pero no podía arriesgarse a que le disparasen con sus armas automáticas. Juan desenfundó las dos pistolas FiveseveN que llevaba en las fundas de las caderas y abrió fuego contra el conductor que se le acercaba por la derecha. Disparó veinte balas en menos de seis segundos, por lo que las detonaciones parecieron una sola. Ocho proyectiles alcanzaron al guardia, y convirtieron en picadillo sus órganos internos además de volarle la mitad del cráneo.

Cabrillo dejó caer las dos pistolas humeantes, sacó el otro par que llevaba en las fundas a la espalda y disparó de nuevo, antes incluso de que el cadáver del primer guardia cayese del quad.

El guardia restante sujetó el manillar con una mano, y con la otra intentó empuñar el fusil de asalto colgado en bandolera. Continuó adelante, sin arredrarse por las balas que silbaban a su alrededor. Consiguió hacer unos pocos disparos antes de recibir el primer impacto, una rozadura que le abrió una herida en el muslo. Disparó otra vez, pero parecía como si a su objetivo no le importase.

Juan ni se inmutó cuando las balas pasaron a su lado zumbando como avispas furiosas. Continuó vaciando el arma con toda calma hasta alcanzar el blanco. Dos disparos, hechos en lo que se tarda en pestañear, alcanzaron al guardia en la garganta; los proyectiles cortaron de cuajo los músculos y los tendones del cuello y la cabeza se desprendió del tronco. El quad continuó subiendo la colina, como una versión moderna del jinete sin cabeza del cuento de Washington Irving. Cabrillo esperó a que llegase a su altura para apartar el cadáver del asiento con un puntapié. Los dedos sin vida que todavía sujetaban el acelerador se aflojaron, y el vehículo se detuvo.

Cabrillo montó de un salto y partió detrás de Max. Se dirigió hacia la cresta de la colina a tal velocidad que, por momentos, volaba. La camioneta le había sacado una

ventaja de cuatrocientos metros, pero cuando otro proyectil antitanque destrozó una roca delante del vehículo, el conductor tuvo que virar casi en un ángulo recto, lo que dio a Juan la oportunidad de reducir la ventaja.

Capítulo 37

Mark Murphy nunca se había encontrado peor. Tenía la nariz irritada y le dolía al tocársela, pero como necesitaba sonarse continuamente, tenía la sensación de que nunca se curaría. Para colmo de males, era de los que estornudaban en serie. Cuando lo hacía una vez, repetía otras cuatro o cinco seguidas. Notaba como si su cabeza fuese a estallar, y cada vez que respiraba era como si agitasen un cubilete dentro de su pecho.

Su único consuelo era el dicho que reza que a la aflicción le gusta tener compañía, porque casi todos a bordo del *Golden Sky* habían caído. Los síntomas de Linda Ross eran solo un poco menos severos que los suyos, pero no se había librado de la infección viral que se había propagado por el barco como un incendio fuera de control. Cada pocos segundos, la joven tenía escalofríos. La mayor parte de los pasajeros permanecían en sus camarotes, mientras que en la cocina preparaban litros y litros de caldo y el personal médico distribuía puñados de pastillas contra el resfriado.

Estaban solos en la biblioteca, sentados el uno delante del otro, cada uno con un libro abierto por si a alguien se le ocurría entrar. Ambos habían tirado decenas de pañuelos de papel sobre la mesa.

—Ahora entiendo por qué escogieron soltar el virus en un barco de crucero.

—¿Por qué?

—Míranos. Para empezar, estamos atrapados como ratas, cociéndonos en nuestro propio jugo. Todos están expuestos y permanecen expuestos hasta que pillan el virus. Segundo, solo hay un doctor y una enfermera. Si todos enferman en el mismo momento, se ven superados. Si estos terroristas hubiesen atacado una ciudad, hay muchos hospitales a los que acudir, y por lo tanto, menos tiempo de exposición para que los enfermos contagien a otros. Se podría aislar el brote y poner a las víctimas en cuarentena en poco tiempo.

—No está mal —comentó Linda, que se sentía demasiado enferma para sostener una conversación.

Al cabo de unos minutos, Murphy propuso:

—Repasémoslo una vez más.

—Mark, por favor, ya lo hemos hecho mil veces. Ni es a través del aire acondicionado ni de los sistemas de agua; no está en la comida ni en ninguna otra parte donde hemos buscado una y otra vez. Haría falta un equipo de hombres que desmontaran este barco pieza a pieza para encontrar el mecanismo de propagación.

Murphy había sido incapaz de encontrar la solución incluso sin el inconveniente del resfriado, que debilitaba su cuerpo, y en realidad no se hacía muchas ilusiones de que fuese a encontrarla entonces, pero no era de los que se rendía.

—Vamos, Linda. Piensa. En definitiva, esto es como una ciudad flotante, ¿no? ¿Qué hace falta para que una ciudad funcione? —Ella le dirigió una mirada que dejaba claro que no le interesaba participar en su juego, así que él mismo respondió a su pregunta—. Agua, comida, alcantarillado, recogida de residuos y electricidad.

—Sí, van a envenenar la basura.

Eric no hizo caso del sarcasmo.

—Enfoquémoslo de otra manera. Un barco de crucero es un hotel. ¿Qué necesitas para que funcione un hotel?

—Las mismas cosas que una ciudad —dijo Linda—, pero añádele los caramelos que encuentras en la almohada por la noche.

—No me ayudas en nada.

—No lo pretendo.

De pronto, Mark se incorporó en su silla.

—¡Lo has acertado!

—¿Caramelos envenenados?

—¿Quién trae los caramelos?

—Una doncella.

—¿Y qué hace en tu habitación?

—Limpia, cambia las... Dios bendito.

—Recuerdo que en Grecia, cuando rescatamos al hijo de Max, tenían un montón de lavadoras industriales pero ninguna secadora —dijo Murphy—. Estaban entrenándose. El virus se introduce en la lavandería. Aquí cambian las sábanas cada día. Y por si eso no es una exposición suficiente al virus, hay servilletas en los comedores y también en el comedor de tripulantes. ¿No es perfecto? Limpiarte los labios con una servilleta contaminada es tan eficaz como darle a alguien una inyección con el virus. Al cabo de, como máximo, doce horas de ser sacadas de las lavadoras, todos a bordo entran en contacto con las telas infectadas. —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Es tan obvio...

—Solo es obvio después de que lo pienses. Es como encontrar algo en el último lugar en el que buscas —se burló Linda, con las mismas palabras que antes había utilizado Mark. Se levantó poco a poco—. Vayamos a ver si tienes razón.

El quad estaba diseñado para moverse por terrenos escabrosos gracias a sus amortiguadores reforzados, pero Juan llevó el vehículo hasta el límite cuando se lanzó en persecución de la camioneta. Con los proyectiles estallando a pocos metros delante de él, el conductor se veía obligado a seguir una trayectoria errática, y Juan acortaba distancias por momentos.

—Director, soy Hali. Este es el aviso de cuarenta y cinco minutos. Repito, impacto en cuarenta y cinco minutos.

—Te escucho —dijo Juan. Estaba reduciendo el margen de seguridad adentrándose en la zona del impacto—. Lamento haberlo hecho. Armas, quiero que contengas el fuego. George, necesito que distraigas al tipo de la parte trasera de la

camioneta cuando me acerque. Haz una pasada rasante.

—Recibido.

Con una rodilla que lo aplastaba contra el suelo y el cañón de un fusil de asalto apoyado en el cuello, Max no podía saber qué pasaba a su alrededor. De pronto, el guardia apartó el arma y disparó una corta ráfaga. Max volvió la cabeza lo suficiente para ver que disparaba hacia el cielo. El Robinson voló tan bajo sobre la camioneta que el guardia tuvo que agacharse.

Max aprovechó la distracción para pegarle un codazo en la entrepierna. El golpe fue torpe y no pareció afectar al hombre en absoluto. Movi6 el arma, pero Max la par6 con el brazo, de forma que cuando dispar6, las balas se perdieron en el cielo. Con los ojos escociéndole por el humo de la pólvora, Max vio su oportunidad y descarg6 un puñetazo en el lado expuesto del guardia; pero 6l replic6 con un directo en el rostro del prisionero. El insoportable dolor fue como un revulsivo y Max comenz6 a lanzar golpes a diestro y siniestro, impulsado por una furia descontrolada. Incluso se levant6 sobre las rodillas para dar m6s fuerza a sus puñetazos.

La caja de la camioneta era demasiado pequeña para que el guardia pudiese dispararle, as6 que sujet6 el fusil por los extremos como si fuese una porra y la us6 para empujar a Hanley con tanta violencia que lo hizo caer. Max no se dio por vencido y mientras ca6a descarg6 un puntapi6 que consigui6 tumbar a su oponente. Max se levant6 tambaleante y se sujet6 al costado de la caja para mantenerse firme.

Juan estaba a menos de medio metro del parachoques trasero de la camioneta, montado en un veh6culo todoterreno. Conduc6a agachado para que el conductor no lo detectase. Max vio c6mo Juan mov6a los labios; supuso que hablaba con George, que volaba sobre ellos, o con alguien en el *Oregon*.

Max salt6 sobre el guardia echado de espaldas como un luchador profesional, solo que el codazo que descarg6 contra el vientre del hombre no era simulado. Los ojos del guardia casi se salieron de sus 6rbitas, y sus mejillas se hincharon mientras hasta la 6ltima gota de aire de sus pulmones se escapaba con una explosi6n.

Segundos m6s tarde, otro ob6s estall6 delante mismo de la camioneta. El conductor redujo la velocidad y vir6 a la izquierda, una maniobra que le brind6 a Juan la oportunidad de colocarse a la par del veh6culo.

—¡Max, deja de hacer el payaso y salta! —Juan se movi6 hacia delante en el asiento para dejarle el m6ximo espacio posible.

Hanley pas6 por encima de la puerta trasera y se apoy6 en el parachoques. Estir6 una pierna para pasarla por encima del asiento y se dej6 caer. Bien afianzado en el asiento, se abraz6 a la cintura de Juan con todas sus fuerzas.

Nigel, el guardia ingl6s sentado al volante, escogi6 aquel momento para mirar por el espejo retrovisor. Al ver que el prisionero se escapaba vir6 hacia el quad y oblig6 a Juan a apretar el freno. Nigel pis6 el suyo; luego, cuando el quad inici6 la huida, fue tras 6l.

Con dos hombres fornidos a bordo, los veh6culos llevaban la misma velocidad

sobre el escabroso terreno. Juan no conseguía sacarle más de un par de metros de ventaja, y, por mucho que hiciese giros bruscos, Nigel seguía pegado a ellos. El responsable se había dado cuenta de que si se mantenía cerca, el cañón que le apuntaba no dispararía.

—Está jugando con nosotros —afirmó Juan. Miró por encima del hombro y vio que el morro de la camioneta estaba a menos de cuatro metros de sus ruedas traseras—. No tenemos tiempo para esto. Por cierto, me alegra verte aunque, chico, tienes la cara hecha un horror.

—A mí también me alegra verte —gritó Max, por encima del viento—, y te aseguro que el dolor es todavía más horroroso.

—¡Sujétate! —Juan pasó por la cumbre de la colina y regresó de nuevo a la carretera. Bajaban a una velocidad de vértigo. Cabrillo movió el manillar de forma que el vehículo entrara de costado en el asfalto. Aceleró a fondo en el mismo momento en el que la camioneta zigzagueaba al entrar en la carretera.

Consiguieron unos quince metros de ventaja, y Juan estuvo tentado de pedir que disparasen otra vez desde el *Oregon*, pero la camioneta era mucho más rápida que el quad sobre el asfalto y redujo la ventaja antes de que pudiese dar la orden.

—Armas, prepárate para disparar un obús con carga explosiva al final del muelle.

—Alerta y preparado.

—¿Qué te propones hacer? —preguntó Max, inquieto.

—El plan C.

Parecía que volaran sobre la carretera, aunque no iban a la máxima velocidad. Cabrillo necesitaba guardar un poco en reserva. Pasaron por las ruinas incendiadas del cuartelillo, buscando un paso entre las humeantes planchas de metal. Juan llegó al muelle y aceleró al máximo, tras haber calculado la distancia, la velocidad y el tiempo.

—Dispara.

El conductor de la camioneta se retrasó un poco; no entendía por qué el quad se había metido en el callejón sin salida que era el muelle, pero al ver que no reducía la velocidad, pisó el acelerador para acercarse de nuevo.

—George —gritó Juan por la radio—. Prepárate para recogernos en el agua.

El piloto respondió algo que se perdió en el viento.

Juan y Max recorrieron todo el largo del muelle a una velocidad de ochenta kilómetros por hora.

Max por fin comprendió la intención de Juan.

—Loco hijo de... —gritó.

Volaron desde el final del muelle casi seis metros antes de caer al mar. Un instante después, la camioneta frenó con tanta violencia que casi estuvo a punto de dar una vuelta de campana. Antes de que la camioneta volviese a posarse sobre sus cuatro ruedas, la puerta se abrió y el guardia levantó su fusil de asalto con la única idea de matar a los dos hombres en cuanto se asomasen a la superficie.

El agudo silbido duró menos de un segundo y el guardia no tuvo tiempo de reaccionar.

El obús hizo blanco en el muelle, no en la camioneta, pero no tenía importancia. Ambos acabaron desintegrados por el estallido y los restos se dispersaron por el mar.

Juan ayudó a Max a salir a la superficie. Escupió una bocanada de agua y observó las consecuencias del impacto. La mitad del muelle había desaparecido, mientras que el resto no era más que un amasijo de maderas astilladas y pilotes rotos.

—¿Era realmente necesario? —protestó Max.

—¿Recuerdas que una vez te hablé de una de mis primeras misiones con la compañía?

—Algo que ver con un satélite ruso.

—El Proyecto Balístico Orbital. —Juan sacó el brazo del agua para consultar su reloj—. Arrasaré esta isla en treinta y ocho minutos. Y me gustaría estar lo más lejos posible de aquí.

El Robinson R44 apareció por encima del acantilado dejando atrás una estela de humo. «Eso debe de ser lo que George intentaba decirnos —pensó Juan—, que el helicóptero estaba averiado». Adams llevó el aparato con mucha pericia hasta situarse en la vertical y comenzó a bajar en medio de la niebla que levantaba el chorro de aire de las palas. Continuó bajando hasta que los patines casi se sumergieron. Juan tendió la mano para sujetarse al borde del hueco donde antes estaba la puerta del pasajero y ayudó a Max a subir. El helicóptero bajó el morro a consecuencia del peso, que desequilibraba el centro de gravedad.

Se disponía a seguir a Hanley cuando una ráfaga de fuego alcanzó el helicóptero.

—¡Vámonos! —gritó, y se sujetó al patín.

George no necesitó que se lo repitiese. Aceleró y se alejó del muelle, donde había aparecido otra camioneta con dos hombres que les disparaban con sus fusiles de asalto.

Colgado de brazos y piernas como un mono en una rama, Juan se sujetó al patín con toda su alma. El viento que lo azotaba era brutal, y las prendas mojadas parecían hielo, pero no podía hacer nada al respecto. El *Oregon* estaba a tan solo dos millas, y no quería que George redujese la velocidad para que él pudiera entrar en la cabina.

Adams debía de haber informado de la situación, porque estaban encendidas todas las luces y había más tripulantes de lo habitual en cubierta, para ayudar en el aterrizaje. El timonel había desviado la proa de la isla Eos, y el barco ya estaba en marcha.

George se mantuvo apartado mientras pasaba por encima de la popa. No hizo caso ni de los pilotos de alarma ni de las sirenas que sonaban en la cabina y que indicaban que su querido helicóptero estaba agonizando. Pensó en el aceite que se quemaba en la transmisión recalentada mientras bajaba poco a poco.

Juan se soltó del patín cuando estaba apenas por encima de las manos de los tripulantes. Lo sujetaron firmemente y lo dejaron de pie. Se apresuraron a apartarse

para dejar a Adams el espacio que necesitaba el Robinson para posarse en cubierta.

—Timonel, a toda máquina —ordenó Juan en cuanto los patines tocaron la pista—. Zafarrancho de combate y prepara el barco para una colisión.

Adams apagó el motor en cuanto notó que los patines tocaban el suelo, pero el daño ya estaba hecho. Las llamas aparecieron por el capó de la turbina y alrededor del mástil del rotor. El equipo antiincendios ya estaba preparado y Max y el piloto saltaron a la cubierta en medio de un torrente de espuma química.

George miró atrás cuando estuvo a una distancia segura, con una expresión de tristeza en su apuesto rostro. Sabía que el helicóptero era siniestro total.

Juan apoyó una mano en su hombro.

—Te compraremos uno nuevo.

Entraron antes de que el viento fuese demasiado fuerte. En la estela del *Oregon*, la isla de Eos se agazapaba en el mar, un feo montón de rocas que no tardaría en desaparecer de este mundo.

Capítulo 38

Thom Severance no sabía qué hacer. Los guardias del muelle habían informado de la captura de Max Hanley cuando intentaba escapar de las instalaciones nada menos que a través de una salida de ventilación, y que luego habían sido atacados por un helicóptero negro. Durante un segundo, había temido que las Naciones Unidas estuviesen detrás del ataque, porque los rumores hablaban de sus escuadrones de helicópteros negros, aunque hasta donde él sabía los aviones y vehículos de las fuerzas de paz eran blancos. Durante unos minutos había escuchado algunos fragmentos de conversación ilegibles por el radiotransmisor, pero luego se hizo el silencio. Las cámaras montadas en lo alto del cuartelillo no funcionaban, así que acabó ordenando que un vehículo fuese hasta el muelle.

—Han escapado, señor Severance —informó el capitán de la guardia—. Hanley y otro hombre, en un helicóptero. El cuartelillo y el muelle han quedado destruidos. Muchos de mis hombres han desaparecido.

—¿Han visto a algún atacante más?

—Las patrullas están haciendo una batida. Pero hasta el momento, todo apunta a que ha sido obra de un solo hombre.

—¿Un hombre solo ha matado a todos sus guardias y ha destruido el muelle? —preguntó, en claro tono de duda.

—No tengo ninguna otra explicación.

—Muy bien, continúe con las averiguaciones y comuníqueme de inmediato cualquier cosa que se aparte de lo normal.

Severance se pasó los dedos por el pelo como si fuesen los dientes de un rastrillo. Las órdenes de Lydell Cooper habían sido muy específicas. No debía enviar la señal hasta dos horas más tarde. Pero ¿qué pasaría si aquello era la vanguardia de un ataque mucho mayor? Esperar podía significar el fracaso. Por otro lado, si enviaba la señal demasiado pronto no todos los recipientes con el virus estarían conectados a las mangueras de entrada de agua de las lavadoras de los cincuenta barcos de crucero.

Quería llamar a su mentor, pero esa era una decisión que debía tomar él solo. Lydell estaba de camino con Heidi y su hermana, Hannah. No llegarían hasta después de soltar el virus. Había llevado el control del movimiento responsabilista durante años; sin embargo, como un hijo que se hace cargo de la empresa familiar, sabía que lo vigilaban y que en realidad no lo dirigía en absoluto. Nunca olvidaba que Lydell podía anular cualquier decisión que tomase, sin previo aviso ni explicación.

Eso siempre le había molestado un poco, aunque Cooper no interfería mucho. Pero ahora, con una apuesta tan alta, deseaba tener la red de seguridad de que le dijeran qué debía hacer.

¿Qué más daba si un par de barcos no lo soltaban? Según los cálculos de Lydell

acerca del vector de la enfermedad, solo necesitaban cuarenta barcos para infectar todo el planeta. Los otros diez eran un respaldo. Cuando le preguntasen por qué no se había producido la infección en alguno de los barcos podía decir que había fallado el mecanismo de dispersión. Y si todos funcionaban, nadie lo sabría nunca.

—Ya está —exclamó, al tiempo que se daba una palmada en los muslos y se levantaba.

Entró en la sala del transmisor ELE Un técnico con una bata blanca estaba en los controles.

—¿Puede enviar la señal ahora?

—Tenemos que enviarla dentro de dos horas.

—No es eso lo que he preguntado. —Ahora que había tomado la decisión, Severance había recuperado la altivez.

—Tardaré un poco en comprobar las baterías. Los generadores están desconectados debido a los daños en el sistema de escape.

—Hágalo.

El hombre habló con un colega a través del intercomunicador, utilizando unas palabras de jerga científica que Severance no podía entender.

—Solo será un momento, señor Severance.

El cerebro electrónico del satélite ruso marcaba el tiempo en fracciones de segundo mientras volaba sobre Europa a una velocidad de veintisiete mil doscientos kilómetros por hora.

La trayectoria había sido calculada hasta la centésima de segundo de arco, por lo que cuando el satélite llegó a su marca el procesador central envió una señal al tubo de lanzamiento. En el vacío del espacio no se oyó sonido alguno cuando una descarga de gas comprimido empujó la barra de tungsteno fuera del tubo. Apuntaba casi en línea recta hacia abajo, y comenzó su terrible descenso hacia la Tierra en un ligero ángulo, tal como lo habían diseñado sus constructores, para conseguir que la confundiesen con un meteorito. Las primeras moléculas de la estratosfera crearon una fricción que solo calentó la barra. Cuanto más bajaba, más aumentaba la temperatura, hasta que resplandeció en toda su longitud: primero roja, luego amarilla y, por último, de un blanco brillante.

La temperatura era altísima, pero en ningún momento se acercó al punto de fusión del tungsteno, que es superior a los tres mil grados centígrados. Los observadores en tierra la divisaron con toda claridad, mientras cruzaba Macedonia y la parte norte del territorio griego, dejando en su estela el estruendo de la ruptura de la barrera del sonido.

El reloj en el monitor central marcaba un único dígito. Juan había evitado mirarlo antes del rescate de Max, pero ahora no podía apartar los ojos de la pantalla. Max se había negado a ir a la enfermería para una primera cura hasta después de que el proyectil impactase en Eos, así que Hux había llevado su botiquín a la sala de operaciones y se ocupaba de sus heridas. El mar estaba en calma y le permitía hacer

su trabajo, pese a que el *Oregon* navegaba hacia el este a toda máquina.

Max siempre tenía a punto un comentario sarcástico cuando Juan utilizaba los motores por encima de la línea roja, pero sabía muy bien qué se avecinaba y esta vez se lo guardó. Aún no habían llegado a la distancia de seguridad mínima, y si el director creía que debía forzarlos para escapar, lo haría.

Hali Kasim se quitó los auriculares de la cabeza soltando una maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó Juan, preocupado.

—Estoy recibiendo una señal en la banda ELF. Es de Eos. Están enviando el código de disparo.

Cabrillo palideció.

—No pasará nada. —La voz de Max sonó nasal por las bolas de algodón que le habían metido en los orificios nasales—. Las ondas son tan largas que tardarán un buen rato en transmitir todo el código.

—Puede que descarguen el virus a la primera letra de una señal ELF —señaló Hali.

Juan notó las palmas húmedas. No quería ni pensar que habían llegado hasta ahí solo para fracasar en el último momento. Se secó las manos en los pantalones mojados. No había nada que pudiese hacer al respecto, únicamente esperar.

Detestaba esperar.

Linda y Mark, vestidos con los monos de trabajo, recorrieron de nuevo las cubiertas inferiores del *Golden Sky*, con la intención de dar con la lavandería. Solo un puñado de marineros rondaban por los pasillos; además, estaban todos demasiado inmersos en sus sufrimientos para interrogar a una pareja de desconocidos.

El sonido de los tambores de las secadoras los guió hasta su destino.

El vapor salía de la sala en penumbra. Ninguno de los trabajadores chinos apartó la mirada de su tarea cuando la pareja entró en la lavandería.

Un hombre al que no habían visto, porque estaba junto a la puerta por el lado interior, sujetó a Linda por el brazo con una mano de hierro.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó.

Linda intentó soltar el brazo. Mark reconoció al hombre; era uno de los que habían llegado en el helicóptero con Zelimir Kovac. Tendrían que haber imaginado que apostarían un guardia allí. Mark intentó intervenir, pero el hombre sacó una pistola y la apoyó en la sien de Linda.

—Un paso más y la mato.

El personal de la lavandería era muy consciente de lo que estaba ocurriendo pero continuaron sacando la ropa de las máquinas, doblando las sábanas y planchando las camisas.

—Tranquilo. —Mark dio un par de pasos atrás.

—Tenemos la orden de reparar una planchadora.

—Muéstreme las identificaciones.

Mark sacó su identificación del bolsillo del mono. Kevin Nixon no había podido

descubrir el diseño exacto que la Golden Line utilizaba para las tarjetas de sus empleados, pero era una buena falsificación, y dudaba que los pistoleros de Kovac notasen la diferencia.

—¿Lo ve? Aquí está. Soy Mark Murphy.

Kovac apareció en aquel instante; su corpachón ocupó casi todo el umbral.

—¿Qué ocurre?

—Estos dos dicen que han venido a arreglar algo.

El serbio sacó una pistola oculta debajo de la cazadora.

—Le di al capitán órdenes expresas de que nadie, excepto los trabajadores de la lavandería, podía estar aquí. ¿Quién eres?

—Se acabó, Kovac —respondió Linda. Su voz de niña tenía un tono de acero. Vio que llamarlo por su nombre lo había sorprendido—. Lo sabemos todo del virus y cómo lo propagan las lavadoras en los barcos de crucero. Mientras hablamos, su gente está siendo arrestada en los barcos que navegan por todo el mundo. Están retirando los aparatos conectados a las máquinas. Entréguese ahora y quizá algún día pueda salir de la cárcel.

—Lo dudo mucho, jovencita. Kovac no es mi verdadero nombre. —Mencionó otro que había aparecido con mucha frecuencia en las noticias durante la guerra de los Balcanes. Era el nombre de uno de los más sanguinarios asesinos que habían participado en el conflicto—. Como ve, no creo que vayan a permitirme salir de la cárcel el resto de mi vida.

—¿Acaso se ha vuelto totalmente loco? —preguntó Mark—. ¿Está dispuesto a morir por una causa tan estúpida? Estuve a bordo del *Golden Dawn*. Vi lo que el virus hace a las personas. Es usted un monstruo.

—Si es eso lo que cree, es que no sabe nada. Es más, creo que están echándose un farol. El virus cargado en aquellas máquinas —movió la mano para señalar las lavadoras industriales— no es el mismo que utilicé en el *Golden Dawn*. Fue creado de la misma cepa, pero este no es mortal. No somos monstruos.

—¿Acaba de admitir que mató a casi ochocientas personas y dice que no es un monstruo?

Kovac sonrió.

—De acuerdo. El doctor Lydell Cooper no es un monstruo. El virus que vamos a soltar solo causará fiebre alta, y únicamente tendrá un pequeño efecto secundario: la esterilidad. En unos pocos meses, la mitad de la población mundial descubrirá que no puede tener hijos.

Linda creyó que iba a vomitar. Mark se tambaleó cuando comprendió la insidiosa naturaleza del plan. Los responsabilistas no dejaban de proclamar que el planeta estaba condenado por culpa de la superpoblación. Y estaban decididos a hacer algo al respecto.

—No puede hacer esto —gritó Linda.

Kovac acercó su rostro hasta unos centímetros del de la muchacha.

—Ya está hecho.

Los guardias que buscaban a otros atacantes en la isla de Eos interrumpieron la búsqueda y miraron hacia el cielo. Aquello que en un primer momento había parecido una estrella muy luminosa, muy pronto creció en tamaño y brillo hasta que ocupó todo el cielo. Lo que había comenzado como una ligera inquietud, se convirtió en pánico: el objeto que caía del espacio apuntaba a la isla. Corrieron, siguiendo el instinto de los humanos, que buscan ponerse a salvo cuando se enfrentan a un peligro. Pero era un intento inútil. No había escapatoria.

En la sala de transmisión, Thom Severance golpeaba la pata de la mesa con el pie en un gesto de impaciencia mientras en la pantalla veía el lento ritmo de la transmisión de la señal ELF alrededor del globo. En unos minutos, habría concluido. El virus saldría de los recipientes sellados al vacío para entrar en las lavadoras, donde contaminaría las sábanas, las toallas y las servilletas. La cantidad exacta se introduciría en cada carga a partir de ese momento y hasta que se vaciasen los recipientes.

Una débil sonrisa alzó la comisura de sus labios.

El proyectil de tungsteno impactó casi en el centro mismo de la isla de Eos, a cinco kilómetros de la base subterránea. Su tremenda velocidad y peso convirtieron la energía potencial generada en la caída desde trescientos veinte kilómetros en la energía cinética equivalente a la de un arma nuclear.

El centro de la isla desapareció en un instante. La roca se desintegró hasta el nivel molecular, y en consecuencia no quedó ni rastro de ella. El estallido se extendió en círculos concéntricos, y la onda expansiva recorrió toda la isla arrojando al aire miles de toneladas de piedra. Gran parte de la roca se fundió en resplandecientes glóbulos de lava que siseaban y estallaban cuando caían al mar.

Los guardias quedaron carbonizados en plena huida, y sus cenizas se mezclaron con el polvo y los escombros. Cuando la onda expansiva alcanzó las instalaciones, el hormigón armado utilizado en la construcción se partió como la más fina porcelana. El edificio no se hundió, sino que fue arrancado de los cimientos y lanzado a la superficie. Las paredes, los techos y los suelos se convirtieron en una sola masa que aplastó a todos los que estaban dentro. La destrucción fue total. Los kilómetros del grueso cable del cobre de la antena ELF se convirtieron en arroyos de metal líquido que fluyeron hacia el mar.

La sacudida sísmica provocada por el impacto hizo que se desprendiesen enormes trozos de los acantilados, y las grietas surgidas del epicentro dividieron la isla en otras siete más pequeñas.

Una enorme ola surgió de Eos en la misma dirección que había seguido el Proyectil Balístico Orbital. A diferencia de un *tsunami*, que viaja debajo de la superficie y gana altura solo cuando llega a profundidades menores, esta era una sólida pared de agua con una cresta de espuma blanca que parecía extenderse hasta el infinito. Rugía como si hubiesen abierto las puertas del infierno y corría a través del

mar a una velocidad astronómica. La ola no duraría. La fricción acabaría reduciendo su tamaño hasta que no quedase ni una ondulación, pero, mientras durase, era la fuerza más destructiva del planeta.

A una distancia de cuarenta millas, el *Oregon* navegaba al máximo de su velocidad. Habían cerrado todas las escotillas y las puertas estancas. Los dos sumergibles estaban amarrados a los soportes. Todos los objetos sueltos que la tripulación había encontrado estaban guardados en armarios y cajones. Tenían claro que iban a sufrir daños, pero querían minimizarlos.

—¿Tiempo para el impacto? —preguntó Juan.

—Calculo unos cinco minutos —respondió el timonel.

Juan pulso el botón de la megafonía.

—Aquí el director. Que todo el mundo se sujete. Vamos a recibir un buen meneo. Cinco minutos.

La cámara montada en lo alto del mástil pasó a visión nocturna para que pudiesen ver la ola que se acercaba. Ocupaba el mar de un extremo a otro del horizonte, impenetrable, implacable. En el frente se veían líneas esmeralda fosforescentes, y la cresta parecía fuego verde.

—Cojo el timón —dijo Juan de pronto, y asumió el mando de la nave.

Había advertido que escapaban de la ola con una ligera desviación, así que corrigió el rumbo con un pequeño giro del timón. Si iban a cabalgarla, necesitaban que el impacto fuese justo en la popa. Cualquier desviación haría que el barco recibiese la ola de través y acabarían rodando una docena de veces antes de soltarse.

—¡Allá vamos!

Fue como ir en un ascensor ultrarrápido. La popa se levantó a tal velocidad que, por un momento, no hubo agua debajo de la manga. El sonido del casco se perdió en el rugido de la ola. La proa se hundió en el mar. Juan cerró los propulsores para evitar que se hundiese más, en el mismo momento en el que todo el barco quedaba levantado por el frente de la ola. La aceleración los lanzó a todos hacia delante. El barco se montó en la ola, con la proa apuntando hacia abajo en un ángulo exagerado. Juan miró el indicador de la velocidad a través del agua, había bajado a cuatro nudos, pero la velocidad sobre el fondo era casi de setenta millas por hora.

La popa atravesó la cresta en una explosión de espuma que barrió las cubiertas. El agua salía por los imbornales como láminas y de los tubos impulsores en chorros blancos. Diez, doce, quince metros de la popa del *Oregon* quedaron suspendidos por encima de la cresta antes de inclinarse hacia atrás. Luego comenzó a deslizarse por el lomo de la ola a una velocidad de vértigo. Cabrillo encendió los motores y rogó a su barco que le diese todo lo que tenía. Cuando golpeasen el fondo de la ola, la popa cortaría la superficie y, si el *Oregon* no tenía poder suficiente para evitarlo, continuaría hundiéndose hasta que el mar se cerrase sobre la proa.

Con el barco en un ángulo de casi sesenta grados, el espejo de popa golpeó en el agua y desapareció. El mar subió por encima de la escotilla de la bodega de popa, y

de no haber sido por los gruesos burletes de goma, el hangar del helicóptero se habría inundado.

—Vamos, muchacho —rogó Juan, mientras miraba cómo el agua cubría cada vez más su barco—. Puedes hacerlo.

El ángulo comenzó a disminuir, a medida que la proa salía de la ola, y el descenso del *Oregon* al abismo pareció detenerse. Durante unos largos instantes, no se hundió ni salió del agua. El barco se sacudía con la fuerza de los motores que intentaban librar el peso muerto de once mil toneladas del terrible abrazo del mar. Poco a poco, tanto que al principio Juan no estaba seguro de lo que veía en los monitores, la cubierta comenzó a despejarse. El borde de la escotilla de popa quedó a la vista cuando los motores magnetohidrodinámicos lo sacaron de lo que podría haber sido su tumba acuática.

Cabrillo se unió al coro de silbidos y aplausos cuando vio la empapada bandera iraní colgando del mástil.

Disminuyó la potencia y devolvió el control al timonel.

Max se acercó a su butaca.

—Y yo que creía que estabas loco cuando saltaste del muelle con el quad. Cualquier otro barco se habría hundido con una ola como esa.

—Este no es un barco cualquiera —afirmó Juan, y palmeó el brazo de Max—. Ni tampoco su tripulación.

—Gracias —dijo Max.

—Ya tengo de nuevo en casa a uno de mis hijos extraviados. Es hora de ir a buscar a los otros dos.

Capítulo 39

Kovac tuvo claro que había algún problema cuando intentó comunicarse con Thom Severance desde la sala de radio del *Golden Sky* y no obtuvo respuesta. Ni siquiera el sonido de la llamada. Con las radios y los televisores apagados e internet desconectado, por orden de Kovac, pasaron veinte minutos hasta que se enteraron a través de una transmisión vía satélite. Se había visto un meteoro que cruzaba el cielo en el sur de Europa. Con un peso aproximado de una tonelada, había impactado en una isla frente a la costa de Turquía. Se había dado una alerta de *tsunami*, pero hasta el momento solo se había recibido el informe de un transbordador griego que decía que la ola solo tenía un par de metros y no representaba ningún peligro.

No había sido un meteorito. Tenía que ser una bomba atómica. Sus dos prisioneros no habían mentido. Las autoridades norteamericanas se habían enterado del plan y habían autorizado un ataque nuclear. La luz que habían visto cruzando Europa en dirección sur debía de ser el misil de crucero que llevaba la cabeza nuclear.

Kovac quitó el sonido del televisor para enmudecer la voz de la presentadora. Tenía que considerar cuáles eran sus opciones. Si habían enviado agentes al *Golden Sky* era porque sabían que estaba a bordo. No, el razonamiento era incorrecto. Él estaba allí porque había sospechado que ellos estaban a bordo. Por lo tanto, desconocían su paradero. La solución era sencilla: matar a los dos prisioneros y dejar que el barco hiciese la escala programada en Heraklion, la capital de Creta.

—Pero me estarán esperando —murmuró.

Quien había enviado a los dos norteamericanos —lo más probable era que hubiese sido la CIA, aunque eso no tenía importancia— también habría mandado agentes al puerto para recibir al barco. Se preguntó si podría escapar a través de la red. Luego si valía la pena correr el riesgo. Lo mejor sería detener el barco y escapar en uno de los botes salvavidas. Había miles de islas en el Egeo donde esconderse hasta que decidiera cuál sería su siguiente jugada.

Aún quedaba la pregunta de qué hacer con los prisioneros. ¿Debía matarlos o llevárselos como rehenes? No tendría problemas con el hombre, ya que para Kovac no era más que un gilipollas. En cambio había algo en la mujer que la hacía peligrosa. Lo mejor sería matarlos y no tener que preocuparse de un intento de fuga.

Pero quedaba un último detalle. El virus.

Solo se mantenía activo durante un par de semanas en el recipiente sellado; por lo tanto, no le serviría de mucho tras la huida. Si lo soltaba infectaría a las mil personas que iban a bordo, y, con un poco de suerte, lo propagarían cuando regresaran a sus casas. Pero no creía que eso fuese posible. Pondrían en cuarentena el barco y a los pasajeros hasta que hubiese desaparecido cualquier riesgo de contagio.

Aunque era mejor que nada.

Kovac se levantó de la silla y entró en el puente. Era noche cerrada, y la única iluminación provenía de las consolas y de las pantallas de radar. Había dos oficiales de guardia, el timonel y el operador de radar. El ayudante de Kovac, Laird Bergman, estaba en el puente volante, fumando un cigarrillo a la luz de las estrellas.

—Quiero que vayas a la lavandería y sueltes el virus con el sistema manual —dijo Kovac.

—¿Le ha pasado algo al transmisor?

—Nada que te concierna. Tú ve a la lavandería y haz lo que digo. Luego busca a Rolf y volved aquí. Nos vamos de este barco.

—¿Qué pasa?

—Confía en mí. Nos detendrán tan pronto lleguemos a Creta. Esta es la única solución.

—¿De dónde ha salido y qué demonios cree que está haciendo? —gritó de pronto uno de los oficiales—. Llamad al capitán y tocad la alarma de colisión. —Corrió hacia el otro puente volante.

—Quédate conmigo —dijo Kovac, y juntos corrieron detrás del oficial.

Un enorme carguero iba directo hacia el *Golden Sky*. Parecía un barco fantasma, con todas las luces de navegación apagadas, y surcaba el mar a una velocidad de veinte nudos. El oficial gritó a los otros hombres que estaban en el puente.

—¿Es que nadie lo ha visto en el radar?

—Estaba a diez millas la última vez que lo comprobé —respondió el operador—, y eso ha sido hace solo unos pocos minutos, lo juro.

—Tocad las alarmas.

Las sirenas del *Golden Sky* no sirvieron de nada. El carguero continuó su avance, como si pretendiese partir por la mitad el barco de crucero. Cuando ya parecía que no había forma de evitar la colisión, la proa del mercante viró en un ángulo cerrado que el oficial nunca hubiese creído posible y navegó a su lado a solo una decena de metros de separación. Había sido una maniobra extraordinaria y, de no haber estado tan furioso, el oficial la habría aplaudido.

Kovac recordó los informes que hablaban de un gran barco que había cruzado ilegalmente el canal de Corinto la noche que habían rescatado al hijo de Hanley. Siempre había sabido que los dos incidentes estaban relacionados, y ahora un carguero aparecía de pronto. Con el instinto de una rata supo que iban a por él.

Entró de nuevo en el puente y se mantuvo apartado de la tripulación. Sus radios no funcionaban bien con tanto acero, pero consiguió ponerse en contacto con Rolf Strong, el tercer hombre que había ido en el helicóptero con él.

—Rolf, soy Kovac. Necesito que saques a todo el mundo de la sala de máquinas y te encierres dentro. No tiene que entrar nadie, y mata a cualquiera que se resista. ¿Lo comprendes?

A diferencia de Bergman, Rolf nunca discutía las órdenes.

—Vaciar la sala máquinas y no dejar que nadie entre. Copiado.

Kovac empuñó la pistola que llevaba debajo de la cazadora.

—Sal y busca a seis o siete mujeres —ordenó a Bergman—. No me importa si son pasajeras o tripulantes. Tráelas aquí lo más rápido que puedas. Ve a mi camarote y trae el resto de las armas. —Antes de que Bergman pudiese pedir una explicación, añadió—: Thom Severance está muerto. El plan ha fracasado, y los responsables son los que están en aquel barco. ¡Ve!

—¡Sí, señor!

El serbio cerró la puerta del puente antes de colocar el silenciador en la pistola y matar a sangre fría a los dos tripulantes y a uno de los oficiales. El apagado sonido de los disparos quedó amortiguado por el estrépito de las sirenas, así que el segundo oficial no supo qué pasaba hasta que entró y vio los cadáveres. Apenas alcanzó a ver a Kovac antes de que dos manchas rojas apareciesen en la almidonada pechera de su camisa blanca. Movi6 la mandíbula un momento, antes de golpear contra el mamparo y caer al suelo.

Kovac se acercó a los controles, llevado por la sospecha de que los agentes del carguero intentarían lanzar cabos para enviar a un grupo de abordaje. Había un dial para marcar más o menos velocidad y un sencillo joystick para mover el timón. Maniobrar un barco tan grande resultaba tan sencillo como mover un cebo en el agua.

Puso el acelerador al máximo y apartó el barco del viejo carguero. El *Golden Sky* era un barco construido hacía poco y, aunque el diseño respondía más al lujo que a la velocidad, tenía la absoluta confianza de que podía alejarse de aquella chatarra flotante.

Comenzaron a apartarse, superando fácilmente al carguero, pero solo unos instantes. El *Oregon* también aceleró y realizó la misma maniobra. Kovac se llevó una sorpresa al ver que un barco que parecía a punto de deshacerse a causa del óxido podía moverse con tanta rapidez. Miró el control del acelerador y vio que si movía el dial hacia arriba podía conseguir lo que se llamaba «potencia de emergencia».

Lo hizo, y la velocidad aumentó de inmediato.

Al mirar a través de la cristalera, comprobó que había conseguido alejarse. Kovac gruñó, satisfecho. Tardaría un par de horas en distanciarse lo suficiente para parar las máquinas y arriar un bote salvavidas, pero eso no tenía importancia.

Como si el carguero estuviese jugando con él, aceleró otra vez para igualar su velocidad y colocarse de nuevo a no más de diez metros del *Golden Sky*. Una rápida mirada confirmó que el crucero navegaba por el mar en calma a treinta y seis nudos. Era imposible que el carguero pudiese alcanzar esa velocidad, y mucho menos mantenerla.

El desconcierto de Kovac muy pronto se convirtió en ira. Se oyó una ráfaga de disparos en el pasillo detrás del puente, seguido por un coro de gritos agudos. Corrió a la única entrada de la timonera y quitó el cerrojo, con la pistola preparada. El capitán de la nave yacía en un charco de sangre sobre la moqueta de la cubierta, y

otros cuatro oficiales se acurrucaban en el pasillo. Debían de haber intentado atacar a Bergman cuando volvía. Detrás de ellos, su ayudante tenía a siete mujeres aterradas.

—¡Adentro! ¡Ahora! —gritó Kovac, e hizo un gesto con el arma para que las mujeres entrasen en el puente.

Se movieron en un apretado grupo vigiladas por Bergman; las lágrimas les caían por las mejillas.

—Acabe con esto de una vez —le gritó el oficial de más rango.

Kovac le disparó en la cara y cerró la pesada puerta.

Sujetó a una de las mujeres, una hermosa morena que era camarera en el comedor, y corrió otra vez al timón. La colocó entre él y el carguero como un escudo humano, ante la posibilidad de que tuviesen francotiradores. Vio que el mercante había reducido la brecha todavía más.

—Creo que a este juego lo llaman «hacerse el gallito» —comentó en voz alta, y movió el control del timón a estribor.

A esa velocidad, el barco respondió con agilidad y desvió la proa. Chocó contra el costado del carguero con un titánico estrépito de metales rotos. El impacto hizo que el barco escorase a estribor, y Kovac se tambaleó, pese a haberse sujetado. La barandilla de proa estaba aplastada, y los dos barcos se rozaron a todo lo largo de la borda. El contacto arrancó una docena de balcones de los camarotes de lujo; mientras, por todo el barco, los pasajeros y los tripulantes rodaban por las cubiertas. Muchos resultaron heridos, aunque ninguno de gravedad, salvo algún que otro hueso roto.

Kovac apartó el barco. El carguero realizó la misma maniobra aunque esta vez amplió la separación, como si su capitán desconfiase de otra colisión.

Sin saber muy bien qué lo inspiraba, Kovac tuvo el súbito deseo de acabar con aquello cuanto antes. Dejó el timón, levantó a uno de los oficiales muertos del suelo y sacó el cadáver al exterior, con una mano en el cinturón del oficial y la otra en la nuca para aparentar que caminaba. Se detuvo unos segundos, para asegurarse de que los hombres del otro barco lo viesen, antes de correr al puente volante y arrojar el cuerpo por la borda.

Se agachó detrás de la barandilla. No vio cómo el cadáver caía los treinta metros hasta el mar, pero estaba seguro de que sus oponentes sí lo habían visto. Tenía claro que no dejarían que un hombre inocente se ahogase, y que tardarían por lo menos una hora en rescatarlo. Le hizo gracia que se vieran obligados a abandonar la persecución por un hombre muerto.

—Informe de daños —pidió Juan, en cuanto los dos barcos se separaron.

—Las tripulaciones van de camino —dijo Max en el acto. Como no habían podido comunicarse con el barco de crucero por la radio, el plan consistía en llamar la atención de los tripulantes a través de los altavoces. Estaba claro que el propietario de la Golden Line era cómplice de Severance, pero no parecía probable que todos los oficiales y la tripulación estuvieran implicados. Si lograban avisarlos de las verdaderas intenciones de Zelimir Kovac, podrían acabar con aquello de una vez por

todas.

Cabrillo había esperado que el capitán quisiera huir, como había hecho, pero nunca habría imaginado que lo embestiría intencionadamente. Ningún capitán pondría en peligro su barco y a la tripulación con semejante maniobra. Solo había una conclusión lógica.

—Kovac se ha apropiado del *Golden Sky*.

Max lo miró un instante y luego asintió con un gesto casi imperceptible.

—Es lo único que tiene sentido. ¿Cuál es el plan?

—Nos pondremos de nuevo a su lado y lanzaremos los ganchos de abordaje. No sé cuántos hombres tienen, pero creo que bastará con doce de nosotros.

—Me gusta tu estilo a lo capitán Blood.

—Gracias, grumete.

—Si intenta lanzarse de nuevo contra nosotros, lo pasaréis muy mal.

—Es tu trabajo asegurarte de que no lo haga.

Cabrillo estaba a punto de llamar a Eddie para que preparase a un grupo de abordaje cuando Hali gritó:

—Acaban de arrojar a alguien por el puente volante.

—¿Qué? —preguntaron Juan y Max al unísono.

—Un tipo con una cazadora oscura acaba de arrojar a alguien que parecía un oficial desde el puente volante.

—Timonel, marcha atrás —ordenó Juan por el intercomunicador—. Hombre al agua. Hombre al agua. Esto no es un ejercicio. Equipo de rescate al garaje de embarcaciones. Preparados para lanzar la neumática.

—Está jugando sucio —comentó Max.

—Nosotros también sabemos hacerlo. Armas, apunta las cámaras de las armas al puente del *Golden Sky* de inmediato y pon las imágenes en el monitor principal.

Un momento más tarde, las imágenes aparecieron en la pantalla. Como el crucero era mucho más alto que el *Oregon*, el mejor ángulo lo daba la cámara instalada en lo alto del mástil. Cuando pusieron la cámara en el modo de visión nocturna, vieron con claridad el interior del puente. Había mujeres de pie en todas las ventanas de babor, rehenes colocados allí para que un francotirador no tuviese un blanco despejado. Había una figura acurrucada en el timón, sin duda Kovac, con otra mujer contra su cuerpo.

—No es ningún tonto, Juan. No podemos dispararle si utiliza a esas personas como escudos humanos.

—Director, soy Mike. Las puertas están abiertas y estamos preparados para botar la neumática.

Juan miró el indicador de la velocidad en el agua, esperó un momento para que bajase a la de máxima seguridad y ordenó a Mike y a su equipo de rescate que botasen la lancha.

La neumática semirrígida bajó por la rampa forrada con teflón y golpeó el mar

con fuerza. Mike viró la embarcación a babor sin perder ni un segundo para alejarse de la turbulencia creada por el casco del carguero.

—Estamos en zona despejada.

Con el equipo de detección termal, no tendrían problemas para encontrar al oficial. Mike había sido paracaidista de rescate antes de unirse a la Corporación, y podía prestarle los primeros auxilios. No era necesario que el *Oregon* se detuviese.

—Timonel, máquinas al noventa por ciento de la velocidad anterior. Si vira haz lo mismo, y si reduce no disminuyas la distancia. Quiero hacerle creer que no podemos alcanzarlo. —Max miró a Juan con una expresión interrogativa—. Necesitamos unos minutos para organizar un equipo de abordaje, y no quiero que arroje a nadie más por la borda si se siente presionado.

Cabrillo estaba cambiándose en su camarote cuando recibió el aviso de Hali. Mike había rescatado al oficial; tenía dos orificios de bala en el pecho. Juan ordenó que la neumática permaneciese en posición ante la posibilidad de que Kovac arrojase a alguien vivo desde el puente. Por dentro, lo consumía la ira. No le importaba haber desperdiciado unos minutos buscando a un cadáver. Con la superior velocidad del *Oregon* era imposible que perdieran al *Golden Sky*.

La ira iba dirigida contra sí mismo. Un hombre inocente había muerto porque había cargado como un toro en una cristalería. Tendría que haber pensado otro plan para capturar a Kovac y rescatar a su gente.

Sonó el teléfono y lo atendió.

—Cabrillo —ladró.

—Déjalo ahora mismo —dijo la doctora Huxley.

—¿De qué hablas?

—Acabo de enterarme de lo que ha pasado y sé que te culpas por ello. Quiero que dejes de hacerlo ahora mismo. En cuanto se enteró de la noticia de la destrucción de Eos, Kovac se convirtió en una rata. Está arrinconado y tiene miedo. Por eso ha matado al oficial. No ha sido por nosotros. Tú y yo hemos hablado de ello cien veces. No es culpa tuya, así que no te tortures. ¿De acuerdo?

Juan exhaló un suspiro.

—Pues es lo que he estado haciendo. Creo que he batido el récord de recriminaciones y de reproches hacia mí mismo.

—Sé que lo estabas haciendo. Por eso te he llamado.

—Gracias, Hux.

—Ve y atrápalo antes de que mate a nadie más. Te sentirás mucho mejor.

—¿Es la recomendación del doctor?

—Así es.

Quince minutos más tarde, Juan estaba en cubierta con su equipo. Lo dividió en dos grupos de seis; Eddie estaba al mando del primero y él del segundo. Kovac necesitaría tener hombres en el puente y en la sala de máquinas, para mantener el control e impedir que los tripulantes parasen los motores. Tomar la sala de máquinas

sería la tarea de Eddie. Juan se había reservado a Kovac.

Todos vestían prendas negras ajustadas sobre un chaleco antibalas de Kevlar, con el cual no se engancharían en los obstáculos y evitarían perder tiempo en el asalto. Las botas eran de suela de goma blanda y cada hombre llevaba una máscara antigás, porque todos iban equipados con granadas de gases lacrimógenos. Solo un miembro de cada equipo llevaba gafas de visión nocturna, porque el interior del *Golden Sky* estaría totalmente iluminado.

Con tantos civiles a bordo, Cabrillo ordenó munición de media carga, para evitar matar a alguien que estuviese detrás del objetivo. Él llevaba una Glock en lugar de la FN, porque incluso con media carga de pólvora las balas más pequeñas atravesarían a un hombre.

Los ganchos de abordaje se lanzaban con un arma parecida a una escopeta. Las cuerdas eran muy resistentes y de muy poco grosor, aunque esto último dificultaba trepar por ellas. Por esa razón, cada uno llevaba unos guantes especiales, con pinzas mecánicas que les permitían sujetarse a las cuerdas.

—Max, ¿me tienes? —preguntó Juan, por el micrófono de garganta.

—Te tengo en vivo y en directo.

—Muy bien, ponlos a máxima velocidad y no olvides decírselo a Mike.

La aceleración fue casi instantánea. Juan entrecerró los ojos para protegerse de la fuerza del viento. El *Golden Sky* estaba a cuatro millas, y la resplandeciente superestructura le daba la apariencia de una joya en las oscuras aguas, mientras que su estela brillaba con un etéreo rastro fosforescente.

El *Oregon* navegaba unos veintitantos nudos más rápido que el barco de crucero, así que acortaron su ventaja en unos minutos.

—Kovac debe de estar subiéndose por las paredes —comentó Eric—. Siempre estamos ahí, como una moneda falsa.

—Director, acaba de arrojar a otro —gritó Hali por la radio—. Esta vez es una mujer, y ella sí que está viva.

—Avisa a Mike. Armas, dispara una ráfaga con la Gatling tan cerca como puedas del puente volante. Así avisaremos a Kovac de que en cuanto se le ocurra asomarse de nuevo lo haremos trizas.

El blindaje que tapaba el arma en la banda de estribor se apartó y la Gatling salió de su escondite, con los seis cañones en movimiento. Cuando disparó, el sonido fue como el de una sierra mecánica. Una lengua de fuego de unos seis metros salió del flanco del *Oregon* y un torrente de doscientos proyectiles de uranio empobrecido cruzaron el aire. Pasaron tan cerca del puente volante que se quemó la pintura de la barandilla. Las balas acabaron en el mar por delante del barco formando una multitud de pequeñas erupciones.

El *Golden Sky* se apartó de inmediato del ataque.

—Eso lo habrá sacudido un poco. —Eddie sonrió.

Max mantuvo el *Oregon* a unos treinta metros del otro barco cuando se pusieron a

su lado. Kovac intentó virar de nuevo hacia ellos. Max se mantuvo fuera de su alcance, y con los impulsores de proa logró que el *Oregon* hiciera un viraje más cerrado que el *Golden Sky*.

—Max, prepárate —dijo Juan—. Armas, listo para disparar a mi señal, pero no impactes en el barco. —Esperó a que sus hombres estuvieran en posición en la barandilla, con las armas que disparaban los ganchos de abordaje al hombro—. Apunta a la cubierta principal. ¡Max, adelante!

El *Oregon* se movió hacia el crucero y redujo la distancia a la mitad en unos segundos.

—Fuego —ordenó Juan, y la Gatling aulló otra vez, mientras él y el equipo de asalto lanzaban los ganchos de abordaje.

Los doce ganchos volaron cruzando la brecha y cuando tiraron de ellos, todos estaban bien sujetos. El *Oregon* se acercó todavía más, hasta casi rozar al crucero, para que los hombres no se hiciesen daño al abordar. La Gatling continuó disparando al puente del *Sky*.

—Adelante.

Juan sujetó la cuerda con fuerza y saltó sobre la borda. Osciló como un péndulo mientras cruzaba la brecha a una velocidad cada vez mayor.

El *Oregon* se apartó de inmediato. Juan había apuntado con toda intención por encima de una hilera de ventanas y había calculado la distancia a la perfección. Los pies rompieron el cristal, y fue a caer en un comedor desierto. Se había ahorrado la tediosa tarea de trepar por la cuerda. El equipo sabía que si se separaban, el lugar de encuentro era el puente.

Empuñó la metralleta MP-5 que llevaba colgada a la espalda. Avanzó con cautela, con el arma al hombro para tener siempre la mira enfocada, y se abrió paso entre las mesas hacia la salida.

Salió al nivel intermedio del atrio.

Los pasajeros daban vueltas, todavía aturdidos por el impacto contra el *Oregon*. Había un hombre tumbado al pie de un tramo de escaleras; dos mujeres lo atendían. Una señora mayor gritó al verlo.

Juan levantó la metralleta en un gesto que pretendía no ser amenazador.

—Damas y caballeros, este barco ha sido secuestrado —anunció—. Soy parte de un equipo de rescate de Naciones Unidas. Hagan el favor de volver a sus camarotes de inmediato. Digan a todos los pasajeros que vean que deben permanecer en sus camarotes hasta que hayamos recuperado el control del barco.

Un hombre vestido con traje y cierto aire de autoridad se le acercó.

—Soy Greg Turner, segundo ingeniero. ¿Puedo ayudarlo?

—Dígame cuál es la manera más rápida de llegar al puente y ocúpese de que estas personas vuelvan a sus camarotes.

—¿La situación es mala? —quiso saber Turner.

—¿Alguna vez ha oído hablar de un buen secuestro?

—Lo siento. Ha sido una pregunta estúpida.

—No se preocupe.

Turner le dio las indicaciones y una tarjeta magnética que le permitiría entrar en las zonas restringidas. Cabrillo se alejó a paso rápido. Cuando llegó a una puerta con el cartel de prohibida la entrada, pasó la tarjeta por el lector y colocó un tiesto con un helecho para dejar la puerta abierta al resto de su equipo.

Según sus cálculos, solo les llevaba un minuto de ventaja. Pasó por delante de innumerables camarotes y subió dos tramos de escalera antes de llegar al pasillo que daba acceso al puente. Encendió la mira láser y se acercó con mucha cautela a la puerta. Cabrillo se detuvo al escuchar el murmullo de voces en un camarote unos metros antes de la entrada del puente.

—¿Capitán? —llamó en voz baja.

Las voces se apagaron y alguien entreabrió la puerta. El único ojo que vio reflejó pánico ante su aspecto.

—Tranquilo —dijo Juan—. Estoy aquí para acabar con esto. ¿Puedo hablar con su capitán?

La mujer abrió la puerta. Vestía uniforme y, a juzgar por los galones en las charreteras, era el primer oficial del *Golden Sky*. El pelo oscuro le llegaba a las mandíbulas y la piel bronceada resaltaba sus ojos color miel.

—Ese asesino ha matado al capitán y a nuestro tercer sobrecargo. Soy Leah Voorhees, primer oficial.

—Hablemos dentro —le pidió Juan, y señaló el camarote detrás de la mujer.

La siguió al interior. Vio dos bultos en la cama cubiertos con una única sabana. Había una mancha de sangre seca en el pecho de uno y otra en la cabeza del otro.

Leah se disponía a presentarle al resto de los oficiales, pero Juan la interrumpió.

—Más tarde. Dígame qué sabe de la situación en el puente.

—Son dos —respondió Leah—. Uno se llama Kovac, no sé el nombre del otro. Hay un tercero encerrado en la sala de máquinas.

—¿Está segura de que abajo solo hay uno? —La mujer asintió. Juan transmitió la información a Eddie—. Continúe.

—Llegaron a bordo de un helicóptero poco después de zarpar de Estambul. Habíamos recibido órdenes de la oficina central de satisfacer todas las peticiones de Kovac. Buscaban a dos polizones que supuestamente habían asesinado a un pasajero.

—Esos polizones forman parte de mi equipo —le aclaró Juan—. No asesinaron a nadie. ¿Sabe dónde están?

Dadas las circunstancias, la mujer aceptó la afirmación de Juan sin protestar.

—Los encontraron hace poco y están encerrados en el despacho del capitán detrás del puente.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Había dos tripulantes de servicio y dos oficiales cuando Kovac se apoderó del barco. También tienen a un puñado de mujeres como rehenes. ¿Quién es usted? ¿De

dónde ha venido?

—Esta es una misión de Naciones Unidas. Hemos estado siguiendo a esta célula terrorista desde hace un tiempo. Kovac se nos escapó cuando vino a este barco, así que tuvimos que actuar sin perder tiempo. Lamento que no les hayan informado, y también por el peligro a que se ha visto expuesta. Nuestra intención era capturar a Kovac antes, pero bueno, ya sabe, en Naciones Unidas también hay burocracia, como en todas partes.

El resto del equipo de Juan apareció de pronto y los puntos rojos de los láser se movieron por el camarote mientras lo revisaban.

—Está bien, muchachos —dijo Juan, y sus hombres bajaron las armas. Después de informarles de lo que sabía, pidió a Leah que dibujase un diagrama del puente, y a continuación llamó a Max—. Dame un informe de la situación.

—Mike ha pescado a la mujer. Está bien, aunque un poco histérica. Kovac permanece en el timón, rodeado por tres de sus rehenes. Hemos visto a un segundo pistolero, pero ahora mismo no está a la vista. Hay otras tres mujeres junto a las ventanas.

—Adelanta al *Sky* y ponte delante de su proa para tener una visión clara de lo que está pasando. Tiene a Mark y a Linda encerrados en un despacho detrás del puente. Intenta verlos.

—De acuerdo.

Eddie llamó para decir que estaban en posición y que tendrían que volar la puerta para entrar en la sala de máquinas. Juan le ordenó que esperase, para poder sincronizar el ataque.

Max habló de nuevo por la radio.

—Veo una puerta en la parte trasera del puente, ahora mismo está cerrada, pero creo que ese es el lugar. Kovac ha movido a sus tres escudos humanos a la ventana central. Su compañero está en un pasillo en la banda de estribor, junto a lo que creo que es la entrada principal.

Cabrillo marcó las posiciones de cada uno en el diagrama del puente dibujado por el primer oficial e informó al equipo con qué se encontrarían. Hasta entonces, nunca habían causado lo que solía denominarse con el eufemismo de «daños colaterales», algo de lo que Cabrillo estaba muy orgulloso y que había jurado mantener.

Tras el 11-S no solo se habían reforzado las puertas de las cabinas de los pilotos en los aviones, sino que muchos de los barcos de crucero también habían instalado puertas blindadas para proteger el puente.

Juan se encargó de colocar el explosivo plástico y volvió al camarote. Llamó a Eddie y a Max para informarles de que atacarían en treinta segundos.

Mantuvo la mirada fija en el reloj y levantó los dedos desplegados cuando faltaban cinco segundos. Bajó cada dedo con cada segundo y pulsó el botón del detonador con la otra mano.

El estallido llenó el pasillo con un maloliente humo blanco que golpeó sus

sentidos. Cabrillo se puso en movimiento menos de un segundo después de que la onda expansiva pasara por delante de la puerta del camarote. El rayo láser trazaba una línea color rubí entre el humo.

Corrió hacia el puente seguido por sus hombres, atravesó los humeantes restos de la puerta al rojo vivo y no hizo caso de la masa sanguinolenta en la que se había convertido Laird Bergman.

—¡Al suelo! ¡Todo el mundo al suelo! —gritaron los hombres mientras barrían la sala con sus armas.

Kovac reaccionó más rápido de lo que Juan había esperado. En el momento en que apuntaba al serbio con el láser, Kovac ya había colocado a una de las mujeres delante de él y la apuntaba con la pistola en la oreja.

—¡Otro paso y ella morirá! —gritó Kovac.

Juan se quedó de piedra al ver que conocía a la rehén. Kovac debía de saber que formaba parte del equipo, porque había sacado a Linda Ross del despacho del capitán y la utilizaba como su escudo.

—Todo ha terminado, Kovac. Suéltela.

—Todo habrá acabado para ella si mueve usted un músculo. —Para reforzar sus palabras, apretó todavía más el arma. Linda luchó contra el dolor pero no consiguió reprimir un gemido—. Dejen las armas o morirá.

—Si la mata, usted morirá al segundo siguiente.

—Me doy cuenta de que ya soy hombre muerto. ¿Qué más me da? Pero ¿no lamentaría ver cómo se apaga esta joven vida sin ninguna necesidad? Dispone de cinco segundos.

—¡Dispara! —gritó Linda.

—Lo siento —dijo Juan. Dejó caer la metralleta. La expresión de incredulidad en el rostro de Linda le encogió el corazón—. Dejad todas las armas.

Los hombres dejaron caer las armas al suelo.

Kovac apartó la pistola de la cabeza de Linda y apuntó a Cabrillo.

—Una actitud inteligente. Ahora tenga la bondad de saltar por encima de la barandilla y volver a su barco. Si vuelve a seguirnos, continuaré arrojando pasajeros por la borda, solo que esta vez antes les ataré las manos.

Arrojó a Linda a los brazos de Juan.

A novecientos metros delante del *Golden Sky*, Franklin Lincoln, apoyado en la barandilla de popa del *Oregon*, seguía el desarrollo de los acontecimientos a través de la mira telescópica de su arma favorita: el fusil de francotirador Barrett de calibre 50.

—Adiós, chico.

Mientras Kovac estaba concentrado en el director, uno de sus hombres, con discretos gestos de las manos, había pedido a las mujeres que estaban delante de las ventanas que se tumbasen en el suelo y dejaran a Linc el campo de tiro despejado.

En el puente, solo se oyó un leve tintineo cuando la bala atravesó el cristal de seguridad. Sin embargo, cuando el proyectil alcanzó a Kovac, el sonido fue

totalmente diferente, como el de un martillo que golpea una alfombra colgada. Un chorro de sangre brotó de su pecho a medida que el proyectil atravesaba los órganos; la energía cinética impulsó el cadáver un metro y medio más allá.

—¿Has dudado de mí? —preguntó Juan a Linda con una sonrisa.

—Tendría que haberlo sabido cuando no vi a Linc —respondió ella con una sonrisa traviesa y recuperando la compostura—. Supongo que ha sido él.

—No se lo pediría a nadie más cuando necesito una diana perfecta.

—¿Cómo ha ido? —Era Max.

—Felicitas a Linc. Un disparo perfecto. Linda está bien. —Juan se quitó el auricular y conectó el altavoz de la radio para que todos pudiesen escuchar.

—Hola, Max —dijo Linda.

—¿Cómo estás, cariño?

—Aparte del maldito resfriado, muy bien.

Habían sacado a Mark del despacho y habían cortado las bridas de plástico que le sujetaban las muñecas y los tobillos. Estrechó la mano de Juan con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estaba pensando —continuó Max— que tendríais que ir a ver qué pasa en la lavandería. Creo que allí encontraréis cómo habían planeado dispersar el virus.

La sonrisa de Mark desapareció y casi se transformó en un puchero. Le habían robado su momento de gloria.

Juan entendió sus emociones a la perfección. Mark también lo había deducido, y sin duda pretendía impresionar a la núbil señorita Dahl con sus dotes detectivescas. No tuvo el valor de decirle que su competidor en la puja por ganarse el afecto de la joven era ahora un astronauta hecho y derecho, y que eso superaba cualquier otra cosa cuando se trataba de impresionar a una muchacha.

Epílogo

En las semanas siguientes al desastre en la isla de Eos, la edad acabó alcanzando a Lydell Cooper. Había dedicado décadas y millones a invertir ese proceso, se había sometido a operaciones de cirugía plástica y a trasplantes ilegales de órganos. Sin embargo, no era su cuerpo el que fallaba. Era su mente.

No pudo aceptar el fracaso, por eso vivía en una nube.

Fue su hija Heidi quien se hizo cargo de todo cuando todavía volaban hacia Turquía. Dijo al piloto que cambiase el plan de vuelo y los llevase a Zurich. Allí vació varias cuentas de los responsabilistas y cambió el dinero por acciones compradas por una compañía fantasma que a su petición había creado el banco. Tenía claro que, tras la destrucción de Eos, las autoridades arrestarían a todos los miembros más importantes de la organización, por lo que su única posibilidad de seguir en libertad era esconderse con su hermana.

Cooper quiso quedarse con ellas, pero Heidi le dijo que debía ocuparse de atar los cabos sueltos en Estados Unidos, y dado que su *alter ego* Adam Jenner tenía fama de ser un crítico del responsabilismo, estaba por encima de cualquier sospecha.

Por lo tanto, Cooper regresó a California, principalmente para vaciar las cajas de seguridad que tenía en Los Angeles y que el FBI desconocía. Cuando pasó por delante de la mansión en Beverly Hills, vio las cintas de plástico amarillas que prohibían la entrada colgando como una guirnalda por toda la verja, y a los policías en los coches aparcados en el camino de entrada.

El sueño se había esfumado para siempre.

Las autoridades griegas cerraron el centro responsabilista en Corinto, y todas las naciones estaban haciendo lo mismo con las clínicas que la organización tenía por todo el mundo. Aunque en los medios no se mencionó el plan para esterilizar a la mitad de la población del planeta, los cargos de corrupción presentados contra el grupo habían provocado una repercusión que aún continuaba. Miembros famosos, como Donna Sky, renegaron de sus postulados, y ahora afirmaban que les habían lavado el cerebro para que dieran apoyo financiero al grupo.

En tan solo catorce días, los logros de Cooper únicamente se mencionaban en los programas nocturnos de la televisión y en las revistas de cotilleos. Cerró el consultorio de Jenner y dijo a los demás psicólogos con los que compartía la planta de oficinas que había acabado su trabajo y que se retiraba; mientras, por dentro, iba muriendo por etapas. Puso la casa en venta y ordenó al agente inmobiliario que aceptara la primera oferta.

En vez de vivir en la gloria y en un mundo sostenible como el famoso doctor Lydell Cooper, se vio forzado a vivir en la oscuridad como Adam Jenner.

Regresó a su casa el día anterior a su viaje a Brasil, que tenía un tratado de

extradición con Estados Unidos muy laxo. Debido a la artritis en las manos, había cambiado la cerradura por un teclado. Pulsó la secuencia, entró y cerró la puerta con el codo. Una empresa de mudanzas había empaquetado las pocas posesiones que deseaba conservar; el resto sería vendido junto con la casa.

Cruzó el vestíbulo y fue hacia su despacho para mirar las últimas noticias en el ordenador portátil. La pesada puerta de madera se cerró tras él cuando entró. Se volvió. Un desconocido esperaba oculto detrás de ella.

En una situación normal, habría exigido al intruso que se marchara, pero se quedó allí, mudo, con la mirada fija en el hombre que había invadido su casa.

—¿El doctor Jenner?

—Sí. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Le pagué una gran suma de dinero para que ayudase a un amigo no hace mucho.

—Ahora estoy retirado. Todo ha terminado. Por favor, márchese.

—¿Qué siente ahora? —preguntó el desconocido—. El responsabilismo ha muerto. Usted ha ganado.

Cooper no fue capaz de contestar. Sus identidades se confundían en su mente. Ya no sabía qué sentir o cómo actuar.

—¿Sabe una cosa? —continuó el intruso—. Creo que no se siente nada bien con lo ocurrido. Es más, creo que está temblando por dentro porque sé algo que sorprendería a mucha gente.

De alguna manera, Cooper supo qué vendría a continuación. Se dejó caer en un sofá y su rostro artificialmente joven tomó un color grisáceo.

—Incluso aunque no le hubiese oído vanagloriándose ante Kovac en la isla de Eos, creo que habría acabado deduciéndolo. Usted era la única persona que podía habernos traicionado en Roma. Creíamos que Kyle quizá llevaba un chip, pero ahora sabemos que no fue así. Él no tenía ni idea de adónde lo llevaban; por lo tanto era imposible que pudiera llamar a Kovac para que lo rescatasen.

Ahora que había salido la verdad a luz, Cooper se irguió en el sofá.

—Así es. Yo hice la llamada para que Kovac fuera a Roma, y cuando llegué aproveché que me habían dejado a solas con el muchacho para comunicarle el nombre del hotel en el que estaba. ¿Estuvo usted detrás del ataque a Eos?

El desconocido asintió.

—También encontramos el virus en la lavandería del *Golden Sky* y en las de los otros cuarenta y nueve barcos de crucero. Los cincuenta contenedores están ahora en un laboratorio de guerra bacteriológica en Maryland.

—¿No comprende que el mundo está condenado? Podría haber salvado a la humanidad.

El hombre soltó una carcajada.

—¿Sabe cuántos locos han dicho en los últimos doscientos años que el mundo estaba condenado? Teníamos que quedarnos sin comida en los ochenta. Teníamos que

quedarnos sin petróleo en los noventa. La población iba a superar los diez mil millones el año 2000. Todas esas predicciones eran equivocadas. Diablos, querían cerrar la oficina de patentes norteamericana cuando empezó el siglo xx, porque todos creían que no quedaba nada por inventar. Le confiaré un secreto: no puede predecirse el futuro.

—Se equivoca. Sé lo que vendrá. Cualquiera con medio cerebro puede verlo. Dentro de cincuenta años, la civilización se verá arrastrada por una terrible ola de violencia, a medida que las naciones comprendan que no pueden sostener a sus ciudadanos. Será la anarquía a una escala bíblica.

—Es curioso que lo mencione. —El hombre desenfundó una pistola de la funda que llevaba a la espalda—. Siempre he creído en la justicia bíblica. Ojo por ojo, y todo eso.

—No puede matarme. Deténgame. Lléveme a juicio.

—¿Para darle una tribuna donde pueda proclamar sus ideas de loco? Me parece que no.

—¡Por favor!

Hubo un disparo. Cooper sintió el impacto, y cuando se movió para tocarse el cuello notó algo clavado en la carne, pero sus manos agarrotadas eran incapaces de cogerlo.

Cabrillo observó durante diez segundos cómo el sedante que contenía el dardo circulaba por el cuerpo de Cooper. En el momento en que se le cerraron los ojos y perdió el conocimiento, Juan se llevó la radio a los labios. Momentos más tarde, una ambulancia apareció en el camino de entrada y dos enfermeros salieron por la puerta de atrás con una camilla.

—¿Algún problema? —preguntó Eddie, que entró la camilla en el despacho con la ayuda de Linc.

—No, pero después de hablar con él necesito una ducha. He visto a bastantes locos en mi vida, pero este los supera a todos.

Linc levantó a Cooper del sofá y lo colocó sobre la camilla.

Cabrillo encontró el pasaporte de Cooper y un billete de ida a Río de Janeiro en un cajón de la cocina; luego, abandonaron la casa a toda prisa. Una vecina se asomó para ver qué pasaba.

—Acaba de sufrir un infarto —le explicó Juan al tiempo que mantenía las puertas de la ambulancia abiertas para que Linc pudiese subir la camilla.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, la ambulancia llegó al aeropuerto internacional de Los Ángeles, y pasadas otras diez horas, el Gulf Stream de la Corporación tocó tierra en el aeropuerto de Gardermoen, a cincuenta kilómetros al norte de Oslo, en Noruega.

Mantuvieron una breve reunión en una sala del aeropuerto con Jannike Dahl. La muchacha había permitido a Eric Stone que la escoltase hasta su casa. Cuando Eric, con la excusa de que debía regresar al barco, declinó su invitación de mostrarle los

lugares de interés de Oslo, Juan se lo llevó a un aparte para explicarle que a ella no le interesaban en lo más mínimo los lugares turísticos. Eric le preguntó que entonces qué quería la muchacha; el director tuvo que darle más explicaciones. Ruborizado pero también entusiasmado, Eric se apresuró a aceptar la invitación.

Tuvieron que tomar otro avión hasta Tromsø, en el extremo norte del país, y hacer un trayecto en helicóptero para llegar a su destino. Cooper estuvo sedado todo el rato, vigilado de cerca por Julia Huxley.

El glaciar resplandecía con la brillante luz de aquella tarde de verano, como si fuese del más fino cristal. Fuera del valle, la temperatura rondaba los veinte grados, pero en el hielo apenas estaba por encima de cero.

George Adams los había llevado en un MD-520N, el sustituto del pequeño Robinson. Ese helicóptero era mayor que el anterior, y había sido necesario hacer algunas modificaciones en el montacargas del hangar, pero también era mucho más potente y rápido. Como tenía el tubo de escape en la cola, para compensar la torsión del rotor principal en lugar de hacerlo con un rotor secundario más pequeño, era mucho más silencioso. El *Oregon* estaba frente a la costa, y Adams los llevaría a bordo en cuanto terminaran.

Cooper estaba medio consciente cuando aterrizaron pero no comprendió qué sucedía hasta que pasaron otros quince minutos.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha hecho?

—Sin duda reconocerá dónde estamos, doctor Cooper —respondió Juan, con voz inocente—. Aunque quizá no. Después de todo, han pasado más de sesenta años desde que estuvo aquí por última vez.

Cooper lo miró sin comprender, así que Cabrillo continuó.

—La única cosa que me ha inquietado durante todo este tiempo era cómo un virus descubierto por los nazis y más tarde entregado a sus aliados japoneses acabó en sus manos. No había ningún registro de su descubrimiento o de su traslado a Filipinas, nada que diese una pista de lo que se había encontrado aquí. Solo una cosa tenía sentido. Fue usted quien lo descubrió. Hay registros muy detallados de la ocupación nazi de Noruega, y mi equipo encontró algo muy interesante. Un avión de reconocimiento Cónдор fue derribado en este mismo glaciar la noche del 29 de abril de 1943. Murieron todos los miembros de la tripulación excepto uno, un artillero llamado Ernst Kessler.

Cooper torció el gesto al escuchar ese nombre.

—Lo que me pareció fascinante fue que Kessler es la palabra alemana que significa «tonelero», «Cooper» en inglés. Toda una ironía, ¿no cree? Y la editorial que le publicó su libro... ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Raptor Press. ¿Es una coincidencia que un cónдор sea una ave de rapiña? No lo creo.

Cabrillo abrió la puerta del helicóptero y empujó a Kessler/Cooper al hielo. Durante sus conversaciones con Cooper, Juan siempre había mantenido un tono casi amable. Pero de pronto su cólera estalló.

—También descubrimos que después del desastre aéreo, Ernst Kessler fue aceptado en la Gestapo, y se le permitió recibir formación médica en un encantador lugar llamado Auschwitz. Antes de finalizar la guerra lo enviaron a la embajada alemana en Tokio. Supongo que fue una tapadera para su trabajo en la Unidad 731, en Filipinas.

»Tendría que haber muerto aquella noche, habría evitado al mundo un montón de sufrimiento. He tratado con asesinos de al-Qaeda, con verdugos soviéticos y con todos los perversos imaginables, pero usted es el ser humano más repugnante y cruel que he conocido. Podría haber mostrado al mundo uno de los mayores descubrimientos de todas las épocas, quizá la fuente de inspiración para el más bonito de los relatos bíblicos, pero en cambio solo le importó sembrar la muerte.

»Bien, Kessler, ahora recogerá lo que sembró. Esta noche, durante la cena, cuando piense en que usted está muñéndose de frío, sonreiré. —Cabrillo cerró la puerta del helicóptero—. Vámonos.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Julia cuando el helicóptero pasó por encima del borde del glaciar y voló sobre el mar.

—Morirá.

—Me refiero al arca.

—Ah, eso. Ya he llamado a Kurt Austin, de la NUMA. Me dijo que buscarán la manera de convencer al gobierno noruego para que les permitan hacer una investigación detallada del glaciar. Aunque con su fondo lleno de cobre, no tendrán ningún problema en llegar a un acuerdo.

—Me pregunto qué encontrarán.

Juan le dedicó una mirada soñadora.

—Quién sabe, quizá todas las criaturas del mundo unidas de dos en dos.

Max estaba sentado en un banco cerca del observatorio de Griffith Park, que daba al centro de Los Ángeles. Una sombra pasó por su rostro y, cuando alzó la mirada, vio a su hijo. Max lo invitó a sentarse con un gesto. Notaba la ira que sentía el muchacho como si fuesen olas de calor.

Kyle miraba a lo lejos, y Max aprovechó para observar su perfil. Había mucho de su madre en el muchacho, pero también tenía algunos rasgos suyos. Mientras lo observaba, vio que una lágrima solitaria caía por la mejilla de Kyle; como si de repente hubieran abierto una compuerta, se echó a llorar desconsoladamente, con el alma destrozada. Acercó una mano a su padre, y Max lo abrazó.

—Lo siento mucho, papá —sollozó Kyle.

—Te perdono.

Porque eso es lo que siempre hacen los padres.